

Enero
de 1921

PACIFICO

PRECIO
2 PESOS

MAGAZINE



PÓLVORAS PARA ESCOPETAS



EXPLOSIVOS



Establecida en 1802

DINAMITA
GELIGNITA
GELATINA
PÓLVORAS PARA
VOLADURAS
EXPLOSIVOS
PARA MINAS
DE CARBON
EXPLOSIVOS
PARA
FERROCARRILES
FULMINANTES
Y DEMAS ACCE-
SORIOS PARA
VOLADURAS
PÓLVORA NEGRA
PARA CAZA
PÓLVORA SIN
HUMO PARA
USOS MILITARES,
ESCOPETAS Y
RIFLES

ES una gran satisfacción para un cazador saber que sus disparos serán invariablemente eficaces, que los perdigonos se esparcirán uniformemente, y que el tiro recorrerá siempre la misma distancia. Esta es la satisfacción que experimentan los cazadores que usan las pólvoras Du Pont.

El deportista puede elegir entre la pólvora negra para rifles y escopetas, y las pólvoras sin humo, "Dupont Bulk" y "Dupont Dense", para escopetas únicamente.

La pólvora negra Du Pont para la caza, marca "Indian Rifle", se suministra en cuñetes de metal de 11.35, 5.68 y 2.84 kilogramos y en frascos metálicos de 454, 230, 227, 145, 114, 65 y 57 gramos, pesos netos.

Pida nuestro catálogo a

INTERNATIONAL MACHINERY Co.

MORANDE N.º 530, SANTIAGO

E. I. du Pont de Nemours Export Co., Inc.

Oficinas Principales: 120 Broadway

Nueva York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por
E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc. y Compañías de su propiedad

Los mayores fabricantes de explosivos del mundo

OTROS PRODUCTOS DU PONT: Pinturas, Esmaltes, Barnices, Tinturas para la imitación y acabado de maderas, Albayalde, Blanco de zinc, Substitutos de cuero, Telas de hule impermeables, Productos químicos, Tintes intermediarios, Pyralin en láminas y tubos; Peines y Piezas de Marfil Pyralin para el tocador.

El Cinematógrafo

REFLEXIONES DE UN CENSOR

Por
ELLIS P. OBERHOLTZER

Al protestar contra aquello que llamamos cinematógrafo, no me quejo de que exista, sino de que pretenda usurpar el puesto del noble ramo del arte y de la literatura que conocemos como drama. Me agrada el hecho de que una cinta interminable de celuloide, envuelta en un carrete y colocada en una máquina, proyecte sobre un bastidor las imágenes impresas en su superficie. Es, indudablemente, un maravilloso triunfo de la mecánica. Nadie disputará a su inventor los honores debidos a todo aquel que descubre ingeniosas aplicaciones de la ciencia. Ni dejará nadie de desear el mejor éxito a los que, comprendiendo su importancia, han desarrollado un sistema comercial mediante el cual ha llegado a utilizarse el cinematógrafo para sembrar ideas en la mente de la mitad o las tres cuartas partes de los habitantes de nuestro planeta y llevarles formas y modelos. Ningún novelista, orador, publicista u hombre alguno, provisto de cualquier aparato para penetrar la epidermis humana, habló jamás a tan gran número de sus semejantes.

Se dice que el año pasado salieron de los Estados Unidos a los países extranjeros películas cinematográficas en número suficiente para envolver el globo terrestre a la altura del Ecuador. Nueve décimos de las cintas que se exhiben, se hacen en Los Angeles, California, y en Fort Lee, Nueva Jersey, o lugares adyacentes. Charles Chaplin y Mary Pickford, Theda Bara y William Hart hablan un lenguaje universal.

El cinematógrafo ha sido calificado como "el drama popular". Es posible suponer que se relaciona principalmente con el drama a causa de que muchos actores y actrices identificados con la escena se han prestado a representar pantomímicamente delante de la cámara oscura para que sus ademanes sean registrados en la cinta. Infero que sea también a causa de que

algunas obras clásicas han sido puestas en película. Los ciudadanos de Hickville frecuentan su academia de música—donde se reunía antes la facultad de maestros y se celebraban las actuaciones de repartición de premios de colegio—convertida hoy en teatro cinematográfico, para ver "Carmen" o "Salomé" o "Thais". "Ver" es la expresión exacta, ya que es imposible que puedan escuchar la ópera mirando la reflexión de escenas presentadas por la película a través de una luz de arco. Tienen así, cuando menos, base de conversación sobre algunas obras musicales, la cual, acertadamente combinada con discos de gramófono al volver a casa, puede aceptarse quizá como primeros ensayos de una educación más amplia. Ven representaciones de "Romeo y Julieta", "Safo" o "Camille", y se encuentran transportados al medio de la literatura dramática inglesa y francesa. Mas no puedo creer que los productores de películas tengan empeño especial en impartir educación artística, ni que los espectadores mismos se preocupen seriamente del arte, por muy sugestivo que sea el origen de la cinta. Habrá algunos a quienes agrade pensar que han visto "Romeo y Julieta" o "Carmen", piezas de las cuales han oído hablar vagamente; pero deduzco que, después de todo, no es el espíritu literario de una famosa ópera o drama lo que ansía el productor para adaptarlo a sus fines, sino el encañamiento de los sucesos que lo forman: el melodrama. No puede ser de otro modo, pues tenemos "La Gioconda" ofrecida en el cinematógrafo con el nombre de "La hija del diablo"; "La Tosca", como "El canto de odio"; y "The Jewels of the Madonna (Las joyas de la madona), como "El pecado". El otro día encontre que la "Maud" de Tennyson estaba disfrazada con el título de "Corazones al desnudo"; "The Admirable Crichton" de Barrie, como "Varón y hembra"; y "The Bache-

lor" (El soltero) de Clyde Fitch, como "El virtuoso vampiro".

He oído decir a alguien que esto es un sacrilegio. No por cierto: es simplemente comercio. Si bien es posible que una persona entre diez tenga el deseo inconsciente de ver "Romeo and Juliet", apostaría que ni una sola entre cinco o diez mil haya oído hablar tanto de "La Gioconda" o que, habiéndola oído nombrar, sea capaz de pronunciar estas sílabas extrañas. Por consiguiente, ¿no podría yo a fuer de "productor"—en caso que lo fuera—denominar la película que hubiera sacado del argumento, "La hija del diablo"? No hay razón alguna en contrario; nadie puede impedírmelo; y, en consecuencia, sigo adelante con mi labor.

Se trata del drama del pueblo, y al pueblo hay que agradar. Debe encontrar en el cinematógrafo aquello que le interesa, del mismo modo que encuentra satisfecchas sus aficiones en los diarios de la mañana y de la tarde. Es el derecho de cada cual. "Yo soy lo que el público ha hecho de mí", decía una famosa actriz de cinema recientemente. Había personificado sirenas y vampiros y seductoras de hombres año tras año. No le agradaba este papel; pero era una cumalida servidora del público y respondía sin murmurar a los gustos de su tiempo y de su generación; evidentemente con gran provecho para sí y para los empresarios de sus creaciones. Jamás he oído quejarse a los autores de alguna novela que haya sido puesta en película o de algún drama que se haya "cinematografiado" de que su inspiración fuera reproducida o de que se hayan aprovechado sus ideas. Lo único que les interesaba era el cheque que les correspondía por derechos de propiedad.

La censura, si de censurar habemos, no debe dirigirse al director del cinematógrafo ni al productor que pone en movimiento a estos títeres, sino a la inmensa y variada multitud de espectadores que frecuentan los teatros cinematográficos.

Hay que convenir entonces en que el nombre de la película significa la mitad del éxito para el que se dedica al expendio de este artículo. Hemos tenido "Esos virtuosos", "Hombres virtuosos", "Virtuosos maridos", "El virtuoso modelo", "El valor de la virtud" y la "Cegera" de la misma: "La joven de Hell de Morgan", "El cráter del infierno", e "Infierno"

en otras cincuenta combinaciones; "Días rojos", "El camino rojo", "El pecado rojo", "La mujer roja", "Pasión", "La llama de pasión" y "Juguete de la pasión"; "La eterna Magdalena", "La Magdalena más pequeña" y "La Magdalena de la calle"; "El fruto prohibido", "El mal que hace la mujer", "El señuelo del sexo", "El libertino", "La serpiente", "La mujer-lobo", "La diablesa", "La bestia", "La cortesana", "La hija de Satanás" y "¿Dónde está mi hija?"

En mi experiencia de la especie humana, he encontrado muy pocas personas que por propio impulso—a no ser en el curso regular de un negocio por el dinero que produce—se dedicaran a escribir cuentos o combinar películas apropiadas a tales títulos. Estoy seguro de que quienes los preparan serían susceptibles de reforma, si el mundo les proporcionara otros medios de subsistencia. El melodrama no es necesariamente una forma nefaria de entretenimiento teatral. Hay buenos melodramas, es decir, hay algunas obras aceptables e interesantes en que los personajes

ACIDO EN EL ESTOMAGO AGRIA EL ALIMENTO

Dice que exceso de ácido hidrocórico en el estómago es la causa más frecuente de dispepsia, indigestión y gastritis

Una autoridad bien conocida manifiesta que enfermedades del estómago, dispepsia e indigestión, son casi siempre debidas a acidez—estómago ácido—y no, como mucha gente cree, a falta de jugos digestivos. Manifiesta que un exceso de ácido hidrocórico en el estómago retarda la digestión y principia la fermentación de los alimentos. Entonces los alimentos que comemos se agrian en el estómago, del mismo modo que pasaría a los desperdicios en una lata, formando fluidos corrosivos y gas que inflan al estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, ventialidad, dolor de cabeza o náusea.

Esta autoridad nos dice que dejemos a un lado los digestivos auxiliares y el lugar de ellos, que consigamos con cualquier droga una frasco de Magnesia Divina y después de las comidas tomar, en un cuarto de vaso de agua caliente, dos pastillas. Esto purifica el estómago, previene la formación de excesivo ácido y no habrá acedia, gas o dolor de cabeza.

Ud. encontrará que teniendo la precaución de tomar dos pastillas de Magnesia Divina después de una comida, puede comer casi todo y saborearlo sin ningún peligro de que siga dolor o molestia. Este tratamiento simple es completamente inofensivo, muy barato y fácil de tomar, y es usado por miles de personas que ahora padecen sus comidas por temor a la indigestión.



principales son una oprimida heroína, un mal hombre y un hombre bueno que en el último acto, después de variadas y peligrosas aventuras, más o menos violentas y criminales, rescata a la dama del poder del villano y se casa con ella.

Es indudable que una película cinematográfica debe ser conmovedora. Es resultado de la acción en grado superlativo. El argumento hablado es poco menos que inútil al productor de películas. Necesita caracteres en acción. Si no los hay de esta clase en el cuento, el director precipita el argumento para ponerlos de relieve. Pero ¿por qué, preguntará alguien, han de lanzarse al mundo los melodramas con nombres tan retumbantes? Se hace así, estamos seguros, para halagar el incipiente gusto dramático. A no ser por esto, las multitudes volverían pronto a la obscura noche en que transcurría su vida antes de que "el drama" llegara a sus puertas. Adquiriendo lecciones elementales de cultura a favor de los carretes de celuloide que vienen cada mañana a su aldea encerrados en una caja de latón, experimentarán pronto el deseo de cosas mejores. Esta es una filosofía optimista, que acepto con entusiasmo.

A menudo me ha llamado la atención la incapacidad de los editores para vender la novela de a diez centavos que anteriormente constituía producto tan interesante; y, a decir verdad, para vender en estos tiempos número considerable de ejemplares de cualquiera clase de obras. La razón de esto se encuentra, a mi entender, en el cinematógrafo. Pretendían algunos que el público había abandonado la lectura por el automóvil, lo cual es exacto hasta cierto punto. Pero sin duda alguna el cinematógrafo representa influencia todavía más poderosa para explicar la desaparición de los libros "más vendibles" de hace una o dos décadas. Aquellos que en otras épocas leían "Barcos que pasan en la noche", "Janice Meredith" o "Dorothy of Vernon of Haddon Hill" adolecen ahora de falta de tiempo y de inclinación para dedicarse a este entretenimiento. La resistencia en contra de la industria literaria llega a su colmo después de la visita nocturna al cinematógrafo. No queda un adarme de energía para abrir o leer con atención un libro. La necesidad de aventuras o romances que pueda existir en la mente de cada individuo queda satisfecha ante el

bastidor cinematográfico. La capacidad literaria individual está "harta".

El trabajo que demanda la lectura es considerable. Los ojos se fatigan y se gastan. La asimilación mental es un proceso que exige nuevo esfuerzo conforme se vuelven las páginas. El libro cuesta dinero que hace falta para otros menesteres; y si no se compra, es preciso traerlo y volverlo a llevar a la biblioteca. La lectura que ocupa una semana o, por lo menos, dos o tres días, puede reemplazarse por cinco carretes que se deslizan en poco más de una hora, con acompañamiento de música, mientras uno está cómodamente sentado en un sillón al lado de un amigo. Media docena de cuentos pueden ser absorbidos en el cinematógrafo en el tiempo que se requería para formarse concepto de un solo libro. Tal es la causa, me inclino a pensar, de la desaparición casi total de la novela de que antes se vendían cientos y miles de ejemplares. En lugar de libros, oímos hablar de Pickfords, Baras, Chaplins y Nazimovas, cuyos precios por sus inestimables servicios hacen quebrar a los productores de películas y cuyas rentas personales asombran a los cobradores de puestos nacionales.

Mas, volviendo al novelista de cuentos de a diez centavos, se me figura que este tipo ha quedado reducido a cero. Me sorprendería oír hablar de algún ejemplar de la especie, ya sea en libertad o prisionero. La continuación de su existencia en este planeta no tiene ya razón de ser. Si hemos de creer que los lectores de las obras "más vendibles" se han trasladado al cinematógrafo, es mil veces más evidente que la juventud, que antes compraba y se deleitaba con los libros de "cubierta amarilla", frecuenta ahora y satisface sus gustos en aquel lugar. Por más afición que tenga un muchacho por las obras de crímenes espeluznantes, encuentra amplia satisfacción en las películas "folletín" que se ofrecen en forma de episodios continuados todos los jueves por la noche en el teatro de la aldea. La cinta se llama "La garra de acero", "El estuche rojo", o "El sombrío misterio". El héroe pasa de una aventura a otra, escapando por un pelo y desafiando toda clase de villanías que puedan caber en la imaginación humana.

No protesto. Estas impresiones pueden avivar la inteligencia de algunos jóvenes y lanzarlos al mundo con más talento y

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción

Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmen

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes

"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Cam-
pana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de
púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de fierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-
Top" y para máquinas de escribir
FRANJERAS crudas "Campana" de X, XX,
XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8,
9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones,
en cajones de 90°
ZUNCHOS para cajones 1 1/2" 5/8" y 3/4"

habilidad para afrontar los problemas de la vida. Hago notar solamente que la novela de a diez centavos se encuentra ahora en la película. Tanto el chico que no sabe leer como el que lucha a espaldas del pajar con las letras del libro que excita su tierna inteligencia ven desarrollarse el cuento en escenas fotografiadas para su completa delectación. Su entusiasmo y gratitud se manifiestan en ruidosos aplausos, aclamaciones y otras formas de alegre emoción, como observará cualquiera que asista a tales exhibiciones. El alfabeto, la sala de clase, todo el tedioso proceso mediante el cual un chico llega a convertirse en lector con el objeto de asimilarse la herencia literaria de la raza: todo puede echárselo a la espalda. Hay un método que le facilitará el alcanzar su objeto con el menor trabajo posible para él, para sus padres y para el maestro.

Tengo ciertas opiniones definidas—aunque rara vez las expongo—acerca del que divirtiéndose pretende ser reformador. Dudo de su sinceridad. He tropezado en mi camino con muchos hombres de esta clase y desconfío de ellos. Sería injusto atribuir únicamente menguados motivos al individuo que reclama el título eminente de filósofo e institutor en el mundo. Pero cuando se hace una película para ilustrar un tema escabroso, del que por lo general no se habla libremente, y esta película se anuncia con gran bombo en carteles sobre las paredes, invitando a todos—hombres, mujeres y niños—a presenciarla en obsequio de su bienestar eterno, previo pago de la correspondiente entrada, el espectáculo me subleva. Alguno de aquellos caritativos sujetos hace una película destinada a dar a las jóvenes una lección sobre intervención quirúrgica ilegal, enfermedades sexuales, restricción de la natalidad o el riesgo que corren en las grandes ciudades escuchando las insinuaciones de celestinas de ambos sexos, y otras por el estilo, variando hasta el infinito. ¡Cuántas de estas cintas acuden a mi memoria! Ni un solo propietario o representante de cinematógrafo ha dejado de hablarme de su culto por el interés general. Al mismo tiempo que distraen al público desean ponerlo en guardia contra los peligros de la vida. Rara vez los tales tienen aspecto de maestros o se les asemejan en algún rasgo. Y como su defensa ante aquellos que pueden restringir sus actividades o tienen el poder de otorgar prerrogativas es tan elo-

cuente, deduzco que su interés en el asunto que se discute no tiene nada que hacer con la educación.

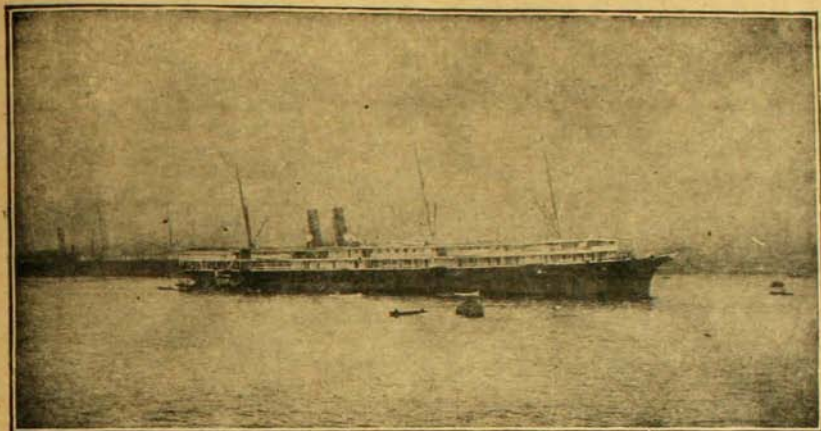
Estas materias deben enseñarse solamente en el lugar apropiado, que niego sea el cinematógrafo. Hay iglesias, escuelas, hogares y substitutos de hogares establecidos por sociedades organizadas. Por medio de estas sanas influencias pueden recibir los niños la información que juzguen conveniente las personas responsables de su educación. El hombre de teatro ocupa posición diferente en la comunidad. Cuando entreteje hechos de esta naturaleza en el argumento de alguna historieta que presenta en forma de película y nos la ofrece por precio determinado, es el especulador que siempre ha sido. Es una nueva treta para atraer espectadores y aumentar sus rentas. Su ardid es tan claro como la luz del día. Los hombres que hacen honradamente el negocio de cinematógrafo lo miran con desconfianza y desean verse libres de su presencia, no solamente a fuer de rival que atrapa el dinero del público que ellos desearían meter en su propio bolsillo, sino como un trampantojo moral. La energía que se ha gastado en cinco años para confeccionar tales historias y cubrirlas con un disfraz respetable para lanzarlas al mercado podría impulsar gran número de proyectos útiles y honestos. Y no se ve el término de todo esto. Continúa aún la amenaza pendiente. El futuro se presenta ensombrecido con la perspectiva de esfuerzos siempre nuevos y siempre iguales de aquellos hipócritas que trafican en indecencias, veladas a medias, en nombre del beneficio social. ¡Fuera con tales intrusos en el campo del cinematógrafo!

El honesto entusiasmo por las películas de viajes y noticias de actualidad está bastante difundido. El don de ubiñidad del fotógrafo cinematográfico, la habilidad con que reproduce los acontecimientos en todos los lugares del globo y nos trae las noticias casi con la misma rapidez que los periódicos es digna de encomio. Tenemos ante los ojos una o dos veces por semana la vívida representación de la historia del mundo contemporáneo. Ha oído decir a muchos que les agradaría se dedicara a estas vistas mayor tiempo del que generalmente les señala el programa de los teatros.

Las películas que exhiben el lado bello

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 395



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

“HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcera esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

ONTERE PLAZA
Director-Gerente

o agreste de la naturaleza, y la civilización de los pueblos de regiones poco conocidas del mundo; que nos hacen visitar por delegación las ciudades extranjeras, el helado norte, el exuberante sur, lejanas islas y continentes; viajar por ríos extraños y altas montañas; presenciar interesantes procedimientos industriales; conocer la figura y hábitos de las aves, bestias y peces, el desarrollo de las plantas y el descogimiento de las flores, tienen gran valor educativo. Los niños de escuela y los maestros pueden muy bien resolverse a echar de lado mapas, libros y globos frente a tales películas. Y sin embargo, es tan viva nuestra repugnancia a recibir instrucción en un lugar donde venimos a buscar entretenimiento, que pocos de nosotros dejamos de considerar una especie de imposición la inserción de estas materias en los programas. Películas de esta clase se hacen sólo dentro de cierta medida. Son un mero incidente en la partida. Van a guisa de adahala con la cinta principal. Se acostumbra exhibirlas antes o después del melodrama para descanso de la mente o del espíritu que se ha sentido o ha de sentirse profundamente emocionado con las complicadas aventuras del héroe o de la heroína o con la parte sentimental. En los establecimientos donde se alquilan películas, estos rollos quedan generalmente arrinconados en los estantes: ningún parroquiano cree que le acarrearán ventajas ponerlos en exhibición. Ciertos fabricantes benévolos e idealistas declaran que han puesto valerosamente punto final a este ramo de su producción. Han vuelto a las películas de gusto general.

Me he preguntado a menudo si las películas cómicas representan un desenvolvimiento natural del espíritu del pueblo. Si es así, ¿marca ello algún progreso del genio festivo? A todo evento, significa a las claras el avance en una nueva dirección, y hemos de creer que la tentativa ha tenido éxito. Sólo existe un medio certero para que el gracioso descubra si es divertido. Debe hacer sus gracias y observar el efecto. Si los hombres ríen, lo habrá conseguido, y ésta es la respuesta a mi pregunta sobre Chaplín, y una docena más de actores que hacen piruetas, caen, dan puntapiés y lanzan carcajadas en todo el curso de la película. Son más conocidos que todos los bufones, payasos y comediantes de las cortes, el circo o la escena, en toda la

historia de la humanidad. Ningún programa de cinematógrafo es completo si carece de uno o dos rollos cómicos, estilo que se traduce siempre en la peculiar variedad de "bofetadas y palos", que inició Charles Chaplín.

Ninguna palabra o movimiento de los que se exhiben en la película cómica podría ser recomendado como ejemplo a sus hijos por el padre de conciencia más rudimentaria. Y nada digo de sus cualidades de delicadeza y elegancia. No es mi propósito, repito, lamentarme en este artículo de la civilización conforme aparece en las películas. Las películas cómicas divierten indudablemente, puesto que gran número de los concurrentes, de todas clases y condiciones, ríen a más no poder con tales escenas. Siguen con delicia sus incidentes durante media hora en cada tanda y se figuran haberse divertido indeciblemente. Si nos fuera dado transportarnos por un rato a Etiopía o a Seoul, mientras se exhibe esta clase de películas ante los naturales, presenciaríamos sin duda análogas e inequívocas manifestaciones de alegría. Deduiremos, en consecuencia, que los actores de "bofetada y palo" han hecho nuevos descubrimientos y sondeado profundidades desconocidas de la naturaleza humana; y que debemos por lo tanto rectificar nuestro criterio. No podemos imaginar forma alguna de extravagancia de que no hayan hecho uso durante los años en que han estado empeñados en el problema de descubrir la cuerda sensible, primitiva y universal, de la comicidad humana; pero la tumultuosa corriente sigue su curso. Si hay un infierno en la tierra, como lo aseguran sujetos bien informados, se encuentra indudablemente en aquellas latitudes, donde los hombres se torturan el cerebro y se arrancan los cabellos en el esfuerzo de inventar nuevas situaciones cómicas. Mi concepto en esta materia es que el grupo aquel se da demasiado trabajo en tal sentido hace largo tiempo. Como muchos otros enérgicos y vehementes ciudadanos, no piensan en el porvenir. Han exigido mucho y casi han matado a la gallina. Es posible, sin embargo, que tengan una reserva potencial mayor de lo que suponen sus más confiados admiradores. Pero, dadas las condiciones, es de temerse que muy pronto no puedan seguir adelante sin repeticiones, o sin retroceso, que es lo mismo. Me encuentro hoy dispuesto a declarar que se ha llegado al punto culminante, y conser-

varé esta opinión por lo menos hasta mañana.

El empresario de cinematógrafo se ofende de la censura. La simple indicación de que debe estar sujeto a responsabilidades, cuando su ardor por la ganancia le lleva demasiado lejos y se comporta mal, lo hace tildarme de Catón o Torquemada. Refúgiase en los antiguos decretos de libertad de prensa y de palabra, y nos dice que se infringe un derecho divino cuando se le manifiesta que no es decoroso exhibir estas películas.

Afirmo que la libertad de palabra no debe existir para el hombre que estima en tan poco su responsabilidad social. Individuos de esta clase no juegan limpio con la sociedad. Cuando forman su consejo de censura propio y confieren certificado de mérito a su propio estudio, a su película propia, simplemente para extraviar y confundir a las personas que se inquietan de tales asuntos, no hacen sino confirmar su mal comportamiento. Quieren hacernos creer que lo que se solicita del estado es superfluo, pues que ya está haciéndose por un grupo de voluntarios por propia elección. Se aproxima el tiempo en que tales manejes no desviarán la conciencia públi-

ca. Todo el Canadá se ha armado de la protección de la ley contra películas nocivas; cuatro de los cuarenta y ocho estados de la Unión—Pensilvania, Ohio, Kansas y Maryland—y la ciudad de Chicago sostienen comisiones para inspeccionar los millones de metros de cinta de celuloide que transmiten cada año sus impresiones a la mente de los norteamericanos. Necesitaría aumentarse inmediatamente el número de estados dispuestos a intervenir en el asunto.

Cuando en vez de cuatro populosos estados sean veinte los que hayan nombrado comisiones de esta índole, trabajando por un fin común, habremos secado la fuente del mal. Se verá y se comprenderá que el provecho pecuniario no puede acrecentarse a favor de películas de escenas lascivas. La vulgaridad podrá seguir exhibiéndose, pero ni fabricantes ni vendedores harán dinero con indecencias; si su película es de esta índole, encontrarán mercado muy restringido, en caso que llegue a ser aceptada. El empresario de películas tendrá que convertirse en ciudadano moral y correcto, como debió serlo por propio impulso obedeciendo desde el principio a los dictados del corazón.



PERSONAS QUE RUMIAN

La rumiación, es decir, la facultad que poseen los mamíferos del orden de los rumiantes para traer del estómago a la boca los alimentos ya ingeridos y completar su masticación, se ha observado también en algunos hombr@s. El profesor Blanchard cita treinta y tres casos en un interesante estudio, y es de notar que muchas personas que pueden rumiar no lo consideran como enfermedad, sino que llegan a figurarse que son como todo el mundo y que el médico no es necesario para evitar lo que creen un acto muy natural.

La verdadera rumiación es independiente de toda molestia estomacal y de la calidad y cantidad de los alimentos ingeridos. Produce sin regularidad de tiempo después de las comidas. Al decir de los médicos que se ocupan de este fenómeno mericóla, no tienen nada de desagradable el gusto de los alimentos que se vienen a la boca, siempre que la rumiación no se produzca mucho después de haber comido; de suerte, que para muchos basta constituye un placer.

Un incidente insignificante puede originar la rumiación y se ha presentado el fenómeno tras de un acceso de vómitos violentos, después de un viaje por mar o a consecuencia de un golpe en la región epigástrica.

El fenómeno es hereditario. El profesor Brockbank, después de reconstituir la genealogía durante cinco generaciones de una familia en la que figuraban cuarenta y siete personas de uno a ochenta y dos años, veintitrés mujeres y veinticuatro hombres, ha encontrado en ella veinticuatro casos de rumiación, doce en las mujeres y otros doce en los hombres.

ROSAS, LAS MUJERES Y LAS ESCOBAS

Un día, — cuenta Ramos Mejía en la página 179 de "Las neurosis de los hombres célebres", — edición "La cultura Argentina" — encontrábase Rosas en su residencia de Palermo, cuando una comisión de la Sociedad de Beneficencia llegó a felicitarlo por un recuerdo que triunfo obtenido sobre los "salvajes unitarios". Matronas de lo más distinguido, muchas de ellas ancianas, componían aquella memorable embajada. Entran a la sala y allí Rosas las recibió afectuosamente mostrando, como nunca, la fina solicitud... Agotados los temas, Rosas parecía meditar, pero repentinamente se pone de pie y dirigiéndose a las damas les dice:

—Vamos, señoras, que ya están prontos los caballos, e iremos a dar un paseo. Las señoras, sorprendidas, le siguen automáticamente al través de los patios. Llegan al último, y allí recoge varias escobas, monta en una de ellas, hace que las señoras monten en las otras y tomando la delantera, parte imitando el galope de un caballo... Aquellas pobres mujeres le seguían, unas con más bríos que otras, según los años, galopando detrás de aquel insensato que manejaba la escoba para un lado y otro y que la pegaba en la cabeza cual si fuera efectivamente un animal duro de boca.

JOSE MARIA RAMOS MEJIA

EMPAREDADOS MEDICINALES

Durante mucho tiempo, han sido completamente desconocidas las funciones que el bazo desempeña a nuestro organismo. Ahora sabemos que entre otras misiones tiene la de fabricar los glóbulos blancos de la sangre.

Como según las investigaciones de Metchnikoff, esos glóbulos están encargados de defendernos contra los microbios malignos, en seguida se ha pensado en utilizar esta propiedad en el tratamiento de las enfermedades.

La iniciativa ha partido del doctor Bayde, el cual se propone tratar ciertos males infecciosos y en particular la tuberculosis, dando bazo a los enfermos.

Como es natural, para que el tratamiento resulte eficaz, hay que correr el bazo crudo, escogiendo con preferencia el de cerdo bien fresco, y tomando como dosis veinticinco gramos diarios, entre dos rebanadas de pan, cual si se tratase de un emparedado. Para disminuir el gusto a tan modernista medicamento, se puede emplear mostaza o pimienta.

Dejando a un lado la cuestión de cómo obra en nuestro interior, lo interesante es saber, primero, si no sienta mal y luego si sienta bien. Por lo pronto es indudable que no hace daño: es un alimento como otro cualquiera y hasta bastante bueno. En cuanto a si resulta beneficioso, no se puede afirmar en concreto todavía. Hasta ahora no lo ha empleado el doctor Bayde más que en cinco casos, en tres de los cuales consiguió la curación, y en los dos restantes no obtuvo resultado alguno.

**PACIFICO
MAGAZINE**

Revista
ilustrada
mensual

❧ ❧

Enero de 1921

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
DOÑA LUCRECIA VALDES DE BARROS BORGOSÓ, <i>Semblanza por el Curioso Impertinente</i>	3
LA FUENTE DE JUVENCIO, <i>por Misael Correa Pastene</i>	7
CRONICA LITERARIA (ZURZULITA, POR MARIANO LATORRE), <i>por Hernán Díaz Arrieta</i>	14
EL PORTUGAL, <i>por Jorge Solís de Ovando</i>	21
UN MISTICO DEL DIBUJO.—DORLHIAC, <i>por Oliver Brand</i>	23
EL CONVENTO DE LA RECOLETA, <i>por Alberto Echeverría</i>	29
¿QUE HUBIERA USTED QUERIDO SER?	39
LA SALA FAMILIAR EN LAS HABITACIONES OBRERAS, <i>por Luis Casanueva</i>	43
¿QUE HORA ES?, <i>por Antonio G. de Linares</i>	45
NOTAS MARGINALES, <i>por don Juan Agustín Barriga</i>	54
LA MANO COMO REFLEJO DEL ALMA	57
UN RECUERDO DE AMOR, <i>por Graciela Soto Mayor de Concha</i>	61
VISIONES DE PARIS, <i>por David Bari M.</i>	69
RUBEN DARIO EN CHILE, <i>por Luis Orrego Luco</i>	73
UNION (POESIA), <i>por Juan Mujica</i>	82
EL PANTEON DE LA ABADIA DE WESTMINSTER, <i>por Aura</i>	83
ELOGIO DE RICARDO LEON, <i>por el Pbro. Luis Felipe Contardo</i>	87
PERROS DE LUJO A PRECIOS FABULOSOS	93

NUESTRA PORTADA :

Óleo de E. Oliva.



Doña Lucrecia Valdés de Barros Borgoño

Semblanza por el Curioso Impertinente

En tiempos en que el concepto sociológico y filosófico de la mujer en los diversos e importantes roles que le cabe desempeñar en nuestra sociedad actual, va adquiriendo especiales relieves; en años como estos que corren, en que su avance aumenta por extraña y sorpresiva manera, llegando a desempeñar papeles y atribuciones en las diferentes actividades de la vida que hasta ahora creíamos de la

exclusiva incumbencia del hombre, y desempeñándolos sobre todo en forma que supera las expectativas más exigentes; el estudio acerca de las personalidades femeninas, aun aquel que por su exigüidad solo cabe en el reducido espacio de una biografía breve, adquiere especialísimo interés, y es así como el público que se va dando cuenta cabal de este extraordinario movimiento feminista de nuestra época no puede menos de acoger con interés sumo todo aquello que se relacione con nuestras mujeres importantes, con aquellas que por sus talentos, su virtud, su belleza o su espíritu de iniciativa

benéfica han ido adquiriendo carta de ciudadanía en la simpatía de todos.

Pasados ya los días en que a la mujer se le relegaba al fondo del hogar, dedicándola al cuidado de los asuntos domésticos y de los intereses familiares, sin darle participación alguna en las manifestaciones importantes de la vida intelectual o económica o bien rindiéndole solo los agasajos que sugiere la frivolidad de sus

sentimientos: aparentes y destinándole en puesto de espectral figuración social que reducía sus actividades en el interior del hogar a la categoría de un mueble fino—una curiosidad más que exhibir a los visitantes—y en el exterior a la fastuosa condición de un maniquí brillante; pasados esos días, decíamos, le cabe ahora a la mujer una compleja y activa participación en los negocios y en las actividades de la vida diaria. Estudiar, por tanto, cuanto directamente pueda relacionarse con estos nuevos e interesantes aspectos de la vida femenina, tiende a llenar una necesidad que hoy día se



Don Luis Barros Borgoño, su esposa la señora Lucrecia Valdés y su hijo Luis. Interesantísimo grupo fotográfico tomado en 1882.

hace sentir doblemente. El libro, la prensa cotidiana, la conferencia, el folleto, van hurgando incansablemente en esos aspectos generales del feminismo; a las siluetas, biografías nerviosas y breves que tratan de comprender en pocas páginas los puntos salientes de una personalidad, cabe el condensar en sus líneas reducidas la esencia de esas vidas amables cuya actuación ha merecido desprenderse del nivel común.

La vida y la personalidad de la señora Lucrecia Valdés de Barros Borgoño, dama de vieja estirpe intelectual y nobilísima y esposa del eminente hombre público don Luis Barros Borgoño, tiene una significación especial para cuantos hayan sabido justipreciar la actuación política de su marido, en la cual le ha cabido a ella esa participación silenciosa y eficiente que corresponde a las mujeres de verdadero talento que han podido comprender la importancia de la misión que les estaba encomendada por la sociedad y que al abarcar sus responsabilidades han tenido un noble gesto de entereza.

Y la señora de Barros Borgoño ha sabido cumplirla en forma que compromete la admiración de cuantos de cerca o de lejos hayan sabido de sus virtudes, de su talento claro y fino, de su vigoroso ingenio ya proverbial en nuestro gran mundo y en especial de sus cualidades íntimas, de aquellas que desplegadas en la intimidad del hogar, han contribuido a embellecerlo, a hacer para los suyos en ella el encanto de todas las horas.

Baja de cuerpo, jovial de espíritu, activísima en sus movimientos, la señora Valdés es una mujer toda alma, toda inteligencia, cuya vida, vida de fuerte animación, parece haberse concentrado en su espíritu juvenil, pronto a la frase amable, a la respuesta chispeante, al decir ingenioso que se esconde tras los puntos de encaje de algún abanico y sale a flor de labios chisporroteando en la charla amable de los salones.

Su existencia ha corrido serena, exenta de emociones grandes y de vicisitudes; sin que las luchas y los apasionamientos de la vida política bastaran en momento alguno a turbar esa noble ecuanimidad de su espíritu, hasta el cual las pasiones humanas no han podido llegar sino acalmadas y silenciosas, como esas olas que ven

desahacerse en la blandura de la arena el barbotar hirviendo de sus espumas.

Su laboriosa existencia de mujer ejemplar ha visto desarrollarse constantemente las iniciativas que en la intimidad caben a las madres y a las esposas perfectas, cuya misión—apostolado nobilísimo de ternura y de amor—no ha menester para ejercerse, de vanas pretensiones ni publicidades ruidosas. Consagrada al afecto de los suyos la vida no ha tenido para ella sino la amable sonrisa que suele reservar a quienes cifraron la única felicidad de la existencia en cumplir noblemente ese apostolado que en las madres es sonrisa de niños y alegría infantil y en las esposas la satisfacción del deber realizado.

Colaboradora eficaz de las tareas políticas de su marido, le cupo desarrollar una interesante labor diplomática y social en las ocasiones en que aquel distinguido estadista desempeñó la cartera de Relaciones Exteriores. Más tarde, cuando sus amigos políticos alzaron su candidatura presidencial, en horas de partidismo ardiente y de apasionamientos desbordados fué sin duda ella el espíritu moderador que aconsejaba medidas de prudencia y resoluciones de patriótico desprendimiento y acoso a sus nobilísimas insinuaciones se debiera en parte ese gesto de hidalgo renunciamento que inspiró al candidato vencido en la lucha popular el deseo de abandonar en absoluto las expectativas constitucionales que los acontecimientos dejaron al alcance de su mano. "Renunciar es poseer" exclama el protagonista de un drama famoso al explicar el noble desinterés con que por el amor de un ideal inalcanzable renunciaba a las expectativas que la vida ponía en su camino. Y de esta manera sin duda debió pensar también la distinguida dama al renunciar a posibilidades de honores y poder que le dejaban en cambio la posesión de una tranquilidad cuyo valor inapreciable sólo se puede abarcar cuando se la ha perdido.

Cuéntase que el Presidente Alessandri dijo en cierta ocasión refiriéndose a su adversario de la víspera, por el que siempre ha conservado cariñosa amistad: "Es la primera ocasión de mi vida en que no he podido cederle el paso". Y en justa reciprocidad fué sin duda que los ormeos aplausos para el candidato triunfante

salieran de labios de la señora de Barros Borgoño.

Llegada ya la hora de serenidades que precede al crepúsculo y al hacer el inventario espiritual de su existencia, si doña Lucrecia Valdés se interrogase a sí misma preguntándose qué labores útiles le permitió desarrollar la vida, por qué actividades y méritos pudo merecer la satis-

facción que procura el aplauso de todos, qué virtudes desarrolló y por qué mágicos caminos espirituales condujo a los suyos; o qué misión le tocó desempeñar en la tierra que justificase la suprema recompensa, ella podría responderse como las damas antiguas con ese laconismo elocuente que era su esencia:

—Embellécí la vida de un hombre.



La señora Lucrecia Valdés de Barros Borgoño



Celebrada ballarina y coupletista que vendrá a América

¡Confidencias!... ¡Y qué podré yo confiar! El que escribió un día que la mujer es un animal impulsivo y hablador, se equivocó completamente. Yo no he contado nunca mi vida íntima, se encargan de contarla o de inventarla todas mis... amigas.

Se dice que tengo las más lindas piernas de París. En París, tener lindas piernas es un certificado de belleza... bastante corriente, y, en todo caso, para mí, tan valioso como cualquier otro. Pero, a pesar de este certificado, el éxito no vino tan de prisa como mis pies de bailarina.

Lo que equivale a decir que mis comienzos fueron difíciles: en el mismo espectáculo cambiaba de traje diez veces para ganar sesenta francos al mes. ¡Era un verdadero trabajo por amor al arte! Fué necesario Kiki para que llegara a la celebridad. ¡Cómo, pues, no voy a sentir preferencia por las obras de Rip!... Es la primera vez que se lo digo.

Antes de ser Spinelly, una artista de cartel —¡me perdonan ustedes la modestia!— fui por algunos años la chiquilla de voz aguda y mimosa que recita cuplés tremendos con el más ingenio además. ¡Cuántos horrores cantados en mis jóvenes años! ¡Cuántos vestidos—muy desnudos—he llevado en mi carrera!

Por más que insistáis, no diré la fecha exacta de mis primeros triunfos.

París tiene sus muñecas y yo fui una de ellas, una muñeca que sabe guiar los ojos, mostrar inocente lo que prohíbe la moral, cantar con voz de niña la saladisima canción a la moda. Cada día mis papeles eran más largos y mis vestidos más cortos. Triunfé al cabo... y no tengo la culpa si me obligan a hacer pedazos la modestia.

Hablemos de otra cosa, de mis viajes, porque he comenzado a viajar. Son gajes del oficio. Yo no pensaba abandonar nunca mi París, que es mi dominio terrestre, pero los americanos del norte emplean tan poderosos argumentos! Me volví a escape de Nueva York, trayendo la im-

presión—guárdenme ustedes el secreto— de que aquellos colosos no saben divertirse. Los agasajos y cumplidos de la prensa yankee, no me harán olvidar el aburrimiento de aquella tierra, en donde ni siquiera es posible embriagarse para olvidar las penas.

Tengo, en cambio, vivísimos deseos de conocer la América del Sur. Aunque soy un poco hueraña, estoy segura de que allí haré pronto muy buenas amistades. Sé que en la América Latina nos comprenden admirablemente y nos perdonan cualquiera audacia, si es ingeniosa, cualquiera travesura, si la sonrisa es de París. Y para todas las simpáticas mujeres de América, a quienes espero ver muy pronto, va en esta página el mejor mensaje: mi sonrisa.

SPINELLY.



La fuente de Juvencio

Por M. CORREA PASTENE

Pasada la ancha puerta en arco y el pasadizo, se llegaba a un emparrado de arquería de hierro, aislado por ambos lados por sendos tableros de flores. A un costado, amplio y largo galpón con todo el frente de enrejado de hierro, en que muchos monos brincaban sobre perchas que simulaban árboles, columpios y barras horizontales; y al otro lado, las salas de disección y operaciones. En el comedor y bajo el emparrado en que había bancas de madera y hierro, unos seis hombres esperaban, leyendo unos el diario, otros embebidos en una impaciencia refunfuñadora.

Diego Fabres entró como cohibido y tomó asiento bajo el parrón. Mientras desdoblaba el diario vió a su amigo Francisco Ordóñez, medio oculto tras la hoja de su periódico abierto.

Se dirigió a él.

—¡Hola! ¡Tú también!

—¡Y tú!

—Ya lo ves. Es preciso rejuvenecer.

—Luego, ¿confesas que ya no estás joven?

—¡Hombre! Tampoco tú pretenderás que lo estás. Creo que pasamos del medio siglo largo de talle.

—Lo menos hace cuarenta que nos rompíamos la cabeza con la endiablada química. ¿Cómo pasa el tiempo!

—¿Y bien? Yo vengo atraído por la fama de este soberbio modo de rejuvenecer. Dicen que este doctor González hace la operación con una certeza admirable.

—Sí, yo he visto casos. ¿Te acuerdas de Fernández, aquel viejo verde que vivía

frente a nuestra pensión universitaria? Pues, ese carcamal se inyectó juventud y anda como un cabro diciéndole chicleos a las niñas.

—En vista de eso, tú...

—¿Y tú?

Soltaron la risa espontáneamente.

—Acabo de leer, dijo Ordóñez, un artículo sobre los informes de la Facultad de Medicina. En resumen, los doctores dicen que la implantación de las glándulas intersticiales para rejuvenecer el organismo, es eficaz y está científicamente comprobada con miles de casos. No hay vuelta.

Discurrieron largo sobre el descubrimiento del ya famoso médico polaco Vornoff, según el cual, cambiando las glándulas intersticiales de un organismo ya envejecido por la de uno joven, se recobraba la

juventud. Esas glándulas secretan la sustancia que conserva flexibles y activos los músculos y les suministra la potencia y el vigor.

Miles de hombres habían recobrado su actividad, con sólo cambiarles sus glándulas caducas con la de un mono joven. Se habían establecido viveros de monos; se les traía de Ecuador, del Brasil, del Africa; se habían hecho cruzamientos felices de orangutanes, desgraciadamente escasos, con los pequeños monos americanos; y ya se disponía de muchos individuos mestizos, de buen tamaño y robusta naturaleza.

Pero como luego se observó que la vida



—Ya lo ves, es preciso rejuvenecer...



Diego Fabres descendía de un hermoso auto y daba la mano a una joven encantadora

dad de amar, me me enamorado. Tú comprendes lo demás.

—Ya, ya. No me pasa lo mismo, pues me casé y tengo hijos grandes; pero ¡qué día blos!, la vida pasa, hay que alivianarla si quiera con comodidades y gozarla. Di tú, ¿qué gana o aprovecha el hombre si después de trabajar con éxito, la hora del descanso y del disfrute lo encuentra tullido sobre un sillón de ruedas? ¡Oye! el doctor me llama; me toca el turno. Adiós. Voy a la fuente de Juvencio.

—¡Felicidad! Ya me tocará el turno.

++

Un mes después, Diego Fabres descendía de un lujoso auto y daba la mano a una joven encantadora. Fabres había en verdad rejuvenecido. Aquel mago de la ciencia médica había hecho el milagro; y el nuevo Fausto, sin necesidad de comprometer su alma con el Diablo, cada mañana comprobaba que se deshacía una arruga, que se le enrojecía el rostro, que sus músculos adquirían elasticidad, soltura sus movimientos y se regularizaba su digestión. Hasta los dolores reumáticos que antes lo empalaban, apenas se anunciaban por dolcillos cada vez más tenues y alejados.

Se sentía joven y feliz. Iba a recomenzar su vida juvenil, una vida de amor y de placeres sabiamente combinados por su experiencia de sesenta años de su primera vida.

—Es lo más grande, pensaba, este invento que permite unir la experiencia a la potencia, la actividad con la sabiduría. Es como ser viejo y joven a la vez. ¡Si la juventud supiera! ¡Si la vejez pudiera! ¡Oh! vejez de la edad antigua. Ahora, la juventud científica sabe y puede. Es la plenitud de la vida.

Y pensaba en la hermosa mujer, joven y buena, que su experiencia había escogido para aprovechar su nueva juventud.

Bajaron del auto y una mullida alfombra sembrada de flores cubría el pasadizo. Parientes y amigos formaban calle que en el fondo cerraba la servidumbre; y un ¡viva los novios! los acogió. Y Fabres sintió ensancharse el pecho.

++

Estaba convenido a medias palabras un

en los criaderos los menguaba y enflaquecía, el Estado cedió un territorio bozcoso, en donde se soltaban los frutos de la hibridación y donde se les cazaba después.

Todo esto encarecía la operación. Millones de hombres suspiraban porque abaratará el rejuvenecimiento en todos los puntos de la tierra; y otros millones de mujeres lloraban sobre sus almohadas por no tener el dinero que les costaba renovar sus encantos.

—Es lamentable, dijo Fabres. Sería preciso que la tierra estuviera tan poblada de monos como de hombres para satisfacer esta aspiración; pero la tierra no podría sustentar una población inmortal que se reproduce incesantemente.

Luego suspiró y añadió:

—He gastado esta primera vida, derrochando una parte y empleando la otra en juntar dinero para renovarla. Así gozaré de dos juventudes.

—¿Y para qué?

—Para casarme. Puesto que la ciencia nos da lo que la naturaleza nos niega, la juventud renovada ¿por qué no aprovecharla? Absorbido en la virilidad por el trabajo y la ambición de juntar una fortuita, dejé pasar el amor a un lado sin hacerle caso, y al despertar como de un sueño tormentoso, me encuentro solo y algo hastiado. Lo grave del caso—continuó confidencialmente—es que sintiendo la necesi-

viaje de novios; pero Fabres lamentaba su debilidad en haber consentido en él. Su experiencia le señalaba con intenso relieve los inconvenientes de tal viaje: la incomodidad de los trenes, las miradas observadoras y maliciosas de los viajeros, la sordidez de los hoteles, el acecho concupiscente de su servidumbre, de ojos serviles cargados de malicia y procacidad, y el ajetreo del equipaje.

No atreviéndose a negarse a última hora, partió mientras sus amigos espaciaban el ánimo y el estómago ante una mesa de las once suculentas; y llegó a Viña del Mar, le dieron el consabido departamento para novios y...

—¡Al fin solos!, exclamó ella sonriendo picaramente en mitad de la alcoba.

—¡Al fin solos!, repitió él.

Y experimentado y sabio, no se lanzó a sus brazos con el ímpetu ciego de la primera juventud, sino que dilató el paso, avanzó con la mirada fija en ella, seguro de despertarle ignorados deseos y escondido fuego y estrechándola con estudiada suavidad, la besó larga y estrechamente. Ella entornó las pupilas y apenas respondió brevemente al beso.

A los dos días estaba aborrido de aquella vida frívola de salidas, exhibición de trajes, paseos a orillas del mar y por la noche teatro; y pensaba en la alcoba de su casa. ¡Ah! tan sabiamente dispuesta para los escarceos de amor, tan mullida, de luz tan dulcemente velada y como dosificada por pantallas, aquí verdes, allí rojas, acullá amarillas, que le permitían ver a su mujer en distintas coloraciones como en fantasmagoría.

Se quejó de las incomodidades de la luna de miel fuera de casa; y ella, extrañada, cedió. Y volvieron.

Fabres tenía su programa. En la mañana, después del desayuno, contestar cartas; luego, vestida ya su mujer, charla en el jardincillo, a la sombra de la acacia: un dúo que él imaginaba poético, de dulce amebeco, calculado para llenar de su imagen y su recuerdo el alma de su mujer; luego saldría al Club o a su oficina y tornaría al almuerzo. No perdonaría una breve siesta; después, acompañaría a su mujer a visitas muy breves de cinco minutos a lo sumo; la dejaría para atender sus negocios, volvería a casa a comer y en la noche, sobremesa, un paseo solitario y de vez en

cuando al teatro, a ver películas parlantes.

A su mujer no le hacía gracia este programa, no expuesto, para no abrir discusiones, sino realizado. Se sentía amarrada a su marido, tratada y cultivada como un hermoso animal, sometida a una vida regulada, dosificada.

La eugenia, entonces muy recomendada para bienestar y hermosura de la generación, era muy tenida en cuenta por Fabres. A fuer de hombre vivido y sabedor, no descuidaba la eupepsia, ya que el "estómago es la oficina en que se fragua la salud" y los científicos tenan ya dosificados los alimentos que cada hombre de tanto peso y tal ocupación debía ingerir. La bacteriología reglaba los ejercicios y la eufrasia los goces. Eran prescripciones de la ciencia, entonces muy aplicada a la conservación, fortalecimiento e eficacia de la vida humana.

Y aun cuando el descubrimiento del Dr. Voronoff prometía una juventud siempre renovada, lo efectivo era que por lo subido de su precio, no estaba al alcance de muchos; y luego, parece que la renovación



Luisa



—¿Por qué no haríamos un viaje en avión?...

había que hacerla con cierta periodicidad.

Un día, en que él creyó haber acumulado suficiente número de observaciones sobre un desgano o aburrimiento en su mujer, se propuso explicarle la ciencia de la vida, las ventajas del método, la eficacia de la regularidad de las funciones vitales.

Se sentó a la mesa con atención, inmóvil, pero su pensamiento vagaba por los espacios del ensueño.

Era una réplica muda.

Nunca había ella sentido tan viva la imaginación, tan rebelde el espíritu. Se dio a imaginar que en el cuerpo de su marido, indudablemente vigoroso y saludable, habitaba un alma impulsiva, ignorante y enamorada.

—Aun el placer, convenientemente esperado, es más gustoso, decía él.

—“Me habría besado aquella primera noche ciegamente, pensaba ella, como un loco y habríamos hecho locuras como dos chiquillos”.

—Es como despertar el apetito, que permite hallar sabroso el plato más sencillo y salutar.

—“Habríamos correteado a orillas del mar, habríamos paseado silenciosos y mirándonos a la luz de la luna y... nos habríamos besado a hurtadillas. ¡Qué placer!”

—Y es que la regularidad predispone el espíritu como un ejercicio el cuerpo al desempeño de funciones perfectas, con el menor desgaste.

“Habría cometido imprudencias; y ante la risa maliciosa del mozo se habría indignado y le habría dado un puntapié. Yo habría llorado, y él se habría bebido mis lágrimas. ¡Me estremecí de goce al pensarlo!”

—Un ejercicio regulado... ¿Conoces tú la macrobiótica? Voy a explicártelo.

¡Qué loco! pensaba ella. Ha querido pedir explicaciones y desafiar a ese joven que me miró de un modo... así... insolente. Me ha costado detenerlo, feliz de saber que por mí hará cualquier sacrificio”.

—Ahora comprendes que con esta sabia regla, la vida es tranquila y feliz; y lo que venga... que ha de venir por sus cabales, será perfecto...

“Pues ¡no olvidó en su aturdimiento sacar el equipaje y nos hemos hallado sin ropa de alcoba y él se puso una camisa mía? Qué risa, ¡Dios mío!”

Y sin poderlo remediar, la esposa fiel soltó una carecujada.

—¡Ajaja! exclamó su marido. Veo que la expectativa de eso, de lo que ha de venir, se pone alegre. Bueno; ya hablaremos. Voy a mis quehaceres.

Y viéndole en su camino, Luisa pensó:

“Todo lo que dice y hace será muy sabio, pero yo me aburro”.

Y él murmuraba satisfecho, sacudiendo la chaqueta para que se adaptara mejor al cuerpo:

—¡Oh! si la juventud supiese!

+

Desde este punto y hora, la divergencia de sus vidas, hasta entonces imprecisa, se hizo clara, porque se formuló en pensamientos y palabras.

La palabra deslinda y describe las cosas; las define y cuando es precisa, las circunscribe y las señala en su número, peso y medida; es decir, en sus relaciones con las demás cosas, en sus características y en su extensión.

Desde el instante en que un hecho de conciencia se traduce en palabras adquiere consistencia, individualidad y existencia propia. Sé destaca de la masa de actos imprecisos, rutinarios, sub-conscientes y se hace el centro de actividad intelectual y nacional.

Fabres pensaba, yendo de camino:

—Ha llegado a tiempo esta explicación

que mi experiencia preveía. Luisa comprenderá ahora que la felicidad no excluye la regularidad y la prudencia; y que esta juventud que la ciencia en la edad madura junta la potencia y la salud a la ciencia de la vida, aprendida antes. Ah! una juventud sabia! el sueño de la humanidad realizado.

Y Luisa, absorta en su alcoba, pensaba:

—De suerte que mi marido me prepara para el gran papel de madre y esposa; y vivo sometida a un régimen para que dé los mejores frutos! Dios me perdone, si digo una enormidad! Pero vengo a ser algo así como una vaca lechera o una gallina ponedora. Pero yo también soy un ser humano, tengo derecho a la vida, a la juventud...

—Y Fabres monologaba dentro del tranvía:

—Ahí está nuestro amigo Gutiérrez, joven de la primera juventud, alocado e inconsciente: se ha dejado arrebatar a su esposa por una ola a orillas del mar, por entregarse a esa contemplación amorosa cercana a la estupidez, propia de la edad. Y ese loco de Gastón ¿no se ha roto una pierna al descender el avión? Atacado de viejo romanticismo, subió a pasear por el espacio una noche de luna con su mujercita. No, no; esas son locuras, de que gracias a la ciencia y a la vida, estoy exento.

Y Luisa se decía:

—Mi marido sostendrá que son locuras; pero ¡qué hermoso debe ser ir solitos por los aires una noche clara, compartiendo temores y alegrías, pasando sustos y regocijos! Antonio y Gabriela ¿no hacen excursiones en aviones, en hidro-flotones, en automóviles, tomados de la mano?

Sí; pero Antonio es un joven de 30 años. Mi Diego es también joven, robusto, de buena salud; pero creo que pasa de los 50. Sí, sí, estoy segura; pasa de los 50. Pero como ahora pueden rejuvenecer...

Diego—¡Beatus ille...! La paz es la única felicidad posible. El espíritu se aquietará y una dulce serenidad nos rodea y va con nosotros. Es como el sol, después de la tormenta.

Luisa—Yo no tengo más que veintidós años y quiero vivir. Cuando esté vieja podré encerrarme en un conservatorio; pero estoy haciendo vida de vieja. Estoy esclava: vida de vieja.

Y repitió la frase tres o cuatro veces.

—Ahora me doy cuenta. Mi marido no

siente como yo, no piensa como yo. Veintidós años; más de cincuenta. Sí, sí; él es joven todavía, es decir, tiene el cuerpo joven; pero... pero tiene el alma de viejo.

Se asustó al pronunciar la frase como si habiendo descubierto un telón, hubiera visto un cuadro de horror; y luego, sintió dolor y remordimiento, como si hubiera lanzado un insulto a su marido. Pero la frase la observaba, golpeaba las paredes de su cerebro como un pájaro enjaulado. Cuerpo joven, alma vieja, le gritaban de adentro; y huyendo de este grito salió de su alcoba, pasó al jardín, se asomó a la cocina, fué a hojear su libro de música, corrió a ver la planta de un macetero, se encaminó al balcón que abrió y cerró, tornó a su alcoba y abrió el armario y se puso a remover trajes y adornos. Y no obstante, la frase le seguía y parecía surgir como un diablillo de mueca burlona de todos los rincones, del álbum de música, de la flor incipiente, de entre los vestidos removidos, de entre sus dedos ensortijados. Y vencida, aniquilada, se dejó caer en un sillón, y sin saber por qué, lloró, cubierto el rostro de sus manos de dedos de marfil.



Dumesnil



Así la halló Diego Fabres, que alegre y satisfecho, quería darle una sorpresa y entró en puntillas al dormitorio. Traía un paquetito atado con bramante, que hacía balancear.

—Pero ¿qué es esto? ¿qué te pasa?

—¡Ah! eres tú... Es que... me dolía la cabeza; pero ya se pasó.

—Menos mal. Nerviosidades pasajeras. Vaya, ámate ¿ves? (mostrando el paquete) esto te mostrará que no te olvido.

Y ella, curiosa y conmovida:

—¿Qué es?

—Una perdiz escabechada.

—¡Ah!

—Un perifollo imprevisto para la comida. ¿No te alegras?

—Sí, sí. ¿Por qué no?

Y yendo hacia el comedor él pensaba: ¡Oh! las sencillas felicidades de la vida casera!

Y ella:

¡Piensa en su estómago más que en mi corazón!

En el comedor, él charlaba hablando de los negocios hechos y pensados, de lo que de política oyó hablar en el club; y ella oía sin entender y miraba sin ver.

Interrumpiéndole, la pregunta de repente:

—¿Por qué no haríamos un viaje en avión hasta Valdivia?

El, asombrado, en el tenedor un

trozo de perdiz en el aire a medio camino:

—Pero ¿estás loca? ¿No has leído las continuas desgracias que ocurren? Y luego, eso no tiene novedad. Es como mirar desde el balcón a la calle, y muy peligroso además.

Y quiso pronunciar un discurso sobre la prudencia, la felicidad de la vida íntima del hogar; pero estuvo infeliz. Las ideas no se eslabonaban bien y andaban como anillos sueltos de una cadena rota. Sólo la perdiz escabechada tenía una continuidad sabrosa y una presa se seguía a la otra por su oruén.



El avión reposaba en la amplitud de sus alas y al centro, sobre las pesadeces del motor, estaba la cabina de los pasajeros, con sólo dos asientos. Era un avión de excursiones placenteras, dijéramos un Pegaso de paseo. En el gabinete, en flores adosados a los marcos de aluminio, lucían claveles de varios colores. Elegantes visillos calados cubrían las ventanas.

El dueño de aquel avión era un joven francés que viajaba por América. Esbelto, ágil y de tez bronceada por los aires de la altura, tenía la mirada leal e intrépida.

Vestía Luisa un sutil traje de seda clara y manejaba con soltura una sombrilla roja, como los tules del sombrero.

Ambos venían al galpón con pasos lentos. Los separaba un silencio cargado de pesadumbre. El miraba el horizonte, y ella, con los ojos gachos, parecía contar los pasos. De repente,

—Señor Dumesnil, exclamó, es demasiado precio para un viaje.

—No es un viaje, dijo él con voz sorda, es la partida.

—Gastón, por su honor de caballero, dígame, esa partida ¿no tiene vuelta?

Y Luisa, cuyas finas naricillas palpitaban, se detuvo. Había ansiedad y resolución en sus ojos brillantes.

—Luisa, usted lo sabe, usted lo sabe: la arca y nuestra partida ha de ser sin vuelta. De aquí a Valdivia; en seguida la región de los lagos hasta la Argentina, la patria hasta Buenos Aires; y de allí, un vapor a Europa, a Francia, *douce contrée*.

—Y... después? ¿Quemará usted su avión para vivir a lo burgués?

—No, amiga mía; viajaremos.

—¿Me lo promete? Júrelo.

—Lo juro; pero ¿qué importa eso?

—¡Oh! me encanta viajar.

Y sin poderlo remediar, dos cristalinas lágrimas le rodaron por las mejillas.

Era un adiós mudo. Gastón, enternecido, le tomó una mano y la besó largamente. También en sus ojos lució el cristal de las lágrimas.

El avión ha salido del cobertizo del aeródromo sur y la hélice gira vertiginosamente. El aparato trepida y tiembla como un potro fogoso.

—¡Luisa!

—¡Gastón!

—Todo está listo.

—Gastón ¿me amarás siempre?

—Para toda la vida.

Se estrecharon la mano y Luisa subió por una escalerilla a la cabina. El piloto se instaló en su silla y Gastón se embarcó a su vez.

—¡Atención! gritó el piloto.

—¡Ya! contestó Gastón.

El avión corrió un poco y se desprendió del suelo. Luisa y Gastón cayeron el uno en brazos del otro.

Ha pasado un año cuando tropiezan al esportillo Fabres y Ordóñez en el pasadizo del club. Se acercan silenciosos y se estrechan fuertemente las manos.

—¡Dablos!, exclama Ordóñez, parece que has envejecido.

—Y tú, tan campante!

Con ánimos de confianza, se retiran a un saloncito.

—¡Hombre! dice Ordóñez, yo puedo repetir los versos de Bécquer—“que el sa-
yo al parecer, nuevo por fuera—conozco
que por dentro ha envejecido”—“Ha en-
vejecido, sí, pese a mi estrella!” ¿Y tú?

—Peor que eso: está caduco.

Se cuentan sus historias.

Ordóñez, pensativo:

—¿De suerte que no repetirás la experiencia del doctor Veronoff?

—¿Para qué? Es preciso reconocer que en la mujer domina la fantasía y el sentimentalismo; que no comprende, y si comprende, no siente la vida arreglada a cánones científicos; y que, mi amigo, es una ridícula majadería aquello de “si la juventud supiese, y si la senectud pudiese”.

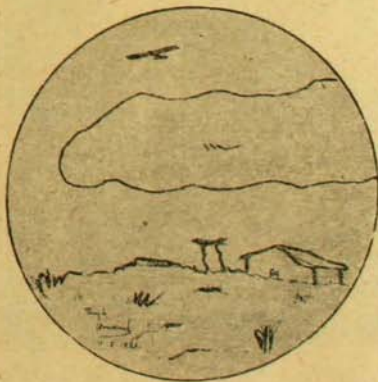
—Tienes razón. Para fortuna mía, yo no busqué en la fuente de Juvencio el amor, sino la pasión efímera. Pero tu quisiste hallar también la juventud del corazón y ¡qué demonios! aquellas glándulas de monos renuevan el cuerpo, pero no el alma.

—No, exclamó Fabres, casi indignado, yo sentía joven el corazón; joven y fuerte, pero afeccionado por la experiencia, capaz de regular sus latidos y condimentar sabiamente la vida.

Ordóñez soltó una carcajada; pero luego, asustado y compadecido de la feroz expresión de Fabres, mató la risa y echándole un brazo al cuello, murmuró:

—Pobre amigo mío. Sólo una cosa has olvidado y es que experiencia... es ve-
jez.

Y luego se separaron.



CRONICA LITERARIA

Mariano Latorre y su último libro

Un escritor formado por su voluntad.—Pese a quien pese.—Virtudes morales: paciencia, energía, constancia, disciplina, veracidad, sinceridad.—Vicios intelectuales: obscuridad, desarmonía, mal gusto, desequilibrio, frialdad, exageración.—De la afectación pedantesca en el estilo.

Por HERNAN DIAZ ARRIETA

El arte de escribir bien consiste en resignarse a decir, a lo sumo, la mitad de lo que se piensa, y por lo menos, la mitad de lo que no se piensa.

Renan.

Entre los escritores chilenos de la presente generación, Mariano Latorre se destaca con caracteres perfectamente definidos: es el escritor formado por sí mismo, "par décret nominatif de sa volonté", como habría dicho Renan. Grande amante de la Naturaleza, carece sin embargo de todos o casi todos los dones naturales que constituyen al artista y que otros derrochan: no tiene el nervio vibrante de Joaquín Edwards, ni la claridad de Mañuda, ni la sencillez tan distinguida de Federico Gana, ni la alta, armoniosa y serena poesía de Pedro Prado, autor de Alsino. Todas sus virtudes son virtudes morales y se las ha dado él mismo. Todos sus vicios proceden de la inteligencia y se los ha impuesto la fatalidad del temperamento.

Por eso su vida literaria parece el desarrollo de un tema pedagógico estrictamente ceñido a cierto plan.

Metido en la escuela realista y dedicado a amar a la Natu-

raleza, le lleva entonados ya, metódicamente, tres cantos: uno en cuanto mar, "Cuentos del Maule", otro en cuanto montaña, "Cuna de Cóndores", un tercero en cuanto campo, esta "Zurzulita" que acaba de aparecer. Aquí se observa desde luego la virtud del sistema, esa obediencia a cierta disciplina en la cual fundan los moralistas el origen de todas las

virtudes. De acuerdo con su escuela, que es la mejor, no ha cantado Mariano Latorre las bellezas de un mundo abstracto, la Naturaleza en general o una Naturaleza más o menos arreglada a su gusto, sino una tierra bien definida, bien concreta una provincia de Chile, su provincia natal: a semejanza de Balzac, que inmortalizó la Turenne, de Jorge Sand, que describió el Berry, de Flaubert y Maupassant, cuyos personajes vagan por la Normandía, Latorre ha querido incorporar a la literatura de nuestro país ese rincón del vasto y pintoresco reino de Dios que



Mariano Latorre

se llama el Maule. Antes de Baldomero Lillo, no conocíamos entre nosotros objetividad más precisa, con nombres y detalles más propios que los de Mariano Latorre: si no tiene títulos a llamarse por ello iniciador del tema regional, puede considerarse un continuador de primer orden. Con tres o cuatro más escritores de su especie repartidos a lo largo del territorio, podríamos tener una geografía artística como la de Francia, guardando las debidas proporciones, se entiende.

En la realización de este trabajo sistemático brilla sobre todo la virtud de la sinceridad. Mariano Latorre conoce su región y dice de ella lo que sabe, lo que ha observado, lo que tal vez ha vivido. Séve que cada uno de sus capítulos y de sus páginas es el fruto de un paseo largo, hecho libreta en mano, con apuntes de nombres, plantas, animales, tradiciones, pequeños hechos significativos, detalles de características locales; y este conocimiento acabado produce una sensación de confianza que tiene los más felices efectos. Uno se entrega sin recelos a un autor tan seguro. Algo de la vida real pasa al cuento o a la novela y todo aquello se agita, se mueve, acaba por impresionar. La realidad traducida fielmente tiene una virtud casi misteriosa y el escritor que la copia en sus libros toma un colaborador desconocido y omnipotente. Podemos encontrar imbécil y desagradable al Mateo Elorduy de Zuzulita; existe, respira, sufre, nos interesa; podemos no desear el amor ni la compañía de la señorita Milla, preceptorá rural, con sus esquivaces y entregas de bestia campesina; podemos aborrecer a don Carmen y despreciar al cura aldeano; todos ellos se nos imponen como seres de carne y hueso y es preciso tomarlos en cuenta. Ahora cuando el tipo se levanta un poco, la sensación resulta verdaderamente agradable. Reposa don Varo con su honradez simple, atrae el tonto Samuelón, y encanta, a pesar de su estribillo molesto e invariable, ese pequeño Quicho, único personaje totalmente simpático, con quien se puede conversar de cosas elevadas.

Sostén de la sinceridad y base del conocimiento, Mariano Latorre posee asimismo en alto grado otra virtud, ya de resultado artístico inmediato un poco más dudoso: la paciencia. Visiblemente, él no escribe por darse el placer de escribir, por entregarse al goce liviano y voluptuo-

so de la producción. Escribe por sistema, porque quiere ser escritor, porque desea pasar a la posteridad como autor de novelas chilenas: para eso tiene la paciencia. ¡Una enorme paciencia! Nervó lo habría santificado, Buffon le habría pronosticado el genio; nosotros lo admiramos sin atrevernos a imitarlo, ni siquiera a recomendar su ejemplo. Decidido a transmitir la impresión de la Naturaleza y a pintar el alma de los campesinos, privase para ello de toda invención extraordinaria, prescinde del adorno y del ingenio, renuncia aun a la elección un poco buscada de los personajes y se decide a ser fiel, fiel, fiel. El campo es monótono; él es monótono; el campo es simple y pesado: él es pesado y simple; los campesinos hablan y piensan tonterías bajas, vulgares, pequeñas: él se encierra en un círculo asfixiante de estupideces capaces de matar a cualquiera. Soporta durante interminables páginas la compañía de seres sin ningún interés y describe con minuciosidad sus miserables enredos, sus pasiones viles, sus riñas y sus borracheras odiosas. Zola ponía un soplo épico en sus inmundicias; Huysmans las detallaba como un Teniers; Jules Renard les da aires cómicos y pastoriles; Mariano Latorre, más realista, más naturalista que todos ellos, se queda en el mismo tono y en el mismo nivel del ambiente elegido, se hace como uno de sus personajes. La paciencia de Mariano Latorre como escritor, la suma de energía, de perseverancia y de resignación que demuestran sus tres volúmenes bastarían para canonizarlo.

Por desdicha, a esta gran cantidad de virtudes morales no corresponden virtudes análogas de la inteligencia.

No hace mucho reprochábamos a un escritor su excesiva facilidad para escribir. Era un extremo. Ahora debemos referirnos al vicio opuesto: la no vencida, ni siquiera disimulada dificultad para escribir. Los contrarios se juntan con frecuencia, en esta tierra donde las ideas tienen la forma del globo. Era difícil de leer Cuentos del Maule y había que penetrar con un hacha, como por selva virgen, a través de sus períodos enmarañados; Zuzulita opone la resistencia de un camino sin fin, de un alma campesina bravia, cerrada y áspera. Encontramos en ella toda clase de obstáculos. Abramos el

primer capítulo: "La muerte repentina de su padre fué para Mateo Elorduy un despertar doloroso a la realidad del vivir". Tres substantivos abstractos casi juntos. "Desde el día del entierro, su espíritu impresionable se torturaba agudamente o se abatía, desfallecido, en el cansancio de la sensibilidad". Magistral manera de comunicarnos por contacto físico la sensación descrita: esta frase produce cansancio, hace desfallecer y tortura agudamente la sensibilidad. En seguida, como arrepentido de haber cortado renglones a la medida de la respiración humana, el autor eava un verdadero barranco por donde debemos despeñarnos a ojos cerrados, a través de infinitas comas, puntos y comas, dos puntos, hasta tocar tierra en la página siguiente: "La gris monotonía que rezumaba el poblacho agrícola de Loncomilla, a través de sus casueñas soñolentas y de sus calles llenas del barro negro de las lluvias recientes..." Veinte líneas de implacable descripción. El autor está dispuesto a aniquilar a su lector a fuerza de longitud y de adjetivos. Poco más allá, hay otros instrumentos de tortura. Pág. 33: "Sintióse en ese momento la voz lejana de un niño: Ah vaca, ¡ah vaca!, pero en la cristalina atmósfera eso era engañoso: la voz parecía alejarse y estaba muy cerca sin embargo". ¿Qué es eso? Dificultad para escribir. Pág. 210: "... por encima de la cerca de tablas de los ranchos de las afueras..." Para hacernos comprender el hastío interminable del campo, nos parece, francamente, demasiado. El estilo no fluye, no anda; va a saltos, sin ilusión, una frase tras otra, empujado a la fuerza por una voluntad indomable. Pág. 138: "Mila sintió que su corazón se paralizaba al comprender esa alusión que, que sin embargo, era enteramente clara sólo para ella; se tranquilizó al observar que nadie parecía darse cuenta; pero no advirtió que los ojos penetrantes de Hortensia la despojaban de sus frescas ropas para descubrir en su cuerpo virgen, la huella inconfundible de las caricias varoniles, pero todos sus ademanes eran espontáneos, elásticos, llenos de gracia".

Fuera de la facilidad, el autor de Zurzulita carece por completo de otra virtud artística no menos importante: la armonía, el equilibrio, la proporción,

esa medida griega que encanta en los franceses.

De las 265 páginas de su novela, por lo menos la mitad son descripciones. ¡Y qué descripciones! Verdaderos inventarios en los que nada se olvida y donde cada cosa y cada persona, en lugar de su precio, lleva una comparación poética. Todo está descrito una y otra vez; a cada aparición de personaje, nuevo retrato, historia, antecedentes, gestos, etc. Y detrás, el camino, la casa, el bosque, el río, el cerro, el animal, el pájaro. La acción se pierde entre los matorrales y cuando algo llega a avivarse, el interés antes produce molestia que agrado: es preciso saltar casi por todo por medio. Ahora si se extravía por casualidad la señal de la lectura, resulta completamente imposible orientarse: los paisajes se parecen tanto entre sí que debemos resignarnos a releerlos o suprimirlos.

Esta misma desarmonía en la construcción general, se observa en las notas psicológicas, en el carácter y movimientos de los personajes. Mal psicólogo, como todo lírico, Mariano Latorre no acierta nunca con el toque justo, preciso y luminoso, no sabe contenerse. Sus ideas generales resultan, a veces, cómicas por inexactas o exageradas. En la página 23, Mateo cabalga tras don Carmen, camino del fundo que ha comprado: "Al llegar a sus términos don Carmen parecía más alegre, con una alegría insolente que hizo reírse de rabia a Mateo". Exageración de principiante a quien el lenguaje arrastra. Pasando frente a un cementerio "el joven cerró los ojos como si el sentimiento de desolación que apretaba su pecho subiese a los párpalos y los quemase. ¡Qué horrible sería dormir en aquel rincón, lejos del mundo, ignorado, apenas cubierto por los negros terrones resacos". ¿Mateo era una señorita histérica, era un frenético? Nada: era un tendero abúlico de Loncomilla. En la página 73 alguien pregunta a Quicho por Samuelón: "El vino toma inmediatamente la expresión seria que caracteriza a los campesinos cuando responden".

Pero tanto la difícil pesadez del estilo, como el recargo desequilibrado de las descripciones y la falta de penetración y justeza en las observaciones psicológicas resultarían perdonables, si no las agravara un vicio intelectual, el peor de todos:

la falta de sencillez y de buen gusto para elegir las palabras.

Célula primera de la frase y asiento de la sensación, la palabra constituye el elemento artístico delicado por excelencia y su elección requiere tacto y precauciones infinitas, una especie de instinto adivinatorio. Las palabras son seres vivos: tienen rostro, son simpáticas o antipáticas a primera vista, tienen antepasados aristocráticos o plebeyos, tienen situación social, han estado en buena o mala compañía, necesitan ambiente apropiado y varían de matiz según el sitio que ocupan, poseen en fin todas las complicaciones y los misterios propios del alma humana. Mariano Latorre no sabe nada de esto. Cree que la palabra es un simple signo algebraico y, con tal que signifique tal cosa, puede empleársela indiferentemente para significar esa cosa. Más aún: Mariano Latorre siente una secreta predilección por la palabra mala, la palabra cursi, sabia y desagradable; así como ciertas personas son naturalmente sencillas y elegantes, sus palabras son naturalmente afectadas y feas. Todas las palabras elegidas por él, puestas de intento, producen alguna disonancia, sea por exceso de pulimiento o por demasiada vulgaridad. No pretendemos que el escritor esté fatalmente sometido al lenguaje usual, aunque el arte verdadero debería estarlo. Nuestra época es demasiado pobre de expresiones y no tenemos la felicidad de esas mujeres francesas del siglo XVII que, al escribir como hablaban, escribieron obras maestras. Pero precisamente, esta pobreza que se trata de enriquecer exige un tino exquisito, una prudencia finísima. Caso de estilo renovado, afectado y sin embargo lleno de nobleza artística es el de don Ramón del Valle Inclán: gracias a la creación o resurrección de todo un determinado ambiente, sus términos sabios y pomposos corren con naturalidad, se necesitan, harían falta. En el autor de *Zarzulita* la historia es muy diversa. Poema más que novela, esta obra está destinada especialmente a darnos la sensación real y poética del campo chileno y la primera condición que las palabras deberían tener es la de evocarnos ese ambiente, la de provocar asociaciones de ideas y de imágenes que nos llevarán al terreno, que nos hicieran verlo, oírlo y respirarlo. Mariano Latorre se empeña por

apartarnos de ahí. El solamente quiere lucir conocimientos del idioma huaso tal como se habla o del Diccionario de la Academia. Exhibe, ostenta los términos raros o vulgares y después de haberlos colocado en su prosa, parece decir: ¿Qué tal? ¿Tengo un léxico rico? ¿He estudiado bien la lección, soy fuerte en terminología? Nosotros nos inclinamos respetuosamente y le respondemos: Sí, efectivamente, usted sabe mucho, se ve que ha tomado apuntes y ha leído libros; pero no tiene idea de lo que es una obra de arte. Federico Gana, el descuidado, el bghemio, sabe infinitamente más que usted y es muy caballero para escribir (1).

Véase:

En la página 9, Mateo recuerda a su padre y cree oírle la voz en la puerta "recayente" al patio; en la pág. 26, penetra en una salita de "primitividad" colonial; en la pág. 17 hay un campesino con la cabeza sumergida en los pliegues roizos del "colodrillo"; en la pág. 19, atravesando unos "calveros" encontramos un buey "ijadión"; y más allá, a lo largo de todo el libro, vemos el "rosor" que colorea unas mejillas, topamos un caballo "mandiano", oímos el suspiro "huidizo" del aire mañanero, cruzamos un arroyo "cistaleando en el álveo" que el mismo formó, sentimos "bazuquear" el vino en el fondo del vaso, mientras la primavera sonríe "en vírgalas verdezay" y delante del "porche" de la iglesia una carreta "se estompa" en el claror confuso, entre las yerbas "resequidas", donde el aire "frufrujea" y se divisan unos monaguillos o "ceraferarios"... Y qué decir de las diucas, del primer "diuazo", de la "chillediza", de sus trinos? Mariano Latorre se encarniza con las pobres

(1) Tanto carece Latorre del sentido, y, como si dijéramos el instinto del lenguaje, que, siendo profesor del ramo, incurra en notables faltas contra la Gramática y contra el idioma. Véanse estos pocos ejemplos, tomados al azar:

Página 74: "La curva del monte cuyo contorno azul se adhiere suavemente al fondo azul claro de una nube helada."

Página 32: "Los perros... gruñeron al extraño. Una mujer flaca, los negros pies metidos en zuecos gastados, los esnató sin volver la cara, ocupada en alimentar el fuego con trocitos de leña que quebraba en sus rodillas. Indeciso, muaba éste... ¿el fuego?"

Página 154: "Su nuevo caballo adquirió a un amigo."

Página 234: "Aquellas piedras puntiagudas daban a los hombres una complexión egoísta y astuta..."

aves y las envuelve en asociaciones repugnantes. Agréguese a esta continua explosión de vocablos pedantes, oscuros o feos, la transcripción literal e intolerable del lenguaje campesino tal como los hombres del pueblo lo pronuncian, y se tendrá una vaga idea de la tela confusa, arrugada, remendada y desigual que es el estilo del cantor del campo chileno. (2).

Sin embargo, hoy, como hace diez años, creemos que Mariano Latorre constituye una esperanza para el arte nacional. Indis-

(2) Así como peca por chabacanería al transcribir la jerga popular, inconciliable con la prosa artística, dentro de esa transcripción tiene afectaciones increíbles.

Página 73: "Los perros no le lairan—dice Quicho—icen que entiende el lenguaje de los animales..."

Página 148: "Toa la familia tiene el mesmo lema..."

cutablemente, ha progresado desde que publicó sus Cuentos del Maule; es más claro, sus personajes tienen mayor movimiento, se divisa un asomo de arquitectura general. Le queda todavía una cantidad considerable de maleza; pero tiene para barrerla su enorme paciencia, su constancia sin límites, su enérgica voluntad de llegar, de ser, de pasar a la posteridad. Si como autores, no quisiéramos haber escrito una página, ni una línea de sus libros, si como lectores solamente leeríamos su obra por deber o necesidad absoluta, colocándonos en una esfera más amplia, consultando el gusto de los demás, no podemos menos de reconocer que su literatura representa un valor efectivo y con el tiempo tal vez podrá representar un gran valor. Hay tantas grandezas que nada nos importan y que no son por eso menos grandes.





El Cine Alhambra inicia el año serial

"ALMA DE TIGRE", GRANDIOSA VISION DE ESCENAS SENSACIONALES. — ASPECTOS DE LA NUEVA PRODUCCION EN SERIES. — HELENE HOLMES.

Vuelve nuevamente nuestra pantalla al espectáculo cinematográfico en series. El año lo inicia la CHILEAN CINEMA CORPORATION, la empresa del CINE ALHAMBRA, sala que parece llevarse la vanguardia en materia de cintas de esta naturaleza ya que anuncia la posesión de un stock de primera clase y en el que se encuentran las más fuertes firmas de las seriales y los nombres más prestigiados de las estrellas que se dedican a la impresión de estos films. Nuestro público recibe siempre con agrado estos espectáculos, y la afición se va difundiendo más a medida que se presentan estas obras, pues cada día se advierte su progreso.

Pasado mañana se hace la primera función de la serie "ALMA DE TIGRE", cuya sinopsis se está pasando en los teatros lo-

cales, con aplausos. Hemos tenido oportunidad de ver la primera función y hemos quedado gratamente sorprendidos por la nueva factura de la serial en los Estados Unidos. Ofrece un nuevo ambiente, se ha echado mano de diversos y originales procedimientos y entran en la interpretación nuevas razas, como ser, por ejemplo, la china y la japonesa, que está llamada a ser un elemento de importancia en la cinematografía, ya que se prestan admirablemente para comprender y posesionarse del papel. Son estudiosos.

El argumento de "Alma de tigre" es de mucha novedad. Se inicia la presentación con una graciosa clase de gimnasia en un colegio femenino donde se educa la protagonista, y la vemos realizar los ejercicios físicos más rudos, propios de un hombre fuerte, a

la protagonista, que es la hermosa actriz norteamericana Helene Holmes. Llama la atención el realismo que se ha puesto en la estructura de todas las escenas. Hay un momento, por ejemplo, en que la Holmes debe salvar una situación, y así como hemos visto en la pantalla luchas varoniles de gran potencia, igualmente se ve la acción de ella contra cuatro o cinco individuos, pero en una forma científica. El puñetazo que pega ella lleva una fuerza hérculea, así como el golpe de jiu-jitsu y la zancadilla que inutiliza. Así, es también una amazona formidable. Otra escena, en la que se ve una persecución sensacional, la protagonista va en un caballo convertida casi en una exhalación, a una velocidad casi incontrolable, y en medio de esa carrera de vértigo realiza acciones casi imposibles en una mujer.

Debemos advertir a nuestros lectores que Helene Holmes es la mujer de mayor perfección física de los Estados Unidos, así como también en belleza ha llamado la atención. Está predestinada a ser la reina de la serie, ya que, según se dice, Perla White se retira.

El argumento prosigue siempre interesante

y sensacional, pero sin que se explote por un solo momento la nota irreal e inverosímil. Pocas series como éstas despertarán en el público una curiosidad a la que se experimenta después de ver los tres primeros capítulos. El espectador se siente inclinado a continuar su visión, antecedente que nos mueve a concebir las más optimistas expectativas para augurar un gran éxito al Cine Alhambra.

Un detalle interesante es el hecho de que existan en todo momento escenas culminantes. Se prodigan en una forma variada y novedosa.

Los demás actores secundan a la Holmes con bastante inteligencia. "Alma de tigre" posee un escenario vastísimo. La lucha se desarrolla en muchos escenarios, y se ven el campo, la ciudad, las aldeas, el suburbio, todos los ambientes que pueden aprovecharse para dar amenidad y exotismo a la obra.

Como decimos, la primera función se estrena mañana en la sección de la tarde, es decir, el 2 de febrero.

Los tres primeros episodios se titulan: "Chang el poderoso", "El estigma del odio" y "La locomotora robada".



El Portugal

Armando Labra Carvajal ha hecho un magnífico estudio sobre este país, sus costumbres, su psicología, el desarrollo de sus industrias, sus grandes hombres, su evolución histórica, etc., etc. Es un libro breve e interesante que nos da a conocer el Portugal a través de un prisma optimista, que pasa en prudente silencio los defectos.

Desde hace un año se encuentra Armando Labra en Portugal y durante este espacio exiguo de tiempo ha realizado una labor fecunda y provechosa dictando conferencias, haciendo publicaciones y penetrando la manera de pensar y de sentir de aquel pueblo tan desconocido, o diré mejor, tan falsamente conocido por sus constantes revoluciones.

El autor ha preferido dar a conocer las cualidades positivas dejando para otros de espíritu pesimista la crítica intencionada.

Existe en nuestro país y también en Europa, es necesario confesarlo, una especie de prejuicio en contra del Portugal. Si Portugal entra a la guerra a nadie se le ocurre pensar en su idealismo, sino que todos se sonríen con malicia; si se habla de los grandes progresos de aquella nación, no falta quien deje deslizar una ironía. Nadie conoce, sin embargo, las instituciones de aquella república: nadie ha leído las obras del solitario de Val-de-Lobos, ni de Oliveira Martins... Nuestra olímpica suficiencia entonces proviene en mucha parte de ignorancia, porque no conocemos nada o casi nada de aquel pueblo progresista que es para nosotros la puerta de la Europa.

La obra de Armando Labra, que tiene el mismo criterio de los enciclopedistas del siglo XVIII, es ampliamente liberal y con ten-

dencias de universalidad; pero en su deseo de abarcar demasiado no conocemos, como lo desearíamos, el momento actual; no alcanzamos a distinguir las personalidades políticas y literarias de hoy, ni los nuevos rumbos sociales que preocupan a todos los pueblos de la tierra.

Los capítulos sobre el Majestic Club, donde la sociedad elegante juega y se divierte, y aquel en que estudia "el saloio", o sea el campesino, que pasa su vida junto a la tierra "haciendo algo de hombre y mucho de bestia", como todos los labradores en el momento actual de nuestra evolución, son los que mejor nos revelan el alma lusitana; en

ellos aparecen las peculiaridades de dos clases antagónicas...

Su conferencia sobre Alejandro Herculano nos pinta más que un hombre toda una época del Portugal, porque es una de aquellas vigorosas personalidades que toman en su mano la antorcha del progreso y que sacuden y conmueven los viejos principios, echando las bases de una nueva organización social. Herculano tiene la solidez de

conceptos, la cultura de Valentín Letelier, pero también el ardor apostólico y el ágil vuelo lírico de un Francisco Bilbao. Pertenece a esa pléyade de pensadores que están llamados a trastornar la política con sus ideas, pero que son fatalmente vencidos y derrotados en las luchas ardorosas de los partidos.

No creo yo, como sostiene Armando Labra, que para vencer sea necesario la carencia de ideales, sino por el contrario, me parece que se necesitan grandes ideales y además condiciones especiales de ductilidad mundana, de astucia política y de conoci-



miento del corazón humano. Sin ideal no hay fe, no hay calor, no hay vida; la idea no se transforma en sentimiento; el corazón del pueblo no se enciende en el fuego sagrado del entusiasmo; pero sin astucia, esos ideales aparecen como desnudos y canderosos en medio de la voracidad de las pasiones. Ambas cosas son necesarias. Juan Jacobo Rousseau, ese romántico sentimental, fué un fracasado de la política,—como el solitario de Val-de-Lobos,—y, sin embargo, derrumbó troncos, inquietó a todos los grandes personajes de la Europa y sus doctrinas aún siguen agitando la política del mundo entero. Herculano era un pensador; no un político: este es, según mi entender, el secreto de su fracaso.

Armando Labra en su libro sobre el Portugal ha realizado una labor constructiva, porque se ha dedicado a estudiar las cualidades de aquel pueblo y no sus defectos. Será, por consiguiente, una obra alentadora y benéfica. Yo considero que aquellos talentos negativos, aquellos que destruyen, realizan también una labor importante; pero en todo eso secundaria y, muy a menudo, en su afán de destruirlo todo, suelen arrasar con ideas y principios que son venerados, cometiendo irreparables injusticias. Todo hombre debe contribuir al progreso construyendo, creando, haciendo obra de amor. Crear es la más bella manera de destruir.

Este joven publicista que hace un año no

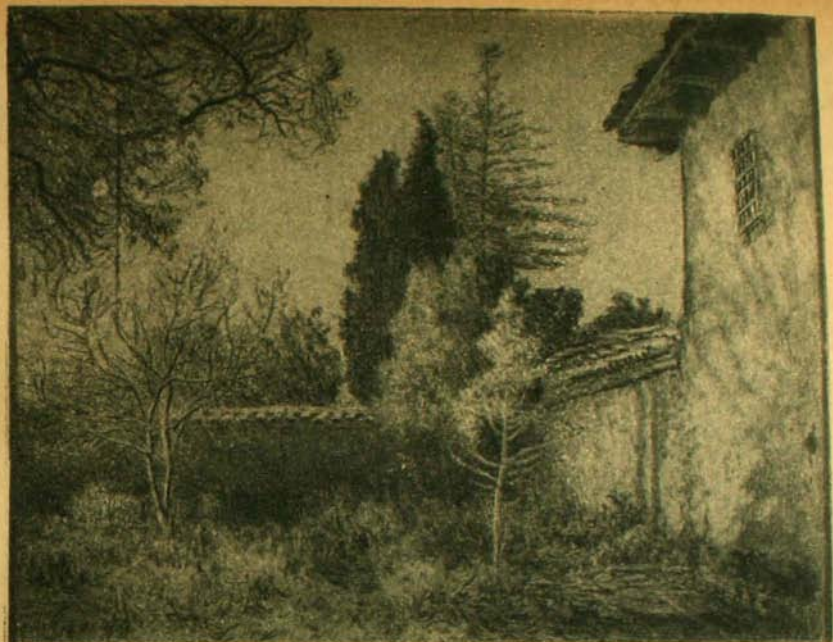
más disertaba con elocuencia en las asambleas políticas, en el foro o en su cátedra universitaria, vive hoy en Lisboa, representándonos como Cónsul General y realizando una fecunda labor intelectual que honra a nuestro país y establece estrechos vínculos de solidaridad entre ambas naciones. Lleva una vida apacible, dedicada a serenas y profundas meditaciones. Yo lo señalo como un ejemplo a la juventud de nuestro país. Goza de todos los encantos de la vida burguesa y de aquella dulce emoción que hace experimentar la vida del pensamiento cuando se está lejos de las pasiones y la envidia no nos alcanza.

Yo llego a pensar que si tuviéramos esparcidos por el mundo media docena de representantes como éste, pasaríamos por la nación más laboriosa y progresista del planeta. Portugal ha sido conocido en Chile y Chile en Portugal. Esta labor intelectual que parece de tan poca importancia es la que contribuye más eficazmente al conocimiento de los pueblos; y sin conocerse es muy difícil acercarse y unirse.

Lleguen estas cuantas palabras de aliento hasta aquella hermosa tierra, y mientras el señor Cónsul las lee, tendido en alguna hamaca, bajo la sombra amiga de los árboles, piense que en su patria lejana se le recuerda con admiración y con cariño.

JORGE SOLIS DE OVANDO



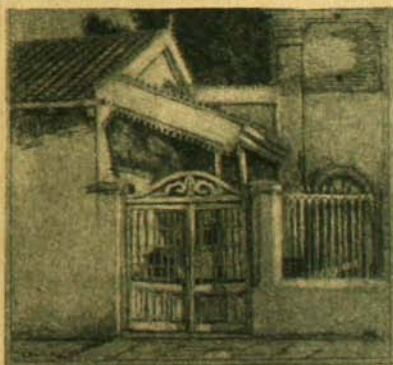


Rinconcito franciscano, uno de los admirables dibujos del señor Dorlhac.

Un místico del dibujo

DORLHIAC

Ignoro si el señor Dorlhac cree en Dios o no cree, o si cree hasta cierto punto, como algunos; y francamente, no me agrada-
ria preguntárselo. Hay algo en él que lo pone a uno a distancia; bajo las grandes alas de su sombrero artista, sus ojos grises miran fijos, rectos, un poco duros y sus palabras tienen cierta precisión termi-



La sacristía.

nante, que no deja lugar a la réplica. Pero estoy seguro de que, ateo, católico o escéptico, Dorlhac es en el fondo uno de los pocos, tal vez el único de nuestros artistas verdadera y profundamente místicos, y para convencirme de esta verdad, me basta con templar la colección de sus dibujos que tengo ante la vista. De diez,

cinco reproducen rincones de convento, pórticos de iglesias, capillas de campo abandonadas, torres lejanas y medio derruidas por el tiempo, perdidas entre los árboles. Y los demás, visiones de pueblos viejos o de montañas boscosas, tienen esa poesía vaga, ese no sé qué de leyenda pacífica, que confina con lo más puro del espíritu religioso y suele a menudo confundirsele.—A los artistas, en general,

no les gusta que les digan místicos, ni que les alaben "el ideal"; estos dos términos se han desacreditado por el abuso, como sucedió en literatura, después del Romanticismo; ellos quieren, ante todo, realizar la forma, coger fuertemente la materia y dar la impresión de la vida animal en la más vigorosa manera posible. Eso de misticismo les suena



Iglesia de campo.

un poco a disimulo de la impotencia técnica o sentimental y deseo de subrir las deficiencias del arte con un velo de poesía dudosa.

Pero si con alguien puede emplearse sin temor este género de alabanzas, es, sin duda, con Dorlhac: unánimemente, admiradores y no admiradores concuerdan en reconocerle una ejecución insuperable, cuan-

do alguien ha querido atacarlo, ha exagerado esta nota de la perfección, para decir que es demasiado perfecto.

En realidad, hay algo desconcertante en la precisión casi matemática de líneas que este artista pone en sus composiciones, nunca va más allá ni más acá de la nota justa, y dentro de su género, que es el más difícil, resulta casi insuperable.



Casitas de Chillán Viejo.



La torre.

Pero la mejor manera de admirar a un artista plástico no es analizarlo sino contemplarlo.

Hé aquí éste que él ha titulado "Rinconcito Franciscano": al pie de paredes viejas, algunas yerbas crecen en desorden, cubriendo una puertecilla baja y rodeando unos enantos arbustos raquíticos. Es el primer plano. El segundo sube: las tejas de unas techumbres se escalonan, unas tejas antiguas, algo borrosas, de esas que hace amarillear el mugo; copas de árboles asoman por encima y se levantan, aunque sin alcanzar al punto más elevado de la composición, la torre de la iglesia, la torre colonial con su reloj y su cruz, centro armonioso y espiritual que ordena el todo y cuya paz alta desciende hacia la paz humilde de las techumbres, las paredes, la puertecita y las yerbas del suelo inculto.

En este otro domina el leit-motif de la vida vegetal: el ángulo del patio, en un viejo convento, ha permanecido muchos años recorrido solamente por las ánimas y los lagartos, y las malezas lo han inundado: alfombran el suelo, trepan los muros, se revuelven en ese armonioso y delicioso descuido de la naturaleza; arbustos y árboles se adelantan por todos lados hasta cubrir parte de la pared tejada y se diría que las ruinas mismas están pasando lentamente a otro estado, echaron raíces y pronto darán hojas y flores. Sólo queda, a la derecha, en alto, bajo el alero, como resto de habitación humana, una ventanita enrejada, que acaso dé a una capilla arcáica convertida en granero.

Acá volvemos a divisar una torre y una escalinata lateral de iglesita antigua; pero están lejos, se desvanecen casi en el aire, detrás de tres troncos vigorosos y de follajes



Capilla.

gráciles. Estos árboles tienen una vida extraordinaria, parecen señalar y defender al mismo tiempo la entrada de la capilla aldeana; no descubren sino la parte fuerte, el tallo sólido, arraigado en la tierra, pero se orientan unos tras otros en forma de camino y el espectador siente un invencible deseo de ir por ahí, de acercarse a esa iglesia, cuya puerta no muestra sino la invitadora escalinata de piedra.

Como se ve, la perfección técnica no ha servido a Dorlhac para halagar solamente los sentidos ni para hacer alarde de destreza. Por lo demás, su prescindencia del color y su adopción de ese medio infinitamente sutil y delicado que es la pluma, revelan ya en su temperamento una tendencia mística. Ha querido asentar el pie en la realidad concreta, dominarla en absoluto, para levantarse más alto y darnos emociones que tocan en la música y en la poesía. Yo diría que sus finísimas rayitas entrecruzadas, por donde el aire pasa, significan la poesía de la inteligencia, el poema de esa porción más elevada del hombre con la cual lanza su red hacia el mundo invisible.

Curioso problema para un investigador aficionado a rastrear orígenes y descubrir atomismos, la formación de este artista; de familia francesa, tiene sin duda por ella el equi-

librio, la claridad, la precisión tranquila y el dominio perfecto de su talento; español, sería más exaltado y sensual; germánico, perderíase en nieblas complicadas y confusas. Un artista de su clase necesita venir de aquel país que constituye como el armónico término medio entre el clima del sol y de la sangre y el ambiente vaporoso y metafísico. Sus antepasados deben seguramente haber vivido en el Norte y tener acaso algunas gotas de sangre bretona, de esa raza que ha dado al mundo su más excelso artista místico moderno. Su hogar que sabemos rígido, encuadrado en perfecto buen sentido, en pura tradición de honradez, le habrá dado esa conciencia y ese como espendor del sentido común que constituyen el buen criterio y la armonía material, base del arte y de la existencia ordinaria. Por último, la vecindad permanente de aquel pueblo añejo y medio ruinoso que es Chillán Viejo, habrá habituado sus ojos desde la niñez a seguir la marcha del tiempo en la pared que cae, la invasión de los arbustos en las arboledas abandonadas; le habrá hecho sentir el encanto de esas ventanitas perdidas, con sus hierros comidos de moho y de las puertas inmemorialmente cerradas, toda esa desaparición del rastro humano bajo la vida libre e invencible de la naturaleza.

OLIVER BRAND.





Señor Alberto Mackenna Subercaseaux, cuya exaltación a la Intendencia ha sido vivamente aplaudida, dando el progresista espíritu cívico que el nuevo mandatario ha demostrado siempre en Lien de la capital.

EL CONVENTO DE LA RECOLETA



La comunidad haciendo sus oraciones en el coro. (Foto. especial para "Pacífico Magazine")

El Convento de la Recoleta

Por
Alberto Echeverría

Algunos años atrás, un amigo mío arrendó a los padres franciscanos un patio lleno de escombros y de malezas, del edificio que acababan de echar al suelo.

Largó ahí unos animales.

Algunas tardes lo acompañaba.

Recorriamos el sitio casi ocultos entre la alta hierba. Una tarde nos asustaron unos cliquillos que saltaban, gritando, entre los matorrales.

Seguimos avanzando, y nos encontramos con muchos que dormían sobre el pasto amarillo. En un claro del pasto, sentados en un montón de escombros, descansaban otros a la sombra de un árbol. Nos acercamos a conversar.

—¿Qué hacen ustedes en el convento?

—Estudiamos para padrecitos, replica el más vivo y desenvuelto, un muchachito muy empingorotado, con un mechón de pelo oscuro, endiablado y la cara mugrienta, llena de costras.

—Bueno... tienen verdaderos deseos...

Calla, se encoge de hombros, da una mirada rápida a sus compañeros y la vuelve a nosotros, revelando que no ha entendido nada.

—¿Cómo han llegado entonces al convento?

—Los padrecitos salen a recoger niños por los campos.

En ese momento, un fraile gordo, con el hábito arremangado a la cintura, encumbra un volantín rojo, con una cara beatífica y bonachona que da lástima; y el rostro del fraile se abisma en un placer indefinible, cuando el hilillo fino enreda a un volantín diminuto que ha sido levantado lentamente de un barrio lejano y lo corta y lo hace caer en el aire denso y sofocante de esa tarde de verano.

Y más allá, otro, tras de unas murallas caídas, seguido de un enjambre de muchachos desastrados, persigue con rifle a los pájaros que se posan en los árboles.

Al anochecer, vuelven al convento bañados en sudor, la pechera abierta, descubrien-

do el pecho inundado de transpiración y ahándose aire con unos grandes pañuelos de colores.

Un fraile alto, escuálido, de anteojos azules, que velan unos ojos muertos, de rostro enfermizo y amarillento, sombreado por una barba rala de varios días, nos lleva por los corredores del convento, sumido en el silencio de la hora de la siesta.

Nos deja solos en el patio poblado de árboles, entre los cuales asoma una palmera gruesa sus numerosos abanicos verdosos, brillantes al sol.

Mirando las paredes atestadas de cuadros, lo primero que vemos es una tela verdosa, quebrada, que representa a un negro con hábitos de fraile, de gruesos labios, de bigote escaso y la cara redonda, donde brillan unos ojos oscuros, desorbitados; sostiene una cesta de pan en una mano y en la otra una pala de madera. Parece que el mismo verde creciera en la tela llena de remendones.

Retrato de Andrés, se lee en una esquina; y más abajo: "Negro de Guinea, que sus enemigos cautivaron y en dos veces lo libró Dios de que lo hubiesen muerto. Lo mercaron. Se bautizó, y abrazado de un vivísimo amor, vino a Santiago a enterrarse en los sombríos claustros de la Recoleta. Era muy amigo de la misa, y la oír con devoción. Un día, habiendo amasado y echado pan en el horno, se fué a misa. Su amo lo buscó y no lo halló en parte alguna. Fué a ver el pan y lo encontró quemado. Después que llegó de misa, su amo le mandó sacar el pan, y lo sacó como unas flores, — dice la leyenda escrita al pie del mismo cuadro. — "Tenía dón de lágrimas cuando se confesaba."

Añade: "Un día, antes de comulgar, quiso chupar tabaco, y se le apareció un niño hermosísimo para reprimirlo; desde ese día dejó para siempre el tabaco. Nunca salió del convento y vivió en él santamente. El día de su muerte tembló la tierra; a la

medianoche, en el techo de la capilla, cantaron tristemente unos jilgueros. En la sepultura no se halló su cadáver. Murió el año 1665."

Caminando por los mismos corredores, por el interior del convento, vemos los cuadros que representan pasajes de la vida de San Pedro de Alcántara.

Telas pintadas por un fraile del Cuzco, el año 1796. Horribles, heladas, sin rastros de belleza, sugieren la idea de que las pintó un espíritu vulgar, que jamás sintió el sacudimiento de la emoción. Los cuerpos tienen la rigidez desesperante de esos espantajos que en los campos se ensartan en los árboles cargados de frutos para ahuyentar los pájaros.

los labios con una toalla empapada en agua fragante.

Convidado de Teresa,
Admitió con condición
Que su mortificación
No hallara peligro en su mesa.
Pagó Cristo esta aspereza
Con un favor regalado.
Y a su pecho reclinado
Quedó sí de amor deshecho
Un vivo retrato hecho
De Juan discípulo amado.

Su palabra quemante, llena de ternura y de amor, agrupaba a peregrinos de lu-



Almuerzo al borde de la vieja cisterna del convento.

Estando el santo en Roma, en la huerta de aquel convento, y diciendo el guardián que entre los árboles que lo pueblan sólo faltaba una higuera, clavó el santo su báculo en la tierra y, echándole la bendición, floreció, se cubrió de flores, de hojas y de frutos, que más tarde realizaron maravillosos prodigios.

En un cuadro vecino se lee que habiendo convidado Santa Teresa de Jesús a comer al santo éste estuvo arrebatado en un éxtasis y nada de este mundo le gustaba.

Apareció el Señor y le dio de comer con sus manos celestes, refrescándole después

gares lejanos, en plazas y campos, pues las iglesias eran estrechas para contenerlos. Sólo de ver su rostro exangüe y su alma ausente y sus carnes amoratadas por el cilicio, se convertían y se echaban a llorar. El Espíritu descendió varias veces sobre sus hombros, y un día se vió su cabeza rodeada de estrellas.

Más allá, torciendo hacia el corredor que está al fondo del patio, hay un cuadro sombreado por unos árboles frondosos. El santo resucita al primogénito de los Condes de Osorno. Tendido en el lecho, al esquechar la palabra vivificadora



Palmeras centenarias en el claustro.

de Pedro, se endereza apenas, y levanta al cielo los ojos atónitos.

Unos versos lindísimos, finos y sugerentes, comentan el milagro de un modo enternecedor e ingenuo:

Visteis como el girasol,
Cuando pone el sol sus rayos
Vuelve en pálidos desmayos
La pompa de su arrebol,
Más que al nacer del sol
Cobra su gala lúcida,
Así, pues, con la venida
De Pedro esa mustia flor,
Cobrando el vivo color,
Vuelve a cobrar la vida.

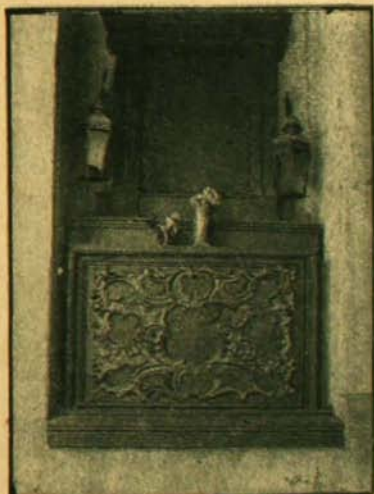
Cerca de una escalerilla en espiral, crucijadora, que conduce a las celdas de los padres, aparece el santo en un huerto, en éxtasis, suspendido en el aire. Sobre su cabeza, multitud de pájaros de rojas alas y de pechuga parda están quietos. Más abajo, unos demonios desnudos, horribles, de narices encendidas y de rostros tiznados, arrojan fuego por la boca y tiran piedras al santo que reza de rodillas en el pórtico de la capilla penumbrosa. Una mujerzuela le saca la lengua, y agita, haciéndola vibrar en sus oídos, la pandereta turbadora de la tentación. Por detrás, unos demonios lo pinchan con clavos de

hierro. La lascivia lo persigue implacablemente, sin darle descanso. Para ahuyentarla, azótase la carne hasta sangrar.

En otro cuadro, descolorido, con la pintura descascarada, remendada la tela a pedazos, camina el santo una noche por el desierto, y en un lugar desamparado lo sorprende una gran nevada.

El cuadro más curioso está en un segundo patio, abandonado, cubierto de hierba.

Vive una mujer casada con el demonio. Se le ha entregado en cuerpo y alma. El santo descubre el horrible pecado, y la pecadora, toda confundida y avergonzada, se arrepiente sinceramente. El demonio, enfurecido porque le han arrebatado de sus garras esa mujer tan bella, la amenaza con martirizarla, si no vuelve a vivir en su compañía. El santo aparece en pie. Con aire arrogante, le manda al demonio que nunca más la persiga. La mujer, ricamente vestida, deslumbrante con las joyas que rodean su cuello, está echada de rodillas a las plantas del santo, besándole sus pies descalzos y humedeciéndolos con sus lágrimas. El rocía su cuerpo con agua bendita, para ahuyentar el diablo. Al fondo del cuadro se ven los demonios que huyen, arrojando luces por la boca y por la negra y enroscada cola. Más allá, otros demonios de agudos cuernos, riéndose



Un antiquísimo retablo de la Mater Dolorosa.

a carcajadas, apalean a unos pobres frailes que salen de su convento.

Muere el santo en el Convento de Arenas. A su alrededor, de rodillas, están San Juan Bautista y la Virgen, que con el dedo señala a la Santísima Trinidad que flota bajo la techumbre del cuarto, envuelta en nubes vaporosas. El Padre Eterno está sentado en una gran nube redonda. A sus plantas, un hombre desnudo surca el espacio, rompe una nube, tendido con los músculos rígidos y los brazos estirados adelante, juntas las manos, como los nadadores cuando se tiran de cabeza al mar.

En un rinconcito del cuadro, Santa Teresa de Jesús, desde una provincia remota va subir el alma de Pedro al cielo. Va desnudo, arrodillado en los brazos de unos ángeles. El santo empalidecido y exangüe de los otros cuadros, es ahora rechoncho y enseña unos cachetes inflamados y una voluminosa barriga.

El cuadro está en un rincón del corredor sembrado por enredaderas enroscadas a los pilares carcomidos, derrengados, que exhalan un soplo perfumado y delicioso; bajo una techumbre de coligües por donde corren bulliciosamente las ratas.

Largas horas demoré en anotar esas leyendas escritas con letras descoloridas, borrosas, en lienzo remendado y sucios. Pasé por los patios inmensos, anegados en un silencio turbador. A veces sentía crujir de sandalias y volvía lleno de curiosidad la cabeza: era un fraile de andar apurado y sigiloso...

Este convento parece un granero viejo, abandonado por sus moradores. Los frailes, huraños, duros, devorados por ideas tétricas, andan como espantados por los corredores solitarios del convento, huyendo de sombras amenazadoras. De mí arrancaban a perderse. Después de perseguirlos e interrogarles incansablemente, logré escuchar sus voces líntas y desvanecidas...

En los ojos amortiguados, tristes, se les ve la alegría de vivir. Alegría juvenil, loca, que es ganas de brincar, de saltar, de correr por los campos, para llenar los pulmones de vida con el air fresco de las mañanas. Una pereza y una languidez desesperantes hacen inactivos sus espíritus. Por flojera no estiran las manos para coger los frutos maduros que se secan y arrugan en los árboles.

La Biblioteca está guardada con muchas llaves en una pieza húmeda y sombría, vecina a un cuarto donde guardan herramien-

tas de labranza, la hemos dividido por entre las rejas oxidadas de una ventana.

No es posible hablar del convento de los Recoletos sin recordar a dos humildes hermanos: Pedro Vardessi y Fray Andresito, que asombraron en su época con virtudes extrañas. De unos libritos antiguos detestablemente escritos, hemos entresacado algunos hechos curiosos.

En la esquina de la antigua plazuela de la Recoleta, se levantaba una cruz llamada de Vera, colocada sobre un pilar de 5 varas de alto, ante la cual ardía una lámpara desde que obscurecía.

Una noche que pasaba el santo por allí, llevando sobre sus hombros, hecho un rollo, el sayal que para el hábito de fraile le habían tejido, henchido su corazón de radiante alegría y encendido su ardor en la visión de la cruz, se levantó a gran altura encima de ella.

Concluyó el noviciado el año 1668 y en los momentos de pronunciar los votos, sintióse un fuerte temblor de tierra, solamente en el recinto de la Recoleta, según lo contó un padre que lo atribuía a la rabia del demonio contra el santo.

Cuidaba incansablemente de enterrar cristianamente los cadáveres de los pobres que morían abandonados en las calles. Refiérese que en una noche muy oscura, escuchó ruidos en la portería. Abrió asustado y encontró un cadáver en pie, apoyado en el umbral de la puerta, el cual se le vino encima apenas la abrió. Adivinando que la Providencia se lo enviaba para que ejercitase en él su caridad, lo llevó amorosamente a la iglesia, le encendió algunas luces y pasó toda la noche junto a él orando por su alma.

Las rencillas turbulentas suscitadas entre los religiosos recoletanos de la otra ribera del Mapocho y los de la Casa Grande (Alameda), turbaron la paz beatífica del santo. Para que seogasen los revoltosos y alborotados frailes, fué preciso que el Rey Felipe V de España, a cuyos oídos llegaran las ruidosas desavenencias, las calmase por medio de reales cédulas. La vida de vota de la colonia se espantó de los escándalos de los frailes soberbios que reñían a muerte por motivos insignificantes. Lastimóse dolorosamente el ánimo bonachón del hermano Vardessi, que no se cansaba de llorar a mares por el capricho de esos religiosos. Presintiendo que el prelado establecido allí no era el verdadero (los dos conventos eligieron sus respectivos provinciales), se



Por entre el follaje del jardín claustral se divisa la vieja torre del convento.



La tumba de Fray Andresito en la iglesia.

fué a la Casa Grande. A la caída de una tarde, amparado en la obscuridad y soledad del convento, lo abandonó. Llevó consigo dos pieles de carnero, roídas y peladas que le servían de lecho, su bastón tosco y una estampa de la Virgen. Con ellas le vieron atravesar tranquilamente la Cañada. Cuando el prelado de la Recolectión notó la ausencia del santo, envió a varios religiosos para que lo hiciesen volver inmediatamente, y de cualquier manera, pues no se ocultaba a su agudeza cuánto perdía su causa con la huida del sencillo hermano. Dándose prisa, lo consiguieron alcanzar en la Plaza de Armas. A pesar de las amenazas de torturas, no lograron que abandonara su intento de alejarse del convento. Cansados de razones y de amenazas, empezaron los religiosos a golpearlo bárbaramente, y tomándolo de los brazos se empeñaron en arrastrarlo. El santo quedó inmóvil, parecía que hubiera echado raíces hondas en la tierra. Avergonzados y confusos, los pobres frailes tuvieron que dejarlo seguir su camino libremente.

Cuando vieron entrar a Fray Vardessi, los religiosos del convento Grande, lo comunicaron al prelado, y éste ordenó que fuera rigurosamente encerrado en una celda solitaria por haber pertenecido al partido enemigo, en la lucha implacable.

Sufrió varios días el encierro, padecien-

do privaciones horribles. Cuentan los frailes que estando los reclusos muy sedientos, (eran varios los prisioneros), el santo pidió a Dios que lloviese para que desapareciera la angustia de sus afligidos hermanos. Y como lo deseó sucedió, añadiendo la maravilla de que sólo cayó el agua en la parte del convento donde se hallaban encerrados los religiosos.

Tiempo después, el provincial, conociendo su injusticia, lo sacó de la reclusión. Así empezaron a apaciguarse esos ánimos inquietos e inflamados que provocaron una de las disputas más turbulentas y divertidas que se recuerda en la vida de la colonia.

En la paz de ese convento, vivió para los últimos días de su vida. Sus propias manos hicieron una cruz grande de ciprés sin labrar, de la altura de un hombre. Llevándola sobre sus hombros rezaba el vía crucis.

Murió pocos años después de llegar a la Casa Grande. Una noche, cuando los religiosos del convento se hallaban recogidos, un padre se encaminó a la iglesia, alumbrándose en la obscuridad con la luz de una vela. Hizo a unos peones descubrir la tierra del sepulcro del santo, y halló el cajón lleno de un agua olorosa a flores de rosa que, subiendo hasta la altura de la tapa,



Parrón en cuyo fondo se alza una vetusta imagen del santo de Asís, detrás del cual estaba la celda de Fray Andresito.

no se desbordaba por varias rendijas que aparecían en las tablas desambladas. Espantados de este curioso prodigio, reconocieron las cercanías de la sepultura para ver si aquel líquido fragante venía de algún agua que brotara por allí: toda la tierra aparecía seca y enjuta. Agrega uno de los padres, que el superior ordenó vaciar en el cajón que guardaba el cuerpo del santo, los huesos de tres cadáveres. Aquella agua olorosa y perfumada no subió de nivel ni desbordó.

Por este tiempo, algunos padres se afanaban por trasladarlo a la Recolectión. Esta maravilla los hizo abandonar la idea, pensando que la voluntad de Dios deseaba que los restos no se movieran de la Casa Grande.

En una glorieta, situada en el punto en que se cortan los parrones dispuestos en cruz, se conserva la banca de piedra donde murió Fray Andresito, el humilde e inocente fraile, tan querido del pueblo, a quien rinden todavía un culto apasionado.

El banco está protegido por una rejilla de madera pintada de blanco, donde caen las guías lacias de una madreseña seca. Alerito de latones lo defiende de las lluvias. Un viejecito de barbas cenicientas, desastrado, que ahí cerca remueve con el azadón la tierra del huerto, nos dice con la voz emocionada, dándose cuenta del recogimiento que nos inunda:

—¡Era muy milagroso!

Y nos cuenta que cuando era muy chico, recuerda haber oído decir que dos de los hijos de su patrón, caminaban un día bajando el puente de Calicanto, hacia la Cañadilla. Al pasar cerca de un despacho divisaron a Fray Andrés que andaba recogiendo limosna.

—Detengámonos un momento para darle un real a Fray Andrés, dijo uno.

—Se nos hace tarde, contestó el otro, y clavó las espuelas, partiendo al galope.

Cuál no sería la sorpresa de los muchachos, cuando después de caminar algunas cuadras, Fray Andrés en persona les salió al encuentro. Turbados detuvieron los caballos. El santo, sonriendo dulcemente, dijo:

—Ud. quería darle un real a Santa Filomena.

—Sí, sí, murmuró uno de los muchachos, pálido y tembloroso, entregando la moneda.

Uno de los hechos más curiosos que se



Uno de los grandes "panneaux" cuzqueños que adornan los corredores del claustro.

refieren de Fray Andresito, acaeció el 8 de diciembre de 1851, día en que se libró la batalla de Loncomilla. Ese día se vio a Fray Andrés triste y sumido en la más fervorosa oración. Arrodillado al pie del altar permaneció largas horas inmóvil, silencioso, y como arrebatado en un éxtasis. Varias veces interrumpió la oración y salió del templo, vagando desasosegado por los claustros desiertos, con los ojos enrojecidos de llorar. En su semblante pálido aparecía una tristeza indefinible.

Algunos religiosos se acercaban tímidamente a consolarlo, preguntándole la causa de su dolor.

—¡Oh! sufren muchos hombres, mueren muchos..., contestaba ahogado el pecho de emoción...

Y volvía de nuevo a sumirse en la oración. Así permaneció varias horas, hasta que al fin se levantó alegre y tranquilo, diciendo a sus hermanos:

—Demos gracias a Dios, pues ha dejado de correr sangre y los jefes celebran un convenio.

Túvose la curiosidad de apuntar la fecha y la hora en que esto acontecía. Dos días después se difundió en Santiago la noticia de la batalla de Loncomilla, y de la celebración de los pactos de Purapel.

"Es indudable, dice el librito que recuerda este caso, que en espíritu Fray Andrés había presenciado todos los incidentes de aquella luctuosa jornada".

De la iglesia vecina vuelan unas campanadas lentas, largas, lúgubres. El campanario de tablas viejas carcomidas tiembla con el recio son que esparce una suave tristeza en el aire tibio. El hombre que remueve la tierra a la sombra de un castaño frondoso, se levanta, se afirma en el azadón, retira el sombrero lentamente, y lee la señal de la cruz, llevando al cielo los ojos tur-

bios. Unas sandalias azotan el pavimento. Uños frailes pasan callados, silenciosos, con las cabezas agachadas y se pierden en el coro tenebroso de donde viene el murmullo de oraciones tristes, desacompañadas. Después de un rato se escuchan los golpes metálicos de azadón del viejecito desastrado, de barbas cenicientas y sucias.





Excmo. señor Eugenio Garzón, Embajador del Uruguay a la transmisión del mando presidencial que dejó en Chile sinceras simpatías.

Las miserias en los Imperios Centrales



Algunos de los 3.500.000 niños húngaros desamparados que esperan ante la estación norteamericana de socorros el almuerzo diario que les reparten.

¿Qué hubiera usted querido ser?

Esta pregunta personal, íntima, absolutamente confidencial, en la mayoría de los casos, ha dejado de ser un secreto en lo que a varias personalidades se refiere, gracias al espíritu investigador de uno de nuestros redactores. Especialmente para PACIFICO MAGAZINE se ha hecho la encuesta que hoy ofrecemos al lector, cuya continuación daremos número a número, procurando siempre referirnos a aquellas personas en cuyas actividades esté fija la atención pública. Iniciamos esta encuesta con respuestas de sumo interés, ora por la sorpresa que provocarán, ora por la sinceridad con que han sido expuestas.

Respuestas de:

Don Jorge Huneeus Gana

Doña Delia Matte de Izquierdo



— Mi aspiración, mi ilusión de algunos instantes, ha sido, cuando he pasado por un convento, entrar a él y realizar desde ahí obra, no sólo, por supuesto, obra contemplativa, sino obra benéfica en general, por medio del consejo, del ejemplo, del renunciamento activos. Vivir allí en el estudio de los

hombres de talento, de los místicos, sobre todo, y desprender de sus libros ideas que realizar en obras materiales, procurando así alcanzar mi aspiración hacia la superioridad humana, hacia la caridad, hacia la benevolencia, hacia la apreciación de lo bueno sobre lo malo. Creo no abandonar jamás esta ilusión y desde el mundo como desde la reclusión soñada, por momentos, procuraré siempre seguir esta orientación natural en mí, y que difundida, compensaría las penas a que es imposible sustraerse.

Don Carlos Silva
Vildósola



— Yo hubiera querido ser actor dramático, y como no había buen teatro nacional mientras fui joven, me dediqué a lo que más se parece a la actuación dramática: al periodismo.

— Contestar esta pregunta con una frase sería muy fácil.

Contestarla con un pensamiento absolutamente sincero sería más difícil, por cuanto el hombre es un organismo compuesto de diferentes organizaciones complejas que proyectan sobre la superficie de sus facultades externas caracteres diferentes, ambiciones distintas, ideales variados según sea la época, la condición y el ambiente de la vida.

Procuraré, sin embargo, dar una contestación que a falta de mérito literario valga por un esfuerzo de síntesis sincero:

Navegante en el mar de las luchas intelectuales y políticas, habría soñado con ser el Magallanes de una nueva ruta capaz de ensanchar la visión intelectual del pueblo llevándolo de un golpe por la bondad y la persuasión al puerto de una más amplia distribución de justicia, de educación y de bienestar... En otros términos, habría ambicionado ser el desestridor de la ecuación algebraica, la condición y el ambiente de la vida. la realización del ideal no puede resultar sino del desenvolvimiento educacional paralelo y armonioso de la inteligencia con la sensibilidad y con la voluntad...

Navegante en el mar de las letras, habría dado mi vida cien veces sólo por ser el autor de las "Rimas" de Becquer, después de haberlas vivido.

Navegante en el teatro del arte y en el de la existencia, habría concebido como el laurel más alto de la gloria, el que irradiaba de las sienes del autor del "Lohengrin", como la obra divina que ha musicalizado inmortalmente la fuerza avasalladora del misterio sobre el alma humana, cruzándola, como palmeras de un sólo emblema, con la espada del valor caballeresco, con la balanza de la justicia ideal y con la sonrisa dolorosa del más apasionado de los amores.

Y, finalmente, fondeado en tierra sin na-

vegar, habría deseado vivir bajo árboles, cerca del mar, y consolándome de todas las luchas y amarguras de la vida con el gran paisaje eterno de la Belleza.

Postdata.—Si alguien encuentra absurdos o ambiciosos los deseos soñados en mi contestación, ruego recordar que esos deseos son compatibles con la más sincera modestia personal, puesto que son inofensivos, no suponen capacidad para ser esto o aquello, ya que no salen de la región del Idealismo más fantástico, a la cual todos debemos levantar el alma lo más que nos sea posible.

La elevación del carácter humano está generalmente en razón directa del idealismo de que es capaz en las concepciones de su fantasía. El Idealismo es como una **aviación moral**. . . y la aviación es el arte que dominará al fin en la tierra!...

Don Nicolás Novoa Valdés

—Preguntar ¿qué hubiera deseado ser usted? implica otra interrogación: ¿en qué situación hubiera usted encontrado la felicidad?

La dicha mía no está en mí, sino que en los demás. Mi mayor satisfacción se halla en el reflejo que el bienestar ajeno proyecta sobre el mío propio. Mi felicidad se habría hallado, pues, en una posición que me hubiera permitido hacer el mayor bien posible, dar mucho en el orden pecuniario y moral para empaparme en la voluptuosidad de la alegría de mis semejantes. Esta aspiración que parece altruísta, es tan egoísta como cualquiera otra, porque siempre persigue el goce subjetivo. En consecuencia, habría deseado ser filántropo, director espiritual, apóstol, y, si mucho apuro mi imaginación, hasta mártir. La cuestión grave es saber si hubiera servido para ello.



Don Víctor Robles

—Me hubiera gustado ser un gran tenor, porque creo que todo se rinde en la vida ante una voz bella.

Ginés de Alcántara (Señora Juana Quindós de Montalva)



—Haciendo que el recuerdo se presente a juicio ante el tribunal de mi conciencia, encuentro que, muchas veces, de niña y en frente de grandes injusticias, deseé ser hombre para estar en mayor aptitud de remediarlas.

Más tarde, y ya al declinar mi niñez, hubiera querido ser...—¿a qué nombrarlos cuando formarían legión?—tanto personaje, tanta bella figura de reina, de heroína, de artista, de conquistador y hasta de mártir, cuya proyección espectral aparecía en las candidas historias que solían relatarnos las santas monjitas que por un milagro inconcebible pero realizado, nos preparaban para vivir... sin ellas haber vivido.

¡Cuántas veces, en la capilla del colegio, deseé ser Santa Teersa, encontrando que esta divina mujer era perfecta expresión de lo más bello que hay en la vida: la santidad y el genio!

Hoy, midiendo la distancia existente entre lo que deseaba y lo que podía obtener, me sonrío convencida de que todos esos ímpetus, fruto de la admiración, estaban muy cerca de ser estériles por enormemente desproporcionados.

Pero, sin embargo, ¿qué quisiera yo ser?... ¿qué hubiera querido ser!...

Vuelvo los ojos hacia atrás y considerando que hubo en mi raza gentes que me transmitieron junto con la ardiente fe en Dios, el vehemente amor de la justicia; hombres de existencia vigorosa que miraron a la vida frente a frente y aceptaron con energía de voluntad y con firmeza de ánimo, sus crueldades, sus dolores y sus desencantos; mujeres cuya existencia de piedad, de abnegación, de sacrificio y de ternura podría relatarse a media voz bajo la blanda caricia de los astros; frailes apasionados de una doctrina en cuya defensa rindieron la vida; artistas que con la pluma o la caja de colores bajo el brazo fueron por el mundo en un vagabundeo inacabable; gentes, en fin, que cre-

¿Qué hubiera usted querido ser?

yendo en la vida la supeditaron fuertemente a un ideal, pienso, entonces, que si es cierto que somos el eslabón de una cadena que llega al infinito, yo quisiera ser la mujer que hubiera podido ser si todas esas posibilidades se hubieran realizado.



La señora Cristina

Soro de Baltra

—Yo casi he realizado mi deseo, pues he aspirado siempre a dedicarme verdaderamente al arte y a vivir exclusivamente para él.

Don Armando Donoso



—Como nunca me ha preocupado el aspecto material de la vida y como en cuanto al orden intelectual he ido acordando siempre mis días a mis proyectos y aspiraciones, podría decir que dentro de mi modestia soy lo que he querido ser. En otros órdenes, me gustaría estar en condiciones de realizar obras de altruismo que contribuyeran a agotar algún día la enorme lechada egoísta de la humanidad.

Don Genaro Prieto

Letelier

—¿Qué hubiera querido ser yo?... Pintor, si hubiera sido rico.



Don Jorge Valdivieso Blanco

—Mi ideal hubiera sido haber tenido rentas propias suficientes para administrar por mi propia cuenta algunos hospitales, desarrollando en ello el mayor bien posible.

Don Adolfo Costa (ex-secretario de la Legación de Bolivia en Chile)

—Hombre de letras, es decir, lo que, debido a la última revolución de mi país estoy realizando, salido de la diplomacia.

Don Angel Custodio Espejo

—Asécta.



La señorita Marcelle Auclair

—En la imposibilidad de serlo todo, de verlo todo, de sentirlo todo, me contentaría con ser una creatura de sensibilidad perfecta e infinita, capaz de vivir, en un instante, por un milagro de imaginación comprensiva, todas las vidas.

Así sabría de la sencillez sublime de la Serena Mujer del Evangelio; del esplendor de las trágicas heroínas antiguas; y de la embriaguez del artista que ve, entre sus manos, surgir una obra de belleza.

Pero los sueños, sueños son...

Don Fidel Muñoz Rodríguez

—Mi aspiración desde joven fué dedicarme al estudio de una carrera científica, como la de médico, químico, naturalista; carrera de observación y de investigación, porque siempre he conside-



ruído a los hombres que se dedican en el silencio del laboratorio a descubrir verdades o principios científicos prácticos, como los más grandes benefactores de la humanidad. Ejemplos: Pasteur, Berthelot, Metchinicoff, Ramón y Cajal, Edison, Roux, etc.

Don Carlos Dorlhíac



—He deseado siempre ser un hombre enteramente tranquilo, dejado en paz por los demás. Esto, firmemente; ahora, razonadamente, me hubiera gustado ser un gran artista.

Don Carlos Morla
Lynch

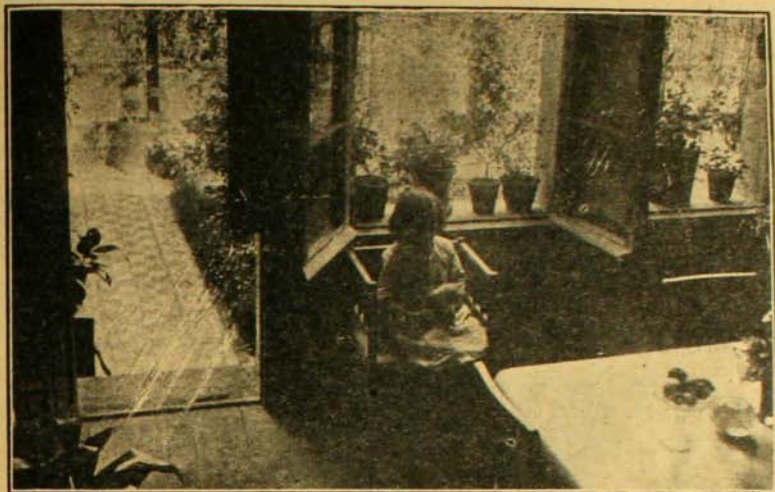
—Me hubiera encantado ser monarca joven, destronado, residente en París, con renta de un millón de francos. No tiene la responsabilidad ni las antipatías del trono en ejercicio, y goza—en su situación—del mismo prestigio, realzado por la aureola de una desgracia feliz.



Don Franco Paoloantonio

—Me conformaría con ser capaz de realizar las aspiraciones de mi yo interior.





La sala familiar en las habitaciones obreras

Por LUIS CASANUEVA

El hall de los planos ingleses o el **living-room** de los americanos, corresponde a una necesidad de la vida de familia y proporciona en el programa de un plano de habitación obrera, por modesta que ella sea, un elemento de confort que lo es también de economía.

El que haya observado la manera como distribuyen las casas nuestras familias obreras, habrá constatado que siempre se destina una pieza a comedor y a veces una a salón, aunque toda la casa se componga de tres a cuatro piezas, confinándose a dormir en una o dos piezas, con manifiesta inconveniencia física y a veces moral.

El **Living room** que yo he querido llamar, **sala familiar**, haciéndolo espacioso, con amplia ventana, realiza económicamente este anhelo de la familia modesta. Sirve de comedor, de pieza de estar y recibir, de costurero y taller. Conviene que a ella tengan ac-

ceso los dormitorios y la cocina, que sea el centro de la casa, en una palabra, y que de allí arranque la escalera si la casa es de dos pisos.

Con una buena ubicación de la puerta de calle esta sala familiar evita el pasadizo de entrada que es siempre un espacio inútil y que significa un tabique más.

En la sala familiar se realiza la vida intensa de familia, por esto los americanos la llaman tan expresivamente **living-room**. En el día la dueña de casa puede coser rodeada de los pequeños y vigilando de cerca su cocina utilizando los dormitorios únicamente en la noche lo que permite encontrarlos frescos, sin esa atmósfera confinada que se produce en una pieza en que se ha pasado todo el día y en que ha revuelto y desordenado camas y muebles las jugarretas de los niños.

La sala familiar se presta también para

la pequeña velada de sobremesa después de comer, cuando los niños ya están acostados y que es la hora propicia al cambio de ideas, a las pequeñas confidencias entre marido y mujer que han estado separados en el día cada cual en su tarea diaria. Allí se hacen los planos para el futuro y aun cuando se trate de castillos en el aire no por eso es menos grato confiarse promesas, discutir anhelos, y sobre todo, hacer vida de familia. La sala familiar hace posible estas expansiones y por esto le atribuyo particular importancia.

Las razones apuntadas me han hecho adoptar la sala familiar en muchos proyectos que he ejecutado y la práctica ha corroborado lo dicho.

Los franceses y los belgas utilizan la cocina para los objetos indicados, buscando en ella una calefacción barata, y por esta razón los planos franceses dan gran desa-

rrrollo e importancia a la cocina, que ocupa siempre un lugar importantísimo en la distribución de la casa obrera dotándola del mayor confort posible. Les sirve de comedor y aun de sala de recepción. Esto es abiertamente contrario a nuestros hábitos y sería inútil proyectar nuestras habitaciones obreras en forma diametralmente opuestas a las costumbres nacionales.

Ojalá estas ideas que la práctica me ha enseñado las tomaran en cuenta los que proyectan habitaciones populares, por cuanto estimo que un buen plano de casita obrera no es sólo un proyecto de carácter técnico, lo es también social y el debe consultar los hábitos del pueblo sensatamente dirigidos. Un buen proyecto debe consultar la vida de familia y facilitar las expansiones del hogar para que la casa cumpla con su alto fin de paz social.



¿QUÉ HORA ES?

Por ANTONIO G. DE LINARES

"Le disque de l'horloge est champ du combat
Ou la mort, de sa faux, par millions nous abat"
Th. Gautier.

¿Qué hora es?

¡Cuántos años y cuántos siglos pasaron sobre el mundo antes de que los labios humanos formularan esta pregunta que hoy es para nosotros una obsesión y un tormento!

Si nuestra vida inquieta y febril es tan corta que a no someterla a una ley cronométrica inexorable, moriríamos sin haber cumplido la misión de la existencia, muy otra, en cambio, fué la de nuestros antepasados de la prehistoria, quienes vegetaban lentamente, al través de jornadas siempre iguales.

Noche y día: tal era la única división del tiempo que estaba al alcance de aquellos bienaventurados que ignoraban las horas de Caja en los Bancos, las de oficina en los Ministerios, las de agiotaje en las Bolsas, las de conferencia en los Ateneos, las de juego en el Club, las de audiencia en los Tribunales, las de meditación en las cárceles, las de embustes o de hipocresía en sociedad...

Y así, en aquella edad feliz, al anunciar-se al mañana con el alba, la caza y la pesca procuraban el sustento que no había de comerse a la hora de costumbre, sino en el momento en que el estómago lo reclamaba. Vivir y multiplicarse eran las leyes de la existencia, y un hombre bien nutrido, en semejantes tiempos de robustez ingénita, era un hombre que vivía, pese a las inclemencias del clima y a la hostilidad de las fieras.

Cumplida esta primera parte de su misión social, la segunda, la de atender a la conservación de la especie, era aún más sencilla, si cabe.

El amor, libre de sentimentalismos y de complicaciones, exigía en las selvas y en las cavernas menos "flirt" previos y menos previas habilidades poéticas y oratorias que en nuestros amargos días de progreso, y, además, acogíase mejor a las praderas blandas y soleadas que a la oscuridad de las alcobas nupciales, en donde, según triste máxima filosófica, los modernos esposos se ocultan para perpetrar el crimen de transmitir el dolor con la vida.

Por ello, cuando las primeras estrellas vespertinas anunciaban la proximidad de la noche, pensábase tan sólo en buscar acomodo, el menos malo posible para un tranquilo descanso.

Mas ¡ay! esta felicidad primitiva de nuestros abuelos duró poco, en relación con la vida del mundo.

Nacieron de las familias las tribus; de las tribus los pueblos; de los pueblos los Estados: y acumulando a placer quehaceres y preocupaciones sobre sus días, el hombre acabó por encontrarlos breves, y le fué menester medirlos para saber la cantidad de esfuerzo, de sobrado dolor y de escasa dicha, que en cada instante habían de corresponderle para el mejor y más exacto funcionamiento de su máquina psíquico-fisiológica.

Probablemente, aún no habían formulado

los ingleses la máxima trascendental de "Time is money", pero en cambio se habían inventado ya el régimen autocrático, merced a la inteligencia de algunos pocos hombres y a la estupidez de la enorme mayoría restante. Así llegaron los primeros, los avisados, a convergerse de que fácilmente podían rodearse de comodidades y de placeres gratuitos haciendo que les sirvieran aquellos de sus semejantes capaces de la tontería de obedecerles. Como estos últimos eran muchos, la costumbre hizo ley, y si no se dedujo que "el tiempo propio era oro", dedújose al menos que podía ser oro el tiempo de los demás. Imponíase, pues, con urgencia, la necesidad de una medida para ese tiempo trocado en fuente de riqueza.

El suelo constituyó el primer horario conocido y todavía recurrimos a la inmutable exactitud de sus leyes para enmendar las deficiencias de nuestros pobres mecanismos cronométricos. La altura del sol sobre el horizonte durante el día, y el mismo dato con relación a la luna y a las estrellas durante la noche, fueron los primeros puntos de referencia merced a los cuales nuestros antepasados pudieron deducir la hora.

En el día, observaron las gentes que la longitud de las sombras de los objetos proyectadas por el sol, disminuía desde el comienzo de la mañana hasta el centro de la jornada, y volvía a crecer desde el mediodía hasta la hora del crepúsculo. De esta observación nació el "gnomon" o reloj solar primitivo, cuyo invento se atribuye a los caldeos.

El "gnomon" estaba constituido, sencillamente, por una estaca recta, hincada en tierra, sobre un lugar plano, despejado y bien expuesto al sol. Esta fué su forma elemental y primitiva. Ulteriormente, se reemplazó la estaca por una piedra tallada en forma de cono prolongado. Los obeliscos egipcios sirvieron también para tal objeto, y en los raros días en que luce el sol sobre París, hay practicas que en la sombra del obelisco de Luxor—trasplantado desde cielos más elementales al ingrato de la plaza de la Concorde—leen la hora con más exactitud y facilidad que en los paradójicos relojes neumáticos del Boulevard.

Pero la sombra del "gnomon", fácil de interpretar por un experto, ofrecía graves inconvenientes para el uso general entre los profanos ignorantes de la antiquísima ciencia de astronomía y daba lugar a errores continuos y desagradables, y a enojosas faltas de puntualidad en las citas de amor y de negocios.

En efecto, la longitud y la dirección de la sombra del "gnomon" varía no sólo en relación a las distintas horas del día, sino también con respecto a las distintas estaciones y épocas del año.

En una de las comedias de Aristófanes, dos personajes se ponen de acuerdo para encontrarse en determinado momento. Aún no se hablaba de las horas en el sentido en que nosotros interpretamos esta palabra, o sea como la 24.ª parte del tiempo que la Tierra emplea en dar una vuelta completa sobre su eje. Las "Horas" Griegas eran divinidades, hijas de Júpiter, que representaban espacios de tiempo muy varios e indefinidos, y que fueron al principio tres, y presidieron a las humanas tristezas o alegría. Más tarde, las "Horas" fueron doce, y cada una de ellas significaba una duodécima parte del día.

Por tanto los personajes de la comedia aristofánica convienen su cita en esta forma:

—¡Nos encontraremos en el instante en que la sombra del "gnomon" mida diez pies!...

Este extraño "rendez-vous" estaba de acuerdo con la época del año en que la acción de la comedia tenía lugar. De ocurrir en otra ocasión, el número de pies señalado a la sombra del "gnomon" hubiera sido muy distinto.

Cierto es que tal circunstancia daba lugar a un equívoco al representarse la comedia, en tiempo en que el citado largo de la sombra había de indicar una hora diferente de la que conviniere al desarrollo de la fábula. Pero cosa parecida ocurre en nuestras comedias contemporáneas, cuando en pleno rigor invernal, y ante un público que llega atado y envuelto en pieles, nuestros comediantes hablan en el escenario del calor asfixiante que se siente en la calle.

Para evitar, dentro de lo posible, las malas interpretaciones dadas a la longitud de la

sombra del "gnomon", los gobernantes griegos y romanos cuidaron de hacer redactar por los sabios unas concienzudas tablas astronómicas, en las cuales se indicaban las longitudes que en cada mes correspondían a la sombra, en relación con cada una de las horas en que entonces se dividía la jornada, de sol a sol.

Otro inconveniente de este sistema consistía, en que tales tablas habían de calcularse en cada localidad con relación a la distinta altura de cada gnomon. Más previsores que los griegos, los chinos habían remediado a tal defecto estableciendo por medio de la ley, y desde tiempo inmemorial, que todo "gnomon" mediría 8 pies de alto.

Pero, como queda dicho, estas circunstancias no dejaban de ser enojosas, y andando el tiempo, que de la mano trae al progreso, se llegó a la invención del cuadrante, o reloj solar.

De este cuadrante nos dice Herodoto que fué ideado por los Babilonios. Anaximandro, 550 años antes de Jesucristo, construyó el primer cuadrante solar que poseyó Esparta, y mereced a Pericles se instaló otro en Atenas.

Roma no se permitió el lujo de un cuadrante solar hasta pasada la primera guerra Púnica, doscientos años antes de J. C.

Los cuadrantes solares construíanse de muy diversas formas y tamaños. Algunos eran muy grandes, como los de la Torre de los Vientos, de Atenas, que ostenta un reloj solar en cada una de sus ocho fachadas.

En la Edad Media, los cuadrantes se multiplicaron de tal modo que casi todas las iglesias, edificios públicos y residencias señoriales, poseían el suyo. Hoy mismo, en algunas aldeas montaraces, el cuadrante del templo, el de la casa Ayuntamiento, o el del palacio de algún señor rural, constituyen el único medio de información cronométrica de que disponen los rústicos que, viviendo en la paz de las alturas, han tenido la suerte de no ser accesibles, todavía, a la invasión del progreso.

De tal modo, y en tanto que no se inventaron otros medios más prácticos o más exactos para llegar a la determinación de la hora, estos relojes solares constituyeron la última palabra de la ciencia, y algunos de ellos, bastante grandes y bien dispuestos,

no acusaban errores mayores de un minuto. Todavía, en 1666, la Academia de Ciencias de París utilizaba el cuadrante al mismo tiempo que los imperfectos relojes, que en muchas ocasiones sometían su imbricada maquinaria, inconsciente y loca, al contraste de



El viejo cuadrante solar de la Sorbona marca la hora con la perpetua, serena y sencilla oscilación de su pequeña sombra, ínfima y apenas perceptible, pero ligada por un rayo luminoso con lo eterno y lo inmutable...

la perpetua, serena, y sencilla oscilación de una pequeña sombra, ínfima y apenas perceptible, pero ligada por un rayo luminoso con lo eterno y lo inmutable, en lazo intangible y sutil tendido, como puente de misterio, desde la Tierra hasta el enigma del Universo.

Tanto el "gnomon" como el cuadrante eran instrumentos exclusivamente diurnos, y a medida que los hombres fueron civilizándose, la noche fué también dejando de servir en absoluto para el descanso, como ocurriera en las edades de la protohistoria. Así pues, hubo necesidad de sujetar la existencia nocturna a un programa estricto, a semejanza de lo hecho con la vida durante el día.

Jenofonte nos dice que en tiempo de Sócrates el arte de conocer la hora, en la no

que, era muy popular, y que las gentes lo aprendían de los pastores y de los marinos.

En los cielos orientales, constelados y transparentes, los astros brillan con fulgores mágicos. Forzosamente había de suspenderse de ellos la atención del hombre, que en la tenue llama lejana, fría y palpitante, podía cifrar a su antojo la leyenda eterna, misteriosa y sobrehumana del más allá. De tal modo, en observación constante hecha de poesía, de superstición, de nostalgia, de ensueño, de inquietud: de la vida toda, en suma, llegaron los astrólogos al estudio de cada estrella visible, estableciendo una relación casi exacta entre su altura en los cielos y la hora de la noche que a tal altura correspondiere.

Hiparco determinaba este dato con aproximación de tres minutos, y ya en el siglo XVI los pilotos eran maestros en este arte, para cuyas observaciones utilizaban la rudimentaria "balestilla", que fué origen del sextante usado actualmente a bordo de los buques.

Nuestros modernos telescopios, colosales anteojos meridianos, determinan la hora con error de una décima de segundo, y en breve los astrónomos reducirán tal diferencia a la de una centésima de la misma fracción. Y entonces...

Entonces, cuando sepamos la hora en que vivimos, sin más distancia entre la hipótesis y la verdad que la del imperceptible instante que pueda tardar en cruzar por nuestra mente una idea, ¿seremos acaso más felices, cien veces más felices que cuando ese error lo era de un segundo entero?... ¿Poseeremos, en consecuencia, una dicha 6,000 veces más perfecta que la que pudieron conocer nuestros antepasados de la Edad Media, cuyos cuadrantes solares daban la hora con tremendos desvíos de un minuto?... Y, en fin, nuestra ventura ¿habrá crecido en proporción a las 18,000 fracciones de centésima de segundo que constituían el lejano error con que Hiparco leía la hora en las estrellas?

Si así fuera, nos sería dado alzar un monumento de gratitud, en nuestro espíritu, a los sabios que supieron amenizar nuestra existencia, pero, desgraciadamente, todo hace suponer lo contrario. Cuando somos felices, cuando las penas y las tribulaciones se ale-

jan de nosotros, cuando amor, paz y riqueza estas tres bienaventuranzas de la vida, nos brindan su dicha gris, única posible en este mundo, en tales jornadas soñamos felices, al comprobar que no sólo hemos olvidado la hora en que vivimos, sino también el día, y el mes, y el año...

Cuántos sistemas de averiguar la hora quedan expuestos, al correr de este recuerdo milenario, trocábanse en vanidad de vanidades así que un antojo de las nubes diera en ocultar el sol o las estrellas, privando de sombra al estilete del cuadrante, y de campo de observación a la mirada experta del astrólogo.

De igual modo que se encontraron procedimientos y aparatos capaces de fijar, en un momento dado, la medida del tiempo, encontráronse también medios capaces de conservar esa medida.

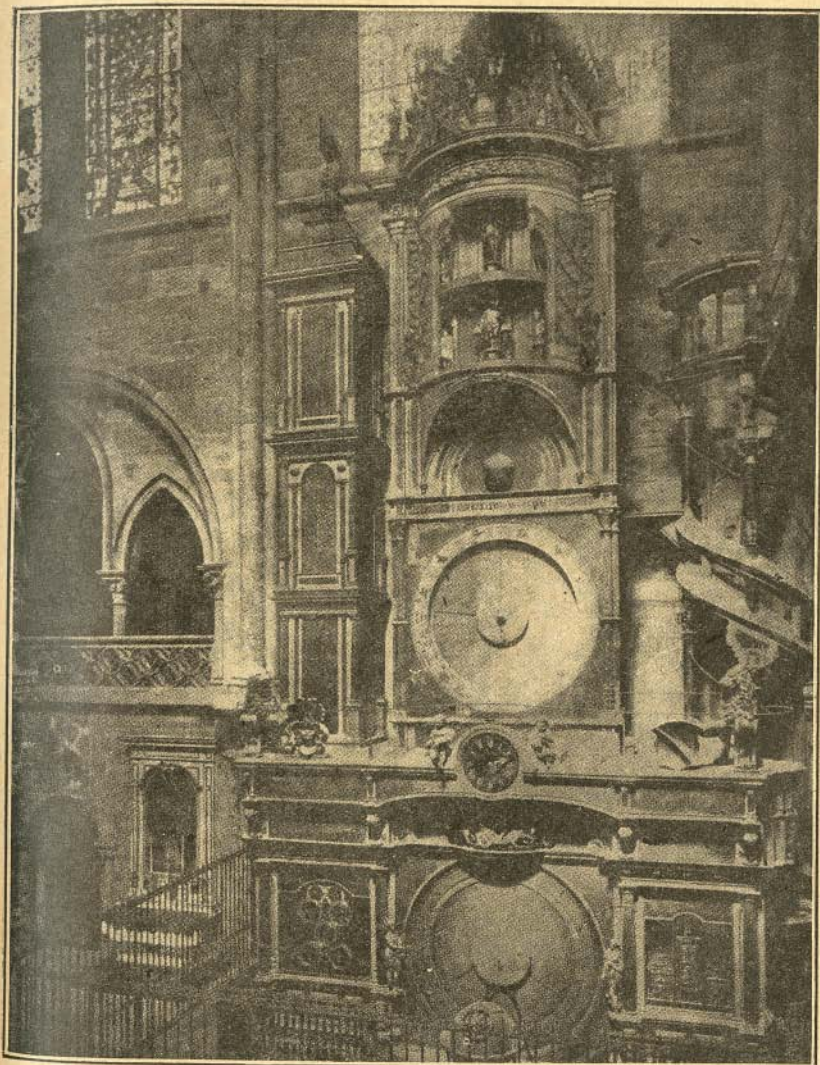
Los primeros relojes mecánicos conocidos fueron las clepsidras o relojes de agua, inventados, según la tradición, por el fabuloso Hermes Trimegisto de los egipcios.

Diffícil es desprender la verdad de la fábula, y averiguar quién fué el verdadero constructor de la primera clepsidra. Lo que hay de cierto es que estos mecanismos se utilizaban ya en Egipto en tiempos de la duodécima dinastía, quince siglos antes de Jesucristo.

Las clepsidras eran generalmente de grandes dimensiones, sin cuya condición el agua no tenía en ellas la presión necesaria para su funcionamiento, pero lejanas memorias nos hablan de un famoso artífice griego, tan hábil en la construcción de estos aparatos, que dispuso uno, para uso de César, lo suficientemente reducido para que el augusto cliente pudiera llevarlo siempre consigo.

La teoría de construcción de las clepsidras no podía ser más sencilla. Estribaba en la caída de sucesivas gotas de agua, de idéntico tamaño e igualmente espaciadas, que iban llenando poco a poco, un depósito, sobre cuyas paredes habíanse marcado las horas. El nivel líquido, indicado por un flotador, señalaba la hora del día correspondiente a la altura del agua.

Pero con base tan escasamente compleja, llegaron a construir mecanismos prodigiosos. Los árabes fueron, con los griegos, maestros en tal y tan primitiva relojería, y así



El famosísimo reloj de la catedral de Estrasburgo es uno de los más antiguos, y el más complejo del mundo. Fué construido en 1352, y restaurado en 1842 por Schwilgue, que en este trabajo empleó cinco años. Sus mecanismos, a más de indicar todos los datos relacionados con la hora, y con los fenómenos astronómicos, mueven una legión de figuras cristianas y paganas, que aparecen y desaparecen al sonar las horas.

la Historia nos conserva el recuerdo de la
celebérrima clepsidra que el Califa Harun-
Al-Raschi regaló a Carlomagno.

Era este aparato de bronce, y marcaba las
divisiones del día por medio de figuras de
guerreros que se presentaban unas tras de

otras, y que abrían las puertas que las ocultaban, correspondiendo la aparición de cada muñeco a una hora determinada. Para precisar exactamente la que le correspondía señalar, cada figura arrojaba, dentro de un timbre de oro, una serie de bolitas del mismo metal que al caer producían, marcando el ritmo, los campanillazos necesarios.

En semejante época, que lo era de barbarie para los modernos pueblos, el reloj del Califa produjo el asombro de una increíble y fantástica maravilla.

Por aquel entonces, existía en los monasterios el cargo de *significator horarum*, en cuyo desempeño turnaban los monjes, y cuya finalidad era la de medir el tiempo con el empleado en recitar un número de oraciones equivalentes, por su duración, a una hora.

No había de ser el *significator horarum* puesto muy cómodo, por cuanto los monjes fueron quienes con más afán se aplicaron a realizar la idea de un reloj movido por pesas, idea muy vieja, de la que habló Aristóteles, pero que aún no se había llevado a la práctica.

Hacia fines del siglo X, un fraile de Aurillac, Gerberto—que había de ser más tarde Silvestre II—fue quien primero construyó un reloj de pesas; pero nada sabemos de su mecanismo ni de su precisión, aunque todo hace suponer que fuera muy imperfecto. En realidad, sólo al cabo de varios siglos encontramos datos concretos y aparecen los monumentales y complejíssimos relojes que, como la *clepsidra* de Harun-Al-Raschid, han alcanzado mundial y perpetua celebridad.

De estos últimos, uno de los más notables, si no el más notable, es el reloj astronómico que, muy restaurado, puede admirarse aún en la Catedral de Estrasburgo. El primer mecanismo de este reloj databa de 1352, y posteriormente, en 1842, fué reconstruido casi completamente por el artífice Schwilgue, que en este trabajo empleó cinco años.

La parte astronómica de tan imbricado mecanismo comprende los siguientes elementos:

El cómputo eclesiástico.

Un calendario perpetuo con sus correspondientes fiestas móviles.

Un sistema planetario, construido confor-

me a la teoría de Copérnico, y que abarca las órbitas de todos los planetas visibles a simple vista, así como las fases de la luna, y los eclipses.

Y, por último, una esfera celeste que marca la precesión de los equinoccios.

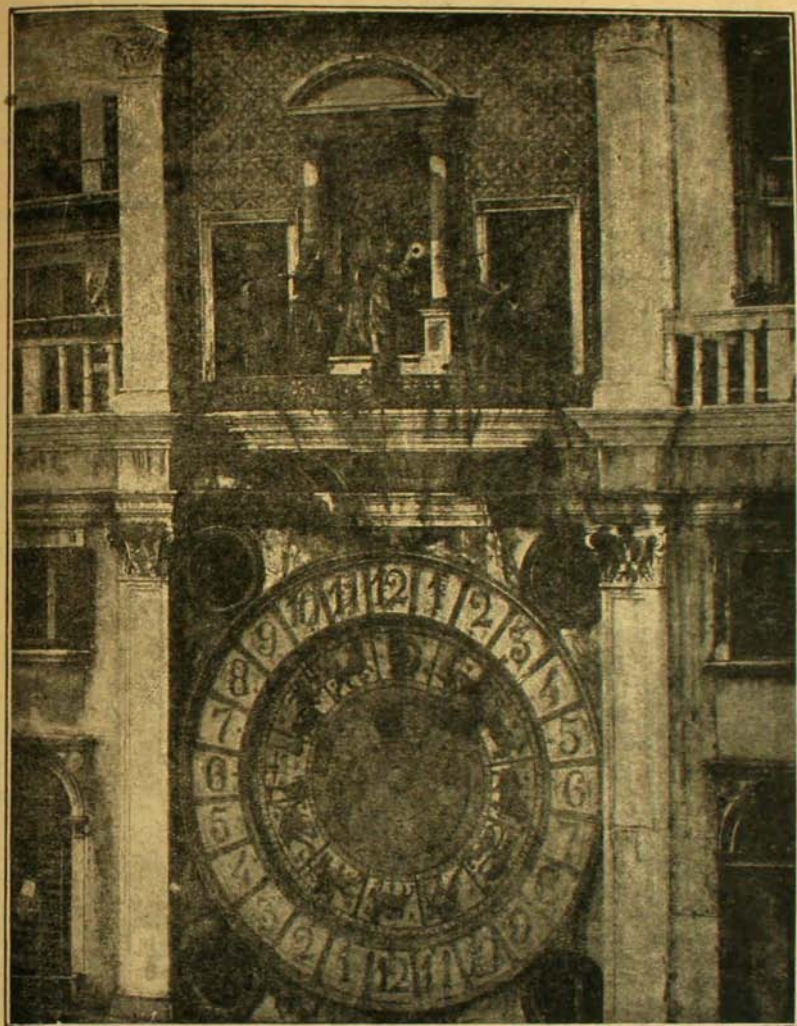
En cuanto a la medición del tiempo, este diabólico aparato ofrece una sección mucho más complicada aún, y que marca la hora con todas sus divisiones, los días de la semana con los signos de los planetas que les corresponden, la letra dominical, y en fin, el santo o los santos del día.

El funcionamiento de esta máquina no puede ser más pintoresco. Cuatro figuras representan las cuatro épocas de la vida, y cada una de ellas golpea sobre un timbre para marcar los cuartos de hora. La Niñez marca el primer cuarto; la Adolescencia, el segundo; la Virilidad, el tercero; y la Vejez, el cuarto. Al lado de la Vejez aparece la figura de la Muerte, que da las horas, y al comenzar cada hora un ángel invierte un reloj de arena, cuyo último grano cae al correr del último segundo.

Pero el gran espectáculo del reloj de Estrasburgo corresponde a la hora de mediodía. Sonando las doce campanadas, comienza el desfile de una procesión de los doce Apóstolos. Los muñecos que la forman se van acercando sucesivamente a una imagen del Cristo, ante la cual se inclinan. La imagen, colocada sobre un pedestal, extiende los brazos en ademán de bendecir a los congregados, y en tanto un gallo colocado en lo alto de una torre canta tres veces seguidas moviendo las alas.

Lo más sorprendente es que, al mismo tiempo que se desarrolla esta escena cristiana, aparecen en último término, y sobre un fondo de nubes, siete carros sobre los cuales pasan siete deidades paganas que simbolizan los siete días.

Hay que convenir en que para mover a su debido tiempo todas estas figuras, y hacer girar sobre sus órbitas a todos los planetas, sin que por ello los cuadrantes dejen de marcar con toda exactitud la hora y todos los demás datos del calendario, es menester que, a la construcción del mecanismo que es alma del célebre reloj de Estrasburgo, haya presidido una mentalidad poco sujeta a dis-



El reloj de la Plaza de San Marcos, en Venecia, posee, como los anteriores, su sistema astronómico y su galería de muñecos, que representan el homenaje de los Reyes Magos al Señor.

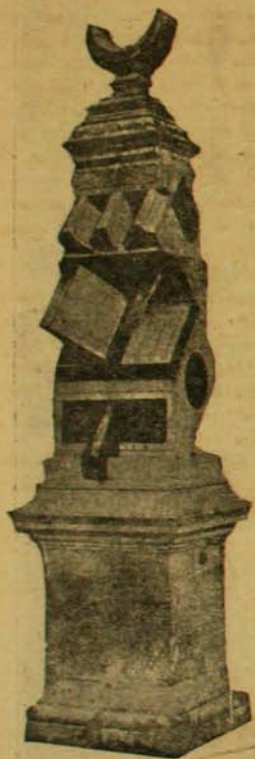
tracción ni a confusiones. Y se comprende que el artífice Schwilgue empleara cinco años de su vida en poner de nuevo en marcha el monumental laberinto de rodajas, cuerdas y pesas, detenido por el uso, que es el

cansancio de las cosas al cabo de los siglos.

Otro reloj, tan antiguo como célebre, es el del Palacio de Justicia de París, primer reloj público que existió en la capital fran-

cesa, y que aún campea sobre la fachada del bastión llamado, por tal motivo "Tour de l'Horloge".

Construyóse este mecanismo en 1370, y a costa del peculio del rey Carlos V. Este monarca hizo venir a París, para tal obje-



Reloj solar construido en tiempos de Luis XIII, en el castillo de la Grolle. Este ejemplar único, formado por varios cuadrantes combinados, indica la hora en todas sus fases y aspectos

to, al relojero alemán Enrique de Vic, artífice reputado, a quien Carlos V recibió con toda clase de honores y agasajos, hospedándole en el real castillo del Louvre, durante los ocho años que tardó en llevar a cabo su

trabajo. El sueldo que cobraba Vic, en este tiempo, era inferior al valor de un franco, pero era considerable, como remuneración para los usos de la época. Posteriormente, Carlos IX y Enrique III restauraron el viejo reloj adornándolo con frescos el primero y con tallas de Germain Pilon el segundo.

Estos relojes de pesas fueron la última palabra del progreso hasta el siglo XVI. En esta época, Galileo descubrió los principios de la ley del péndulo, y pensó de seguida en aplicarlos a la medición del tiempo. Tal vez este proyecto fué llevado a la práctica, pues en una de las cartas del inmortal pisano, publicadas por Venturi en 1818, se habla de un tal Dominico Balestri que trabajó en la construcción de un reloj de péndulo, bajo la dirección de Galileo y de su hijo.

El problema de la aplicación del péndulo a la cronometría fué resuelto definitivamente por Huyghens, en 1656, y más tarde, en 1673, la solución fué entregada por este inventor al dominio público, al aparecer su célebre tratado *De horologio oscillatorio*.

Artífices como el griego Cetesibio, capaces de construir una clepsidra de bolsillo, no abundaban, y los relojes de pesas y los de péndulo seguían presentando el inconveniente que ofrecieran antes los de agua, es decir, el de ser difícilmente transportables... y el de constituir un lujo que solamente podía estar al alcance de los príncipes y de los potentados. Burgueses y plebeyos seguían riguiendo sus vidas conforme a las indicaciones del viejo cuadrante de la plaza, o del sorprendente reloj de la torre de la iglesia, última invención del diablo, aceptada sin embargo por los fieles del Señor... Pero en los barrios lejanos de las ciudades, o en la soledad de los campos, seguían haciéndose hipótesis acerca de la hora probable, juzgando de ella por la inclinación de las sombras cuando el sol lucía, y según el criterio individual cuando, por el contrario, amanecía nublado.

El Angel Caído, el demoníaco Rebelde, siguió empero alentando al orgullo humano, y

dictó a los hombres sus extrañas inspiraciones. De tal suerte, y no se sabe por quien, dióse en la invención de los reducidos cronómetros de resorte, que andando el tiempo habían de multiplicarse hasta lo increíble y ser para nosotros cosa tan trivial y fácil de conseguir, que hasta los míseros labriegos y los zarrapastrosos trajinantes los poseyeran.

Nuremberg fué la cuna de los relojes de bolsillo y los relojeros de esta población adquirieron tal fama en esta labor que los primeros cronómetros, que eran de forma esférica u ovoidal, se llamaban **Huevos de Nuremberg**.

Desde entonces, esforzándose los constructores en reducir cada vez más la dimensión del reloj portátil, y paso a paso, hemos ido llegando a los relojes de ojal que se ocultan tras de la solapa, a los que adornan una pulsera a los que se engastan en una sortija, a los que rematan los puños de los paraguas y bastones, a los que asoman, discretos por un rincón del portamonedas, y en fin, con los días actuales, a la última y excentrica novedad de los relojes que adornan los zapatos de nuestras elegantes, y que, con su encantadora indiscreción, prestan a la silueta femenina un extraordinario interés, cuando una gentil mujer comprueba, en pleno boulevard o en pleno salón,

la exactitud de la hora que marca su cronómetro de pie.

—¿Qué hora es?... —

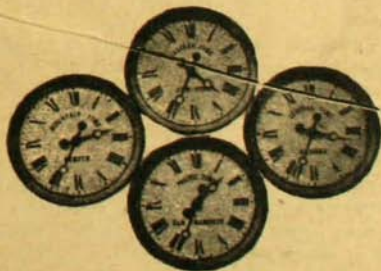
En esta pregunta, que hoy es para nosotros una obsesión y un tormento, decimos el despertar de un breve sueño de dicha, volviendo hacia la realidad que es sufrimiento; decimos, si ganamos con esfuerzo el pan de cada día, la angustia del tiempo que huye sin dejar tras de sí el provecho necesario; decimos, si la fortuna quiso brindarnos sus dones, el tedio del tiempo largo, inútil, eterno cuyos minutos caen como gotas de plomo... Y así, empujados por la vida, vamos como cuerda de galeotes hacia la galera desde cuyos bancos hemos de bogar, arrastrando sobre el mar de la existencia el peso de nuestro destino...

—¿Qué hora es?... —

En torno nuestro: sea en la calle, sea en la casa, sea entre la multitud, cien agujas de cien cronómetros nos responden al par, surgiendo de todos lados como espíritus del mal; y un instante más tarde, en fiebre de inquietud, volvemos a preguntar:

—¿Qué hora es?... —

¡Lamento de fatiga, estertor de agonía, esta frase es, en la canción de nuestra vida, el eterno retornelo del dolor!...



NOTAS MARGINALES

Por don Juan Agustín Barriga

(PACIFICO MAGAZINE ha solicitado expresamente esta colaboración a don Juan Agustín Barriga, y honra sus páginas no sólo con ella, sino también con el retrato y un interesante autógrafo del glorioso escritor. Si bien se mira, dicho autógrafo constituye otra "nota marginal" de sumo interés y que, como todo pensamiento del señor Barriga, une a la hondura de la observación, la expresión perfecta).

Las ideas morales y religiosas no se arraigan en la sociedad humana, mientras la mujer no las haya aceptado y difundido prácticamente en la intimidad del hogar. Razón tenía aquel insigne doctor de la iglesia latina que aislado del mundo en la austera soledad del yermo, escribía sus tratados en forma de epístolas familiares a las ilustres mujeres de la aristocracia romana. Cuando el viejo luchador se dirigía a Marcela, Fabiola, Paula o Eustoquia, sabía que por este conducto penetraba en el corazón de la fortaleza enemiga.



Don Juan Agustín Barriga

El llamado problema feminista va tomando el aspecto de un profundo antagonismo entre ambos sexos que quizás en un día no lejano pudiera amenazar en sus propias fuentes el porvenir de la raza humana. Si tal sucediera, llegarían los tiempos fatales que el poeta ha anunciado en su tremenda profecía: el hombre tomará por la derecha y la mujer por la izquierda.

Et se jettent de loin un regard irrité,
Les deux sexes mourront chacun de son côté.

Las feministas son severas con el sexo masculino, detestan a los hombres colectivamente; pero saben hacer excepciones amables...

para conquistar, según dicen, adeptos a la causa.

Si es verdad, como dijo un gran poeta del siglo IX, que una vida verdaderamente grande es un sueño de la juventud realizado por la edad madura, de la nobleza y calidad del sueño dependerá la hermosura y dignidad de la vida. Desgraciadamente, no todos los sueños valen la pena de ser vividos.

Como en los montes que se incendian para fertilizar la tierra con el agua que baja de los cielos, las cenizas de la pasión en el alma humana se hacen fecundas cuando las riega el llanto del dolor y de la penitencia.

Joven que comienzas la vida del corazón, niña que llegas al mundo por un sendero de flores y de halagos: no traicionéis jamás al ideal de vuestra juventud, porque si un día lo abandonáis por móviles interesados y egoístas, la misma realidad que tanto os seduce, se encargará de vengar al ideal menospreciado.

El mayor sacrificio que pueda hacer al amor de un hombre una mujer de talento es el de su gloria literaria, cuando tiene vocación verdadera y aptitudes naturales para

Sea fúera a nuestra
 vocación, enalagunando
 que sean los sacrificios
 que ella se imponga. Me
 trascienden jamás el ideal
 de nuestra juventud porque
 tarde o temprano la realidad
 que se acepta por virtud
 egoísta se ~~convierte~~ ~~convierte~~ a la
 verga al ideal masoquista
 ideal.

Juan R. Baring

5 de Abril 1917

sobresalir en el campo de las letras. Ningún hombre que yo sepa sería capaz de un sacrificio semejante.

a sus propios ojos cuando admira a un hombre superior; el hombre piensa que decae y siente que se humilla al aceptar la mano de una mujer que le domina por su genio.

En el alma de las mujeres jóvenes el sentimiento de la admiración se confunde fácilmente con el amor; en el hombre es más raro que ambos sentimientos vayan unidos, porque el instinto del orgullo masculino habla más alto en su corazón que los impulsos sentimentales. La mujer se engrandece

El amor tiene una fuerza moral educadora que deja huella profunda en las almas sometidas a su imperio. Su influencia no es siempre benéfica: ora levanta, ora deprime los corazones, ora los purifica, ora los envilece; pero en toda ocasión los domina de tal

manera que si queréis conocer la calidad de un hombre o de una mujer que haya inspirado una gran pasión, basta mirar la huella y observar sus efectos morales en el alma del uno y de la otra.

Como en el seno misterioso de las montañas surgen las fuentes que derraman la vida y la fecundidad en los campos, en el alma de la mujer está la fuente secreta e inagotable de los afectos que alimenta la vida espiritual en el seno de la familia humana.

La esgie simbólica de la patria en casi todas las naciones del mundo es una imagen de mujer. Para explicar esta preferencia podría alegarse una razón de estética o suponer que los artistas modernos se han limitado a seguir la costumbre de los antiguos; pero hay quizás razones más hondas que se fundan en la propia naturaleza de ambos sexos. la mujer representa con más

fidelidad que el hombre los elementos esenciales y permanentes de la raza, el espíritu de tradición, la base del hogar y el carácter distintivo de las familias humanas.

En la realidad de la vida como en las obras de imaginación, el mejor cuadro a los ojos de una mujer será siempre un espejo donde ella pueda ver reflejada su propia imagen.

En las mujeres de corazón afectivo suele suceder que de la compasión nazca el amor; pero si la compasión viene después, tened por seguro que el amor ha desaparecido. Hay que ver la piadosa ironía con que algunas mujeres, mirando al cielo en la actitud de Santa Cecilia, dicen a su más íntima amiga: ¡Pobre fulano, qué pena me da! ¡Tú que conoces mi corazón!... y todo el repertorio de las ternezas y confidencias sentimentales.



La mano como reflejo del alma

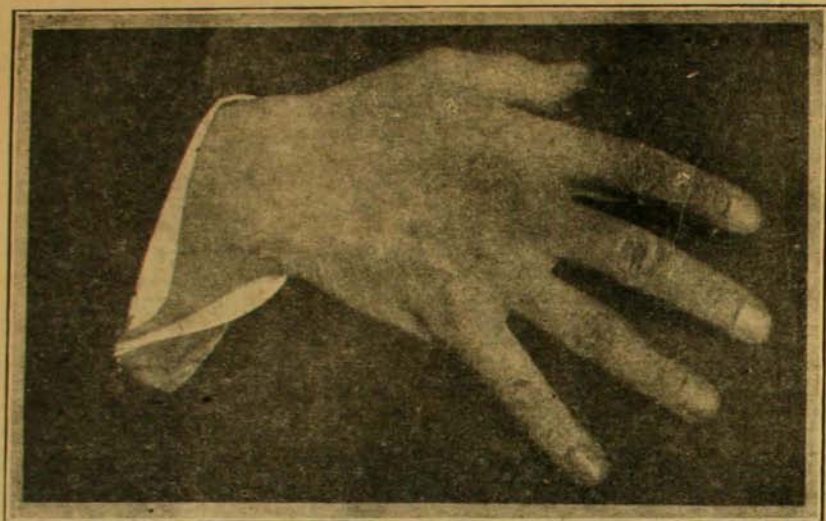
Cuando uno quiere apreciar el carácter de un hombre según las líneas de su rostro, muy a menudo incurre en deplorables deducciones equivocadas. Es cierto que el alma (ánimo o espíritu) se refleja en la boca y en los ojos; pero la expresión de la cara no pocas veces es modificada por la educación (estudiada) y por artes de toilette, y debemos decir que la cara y los ojos muchas veces mienten. Al contrario, no puede mentir la mano, parte del cuerpo que en la variación infini-

ta de sus formas y líneas, posee propiedades expresivas sorprendentes y mucho más grandes de lo que generalmente uno se inclina a suponer. Aún cuando es posible afinar exteriormente la mano en cierta medida por medio de cuidar bien la piel y las uñas, no influye ésto en lo más mínimo sobre el fuero propio, lo característico de ella, y sólo deja engañarse con ello a aquel que tenga completa inexperiencia. Pero ¿cómo puede ser que la mano tenga tanta capacidad expresi-

va, que sea "de mucho decir"? Su estrecha correlación con la vida del alma salta a la vista en los movimientos instintivos de la mano, con los cuales acompañamos nuestra palabra; el frío hombre del norte en menor grado y el vivo hombre del sur en grado mayor. La mano como instrumento principal del fino sentido del tacto, es mejor dicho, un órgano de sentido (o sensibilidad), pues, tanto en las manifestaciones de cariño como en la exteriorización de descontento sirve como reflejo inmediato de nuestra vida de sentimientos. Además, ella es nuestro instrumento principal para los manejos de la vida diaria, como también de la acción en nuestra vida de profesión. Por esta razón se comprende que, desde luego, nos muestre formas adecuadas a determinada profesión, si esta última está de acuerdo con nuestra par-



Mano del profesor de medicina Félix von Kle



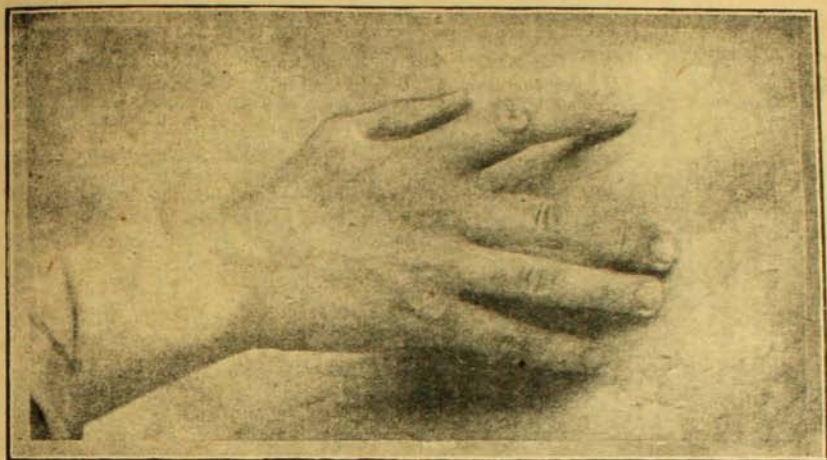
Mano del pianista Konrad Ansorge

tiular inclinación, y que estas formas durante nuestra actividad profesional siempre se acentúan y saltan más a la vista. Tenemos, pues, una relación recíproca: ¡La forma hace la profesión y la profesión crea la forma!

El artista en general, posee un plano de mano grande y sólidamente formado, y dedos duros; pero muchas veces finos. En el pianista, como se comprenderá, sobre todo se encuentran dedos cenceños o esbeltos, pero también se hacen observaciones parecidas



Mano del pintor profesor Max von Liebermann



Mano del escultor profesor Gaul

en la mano del escultor, el cual debe sentir las formas de su estatua en la punta de los dedos. Parecida es también la mano del pintor.

A muchos les parecerá extraño que la mano del sabio muestre gran parecido con la de los artistas y que posea una estructura aún más fina que la de aquellos. Para comprender ésto debe tenerse presente que en ambos (artistas y sabios) al lado de su actividad existe una fantasía productiva, la que, de elementos dados, crea cosas nuevas y que cierto número de sabios (por ejemplo, los que trabajan en laboratorios), necesitan tener un alto grado de agilidad manual. En especial, esto ocurre en el médico, sobre todo en el cirujano, que opera, al cual a veces va creando plásticamente en la carne de su paciente, de modo parecido al escultor en la dúctil arcilla. En comerciantes y hombres de hacienda, sobre todo en los genialmente predispuestos, se observan dedos finamente apuntados y—al igual que en los artistas creadores—pulgares largos.

Es curioso que los representantes masculinos de una profesión, por término medio muestren menor número de líneas características en la mano, mientras que las mu-



Manos del profesor Strakmann

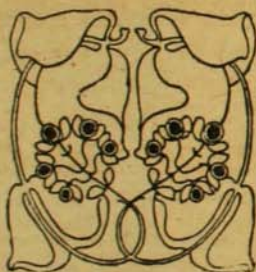
jeres que desempeñan una profesión muchas veces poseen un número proporcionalmente mayor de tales líneas.

En general, tratándose de manos de mujeres, puede distinguirse claramente dos tipos, que son: la mano de profesión, la cual

exhibe también todas las variedades y gradaciones existentes en el hombre, y por otro lado la mano "maternal", hecha como para acariciar y educar niños. Asimismo, hay manos "no casadas" y otras que sin lugar a equivocaciones delatan la profesión de esposa y madre.

En lo anterior, sólo hemos querido dar las líneas fundamentales de la ciencia de la mano". El que se hubiere interiorizado honda-

mente en sus secretos, sabrá hacer deducciones importante de las más pequeñas particularidades—como de la forma de cada miembro de dedo, largura y elasticidad de los dedos, de la muñeca y del plano de la mano; forma de las uñas, etc.... El hecho de que la escritura nos permita hacer deducciones amplias sobre el modo propio de un hombre, nos convence finalmente también, de que la mano es en alto grado el espejo del alma.





Señora Graciela Sotomayor de Concha.

Un recuerdo de amor

"Un Recuerdo de Amor" es un drama de la señora Graciela Sotomayor de Concha, leído en distintas instituciones femeninas de Santiago, en medio del mayor entusiasmo de los auditorios. Entusiasmo bien legítimo, por lo demás, pues se trata de una obra excepcionalmente hermosa, en versos naturales, de acción movida e interesante, y cuyo desarrollo obedece a uno de los más vivos pasajes sentimentales de un hombre de la talla de Simón Bolívar. La hábil autora ha vencido toda dificultad, y nos presenta un drama intenso, de sentimiento y de ideas, hasta de ideas políticas, raro caso en una mujer.

(En la imposibilidad de publicar íntegra esta obra, damos algunos de sus pasajes más inspirados).

Bolívar

Gracias... Sois muy corteses, señoras mías. Me halago con ello y con ver cumplidos mis deseos más caros, aquellos con que soñara un día no ha muchos años en las selvas majestuosas

del Orinoco... Extasiado contemplaba yo una tarde del sol los postreros rayos, se filtraban en los bosques sus fulgores simulando un incendio colosal, y allí... lejano un reguero de rubíes dibujaba ya el ocaso...

El Orinoco corría
impetuoso, soberano.
El paisaje inverosímil
pudo quizás en mi ánimo:
¡Cuán hermoso eres, me dije,
Continente americano!
¡Cuánto mereces ser libre!
Y soñé con libertarlo.
He de llegar, repetía,
con mis armas y soldados
del Potosí hasta la cumbre...
No existe poder humano
que mi voluntad quebrante.
Muchos, entonces, juzgaron,
aquel mi anhelo, quimera,
ilusión o sueño vano...
Hoy lo veo por mi dicha
totalmente realizado.

Prefecto

Y en verdad que en corto tiempo
pudisteis llevar a cabo
proezas sin precedentes:
redimir a los esclavos,
libertar cinco naciones
y estrechar los áureos lazos
de paz y de unión perenne
en el suelo americano.

Bolívar

Pues este es el gran anhelo
que hoy abrigo: como hermanos
deben mirarse estos pueblos.
Que vivan confederados
es mi mayor ambición.
¡No tienen ellos, acaso,
el mismo origen, la misma
lengua, y a más ¡que no aunaron
sus esfuerzos combatiendo
con ardor y sin reparos
en pro de una misma causa!
No creo que surja obstáculo
para que estos pueblos formen
la liga con que he soñado,
la Liga de las Naciones.
Es este mi ensueño caro:

que el agravio a una nación
sea de todas el agravio;
todas deben defender
los derechos soberanos
de aquella nación hermana,
que atacaron los extraños.
Y así como pedí un día
al Congreso Colombiano
que premiara mis victorias,
libertando a los esclavos,
pienso también dirigirme
a todos estos estados
para obtener que compensen
mis desvelos, adoptando
los principios redentores,
esos principios sagrados
de internacional justicia.
Quiero además que en los pactos
que las naciones celebren,
aparezcan consignados
los medios conciliadores
del arbitraje.

Prefecto

Pues faltó
de razón sería aquel
que a principios tan humanos
se opusiese...

Otro señor

¡Qué proyecto
tan hermoso!

Prefecto

¿Y no es, acaso,
el bien común lo que en el
buscáis, señor?

Bolívar

Voy buscando
el afianzar para siempre
la paz de aquestos Estados.
Tranquila dejad la tierra
para que se arraigue el árbol:
el progreso sólo arraiga
donde hay paz...

Prefecto

Es claro.

Varios

¡Es claro!

Un señor

¿Y de límites, señor,
qué pensáis?

Bolívar

Que conservamos
aquellos mismos que habíamos
a tiempo de emanciparnos.

Otro

¿Es el "utti possidetis"?

Bolívar

Justamente.

Joaquina

Libertador, yo vengo a saludaros
a nombre de las hijas de mi tierra
con todo el entusiasmo y alborozo
que el alma noble y juvenil encierra.
Venís desde lejanos horizontes...
Vuestro carro esplendente de victoria
deja en pos las llanadas y los montes
y, cercado del nimbo de la gloria,
avanza, siempre avanza,
repartiendo a los pueblos
la paz, la libertad y la esperanza!
Vencedor de Junín y de Ayacucho,
que sensación extraña
habrá de conmover a la montaña
cuando os sienta de pie sobre su cima,
y vuestra mano varonil, certera,
clave en su dorso la inmortal bandera
que antes que el sol alumbre
ostentará orgulloso
el picacho más alto de su cumbre!...
Al pie de esa bandera estará siempre
vuestra imagen grabada:
y cada vez que alcemos la mirada
allí, sobre la altura,
creeremos percibir vuestra figura,

por la luz de los astros coronada
y entre una aureola fúlgida, inmortal,
de pie, sobre el grandioso pedestal!...
A vuestro paso agólpense los pueblos,
los hombres os tributan sus honores,
las mujeres entonan sus cantares
y mi blanco rosal revienta en flores!
He cogido sus nítidos capullos;
aceptadlos, señor, como una ofrenda,
y que siempre de glorias y de rosas
encontréis tapizada vuestra senda!

Gandarias

Desvarío, señor, en lo que entraña,
renegar de la madre, que es España.

Bolívar

¡La madre! Bien decís; mas nunca fuera
renegar de la madre, el que el infante,
dejando ya de serlo, pretendiera
caminar sin su auxilio en adelante.
Ella, que un día le guió amorosa,
ayudando a su paso vacilante,
ufana al hijo mirará, sin duda,
cuando marche seguro, sin su ayuda.
Si no, mirad el ave,
que infusa tiene del vivir la ciencia,
con qué afán, con qué amor y qué paciencia
enseña a sus osados pequeñuelos
cuando pretender ensayar sus vuelos:
les impele, les guía hacia la altura;
si zozobran, les coge con premura.
Mas, cuando el ala tierna ya resiste
el empuje del viento,
hinchido de contento,
la su noble misión por terminada,
y mira que se aleja la bandada...
con amor; mas sin penas ni ansiedad.
Piensa sólo, sin duda, en que ha alcanzado
lo que ella tanto amó: la libertad!

Joaquina

¡Qué bien sabe decir, cómo enamora
su manera de hablar, ¡qué convencida!

Bolívar

Y yo os prometo, llegará la hora,
en que España en América vencida,
será siempre la España vencedora;
pues podrá contemplar con santo orgullo
al hijo ya crecido que, aunque libre,
no ha dejado por eso de ser suyo!

Joaquina

¡Libertador! Qué ironía
llamar yo libertador
al que entre hierros de amor
aprisiona el alma mía!
Aquel que en mi fantasía
soñé como un ideal
y que, siendo un hombre real,
siempre será una utopía...

(Pausa).

Se alejará... A la montaña
va a coronar su victoria...
Desposado es de la gloria
que le confiere su hazaña.
Yo seguiré mi camino,
sangrando siempre al herida.
¡Por qué eres tan cruel, destino!
¡Por qué así tronchas mi vida!
Ya vendrá a decirme adiós,
como me lo ha prometido.
Conservar quiero en mi oído
el eco fiel de su voz.
Y he de mirarle tan hondo
que ha de dejar mi mirada
la imagen suya grabada,
de mis ojos, en el fondo.
Le amo con tanta pasión...
Como una hermosa cautiva,
su memoria, mientras viva,
guardará mi corazón!

Bolívar

...Aunque me aleja la suerte,
sé que te debo la vida.

Joaquina

(Aparte)

Y en cambio él me da la muerte.

Bolívar

No olvidaré las hermosas
flores de aquestas colinas:
aquí me llevo tus rosas.

Joaquina

Y me dejas las espinas.
¿Ya os marcháis?

Bolívar

En este instante.
La comitiva me espera
para seguir adelante
tras la gloriosa bandera.
En el alma llevo impreso
tu recuerdo, niña altiva.
¡Me olvidarás

Joaquina

Mientras viva
no, señor.

Bolívar

Pues dale un beso.
Adiós...

Joaquina

Adiós... Ya se aleja...
Sordo se escucha el tambor,
ya no se oye otro rumor,
como no sea mi queja.
Adiós, ilusiones; calma,
huístes por esa puerta.
Adiós, rosas de mi huerta,
adiós, ensueños de mi alma.
Trocéis mi vida en desierto...
Y con qué amargura os dejo
que os marchéis como un cortejo,
tías de mi esperanza muerta...
Para siempre, siempre os pierdo...
¡Nada resta a mi dolor!...
Viviré para un recuerdo...
¡Para un recuerdo de amor!...

Algo sobre Teosofía

Entre los sistemas que en la actualidad luchan por espiritualizar el mundo, descuellan la teosofía. Son muchos los que ha-

blan de ella, si bien pocos son aquellos que verdaderamente saben en qué consiste. Yendo más allá de la etimología misma de la palabra teosofía, la cual está al alcance de cualquiera persona, y pasando por alto las interpretaciones tontas o timoratas, es fácil encontrar interesante este estudio desde el momento en que aprecia filosóficamente las religiones, y en atención a que, como todas ellas, es un poderoso ascensor moral, además que aspira a difundir la fraternidad de modo preferente. Tomada la teoría en estos aspectos, los cuales son a su vez en ella los verdaderamente relevantes, no ofrece por dónde pueda ser rechazada ni escarnecida y, sin embargo, choca nombrarla siquiera en ciertos medios. No saben, naturalmente, que en 1860, llamó Taine "Adivinaciones filosó-

ficas" las teorías de Oriente, y que desde entonces a esta parte se han difundido por el mundo en forma notable, calmada y segura. Y no puede dudarse de que tal influencia irá en aumento, puesto que la teosofía ofrece, según parece en su forma primitiva, es decir, relativamente expurgadas de vicios, las prácticas con que ha procurado siempre el hombre su comunicación con Dios. La meditación es su base y tal vez su síntesis. Una vez im-

Bondad del sistema filosófico.—Cartas de la India al respecto. — Cómo está establecida la Asociación. — Annie Besant. — Rabindra Nath Tagore. — Su familia.—Comentarios.

propagado con suma facilidad. En Europa, en Estados Unidos, se la estudia. No es que todo espíritu encuentre en ella la satisfacción de sus ansias: desde luego, los que están a gusto con su religión, no necesitan, por cier-

to, de otra fuente de moral. Pero esto no quiere decir tampoco, que cerremos nuestro horizonte intelectual los hombres, que circunscribamos nuestro pensamiento y nuestra cultura por infundados temores. Es conveniente que distingamos entre el teósofo y el hereje; entre el teósofo y el descreído, entre el teósofo y el endemoniado, entre el teósofo y el ateo.

A propósito de este comentario, he de hablar de ciertas cartas que conservo; cartas que no son de mujer, que no giran en torno a la "eterna historia" o a la "cansada cuestión", según como

quiera llamarse al amor, y que conservo por interesantes y por amenas. Son de cierto viajero que, hostigado del materialismo ambiente, "enfermo de ideal", marchó a la India en peregrinaje nobilísimo. De los puntos en que el barco fué haciendo escala, escribió. En Estados Unidos se detuvo algún tiempo y escribió también de allá, si bien no toda esa correspondencia está en relación directa con la onda espiritualista



Estatua de Madame Blavatsky y coronel Olcott.

que comienza a mecer al mundo, hay cartas que a ella hacen referencia. Transcribiré trozos, dando comienzo por una tarjeta fechada en Los Angeles:

“Desde hace dos semanas me encuentro en California, admirando el adelanto de este país, dice. Y no crea que es sólo adelanto material el que se observa aquí: tanto o más que eso encuentro un avance que no me soñaba en todo lo que se refiere a la parte espiritual de la humanidad: filosofía, arte, civismo, todo esto encuentra un público ferviente que se dedica con entusiasmo a cultivar las cualidades más nobles del hombre. Yo he resuelto quedarme aquí por algún tiempo, y sigo actualmente un curso de teosofía en un Instituto dedicado sólo a esta materia, en los alrededores de Los Angeles”.

A ésta siguieron otras cartas, más o menos indiferentes al asunto, hasta que en una postal que reproduce el grupo en mármol alzado en Adyar en homenaje a Madame Blavastki y al coronel Olcott, me escribe en forma rápida, fechando en Madras:

“Al fin he llegado al término de mi peregrinación, encontrando aquí lo que esperaba. un núcleo de gente inspirada en la verdad y trabajando por el bien de la humanidad”.

Y quince días después me escribe extensamente:

“He encontrado una cariñosa acogida en la Sociedad Teosófica. Esta posee una hermosa propiedad, a seis millas de Madras, en la cual se encuentran buenas habitaciones y una espléndida biblioteca. El clima, aunque caluroso, es soportable; la poca distancia del mar permite dos o tres baños diarios que refrescan y tonifican el cuerpo.

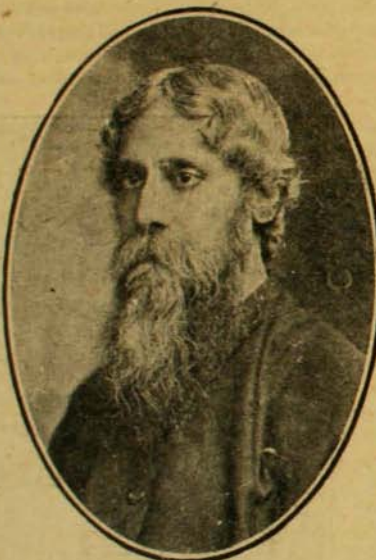
He tenido la suerte de encontrar aquí a Mrs. Annie Besant, y esto sólo hubiera valido la pena del viaje. Todo lo que me había figurado por lo que había leído de esta mujer, queda corto ante lo que uno comprueba conociéndola personalmente. Es una mujer extraordinaria, y la influencia que tiene en este país, basta para comprobarlo. Aquí, donde la mujer no cuenta para nada, Annie Besant ha podido unir a la India, formar una sola nación de este continente poblado por razas diferentes, y ha expresado la voz de

la nueva nación, pidiendo a Inglaterra el Gobierno autónomo para esta colonia. Con razón es adorada por el pueblo. A ella le deben una mejor comprensión de su sistema filosófico, el verdadero conocimiento y valor de su historia patria, y de ahí las nuevas aspiraciones a una vida libre y más útil. Su presencia despierta en todas partes un sentimiento de veneración y cariño, como yo no había visto prodigado a otro ser humano. Es éste el premio de una vida dedicada a luchar por la justicia y la libertad.

Y ahora le contaré la impresión que me ha

hecho la Sociedad Teosófica. Es un cuerpo poderoso que crece cada día. De todas partes del mundo llega aquí correspondencia pidiendo libros, revistas, etc., y dando cuenta de cómo el movimiento se extiende por todas partes. Aquí el trabajo de los centros es enteramente práctico, de propaganda y de educación. Se trata ahora de realizar en la vida diaria las enseñanzas teosóficas.

Pienso pasar aquí tres meses, atendiendo las conferencias y leyendo en la biblioteca todo lo que me interesa, no sólo de teosofía, sino de la historia de este país. En esta materia, creo que ningún país del mundo pueda



Rabindra Nath Tagore

presenta nada parecido. Es una historia llena de hechos maravillosos y que sólo la ha podido escribir este pueblo heroico, reforzado por su vida espiritual.

La mayor diferencia que encuentro entre este pueblo y los otros que conozco, es que aquí se vive y se practica la religión; para el indio significa bien poco la vida presente: todo lo subordina a la vida espiritual y la preparación de su alma para otros mundos. Nunca había visto mayor fe en las creencias y tal sinceridad en las prácticas".

Cortemos aquí la transcripción de estas cartas y hagamos, de paso, el comentario de uno de los teósofos que más ha despertado en los últimos años la admiración del mundo: me refiero a Rabindra Nath Tagore, antiguo premio Nobel en literatura; algo poeta que por medio de frases ingenuas y de símbolos cristalinos, va propagando por doquiera que le lean su filosofía eminentemente sana; filosofía que no es, por supuesto, suya exclusiva, sino la adquirida a fuerza de estudio, de experiencia, de renunciación y de resignaciones, por los hombres bien orientados de la noble familia bengalí. La de este varón justo y artista es obra que por bella a más de sabia puede asimilarse fácilmente. En Chile es muy conocida la pluma de Tagore y hasta se la ha traducido, lo cual no deja de ser sorprendente para aquellos que comulgan con la famosa frase cacofónica de don Miguel de Unamuno, quien llama "archipositivista, arregliosa, ametafísica y afilosófica" a la América española. Se han comprendido

aquí las innovaciones orientadas al bien del viejo maestro hindú; se ha encontrado legítimo que recayera sobre él un Premio Nobel; que fijara en él sus ojos la princesa Elena de Aosta, mujer de depurado espíritu, y que un hombre de Estado como Luzzati, se pusiera a estudiarle de cabeza. Familia, por lo demás, esta de los Tagores, llena de interés, como se sabe. Desde luego, y prescindiendo del poeta, hay en ella un filósofo que escribe en prosa; un pintor, Abanindro Nath Tagore, cuya paleta se parece a la musa del tío y que en las ilustraciones con que ha animado las Rubayat de Omar Khayam "ha revelado un género de pintura no sospechado por la Europa clásica", según el decir del investigador orientalista argentino Muzzio Saenz-Peña.

Quien lea concienzudamente a Tagore obtendrá para su bagaje íntimo, fuerte dosis de espiritualidad que le indemnizará de la dureza materialista. Tal influencia será alivianadora. Felizmente, desde algún tiempo a esta parte, vienen haciéndose paso innúmeras corrientes espiritualistas que proclaman el triunfo de la gracia sobre la fuerza. Frase literaria es ésta de Ricardo León, en que se expresa el imperio del alma sobre la materia, imperio que Maeterlink diseñara en arte y al cual Oliver Lodge y William Crookes han dado raigambre científica que el propio Edison está hoy preocupado de establecer definitivamente.

E. L.



La verdadera historia de "Carmen"

Los verdaderos aficionados a la ópera, han notado la especie de fatalidad que persigue a la generalidad de las cantantes que han interpretado el papel de "Carmen" en la ópera de Bizet.

Una de ellas, la Nadushka, ha sido misteriosamente amenazada de muerte dos veces, la primera en Viena con un puñal, y más tarde en Londres por medio de un veneno.

Emma Calvé, la que más fama ha alcanzado en dicho papel, estuvo a punto de ser víctima de un atraco hallándose en Sevilla, y ella misma tiene la persuasión de que se trataba de asesinarla.

Una intérprete de "Carmen" en la Ópera Cómica de París, Mile. Therenet, al salir del teatro una noche fué asaltada por dos gitanos armados de puñales, de los cuales sólo pudo librarse gracias al valor de algunos caballeros que la acompañaban.

Finalmente, una muchacha llamada Lorette Focquet, que cantó dicha ópera en Viena, fué hallada estrangulada en su habitación a la mañana siguiente.

En todos estos casos, se ha creído que se trataba de conatos de robo, de vulgares ataques de apaches o atracadores.

Pero la Nadushka ya citada, ha explicado de otro modo más original esas tentativas de asesinato.

La Nadushka es de raza gitana, y lo que es más interesante, biznietas de la "Carmen" auténtica.

Porque hay que saber que el personaje de la novela de Merimée puesta en música por Bizet, no es una feliz concepción del novelista, sino una personificación de la gitanería. Carmen fué un personaje real, como lo fué también D. José. Según dice su biznietas, el verdadero nombre de Carmen, el que le daban los gitanos, era Nadushka, y además se le añadía el alias de "Ar Mintz", que significa en caló "la Tigre" o "la Indomable". Era una mujer muy hermosa, y su descendiente asegura que su retrato se encuentra en el Museo del Prado.

Como todas las gitanas, Carmen fué casada muy joven, con un hombre de su raza llamado, o apodado, Jaleo, que se dedicaba al contrabando. Poco después de la boda, Jaleo murió en un encuentro con los carabineros, y entonces Carmen volvió a reunirse con su tribu, establecida en los alrededores de Gibraltar.

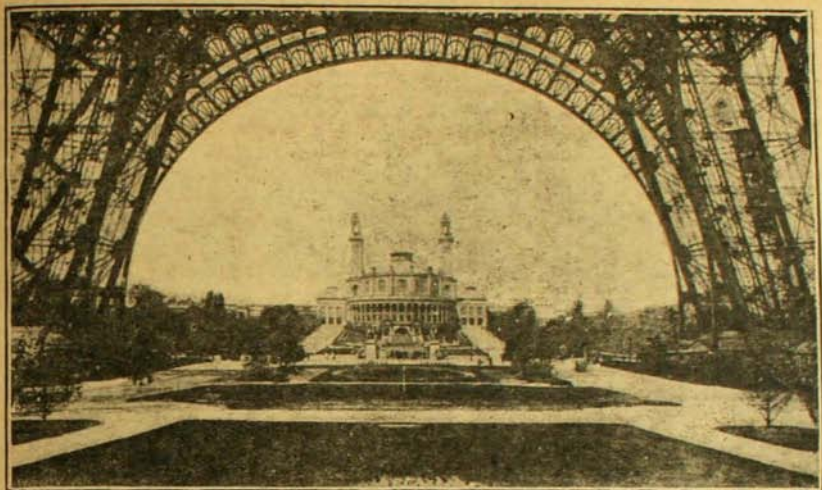
Al poco tiempo, ocurrió el encuentro de Carmen con D. José; pero ni este encuentro tuvo lugar en Triana, ni Carmen era cigarrera en Sevilla. Las gitanas no son amigas del trabajo metódico de las ciudades. Carmen se dedicaba, cual todas sus compañeras, a decir la buena ventura.

Un día, fué detenida en Tarifa por timadora, y enviada a la cárcel. El sargento que mandaba la guardia, y que efectivamente era navarro y se llamaba José, se enamoró de ella y la ayudó a escapar.

Un año estuvieron juntos los dos enamorados, entre los gitanos; pero el amante de Carmen era un hombre violento, de carácter brusco, que creía poder tratar a la gitana como a una esclava. Lo único que con esto consiguió fué el aborrecimiento de Carmen; ésta huyó muy pronto de su lado, y entonces el ex-sargento, rabioso al verse despreciado por la mujer por quien había perdido su carrera, la mató. Los gitanos se apoderaron de él y le dieron horrible muerte.

Se pretende que esta es la verdadera historia de Carmen, sin seguidillas en la venta, sin rifas a navaja, sin "toreador". La gitana había tenido una hija de su matrimonio con Jaleo, y de esta hija es nieta por parte de madre la Nadushka actual.

Próspero Merimée pintó las cosas de muy distinta manera; hizo odioso, o poco menos, el personaje de Carmen, y en cambio, presentó bajo un aspecto simpático y atractivo la figura del asesino. Los gitanos lo saben, y según la Nadushka los que pertenecen a la misma tribu a que pertenecía la Indomable, han jurado impedir por todos los medios posibles la representación de la famosa ópera.



El Trocadero vista desde debajo de la Torre de Eiffel.

VISIONES DE PARIS

Por DAVID BARI M.

I

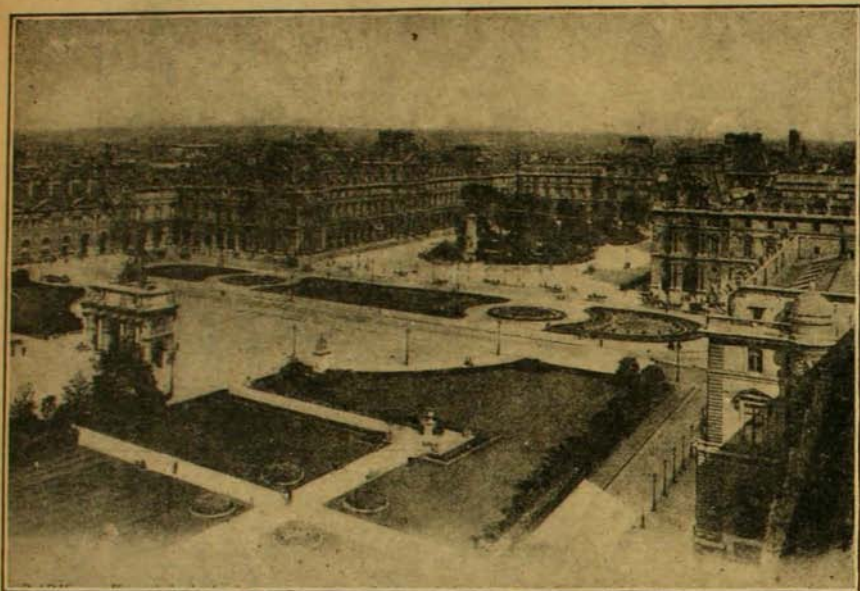
Lejanos y perdidos como los buenos cuentos de hadas que llenaron de sueños imposibles los días de nuestra niñez, así hemos visto al París de hoy día, al bello ideal de las mocedades, sedientas de inspiraciones y de deseos, transformarse en la buena y burguesa villa de que nos habla Hugo, cuando despertaba de sus sueños tranquilos con la paz evocadora de las campanas de Cuasimodo.

Los sitios contaminados con el placer que se bebe a grandes sorbos, como si se temiera que no alcanzara para apagar la sed, duermen tranquilos bajo la serena paz del escaso alumbrado, que parece tener parpadeos irónicos para las cerradas casas en donde no hace sino cinco años, sonaban con insistencia perturbadora, los cascabeles de la farsa vocinglera qui fait toujours la noce.

París ha pensado hondamente en sus dolores, ha devorado heroicamente sus angustias, y como las chicas frívolas que sufren un pesar, ha suprimido todos los atavíos coquetones que constituían atracción de esas enormes masas cosmopolitas que recorrían los boulevards y la colina de Montmartre, ansiosos de reír en París, de ser parisienses por snobismo y de ser explotados en París.

Los mismos americanos ociosos, que no encuentran ocupación para el dinero acumulado en las pampas interminables o en los cafetales abrasados por el sol, hablan cansadamente de las cosas de su tierra, en los modestos vestíbulos del Regina, del Quai D'Orsay o del Roucerai.

Sólo los nouveaux riches, los que especularon con el hambre de las trincheras acumulando trigo viejo y malas carnes congeladas, no se resignan a que se les crea los antiguos



Vista general del Louvre

horteras de cluny y piden a gritos platos caros y ríos de champaña, en los comedores del Claridge, al borde mismo de esos Campos Eliseos, por donde desfilaron los soldados de la victoria, llevando impresos en sus rostros los sacrificios que la Patria les impuso, mientras los embusqués se atiborraban de golosinas, en las caves, esas misteriosas entrañas de las casas de París.

La vida burguesa, mal que pese a los croniqueurs'' que inventan fábulas maravillosas sobre el costo de la vida, es mucho, pero muchísimo más barata que la nuestra. Muchas veces, traté de explicarme las andaluzadas que llegaban como crónicas a nuestros diarios, y un día hallé la razón sin preguntarla.

Comía cerca de mí en un hotel de tercer orden en París, un chileno, ex-ministro y ex-diputado, el cual, a poco de sentarse, pidió al mozo, tres pares de huevos que fueran del día. El mozo, naturalmente, cumplió el encargo. Pero la indignación de mi ilustre compatriota fué tribunicia, como todas las iras de

mi tierra, al ver que en la cuenta, los huevos del día estaban cargados a cinco francos cada uno.

No era preciso una mayor elocuencia para comprender las correspondencias que llegaban a Chile.

Mientras nosotros comíamos magníficos huevos frigoríficos a 60 céntimos cada uno, mi ilustre compatriota, pedía en París, después de cinco años de miserias, huevos del día, exactamente como si estuviera a pleno campo, en los alrededores de Renca.

II

No es verdad que la gente se haya acostumbrado a la quietud ansiosa de las trincheras y viva reponiéndose en una ociosidad persistente de las fatigas de la guerra. Las dos amplias avenidas paralelas al Sena, todo el barrio mercantil de la Gare de L'Est y todo el largo camino de París-Sevres y Versailles, acusa un deseo infatigable de hacer renacer las fuentes agotadas, a fuerza de vigor y de trabajo. Los grandes almacenes, el Louvre,

la Samaritane y el Bon Marché, las grandes casas de Saint Denis, de Capucines, des Italiens y de la Rue Royale, conservan toda la actividad afanosa de los mejores tiempos de la Metrópoli.

Y finalmente los admirables campos cultivados alrededor de lo que fué Reims, Noyon y Saint Quintin, hablan eloquentemente de que el mismo **poilu** que detuviera con tenacidad de atleta von Kluek en las puertas de París y a los ejércitos del Kronprinz en los fuertes exteriores de Verdun, es el mismo **paysan** que ha cambiado el fusil por la azada y que hace verdaderos milagros de resurrección sobre la bendita tierra, fecundada con la sangre de los inmortales.

Los enormes tanques, los cañones enmohecidos por la lluvia y los fusiles desarticulados e inútiles desfilan ante nuestros ojos en el camino a Bruselas, como testigos impasibles que callaran obstinadamente sus dolores, esperando oír de nuevo, sobre la columna gloriosa de Vendome, al vibrante chantecier de la Francia rejuvenecida por sus propios dolores de artistas y de soldados.

III

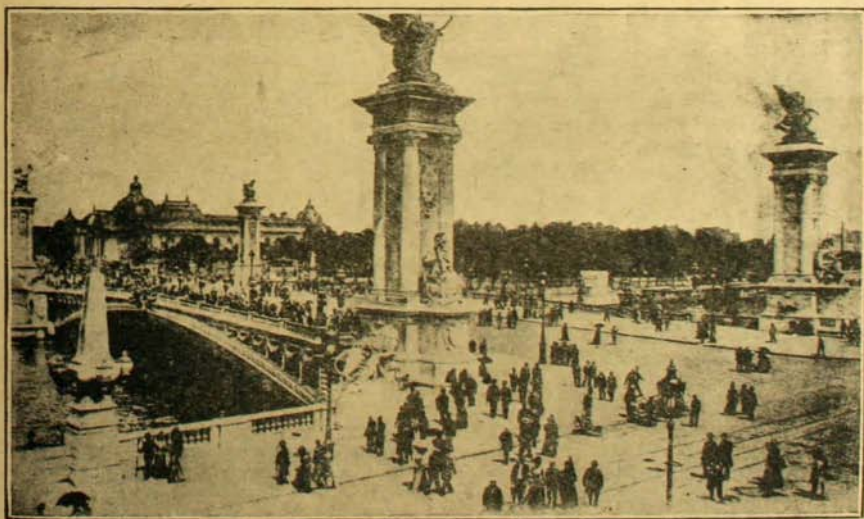
El París artístico ha sufrido un rudo golpe.

Los pocos hombres cultos que se unían todos los años a los rastacueros que exhibían sus caras bronceadas en el Louvre y en el Bois de Boulogne, cambiaron la causa de la guerra sus rutas habituales, se detuvieron en Granada, en Toledo, en Madrid y se asombraron de que cegados por la visión fascinadora de París, no hubieran conocido la Alhambra y la Cartuja, el Museo del Greco y el fanatismo artístico que producen las salas de Goya y de Velásquez en el Prado de Madrid.

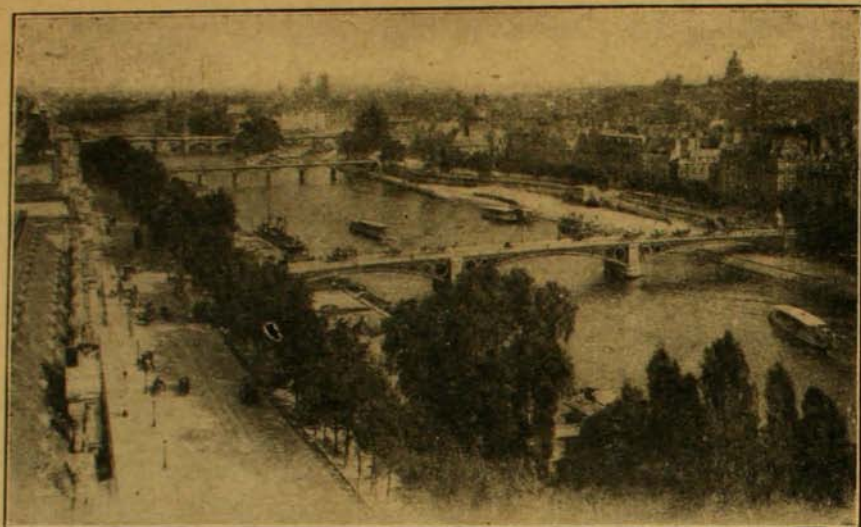
Y el Louvre de la tradición incomparable se vió pequeño y pobre ante los mármoles de Florencia y ante las telas del Prado.

Sólo Versailles, con la suntuosidad de esas salas en que vivió el espíritu de los grandes reyes, sólo sus maravillosos jardines, evocadores del genio erótico inimitable que los trazó, ha podido resistir glorioso y único a la comparación y al juicio imparcial y sereno que ha tenido ocasión de beber en fuentes de belleza hasta ayer apenas conocidas.

Sus literatos sublimes; los Verlaine, los Baudelaire, los Rostand y los Hervieux han tenido que dejar continuar la ruta comenzada, a esos pobres africanos de Europa, co-



El puente Alejandro III



El Sena y la Cité

mo se llamaba despetivamente a los españoles y hoy día no hay en toda Francia, a excepción de France, hombres de talla suficiente para coiocar al lado de Linares Rivas, Benavente, Ortega y Jasset, Pío Baroja y Pedro Mata.

Feydan y Gaillardet y Flers no hacen reír como Álvarez ni como Muñoz Seca, y es que la **Dame de chez Maxim** y **L'halit vert**, no valen lo que **La venganza de don Mendo** ni lo que el **Ultimo bravo**.

Lo que admira, lo que fascina de entusiasmo en el París moderno, no son los viejos triunfos del **Folie Bergères**, ni las audacias del **Libertino**, el viejo teatro de la Rue Fontaine, ni las magistrales sesiones de la **Sorbonne**, ni los escaparates fabulosos de la **Rue de la Paix**. Lo que admira en el París de hoy día es esa resignación sublime para soportar las consecuencias atroces de la guerra; es el pálido martirio que se adivina en los mutilados que viajan por el **Metropolitain**, es la sencillez de las buenas madres que visten un luto glorioso, es la modesta actitud de las célebres **midinettes** del París viejo, que se adornan hoy con medio franco en las tiendas de baratijas de los pasajes de **Rivoli**.

Lo maravilloso del París que anunció hace

poco la glorificación de su victoria, es esa resignación con que ha aceptado las sangrías enormes de la guerra, sangrías por las que se ha vaciado toda su alegría carnavalesca, toda su imprevisión de bohemia empedernida y todos sus admirables triunfos de mujer coqueta y de mujer artista.

El mismo mundo agitado y febril, cruza el puente de Alejandro, la avenida admirable que pasa bajo el arco de la Torre Eiffel, desde la Escuela Militar al Trocadero, y los mismos autos llenos de cabezas gentiles, cruzan las anchas avenidas del Bois de Boulogne, pero pocos aún, todos tienen ese aire preocupado y grave, de los que recorren una ciudad herida, que sueña con sus triunfos milagrosos, pero que tiene aún ante sus ojos la visión de las escenas que ha llorado.

París vive todavía con el intranquilo anhelo de todo el esfuerzo que se necesita para renovar las fuentes sagradas de donde vertían las risas inefables de sus locas alegrías. Evoca los lutos de las madres y la tristeza de los hogares desamparados, aún bajo el encanto de sus parques, que ríen eternamente bajo el sol, oyendo el dulce rumoreo de sus aguas cantarinas.

Santiago, diciembre de 1920.

Rubén Darío en Chile

Por LUIS ORREGO LUCO

Hoy día, la figura literaria de Rubén Darío es sin duda una de las primeras en las letras hispano-americanas. Su talento de poeta es reconocido de todos, como uno de los más geniales que hayan producido las Repúblicas latinas. Ya en España, don Juan Valera, el más ilustre de los críticos, le había señalado, años atrás, como gran poeta; luego, Menéndez Pelayo le reconoció sus grandes condiciones; en seguida Rodó le señaló como el gran poeta de América, y por último, Andrés González Blanco vino a mostrarle como iniciador de la nueva escuela poética española, abriendo el camino a Villaspesa, a José R. Jiménez y a Machado. Hablando de Villaspesa, dice González Blanco: "Es un poeta de la nueva escuela, imitador de Darío y que, como todos nosotros, ha bebido su imitación moderna en el lírico de Azul".

Los jóvenes, en su "Revista Heliós", lo saludaron a su vuelta a España con las siguientes palabras: "Rubén Darío es el poeta más grande de España... este maestro es grande, es genial, es íntimo, es musical, es exquisito, es atormentado, es diamantino. Tiene rosas de la primavera de Hugo, flautas de Verlaine, violetas de Beekerysu corazón es español".

Como se ve, la juventud española le reconoce como reformador y como iniciador: como reformador de la métrica castellana, como iniciador de nuevos rumbos en poesía. Cabe preguntarse: ¿Cómo se explica que un joven americano, partido de tierra pobre y oscura, de un pueblecito perdido en las lejanías de Centro América, de civilización atrasada y rudimentaria cultura, pudiese llegar a convertirse en iniciador y marcador de rumbos en la madre patria?—Es éste un problema de historia literaria digno de ser estudiado y explicado de manera plausible.

Audiremos a los principios más elementales reconocidos en la crítica contemporánea,

entre otros, al de la influencia—del medio ambiente—esa influencia que advertimos en las novelas de Balzac, que señalaba las teorías de Lamarek, aplicándolas a la literatura, que vemos también en Maccaulay, y por último, que informa la obra crítica de Iainé.

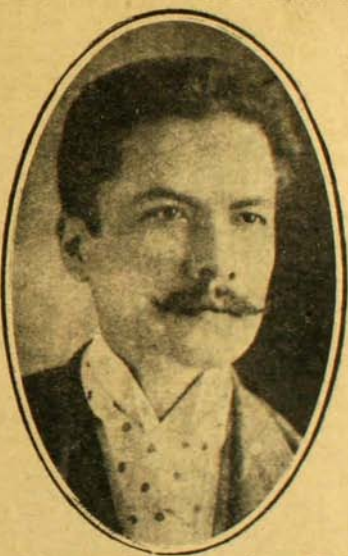
Si estudiamos el principio del medio ambiente en la formación de un espíritu, de seguro que no acertaremos a explicarnos cómo Darío pudo llevar a España las ideas nuevas de los nuevos rumbos literarios, ya que el medio nicaragüense en que viviera sus primeros años, era infinitamente inferior al me-

dio intelectual de España. Sólo se podría explicar su espíritu reformista, acudiendo a otro recurso, a otra explicación. Y todo resulta fácil, si consideramos la permanencia de Darío en Chile y la influencia que necesariamente tuvo en el desarrollo de su espíritu.

Centro América era unido perpetuo de revoluciones, foco de fiebre amarilla y centro de terremotos. Un escritor español refiere que, habiéndose presentado una Compañía dramática a cierta ciudad centro-americana, de cuyo nombre no tengo interés en recordarme, alcanzó éxito ruidoso de aplausos y de ovaciones un actor, que, si mal no recuerdo, era Tuillier. Concluido el primer acto, fué presentado al Presidente

de la República, quien lo invitó a tomar una taza de té para después de la función. Cuál no sería su sorpresa cuando, al penetrar en el palco presidencial, terminado el cuarto acto, se encontró con que, en vez del caballero bajo y gordo a quien conociera, llevaba la banda presidencial otro señor alto y flaco. Era que entre el primero y cuarto acto, se había verificado una revolución y existía ya nuevo Presidente.

Rubén Darío, en su Autobiografía, ha referido anécdotas interesantísimas respecto de aquellas Repúblicas y la vida que en ellas



Rubén Darío cuando estaba en Chile

se lleva. Entre otras, refiere la anécdota siguiente:

Hallándose Darío en San José, fué invitado al fuerte por el general Toledo, hábil hombre de letras, pero aún más eximio en el arte de cocina, pues era tan gastrónomo y preparaba guisos, que acaso le valieron más ascensos que su valor en los campos de batalla. La cena en el Castillo de San José fué espléndida y se menudearon los buenos vinos franceses y el champaña. Concluida la cena, subieron a la terraza. La noche era hermosísima y la luna iluminaba la ciudad, destacando las torres de la Catedral en la lejanía. El general Cayetano Sánchez, jefe de la plaza, se dirigió a sus compañeros: "¡Qué hermoso blanco para fuego de artillería!", les dijo señalando la torre iluminada por la luna. Y luego, dirigiéndose a un oficial agregó: "Que carguen la pieza Krupp". Los invitados se miraron consternados unos a otros; la ciudad iba a ser despertada a las dos de la mañana con un bombardeo inesperado a la Catedral de San José. Uno de ellos, Cónsul de Inglaterra, no perdió la sangre fría. "Está bien, dijo, pero bebamos antes un poco para celebrar la belleza de la noche". Se trajeron botellas de coñac, y media hora más tarde, el general don Cayetano Sánchez rodaba debajo de la pieza de artillería. La ciudad se había salvado mediante la acción benéfica de una botella de coñac. Por todas partes dominaba la dictadura y el caudillaje. Por cierto que semejante medio no era muy apropiado para formar espíritus y desarrollar nuevas tendencias literarias. El propio Rubén Darío, había tenido que abandonar su casa en el día de su boda, arrojado por la revolución triunfante, y dejando a su mujer para salvar la vida.

El medio en que su espíritu se formara, debía ser un medio de cultura superior, un medio en el cual las ciencias y las letras fueran cultivadas sistemáticamente, y donde la vida civil estuviera a cubierto de las tempestades centroamericanas. Ese país fué Chile.

Es interesante estudiar cómo se formó este medio, cómo fué creada la atmósfera literaria de Chile, tal como la encontrara a su llegada Rubén Darío.

Tomemos en común con las demás Repúblicas hispanoamericanas el elemento de raza española: somos descendientes de los castellanos, que, por espacio de 300 años, lucharon en perpetua cruzada con los moros desde la derrota de Banura de Jerez, en que pereciera don Rodrigo, hasta la conquista de Granada en 1492.

La raza española tomó consistencia y fuerza en esa lucha, formándose las características de la raza con la unidad del idioma, del sistema político del sentimiento religioso y del concepto de la patria. La lucha encarnizada

en contra de la Media Luna, despertó los extremos de pasión que al fanatismo conducen; y el principio de autoridad, extremado, llevó al principio absolutista y a la tiranía monárquica, al principio de autoridad extrema que degenera en tiranía. De aquí las cualidades y los defectos de la raza española, infiltrados junto con la conquista en el alma misma de la raza y de los pobladores de la América. El reparto de la tierra hecho al galope del caballo, trajo consigo el sistema de encomiendas, en que se repartían los indios junto con las tierras. De ahí, preocupaciones de casta y de raza, predominio del dinero, formación de oligarquías, fanatismo religioso y autoritarismo político. De aquí también la carencia de libertades públicas y de derechos en los ciudadanos.

Al conquistar en 1810 la independencia, sólo cortamos los lazos políticos que a España nos unían, sin arraigar entre nosotros las instituciones republicanas, pues nuestra revolución de Independencia había sido hecha por las clases superiores, sin participación del pueblo, que aún no estaba suficientemente instruido para tomar parte en la vida republicana.

La política en Chile ha estado siempre, como en todas partes, íntimamente unida con las formas literarias, con las manifestaciones de la vida intelectual. Por eso, al comenzar los gobiernos de tendencias liberales, su primera preocupación fué la de crear una atmósfera más amplia, una mayor cultura. Lozier, sabio y académico francés, fué puesto a la cabeza del Instituto Nacional, que era entonces el primer establecimiento del país, y sus enseñanzas tendieron a implantar entre nosotros una cultura esencialmente científica. La influencia de don José Joaquín de Mora, fué igualmente ejercida en sentido liberal; liberal y muy amplia fué la tendencia dada a nuestra joven cultura.

Con el triunfo del partido Pelucón o conservador y del principio autoritario la enseñanza toma rumbos de cultura clásica y esencialmente literaria: la forma antes que el fondo mismo del pensamiento es la preocupación especial del maestro. Hasta las leyes fueron enseñadas en latín aprendiéndose de memoria en este idioma muerto los rudimentos de Derecho romano.

Mas la reacción liberal se inició precisamente en este campo de las letras: don José Victorino Lastarria, uno de los más eminentes escritores y publicistas del país, empujó la campaña en contra de la enseñanza clásica en todo su exclusivismo absorbente.

Mientras en Chile se iniciaba un movimiento tímido todavía, tuvo lugar un suceso de inmensa transcendencia literaria y políti-

ca: la llegada a nuestra tierra de una emigración argentina, sino muy numerosa, compuesta de espíritus superiores y esencialmente cultos, de inmensa valía intelectual. En 1841 llegaron a tierra chilena unos cuantos jóvenes, desconocidos entonces, y que en el transcurso de breves años debían ocupar los más altos puestos de su propia patria. Entre ellos figuraban don Domingo Faustino Sarmiento, Gutiérrez, Vicente López, Alberdi, Piñero, Rodríguez Peña y algunos otros ciudadanos argentinos que venían huyendo de la tiranía de Rozas los unos, de la tiranía de los varios caudillos de provincia los otros, en busca de una atmósfera más amplia de libertad donde pudieran expresar sus ideas libremente, donde pudieran respirar, en el orden, la atmósfera propia al desarrollo de sus ideas. Comprendían todos ellos la necesidad de fundar la república sobre la amplia base de la cultura moderna.

Para esto creían necesario desarraigar las costumbres y las ideas españolas, saturadas de prejuicios, de falsos conceptos económicos y de fanatismo religioso.

Entre esos jóvenes figuraba como uno de los más preclaros, don Domingo F. Sarmiento, que debía ser Presidente de la República Argentina, y fundador de su instrucción pública, así como fué en Chile uno de los que más trabajaron por el progreso de nuestra enseñanza primaria y por nuestro desarrollo literario.

Sarmiento era una personalidad extraordinaria, de espíritu vigoroso, organizado para la lucha, forjado para el combate como poderoso gladiador intelectual. Su espíritu era acerado y sarcástico, su voluntad poderosa, su alma sana, de inteligencia amplia y de inmensos horizontes intelectuales: veía lejos en el porvenir de nuestra raza en América.

Sarmiento era hijo de sus propias obras, se había educado a sí mismo, leyendo en sus horas libres, tras del mostrador de la modesta tienda en la cual era empleado en la República Argentina.

Comprendía que la República sólo podría ser realidad mediante el esfuerzo necesario para destruir las viejas preocupaciones heredadas de España y mantenidas en el fondo mismo de la raza. Quería las libertades públicas y junto con ellas la libertad en el arte. La forma literaria, para él, era cosa bahlá que no debía preocupar a los espíritus americanos: lo principal era tener ideas, era pensar, era hacer la conquista del mundo espiritual para aprender a observar el ambiente americano y proponer los medios de seguir adelante en el camino del progreso y de las libertades públicas. Sarmiento, como todos los argentinos, nos repetía a cada rato que no teníamos literatura y que no seríamos capaces de tenerla mientras no reformáramos nuestra manera de concebir el arte y las le-

tras. Necesitábamos romper con el clasicismo, eximirnos de los latinos y de los clásicos españoles y abandonar la escuela purista que entre nosotros dominaba...

No dejaron de despertar recelos estas ideas entre los hombres del poder, entre los vencedores pelucones, partidarios de la escuela conservadora que correspondía en todo a sus aspiraciones y a sus ideales.

Voy a transcribir una página de Sarmiento, publicada en aquella época en Chile y que manifiesta el espíritu y las tendencias que movían a los jóvenes argentinos.

Hé aquí como combatía a sus adversarios Sarmiento, en las rudas polémicas de la época:

"Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias, haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro "el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere". Con que digan no más, que estamos esperando por donde revienta esta postema. ¡Desprecios y desdenes! Pues, ese es nuestro plato favorito. ¡Raciocinios, ideas, luces! Las analizaremos. Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa la media en filosofía del lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que mientras ellos pretenden representar la literatura nacional, no se ha de ver ni una chispa de pensamiento ni de espontaneidad. Puede ser que cuando les hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país, como la falta de filosofía en los estudios, es decir de aquella filosofía que tiene por definición la filosofía es la ciencia de la vida, de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en la marcha de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad, sin ataque ni defensa de personas, porque no simpatiza con la causa de los principios liberales; porque no se mueve por ellos, porque no vive de nada, ni representa nada; porque hace farsa de las locuerías de San Andrés del Plata, donde los principios que ella representa juegan a la chuecas con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién se ha levantado la inquisición política, y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo, esas bagatelas. Escriban otro artículo de romanticismo y verán dónde les sienta".

Hizo Sarmiento una dilatada campaña de opinión en contra de las reglas establecidas por el sistema clásico y combatió a los clá-

sicos en todos los terrenos. Hablando de la inutilidad de seguir los eternos y admirables modelos, exclamaba: "¿A qué atribuir la esterilidad de nuestra producción literaria? ¿Al clima que hiela las almas? ¿A la atmósfera que embota la imaginación? No es eso... son los admirables modelos, el temor de infringir las reglas lo que tiene agarrada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar sus bellas cualidades y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel guardada a la puerta por el inflexible culteranismo que da sin piedad de culatazos al infeliz que se le presente en esta forma; pero cambio de estudios, y en lugar de ocuparnos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo frai Luis de Granada o Cervantes, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu, con las manifestaciones del pensamiento de los grandes lumineros de la época y cuando sintáis que vuestro pensamiento, a su vez, se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, sobre sus costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y en seguida escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, y eso será bueno en el fondo aún cuando la forma sea incorrecta, agradará al lector aunque rabie Garcilaso..."

El movimiento iniciado por los argentinos tomó pronto vigoroso vuelo y a su contacto, no siempre blando, desplegó sus alas nuestra literatura joven. Fundáronse dos revistas literarias: "El Museo de América", de García del Río, escritor colombiano, y "La Revista de Valparaíso", redactada por Sarmiento, Alberdi y demás argentinos. Más tarde aparecía el "Semanario", revista en la cual debían manifestarse brillantemente las plumas de Irisarri, de Sanfuentes, de Vallejos o Jotabeche, Francisco de Paula Matla y otros.

Con motivo del romanticismo, atacado por Vallejos, Sanfuentes y los clásicos, tuvo lugar una polémica en la cual Sarmiento y los argentinos abrieron paso a su corriente literaria de libertad en el arte, combatiendo sin descanso en contra del elasicismo que aplastaba la inteligencia del país. La corriente liberal joven les acompañaba enérgicamente. De aquí nacieron los nuevos rumbos de las letras chilenas, la atmósfera que hoy en día todavía fecunda nuestro arte nacional y la que debía predominar cuando Darío llegaba a Chile.

II

La atmósfera literaria de Chile había sufrido transformación transcendental cuando Darío pisaba nuestras playas. La nueva escuela que iniciara Lastarria buscaba fórmulas de arte más amplias que las de la antigua escuela clásica española: tomaba como modelo a los escritores franceses, quería una mayor sencillez en el estilo, más precisión, más naturalidad que la afectada forma clá-

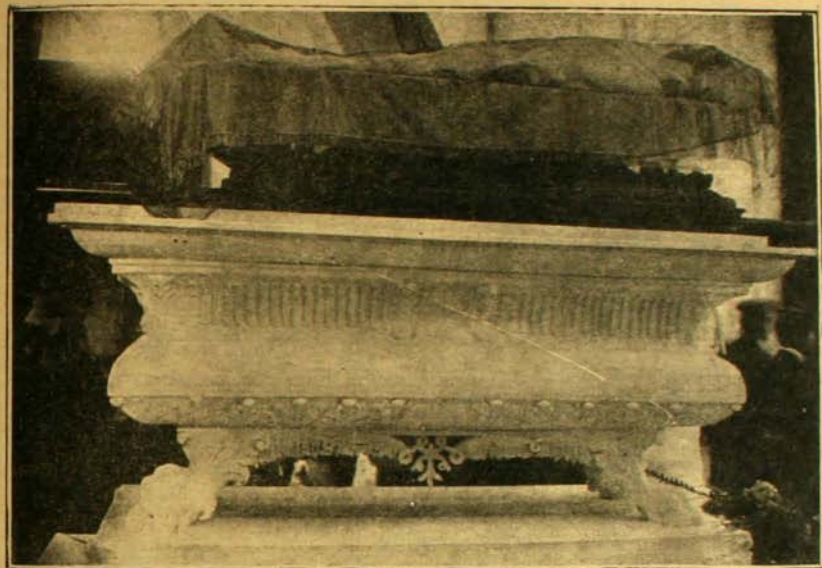
sica. Evitaba la tiesura académica, el anquilosamiento como le llamaba Rubén Darío, declaraba que los clásicos no sólo pertenecían al pasado sino que también debían tomarse como clásicos los escritores del día, en especial los franceses que buscaban, ante todo, nuevas formas y corrientes de pensamiento. En suma, debían buscarse en el estilo formas modernas, sencillez, claridad, naturalidad, armonía, precisión. Los escritores españoles eran amanerados, oscuros, tiesos, poco naturales; su pensamiento atrasado, su fondo vetusto. No podían ser tomados de modelos. Ahí estaban los escritores franceses, con gracia y elegancia inimitables, claridad cristalina, precisión, formas y pensamiento nuevo. Ahí estaban Verlaine, Mallarmé, Hugo, Balzac, Gauthier, Flaubet, Zola y tantos otros abriéndonos el camino del porvenir.

Tales eran las ideas que predominaban en los escritores chilenos de la generación dominante. Justo Arteaga Alemparte, había trazado admirables retratos y exquisitas páginas en ese estilo elegante y nuevo. Dominó su hermano, Isidoro Errázuriz, Fañor Velasco, Augusto Orrego, Vicente Grez, Rafael Egaña, Máximo Lira y tantos otros habían dado a la prosa chilena carácter nacional y propio, lleno de naturalidad y de gracia, impregnado en arte nuevo.

En esos instantes llegó a Chile Rubén Darío.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Todo en él aparecía envuelto en el misterio. Supimos luego que venía de Nicaragua con recomendaciones del general Cañas, de San Salvador. Darío, más tarde, nos contó que el día de su matrimonio había tenido que huir de su patria abandonando a su mujer, pues una revolución triunfante le perseguía y acosaba. Luego había vagado por las repúblicas centroamericanas sin rumbo ni concierto hasta que el general Cañas le había aconsejado se viniera a Chile, en donde encontraría nuevos horizontes.

Era Rubén Darío un joven de aspecto adusto y taciturno, miraba vagamente hacia dentro como si quisiera hacer vida interior. Hablaba poco y raras veces decía cosas dignas de nota. Era tímido o orgulloso. Sabía que no era hombre de charlas ni de salón; encontrábase en presencia de los más brillantes causeurs que haya habido en Chile, con Carlos Luis Hübnér, Alberto Blest, Gregorio Ossa, el tío de la brillante escritora Roxane. Y todos ellos se distinguían especialmente como admirables y finos charladores, sin contar a uno de los más brillantes ingenios que haya tenido este país, Alfredo Irarrázaval, poeta satírico de inmenso éxito y de gracia chispeante. Al ver un grupo tan escogido y selecto enmudecía el poeta centroamericano entre receloso y tímido. Todos le acogimos con los brazos abiertos. Allí le visitaron en "La Epoca", periódico de im-



Urna con los despojos de Darío, durante sus funerales en León (Nicaragua).

portancia entonces, los jóvenes que por aquel tiempo comenzábamos a iniciarnos en las tareas literarias.

Rubén Darío ha hecho de muchos de nosotros un recuerdo cariñoso en su Autobiografía.

Al llegar a Valparaíso le sorprendió la noticia de la muerte de Vicuña Mackenna, el más conocido de nuestros escritores en el extranjero, y le dedica un hermosísimo artículo en "El Mercurio" de Valparaíso, y conoce a Eduardo Poirier, que debía ser el primero que le tendiera la mano entre nosotros, y su futuro colaborador en la novela "Emelina", hoy día olvidada. Luego llega a Santiago. Le cedemos la palabra:

"Por recomendación de un distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de "La Epoca", que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la élite juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves directivos personajes. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards, a don Augusto Orrego Luco, al doctor Puga Borne, actual Ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces".

"La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración y algunos la tienen, no solamente alemana para poder alternar y vestir elegan-

en las letras sino también en puestos de Gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco, el hijo del Presidente Balmaceda, Manuel Rodríguez Mendoza, Jorge Huneeus Gana y su hermano Roberto, Alfredo y Galo Irarrázaval, Narciso Tondreau, el pobre Alberto Blest ido tan pronto, Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían. Por ejemplo, el sutil ingenio de Vicente Grez..."

"Luis Orrego Luco hacía presentir ya el escritor de emoción e imaginación que debía triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendido de artísticas disciplinas y escritor político muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías "Abrojos". Jorge Huneeus Gana se apasionaba por lo clásico. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado, hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irarrázaval murió no hace mucho de diplomático. Alfredo que en aquella época tenía el cetro de la poesía alegre y satírica es ahora Ministro en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Todos los demás han desaparecido, muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner".

"La impresión que guardo de Santiago en aquel tiempo podría reducirse a lo siguiente: vivir de arenque y cerveza en una casa

temente como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el Cerro Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el lago del Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázaval, con Luis Orrego Luco o en el silencio del palacio de la Moneda, en compañía de Pedrito Balmaceda y del joven conde Fabio Saminietti, hijo del Ministro de Italia".

"Debo contar que en una tarde, en un lunch, que ahí llaman hacer once, conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fui invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual para aquel hombre lleno de justo orgullo era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Fontecilla, que fué más tarde Obispo de La Serena, y el general Orozimbo Barboza, a la sazón Ministro de la Guerra".

"Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante, al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante de su patria y concluyó como un héroe de Shakespeare: ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros, la tradicional figura de los Amunátegui".

"Y ahora quiero evocar al triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Shakespeare "dulce príncipe". Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años, tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en aquel tiempo sobre arte sino él? ¿Y quién daba en aquel instante una vibración de novedad de estilo sino él?"

En seguida hace recuerdos de su permanencia en Valparaíso, de Robinet, don Eduardo de la Barra, de Lastarria, el maestro de tantas generaciones del doctor Galleguillos, insigne filántropo y avanzado político demócrata, que le hizo visitar los bajos fondos sociales de Chile. Tiene Darío páginas interesantísimas.

De lo dicho se infiere la impresión profunda que le causara, tanto en la vida como en sus tendencias de artista, la atmósfera intelectual en que viviera entre nosotros. Voy a insistir en el salón de Pedrito Balmaceda, que era entonces casi un niño.

Estaba situado ese salón en la Moneda, en el ala derecha. Era una pieza espaciosa, dividida por un cortinaje en dos, de las cua-

les una era alcoba y la otra salón de nuestro amigo. Había revestido las paredes de tapiz rojo y adornado con abanicos y diseños japoneses, porcelanas de Sevres, cuadros de Valenzuela Puelma, de Pedro Lira, de Alberto Orrego. Era una habitación elegante y original. En el rincón se alzaba el piano al cual solía sentarse triunfalmente mi amigo Jorge Huneeus a tocar improvisaciones, mientras nosotros charlábamos de arte. Allí, en ese salón leíamos a los Goncourt, a Zola, Barbey d'Aureville, las poesías de Verlaine y de Mallarmé, de Banville y Sully Prudhomme. Darío ignoraba por completo la literatura francesa, de la cual sólo conocía a Hugo. Le dimos a leer todos los grandes escritores modernos, le inbuimos en nuestra estética esencialmente modernista, pues éramos aficionados al arte francés y decididos enemigos de lo clásico. Gracias a nosotros se penetró de los nuevos moldes y ensayó sus reformas de la métrica corriente, penetró más en lo hondo de la vida que los poetas que entre nosotros escribían. Con nosotros conoció a Poe, Oscar Wilde, Swinburne, Dante Gabriel Rossetti, los decadentes. Adoró a Verlaine y a Mallarmé; de entonces data el nuevo rumbo dado a la poesía castellana por el genio de Rubén Darío.

El crítico Andrés González Blanco expresa que "con el "Azul" se inicia la revolución en el arte de la métrica española". Ahora bien ese libro fué publicado en Chile, hecho años antes de lo que afirma, por error, ese joven e ilustre crítico español en su estudio sobre Darío.

Veamos ahora lo que significaba a nuestros ojos la nueva escuela poética iniciada por los parnasianos, continuada por los simbolistas, romanistas y decadentes en Francia y de la cual data la nueva forma que hoy día presenta la poesía francesa con perfecta uniformidad, pues los moldes de los decadentes han triunfado por completo, y Verlaine ha sido proclamado por Anatole France como el poeta más grande de su patria en el siglo, como el más exquisito y el más íntimo, a pesar de sus defectos y todas sus faltas.

Brunetiere, señala el año de 1857 como la fecha de la renovación en los valores literarios de Francia, en su estudio sobre los parnasianos. En ese año se publicó "Madame Bovary", la maravillosa novela de Gustave Flaubert, aparecieron "Las Flores del Mal", la obra poética de Baudelaire, y fué representada la comedia de Dumas Hijo, "La Cuestión de Dinero". En esas tres obras ve el crítico francés el comienzo de la nueva evolución literaria que había de conducirnos del romanticismo al realismo primero, y luego al naturalismo en literatura.

Efectivamente la literatura quería nuevas orientaciones, buscaba lo que denominan Brunetiere "una ecuación más estrecha entre la vida y la literatura", un realismo más com-

pleto. Se quería salir de los moldes románticos, brillantes sin duda, pero poco sólidos y deficientes en la forma. "Yo no comprendo, decía Dumas hijo, hablando de los románticos, no comprendo por qué razón, los héroes de los dramas de mi padre penetran siempre al cuarto de sus amadas por la ventana cuando tienen la puerta abierta".

Se quería una suma mayor de verdad, en arte, de lo que los románticos le concedían. Sin verdad no hay completa emoción, y sin emoción, la vida desaparece. Todo el nuevo movimiento literario francés se encaminaba al realismo. En poesía Baudelaire iniciaba nuevos moldes y variaba el fondo mismo de la inspiración humana.

Baudelaire, en sus "Flores del Mal", dice *brunetiere*, ensayó dar como motivo a la desesperación poética, sufrimientos menos vulgares, más particularmente y más raros, más sutiles y más agudos que el trivial sufrimiento de amor".

Teodoro de Banville y Leconte de L'Isle se propusieron refinar y cincelar más la forma de lo que lo hicieron los antiguos, como Lamartine, Hugo y Musset.

La crítica plantea con Taine el principio de que la literatura es representativa de las sociedades, y es su expresión. Inmediatamente las obras representativas del estado social, cualquiera que sean sus defectos, se convierten forzosamente en las más interesantes. Tanto Dumas como Flaubert caen, de acuerdo, en que la imitación de la vida en su totalidad será en adelante el objetivo de la novela y del teatro.

La nueva estética del verso se hace más amplia y más completa, los moldes son más frescos. La medida, la cadencia son nuevos y originales. Pero sobre todo existe ya en poesía una mayor sugestión. El verso insinúa y sugiere más de lo que propiamente dice. Ya no solamente la imagen nos trae el concepto poético directo, sino que el rumor de la sílaba, ciertas consonantes y ciertas finales evocan en nuestra imaginación conceptos e ideas que se van levantando en nuestra alma como bajo la sugestión de un encanto.

Así Víctor Hugo en uno de sus versos nos habla de la luna que se alza en lo alto de los cielos como una Hostia en su poesía *Océano Nox*, y Núñez de Arce, repite la idea dieciedo:

La luna como hostia santa.
lentamente se levanta sobre las olas del mar.

Esta es una manera simplista de expresar la idea. Los parnasianos y los simbolistas, las nuevas escuelas modernas, buscan una manera más imprecisa, más imprevista, más sugestiva de crear impresiones en nosotros. En su poesía "Era un aire suave" nos habla Darío de la Marquesa Eulalia.

"La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba a un tiempo mismo para dos rivales
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales".

En esta composición hay un verso eminentemente sugestivo para ejemplo.

"La divina Eulalia ríe, ríe, ríe".

¿No vemos acaso aquí la escena completa de la coquetería de la dama? ¿No escuchamos el rumor del abanico que se abre y se cierra para el uno o para el otro? ¿No sentimos el alma helada de la hermosa rubia, toda hecha vanidad, indiferente al amor del vizconde que la adora, que será capaz de morir por ella, que está desesperado? Abre el abanico y se oculta para mirar sin que el otro vea, y mantener a un tiempo mismo a los dos rivales. "La divina ríe, ríe, ríe". Hay una enorme sugestión para nuestro espíritu, hay evocación de estados de alma que surgen en nosotros con el simple rumor de sílabas de una palabra eufónica, repetida.

Andrés González Blanco en su hermoso estudio sobre Rubén Darío comete un error transcendental que rectificaremos ahora. Dice que la transformación completa del arte de Darío y de su concepto estético, data de su estadía en España, y de la publicación de "Azul". "Azul" marca un período de renovación total dentro de la prosa castellana... la renovación se verificó bruscamente y como por capricho del poeta... "Pues bien, el "Azul" se publicó en Chile allá por el año 1889, y cuando Darío estuvo por primera vez en España, todos los jóvenes en Chile conocían sus versos de Invernal, Autummal, etc. Yo tengo en mi poder los manuscritos originales de algunas de las poesías de "Azul" que me fueron dados entonces por el poeta. Más aún. Recuerdo que siendo yo entonces muchacho, cayó en mis manos una poesía de Armand Silvestre, y la dí a Rubén, expresándole que allí había algo de pensamiento moderno, que le convenía imitar. Entonces Darío escribió "El pensamiento de Otoño" que viene en el mismo libro.

Por otra parte Darío en sus memorias tiene palabras tan sugestivas como éstas:

"Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico; a la tradición hermosillesca, a lo pseudo clásico" (Darío estaba entonces en Buenos Aires y aún no había ido a España).

En su segundo viaje a España, dice Darío: "Y sobre todo, gracias sean dadas a Dios, espere entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y en el

arte de escribir hispanoamericano, y que causaron allá espanto y enojo entre los intran-sigentes".

Como se ve, las ideas de Rubén Darío en cuanto a libertad en el arte quedan expresadas con las mismas palabras que nosotros usábamos en Chile, y que Sarmiento y Las-tarría emplearon cincuenta años antes que nosotros. Queda en claro el génesis del espíritu de la reforma literaria a la cual dió rumbos y expresión práctica el genio y la personalidad del poeta centroamericano.

Algunos años más tarde, cuando Rubén Darío se alejó de nuestra patria, sometido a los oleajes y contingencias de la vida, vol-ví a encontrarle en España. Era ya otro hombre. Su indumentaria elegante, su aire vivo, la mayor posesión de sí mismo hacían ver el desarrollo de su personalidad por nuevos rumbos. Ya no era el bohemio de nuestro tiempo que se embriagaba con ajen-jo para olvidar sus penas en el nepentes, co-mo él decía. Era hombre que confiaba en sí, seguro de su personalidad artística, fuerte con el aplauso de los jóvenes. La sociedad española le abrió los brazos. Le vi en casa de la Condesa de Pardo Bazán, y donde don Juan Valera, leyendo versos a la encantado-ra hija del gran crítico y contestando las bromas de las espirituales hijas del Duque de Rivas, las jóvenes Saavedra; le vi en casa de Menéndez Pelayo, perdido en aquellas montañas de libros que trepaban hasta el te-cho en el Hotel de las Cuatro Naciones. También nos encontramos en "La Huerta", como llamaban la hermosa quinta palacio en donde vivía don Antonio Cánovas del Casti-llo, entonces Presidente del Consejo de Mi-nistros y jefe del Partido Conservador espa-ñol, que a sus muchos y grandes mereci-mientos de crítico y de sabio unía sus admi-rables dotes de orador parlamentario, y su acción de restaurador de la monarquía de-rrrocada en la revolución de 1868.

Era un hermosísimo palacio, con grandes vestíbulos tapizados de Gobelinos y con ar-maduras legítimas de acero de Milán cince-ladas como encajes, y cuadros que llevaban las primeras firmas de la pintura europea.

Cánovas daba una gran comida a los di-plomáticos del centenario. Y vi a Rubén Darío, en otro tiempo desdeñado de muchos, perseguido por necios que jamás alcanzaron a comprenderlo, vi a Darío sentado junto a Cánovas del Castillo, sin atención a las fór-mulas del ceremonial, antes que los embaja-dores y los duques, y grandes de España, en su calidad de príncipe de las letras america-nas. Era la hora de su triunfo que lle-gaba para él. Luego, fuimos al Conserva-torio o Serre, en donde el gran político tenía hermosísimos helechos y varios papagayos, blancos los unos, como los de Australia, pin-

tados los de los trópicos. Cánovas, acompa-ñado de Darío, les arrojaba la punta del pa-ñuelo para jugar con ellos y el poeta les daba bizcochos. La señora Joaquina Osma, mujer de Cánovas, nos acompañaba. Había sido su matrimonio historia vibrante de amor. El grande hombre, ya maduro se había ena-morado de ella que era joven. Los marque-ses de la Fuente se habían opuesto y cuando en la hora suprema del triunfo de la mohar-quina, Cánovas era el restaurador, los padres de Joaquina lo aceptaron, pero Cánovas era orgulloso y contestó a los amigos que ser-vían de intermediarios: "Sólo volveré el día en que el marqués venga a casa a bus-carme y a darme explicaciones". Y así vol-vió para casarse con Joaquina, que le ado-raba.

¿Quién pensara entonces que pocos años más tarde terminaría ese idilio de la vejez gloriosa de un grande hombre con el ase-sinato de Cánovas en el balneario de Santa Agueda. Y se refirió entonces una leyenda trágica. La señora de Cánovas, desesperada, perdió la razón, y vagaba por el palacio—ce-rradas puertas y ventanas y todo iluminado con luz eléctrica—vagaba vestida de novia, toda de blanco esperando la vuelta del ama-do ausente, que debía volver. Y concluye la leyenda con que una noche, sin que nadie la sintiera, se salió Joaquina de la casa,—era cruda noche de invierno,—y amaneció helada sobre un banco del jardín en el her-moso parque, donde antes vagara tantas ve-ces en compañía de don Antonio. Y la nie-ve la cubría como el manto blanco de armi-ño que corresponde a las reinas de amor...

Rubén Darío, que siempre guardo cariñosos recuerdos de Chile, y que había cantado nuestras glorias en una oda hermosísima, pensaba volver y me escribió una carta—la última—que todavía conservo entre mis pa-peles de recuerdos.

"Señor don Luis Orrego Luco.— Santiago. —Mi querido Lucho:

A través de tanto tiempo y de tanta dis-tancia, hemos guardado un largo silencio. Mi afecto por Chile se ha conservado el mis-mo después de tan largos días, y han revivi-do siempre en mí aquellas pasadas horas.

Han desaparecido viejos amigos, entre los cuales hay aquéllos que la gloria chilena de-be coronar, bastaría con recordar a nuestro querido Pedro Balmaceda Toro, a Vicente Grez, a Carlos Luis Hübner y los que estén aún en la actividad de su talento de los compañeros de entonces, entre los cuales los Huneeus, Alfredo Irarrázaval y usted, mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más intensas de los últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional, como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho.

"Después de veinticinco años vuelvo a Chile. Bien sabido es que allí publiqué mi

libro "Azul", es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había—con favor de Dios—de conmover a la juventud intelectual de dos Continentes.

"Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia.

"Va, esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo, pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi "Canto a las glorias de Chile".

Y mi abrazo.—Rubén Darío".

Ese viaje que Darío proyectaba a Chile no pudo realizarse, pues el camino de la Cordillera quedó súbitamente interrumpido y tuvo que volverse a Europa sin habernos dado el saludo, que acaso hubiera sido el del último adiós. Dos años más tarde caía gravemente enfermo y volvía a su patria con el ala herida, para morir en ella.

Grandes ovaciones de la juventud centro-americana le esperaban para embellecer con ráfagas de gloria sus últimos momentos. Su patria le agradecía ese renombre que renuía sobre ella. El hijo que huyera de proscribo, bajo amenazas de muerte, volvía pasando bajo arcos de triunfo, a recibir sobre su tumba las flores de cariño nacional y las hojas de laurel que nunca mueren; esas ráfagas de gloria que, según la hermosa pala-

bra de Vauvenargues— se parecen a los rayos tibios y dulces del sol naciente.

Inclinémonos ante el recuerdo de los grandes escritores y poetas que sirven de lazo de unión de nuestra raza española, como Rubén Darío.

Somos hijos de una raza que tuvo la suprema expresión de arte en la prosa de Cervantes y en su inmortal Quijote, en la prosa fuerte de Fray Luis de Granada, y en la tan dulce de Luis de León, en el fuerte soplo de Mariana y el humorismo satírico de Quevedo, en el romanticismo de Lope de Vega y de Calderón, que pudo trazar en los lienzos de Velázquez pinceladas tan intensas de vida que parecen más reales que la vida misma y pintar vírgenes con la dulzura de Murillo y figuras como las de Zurbarán y el Greco y humorismos trágicos como los de Goya, y poesías como las de Espronceda. Y mezclas de pintura y música con los versos de Zorrilla, y que ha tenido en la oratoria los acentos inmortales de Castelar defendiendo la democracia y la libertad humana.

Las generaciones de arte pasan y se suceden, los siglos siguen en ronda eterna,—todo muda y se cambia,—sólo se perpetúa eternamente joven el sentimiento del arte, que, como el amor, es inmortal porque significa la renovación constante de la vida en lo bello. Y ese arte nos servirá de lazo de unión de nuestra raza al través de los tiempos y al través de los mares.



UNION

*Si no quiere la vida
que te tenga en mis brazos
yo no veo perdida
la estrechez de estos lazos.*

*Y si nuestras miradas
no se encuentran constantes,
esperemos. Mañana
será el eterno instante.*

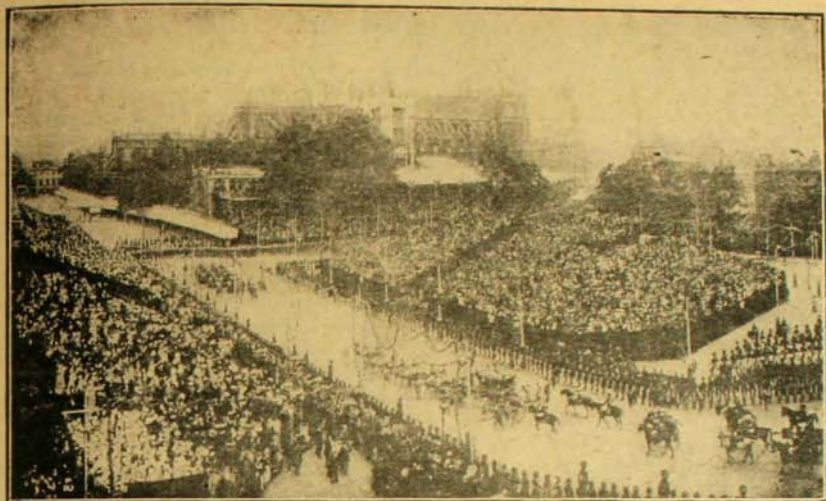
*Si los techos no quieren
cobijarnos piadosos,
no importa, que en el Eter
seremos armoniosos.*

*Esperemos tranquilos,
mirando hacia el Arcano,
encendamos el cirio
y tendamos la mano.*

JUAN MUJICA.

"Juan Mujica es un poeta niño: tiene diecinueve años. Su forma es ya perfecta como la de un maestro. Sus versos dicen de un alma elevada, que riza las emociones suavemente."

Nunca ha publicado una sola poesía. La que damos, ha sido enviada, con el presente juicio, por Gabriela Mistral.



Los Reyes llegando a la Abadía de Westminster en una ceremonia pública.

El Panteón de la Abadía de Westminster

“No son todos los que están, ni están todos los que son”.

El cable nos ha dado detalles durante las últimas semanas de la impresionante ceremonia que ha tenido por escenario la antigua y hermosa Abadía de Westminster. De los campos de batalla de Francia se ha traído el cadáver,—elegido al azar,—de uno de los muchos soldados anónimos que allí hallaron la muerte, se le ha recibido con todos los honores debidos a un mariscal de campo, y el rey con todos sus ministros, ha encabezado el cortejo fúnebre que ha ido a depositar sus restos en el histórico panteón de la Abadía. Allí, junto a los héroes, a los sabios y a los reyes,—y junto a muchísimos que nunca hicieron nada digno de tan honrosa sepultura,—reposarán los restos de este anónimo soldado que ha de representar a toda esa juventud valiente y ardorosa que cayó al pie de su bandera, y allí se detendrán miles de perso-

nas a meditar en las crueldades de la guerra y en las ficticias glorias humanas.

Pocos sitios más apropiados para panteón de grandes hombres que la Abadía de Westminster, que hace muchos siglos dejó de ser una Abadía. En el terreno en que hoy se levanta, hubo hace cientos de años un templo dedicado a Apolo, obra de los conquistadores romanos de Bretaña, que fué derribado el año 616 de la era cristiana para construir allí la capilla de San Pedro, bajo el patrocinio del rey Seberto, el primer rey cristiano de Bretaña. Esta capilla fué destruida por los daneses y reedificada en el año 985, terminándose la iglesia y monasterio a mediados del siglo XIII, que llevaba ya el nombre de Basílica del Oeste. (Westminster Abbey). Tiene la forma de una cruz latina y es de estilo gótico, siendo, sin duda

alguna, el más hermoso de los monumentos de Inglaterra. En ella reciben su corona los reyes y reinas de la Gran Bretaña y aquí, durante muchos siglos, han recibido sepultura, siendo el primero que fué coronado en la Abadía el propio Guillermo el Conquistador, en 1066. El privilegio de ser sepultado en el panteón real se concedió también a los dignatarios de la iglesia, y poco a poco se fué concediéndolo igualmente a los de la corte y a los hombres que se habían distinguido en el servicio de la nación.

Muchos son los episodios de la historia de Inglaterra que tienen relación con la Abadía, la mayor parte de los cuales se encuentran recopilados en un interesante volumen llamado "Las tradiciones de la Abadía de Westminster". Allí buscaron refugio las familias de los soberanos derrocados por otro monarca o amenazados por sus súbditos; allí nació el infortunado Eduardo V, el rey-niño, asesinado con su hermanito por orden de su tío Ricardo de Gloucester en la Torre de Londres; allí fué la orgullosa duquesa de Marlborough, vestida de luto y harapienta a llorar sobre la tumba de su hijo toda una noche y sobre la "silla de la coronación" durmió una noche un pobre muchachuelo que con este fin se ocultó en la capilla, llevando su osadía al punto de grabar en la silla su nombre Pedro Abbott, y las palabras: "Yo dormí en esta silla".

Pero es el Panteón de la Abadía el sitio de peregrinación de los ingleses y de todos los que algo saben de su historia. Aquí reposa Eduardo el Confesor, llamado el Santo, antecesor de Guillermo de Normandía, al cual prometió su corona en detrimento de sus legítimos dueños los príncipes sajones; de aquí hizo desenterrar el vengativo Carlos II a los que ordenaron la decapitación de su padre, Carlos Estuardo, y los cuerpos de Cromwell y de Bradshaw fueron colgados de la horca en el lúgubre campo de Tyburn, donde se ajusticiaba a los criminales. Aquí reposan soldados y marinos: el famoso Juan Blenheim, duque de Marlborough, Wellington, Nelson y Lord Roberts, y aquí deberían encontrarse los restos de Horacio Herbert, más conocido con el nombre de Lord Kitchener. Aquí están los grandes poetas y escritores, como Shakspeare, Tennyson y Dickens; aquí los

sabios como Newton, Darwin y Livingstone y Lord Lester; aquí los políticos y hombres de Estado, como Canning, Pitt, Beaconsfield y Gladstone, junto a los cuales, si él no dispone lo contrario, deberá hallar su reposo David Lloyd George.

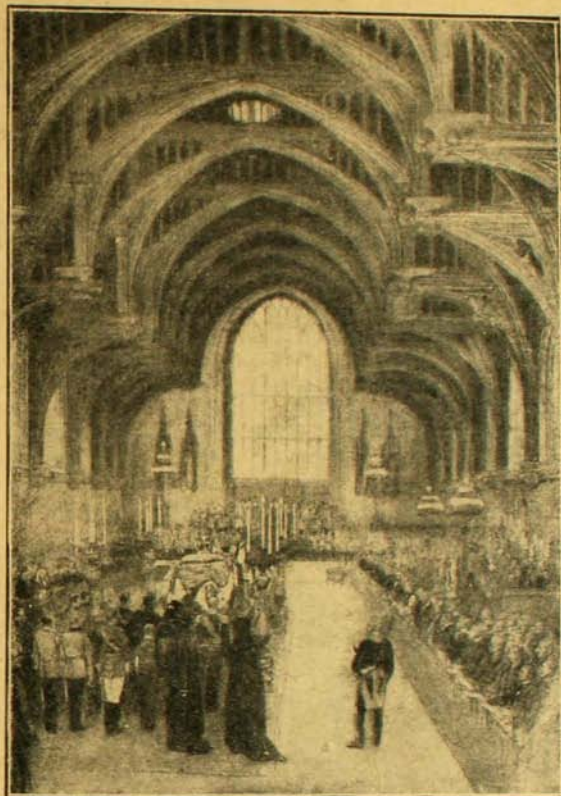
Pero no todos los que tienen su tumba en el panteón de Westminster han merecido tan insigne honor, ni están allí todos los que deberían estarlo. "The Strand Magazine" ha publicado recientemente una serie de fotografías de monumentos que señalan donde descansan innumerables personajes que mejor estarían relegados al olvido y refiere someramente la vida y hechos de algunos de ellos. Es increíble,—dicen Hayden Church,—la admirable colección de ceros y algunos peor que ceros que ocupan y han ocupado, por luengos años, un sitio de honor en la Abadía. En 1723, el gran pintor Kneller le advirtió a su amigo el poeta Pope, que no deseaba ser sepultado en Westminster, "porque allí se entierra a los imbéciles", pero olvidó agregar que no quería estar en la compañía de un estafador, de un cuasi-asesino, de mujeres de mala reputación, de lavanderas, despenseros y pugilistas.—Hayden Church ha clasificado en varios departamentos el panteón de la Abadía, incluso una (¡admírese el lector!) "Galería de Bribones"...

El principal personaje es aquí Tomás Thynn, favorito de la corte de Carlos II, hombre de gran fortuna y tan inescrupuloso, que obligó a la heredera de las vastas posesiones de los Northumberland, una chiquilla de quince años, a casarse con él. La niña huyó a Holanda y Thynn acudió a la justicia para que la entregara sus bienes. El conde Juan de Koningsmarek, noble sueco que pretendía a la joven, le envió un desafío con el capitán Vratz, y sabedor así del sitio donde se encontraban, Thynn envió a seis hombres con orden de asesinarlos. Este criminal intento fracasó, pero el capitán Vratz, tomando la justicia en sus propias manos, asaltó el coche de Thynn en Pall Mall y en compañía de dos saltadores le dió muerte. La escena del asesinato se reprodujo en una placa que se colocó sobre la tumba en Westminster, y el cochero de Thynn pudo decir, con razón, que él se encontraba perpetuado en la Abadía.

Jaime Craggs, muerto en 1720, siendo secretario de Estado, ostenta en su tumba un epitafio escrito por Pope: "Hombre de Estado, pero amigo de la verdad, de alma sincera, de acciones buenas y de honorable nombre; jamás faltó a su palabra empeñada, ni trabajó por alcanzar honores o servir intereses mezquinos; supo honrarse a sí mismo y ser honrado y murió alabado, respetado y lamentado por todos". Lo cual no impide que Craggs estuviera implorando y recibiera trescientas treinta mil libras por haber prestado su apoyo e influencia a aquel escandaloso robo que se llamó la "Barbuja del Mar del Sur" y que arruinó a miles de familias. Debe agregarse, en honor del poeta Pope, que estas "gracias" se descubrieron un tiempo después de haber sido muerto y enterrado el "hombre honrado"... que "nunca trabajó por intereses mezquinos".

Afra Behn, hija de un peluquero, fué la primera mujer inglesa que se ganó la vida trabajando con su pluma, pero su renombre lo debió a su vida licenciosa y al hecho de haber servido de espía en tiempo de Carlos II. Como ella, hay aquí actrices y mujeres que obtuvieron tal honor debido a sus relaciones con reyes, príncipes y cortesanos. Son escasísimas las mujeres de verdadero valer que han merecido tal honor, pues la Abadía les ha cerrado sus puertas.

Es el "Rincón de los poetas", uno de los más visitados, pero ha de ser motivo de general sorpresa el no hallar allí las tumbas de Byron, Shelley, Keats, Moore, Felipe Sydney, Marlowe y muchos otros, viendo, en



Un servicio solemne en la Abadía de Westminster durante la transición de los restos del Rey Eduardo VII.

cambio, hermosos monumentos que indican el lugar de reposo de poetas del todo desconocidos en la historia literaria, como Nicolás Rowe, Juan Phillips y Miguel Drayton, quienes nada escribieron digno de ser recordado y que algunas veces, como en el caso de Tomás Shadwell, se distinguieron por la poca decencia de sus palabras.

Entre otras, se ve en Westminster Abbey la sepultura de Juan Broughton, "campeón pugilista de Inglaterra". Broughton deseaba que se inscribieran estas palabras sobre su sepultura, pero el Deán de Westminster no lo consintió, incluyéndose, en cambio, el le-

cho de que fuera él un fiel "alabardero de la guardia".

Hay también sepulturas más humildes, pero de personas que nada tienen que ver en el panteón de los grandes hombres ingleses. El haber sido plomero o despensero del Colegio de Westminster, adjunto a la Abadía, no parece título suficiente, como tampoco lo son el de encargado de los gallineros de su Graciosa Majestad la reina Ana, ni de lavandera de la misma, ni mucho menos merecían este honor los miembros de sus respectivas familias, por el hecho solo de serlo. Niños hay muchos en el panteón de la Abadía, entre ellos, el hijito de Carlos y Enriqueta María Estuardo, cuya compañía consoló los últimos días del infortunado rey. Aquí reposan también varios de los hijos ilegíti-

mos de Carlos II, el rey galante o galanteador, de la Inglaterra.

Parece evidente, termina diciendo Hayden Church, que bastaba tener un poco de influencia en la Corte para obtener el honor de ser enterrado en el panteón de Westminster. Un amigo de cierto duque de Buckingham obtuvo de éste que lo hiciera enterrar en la Abadía y el populacho cogió un perro y lo enterró con gran pompa, a la misma hora, en Tothill Fields, como protesta por el funeral que se efectuaba en la Abadía. Y no cabe duda que las autoridades competentes harán retirar muchos restos de éstos para dar cabida a quienes mejor lo merecen. En la actualidad, hay sitio para seis cuerpos más, y eso si los parientes consienten en hacerlos cremar antes de traerlos al panteón.

AURA



Elogio de Ricardo León

EL ESCRITOR - SU OBRA

Por

el Presbítero don Luis Felipe Contardo

Tal vez sea un caso único de éxito en la historia de las letras contemporáneas,—por la rapidez asombrosa con que se produjo, por la vasta amplitud que ha logrado alcanzar y por la firmeza con que se mantiene intacto y fresco,—el de Ricardo León en la actual literatura castellana. Hace cosa de 15 años, cuando salió a luz su primera novela, "Casta de Hidalgos", la firma de este autor era del todo desconocida; hasta hubiera podido pesar por un pseudónimo. Esta obra sola bastó ya para imponer el nombre del escritor. Hoy es Ricardo León una de las más altas celebridades literarias de España: sus libros son los libros de mayor circulación en los veinte países que descienden del Cid y del Quijote; el joven poeta y novelador se sienta entre los académicos de la Lengua y es tenido en la Patria Madre y en la América por el primer hablista vivo de la raza y el soberano señor de la prosa y de la rima.

Y hecho bien singular: este nombre triunfante de escritor ha sido consagrado y se sostiene en la integridad de su prestigio, sin la claque de la crítica periodística, gran dispensadora de títulos de gloria; o, con más exactitud, su consagración definitiva se ha llevado a cabo a pesar del gesto negativo de la crítica periodística. Porque en torno de Ricardo León parece haber en los diarios y revistas de habla castellana una especie de conspiración del silencio. Se le lee, se le co-

menta y se le aplaude privadamente en la intimidad discreta de los círculos y de los cenáculos, pero la prensa calla, o habla apenas. En Chile, por ejemplo, donde en la flora literaria los críticos abundan—y pican—lo mismo que los cardos en la flora vegetal, ¿qué han dicho y qué dicen los diarios y revistas de Ricardo León y de su obra? No sabemos de otras informaciones periodísticas al respecto, que dos notas bibliográficas de "El Mercurio" y un saludo triunfal que reprodujo "La Unión", enviado desde tierras colombianas al "Príncipe heredero del difunto monarca de las letras españolas don Juan Valera". Y sin embargo, el insigne novelista de la "Comedia Sentimental" y el poeta maravilloso del "Alivio de Caminantes", tiene en Chile millares de asiduos y apasionados lectores.

Sin paradoja se podría acaso afirmar que

la causa de tan extraña actitud de la prensa es la misma, precisamente, del éxito inusitado de este autor: la orientación conservadora de su pensamiento y de su arte.

Vamos a explicarnos.

Un novelista que proclama con hidalga altivez, al modo de Pereda, su arraigo ideológico y estético en la tradición cristiana de su raza; un escritor que nutre vigorosamente con la vieja sangre clásica los huesos y los nervios y la carne de sus libros; un poeta que despierta el "frisson nouveau" de la frase de Hugo, cantando las cosas de su



Ricardo León

alma y de su siglo en la lira de Garcilaso y de San Juan de la Cruz, no podía resonar su nombre repetido por las trompetas de la crítica volandera,—aunque aquel novelista haya creado para el arte español la epopeya de “El amor de los amores”; y ese escritor haya esculpido en mármoles los diálogos de la “Escuela de los Sofistas”; y este poeta haya hecho florecer en los campos de la inspiración humana los dos lirios milagrosos de sus sonetos “Cupio dissolvi”...

En cambio, ante el espíritu del público que lee, cansado ya con el ambiente de laboratorio experimental que flota en los libros de los novelistas; harto ya de anatomías, de disecciones y de autopsias artísticas—o antiartísticas,—no podía menos de aparecer como un evangelio de belleza la obra de quien, con espíritu refinado de pensador y de poeta, llegaba a encender otra vez la luz de los ideales casi extinguidos y a renovar el soplo de los nobles entusiasmos, en la atmósfera opaca y fría de la literatura contemporánea.

Así, pues, en esta acogida fervorosa dispensada a Ricardo León en España y en América, ha habido algo de lo que ocurriera en Francia con la aparición literaria de Chateaubriand; un impulso espiritualista y romántico, producido, por reacción, en medio de la aridez disecadora de los espíritus.

Y un éxito tan singular, como el que venimos analizando, constituye, de esta manera, en los dominios de la cultura latino-hispana, una buena manifestación de ese “renacimiento del idealismo” que Brunetiere señaló entre los caracteres dominantes de la época. Apagadas oficialmente por un Ministro francés, “las luces del cielo” continúan, “quand meme”, resplandeciendo en la vida y en el arte...

Si se mira más a la técnica que al contenido ideal de la producción literaria, aparece igualmente, desde luego, la razón de los triunfos resonantes de Ricardo León. Hay algo de reacción también en lo que a esto se refiere. Empezaba ya a fatigar los oídos de los lectores de español la frase trunca y como dislocada; la frase impasible, sin ímpetus ni calor,—frase tan opuesta a la índole literaria del idioma,—con que se teje la urdimbre de los estilos hoy en priveranza. No

podía, en estas condiciones, dejar de ser recibido con regocijado entusiasmo un escritor lleno de bríos, que venía a resucitar en la forma de su decir la riqueza, la gallardía y el decoro del período castellano tradicional: las viejas palabras de aristocrático sabor, cinceladas y severas como joyas arcaicas; los modismos robustos y graciosos con que se dijo la fe, la entereza y el amor en los grandes siglos de oro y hierro, — toda la noble elegancia, en suma, guardada en el acervo espiritual y artístico de una raza brócer, elegancia recia y fina a la vez, de corte señorial, con que se vistió el pensamiento genuinamente español de los Quevedo y de los Solís, de los Luis de León y de los Hurtado de Mendoza.

No es difícil explicarse, tanto el silencio calculado de la crítica de diarios y revistas, como la vehemente admiración de quienes gustan sin prejuicios de las cosas literarias, ante un autor que escribe así.

Ricardo León prefiere en materia de arte, como Menéndez Pelayo dijo en su elegante epístola al lírico latino:

“El vino añejo que remoja el alma”.

Lo que no quiere decir que no sea un escritor muy de su siglo, un espíritu que sabe de la inquietud y de la angustia modernas, un hombre en cuyo corazón encuentra un ritmo el corazón atormentado del mundo.

Todo lo comprende este autor, y todo lo ama, con tal que sea noble y con tal que sea bello. Siente con toda intensidad “la poesía de lo arcaico, la estética del recuerdo, las dulzuras inefables del silencio y del reposo”, difundidas en los viejos rincónes históricos de su austera tierra castellana: villas vetustas y graves, “auténticos ensueños arqueológicos”, en cuya paz de piedra “se escucha la pulsación del tiempo, como un remanso de eternidad”.—Y hace luego con ardiente simpatía este elogio de su tiempo: “Nunca se sintió con más ansia la sed de la belleza, el hambre de la verdad, el deseo profundo y doloroso de la soñada perfección. A través de todas las novelorías y extravagancias de nuestros contemporáneos, se ad-

vierte la misma inquietud, se oye el latido poderoso de un corazón que sufre y ama, se ve el agudo centelleo de una atrevida inteligencia que pugna y desfallece por asir la espiral de lo infinito... ¡Lo infinito! He aquí la imperiosa y lacerante necesidad de nuestras almas; lo que buscamos aun sin saberlo, en el fondo de todas las tinieblas: Este siglo figurará, sin duda, como uno de los más profundos y espirituales de la historia. Es triste, sí, pero quizás por eso mismo es más grande también. ¿No es grande, y triste el corazón del hombre cuando lo ensancha y llena la inmensidad de los desechos? Toda elevación, toda plenitud, traen con los nuevos goces nuevas capacidades para sufrir. El progreso de la conciencia, los avances del mundo moral, las embriagueces de la imaginación, la perspectiva de otros horizontes y, por añadidura, la sorda lucha civil, las competencias brutales, la comezón de lo presente, la inquietud de lo futuro contribuyen a precipitar nuestras vidas en un torbellino de ansiedad y tristeza. Pero esa tristeza ¿no es un realce sublime? No se progresa nunca sino a condición de sufrir. Las naturalezas exquisitas sienten más, y por lo tanto, padecen con mayor afinamiento. Cuando más se eleva el hombre sobre su mortal destino, con más punzante desconsuelo reflexiona y dice: "Sicut nubes... quasi fluctus... velut umbra!"

Declara su preferencia por los "libros de antaño" y entona un himno a la antigüedad y a la tradición.

Repasad el primoroso discurso que Ricardo León pronunciara al ser recibido en la Academia de la Lengua, y ahí encontraréis, en síntesis suprema, el conjunto genial de tradición y de progreso, de clasicismo y de modernidad, que mental y artísticamente forma como la quintaesencia del autor de "El Amor de los Amores".

Y esto imprime a su labor literaria un sello inconfundible.

Tal es el admirable escritor, de la serena elegancia de cuyo estilo, amasado en moldes muy modernos con la más rica substancia espiritual y estética del siglo de oro, ha

podido afirmar José Francés, en una breve paguina de la "Revista de América", que produce "un placer casi físico".

Ideológica y literariamente, Ricardo León ha logrado, en plena juventud, realizar en la España contemporánea la soñada aspiración artística de los escritores de raza: escanciar y ofrecer a los espíritus devotos de la belleza "vino añejo en odres nuevos".

¡Rara cosa, en verdad!

También como poeta, y altísimo poeta, Ricardo León ha hecho eso: ha dado cima luminosamente al ideal estético de Andrea Chenier.

"Faire de vers anciens sur des pensées nouveaux".

II

Por encima de las novelas, ya bastante numerosas y todas ellas muy leídas y celebradas; y aun por sobre el único libro de versos—ánfora de plata, desbordante del divino licor,—en que él ha condensado su ardiente ensueño de poeta, colocamos, sin vacilar, en la producción literaria de Ricardo León, aquella peregrina obra suya, inimitable por la agudeza y variedad del ingenio y la gracia y elegancia en el decir, "La Escuela de los Sofistas";—obra difícil de definir, que pudiera, se nos ocurre, tener la clasificación en el género, tan en boga durante el siglo XIX, a que en Inglaterra se dió el nombre de "Ensayos". Allí ha puesto la flor de su pensamiento y de su estilo, este nieto glorioso de Cervantes y de Gracián, de alma a la vez tradicional y moderna.

Es, "La Escuela de los Sofistas", una serie de diálogos, hasta el número de doce, que giran alrededor de múltiples cosas del espíritu: plática sasegada y discreta mantenida por el autor, en largas horas de ocio griego, con un docto camarada de arte, ya sea en conformidad a la usanza de Platón, a la vera de una fontana, a la sombra de los limoneros y de los plátanos; o bien, al amparo de una colmada biblioteca, "templo sereno de las antiguas sabidurías".

Los dos amigos, con diverso y aún encontrado criterio, discurren acerca de cuanto pueda interesar a una mente curiosa y reflexiva que se asoma a todos los horizontes

del mundo y de la vida. Ambos son artistas y ambos son filósofos; pero cada uno concibe la belleza y escruta el misterio de la existencia y de las cosas, desde un punto de vista diferente. Sólo llegan a juntarse en algunas cimas del espíritu. De ahí la apacible y decorosa discusión a que se entregan en sus pláticas.

Mientras uno acaricia como suprema aspiración terrena la abundancia que permite disfrutar de las ventajas del mundo, el otro anhela la "dorada mediana" de Horacio, y la define así: "Lo necesario y un poco de lo que llaman superfluo; poder juntar en mi mesa el pan y las flores, vivir sin servidumbre ni señorío. Para ello no es menester atesorar mucho dinero, sino cosechar mucho espíritu. El placer sano, inteligente, es muy barato; lo caro es la vanidad".

Proclama el uno la superioridad de la acción sobre el pensamiento puro y afirma que éste no es como aquélla una gran fuerza real en la vida. Exalta el otro las excelencias y aún la eficacia del pensamiento sobre la acción "El error de las gentes—dice—es el de creer que estando quieto "no se hace nada", y que para hacer algo hay que meter mucho ruido. El pensamiento se desprecia porque es silencioso. Todas las glorias son para el brazo que ejecuta, y no para el cerebro que medita. La contemplación por sí misma es un acto noble y elevado; la actitud más estética es la del hombre que contempla".

Y así, con mesura y elevación, discurren discretamente en torno del amor, del dolor, de "la grave tristeza universal, fondo metafísico de las almas y de las cosas", del arte de vivir, de la democracia y de la selección social, de la historia y de la raza, de la tradición y del progreso, del clasicismo y

de la modernidad en la literatura, de la gracia y de la fuerza en la vida y en el arte: discurren, en fin, los doctos camaradas, acerca de los más variados problemas que solicitan la atención del espíritu humano, y discurren en forma que constituye un modelo de buen decir y de sutil razonar.

Quien estas líneas escribe, no tiene reparo en declarar que "La Escuela de los Sofistas" es el libro español moderno que ha leído y que lee con mayor deleite y complacencia. ¡Perdónenselo las sombras venerables de Alarcón y de Pereda, de Valera y de Menéndez y Pelayo!

Es necesario, no obstante, reconocer que

son los cinco volúmenes de su producción romancesca los sillares en que se apoya sólidamente la enorme popularidad literaria de Ricardo León.

Fué "Casta de Hidalgos", su primera novela y su primer libro, la obra que anunció al mundo español, hace algunos años, que había aparecido en la generación nueva un artista de noble alcurnia; y fué otra

de sus novelas, "El Amor de los Amores", la obra que le llevó en edad moza a la Academia de la Lengua y le concedió pergaminos de Príncipe de las letras castellanas.

Se ha propuesto Ricardo León, en la serie de sus novelas, presentar los diversos aspectos de la vida española contemporánea.

Comenzó, en "Casta de Hidalgos", por estudiar el alma tradicional de la estirpe, conservada en los arcaicos rincones de la Montaña, adonde no ha llegado todavía el tráfico moderno; reliquias venerables de la España vieja; lugares de poesía y de silencio en cuya austera soledad los cuerpos y los espíritus se desarrollan aún y se agrupan



Al terminar la sesión de la Academia, en que fué recibido Serafín Álvarez Quintero, éste, su hermana Maura y Ricardo León forman un grupo.

con el vigor de los siglos de bronce, como las encinas hechas bosques, entre los peñascos de la sierra.

En "Alcalá de los Zegries", hace ver uno de esos mismos reductos de piedra de la tradición española, invadido ya por la avanzada inevitable del mundo moderno: la política; y mediante un extraño y doloroso conflicto pasional, pone en contacto, en ese baluarte caído de la vieja raza, la vida antigua y la vida nueva, las rígidas costumbres del hogar y de la sociedad de antaño con las relajaciones morales del hogar y de la sociedad de hoy.

"El Amor de los Amores" da forma actual a la eterna epopeya de la fe religiosa en España. Esta novela-poema es un canto robusto y lleno de sagrado entusiasmo al alma cristiana de la estirpe. La España heroica y creyente; la Española hidalga y caballeresca; la España del Cid, de don Quijote y de Pelayo, no ha muerto; acaso duerma; pero no ha muerto ni morirá, ni podría morir, porque los pueblos no logran, aunque quieran, secar sus raíces, ni agotar su savia, ni destruir su historia, ni torcer su espíritu, ni cambiar su corazón. "Nada de lo que fué—dice el autor—se pierde en el sepulcro. Llena de herrumbre está la lanza y puesta ta adarga en el desván, y llena de polvo en la hornacina la imagen olvidada; pero llega un día en que del pueblo dormido, de la torre solariega, de la capilla destejada, sale Alonso Quijano, el hidalgo que todos llevamos dentro, y se hace fraile o soldado o poeta, y corre por esos mundos con la cruz, la espada o la lira, y vuelve a resonar en el páramo la voz de los antiguos varones".

No hay en la literatura castellana, después del siglo de oro, ningún libro que alcance la abundancia y la robustez de estilo y el soplo formidable de la inspiración, que dominan en "El Amor de los Amores". ¡Lástima que en alguna página de este libro fuerte de la misma manera que en muchas de "Alcalá de los Zegries" y en "Los Centauros", (novela, esta última, de pícaros, como "Guzmán de Alfarache" y "El Lazarillo de Tormes"; pero de pícaros modernos); lástima, decimos, que en estas obras haya Ricardo León. pagado algún tributo al sensualismo dominante en la novela contemporánea!

En la "Comedia Sentimental", haciendo su propia biografía, Ricardo León penetra de lleno en los dominios del alma moderna y de la vida moderna. Obra de niebla norteña y de luz meridional; obra de dilettantismo y de pasión, es triste y es alegre, tiene reposo y vivacidad; se confunde en ella la juventud y el otoño de un corazón. Es la más real, la más vivida de las novelas del autor.

Aun en sus libros de prosa, estudiando la vida, y hasta cuando pretende ser realista en su arte, Ricardo León, es ante todo poeta, un admirable poeta. A cada momento deja de pisar en la tierra y se lanza a volar. Más bien que la vida, es el ensueño el que pasa, llorando o sonriendo, por sus novelas. Sus mejores personajes son seres de exaltación, revestidos de una luz ideal. Poeta delicadísimo, poeta es en las mejores páginas de "Casta de Hidalgos" y de "Alcalá de los Zegries" y de "La Comedia Sentimental"; poeta, serenísimo poeta es, aun al razonar, en toda "La Escuela de los Sofistas", y poeta, grandioso, magnífico poeta es desde la primera hasta la última palabra de "El Amor de los Amores".

Pero ha deseado Ricardo León hacer también obra directa y exclusiva de poeta, y ha escrito su "Alivio de Caminantes".

Este pequeño libro, denso de ideas y palpitante de emoción, cincelado armonioso como un bronce de Benvenuto, ha venido a ser en España y en América el breviario poético de la última generación; de aquellos que, junto con la sinceridad y la libertad, reconocen, en el arte, la necesidad de una disciplina.

Sin las extravagancias exóticas que desvirtúan en parte la producción poética de Darío; sin los arcaísmos algo amanerados de Valle Inclán; sin las vagas simplicidades "maeterlinekianas" ni las ásperas energías "carduccianas" de Marquina, sin la abundancia diluida y el colorido pálido de nueva-rela de la inagotable cosecha lírica de Villalpesa. Ricardo León es, al mismo tiempo, clásico y moderno; cerebral y pasional; inspirado y correcto; temperamento original y vigoroso, iniciado en el arte nuevo y nutri-

do de tradición. Su lira tiene todas las cuerdas y su canción todos los tonos. Canta su fe, canta su raza, canta el amor, canta las hondas inquietudes de su corazón y las angustias secretas de su espíritu; canta lo más alto y lo más bello que hay sobre la tierra y en los cielos.

Sus sonetos "Cupio dissolvi et esse Teum" son hermanos de aquel otro de Lope de Vega, "Cristo aguarda", llamado con justicia "la perla de la poesía mística española".

No resistimos al deseo de reproducirlos aquí:

"Adelgazar mi corazón quisiera como un rayo de luna sobre el ara, como un leva cristal que se quebrara con sólo un beso que tu Amor le diera.

Que fuese blando, como blanda cera, que forma y vida de tu Amor tomara, y en tus labios ¡oh Dios! se modelara, y en tus dedos ¡oh Dios! se derritiera.

Que limpio y suave, como piel de armiño, consiguiera moveros y moverme, fuera del mundo y su falaz cariño.

Que fuese casto, pequeñuelo, inerte, como el ligero corazón del niño, que entre los brazos de su madre durmiera".

"Que fuese tan chiquito que cupiera en tu boca y allí se sponsetara, luego de refinarse en la alquitara de un gran dolor que por tu Amor sufriera.

Y entrañarle contigo, de manera, que sólo con tu sangre palpitara, que sólo por tu boca respirara y a tu divino aliento trascendiera.

Y en tus gloriosas lumbres encenderle, y en tu inmensa ternura arrebatarle, y en tu inmortal espíritu embeberle.

Darle a tu Amor, a tu Hermosura darle: en hostia, en miel, en luz transfigurarle, en tus dulces entrañas disolverle".

Y al lado del célebre de Cetina, puede colocarse sin desdoro este madrigal de Ricardo León:

"Desde el punto en que os vi, dulce señora, cantivo me tomó vuestra hermosura, y en las entrañas de mi noche oscura sentí de pronto amanecer la aurora.

Tened piedad de un alma que os adora, prisionera en dulcísima locura,

y amor eterno a vuestras plantas jura con la ternura que en mi pecho mora.

Como amaros así no es ofenderos dadles licencia a vuestros ojos claros para ser de mi vida los luceros.

Fué mi dichosa perdición miraros, pues si amaros llegué con sólo veros... dulce señora, moriré de amaros".

Junto a estos versos de factura clásica, sólidos, perfectos y limpios como diamantes, hay, en la obra poética de Ricardo León, versos sutiles de vaguedad sugerente; versos de elegancia rara y complicada; sabios versos de orquestación, productos de la técnica nueva, como la "Serenata", por ejemplo.

Y tanto al andar por los caminos poco explorados, como al recorrer los viejos senderos su inspiración es siempre digna, siempre él es el poeta que lleva la lira bien en alto.

Hé aquí, en rápido esbozo, la fisonomía literaria y artística de Ricardo León. Creemos haberla diseñado con alguna fidelidad.

En las corrientes ideológicas y estéticas esparcidas a lo largo y al través del vasto mundo espiritual de España, la obra, a la vez abundante y selecta, aristocrática y popular del autor de "La Escuela de los Sofistas", constituye actualmente el punto de confluencia entre el copioso y reposado caudal de la tradición castiza y la rica onda renovadora de las modernas orientaciones del pensamiento y del arte.

Nadie, en efecto, como él, ha sabido evocar, palpitante y ardiente lo mismo que un corazón, la enorme alma española de los viejos siglos de epopeya; y nadie ha conseguido tampoco formular de más hermosa y robusta manera que él las hondas aspiraciones del espíritu colectivo de su nación y de su estirpe, que busca lleno de vigor y ansiedad los senderos del porvenir.

Así, Ricardo León es hoy en las letras castellanas el escritor español por excelencia. Y cuando esté completa íntegramente su labor,—ya maciza y compacta—de pensador y de poeta, se le deberá señalar, sin duda alguna, como el más autorizado representante mental y artístico de la Raza.

LUIS FELIPE CONTARDO



Paulus, bull-dog, francés

PERROS DE LUJO A PRECIOS FABULOSOS

Collies, San Bernardo y bull-dogs pagados fantásticamente. — Lulú y japoneses de moda. — Generalización de los falderos entre las damas. — Comentarios

~~~~~

Cierto proverbio inglés dice que un perro lleva en sí tantos beneficios como dinero ha costado, proverbio que seguramente ha debido nacer en una muy famosa tienda de pe-

ros que hubo hace años en Londres y que contó con clientes que en vez de contentarse con pagar cinco luises por un canecillo, preferían invertir 25 mil francos en un collie.



El bull-dog ideal. Sus formas, que un profano calificaría de monstruosas, son perfectas, según los entendidos.

¿Quién va a decir que un San Bernardo, por el cual se ha pagado 1,300 liras esterlinas, o un bull-dog que ha valido 80 mil francos, tienen realmente ese precio desde el punto de vista comercial? Nadie, porque, en cuanto a su belleza, en unos y otros desaparece bien luego, y es preciso, sin embargo, que muchos de esos perros vendidos a precios de "record" sirvan para iniciar una familia ilustre, si así pudiera decirse. En fin, el hecho es que la moda se ha mezclado en esto de los perros, y si bien la moda ofrece aspectos encantadores, presenta también sus lados ridículos. No hace mucho tiempo, una pareja de "setters" fué vendida por una guinea, más o menos 26 francos, y una jauría de "harriers" por la misma suma. Una jauría, y en Londres. Si los "setters" y los "harriers" hubieran estado de moda, en lugar de ser estimado, como simples perros de caza, su precio hubiera sido centuplicado por lo menos.

Entre el mundo elegante de Londres las damas pagan corrientemente 2,500 francos

por un perrillo fino, por uno esos que hace 20 años valían 250 francos a lo sumo.

Es natural, por lo tanto, que la crianza de perros absorba grandes capitales ingleses. Sin embargo, ningún comerciante novicio consigue realizar beneficios serios, a menos de que tenga una suerte excepcional. He aquí una anécdota que prueba cuánto puede influir la veine en el destino de un comerciante de este orden. Un francés que había encontrado colocación en Londres, vivía en un cottage rodeado de jardín florido, y tuvo la idea de llevar un perro para que disfrutara de esa decoración campestre, y se lo contó al vecino de mesa del restaurant modesto donde comía. Este declaró que él tenía un perrillo que le había sido obsequiado, que le era muy molesto, que le costaba aún que comiera y que lo daría gustoso a quien quisiera

hacerse cargo de él. El francés vió el perro, le encontró fino, gentil, le tomó cariño, se convirtió en su cuidador de día y de noche, y la pequeña bestia recuperó su fuerza, su alegría, y llegó a ser tan bello que, habién-



Un bello y valioso bull-dog.



# Fabricantes de ropa blanca



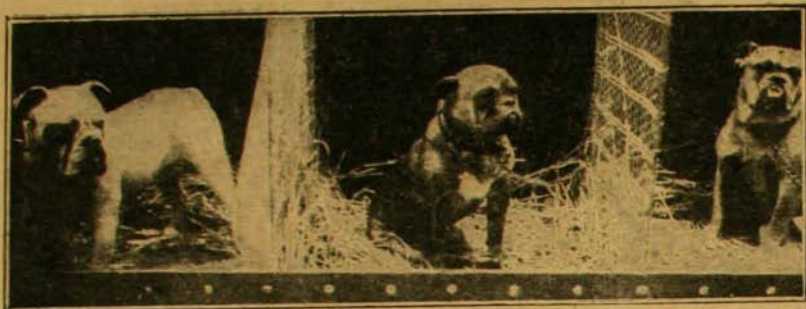
## Fratelli

## Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

ATENDEMOS  
GRATUITAMENTE  
PEDIDOS DE  
NUESTRO CATALOGO

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.



Tres bull-dogs valiosísimos

dole dado compañera más o menos parecida, logró vender la pareja en 18,500 francos. Acto continuo, con esa suma, se hizo de un criadero de perros. En seguida prosperó.

Tal ejemplo es pernicioso y puede tentar. Hay que saber por eso que los únicos que prosperan son, en general, como en todos los oficios, aquellos que lo conocen a fondo, y esta vez, aquellos que han estudiado años de años las diversas razas de perros.

Sin embargo, el amateur puede conquistar



Toby, "colley", comprado en 32,000 francos

g'oria criando perros que en seguida obtengan premios en las exposiciones. Pero naturalmente antes de llegar a tal caso, el neófito tiene mucho que aprender y deberes penosos

que cumplir. El más importante es el de saber elegir la hembra anunciadora de hijos más o menos perfectos. De todos modos, es muy difícil obtener cría absolutamente satisfactoria; no hay que descorazonarse, si, por éso, sino esperar con paciencia, estudiar, procurar el feliz resultado, pues tras



Cinco champion "Collies", de A. M. W. Masson



# COMPañIA

---

DE

---

# LOTA Y CORONEL

---

**GERENCIA EN VALPARAISO**

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41  
Nacional 391

---

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA**  
**EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

---

**FABRICA**  
**DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDAS**

---

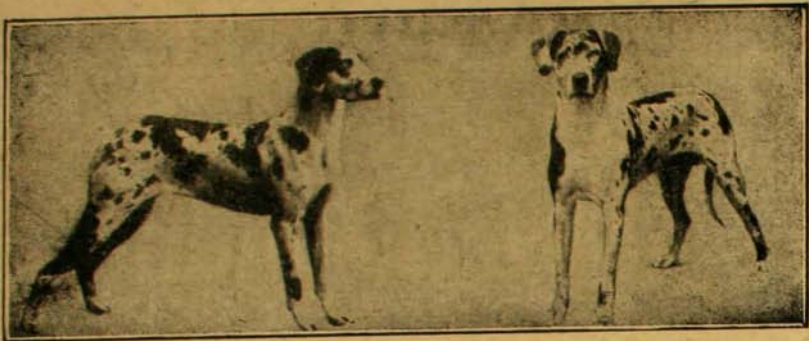
**AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:**

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001  
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

---

**AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:**

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANQUERO 75 (Bolsa de Comercio)  
CASILLA NUM. 1853



Dos bellos "grands danois"

al viene la recompensa a veces fabulosa.

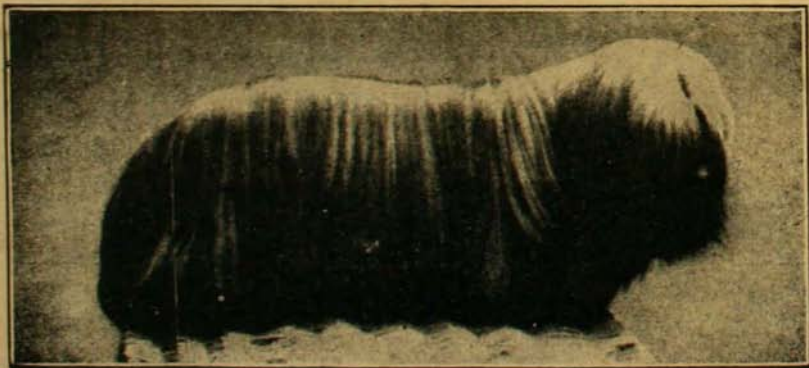
Hé aquí, para ejemplo, cifras de una eloquencia suprema: recientemente, un colley el champion Squire of Tytton, cambió de propietario y se pagó por él la suma loca de 31,500 francos; el adquiriente, Mr. Untermyr, es americano, y el vendedor, Mr. Mason, de Freshfrild, inglés. Mr. Mason lo había comprado en 20,000 francos solamente. Otros americanos han comprado

bouldogs ingleses por 25,000 francos tal como el Heath Baronet y el Fashion, tipos espléndidos de la raza. Esto fué cuando ya

los San Bernardo estaban de moda y se pagaba por ellos precios locos. Plinlimmon, magnífico ejemplar de clase, de dimensiones y robustez extraordinarios, costó al actor americano Enmut la suma redonda de 25 mil francos. Mr. Green pidió y obtuvo 35 mil por el famoso Sir Bedivere, y a Mme. Maryek Jagger aconteció otro tanto con



Frandlely Stephany en San Bernardo, vendido en 20,000 francos.



Un champion "Skye Terrier"



Impresores  
Litógrafos  
Fabricantes  
de papelería

**VALPARAISO:**

Prat 269  
Teléfono 145  
Casilla 902

**Soc. Imprenta y Litografía**

**UNIVERSO**

**SANTIAGO:**

Agustinas 1250  
Teléfono 1078  
Casilla 1017

---

# UNIVERSO

---



con su espléndida perrita **Lady Mignon**. La misma dama vendió la champion **Frandleigh Stephany** en 20 mil francos y un San Bernardo de pelaje corto, el **Hapstead-chief**, del criadero del mayor Fritz Bloesch de Liegn, en 15 mil francos.

En seguida, pareció que los San Bernardo fueron pasando de moda. ¿En virtud de qué? Nadie lo sabe. Y es claro que obedeciendo sólo a esas corrientes misteriosas que reglan las modas de todos los tiempos y de todos los países. Comenzó luego el dominio del colley, que pasó a triunfar en toda la línea. Y, así, comenzaron para ellos también los altos precios: 20, 30, 35 mil francos. Y es de advertir que hace una treintena de años Mr. G. R. Krehl sufrió una emoción verdadera en Gran Bretaña al pagar 2,500 francos por **Eclipse**, lo que fué un record para la época. En América, más tarde, la primera compra importante de colley alcanzó a 23 mil francos pagados por uno por Mr. Mitchell Harrisson.

Los fox-terriers han costado hasta 15 mil francos en una o dos ocasiones: Mr. Stephens

compró a Mr. Vicary el **Vice-Regal** en 11,750 francos, pero 5 a 6 mil es el precio ordinario alcanzado por los más bellos.

En suma, las solas razas de perros por las cuales se ha pagado más de 20 mil francos el ejemplar son los collies, los San Bernardo y los bull-dogs.

Los perritos para damas más solicitados en el momento son, como se sabe, los lulú de Pomerania, cuya constitución débil les expone a graves contratiempos. Mientras más chicos, más apreciados son. Y, además, los perros de Pekín que, después de ruda competencia han suplantado a los llamados genéricamente del Japón. De unos y otros se han lucido ejemplares portentosos en exposiciones recientes, exposiciones que para la raza canina tienen la misma importancia que "los Salones" para los artistas.

Entre nosotros, y no sólo en Londres y París, está generalizándose también el cuidado de perros de lujo para entretenimiento de las grandes damas. Ya saben, pues, cuánto ha de costarles mantener este gusto y cuáles son las especies de moda.





# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

|                             |        |
|-----------------------------|--------|
| Agua higroscópica . . . . . | 2.35%  |
| Materia volátil . . . . .   | 39.25% |
| Carbón fijo . . . . .       | 51.40% |
| Cenizas . . . . .           | 7.00%  |

---

---

100.00%

|                                              |        |
|----------------------------------------------|--------|
| Azufre . . . . .                             | 0.92%  |
| Coke (aspecto sólido) . . . . .              | 58.40% |
| CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . . | 7,500  |

---

---

**VENTAS POR MAYOR:** Calle Prat Núm. 178  
Edificio Schwager, 4.º Piso

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

---

**VENTAS POR MENOR:** Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

## ENTRE LOS INDIOS NAVAJOS

Aunque generalmente se dice que los pieles-rojas son una raza degenerada y en vías de extinción, esto no puede considerarse como regla general. Todavía hay en la América del Norte un pueblo indio que lleva una vida próspera y que conserva el vigor, el carácter y las costumbres de sus antepasados, cuyas increíbles y guerreras proezas hemos tantas veces leído con entusiasmo en los libros de aventuras. Este pueblo es el de los navajos, que viven en la parte septentrional de Nuevo México, en la región conocida como Desierto Americano.

Hasta cierto punto, pueden los navajos ser considerados como los beduinos de este desierto. Como los beduinos de Arabia y de Africa, son un pueblo pastor, de costumbres patriarcales, y aunque en otro tiempo temibles por las incursiones que en són de guerra hacían en las ciudades de la frontera entre México y Estados Unidos, desde que, a la terminación de la guerra entre ambas repúblicas, pasó Nuevo México a poder de la segunda de ellas, son gente pacífica, entre la cual pueden penetrar y vivir confiados sus antiguos enemigos los rostros pálidos.

Como el beduino, el navajo pasa una gran parte de su vida a caballo. Erguido en su montadura, envueltas sus atléticas formas en una blusa de brillantes colores y en amplio calzón, con el pelo de azabache recogido por medio de un pañuelo rojo atado detrás, ofrece un aspecto tan pintoresco como digno de admiración. Su atavío completanlo collares de plata, concha y turquesas; en los calzones y sandalias luce adornos de plata, y el mismo metal orna-

menta la brida y la montura de su caballo. Las mujeres, que son tan excelentes caballistas, como sus compañeros, envuélvense en mantas rojas, verdes, amarillas, y con frecuencia envuelven a la vez a sus nenes, que llevan sostenidos con correas, en una especie de cuna portátil atada a la espalda. La confección de esas mantas y de los adornos de plata de los hombres, son industrias indígenas. Muchos navajos son hábiles plateros, y convierten a fuerza de martillo, los pesos mejicanos en toda clase de alhajas: collares, anillos, pendientes, botones, brazaletes, dijes. En cuanto a la fabricación de las mantas, es cosa de las mujeres, que las tejen con la lana de sus ovejas. El viajero encuentra con frecuencia algún rebaño de estos animales pasciendo en el fondo de uno de esos abruptos barrancos que en el país llaman cañones, mientras el bronceado pastor, jinete en manchado "mustang", entona con voz gutural alguna canción salvaje; y poco más allá, a la puerta del "hogan" o cabaña de troncos, la mujer, sentada a la sombra de un árbol, teje en un telar primitivo, en tanto que los niños juegan y ríen en torno suyo.

El navajo es hoy, como hemos dicho, hombre de paz. El viejo guerrero ha perdido su antigua ferocidad, aunque no su intrepidez, y ahora, a la vez que pastor, es agricultor. A lo largo de los acantilados de los cañones, cultiva sus pequeños campos de maíz, porotos y melones, entre los cuales se ven huertecillos, algunos de éstos se remontan a la época de los conquistadores españoles, que introdujeron la semilla.

## Tarifa de suscripciones para el año 1921 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG - ZAG

|             | EN EL PAIS |           | AL EXTRANJERO |           |
|-------------|------------|-----------|---------------|-----------|
|             | Annual     | Semestral | Annual        | Semestral |
| ZIG-ZAG     | \$ 40.00   | \$ 21.00  | \$ 53.00      | \$ 27.00  |
| SUCESOS     | 28.00      | 14.50     | 41.00         | 21.00     |
| CORRE-VUELA | 18.00      | 9.50      | 26.30         | 13.70     |
| PENECA      | 9.00       | 5.00      | 17.30         | 9.20      |
| FAMILIA     | 20.00      | 10.00     | 25.00         | 13.25     |
| PACIFICO    | 20.00      | 10.00     | 25.00         | 13.25     |

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO





En la época del calor, casi todos los Alimentos fermentan en el estómago. Sin embargo

## Alimento Meyer

obtiene en el verano sus mejores éxitos.

ALIMENTO MEYER es el único que ha sido recomendado por los especialistas.

ALIMENTO MEYER es el único que se consume en los Hospitales y Clínicas Infantiles del país.

ALIMENTO MEYER es un producto fresco. Desconfíe de las harinas rancias.

ALIMENTO MEYER es el mejor Alimento para niños, sanos o enfermos y para convalecientes, según lo han certificado los más distinguidos médicos del país.

**ALIMENTO  
MEYER  
ES EL  
MEJOR**



Artigas

La Marca del CALZADO INCOMPARABLE por su belleza  
de formas y la excelente calidad de materiales  
empleados en su construcción

**M. ARTIGAS Y CIA.**

**SANTIAGO, AHUMADA, ESQ. AGUSTINAS**

**Casilla 2970 — Telef. Inglés 83**





# PACIFICO

## MAGAZINE



# Pólvoras Negras para Rifles



# Pólvoras sin Humo para Escopetas

## EXPLOSIVOS



Establecida en 1802

DINAMITA  
GELIGNITA  
GELATINA  
POLVORAS PARA  
VOLADURAS  
EXPLOSIVOS  
PARA MINAS  
DE CARBON  
EXPLOSIVOS  
PARA  
FERROCARRILES  
FULMINANTES  
Y DEMAS ACCE-  
SORIOS PARA  
VOLADURAS  
POLVORA NEGRA  
PARA CAZA  
POLVORA SIN  
HUMO PARA  
USOS MILITARES,  
ESCOPETAS Y  
RIFLES

## Pólvoras para caza

El placer derivado del deporte de la caza depende, en gran parte, de la eficacia y uniformidad de los cartuchos. La superioridad de la pólvora negra para la caza que produce la Compañía Du Pont, se basa en 118 años de experiencia en la fabricación de pólvoras. Esta pólvora es refractaria a la humedad y produce el esparcimiento uniforme de las cargas.

A los cazadores opuestos al humo, recomendamos las pólvoras sin humo Du Pont Bulk y Dense para armas de fuego. Estas pólvoras son modelos en su clase, y se consumen más que todas las otras marcas combinadas.

La pólvora negra Du Pont para la caza, marca "Indian Rifle", se suministra en cuñetes de metal de 11.35, 5.68 y 2.84 kilogramos y en frascos metálicos de 454, 230, 227, 145, 114, 65 y 57 gramos, pesos netos.

Pida nuestro catálogo a

INTERNATIONAL MACHINERY Co.

MORANDE N.º 530, SANTIAGO

# E. I. du Pont de Nemours Export Co., Inc.

Oficinas Principales: 120 Broadway

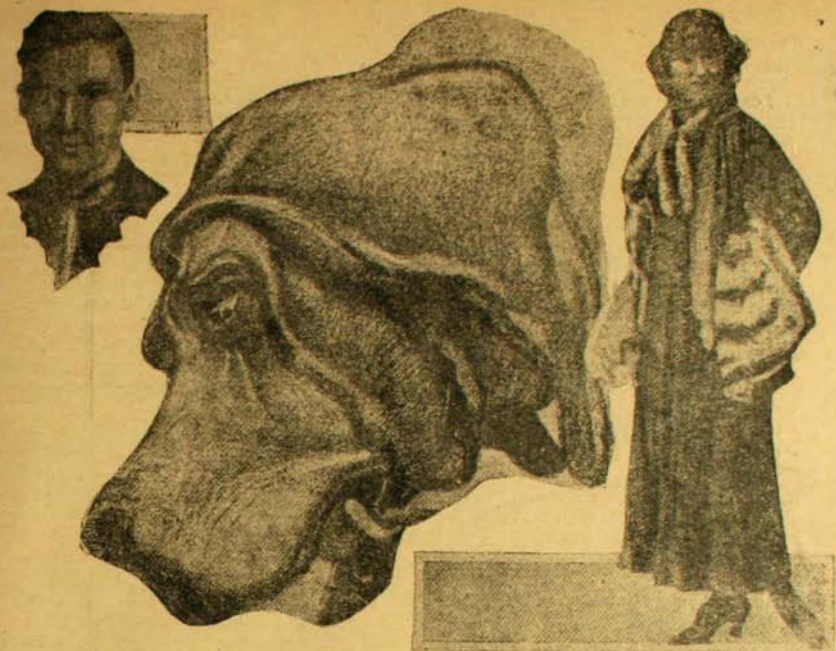
Nueva York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por  
E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc. y Compañías de su propiedad

*Los mayores fabricantes de explosivos del mundo*

OTROS PRODUCTOS DU PONT: Pinturas, Esmaltes, Barnices, Tinturas para la imitación y acabado de maderas, Albayalde, Blanco de zinc, Substitutos de cuero, Telas de hule impermeables, Productos químicos, Tintes intermedarios, Pyralin en láminas y tubos; Peines y Piezas de Marfil para el tocador.





Anson Best, que mató a la joven Vera Schneider (retrato a la derecha).—El perro de caza que descubrió a la policía el sitio del crimen

## CRIMENES CELEBRES

# UN CRIMEN DESCUBIERTO POR UN PERRO

Sonaban las doce de la noche en el reloj del edificio municipal de Pontiac, Michigan, el sábado 24 de abril, cuando dos policías se aproximaron cautamente al pórtico de una residencia vacía situada en una de las principales calles, y examinaron con sus linternas el pavimento. La luz fué a posarse sobre el cadáver de una joven.

Los policías se adelantaron y se inclinaron sobre ella. Hermosa y esbelta, yacía por tierra vestida con bastante decencia, y tendida como para ser enterrada con las manos cruzadas sobre el pecho.

Pero si el cuerpo se encontraba en po-

sición de calma, el rostro presentaba un completo contraste. En efecto, a la luz de las linternas se pudo apreciar que tenía los ojos saltados, los labios negros y que un hilillo de sangre se escapaba por la boca manchando las mejillas y extendiéndose en el pórtico.

Y en torno del cuello aparecían dos pañuelos anudados, haciendo comprender que aquella joven había muerto estrangulada. El asesinato no podía haber ocurrido mucho tiempo antes, pues el frío de la muerte no se había extendido todavía sobre el cadáver, y el brazo que uno de los policías levantó se encontraba aún flexible.

Los policías no habían esperado hacer tan horrible descubrimiento. Los ocupantes de una casa vecina habían visto alejarse a un hombre que partía del pórtico donde se descubrió el cadáver. Pensaron que quizás se había abierto aquella casa, que se encontraba vacía, y la policía ocurrió al llamado de aquellas gentes para cerciorarse sobre si la casa había sido robada.

Los informantes no habían abrigado la sospecha de que hubiese ocurrido semejante tragedia. Varias personas habían pasado por la calle aunque la hora era ya muy avanzada para Pontiac. No se velan señales de lucha ni se habían escuchado gritos de ninguna especie.

Un examen muy detenido del pórtico de aquella casa no acusaba que hubiera sido teatro de la más ligera lucha. Por la condición en que se encontraba el cadáver, podía hasta suponerse que la joven se había tendido tranquilamente en el suelo, atado los pañuelos y extrangulándose a sí misma. Con esta grave objeción, de que nadie puede extrangularse hasta morir y cruzar después las manos sobre el pecho...

Era indudable que allí se había cometido un asesinato.

Se llamaron a las autoridades de policía, y mientras practicaban su examen alguien se acercó por la calle. Era un joven de rostro franco y de buena apariencia. Vaciló. El capitán de policía se le acercó entonces para preguntarle qué hacía en aquel lugar. No se atemorizó en lo más mínimo. Explicó que era forastero, que se había extraviado y que estaba buscando el lugar de su alojamiento. Había escuchado ruidos en el pórtico de la casa, y con ese motivo se acercó para preguntar por su camino. Nada de sospechoso había en aquella explicación ni en la apariencia del joven. Dijo que era Anson Best, y que había venido de Flint, Michigan, con el objeto de buscar trabajo en Pontiac. Dió la dirección que buscaba, se le indicó el camino y se alejó. Los policías se contentaron con tomar nota de su nombre y del sitio de su alojamiento.

En la oficina central de policía, a donde fué conducido el cadáver, se descubrieron huellas de cruces dedos sobre el delicado cuello blanco cubierto por los pañuelos. Claramente se había intentado extrangular con las manos a aquella joven antes de emplearse los pañuelos.

Pronto quedó identificada la joven muerta como Vera Schneider, operadora nocturna de la estación central telefónica de Pontiac. Tenía tan sólo diecinueve años, gozaba de excelente reputación y se había conquistado muchas amistades, no teniendo al parecer enemigos, como tampoco tenía asuntos amorosos o dificultades de ninguna especie.

¿Quién había podido matarla y por qué razón? Y cómo pudo el asesino realizar su crimen sin hacer el menor ruido, y por qué después de cometer el asesinato, se tomó el asesino la molestia de colocar a su víctima en la posición convencional en que fué descubierta?

Inmediatamente todos los recursos de la policía de Pontiac se pusieron en movimiento para encontrar respuesta a las anteriores preguntas. Transcurrió el domingo sin que se consiguiera el menor resultado.

El lunes, a pesar del tiempo transeurrido, se decidió confiar al instinto bruto aquello en que había fracasado la inteligencia del hombre. El asesino, quienquiera que fuese, no había podido alejarse sin llevar consigo pruebas irrecusables de su crimen por lo que sólo se necesitaba encontrar medios suficientemente afinados para descubrir aquellas huellas. Porque era evidente que se había hecho un esfuerzo para limpiar la sangre salida de la boca de Vera Schneider. Además de esto, se encontró en el pórtico de la casa una mancha que demostraba que el asesino había pisado inadvertidamente un charco de sangre.

La facultad de seguir una pista por medio del olfato se encuentra más desarrollada en los perros de caza que en los de cualquier otro representante de la raza canina. Muchos son los casos perfectamente auténticos que sirven de comprobación al admirable instinto de esos animales para seguir una pista de varios días antes, a través de todo género de dificultades. Todo el mundo conoce la capacidad hasta de un perro ordinario para seguir las huellas de su amo a través de las calles de una ciudad por las que constantemente transitan grandes cantidades de personas. Y los perros de caza han sido criados principalmente con la educación que tiende a desarrollar de una manera excesiva esa agudeza del olfato.

Se consiguió una pequeña jauría. Los perros que la formaban fueron conduci-





**El Aceite BAU**  
SIEMPRE ES EL PRIMERO  
**INSUPERABLE**



dos al pórtico de la casa donde se comió el crimen, dejándoles olfatear las manchas secas donde el cadáver había sido hallado. Además, se humedeció un pañuelo y se les frotó con la sangre, hasta dejar suficiente cantidad de ésta tomándola de los labios de la joven muerta. También éstos se les dio a oler a los perros, y entonces, bajo la dirección de su amo, se les dejó en libertad.

Los perros de presa encontraron inmediatamente la pista, y tirando con fuerzas de los collares que les sujetaban, bajaron los escalones del pórtico y se lanzaron a la calle. Varias veces perdieron la pista, pero dando vueltas volvieron a encontrarse de nuevo. Gradualmente fueron acercándose a un cementerio situado a dos cuadras de distancia de la casa. Continuaron a través de éste, siguiendo en forma asombrosa una pista invisible, que para ellos debía ser muy clara, pero que no podían percibir los ojos de los hombres que le acompañaban. Siguieron los perros con una velocidad y confianza cada vez mayor.

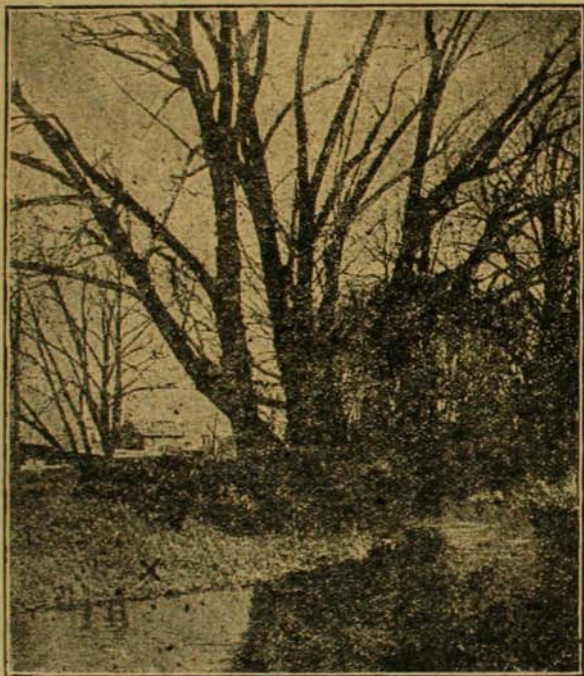
Comenzaron a bajar hacia una especie de torrente, con el grupo de agentes de policía, siguiéndoles muy de cerca. Al borde de aquel torrente se detuvieron.

Aquí los perros parecieron vacilar por algunos momentos y luego tomaron otra pista que conducía de regreso a la ciudad. Pero no habían caminado mucho, cuando se detuvieron como dudando, dieron la vuelta y regresaron al torrente, tratando de encontrar allí de nuevo las huellas perdidas. Varias veces repitieron esta maniobra hasta que al fin se comprendió que los perros habían llegado al límite de sus facultades.

Si su instinto no se engañaba, el asesino había llegado hasta aquel lugar y luego había vuelto sobre sus pasos. En algún punto entre la orilla del torrente y un sitio quizás a un cuarto de milla de distancia, había ocurrido algo capaz de destruir sus huellas y de engañar el instinto de los perros de caza.

¿Por qué se había acercado el asesino hasta la orilla de la corriente?

De una manera muy curiosa e immedia-



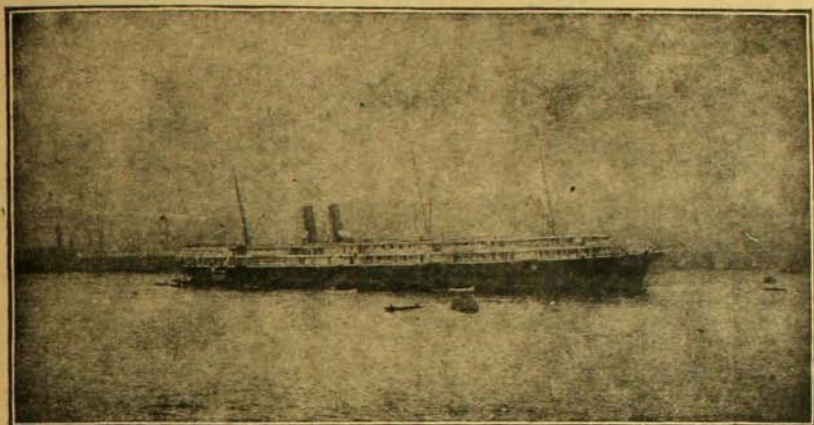
Sitio (+) en que se descubrió el cadáver de la Schneider

tamente después de esas enigmáticas maniobras de los perros, llegaron ciertos informes a oídos de la policía. Se supo que poco después de la media noche en que ocurrió el asesinato, se había visto llegar a un joven como procedente del rumbo del torrente, que se secaba el agua que llevaba en las manos como si acabara de lavárselas. El informante había podido ver claramente a aquel hombre, y como



# Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

**SERVICIO DIRECTO** entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

## “RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

**SERVICIO SEMANAL RAPIDO** entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

## “HUASCO”-“AYSEN”-“PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

**SERVICIO CALETERO QUINCENAL** entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

## “MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

---

**AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.**—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

ONTRE PLAZA.  
Director-Gerente.

la descripción que diera al capitán de policía Schram coincidía de una manera exacta con la aplicable al joven que se acercó al pórtico de la casa donde yacía el cadáver de la víctima y que pretendía haberse extraviado, se enviaron inmediatamente agentes a la dirección dada por Best para que se le aprehendiera. Se abrigaron muy pocas esperanzas como resultado de esa medida. En efecto, ¿no podía considerarse que si aquel joven era el asesino, habría huido desde luego de la dirección dada por él aun en el caso de suponer que aquella dirección no fuera un engaño? O bien, si se le encontraba todavía allí, ¿no constituiría ese hecho de no haber huido, una prueba de su inocencia? Tal era el dilema que tenían ante sí las autoridades de policía.

Nadie se asombró tanto como los agentes, cuando descubrieron que un joven llamado Anson Best realmente se encontraba en aquella dirección, y no solamente eso, sino que con gusto acompañó a sus aprehensores hasta la estación de policía. Allí Best, fué identificado como el hombre a quien se había visto llegar del rumbo del torrente. Esto en sí mismo no habría significado gran cosa, pero la policía no podía olvidar la conducta de los perros de caza y la identificación, más su enigmático comportamiento era una coincidencia que no podía dejarse pasar desapercibida.

Durante largo tiempo Best protestó su inocencia, hasta que al fin, según dice la policía de Pontiac, cedió por completo e hizo una asombrosa confesión. Esta confesión, tal como fué escrita por los agentes de la policía, mientras Best hablaba, es como sigue:

"Lo hice porque ella me lo pidió; porque no una sino muchas veces me suplicó que pusiera término a su vida. No pienso haber hecho mal, en vista de que ella me dijo que la podría ayudar de esa manera, que a nadie podía importarle.

"Conocí a la joven Schneider como a las diez de la noche del sábado, frente al al correo. Se dirigía rumbo al Este, mientras yo lo hacía en sentido contrario. Me habló y yo le contesté. Luego nos reunimos en mitad de la calle.

"Comenzó a hablarme y yo la contesté, y entonces le dije mi nombre y le pregunté por el suyo. La interrogué también sobre qué motivos había tenido para hablar

con un desconocido, pues su apariencia era la de una joven de buena conducta.

"Me contestó cualquiera cosa, pero parecía desconsolada por algo que no me indicó y yo entonces procuré darle alguna calma. Caminamos por la calle Saginaw y cruzamos la vía del ferrocarril. Nos detuvimos en una tienda donde nos sirvieron helados, y luego seguimos a pie volviendo hacia atrás hasta llegar a la casa vacía.

"Nos detuvimos en la acera frente a la casa y entonces ella me echó los brazos al cuello y me besó, hablando allí por algunos momentos. Quiso que fuésemos a sentarnos en la escalinata del pórtico, y así lo hicimos. Ahí permanecimos abrazados por algún tiempo, conversando y riendo. Algo había que la preocupaba, pero se negó a decirme qué era.

"Por último, me pidió que la matara.

"La dije que hacía muy mal con abrigar tales pensamientos.

"Ella me respondió que nada le importaba y que quería morir. Dijo que era el único recurso que le quedaba en el mundo.

"Me preguntó si no tenía un pañuelo o algo por el estilo, porque quería que la extrangulase. En vista de ello, la dije que tenía un pañuelo, y entonces ella me preguntó dónde lo guardaba, habiéndole contestado que en el bolsillo trasero del pantalón. Introdujo la mano a dicho bolsillo y lo sacó por sí misma.

"Lo ató junto con el suyo y los puso en el suelo del pórtico, acostándose sobre ellos. Quería que hiciera un nudo con ambos pañuelos en torno de su cuello, pero yo la dije que no estaba dispuesto a atender su indicación. Continué negándome, y por último me lo suplicó nuevamente, por lo que tomé los pañuelos y los até formando un nudo en torno de su cuello.

"No la extrangulé entonces. La dije que no le convenía morir, pero ella me contradijo, asegurándome que quería que yo la matara. Entonces me echó los dos brazos al cuello, me besó de nuevo y me dijo adiós. Así, sujeté las extremidades de los pañuelos restirándolas. Después de eso llegué al borde del pórtico y me alejé de allí hasta llegar al torrente donde me lavé las manos".

En otra entrevista posterior, la policía sostuvo que Best había declarado que la joven había muerto luchando en defensa de su honra.



Las grandiosas liqui-  
daciones de  
**GATH & CHAVES**

Al darse cuenta de lo que son en realidad las grandes liquidaciones de Gath & Chaves, nadie puede dejar de maravillarse y asombrarse ante los verdaderos regalos que estas incomparables oportunidades significan.



Esta firma, en sus ya clásicas realizaciones de fin de estación, sorprende efectivamente a su clientela con los precios ínfimos asignados a mercaderías de óptima calidad. Así se comprende que cualquiera que conozca un poco el verdadero valor de las cosas, se apresure, en estos tiempos de economía, a aprovechar estas colosales ventajas.

La casa Gath & Chaves sigue liquidando a precios absurdamente bajos todas las existencias de verano, sobresaliendo por su exigüi-

**Gath & Chaves, Ltd.**

La justicia desarrolló gran actividad y Best fué sometido a un proceso antes de que hubiese transcurrido una semana desde la fecha de su aprehensión. Negó haber hecho todas aquellas confesiones, diciendo que le habían sido sacadas por métodos violentos empleados por la policía, pero el jurado, después de cinco horas de deliberación, le declaró culpable, siendo sentenciado por el juez K. B. Rockwell a prisión perpetua.

Durante la vista del proceso sirvió como factor muy importante la labor desempeñada por los perros de caza. Se hizo muchas veces referencia a su instinto incapaz de equivocarse, y se marcó la pista

que habían seguido hasta la orilla misma del torrente.

Al ser sentenciado, Best se puso en pie exclamando con acento dramático:

"Ante Dios declaro que no soy culpable de este crimen. Si el Todopoderoso se encontrara en este salón, diría una vez más que no soy culpable y que soy inocente!"

Que gran número de personas se encuentran convencidas de su inocencia, lo demuestra el hecho de que hayan sido suscritos más de mil dólares por los simpatizadores de su causa para obtener que se le juzgue nuevamente.





PACIFICO  
MAGAZINE

Revista  
ilustrada  
mensual

庚 寅

Febrero de 1921

# SUMARIO

|                                                                                             | <i>Págs.</i> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| DOÑA LUCINDA LASTARRIA DE CLARO, Semblanza por el<br><i>Curioso, Impertinente</i> . . . . . | 101          |
| VERSOS INEDITOS de <i>María Monvel</i> . . . . .                                            | 104          |
| ¿QUE HUBIERA USTED QUERIDO SER? . . . . .                                                   | 106          |
| ESAS VIDAS, por <i>Eugenio Orrego Vicuña</i> . . . . .                                      | 108          |
| LUIS BEETHOVEN, por <i>Aemece</i> . . . . .                                                 | 113          |
| STROBECK, LA CIUDAD DEL AJEDREZ, por <i>M. Withe</i> . . . . .                              | 120          |
| NOTAS VERANIEGAS . . . . .                                                                  | 123          |
| MARIA GRAHAM EN CHILE, por <i>Armando Donoso</i> . . . . .                                  | 139          |
| EL CARNAVAL EN NIZA, por <i>Gabriela</i> . . . . .                                          | 147          |
| EL VASO, por <i>Gabriela Mistral</i> . . . . .                                              | 150          |
| UNA NOVELA DE ANGEL PINO, por <i>Alberto Edwards</i> . . . . .                              | 151          |
| EL MES TEATRAL, por <i>K. Marín</i> . . . . .                                               | 156          |
| CUESTIONES HIPICAS, por <i>Rubryk</i> . . . . .                                             | 159          |
| EL TRABAJO ORGANIZADO Y EL PUBLICO, por <i>Arthur</i><br><i>Rimorel</i> . . . . .           | 163          |
| LA DAMA BLANCA DE LOS HOENZOLLERN, por <i>Aura</i> . . . . .                                | 167          |
| EGOLATRIA, (De Pío Baroja), por <i>Angel C. Espejo</i> . . . . .                            | 171          |
| LOS ULTIMOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EUROPA, por<br><i>Manuel Rodríguez Pérez</i> . . . . .  | 176          |
| LA PEQUEÑA INMORTALIDAD, por <i>Juan Guzmán Cruchaga</i> . . . . .                          | 181          |
| LA APARICION, por <i>E. Baillie R.</i> . . . . .                                            | 183          |
| TRADICIONES POPULARES, por <i>Max Muller</i> . . . . .                                      | 192          |
| VUELOS DE GRAN ALTURA ARTIFICIALES, por el Dr. A.<br><i>Grandewitz</i> . . . . .            | 196          |

NUESTRA PORTADA

CUADRO DE T. NAVARRO





## Doña Lucinda Lastarria de Claro

### SEMBLANZA POR EL CURIOSO IMPERTINENTE

De los patrimonios que caen en suerte a las gentes, los más duros de administrar son, sin duda, los patrimonios espirituales: al hijo del héroe se le exigen heroísmos; al hijo del hombre de ciencia, que sea cientista; al descendiente de un hombre de Estado, que a su vez lo sea. Y así, se es tan exigente con aquellos que llevan un nombre ilustre, que en la mayoría de los casos salen mal parados los hijos en las comparaciones. Más aún: ha llegado a establecerse casi como axioma que los hombres de talento forman hogares mediocres. Habría, por cierto, no pocos ejemplos que probaran lo contrario, aun entre los medios sociales chilenos; pero, sea por prejuicio, sea por ceguera, hálbase continuamente de gentes que escalan situaciones en fuerza de estar premunidas de un nombre ayer ilustre, nombre que, desgraciadamente, no está aureolado en el día, del modo brillante con que pasó a

la historia mientras encarnó en un antecesor meritorio. El dicho aquel "de tal palo, tal astilla", no siempre, en verdad, se cumple, y llama poderosamente la atención, en consecuencia, cuando existe una familia que en conjunto y en detalles refleja el rico tesoro espiritual que se presume es justo corra por sus venas.

Caso notable en Chile de hogar digno de su jefe, fué el del muy ilustre don Victorino Lastarria, hogar constituido bajo la aureola del talento, por un lado, y por la de la distinción, del otro, si se estima la muy esmerada de que era ejemplo su digna consorte, doña Jesús Villarreal e Hidalgo. Cada cual de sus hijos, hombres y mujeres, ha sido del más vivo interés como inteligencia y como carácter, y vistos a la luz pública o en la intimidad,—según el papel que han desempeñado,—han sido ejes, centros o grande parte, cuando menos, de



Doña Lucinda Lastarria de Claro

circunstancias no vulgares. Meses hace apenas que falleció don Washington Lastarria, de grata memoria, y frescos están aún en la vida del país los nombres de Demetrio, de Daniel y de Aurelio, muertos jóvenes—como los hijos de Bello,—y cuando ya habían revelado en la política y en las ciencias prácticas, condiciones que les hubieran alzado al sitio de los esclarecidos.

En cuanto a las mujeres, las que no se han dedicado con toda su alma a ser cultoras de la memoria del padre ilustre, o a constituir nobles siluetas en la intimidad de sus hogares, han tenido de por sí existencias interesantes en relación con las circunstancias. Doña Lupercin, por ejemplo, casó con el notable poeta don Eduardo de la Barra, compartió con el marido bueno y hábil las variadas situaciones en que el vate se vió envuelto, gracias a la nobleza de su carácter y a la fuerza de su talento, y pasó por la vida habiendo cumplido una gran labor difícil.

Y queda, ahora, doña Lucinda, objeto, en buenas cuentas, de esta semblanza.

Insinuado ya más o menos y a la ligera el mareo en que le tocó desarrollarse y atendido el hecho no menos importante de que casó con otro hombre excepcional, con don Lorenzo Claro y Cruz, financiero de alto vuelo cuyo prestigio dentro y fuera del país le llevó nada menos que a ser contratado por firmas extranjeras para que fuera expresamente a fundar instituciones de crédito según sus iniciativas personales, puede presumirse el desenvolvimiento que a través de largos años ha tenido la existencia de doña Lucinda Lastarria.

Para quienes conocieron a don Victorino, es doña Lucinda el reflejo fiel de su personalidad: habilísima, férrea e inflexible pa-

ra lo que estima el bien y la verdad, apasionada como pocas por cuanto la seduce e interesa, mira en torno suyo desde considerable altura intelectual y esbozan sus labios finos significativa sonrisa ante lo que le rechaza o le choca; sonrisa que si no modificara ella con su bondad de alma, sería mortificante por despectiva.

Doña Lucinda Lastarria es lo que suele llamarse todo un carácter: "un blasón", la ha llamado también alguien. En su casa de la calle Ejército, es eminentemente evocativa: ágil de cuerpo y de espíritu, rodeada de retratos y de bustos familiares, próxima siempre a su biblioteca, con diarios y revistas extranjeras al alcance de la mano; expresiva; reúne en ella el ayer y el hoy de nuestra vida ciudadana. Charladora infatigable de memoria prodigiosa, de criterio rectilíneo e iluminado, deja escapar de sus labios como que no quiere la cosa, lecciones y apreciaciones, y críticas, y comentarios de índole tan certera y tan admirables, que para su aplicación y uso se los quisieran los dirigentes de la nación.



Don José Victorino Lastarria, padre de doña Lucinda

No es raro, en consecuencia, que su escritorio íntimo sea algo así como uno de aquellos antiguos salones intelectuales. A la caída de la tarde, coexistencia por su hogar el desfile diario de numerosas personas que no sólo buscan, seguramente, el encanto de su charla plagada de recuerdos y de anécdotas ligados a la marcha del país en épocas memorables, sino que llegan, sin duda, donde doña Lucinda, con la consulta en los labios o en el ademán. Sus propios hijos, que han escalado situaciones expectables, van hasta ella y es acaso en ese escritorio evocador, dentro del ambiente que ella ha sabido crearse de recuerdos y de verdades, donde mejor esclarezcan problemas arduos.



Espíritu el de esta señora, cargado de energías y de bríos cuya prueba ha dado dentro de su hogar modelo y dentro de la sociedad tradicional de Chile; inteligencia la suya, asaltada por preocupaciones sociológicas y políticas, reservadas, generalmente, a los hombres, ha sido también sensible doña Lucinda a las manifestaciones del arte. Pocos años hace, seducida por el mar ante el vasto margen de una playa, cogió los pinceles por vez primera en su vida y logró fijar en acuarelas francamente admirables, su impresión natural.

—¿Por qué no he de pintar yo—se dijo,— así como tantas gentes pintan?

Y triunfó plenamente en ello con sólo voluntad de triunfar.

Y ha sido esa tal vez la única norma de su vida: poner todo su esfuerzo al servicio de meritorias realidades. Ha sumado en ella, por eso, la mujer intelectualmente interesantísima, a la mujer de alma bien puesta que, con serenidad, convencimiento y entereza, afronta la lucha diaria para beneficio social e íntimo.





## VERSOS INEDITOS

(María Monvel, la joven celebrada poetisa autora de aquel "Remanso de ensueño" que tan vivamente y con tanta razón despertó el entusiasmo de críticos y público al ser editado, prepara en la actualidad un nuevo volumen lírico cuya primicia ofrecemos. La musa de María Monvel no es hoy la de antes. ¿Ha ganado?... ¿Ha perdido la poetisa con ello?... Quien la haya leído entonces y la lea ahora resolverá la duda. Por lo menos podemos adelantar que la fuerza inspiradora, el nervio, la audacia antiguos, se han modificado un tanto hacia la serenidad, fin por cuyo alcance luchan en general los artistas.)

## INGRATITUD

*Por el camino de los buenos,  
—agrio camino,—iba tu vida,  
limpia de sombras la mirada,  
de todo mal el alma limpia,  
dándole a todos bien por males,  
flores fragantes por espinas...*

*Y yo traía senda opuesta  
más amplia y fácil, más sencilla.  
De entre los labios juveniles  
me desbordaban las sonrisas  
y mi egoísmo indiferente  
por cada flor daba una espina...*

*Y caminando, caminando,  
nos encontramos en la vía.*

*Al ver tu ejemplo doloroso  
se me borraron las sonrisas  
y se inundó de amargo llanto  
la placidez de mis mejillas...  
Cogí tus manos lastimadas,  
curé con besos tus heridas,  
y te ofrendé todas mis flores  
en haz confuso, yo, tan frívola!...*

*¡Oh, ingratitud! Tú que eras bueno,  
ahí me dejaste de rodillas.  
Para quien más te amó, no tuvo  
tu labio altivo una caricia,  
y fuiste malo y me cambiaste  
todas mis rosas por espinas!*



## FUE ASI

*Es tenaz mi esperanza  
como una llamarada,  
que no amilana el viento,  
que no decrece el agua...  
Y es tan pura y tan fuerte,  
tan azul y tan cándida  
tal como una ancha vía  
de estrellas para el alma...  
Mi sendero es una  
inaudita esperanza!*

*Mas las angustias fueron  
una vez tan amargas,  
que por fin extinguieron  
la luz de mi esperanza.*

*Mi vida quedó en sombras...  
La noche fué en mi alma.*

*Viajero solitario  
a mi lado pasabas,  
y me alzaste hasta ti.  
(Curiosidad o lástima).  
Me clavaste los ojos,  
los miré, y allí estaba  
¡oh, Señor, la pérdida  
y loca llamarada!  
Yo me abracé a tu cuello  
para ver mi esperanza.*



## EL ALMA BEATA

*Otro nuevo martirio, otra nueva agonía,  
otra angustia sin nombre, otro vivo dolor...  
Los tormentos me han hecho como la luz del día  
de blanca, suave y pura... ¿Y aún no basta, Señor?  
Enrojez las piedras de la tortuosa vía  
con mi sangre, y aún me estremezco de horror  
al pensar en la larga pesadilla sombría  
de esta vida que nunca iluminó tu amor.  
Purifiqué mi ser en tan cruentos martirios  
que estoy. Señor, más blanca que tus más blancos lirios,  
y como no te encuentro, me llena de pavor  
la idea de que acaso jamás has existido  
y entonces yo te habría en vano perseguido...  
¡Oh!, ten piedad y muéstrate a mis ojos, Señor!*

# ¿Qué hubiera usted querido ser?

Esta pregunta personal, íntima, absolutamente confidencial en la mayoría de los casos, ha dejado de ser un secreto en lo que a varias personalidades se refiere, gracias al espíritu investigador de uno de nuestros redactores. Especialmente para PACÍFICO MAGAZINE se ha hecho la encuesta comenzada en el número anterior y en la cual nos referiremos a aquellas personas en cuyas actividades esté fija la atención pública. Las respuestas que hoy publicamos son de mismo interés, ora por la sorpresa que provocarán, ora por la sinceridad con que han sido expuestas.

## RESPUESTAS DE:

**La señorita Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane).**

—Lo que soy. Escogí libremente mi carrera, si-



Srta. Elvira Santa Cruz O. (Roxane)

guiendo mi vocación, de modo que sería inconsecuencia desear ser otra cosa de lo que soy

**Don Alamiro Huidobro V.**

—Creo que el individuo que



Don Alamiro Huidobro

más armoniza con el plan superior de la vida, o sea, el que cumple mejor su destino en la tierra, es el que trabaja por el perfeccionamiento propio y el de sus semejantes. Admiro, en consecuencia, ante todo, a los grandes civilizadores de la humanidad.

**De Rafael Maluenda**

—El campeón de box del mundo en mi peso... Este



Rafael Maluenda

deseo no es—como pudieran creerlo algunas personas,—un fumismo de mi parte. Sinceramente creo que la naturaleza me organizó para haber sido un profesional del box y de aquí que me sienta tan incómodo dentro de mi envoltura de literato... ¿Qué explicación le daría Ud. al hecho de que ante un "uppercut" perfecto, ante un

"cross", o sintiendo el ruido seco de un "hook" experimente una emoción profunda, un placer intelectual parecido al que debe recoger el ingeniero que, al resolver un problema geométrico, constata que los extremos de la curva que traza su compás, coinciden matemáticamente con sus cálculos? El box tiene leyes de ritmo y de armonía como el álgebra o como la música; y esta máquina humana no evidencia sus perfecciones infinitas sino sobre la plancha del ring... Yo debí ser boxeador y resulté literato. Dos profesiones que no tienen otro parentesco que el de su fin persuasivo: yo soñaba con persuadir con el puño y el destino me orientó a persuadir con la pluma.

**Don Federico Puga Borne**

—Fraile.



Don Federico Puga Borne



**Don Alberto Edwards**

—Lo que soy: Director de



Don Alberto Edwards

la Oficina Central de Estadística.

**De don Luis Orrego Luco**

—He tenido un ideal distinto en cada época de mi existencia: a los 6 años, dueño de pastelería; a los 15, general victorioso, Napoleón Bonaparte; a los 25, Don

Juan; a los 30, el primer escritor americano; a los 40, un estadista que contribuyese a la reconstrucción de la patria.

En la época presente: un padre de familia feliz, con el horizonte apacible en la tarde serena.

**De Gabriela Mistral**

—Hubiera querido vivir entre el pueblo hebreo y ser la Mujer Fuerte de la Biblia.



Gabriela Mistral

**De don Alberto Mackenna Subercaseaux**

—Intendente Municipal con

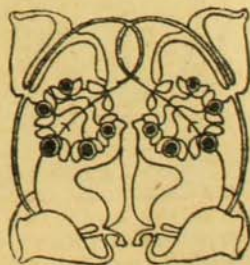


Don Alberto Mackenna S.

poderes dictatoriales y 500 millones de pesos para poder transformar esta gran aldea en una ciudad moderna.

**Don Juan Larraín**

—Me parece que la mejor solución del problema de la vida es la que encontró el Buen Ladrón. Salvo Error o Omisión.



# ESAS VIDAS...

For —————  
EUGENIO ORREGO VICUÑA

La luz meridiana— luz fuerte y enervadora que cargaba los párpados con voluptuosidades de sueño—penetraba suavemente, tamizada por los entornados visillos a la habitación en que Carrasco veía transcurrir las horas penosas de los lánguidos e interminables días de fiebre.

Había en el interior ese confuso desorden peculiar a las habitaciones de enfermo: las prendas de vestir arrojadas encima de las sillas, la mesa de centro y el velador cubiertos de botes y frascos de medicamentos que impregnaba la atmósfera con la acritud de sus olores varios. En las paredes, fotografías y postales inglesas con retratos de bellezas rubias, repetidas en profusión de sonrisas idénticas, alguna instantánea desleída de la madre o de las hermanas, sumidas en un rincón de provincia desde donde esperaban con paciencia benedictina, noticias del ausente que parecían llevar visos de no arribar nunca.

En el lecho, las ropas caídas y revueltas daban sensación de abandono; el enfermo reposaba recostada la cabeza sobre un almohadón en que pareciera haberse inerustado; las manos extendidas a lo largo de las sábanas de dudosa blancura en que los surcidos parecían encajes; las facciones alteradas por una angustiosa sombra de tristeza, mostraban las huellas del mal, en avance constante y contra el cual no valían las recetas decretadas en sus tardías visitas por el

doctor—un médico viejo de melena y barba cuyos sistemas rancios pudieran equipararlo a ese su colega retratado por Lesage—y mal aplicadas por personas que no manifestaban sino el interés mercenario de la gente asalariada; la nariz afilada alzándose hacia el techo enmohecido, como en gesto de protesta y los ojos enturbiados mirando a ratos y vagando indiferentes de la ventana, que era como un receptáculo luminoso, a la mesa y al techo.

Onofre Carrasco, estudiantillo de provincia, hijo de familia modesta con solar campesino en el terruño, había venido a la capital dos años hacía, empujado por la ambición paterna de subir en categoría en los hijos ya que los años no les permitía a ellos renovar su condición intelectual, cuando las horas de bienestar y holganza habían llegado tras de largo batallar con la vida, amasando con sudores y fatigas los pesos que ahora eran augurio para los hijos de días

mejores. Y una mañana otoñal, con doscientos pesos en los bolsillos, una maleta pequeña, y junto a las bendiciones familiares un nutrido bagaje de ambiciones, de proyectos y de ensueños tomó el tren que habría de conducirle a la gran ciudad.

Llegaría a ella con pocos fondos, es cierto, pero todo marcharía por los caminos más risueños: estudios espléndidos seguidos con constancia y afán aun cuando hubiesen de costar el sacrificio de noches pasadas en ve-





la o de días en vigilia, luego exámenes brillantes que hiciesen notorio su nombre en los círculos estudiantiles; un puesto lucrativo para ayudar a la vida que conseguiría fácilmente con los empeños del diputado del departamento, del cual su padre era elector infuyente y en seguida el título que le habría de franquear, abiertas de par en par, las puertas de la fortuna y la celebridad. Finalmente, y ¿por qué no?, el ingreso a los círculos sociales, brillantes, del gran mundo que adivinaba a través de fotografías publicadas en periódicos que solían llegar a su rincón y que contemplara largas horas en el ocio de la vida provinciana. Tal vez un matrimonio conveniente que halagara su vanidad y su amor, epilogaría el castillo de sus sueños. No era difícil, otros que venían de más abajo habían llegado más lejos y acaso no correspondía de derechos eso y mucho más a los que plenamente habían triunfado en la vida? Y él había de triunfar, seguramente; todos lo decían en su pueblo; con su talento, que no era mediano, su instrucción, no escasa, por cierto y su poquillo de ambición en la capital se iba muy allá.

La lucha empezó y con rudeza no sospechada, antes de lo que él mismo hubiera podido figurarse, cuando los pocos pesos se agotaron en los primeros gastos de instalación en una casa de pensionistas a que lo condujeran los buenos oficios de un estudiante coterráneo, compañero suyo. Los estudios empezados con entusiasmo y ahínco iban añejando en el calor de días y desengaños. El puesto prometido con sonrisas y palmas en el hombro por el diputado departamental no llegaba nunca: no había vacantes en los ministerios y luego, si se presentaba alguna, eran tantos los empeños y tanto los intereses creados respetables que tomar en consideración; alguna tarde lo llevó a presencia del Ministro que no escaseó sus promesas, pareciendo interesarse por él, pero luego, cuando las proximidades de una vacancia aseguraban ya el logro de sus ambiciones, una crisis ministerial vino a echar por tierra una vez más sus esperanzas. Fue necesario para subsistir aun dentro de lo modesto de su vida y era bastante, solicitar repetidas remesas de dinero al terruño, remesas que la estrechez paterna no siempre

permitía llegar con oportunidad; y así, cesado el crédito de la dueña de pensión que se cansaba de fiar y no escuchaba ya con buena cara las promesas repetidas del estudiante que afirmaba sus deseos en mil recursos imaginarios, fué preciso restringir más aún la estrechez sórdida de su vida solitaria, cambiando de pensión, empeñando las ropas cuando las circunstancias apuraban, ¡y apuraban a menudo!, renunciando a los halagos más insignificantes, hasta al cigarrillo barato de hoja con que a las veces solía adormecer el hambre, consolándose de tantas malas andanzas como pueblan la vida de los estudiantes sin hogar y sin fortuna.

Amigos casi no tenía, y cómo tenerlos cuando los recursos estrechos no le permitían dar expansión ni siquiera a las satisfacciones del espíritu que son las menos costosas, pero para las cuales también suele requerirse de dinero; que este suele ser la medida en que caben aun las afecciones del orden moral... Los tuvo sin embargo, compañeros en las clases de Medicina que le manifestaron simpatía y hasta le proporcionaron ayuda en sus primeros apuros, pero dejó de concurrir con la frecuencia de siempre a las clases pesadas y lánguidas en que se labraba su porvenir—el porvenir de sus sueños—y esos amigos del azar también empezaron a faltarle, que la miseria no siempre es lazo que une o insentivo que atrae. Uno le quedó, fiel en el naufragio de tanto proyecto dorado y de tanta ambiciosa ilusión, un muchacho provinciano como él, mayor en edad, que en su día llegó también con el bolsillo ligero y la mente repleta de esperanzas, llevando bajo el brazo ese eterno bagaje de los que parten a la conquista de la vida sin otro capital que sus propias ilusiones; los desencantos vinieron a su turno y esa comunidad de amargura los unió fuertemente. Era un muchacho cojo y taciturno que engañaba las tristezas de su espíritu silbando aires populares o leyendo a Shopenhauer en sus ratos de ocio, que eran lo más.

Cuando el año escolar tocó a su término y llegó la época de los exámenes, éstos no dieron ni con mucho el resultado que Carrasco se forjara en el terruño; no fué una desilusión más, porque ya se lo habían he-

cho entrever sus continuas inasistencias y las amonestaciones de los profesores que en su estimación no le habían acordado un lugar de privilegio; allá en su rincón tendrían, sí, un desencanto el viejo maestro que lo animara en su proyectos juveniles y el cura de bondad bíblica que lo exhortara en horas de aburrimiento dominical a no abandonar el buen camino.

El nuevo año empezó mal. Ya los ánimos habían ido debilitándose paulatinamente y nada esperaba de lo que se imaginara en los comienzos de sus estudios. Nuevas inasistencias, nuevas amonestaciones, cansancio físico, una laxitud moral que lo empujaba al abandono de todo proyecto, de toda ambición. Una filosofía de mahometánico desprendimiento había sustituido a ese optimismo comunicativo y sano de otros tiempos. Viniera lo que viniera, bien podía llegar sin que se alterasen sensiblemente sus nervios habituados ya a las peores impresiones y relajados en la constante renovación de amarguras, decepciones y miserias.—“¿Qué podrá ocurrirnos de peor, Campito, que no nos haya ocurrido ya?”

—solía preguntar a su compañero de tristezas, que invariablemente encogía los hombros, silbando algún aire. El canónigo, como irónicamente la llamaban sus compañeros, había llegado a una situación espiritual de suprema serenidad, según decía, situación envidiable porque se aproximaba a la muerte, que era el bien mayor que podía esperarse de la vida; en ese estado ni se deseaba nada ni nada se esperaba tampoco, a excepción de esa muerte que era como una compensación y un puerto de arribo. ¡Ah, la muerte, la gran amiga, la incomparable señoradora! El “canónigo”, al hablar de ella, tenía una sonrisa de voluptuosidad. “Es la

única amiga, decía, de los que no podemos gastarnos otras”. El licor era por cierto un complemento necesario de su filosofía, que ayudando a pasar las penas, (no las sentía él ya) preparaba para el gran objeto, para la finalidad por excelencia de todo. Y así solían irse juntos por las noches a los chinchales y tabernauchos de ultra-Mapocho en donde veían correr las horas haciendo reflexiones amargas y libaciones baratas. Y de regreso, al amanecer, cuando los mozos con modos poco corteses los ponían a la puerta, regresaban dando traspiés por las aceras solitarias en donde los pasos desiguales de Campito, acentuados por la cojera, tenían un compás que a Carrasco se le antojaba alegre.

Allí, en algún flizgón de último orden, que sus dueños bautizaran con nombre de héroe popular, encontraron un mozo que tuvo para ellos simpatías, de compasión. Les contó su historia. Había venido de una aldea lejana empujado por aleteos de la negra honrilla que lo impulsaba a hacer algo, a subir más allá, y como tantos otros que en su pueblo estudiaron las humanidades con ambiciones

de ir más lejos, empezó una carrera que interrumpida en los primeros años no la prosiguió. Agotóse el dinero, lo arrojaron de la pensión, de su casa no le contestaban ya las cartas que eran solicitudes constante de fondos, acompañadas de promesas que no podía cumplir y ¿qué hacer? Optó por lo mejor que podía, armonizando tendencias y situación y a vuelta de andanzas y malaventuras había venido a parar en mozo de taberna. Y allí se sentía bien, no lo podían dudar; ¿por qué no imitarlo? El “canónigo”, estuvo tentado; Carrasco que se sentía aún aguijoneado por un resto de sus antiguos





deseos, rechazó rotundamente. Allí iban a parar la mayor parte de las noches gustando la charla del mozo y aceptando sus invitaciones.

Amores. Eso era lo que le amargaba más. La página de su vida estaba completamente en blanco, una página gris, tristemente gris; otros en fin, podían contar en su haber sentimental alguna historia vulgarísima, uno de tantos lances como sobrevienen a todo el mundo y se cuentan numerosos en la vida de todos, pero él nada, ni siquiera eso; acaso de ternuras femeninas no había conocido otras que la caricia fatigada de alguna meretriz que guardara en lo hondo un dejo romántico. Cuando llegase la hora melancólica de los balances, nada podría sumar porque no había amado nada, o lo que aún era peor, no lo había amado nadie; su archivo quedaría vacío como el de tantas otras vidas vacías que nunca conocieron el fuego de una pasión, ni el calor de una sonrisa de mujer, que nos fuese exclusiva. A propósito de ello, recordaba una anécdota de Huissman que ponía en su boca un sabor amargo. El, como el ilustre escritor, acaso vería llegar la hora final, creyendo haber amado a muchas mujeres y sin haber en realidad conocido el amor de ninguna.

Pero una había en cuya admiración—silenciosa admiración de todos los instantes—había puesto las mejores energías de su espíritu, las calladas actividades de su alma; una mujer que no le correspondería jamás y que tal vez no lo sabría nunca. Estaba muy distante, a mucha altura de su pobre condición y acaso por eso mismo la amaba más hondo. Era una muchacha preciosa del gran mundo, cuya silueta delicada y grácil de chiquilla aristocrática, había entrevisto en un retrato que recortara de una revista ilustrada y que a la cabecera de su lecho de enfermo montaba guardia junto a una imagen milagrosa que le diera su madre en la víspera del viaje.

¿De qué esencia recóndita se componía ese amor?, ¿qué factores lo habían gestado y qué aspiraciones lo alimentaban? El mismo no hubiera podido respondérselo; la amaba porque sí, porque en sus ojos, vistos através de la fotografía, había encontrado una chispa de luz. La amaba de lejos, sin esperar

nada, acaso sin nada desear; la sabía tan imposible que sólo el saberla le bastaba para su vida interior. Era como cuando en una estrella ponemos nuestras complacencias.

La dividió de cerca en dos ocasiones, a la postre de haber rondado largos días los alrededores de su casa y fué en ambas como una visión que pasase rápida, casi intangible. En una de ellas la sintió reír. Si hubiera sido poeta, la luz de una mirada, de esa única mirada que al subir a su coche vagamente tendió a su alrededor, y de la que le debió tocar alguna parte, hubiese bastado para iluminar su interior, brillando eternamente en lo hondo de su espíritu.

Esa fué su postrer satisfacción, la última que acaso le reservaba la vida, tan avara para él de los dones que hacen amable la juventud cuando no se forma parte de esa triste ronda miserable de los desheredados.

El año de estudio, el segundo que pasase en la capital, finalizaba aún más tristemente que el anterior. Los desarreglos continuados de su vida, pasada casi en constante ebriedad, habían acabado arrojándolo en una cama con fiebres malignas, que el médico que lo asistiera calificó de pulmonía. Para esos menesteres fué preciso buscar dinero que ya no se hallaba por ninguna parte; no le quedaba nada que empeñar; fué el "canónigo" el que salvó la situación desprendiéndose de la última prenda escapada al naufragio, un abrigo que en el pasado invierno les había prestado valiosos servicios.

Y allí, tumbado en el lecho, había pasado casi sólo los interminables días en que la enfermedad avanzaba lentamente, agotando las pocas fuerzas que le restaban. Campito solía acompañarle de tarde en tarde, tatареando con voz vinosa y entre dientes una canción de moda.

¿Qué sobrevendría? ¿La muerte por exhaución de esa vida miserable arrastrada largos meses sin la satisfacción de un éxito ni el consuelo de una esperanza que pusiese una gota de bálsamo en la herida sangrante? A Carrasco no le importaba. Ya podía ver en su busca y la acogiera con la mejor de sus sonrisas; sería la huéspedes única que no le trajera amargor de sinsabores, la huéspedes callada que sin exigirle pagos ni ofrecerle desprecios le proporcionaría lo que

más ambicionara, la serenidad de una paz sin quebrantos ni dolores, sin dudas ni angustias. ¡Oh, que viniera al fin, los brazos muy abiertos estaban prontos para acogerla con inmensa ternura, como a una hermana o como a una madre que llegase a depositar en nuestra frente el casto beso que es símbolo de los amores puros y sin mácula, de esos amores que tuvieran en el fondo de su alma el sitio que se reserva a las cosas que se ambicionaron mucho y que nunca llegaron, a esas cosas que por ser muy hermosas o muy santas las sabremos siempre muy lejanas.

Con la mirada vaga, fatigado de ese reposo forzado que no era reposo, hacía el balance de su vida, ese amargo balance en que el desequilibrio enorme entre el Debe y el Haber le hacía desear como buenas las más tristes soluciones. En su imaginación, exaltada por la fiebre, se daban cita con ese relieve de los grandes momentos las escenas de su vida pasada, y eran todas como gotas de un líquido amargo que fuese llenando su alma de dolorosa angustia hasta desbordarla. Triste era pensarlo, pero hurgando el pasado muy lejos y muy adentro nada encontraba que fuese la sombra de alguna alegría. La alegría sin duda no se había hecho para él. Dios al crear a los hombres los había

distribuido en dos lotes. El de los felices, el de los contentos, el de los hartos, el de los que nada ambicionan porque todo les sobra, y el otro, el de los amargados, el de los desheredados, el de los pobres, el de aquellos que como el Maestro habrán de estar tristes hasta la muerte. ¡Y a él le había tocado ese lote!

¡Viviría? ¡La muerte invocada tantas veces en horas de delirio y de alcohol, llegaría por fin a libertarlo? Bien le quedaba la esperanza de que el médico viejo y descuidado lo empujase a pasar el gran charco; otros, aun los más miserables y los menos afortunados, llegada la hora suprema, se aferran a la vida con angustiados anhelos y temor pavoroso; pero él no; esperaba y era la suya una esperanza vaga como un deseo, el que ese hombre de barbas nazarenas que llevaba hasta su lecho la voz de la ciencia humana, yo ayudase a partir. Si viviera, y no quería pensarlo, el panorama que se presentaba a su imaginación, era desoladoramente negro; tristezas y más tristezas, decepciones incesantes, y junto a eso el fantasma de mayores miserias. ¡Ah, si ese hombre lo salvase!

Y plegó sus labios en un rictus trágico. El sol meridiano, afuera, se filtraba por las persianas entornadas.







Nació en Bonn, el 16 de diciembre de 1770; murió en Viena, el 26 de marzo de 1827. El mundo artístico-musical conmemora en estos días el CL aniversario del nacimiento del glorioso maestro.

"Luis de Beethoven." Así reza la leyenda del monumento que la ciudad de Bonn erigió en memoria de su hijo inmortal. Así, esnetamente el nombre y el apellido de quien no necesita adjetivos ni títulos para llenar el mundo con su recuerdo y con su obra imperecedera. Término de aproximada comparación con ella sólo puede hallarse en la ingratitud del orbe artístico, que hoy conmemora el CL aniversario del glorioso autor de la Novena Sinfonía.

Obra de reparadora aunque tardía justicia, completada por un fervoroso acto de atrición, es la que viene realizando, porque la historia de Beethoven es la de un genio, pero a la vez la de un mártir Y cruel verdugo del excelso músico lo fué la masa que hoy le adora, como un día le atormentó desoyendo el juicio del más grande de los maestros de su

época, ultrajándole en su honra y abandonándole en la miseria cuando ya su verbo creador fulguraba, que a tan desconsoladora



En 1816



Beethoven en 1814

deducción lleva el sereno recuerdo de episodios que es bien exhumar.

Cuando Beethoven, pianista precoz, aparece en Viena ante Mozart, y con los temas que le da improvisa, el auditorio, absorto, espera el juicio del maestro, que finalmente exclama:

—¡Este mozo va a dar mucho que decir!  
¡Dios mío, qué hubiera dicho el autor de Don Juan si el Cielo le concede pocos años más de vida para oír alguna de las grandes producciones del mozo en quien tan certera-



El sueño de Beethoven

mente adivinó los dones que hoy admira el mundo entero!

Y sin embargo, el vaticinio no fué escuchado. Comenzaba el calvario del joven compositor, que sobre el clavicordio había de llorar amarguras de su alma noble y generosa.

Cuando enviaba a Londres a Fernando Ries uno de los dos únicos discípulos predilectos que tuvo el manuscrito de su obra 106, le decía en una carta que era todo un poema de abnegación: "Vende como puedas esa mi última producción, porque carezco de dinero para llevarme pan a la boca". Y cuando, encerrado en un rincón, alejado de la capital, dedicaba sus ocios a comunicarse por carta con el otro de sus más amados discípulos, el archiduque Rodolfo, trazaba como final de una epístola estas frases, que eran una tragedia:

"Que se me discuta y hasta se hable mal de mí, no me importa, y decidido estoy a no meterme en réplicas. Lo que me atormenta y me indigna es que se profane la memoria de mis padres, y especialmente la de mi honradísima y santa madre".

La calumnia se ensañaba traidora en el corazón de Beethoven diciéndole que el insigne maestro era hijo natural del Rey de Prusia.



Retrato, por Wichalek

No debe extrañar que su carácter se agriase haciéndole aparecer como hombre adusto, como misántropo incorregible, ante la sociedad, que no le comprendía por ser harto pequeña para alma tan grande.

Del hogar le alejan los malos tratos de un padre ineludado y beodo, contra cuyos vicios nada pueden las súplicas y lágrimas de la amorosa madre.



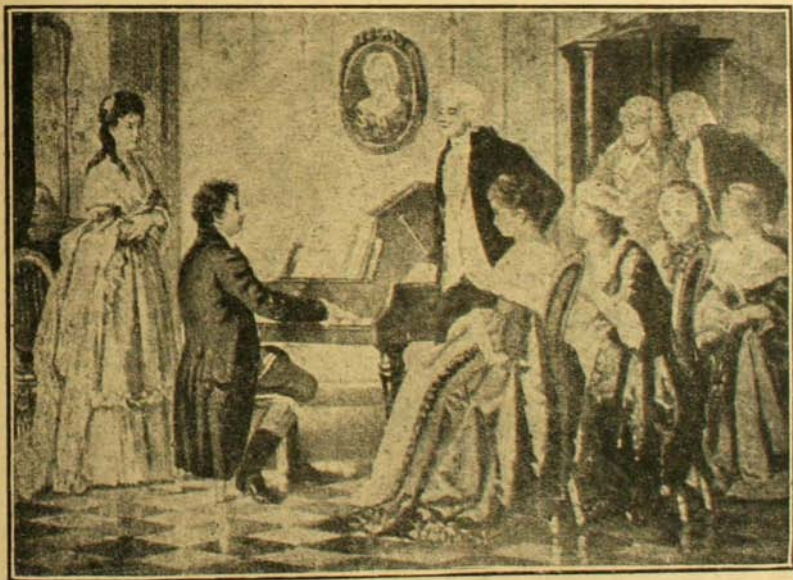
Por instintos malsanos e indómitos toma Haydn las ansias de emancipación de las rigideces escolásticas que siente el discípulo. trae la enfermedad que le lleva al sepulcro. Esclavo de su inflexible conciencia, y de su modestia inmaculada, rehúsa los puestos oficiales y retribuidos que se le brindan, porque entiende que es hipotecar sus ideales y poner reglamentarios límites a su libertad para el trabajo, y sólo cuando, solicitado por Jerónimo Bonaparte para enriquecer su corte de Westfalia con el más poderoso genio del divino arte, cede a los requerimientos de sus buenos amigos, y admite una pensión que el Estado le otorga por mediación del príncipe de Lichnowsky, pensión que reduce más tarde la penuria del Te-



Casa natal de Beethoven, en Bonn

En sus últimos años ha de recoger al pobre niño que su hermano Carlos le encomienda al morir, y para librar a la criatura de las despiadadas garras de una mala madre sostiene un litigio que consume sus ahorros, para que corresponda a tanto desvelo el sobrino hundiéndose su juventud en el cieno de una vida disoluta, a la que las autoridades de la capital intenta poner término con una orden de extrañamiento que hace a Beethoven abandonar su retiro para ir a interceder por el malhadado pariente maestro de Viena, y en este viaje con-

soro, agobiado por las cargas de la guerra. Su admiración a Kreutzer le inspira la So-



Beethoven en casa de Mozart

nata del violín y piano que el gran violinista entonces maestro de la Corte de Luis XVI y María Antonieta, no sólo se digna ejecutar, sino que ni siquiera la lee. Devoto cultivador de la literatura y la filosofía de Homero, Platón, Horacio, Plutarco y Virgilio, convive con sus doctrinas y su poesía, que palpita en la obra sinfónica beethoveniana, inclinando a Berlioz a creer que Beethoven pensó en la *Iliada* al forjar en su imaginación la figura de un héroe homérico, que finalmente encarnó en la de Napoleón Bonaparte, musa inspiradora de la Tercera Sinfonía; pero el candillo libertador se hizo coronar Soberano, y el desengaño hizo al maestro rasgar el manuscrito de su hermosa página, para que andando el tiempo substituyese con una marcha



Retrato, por Waldenüllers, 1823

ño de imposible realidad lleva tormentas y convulsiones de desesperación a su espíritu. Respetuoso con las reglas del clasicismo, aunque en alas de su genio las sobrepase en vuelo innovador cuando vuelve de la Fantasia a la Sonata, y sobre todo cuando concibe e instrumenta sus últimas Sinfonías y su gran Misa, rehusa la visita de Rossini, perturbador del arte, usurpador de la inspiración de los patriarcas de la música para hacer de ella tráfico mercantil y el mundillo mal llamado filantrópico, capitaneado por los editores que habían explotado y maltratado a Beethoven, pagándole en moneda equivalente a la nuestra poco más de 300 pesetas por el famoso Septimino y poco menos que 150 por algunas de sus Sonatas, se revuelve airado contra el coloso por su obra artística y sólo pigmeo por su humildad, acusado de



Retrato por Kloeber, 1818

fúnebre a la memoria de un héroe la Triunfal, cuyas culminantes frases llevó a uno de los tiempos de la sinfonía en do menor, ¡esa magnífica Quinta Sinfonía, que señala uno de los avances más gallardos de su autor en la concepción orquestal, y que hoy aplauden los públicos con entusiasmo rayano en frenesí!

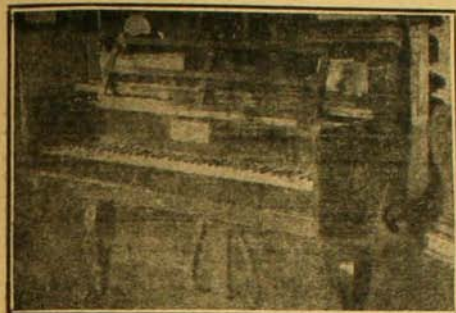
Si su corazón siente los anhelos del amor, la mujer que en Gratz despierta una pasión plácida, de la que puede ser reflejo la sonata *Claro de luna*, en la que Liszt adivina una flor suspendida entre dos abismos, no corresponde al sentimiento de la enamorada alma del maestro. Y cuando pone sus ojos, sin medir niveles y diferencias sociales, en la condesa Julia Guicciardi, el suplicio de un sue-



Retrato, por Dietrichs, 1826



soberbia a quien rechazó a Rossini en frase irónica, pero rigurosamente justa, replicando a los que le decían que el autor de *El barbero de Sevilla* guardaba en su música las líneas



El piano de Beethoven

clásicas que, en efecto, las guardaba tanto, que se las apropiaba.

Llega a atribuirse falta de fe religiosa al maestro, que en su juventud y en las postrimerías de su existencia cantó con más efusión y sublime elocuencia los santos misterios de la Iglesia.

Al nobilísimo corazón que expresa tanta ternura cuando en la Sonata dedicada al archiduque Rodolfo, al llorar la partida del entrañable amigo, y finalmente la alegría infinita por el regreso se le supone receptáculo de todas las esquivaces humanas.

Y cuando taciturno, doliente de males del alma, y del suplicio que le impone una terrible sordera, se aísla de sus relaciones en Viena y pasea sin compañía, buscando en la soledad alivio e inagotable inspiración, las gentes le llaman loco, las mujeres que amó le compadecen, las que hubieran deseado ser amadas de aquel hombre, de rostro redondo y vigoroso y ojos grandes y expresivos, le dedican una sonrisa burlona, y los hombres, que por no comprenderle acumularon sobre su mérito regateos y sobre su espíritu sombras insidiosas. le miran con esbozos de cínico desdén... ¡Loco sublime, que precisamente en aquellos últi-

mos años de su existencia crea la grandiosa arquitectura de su música sinfónica, deslumbrada con nuevas sonoridades y escribe su monumental Novena Sinfonía con coros, de la que dice Berlioz que pudo hacer exclamar a su autor: "Ahora venga la muerte, porque mi misión está cumplida", y la que hizo que, al oírla, despertase a la vida de la música otro genio que, como el de Beethoven, asombrase al mundo: Ricardo Wagner! También se le imputó inconsciencia en sus ideas políticas, porque admirado de su portentosa segunda Misa entre Luis XVIII de Francia, le ofreció una medalla de oro con esta inscripción: "Dada por el Rey"; de vesánica intransigencia, porque su más hermosa Sonata no tenía dedicatoria, como las anteriores, acaso porque se la dedicó a sí propio, ya que en ella reflejaba an-

sias, torturas, violentas luchas de su corazón que nadie podía adivinar y menos comprender, y, en fin, se pretendió señalar las postreras producciones de su gigantesca labor de cuartetos, extravagancias melódicas, infracciones de las reglas armónicas, heréticos alardes de innovadora composición, y era que los que admitían una posible rivalidad recesiniana, ¡profanación de las profanaciones!, eran impotentes para medir la altura en que volaba la mentalidad artística de Beethoven.

Weber, cuya influencia doctrinal sobre el autor de *Fidelio* se palpa en páginas como *Leonora y Egmont*, lo predijo al exclamar: "Ni yo ni maestro alguno sujetará la imagi-



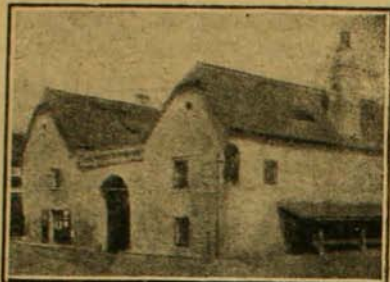
Beethoven oyendo a Schubert

nación fogosa de este músico, que lo que no sabe lo adivina, y lo que le falta lo crea por ultraterrena intuición."

Ciertamente, la emoción que producen algunos de los pasajes de las sinfonías Tercera y Sexta hace creer que Homero no diría más que lo que expresa de la Marcha fúnebre de la Heroica, si Virgilio ponderaría los encantos de la naturaleza con más intenso colorido que la Pastoral.

Obras son las nueve sinfonías de belleza impercedera y lozanía inextinguible. Sembrantes al oro, al que el trascurso del tiempo da más valor, no pierden los destellos de la pureza de sus ideales; atraen y atraerán eternamente a los públicos, y en esta fascinación, que se traduce en entusiasmo que toca en el delirio, se agita el espíritu de reparación, tardía, sí, pero reparación al fin de la tremenda injusticia que sus contemporáneos cometieron con el más genial de los músicos de las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX.

Treinta mil almas compungidas escoltan el cadáver del maestro en el entierro. Todavía tarda cuatro años la Sociedad Amigos de la Música de Viena en desagraviar la memoria del inmortal autor del admirable drama mu-



Casa de Beethoven en Hellenstein

sical **Fidelio**, de la desgarradora elegía **Ade-  
laida**, del incomparable oratorio **Cristo en el  
monte Olivete**, y cuando se conoce el testa-  
mento que otorgó el año 1820, siete años an-  
tes de morir, se sabe que el **pobre loco** ha-  
bía pensado muchas veces en suicidarse  
arrastrado como por un huracán a la deses-  
peración por sus aflicciones morales y la  
honda tristeza que le causaba la pérdida del  
sentido de oír desde la edad de treinta años;  
es decir, desde que esplendió como nunca su  
verbo creador de las últimas cinco sinfonías,  
de su Sonata obra 110, de su Misa, en re...

Entonces se supo que el misántropo, el ta-  
crío, había costado de sus míseros ingre-  
sos una pensión a la viuda de su maestro de  
piano, Herkel, y que había contraído deudas  
para salvar la situación angustiosas de sus  
desordenados hermanos y dar educación al  
sobrino ingrato que pagó con malas acciones  
el cariño paternal y los sacrificios de Bee-  
thoven.

Entonces se pensó en ordenar, purificar de  
infames mistificaciones y publicar las obras  
del magno músico de Bonn, sobre las cua-  
les cayeron los editores como grajos sobre un  
cadáver insepulto.

En los solemnes funerales que Viena cele-  
bró en sufragio del alma de Beethoven fué  
cantada la misa de Réquiem de Mozart.

Existe una leyenda acerca de esta célebre  
misa: Un personaje de la Corte que ocultó  
su nombre encargó a Mozart que compusiese  
una misa de Réquiem, indicación o deseo de  
una alta personalidad. El misterio no llegó  
a aclararse, y como cuando la labor estuvie-  
se terminada sorprendió la muerte a su glo-  
rioso autor, en su funeral se cantó, que nun-



Estatua de Beethoven, por Max Klinger

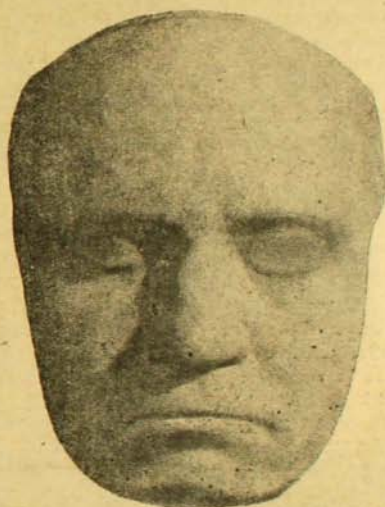


ca con más motivo pudo decirse que a todo señor todo honor.

Si se deja volar a la imaginación en alas de la fantasía, ¿por qué no admitir que el presentimiento encarnó en forma humana para pedir a Mozart que escribiese su célebre misa para que un día se entonase por el alma de Beethoven?

Mozart fué el que predijo lo mucho que daría que decir el mozo que apenas educado musicalmente sorprendía a los maestros repentinando en el clavicordio sobre temas forzados. Mozart quien le rezó con su misa de Réquiem el más solemne y magnífico responso.

Creemos que el presentimiento es un lenguaje espiritual de los genios.



Mascarilla del inmortal músico



Los niños de la escuela. Al fondo, la histórica torre del ajedrez.

Los aficionados al noble juego que estudió magistralmente nuestro Rey D. Alfonso el Sabio, y que ha dado fama universal a campeones como Ruy López Morphy y Capablanca, acaso no conocen un interesante vivir de ajedrecistas, único en el mundo; un pueblo en el cual todos los vecinos, desde los párvulos en la escuela hasta los ancianos en el rincón del hogar, dedican la mayor parte de sus ocios al cultivo del juego del

ajedrez. Ese pueblo es Ströbeck, situado cerca de Halberstad (Sajonia).

De Ströbeck puede decirse, sin incurrir en exageración, que es el mayor casino ajedrecista que ha existido y existe en el orbe.

La devoción al juego del ajedrez reviste en este pueblo-casino caracteres verdaderamente originales.

En tiempos muy remotos un príncipe de los vénedos, oriundo de Sarmacia, cayó pri-



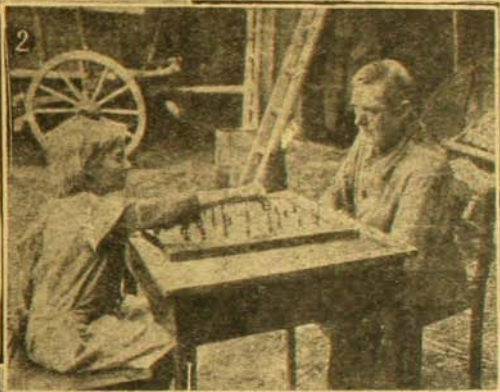
El juego del ajedrez en el colegio, bajo la vigilancia del maestro.





sionero de la hueste de Ströbeck, que lo puso a buen recando en el histórico castillo que aún gallardea en la citada localidad sajona.

El cautivo, para distraerse en las interminables horas de soledad y de reclusión, convirtiéndose en maestro de ajedrez de sus carceleros, que se aficionaron con apasionado entusiasmo al disfrute de las emociones del gambito y del jaque doble. La afición de los guardianes del prin-



En Ströbeck juegan al ajedrez todos y en todas partes. 1, en el patio de una granja. 2, abuelo y nieta. 3, con el tablero sobre el yunque.

con la tradición, siguen rindiendo culto a este juego y elevándolo a la categoría de verdadera institución local.

En Ströbeck se registra el caso curiosísimo de que la enseñanza del juego del ajedrez figura con carácter obligatorio en los programas de las escuelas primarias de niños y de niñas. Y los alumnos acuden a las escuelas provistos de tableros, peones, reyes, torres, alfiles y caballos, ejercitándose desde la infancia

en las ingeniosas combinaciones de este interesantísimo ejercicio.

En los hogares, en los sitios públicos, en todas partes hay siempre entabladas partidas, en las cuales rivalizan pequeños, adultos y viejos, aprovechando cualquier momento de descanso en sus tareas.

No suelen cruzarse apuestas, ni hay, por consiguiente, estímulos de lucro material en los torneos que diariamente se reúnen en Ströbeck. Los ganadores se dan por bien pagados con la satisfacción de vencer a sus adversarios, y éstos, convencidos de que perdiendo se aprende a ganar,

cípe contagiase intensa y rápidamente a los demás habitantes de Ströbeck, transmitiéndose a sus descendientes, que, respetuosos aplicanse con redoblado interés a perfeccionarse en este arte, soñando con obtener el codiciado título de maestros ajedrecistas.

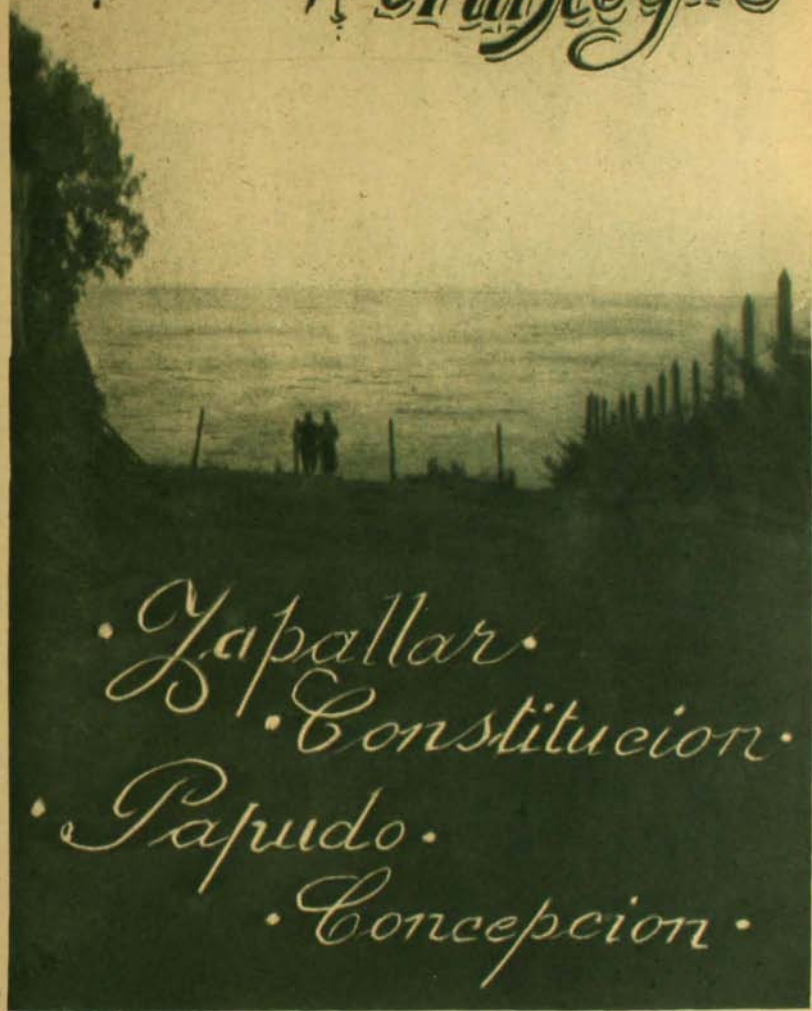
Testimonios de la afición dominante en el vecindario de Ströbeck aparecen por doquiera en ese pueblecito. Así, las molduras de la puerta de la escuela están ornamentadas con reproducciones en gran tamaño de las piezas de ajedrez.

En el salón de lectura se encuentran las principales revistas europeas y norteamericanas que dedican atención especial a los torneos ajedrecistas, y, en fin, en los edificios públicos descuellan retratos de los más famosos jugadores de ajedrez.





# Notas Veraniegas

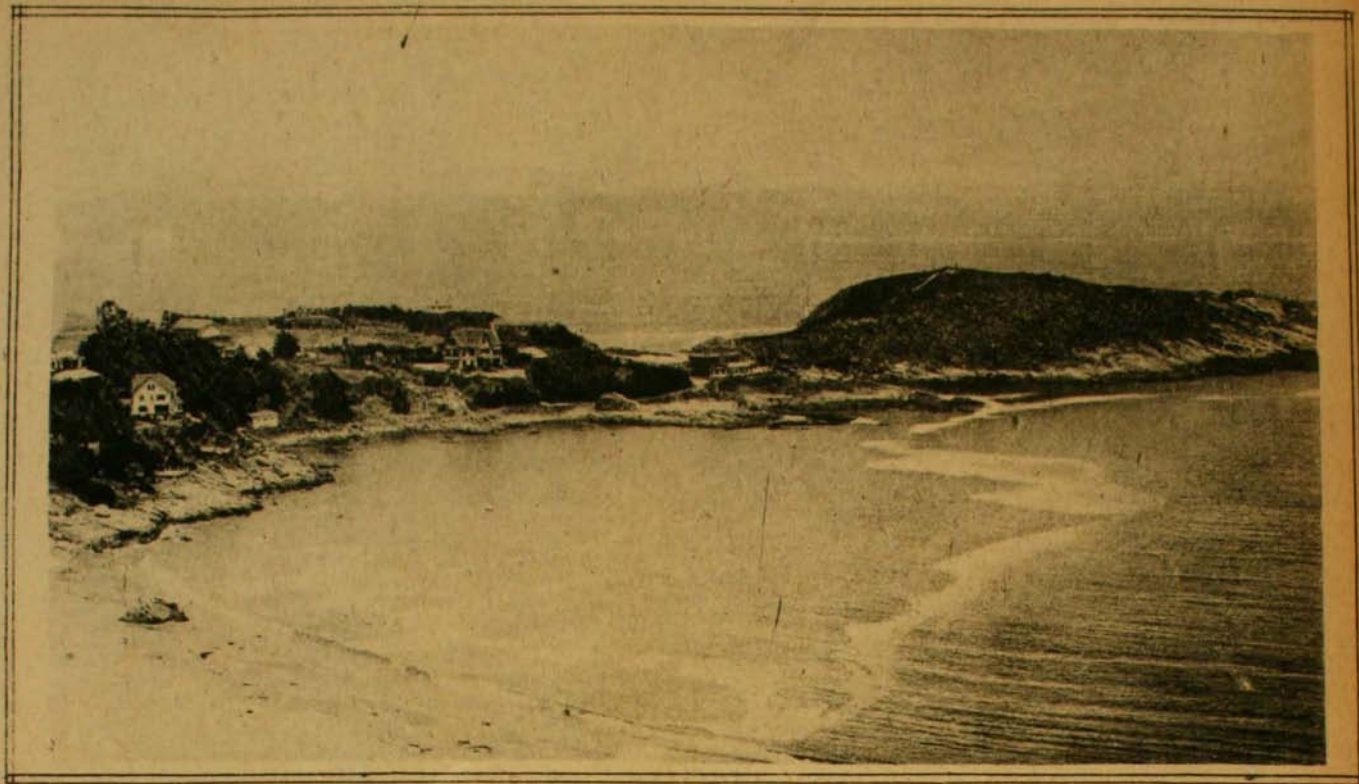


• Zapallar •

• Constitucion •

• Papudo •

• Concepcion •



Parte del pueblecito





Señoritas Pra y Valdés, en Zapallar

No obstante de que Zapallar es uno de los puntos de veraneo más concurridos, la vida en él es casi como "la vida sencilla" de Wagner. Es un rincón ideal que suele salir un algo de sus casillas sólo cuando se inician entre los veraneantes los ya tradicionales campeonatos de tennis. Sin ellos, Zapallar sería tranquilidad, tranquilidad y más tranquilidad... El clima es el lujo de la región y a pesar de que hasta allá llegan no pocas mujeres elegantes de Santiago, cierta sencillez no deja de existir en la vida diaria. El **bridge** toma por horas y horas a "las" aficionadas y a "los" aficionados al delicioso juego; y en el hotel hay una ruleta que tienta no sólo a los huéspedes, sino

aun a los "papudanos" a dejar su dinero en el tapete, noche a noche... Por las tardes, la gente menuda baila en el salón del hotel, y este año, un veraneante de muy buen gusto, ha entusiasmado a la juventud con su paciencia para tocar en un piano malísimo, vales y one-steps originales y llenos de "entrain".

En Zapallar no hay bullicio ni movimiento y se reposa de la agitación santiaguina. Los niños disfrutan como en ninguna playa. Viven libres como animalillos en potrero... Y este año, se han visto desfilar, además, y acaso como en ningún otro, infinitas siluetas de mujeres bonitas y elegantes que han dado al veraneo carácter bellissimo.



Seño. Ines Subercaseaux de Casanova e hijita



Niños Honorato Cienfuegos, en Zapallar



Señora Corina Cienfuegos de Honorato





Playa de Constitución, a la hora del baño matinal

Nada más difícil que coger de una pluma la "vida social" de Constitución en la presente temporada. Parece que el vértigo del turismo, apoderándose de todos, dispersa cada día y en pequeños grupos, a los felices veraneantes de esta playa tan celebrada ya por la hermosura de sus rocas, de su río y de sus montes. No nos extraña, pues este movimiento viene notándose desde el año pasado, no solamente aquí, sino también en Viña y en los demás balnearios. Se siente como una ansia de campo, de espacio, de horizontes nuevos y nuevas perspectivas, tal vez para saciar en algo esa sed de lo desconocido que cuál más, cuál menos, todos llevamos dentro de nosotros mismos.

"Del mar a la montaña", no sé de quien es la frase, pero ella encierra, en sí sola, toda nuestra alegre y vagabunda vida. Desde muy temprano ya puede verse en los cerros que circundan el pueblo los grupos de excursionistas que, trepando laderas y salvando obstáculos, van en busca de belleza y de emociones hasta el fondo de las quebradas ensombrecidas de quilas y de helechos, o hasta la cumbre de los montes escarpados y agres-

tes, y esos excursionistas que al mediodía regresan con sus manos llenas de copihues y flores silvestres, son los mismos que, infatigables, van por la tarde a ver morir el sol desde una roca apartada y bogando sobre el río.

No obstante este afán de alejamiento, no han faltado algunas fiestas sociales: el baile del Gran Hotel, la recepción dada por la familia Canales Pizarro y algunas otras reuniones particulares han hecho las delicias de los aficionados al baile y a la buena música.

La caridad, como siempre, ha dado su nota alta: la kermesse del Muelle ha sido la fiesta que ha reunido un mayor y más distinguido número de veraneantes. Con razón acudieron, pues se pasó en ella una tarde deliciosa. Tanto el muelle como los jardines que dan acceso a él, estaban profusamente engalanados con banderas y guirnaldas; los pequeños kioscos donde se expendían dulces y bebidas, eran una maravilla de gracia y de color, y los geranios festoneando las balaustradas ponían su nota vibrante de rojas llamaradas sobre el azul intenso del río.

Además se prepara un concierto a beneñ-



La playa sembrada de pintorescas rocas



La abundancia de rocas permite ver a cada momento estos bellos efectos



cio del Hospital, que promete ser todo un acontecimiento, dada la calidad de las personas que tomarán parte en él; sólo podemos adelantar que tocarán las Canales Pizarro y cantará Guillermo G. Huidobro. Los demás números están a cargo de otras niñas y jóvenes no menos competentes que los nombrados.

No todo son mundanas diversiones: también los espíritus han sabido recogerse y en un místico arranque de ternura y de respeto, han tributado un homenaje hermosísimo a la que es Madre de Dios y de los hombres. Tal fué la peregrinación del domingo al cerro Mutrún. Se trataba de la bendición de la primera piedra del monumento que el pueblo de Constitución erige a la Santísima Virgen como a "Estrella del Mar". Fué una ceremonia encañadora. Tanto los habitantes del pueblo como todos los veraneantes se dieron cita en la cima de ese cerro, que como un adorno decorativo está colocado ante la población, el río y el mar, recibiendo

por un lado las caricias de las olas y por otro el cálido perfume de los huertos floridos. Como a las 6 de la tarde, Monseñor Gimbert, Obispo de Equinos e hijo de Constitución, consagró con la emoción consiguiente, la piedra, que estaba colocada entre flores bajo un hermoso estandarte de María. Hizo uso de la palabra el presbítero don Enrique Valenzuela, explicando en elocuentes frases el alto significado de protección y de consuelo que tiene el monumento para los hijos del pueblo como para los que siguiendo el tesco sajal de un aseeta, han llegado hasta aquí en busca de salud y de vida, y muy en especial para los valientes pescadores que burlando cada día los peligros de la "barra", arrancan de las olas su sustento y el de sus hijos. Luego rompieron el silencio de esas alturas donde no alcanzan los ruidos terrenales, las notas purísimas de un himno sagrado, entonado en coro por distinguidas niñas de la sociedad.



El Obispo señor Gimbert, que bendijo la primera piedra de la Virgen de Mutrún, rodeado de los asistentes al acto



El Fondeadero

Todos los años al llegar los primeros días de febrero abandono la ciudad y voy en busca de emociones a las playas, llevando muchas esperanzas y un gran presupuesto de alegrías. Pero regreso casi siempre defraudado y con el propósito de no volver más a aquel balneario: Cartagena, Constitución, Valparaíso, Viña, en todas partes lo mismo: frivolidad, frivolidad y frivolidad. Música, danzas y frases amorosas, que el viento de la playa se llevar mar adentro, muy adentro...

Ahora me encuentro en Papudo, donde la gente es muy amable, muy simpática y en donde se lleva una vida casi familiar. Todos se conocen y se entretienen en común.

En la mañana, al baño; en la tarde, aburrimiento; a la hora vespertina, paseo en la terraza, y después de la comida reunión frente a la casa Gate Chaves, donde un tendero

alegre entretiene a los curiosos, tocando una vitriola.

Aquí la vida es sossegada, tranquila, casi patriarcal. Al caer de la tarde acuden todos los veraneantes a una gruta que está en la falda de una colina y que es eternamente arrullada por las olas. Allí se reza la novena de la Virgen, y el fervor de las plegarias y los cánticos religiosos envuelven nuestras almas en un ambiente tibio, sedante, espiritual. Es una nota de encantadora originalidad que simboliza la manera de ser de este simpático balneario.

Muy a menudo yo contemplo desde algún cerro lejano esta escena de piedad conmovedora, y la paz de la tarde y los variados colores del océano inmenso me hacen experimentar una extraña emoción de misticismo.

Esta monotonía ha sido interrumpida, sin embargo, por los nuevos veraneantes y por





Las barcas varadas en la playa dan una pintoresca nota al balneario

c, dinner-concert del Grand Hotel, que se repite todos los sábados en la tarde.

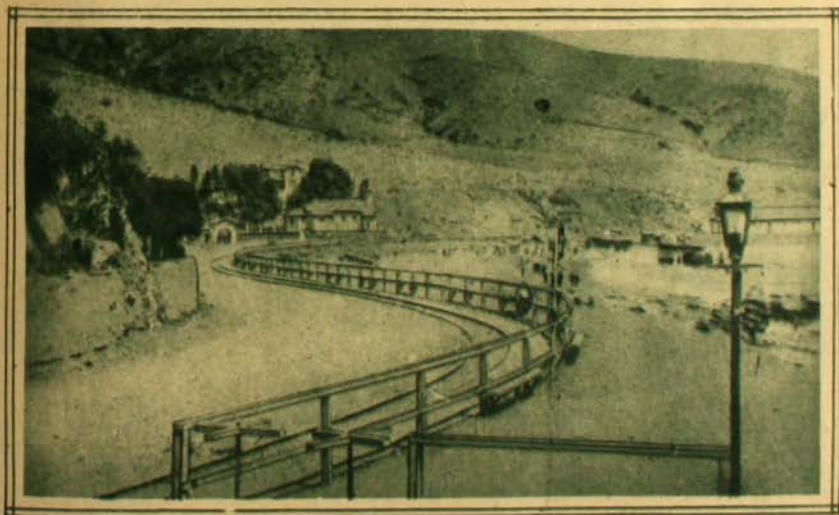
Anoche, mientras danzábamos, mi encantadora compañera me decía, mostrándome los niños que nos miraban desde una gran escala:

—¡Cómo tendrán ganas de saber bailar para gozar como nosotros!

—Ellos son más felices que nosotros, — le dije.

—¿Lo cree usted así?

—Pero, evidentemente; ellos gozan de la



La Terraza

alegría desde lejos, creyéndola una gran cosa; en cambio, nosotros bien sabemos que casi todas las alegrías, y especialmente las sociales no son más que un buen propósito de divertirse, porque en el fondo sólo hay hastío, cansancio, aburrimiento y sobre todo una gran soledad espiritual.

—¿Usted siente mucho esa soledad? — me preguntó.

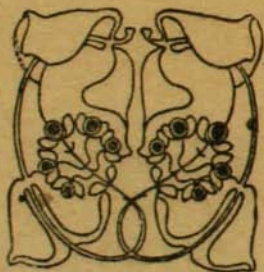
—A su lado, no,—le respondí.

Este es un balneario de descanso. Yo no he podido encontrar quien me facilite un li-

bro interesante. Las muchachas sólo leen folletines y los hombres de respeto se pasan de tarde en tarde, jugando al rocambo.

Así se pasan los días en este balneario: aburriéndose un poco de la vida y gozando con la naturaleza y con el mar.

Pero la gente, exceptuando a los enamorados (que son pocos), en el fondo, se aburre; sin embargo, cuando regresen a Santiago hablarán de las horas deliciosas, pero verdaderamente encantadoras que se pasaban en Papudo.





## CONCEPCION

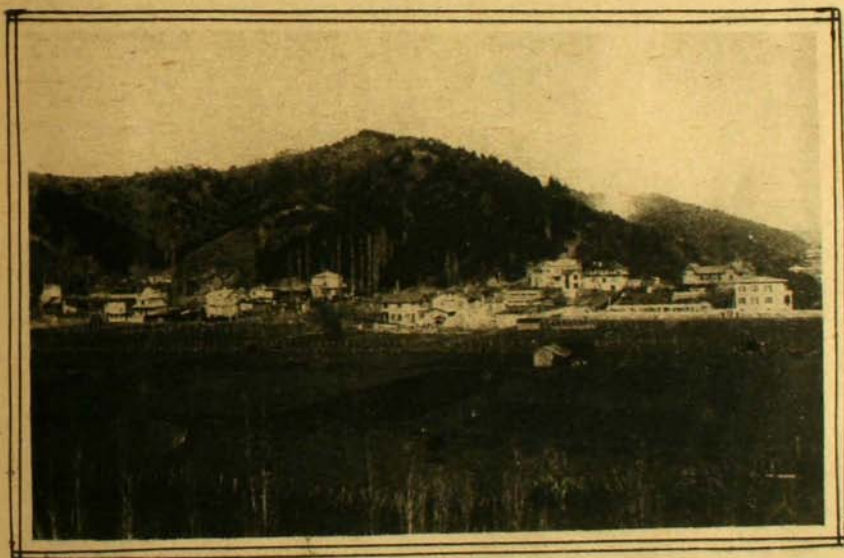
La metrópoli del sur. — Una ciudad simpática. — Su historia y tradiciones. — Establecimientos públicos. — La Universidad de Concepción. — "El Sur". — El cerro Caracol y la Plaza de Armas

Lector, ¿le das tu carácter a las cosas que te rodean y a las ciudades que visitas? Si es así, no dudo que darás, como ya muchos lo han hecho, el calificativo de simpática a la ciudad de Concepción, la hermosa capital de la región sur de nuestro territorio.

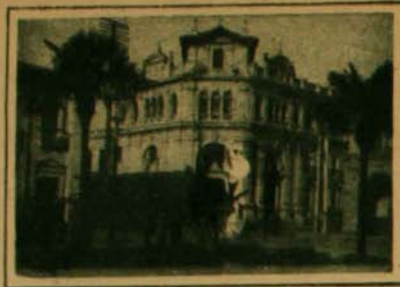
Sita en el estrecho valle comprendido entre los ríos Bío-Bío y Andalién, agrupada al pie del cerro Caracol y tan solo a catorce metros sobre el nivel del mar, al cual podemos llegar en cuarenta minutos si tomamos el tranvía en la Plaza de Armas con dirección a Talcahuano o en media hora, si tomamos el ferrocarril a Penco, las brisas marinas refrescan su ambiente y hacen que las bru-

mas sean frecuentes aun en el verano. Sus detractores te dirán que allá no existe verano y que el invierno dura trece meses, pero eso es pura exageración.

La ciudad de la Inmaculada Concepción fué fundada en 1550 por el propio bravo capitán don Pedro de Valdivia en el sitio en que hoy se levanta el balneario de Penco. Según rezan las crónicas, el conquistador de Chile deseaba que fuera ella su capital y allá preparó, lujosamente, la casa en que había de residir su legítima esposa, doña Mariana Ortiz de Gaete. Pero se encontraba Concepción demasiado próxima al indomable Arauco y fué, en varias ocasiones, víctima de la saña de los araucanos y tam-



Barrio La Toma



Caja de Ahorros

bién de los terremotos que asolan esa región. El de 1751, en combinación con la salida de mar que le siguió, arrasó la ciudad y obligó a sus habitantes a buscar otros lares y fué este valle el elegido para fundar una nueva ciudad que conservó el nombre de Concepción, siendo la antigua cuna del balneario de Penco, cuyas aguas ocultan en su seno los cimientos, muchas veces vistos, de la primitiva Concepción. La nueva ciudad fué fundada en Marzo de 1765, repartiéndose en 118 manzanas entre 920 vecinos y dándose a cada calle cuatro metros más de ancho que el de las calles de Santiago. Así, desde la cumbre del cerro Caracol, sus anchas y parejas calles semejan un tablero de ajedrez, unido a lo cual llama la atención del visitante el aseo que en ellas reina.

Cual cumple a una ciudad de tan antigua e ilustre prosapia, Concepción figura con honor en la historia de Chile y muchas son las tradiciones y leyendas con que cuepta. El castillo de la Planchada, en Penco, era un poderoso fuerte que supo tener a raya a los indios en más de una ocasión y durante la independencia sus calabozos vieron a tan ilustres prisioneros como doña Gertrudis Serrano, la madre de Ramón Freire, y a otras de las heroínas de la independencia; el "boldo de la Virgen" señala el sitio donde se apareció la Señora a los afligidos habitantes que huían a los cerros mientras el mar devastaba sus hogares y el convento de los franciscanos, cuyos cimientos suelen verse cuando el mar está limpio, sirvió de refugio a Catalina de

Erauzo, la famosa "Monja Alfórez" después del duelo en que, según la tradición, mató a su propio hermano sin saberlo. En el propio Concepción, el Cerro Amarillo nos recuerda las hazañas y el ajusticiamiento del bandido-montonero Vicente Benavides, digno émulo de San Bruno; la laguna de los Negros lleva este nombre debido a los negros que se amotinaron y mataron a la tripulación de la barca esclavera "Prueba" y cuyos cuerpos, después de haber sido cogidos y ajusticiados, fueron arrojados en esta laguna; y la de las "Tres Pascualas" trae a la memoria una larga y bella historia de amores y de encantamientos. Y en materia de historia, bastará con recordar que en ella residió casi toda su vida el precursor de nuestra emancipación nacional, don Juan Martínez de Rozas; que la declaración de la independencia se firmó en la Intendencia de Concepción y se proclamó en su Plaza de Armas y que fué esta ciudad cuna de muchos grandes hombres, que, como Manuel Bulnes, Joaquín Prieto, Vicente Pérez Rosales, Aníbal Pinto, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, etc., han dejado hondas huellas en la vida nacional. Por las aulas del Liceo de Hombres han pasado infinidad de ilustres servidores de la nación, bastando recordar por ahora a los Castellón, los Lamas, los Larenas, los Ibieta y los Serrano.

Al hablar del Liceo de Hombres, hoy enemigo jurado de las tendencias conservadoras, se viene a la mente el hecho curioso de que debiera su fundación a uno de los más ilustres obispos de la ciudad don Die-

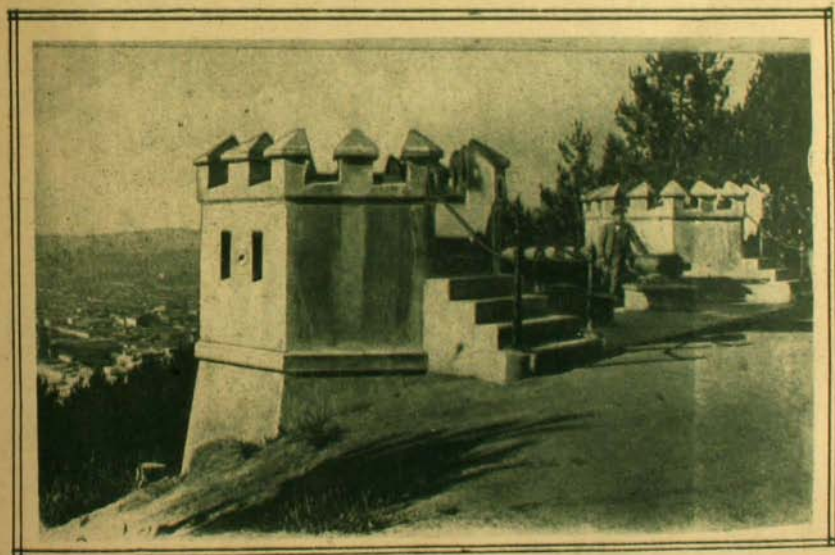


La Municipalidad





Catedral y Plaza de Armas, en invierno



Cerro Caracol, la sombra



Intendencia

go Antonio de Elizondo y Prado. El terremoto de 1835 echó por tierra al Instituto Literario, único plantel de educación de su especie, y el señor Elizondo, hombre de cultura superior que era, además de sacerdote, abogado, ex-diputado y senador, ex-Ministro de la Corte Suprema y aun mandatario de la República temporalmente allá por 1827, se empeñó en organizar y abrir lo más pronto posible el Seminario, que data del año 1562 (en Penco) y el Instituto Literario o Liceo. El Gobierno no le concedió los fondos que solicitaba para ello y si se manifestó dispuesto a que en este último establecimiento se abrieran cátedras de teología, etc., dejando al Liceo bajo el cargo del señor obispo hasta que funcionara debidamente. El señor Elizondo hizo los programas, los horarios y reglamentos del nuevo Liceo, contrató a su personal docente y en 5 de Septiembre de 1838, abrió sus puertas "gratuitamente, a la juventud y vecinos de la provincia". Hoy día el Liceo de Concepción es uno de los mejores de la República; cuenta con un curso de Derecho hace ya muchos años y el hermoso edificio propio que aun no se termina, ha de ser legítimo orgullo de nuestra enseñanza secundaria. Sería injusto no recordar aquí a los rectores señores Temístocles Rojas y Pedro Nolasco Cruz, a cuyo empeño se debió la iniciación de su construcción. Su actual Rector es el prestigioso educacionista don Enrique Molina.

Como resultado lógico de la instrucción que allí han recibido miles de muchachos de la región del sur, hace muchos años que

se ha venido reclamando para Concepción una Universidad propia. En efecto, nuestro dilatado territorio y la vasta población escolar con que contamos exigen por lo menos dos Universidades, la de Concepción y la de Antofagasta, a la última de las cuales acudirían por miles los estudiantes bolivianos, ecuatorianos, venezolanos y colombianos, que son ahora varios centenares repartidos entre las distintas escuelas y colegios de la República. Pero el centralismo en primer lugar y el temor a las innovaciones en segundo, han hecho que se combatiera rudamente, aun por hijos de la provincia, la idea de una Universidad propia en Concepción, punto que se discutió acaloradamente en las sesiones de la Asociación de Educación Nacional en 1909-1910 y que es ahora una hermosa realidad gracias al solo esfuerzo de los hijos de la provincia, encabezados por un educacionista de la talla de don Enrique Molina. La Universidad funciona desde 1919 con cuatro cursos que son: Escuela Dental, Escuela de Farmacia, Escuela de Pedagogía en Inglés y Escuela de Química Industrial, siendo esta última la única de su clase en Chile. Y la Escuela de Farmacia cuenta con una Farmacia Modelo, en la cual los alumnos tienen ocasión de hacer sus estudios prácticos.

Hay también en Concepción un Instituto Comercial, un Seminario, el Colegio Alemán, el Colegio Americano, el Colegio de los Padres Franceses, tres Liceos de Niñas, siendo uno de ellos Fiscal; el Concepción College, la Inmaculada Concepción y los Sagrados Corazones, fuera de muchos



Liceo de Hombres



colegios particulares. El Liceo Fiscal de Niñas fué fundado en 1883 por una sociedad particular y en 1904 pasó a ser Liceo Fiscal, bajo la dirección de su misma directora anterior, señora Emilia F. de Rider. La directora actual es la señora Amelia M. de Soto y tiene el Liceo una matrícula de más de 500 alumnas; sus cursos son válidos y de él han salido ya varias prestigiosas profesionales. Teniendo, como tiene, un sitio de su propiedad desde hace varios años, es muy de lamentar que esté ocupando una casa que por su estrechez y falta de comodidades no corresponde a la matrícula ni es digna del Liceo Fiscal de Niñas de una ciudad como Concepción.

Párrafo aparte merece el moderno y elegante edificio que ocupa "El Sur", diario que rivaliza ventajosamente con la prensa capitalina. Fundado en 1884 por la Sociedad "El Sur", ha ido día a día imponiéndose como el genuino representante de la opinión pública de la región y su nueva casa, construida especialmente para él, demuestra que sus progresos económicos marchan a parejas con su servicio informativo. Es su actual director el periodista don Juan B. Fuenzalida y sus editoriales, que

en más de una ocasión han sido reproducidos con comentarios elogiosos por la prensa de Santiago, se deben a la pluma del talentoso y joven candidato a diputado por la provincia, don Francisco Jerquera F. Como colaboradores, ha podido contar con frecuencia con don Edmundo Lareñas, Agustín Castellón, Enrique Molina, Armando Quezada Acharán, Luis David Cruz Ocampo, Ignacio Verdugo Cavada, Exequiel de la Barra y muchos otros que hacen honor a la intelectualidad penquista.

La Catedral de Concepción, que aún no ha sido terminada, data del año 1867, pues la antigua fué derrumbada por el terremoto de 1835, que casi acabó con toda la ciudad. Obispo de la Diócesis es Monseñor Gilberto Fuenzalida, miembro distinguidísimo del clero chileno.

Tiene Concepción varios y muy hermosos paseos y edificios. La Plaza de Armas, alrededor de la cual se agrupan, como es costumbre entre nosotros, los principales edificios públicos y privados, entre los cuales sobresalen la Municipalidad (que ya la quisiera para sí la capital), la Intendencia y Tribunales de Justicia, la Caja de Ahorros y la Catedral; es el paseo preferido de la



Cerro Caracol, subida y avenida

culta sociedad penquista. Más grande que la de Santiago, con varias hileras de cómodos bancos, con dos preciosas avenidas de tilos y con una banda como la del Regimiento Chacabuco que presta su concurso al paseo dos veces el día domingo y dos veces más durante la semana, no es de extrañar que sea ella el punto de reunión obligado después de comida, tanto para la juventud como para la gente mayor. Todo Concepción desfila por aquí y es de notar que el paseo es al arbitrio de cada cual y no en la antipática forma de círculos concéntricos que se acostumbra en Santiago.

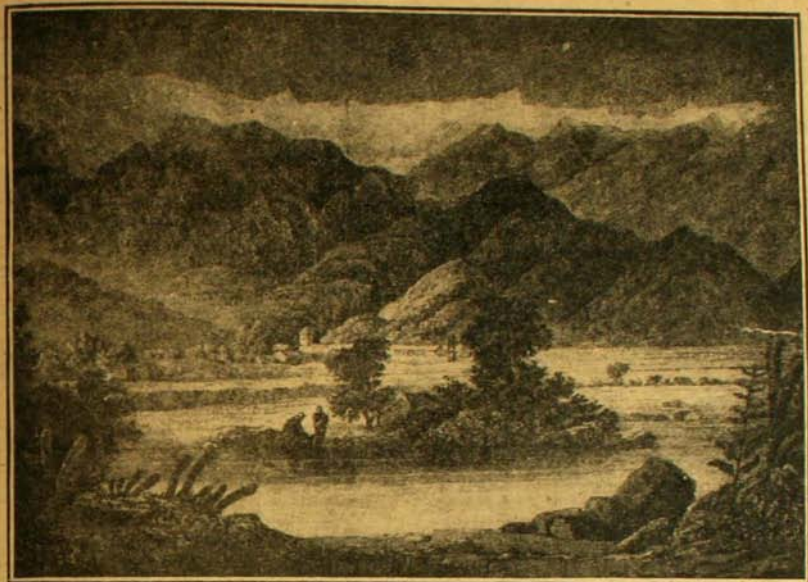
Luego, si aquí tenemos un Santa Lucía del cual envañecemos con sobrada razón, el cerro Caracol es digno orgullo de la metrópoli del sur. Este cerro, llamado antiguamente del Altaeura, debe su actual nombre al camino caracolento que para llegar a Huelqui y los parajes vecinos hizo hacer don Ambrosio O'Higgins mientras fué Gobernador de la ciudad. Dicho cerro limita a la ciudad por el sureste y sus anchas avenidas y los muchos y cómodos asientos con que cuenta, permiten llegar hasta la cumbre al más flojo de los viandantes, sin que el cansancio lo rinda. ¡Y qué hermoso panorama se presenta a la vista de quien a la cumbre llega! Hacia el N. se divisan los balnearios de Tomé y de Penco, resguardado este último por la isla Quiriquina que lo enfrenta y por cuya Boca Grande puede ser que venga entrando un vapor, ya sea a Penco o a Talcahuano. O quizá veamos a

un bote o lanchita tratando de pasar el peligroso estrecho de Boca Chica, que separa a la isla de la Península de Tumbes, cosa que sólo un marino muy avezado se permitirá hacer. Desde la cumbre, si el día está claro, veremos distintamente los diques y embarcaciones anclados en dichos puertos, las playas de San Vicente, la desembocadura del majestuoso Bio-Bio y más al S. detrás de los cerros que separan al río del mar, podremos ver la bahía de Arauco y la gran isla de Santa María. Hacia el E. la vista se pierde en los cerros, vegas y pajonales entre los cuales cintillea el Andulién, límite de la ciudad por ese lado. Al pie del cerro y también al E. veremos el moderno y bonito barrio de la Toma, cuyos chalets de piedra se confunden con el cerro y se ocultan bajo el ramaje de los pinos. Con frente al Bio-Bio encontramos el barrio Pedro de Valdivia, que antes se llamaba del Agua de las Niñas, con sus grandes quintas, algunas de las cuales, como la Quinta Junge, son ya famosas en la región. Y seámosle permitido recordar que las bellas plantaciones de pinos del cerro Caracol son obra y en mucha parte obsequio del entusiasta y generoso caballero don Arturo Junge. Ni debemos olvidar, al hablar del cerro Caracol, que debe él gran parte de sus adelantos de los últimos años al ex-regidor don Javier Castellón, el cual ojalá volviera a serlo, en bien de este encantador paseo y de la bella y progresista ciudad de Concepción.

AURA.







La cordillera desde la Angostura de Paine

COMO DOÑA JUANA LA LOCA...

# Maria Graham en Chile

Por \_\_\_\_\_  
ARMANDO DONOSO

En el otoño del año 1822 llegó a Valparaíso una mujer fina, elegante y culta, que habiendo partido de Inglaterra en viaje de recreo, acompañada de su marido el capitán Thomas Graham, tuvo que soportar, a la altura del Cabo de Hornos, la irreparable desgracia de sentirle morir entre sus brazos. Y su dolor y su voluntad de mujer amantísima prevalecieron entonces sobre toda la tripulación del barco que se empeñaba en arrojar el cadáver al océano, logrando llegar ella con los caros despojos hasta Valparaíso, donde le dió piadoso descanso.

¿Quién era esta mujer, nueva doña Juana la Loca, centinela y custodia del esposo, después de muerto? Hija de un miembro del Almirantazgo y contraalmirante de la escuadra azul, María Graham llegaba a una tierra para ella ignorada y donde nadie podía conocerla.

Dama culta y distinguida, inquieta y observadora, se había formado en el gusto de los viajes y del arte: numerosos dibujos de su mano nos han quedado y no pocos volúmenes de su pluma. Tipo de la mujer inteligente y apasionada que poco recuerda las ex-

teleencias de las de su raza. María Graham había cultivado su espíritu desde su fresca adolescencia como puede cuidarse una flor, aportando a su desarrollo una solícita atención cultural, tan constante cuanto intensa. Tocóle en suerte tener por *governess* a una mujer superior, que había frecuentado la amistad de Reynolds, Johnson, Burney y cuyo gusto por las letras logró comunicar a su pupila, estimulando en ella sus tempranas disposiciones artísticas.

Veinticuatro años tenía cuando, en 1809, contrajo matrimonio con el capitán Graham y emprendió un viaje a la India, luego después a Italia y trece años más tarde, a la América del Sur, en medio de cuyo derrotero el capitán había de encontrar la muerte (debido a un accidente, recuerda Pérez Rosales) al doblar el Cabo de Hornos, dejando en la viudez a María, a bordo de la fragata Doris, de su mando. Así arribó a Valparaíso, cargando los fúnebres despojos de su esposo, a fines de abril de 1822, la ilustre inglesa.

El espíritu sagaz y observador de esta mujer singular había de encontrar durante su voluntario reclusamiento en tan apartadas tierras, campo amplio de observación donde viví las más intensas páginas que cotidiana-mente trazó su pluma.

Su Diario es una palpitante y curiosa galería, a través de cuyos cristales contemplamos redivivas cuantas personas pasaron ante sus ojos y cuantas cosas esculpió su sensibilidad en la piedra de su prosa tan sencilla cuanto sincera.

Su estada en tierras chilenas le reservaba una sorpresa agradable que bien pronto hizo latir jubiloso su corazón: el encuentro con un antiguo camarada de su esposo, Lord Cochrane. Vieja historia de camaradería de otros días: había sido allí por los remotos tiempos de la pretéfica mocedad del Almirante, cuando no era más que uno de los antiguos guardiamarinas; entonces tuvo ocasión Lord Cochrane de conocer e intimar con un joven que se iniciaba en la carrera y que andando el tiempo, había de llegar a ser el capitán Thomas Graham.

Ahora, vivida toda una existencia, y cuando la celebridad le había coronado primero en las guerras napoleónicas y luego en las campañas de la Independencia sudamericana, volvía a encontrar al lejano amigo de su

juventud, que llegaba a bordo de la fragata Doris, inerte, perdido para siempre en el sueño tranquilo de la muerte. ¡Cuántos dolores, cuántos años, tantas vicisitudes habían pasado desde aquel día en que, a bordo de la Thetis, se estrecharon las manos de buenos camaradas. Nunca pudo una amistad tener esa trágica y sorpresiva despedida final, tras una despedida en el puerto más distante de la más remota latitud.

La influencia de Lord Cochrane fué para María Graham, una llave de oro ante las puertas más oscuras: ella le franqueó los más aristocráticos hogares santiaguinos, durante los treinta y seis días que permaneció en la metrópoli chilena. Fina, hermosa, discreta, sencilla, aquella mujer de la lejana Albión no pudo sino ser recibida con los brazos abiertos y los corazones francos: el prestigio de que llegaba precedida, su amable trato, su cultura brillante, la cruel desgracia que acababa de enturbiar el cristal de sus pupilas y el hecho de ser favorecida por la franca amistad de Lord Cochrane, no pudieron sino granjearle un justo renombre conquistándole una envidiable situación.

### ¿La sombra de un amor?

Apenas desembarca en Valparaíso huye del ruido mundano y va a recluirse sola en una pequeña casuca pintoresca, que tiene al frente un jardín plantado de perales, durazneros, naranjos, manzanos, vides, almendros y donde abundan las frescas hortalizas, repollos, habas, maíz y las fecundas gramíneas.

Al frente corre el estero rústico, que la separa del Almendral y, cerca de allí, por la falda del cerro, pasan cada día las recuas de mulas que llevan leña, carbón y legumbres para la ciudad. ¡Ah, qué nota tan viva y tan animada ponen ellas en el paisaje! Suena el cencerro y dejan las mulas, al pasar, agrio olor a montaña. "El interior de la casa—comienza a escribir la inglesa en su Diario, que va a ser en adelante el testigo de sus horas tristes y de sus días alegres—es asado, las murallas son blanqueadas y el techo estabado, porque los cielos de estuco no soportarían los frecuentes temblores, de los cuales hemos tenido en la noche uno bastante recio."

Luego, en su pequeño hogar, comienza a



sentir desahucarse los días tranquilos, iguales, monótonos, con la isócora tristeza de las horas que cantan en el reloj, que está arrimado contra el muro. Sin embargo, natura se muestra generosa y la vida es liviana en aquel amable rincón: los niños la colman de flores; la gente, hospitalaria, le sonríe; el mar, camino siempre abierto, puebla de esperanzas su corazón; la huerta, verde y fresca, le habla de una eterna juventud.

Un día su buen humor la lleva a realizar un paseo a través del puerto. Observa los baratillos, los mercados, el muelle: las tiendas de lujo son francesas; el comercio inglés es el más numeroso y su especialidad consiste en artículos de mercería, loza y géneros de lana y algodón; "los alemanes— escribe— proporcionan la mayor parte de cristalería de uso corriente, que es de mala calidad; pero lo mismo que los espejitos alemanes, que se compran, principalmente como ofrendas votivas en las capillas, responden suficientemente a las necesidades del consumo chileno; los abalorios, peines, juguetes y perfumes ordinarios se encuentran también en las tiendas alemanas. Hay establecidos aquí algunos artesanos alemanes y se hace notar principalmente un herrero mariscal, un tal Freit, cuya casita, hermosa, aseada, con su taller y su jardín, es un excelente modelo para los chilenos que se levantan."

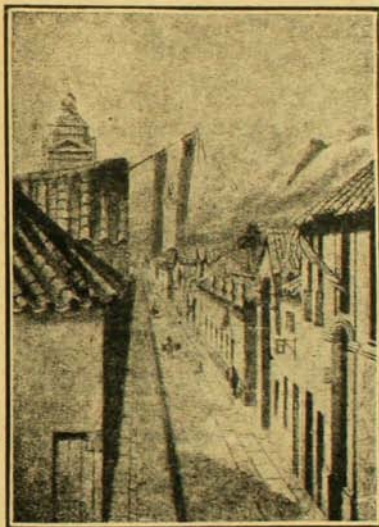
El 29 de junio de ese año de 1823, llega a Valparaíso uno de los buques de la escuadra de Lord Cochrane; al día siguiente se remiten para Santiago trescientos prisioneros llegados desde Lima. Entre ellos advierte María Graham a un anciano que, al ser conducido para la capital, mira por última vez el mar y exclama que ese era el úni-

co camino que podía devolverlo a su patria. Un momento después cae fulminado por un ataque al corazón, que ha roto su vida como un cristal.

¿Será acaso la tristeza de la soledad? ¿O moverá sus simpatías la afinidad de la sangre? Cotidianamente María Graham tiene un recuerdo de entusiasmo y de cariño para el hombre que embarga sus simpatías, Lord Cochrane, que es para ella el genio y la caballerosidad, el valor y la inteligencia, y... ¿quién podría asegurarnos que no era también el amor? ¡Ah, la tremenda irresponsabi-

lidad de sentirse solo y de sentirse amado, que puede tornar flaca la carne del más seguro mortal! María Graham, viuda joven, bonita, en el último rincón del mundo; Lord Cochrane, viudo temporalmente, pues Lady Cochrane había partido a Inglaterra en marzo de 1821, en la fragata de guerra inglesa *Andromach*, glorioso, rico, mimado de la sociedad, se aparecía ante la ilustre viajera con todos los atractivos del hombre superior, que encontraba franco los corazones femeninos. Oíd lo que escribe de él María Graham: "Si bien no es hermoso

Lord Cochrane, tiene una expresión de superioridad que, desde que por primera vez se le mira, induce a mirarlo una y otra vez". Más adelante agrega: "Si alguna vez he conocido el genio, puedo decir que Lord Cochrane sobresale". ¿Esa simpatía y esa admiración alcanzó a cuajar en la flor de una apasionada correspondencia amorosa? ¿Acaso la coquetona casita pintoresca, rodeada de perales, duraznos, naranjos, olivos y almendros, no fué testigo del breve idilio de ese breve amor? Cosas del tiempo, y el tiempo, como la esfinge, calla siempre.



Una calle de Santiago en 1823



La Posada de Santo Domingo

Santiago en 1822

El 22 de agosto parte María Graham a Santiago. El viaje es pintoresco y alegre. En la metrópoli pasa a ser huésped de la linajuda familia de don José Antonio Cotapos. La gentil hospitalidad chilena la abrumará de atenciones a toda hora. Por la tarde del día de su arribo, después de tomar un ligero descanso, pasa al comedor donde encuentra reunida a la familia: "Todos los guisos fueron servidos en la misma mesa,—escribe—y era difícil resistir a las apremiantes y repetidas invitaciones a comer de cuanto había. Se considera como una muestra de la más de-

licada atención sacarle a alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y a nadie se le hace escrúpulo servirle a uno con el cuchillo o cuchara con que ha estado comiendo, o tomar algo directamente de la fuente sin intervención de platos. Entre los servicios ofrecíase pan, mantequilla y aceitunas. A juzgar por lo que hoy he visto, podría decir que los chilenos comen mucho, especialmente dulces". ¡Dichosos tiempos aquellos en que las vides no eran tan pródigas como hoy lo son!

Las costumbres de salón no eran menos cordiales y curiosas que aquéllas: "Hace muy poco tiempo—anota la inglesa—que las



damas chilenas han aprendido a sentarse en sillas en vez de hacerlo sobre estrado. Ahora, en lugar del estrado, hay, generalmente, largas alfombras a cada lado de la sala y dos filas de sillas, con tan poca distancia entre una y otra fila, que los pies de una persona quedan en contacto con los de la que está sentada frente a ella. Los más graves y de más edad se sientan con las espaldas hacia la muralla, y frente a ellos las niñas; los jóvenes se colocan detrás de éstas, y la conversación, general o particular, se hace sin ceremoniosa afectación y a media voz".

Termina María Graham las anotaciones del día 24 en su diario con la característica nota que sigue: "Hacia tanto tiempo que no oía cantar a un guardián de ronda, que experimenté una indecible sorpresa cuando llegó a mis oídos, mientras me acostaba, el canto de Ave María purísima; las once han dado, y sereno, canto que despertó en mí muchos recuerdos, asociados con

"The beliman's drowsy charm,  
To bless the doors from nightly harm"

¿Qué dicen estos versos? Hablan ellos del canto soñoliento del rondador, que guarda las habitaciones contra los peligros nocturnos.

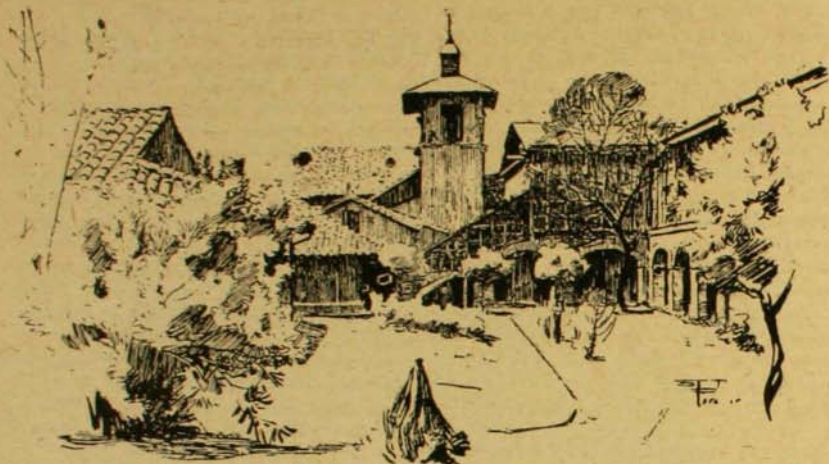
### Un retrato de O'Higgins

¿A qué recoger todas las curiosas observaciones de María Graham en Santiago? Ello sería motivos para colmar centenares de carillas. Oigamos cómo refiere su primera visita al Director Supremo don Bernardo O'Higgins, adonde se encamina acompañada por el juez Prevost, la señora Cotapos y su hija segunda, Mariquita: "Ambas me pidieron excusas de presentarse con medias de algodón y toscos zapatos negros, manifestándome que, a causa de un voto que habían hecho durante una grave enfermedad del anciano don José Miguel Cotapos, estaban obligadas a usar esas medias y zapatos durante un año, si sus oraciones alcanzaban la salud del paciente." La impresión que le causa a la inglesa el palacio de la Moneda es agradable: "Las salas están bien amuebladas; pero con sencillez; estufas inglesas de hierro fundido, alfombras escocesas, porcelana

nas y relojes de mesa franceses, poco o nada que pareciera español y mucho menos chileno. La madre del Director, doña Isabel, y su hermana doña Rosa nos recibieron, no sólo cortésmente, sino con exquisita amabilidad". La acogida que le dispensa don Bernardo es halagadora: "Se informó con mucho interés de mi tío, Sir David Dundas, y de varios amigos y parientes míos, por sus nombres y muy especialmente de sus viejos maestros de música y otras artes". Mucho le agrada a María Graham cuando ve que algunas araucanitas, a quienes sus padres han dejado huérfanas, entran a la sala "corrieron hacia él y se abrazaron de sus rodillas". Luego "el Director les dirigió la palabra en araucano para que yo oyese hablar en ese idioma, que me pareció armonioso y agradable, debido, quizás en parte, a la suavidad de las voces infantiles". Le impresiona gratamente a la ilustre viajera la admiración que doña Isabel profesa por su hijo: "El es modesto,—escribe—abierto, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase". Luego llegan a la sala algunas personas de importancia: el coronel Cruz, que le es presentado a la inglesa como el futuro gobernador de Talcahuano; algunos militares franceses "que no me parecieron tener mucha de esa distinción y finura que caracterizan a sus compatriotas"; algunos miembros del Cabildo. Mientras ellos se engolfan en una discusión María Graham observa a O'Higgins: "El Director vestía como de costumbre, su uniforme de general; es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus algo toscas facciones no desmienten su origen irlandés, al par que la pequeñez de sus pies y manos son signos de su procedencia indígena."

### Visitas y observaciones

El día 27 de agosto, visita a doña Mercedes del Solar, madre de don Vicente Pérez Rosales, mujer cultísima, tan distinguida cuanto hermosa. Con este motivo recuerda María Graham, que siendo muy niño Pérez Rosales, viajó con ella en la fragata "Doris" desde Río Janeiro: "Se resfrió al doblar el Cabo de Hornos, y lo hacía pasar en mi ca-



Interior del convento de Las Capuchinas.

marote todo el tiempo que permitían las circunstancias". ¡Cuánto es de lamentar, que don Vicente fuera tan parco en sus noticias sobre María Graham, en sus "Recuerdos literarios", de quien apenas si ha dejado una impresión en dos líneas!

La segunda visita de la inglesa a don Bernardo O'Higgins es no menos interesante que la primera. Conversa largamente con el Director Supremo sobre la revolución de la independencia, cuyas observaciones las aprovecha en la reseña de la historia de Chile que le sirve de introducción a su Diario: "A propósito de la escasez de armas del ejército patriota—escribe—mientras ocupaba las riberas del Maule, me dijo que los patriotas no tenían frecuentemente otras armas que los yugos de sus bueyes, con los cuales combatían con los realistas, cuerpo a cuerpo. El mismo, entre otros arbitrios inspirados por la desesperación se hizo fabricar un cañón de madera, que estalló "al primer disparo".

Un día la ilustre viajera va a visitar la Biblioteca Pública, que consta de unos diez a doce mil volúmenes. Su director es don Manuel Salas y Corvalán, "instruido y culto caballero, que me mostró un bello ejemplar de Cluverius y me habló con orgullo de su colección de obras de viajes y geografía". Advierte María Graham que los libros de

leyes ocupan la mitad de los estantes, y que hay un buen número de obras francesas y pocas inglesas. "Encontré en la biblioteca—dice—al diputado Albano, a quien había visto presidir la Convención: "Al pasar ante los libros de leyes éste le cuenta que son la gran plaga: Los chilenos son excesivamente litigantes. Consideran un título de honor tener un pleito, y, sin embargo, los pleitos suelen durar años enteros y arruinan más familias que todas las demás causas de ruinas juntas, con excepción del juego". ¡Ah! rara clarividencia la del diputado Albano! País de litigantes y de juristas es el de Chile, no ha desmentido su gloriosa herencia española.

El resto de los días que la inglesa permanece aún en Santiago los distribuye en visitas, paseos al campo, quehaceres domésticos y en dejar que las horas huyan llevándose su obstinada melancolía. El 28 de septiembre abandona "no sin pesar" la metrópoli. Espera regresar en el verano próximo y, trasponiendo la cordillera, ir a Mendoza y volver por el paso de San Juan de los Patos, "por donde el ejército de San Martín entró a Chile en 1817". Desgraciadamente no volvió jamás María Graham, perdiéndose con ello un nuevo y hermoso libro!



## Cochrane y San Martín

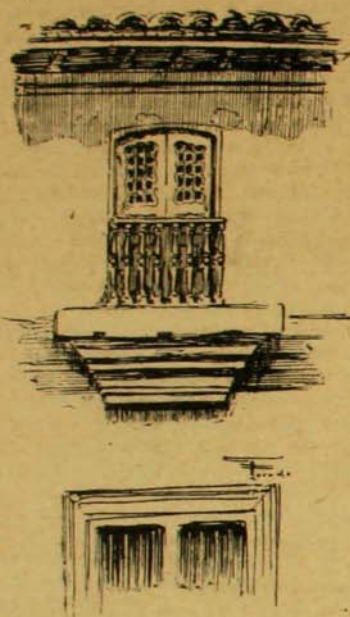
Ya en Valparaíso, su primera palabra consistirá en una protesta para quienes calumnian a Lord Cochrane: "La envidia que tienen al almirante los que se ven eclipsados por él, fortalecida por las sospechas a que en todas partes están expuestos los extranjeros, goza ahora de más libertad para desahogar su rabia, realizado ya el gran objeto de destruir el poder naval de España en el Pacífico". La especie calumniosa a que alude María Graham, no es otra que la cuestión del embarque, por Lord Cochrane, del tesoro de Ancón en el buque que enarbolaba la insignia, con parte del cual, en vista del apremio que le imponía la tripulación de los barcos de la escuadra para que le cancelasen sus sueldos, se vió en la necesidad de cubrir dichas deudas sin la autorización de San Martín.

El día 9 de octubre, escribe María Graham, que Lord Cochrane y el capitán Crosbie fueron a verla "y como nunca hablamos de política mientras tomamos té con pan y miel, tuvimos siquiera una hora de agradable charla, sin acordarnos de gobiernos, motines, ni injusticias de ninguna especie, felicidad de que aquí se disfruta muy rara vez cuando se juntan dos o tres personas."

Cuatro días más tarde anota en su Diario que ha llegado San Martín a Valparaíso, que viene del Perú, de donde ha huido en la medianoche del 20 de setiembre: "Ahora hace correr la voz—escribe—de que un dolor reumático en un brazo le obliga a recurrir a los baños de Cauquenes. Si es verdad, es extraño, bastante extraño". Tanto le inquieta a María Graham la llegada a Chile del mortal enemigo de Lord Cochrane que durante el día 14 las notas de su Diario aparecen consignadas **A mediodía y en la noche.**

El 15 de octubre, mientras la inglesa va a despedir a sus amigos de la "Doris", que al día siguiente se harán al mar, la sorprende una partida de gente y la llegada del gobernador de Valparaíso, Zenteno, "acompañado de un hombre muy alto, y de buena figura, sencillamente vestido de negro, a quien me presentó como el general San Martín." En una pieza pequeña se disponen asientos para que descanse la concurrencia mientras Ma-

ría Graham mira y escucha: "Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que sólo había visto antes una vez en una célebre dama. Son oscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un momento, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente; pero **no abierto**. Su modo de expresarse, rápido, suele adolecer de obscuridad; sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Tiene grande efluencia de palabras y facilidad para discutir sobre cualquier materia." La tertulia es animada; la presencia de San Martín llena la sala; todos lo contemplan; la inglesa le observa como un cirujano una viscera en la que ha de realizar una experiencia: "No ha leído mucho,—escribe—ni su genio es de aquellos que pueden ir solos. Citó continuamente autores que, sin duda alguna, sólo conoce a medias, y de la mitad que conoce parecería que no comprende el espíritu". Cuando alguien lo interroga sobre su estada en el Perú él le cuenta a María Graham que, "deseario de saber si el pueblo, era realmente feliz, solía disfrazarse de hombre del pueblo, como el califa Haroun al Raschid, para visitar las fondas y mezclarse con los grupos que charlaban en las puertas de las tiendas, donde muchas veces oyó hablar de él". Luego le refiere que ha traído consigo el estandarte de Pizarro, el glorioso estandarte bajo cuyo trapo conquistó el imperio incaico: "Su posesión, dijo,—advierde María Graham—ha sido considerada siempre como el signo del poder y la autoridad; yo lo tengo ahora". Así exclamó irguiéndose tan alto cual era" y miró a su alrededor con un aire de soberano". Finalmente, comenta María Graham: "No tiene genio, sin duda alguna, sino cierta dosis de talento, ninguna instrucción y sólo un ligero barniz de conocimientos generales, que luce con habilidad; nadie posee como él ese talento que llaman los franceses *l'art de se faire valoir*... Aspira a la universalidad, como Napoleón, que según he oído, tuvo algo de esa delirancia y de quien habla siempre como de su modelo o, mejor dicho, su rival". Al pie de la página podemos leer el llamado siguiente: "En su residencia de Mendoza tenía su retrato entre los de Napoleón y del duque de Wellington."



En balcón de la antigua casa de Puente esquina San Pablo

¡Ah, la pícaro ironía femenina se ha encarnizado sobre el pobre grande hombre! María Graham, en los instantes que escribía su Diario, tuvo seguramente presente el recuerdo de Lord Cochrane. ¡Y el odio de las mujeres es mil veces más terrible, odio felino y venagativo, si el amor ha llegado a alimentarlo...

#### Últimos días

Para que María Graham no parta a Europa sin llevar la impresión exacta de extraño sabor gustado en estas apartadas tierras, he aquí que el día 20 de noviembre la sorprende un terremoto en Valparaíso. Ruina, miseria,

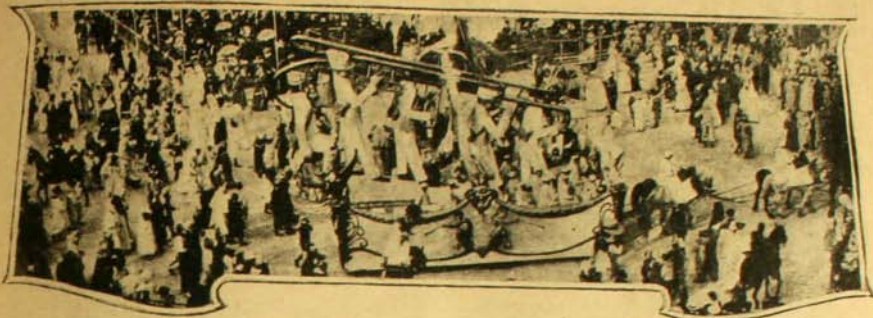
dolor por todas partes. Luego, durante varios días, se suceden continuos temblores, que renuevan el espanto de la ciudad aterrada. El domingo 24 escribe: "Mi registro de temblores me da hoy cinco: a las ocho A. M., a la una, tres, cinco y once P. M." Durante un mes consigna María Graham la impresión de sucesivos temblores que ya no la inquietan, pues han pasado a formar parte de sus costumbres; así, por ejemplo, el día 5 de diciembre anota en su Diario: "Hemos pasado un día mas tranquilo. Solo hubo tres temblores graves".

El día 17 de enero de 1828, escribe María Graham esta anotación melancólica: "Esta mañana Lord Cochrane y yo subimos a las cumbres de casi todos los cerros que hay entre la casa de la Herradura y el mar. Quizá será esta la última vez que él recorra estos lugares por los cuales tanto ha hecho: y yo, probablemente no volveré a estos sitios donde, a pesar de tantos sufrimientos, he experimentado tantos y tantos goces". ¿No pensaba, acaso, tornar en breve a Chile, para cruzar la cordillera, ir a Mendoza y volver por el paso de los Patos que siguiera San Martín en 1817?

Al día siguiente "A las seis, el capitán Crosbie fué a bordo de la "Motezuma" a arriar la insignia de Lord Cochrane, dándose así por terminada su autoridad naval en Chile". Luego, el buque se pone en marcha; la tierra se aleja; Quintero se va perdiendo en el horizonte; ya no es más que una sombra, un recuerdo, una leve tizne sobre la infinita superficie del mar.

Así partieron de Chile, el día 18 de enero de 1823, sir Thomas Alejandro Cochrane y María Graham. Aquél iba a coronarse, una vez más, de gloria peleando contra los portugueses bajo las banderas del Brasil y ésta a rendir, un lustro más tarde, la blanca frente, en aras del matrimonio, ante el célebre pintor Augusto Wall Calcott.





Desfile de los carros y cortejo en la plaza Maena.

# El Carnaval en Niza

Por GABRIELA

¡El Carnaval! ¡la alegría de disfrazarse, de saltar, reírse con la sonora risa de la niñez, tiende poco a poco a desaparecer! Sólo se siente un débil eco de lo que se llamó el Carnaval y son plañideras sus músicas, sus cantos y sus risas; la alegría huye aun de los corazones jóvenes y los más viejos ya no se quieren dar la pena de desandar su senda, se han habituado a recorrerla así, y así... quieren terminarla!

Santiago no sacude ni siquiera por un día su aire apático, tranquilo y diremos pesimista, y esta fiesta que en no muy lejanos días llenaba de alegría a chicos, jóvenes y viejos con sus disfraces, carros alegóricos y brillantes iluminaciones, pasó este año desaperebida. Quizás influyan en esta tristeza, en este decaimiento de ánimo, la crisis por que atravesamos, los luctuosos sucesos acaecidos en el Norte, la no aprobación de los presupuestos, etc., pero ¿por qué no hacer siquiera por los tres cortísimos días de Carnaval un llamado a nuestra risueña juventud, a ese sonrosado prisma que tuvo la duración de una hermosa flor en un abrasador día de estío...? ¿por qué no hacer de aquella calle que ha sido durante un año el camino insípido, monótono del deber y del trabajo, una avenida de libertad, de alegría sana, de espontaneidad de sentimientos, donde muchas encontrarán la felicidad de su vida, donde muchas, mu-

chísimas, quizás tendrán los únicos momentos livianos, amables, que les harán desear la vida que ellas con despecho y encono odiaban...?

La patria del Carnaval, Niza la Bella, que durante quince días, por largos años ha sido ciudad de verdaderos poseídos, de alegres locos, también está triste, también no celebra con la magnitud y el entusiasmo de antaño esta brillante fiesta. Quienes, como don Augusto Orrego Luco, han tenido la suerte de asistir a un Carnaval en esa hermosa ciudad, han conservado latentes en sus corazones las impresiones, las sensaciones soberbias que contemplando ese hermoso cuadro se experimenta.

Máscaras y confettis, corsos, bailes en los Círculos, en los Hoteles, bailes en todas partes, tarantelas, cake-walks, todas las danzas y todas las alegrías también... Las casas tapizadas de banderas, guirnalda de hojas y una iluminación "a giorno" de ampolletas de todos colores, hacen aparecer como ciudad de hadas a la coqueta Niza...

Heraldos y trompetas, todo el séquito del galante Luis XV, escoltado de caballeros de armas; todas las glorias y semi glorias del teatro y café concert, Mounet Sully, Talma, Coquelín, la Loie... grupos disfrazados de demonios, Arlequines, Pierrots, Colombinas... carros con la Primavera cuajada de frutas y flores... carros regio-



Desfile de los "Grotescos".

nales, murgas que cantan y bailan las danzas de sus abuelos, del hogar lejano... carros de hermosas muchachas, de alegres minuettes, de risueñas Mimí Pinson, vestidas de claveles, rosas, margaritas; odalisecas, seguidas de carros alados donde van fornidos romanos, hermosos Glaucos, Marcos Vinicio, majestuosos Petronios...

Un mundo de figuras quijotesecas que causan hilaridad a la vez que admiración por la belleza de la ejecución... Por momentos

rómpe se el desfile por grupos que se detienen a danzar, que arrástranse, envueltos en la cadenciosa voluptuosidad de la música; bailes rítmicos, griegos, que hacen soñar en la Macedonia, Bizancio y la soberbia Roma...

Siéntese apagarse la música... el movimiento cesa para estrellarse de nuevo con estruendoso entusiasmo asaltando veredas, arrastrando en su desenfreno y alegría a jóvenes, viejos y niños que a su paso se



Desfile de los quitasoles y paraguas.





Carro de los Aldeanos en la Brega.

presentan, envolviéndolos en nubes de "confettis" y granizada de discos de papeles...

Espectáculo delicioso que contagia con su animación y entusiasmo y en que todos bailan y todos cantan... Así era el Carnaval en Niza la Bella, así se ha ido repitiendo año a año hasta que la fatídica guerra tendió su negro y nefasto manto sobre todo ese risueño mundo que reía, que celebraba esas horas soñadas con delirio durante un año, con la fervorosa alegría de corazones sanos y que así la transmitía al orbe entero.

Todo imperio soberano tuvo su época esplendorosa y sucedióle la infalible decadencia y S. M. el Carnaval brilló en el mundo de los placeres con una aureola cuyos fulgurantes destellos cruzaron los Alpes, los mares, aun nuestra cordillera andina y dieron calor, luz y alegría a muchos corazones. ¡Qué triste es pensar que esos rayos se sepulten lejos de permanecer como faros donde se llegue ansioso, después de trescientos y tantos días de infatigable lucha!



En la Plaza Massena.—Conciliábulo antes de la batalla.





## — E L V A S O —

*Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla,  
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas.  
y la pared del vaso te será mi mejilla,  
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.*

*No quiero espolvorearlas en vaso de oro ardiente.  
ni en la ánfora pagana que carnal línea ensaya:  
sólo un vaso de arcilla te ciña simplemente,  
humildemente, como un pliegue de mi saya.*

*En una tarde de éstas recogeré la arcilla  
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.  
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas,  
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo.*

*El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,  
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.  
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano  
y mi mirada inmensa lo envolverá por manto.*

GABRIELA MISTRAL.



# Una Novela de Angel Pino



Don Joaquín Díaz Garcés

Para los lectores de PACÍFICO MAGAZINE es una primicia la publicación de estas opiniones críticas de don Alberto Edwards, sobre la novela "La Voz del Torrente", de don Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), libro cuya aparición está anunciada.

Hemos logrado que no queden inéditas estas apreciaciones hechas en una carta privada, por la importancia literaria que tienen.

"Santiago, 1.º de febrero de 1921.—S. D. Joaquín Díaz Garcés—Presente. — Querido Juaco:

He terminado la lectura de tu novela, y antes de darte mi opinión sobre ella, debo prevenirte que lo haré no en son de amigo sino de censor severo, agrio y hasta injusto. Me propongo pasar por alto, si es posible, las bellezas y buenas cualidades de tu obra, para insistir encarnizadamente sobre los que estimo sus defectos. En una crítica destinada al público haría lo contrario; pero, escribiendo sólo para ti, me ha parecido más útil señalar errores e incorrecciones que hacer panegíricos.

Confieso que lei tu libro con interés y agrado, y que no tengo la menor dificultad en admitir la posibilidad de su éxito ante un público todavía más vasto del que imaginas. Pero acerca de este último punto mi pronóstico es reservado, como dicen los galenos, porque no conozco bien la psicología del lector chileno y porque temo que la crítica de los hombres del oficio no te sea favorable.

Digo esto por lo que me sucede a mí mismo. Como hombre de corazón y sentimiento, como lector profano que busca sólo gratas impresiones, tu novela me satisfizo casi por completo; pero cuando llegó la hora del análisis literario mi opinión fué muy diversa.

Me dirás que no pretendes publicar un modelo para las clases de retórica y que una obra de arte puede ser buena y agradar aun a personas muy distinguidas, a pesar de un olvido absoluto de las reglas clásicas. Lo concedo; pero el caso no es frecuente. Los preceptos literarios son algo más que antojadizas convenciones: aun el genio, cuando los burla, suele extraviarse.

Creo que tu obra, lejos de ser una excepción a esta verdad, la confirma. Tú derrochas en ella cualidades muy sólidas y brillantes de novelista: espíritu de observación, sentimiento de la naturaleza, profundidad psicológica, sensibilidad exquisita y hasta cierta fantasía (lo que para mí fué una

novedad agradable). Demuestras tener para escribir una buena novela todo lo que no se adquiere ni se aprende. Esta vez no has acertado, sin embargo, a lo menos en mi humilde opinión, y te lo digo con tanta mayor severidad y crueldad, cuanto que estoy convencido de que la causa única de este relativo fracaso es el olvido de ciertos preceptos muy simples que se encuentran en los textos elementales de retórica.

Ojalá comprendas la profunda sanidad de mi intención al escribirte como te escribo. Si te viese empeñado en ser novelista contra los decretos del cielo, a fuerza de paciencia y estudio, no me tomaría el trabajo de avanzar tus obras. Para cumplir con un amigo basta, en estos casos, con algunas frases de convencional estímulo y aliento continuo. Pero cuando uno ve extraviarse al autor y malgastar lo más noble de los dones de Dios por falta de un poco de orden y meditación, hay el deber, no solo de decir la verdad, sino de exagerarla.

Acaso quieras ver en estas apreciaciones mías, las de un espíritu en exceso formalista, ordenado, matemático, supersticiosamente apegado a las tradiciones clásicas. Bien puede ser; pero te aseguro que nunca me he sentido tan conservador en arte como al leer: la necesidad casi absoluta de las reglas se me ha impuesto esta vez como un axioma prácticamente demostrado.

Por otra parte, muchos de esos preceptos literarios son de sentido común, superiores y anteriores a todo prejuicio de escuela. Decir, por ejemplo, que una novela ha de tener un solo argumento y cierta unidad de acción y no tres o cuatro argumentos y otras tantas acciones independientes entre sí, me parece tan banal y perogrullesco como decir que la estatua de una mujer hermosa ha de tener una sola cabeza y un solo par de tetas.

Claro está que hay novelas y aun buenas obras dramáticas con dos acciones distintas pero profundamente vinculadas la una a la otra de manera que a lo menos subsiste la unidad de interés, ya porque ellas se concentran en el mismo o los mismos personajes, ya por otros recursos técnicos. Ejemplo de ello es "El Trovador" de García Gutiérrez, y casi todas las novelas históricas.

Pero en tu novela hay por lo menos tres que nada tienen que ver la una con la otra.

Supongamos que la fábula o enredo principal de "La Voz del Torrente", sea la historia de los amores de Jorge y Zulema, con los episodios referentes a las intrigas de la familia Echagüe y a las de Basco en Lima. Sin cambiar nada en el fondo y muy poco en la forma, podrías haber suprimido de tu novela, todo el enredo minero cuyo protagonista es Alfredo Almanzor, y todo cuanto se refiere al problema místico que gira alrededor de Priscila, el capuchino italiano y

don Serafín. No me negarás que pudiste escribir esta primera novela sin mencionar siquiera los personajes referidos de las otras dos y quizás sin otro trabajo que el de desglosar capítulos enteros.

Si tal cosa hubieras hecho, pudiste al fin de la susodicha primera novela decir al lector: "¿Se interesa usted por lo que se refiere a la familia Almanzor? Pues bien, a propósito de lo que ocurrió a un hermano de la señora Gracia, puedo contarle otra historia, de muy diverso género, pero curiosa: sin embargo". Y a continuación escribirías entonces sobre las luchas mineras de Alfredo y su doble desenlace: la muerte del protagonista y la compra del mineral por los yanquis.

Terminada la segunda novela, agregarías: "No he concluido con cuanto a la familia Allen respecta; sabrán ustedes que Gracia tuvo una hija: Priscila, que hizo esto, lo otro y lo de más allá". Y aquí vendría la tercera novela.

No me negarás que son a lo menos tres: con acciones distintas e independientes, pues nada tienen que ver las unas con las otras, y hasta con personajes diferentes.

El procedimiento de colocarlas la una a continuación de la otra bajo un título común te parecerá extraño. Pues, a mí me parece más extraño todavía el que tú adoptases, presentando al público, primero un capítulo de una de las novelas, después, uno de la segunda, y, en seguida, uno de la tercera, y así sucesivamente. De ello resulta una ensalada poco inteligible. Es como si convidaras a comer a tu casa y ofrecieras a tus huéspedes, primero una cucharada de sopa, después un bocadito de carne y luego un poco de postre, y continuaras de la misma guisa hasta concluir.

¿Qué vínculo existe entre las tres acciones y argumentos de tu novela? Permite que te lo diga: ninguno, salvo una relación de parentesco entre los personajes de las tres.

Dices que todo lo domina en tu libro "La Voz del Torrente". Es una ilusión tuya: esa voz no la oye el lector, aun después de estar advertido. Te has auto-sugestionado con esa idea acaso porque escribiste tu libro en el Toyo oyendo el rumor del Maipo. Puede que alguien leyéndote en el Toyo experimente una sensación parecida; pero aun eso lo dudo.

Es cierto que Gracia, como hermana de Alfredo y madre de Jorge y de Priscila, se interesa, más como espectadora que como actora, en lo que sucede en las tres novelas; pero, aunque haya sido esa tu intención, Gracia no es la protagonista de tu extraña trilogía: su carácter es pasivo, de escaso relieve e interés, y, a más de eso, como ya he dicho, más bien mira, observa y siente, que obra en la novela. Ello por otra parte le ocurre a la mayor parte de tus personajes: no se mueven: a lo más hablan y comentan.



"La Voz del Torrente" es una tragedia griega en que el coro es lo esencial, y los personajes principales casi lo superfluo.

Resumiendo lo dicho, has querido presentar como una novela, lo que bien pudo ser tres novelas, pero que en el fondo, sólo es el embrión, la armadura o el esbozo de tres fábulas distintas, cuyos personajes, ligados por el parentesco, no lo están ni siquiera por intereses comunes, porque el desenlace y las peripecias de cada acción en nada influyen sobre el desenlace y las peripecias de las otras.

Y, como sucede con los monstruos naturales por simbiosis, ninguna de estas hermanas siamesas de la literatura, es perfectamente normal y completa. Sobre este punto insistiré más adelante. Por ahora probaré mi anterior aseveración.

**Novela número uno.** Argumento y acción: los amores de Jorge y Zulema, las intrigas de la gavilla Echagüe y las de Basco. Personajes: Jorge, Zulema, Teresa, Adelina, Basco, los Echagüe. Vaya por donde vaya la acción de esta novela, ello nada importa al desarrollo de las otras.

**Novela número dos.** Argumento y acción: el torrente y la mina. Personaje protagonista y único: Alfredo Almanzor. Es la mejor desarrollada de las tres, y la única en que hay perspectiva, personajes secundarios, primer plan y fondo. Tampoco las esperanzas, triunfos y derrotas de Alfredo, su muerte trágica, la venta de la mina, las empresas de los yanquis tienen la menor influencia sobre la fábula de las otras dos novelas, ni añaden por tanto nada al interés de ellas.

**Novela número tres.** Argumento y acción: la vocación mística de Priscila, el contraste entre dos maneras de comprender y practicar el cristianismo. Personajes: Priscila, el padre Bertinelli, don Serafín, acaso Gracia también, pero en segundo término. Tampoco el desarrollo de esta tercera novela tiene influencia en las otras que hubieran continuado en la misma forma, si Priscila, en lugar de morir en las batallas de la caridad, se hubiese hecho mundana y casándose con un buen mozo.

¿Comprendes cómo mi noción clásica del arte, se subleva ante este contubernio literario?

Supón que tu mujer diese a luz tres muachachas bien formadas y graciosas, pero unidas entre sí por un trozo de carne como los hermanos siameses. Una podría celebrar la angelical sonrisa de la una, los hermosos ojos de la segunda y las magníficas formas de la tercera; pero el conjunto sería siempre un monstruo, que inspiraría sólo lástima a un hombre normal que no fuera un sadista capaz de arremeter con esa nueva y original especie de poligamia.

Si preguntases a un amigo sobre la conveniencia de presentar tu triple hija o mejor dicho tus tres hijas en sociedad, de se-

guro que te diría: "Con una simple operación quirúrgica sin riesgo alguno, puedes separar a esas pobrecillas, y entonces presentarías en los salones tres lindas mujeres: por ahora sólo puedes presentar un monstruo de la naturaleza y no te lo aconsejo".

Con tu novela puede hacerse esa operación quirúrgica, y, aun si te empeñas, algo mejor. Puedes hacer una sola novela, esto es una sola hija, conservándolo casi toda la sonrisa de la primera, los ojos de la segunda y el hermoso cuerpo de la tercera.

En efecto, como tu novela son tres, has debido multiplicar en exceso los personajes principales y suprimir casi las comparsas, de lo cual resulta falta de perspectiva y armonía en el conjunto, donde nada se destaca con precisión, obscuridad y embrollo en la fábula, a pesar de su escaso enredo, y por último, acción lenta, a tropezones, mejor dicho, como veremos luego, falta de verdadera acción.

La mayor parte de los personajes son inertes: los presentas al lector, como una galería de retratos, y allí se quedan más o menos colgados en la pared, mirando lo que pasa, y, a lo más, comentando los sucesos de la novela, todos los cuales ocurren de repente, como por arte de birlibirloque, sin que contribuya a producirlos una verdadera acción dramática.

Los preceptistas literarios están de acuerdo en que los caracteres, tanto en la novela como en el drama, deben ser presentados al lector, más bien por el gradual desarrollo de sus palabras y acciones que por un retrato previo hecho de cuerpo entero por el autor. Así el que lee va conviviendo con los personajes como si los fuera tratando en persona, y los caracteres se diseñan poco a poco interesando a la vez que la acción que los crea.

Tú has procedido de muy distinta manera: presentas, por ejemplo, a los Echagüe, y ello te ocupa un capítulo. El lector sabe ya teóricamente y en abstracto, como procederían los Echagüe en tales o cuales circunstancias, pero no los ve desarrollar su temperamento, porque después de retratados quedan inactivos, salvo en un solo capítulo, cuando reciben las dimisorias de Jorge, y que por eso es el mejor capítulo de la novela, y para mí la prueba de que eres capaz de escribir las buenas.

Pongo por ejemplo a los Echagüe, porque, a pesar de todo, se mueven algo, siquiera una vez. Otros personajes no hacen sino hablar, manifestar opiniones más o menos abstractas y teóricas. Te he dicho ya que esos, a lo menos en parte, el caso de Gracia. Don Josías, don Bernardo, el padre Bertinelli, don Serafín, son lo que llamo yo el coro griego de tu novela. Son figuras de bastante relieve, pero no se sabe qué están haciendo allí y para qué las has presentado. Perdona la franqueza, pero el caso me re-

cuerda al pobre Luis Orrego Luco. Esas figuras inactivas y sin embargo características, impiden que se destaquen con claridad los personajes que se mueven o deberían moverse en primer término.

Insisto en los Echagüe, porque el caso es característico. La intriga de la gavilla para pescarse a Jorge y ganar junto con esta otras batallas de la vida, sería ya bastante tema para una novela. Pero esa posible acción tú no la desarrollas: el público no la ve ni puede verla. Le dices para comenzar y muy circunstanciadamente lo que son los Echagüe y cuáles sus procedimientos habituales, todo ello en abstracto, en general, fuera y con anterioridad a la acción de la novela. Magdalena, sobre todo, está muy bien dibujada. Después, separas a Jorge de Zulema, con el artificio un poco pueril y traído por los cabellos de un llamado de su madre, y todo eso está dicho en tres renglones, con una concisión confusa que no sería aceptable ni siquiera en un cuento corto: todo un interés perdido.

¿La causa de este error técnico? En mi concepto la debemos buscar en el error inicial del libro: con tantos argumentos y tantos personajes que obran cada uno por su cuenta y tras de fines heterogéneos, no hay sitio para la verdadera acción, a pesar de lo extenso de la novela. Los personajes se estorban los unos a los otros, y en exponer sus circunstancias y en retratarlos se ocupan tantas páginas que no queda sitio para la verdadera novela.

¿Has pillado pulgas alguna vez? Es imposible seguir las cuando se mueven, esto es cuando saltan; sólo se las ve en los momentos en que reposan entre salto y salto. Así un poco como las pulgas son los personajes de tu novela. Obran con rapidez tan vertiginosa que el lector no alcanza a interesarse en sus movimientos ni siquiera a percibirlos. Cuando el personaje deja de moverse y comienza a hablar o a estar quieto, entonces sólo puede vérselo con alguna claridad.

Si antes del descubrimiento del cine, alguien hubiera querido hacer como las películas de ahora, sus procedimientos acaso hubieran sido semejantes a los de tu novela. De esa película el movimiento habría estado destruido en fuerza de la imposibilidad técnica de producirlo. El desarrollo de la acción se habría realizado mediante la exposición sucesiva de retratos y escenas sueltas, todas inmóviles, entre las cuales el autor habría expuesto en frases breves proyecciones sobre la pantalla, lo ocurrido con cada personaje entre una otra escena. Dudo que el público hubiera seguido con interés un drama de esa índole.

¿Ves ahora cómo la multiplicidad de argumentos y por tanto de personajes, no sólo resulta clásicamente reprochable, sino dañina en la práctica? ¿Ves cómo es peligroso

desdeñar los preceptos de la técnica? Lisa y llanamente escollaste en una imposibilidad física: la de mover todos tus planes y personajes en cientos y tantas páginas. Porque mover a saltos una novela no es moverla como Dios manda. El interés ha de ser gradual y constante. Cada parte de la acción ha de tener su espacio debido.

Voy a continuar por el camino de las comparaciones paradójicas, gracias a los Aristarcos, como yo lo soy en este momento, con crueldad e injusticia, pero con sano propósito.

Tu novela es me imagina el tranque de Mena. Con verdadero temperamento de novelista, tenías almacenada el agua de muchos inviernos: planes, pensamientos, personajes. La manera lógica de aprovechar los tranques es sangrarlos metódicamente, para fertilizar hoy un campo, mañana otro. Pero tu tranque se desbordó y sus aguas bajaron como un torbellino, dejando muchos campos devastados, porque el riego se convirtió en inundación. Argumentos, planes, personajes, escenas, quedaron esparcidos en revuelto desorden. Nada quedó de agua en el tranque y ningún campo debidamente fertilizado. Faltó método: te desbordaste sin son ni ton.

Me dijiste el domingo que eras capaz de escribir una novela en quince días, y yo lo creo también así. Nada de lo dicho, por duro que te parezca, va contra tus dotes artísticas intrínsecas. Al contrario, te lo repito. Después de leer tu libro, quedo más convencido aún que antes acerca de la realidad de esas dotes. Escribe, si quieres, novelas en quince días, pero, por amor de Dios, emplea a lo menos un mes o dos en pensarlas, en combinar metódicamente tus planes, en atender al desarrollo normal de la fábula, en clasificar tus personajes a fin de que no haya ninguno inútil y perturbador. Economiza tus ideas, porque el peor de los errores de un novelista es querer meter en un solo libro todo lo que tiene en el corazón y en la cabeza: esa es una abundancia no sólo estéril sino dañina como el desbordamiento del tranque de que hablaba hace un momento.

No tomes demasiado a pecho las duras censuras que de tu novela hago, en primer lugar, porque, como antes he dicho, me he propuesto deliberadamente exagerar los defectos de ella, y además, porque, aunque muy amigos, mi temperamento ordenado y metódico difiere sustancialmente del tuyo. Acaso no sé comprenderte y tengo la infantil pretensión de meter un torrente en una acequia enladrillada. Pero tú mismo has cantado a los yanquis que saben utilizar los torrentes, y eso me tranquiliza hasta cierto punto.

Llego a la parte más difícil de toda obra crítica: a lo constructivo. Te dije más arriba que, en mi concepto, o podías con una operación quirúrgica hacer de tu novela tr



partita tres novelas, o acaso algo mejor. Al exponerte este "algo mejor" no puedo menos de recordar lo que refiere Larra de Destut-Tracy. El célebre ideólogo presentó un libro suyo a cierto príncipe alemán para que le diera su opinión. "Yo, dijo el príncipe, habría dicho en lugar de esto, esto otro y lo de más allá". "Entonces, repuso Destut, no habría usted escrito mi libro sino el suyo".

A riesgo de merecer una respuesta semejante, creo que bien pudiste combinar tus tres fábulas, con unidad de acción y de interés.

Meditándolo un poco, quizás sea ésta la verdadera solución del problema. Analicémoslo.

Jorge, el protagonista de tu novela, es un personaje un tanto descolorido y abúlico, arrastrado hasta cierto punto por los acontecimientos, que parece ignorar ese querer fuerte de que habla Perez Galdós. La facilidad con que olvida a Zulema y se calienta con Teresa es una prueba. Le falta relieve, lucha, y por tanto, interés.

Un personaje semejante no puede arrastrar demasiado al lector. ¿Por qué no existe del protagonista amoroso de tu novela, el protagonista de la lucha minero? He aquí un personaje de menos, o mejor dicho, dos personajes incompletos de menos, el uno que no ama y el otro que no lucha, y los reemplazas por un verdadero protagonista, que ama y lucha a la vez. Si a esto agregas que la victoria o la derrota del minero, influya tanto en la realización de sus anhelos como en la conducta de los Echagüe, no tendrías ya dos intereses sino uno sólo.

Con las damas jóvenes de tu novela ocurre otro tanto. Priscila, lo confieso, es un bello tipo; Zulema, una hembrita encantadora. Teresa, una buena muchacha que sabe querer. Convenido: pero para que haya verdadera acción se necesita no sólo que los personajes valgan aisladamente, sino que entre ellos haya contacto y contraste.

Te han dicho que Teresita vale demasiado como novia desdefiada. Puede ser, pero esa sensación desaparecería, si la venciera no Zulema, sino la fusión de Zulema y de Priscila.

Ese personaje enfermizo y aislado de los demás, cuya muerte santa edifica, está de más en el enredo. En cambio, si haces de Priscila-Zulema una especie de Teresa de Jesús, muy inflamada en el amor de Dios pero por cuyas venas se siente también correr la sangre de una hembra, harías un personaje más completo e interesante, y despejarías el escenario de figuras inútiles o perturbadoras. Te gustan las novias sentimentales... ¿Por qué una mística no ha de serlo? Todas las místicas deben, por fuerza, de parecerse a la Donosa Föster que posiblemente has tomado por modelo de tu Priscila? ¿No eres místico tú, y más caliente que un beduino del desierto?

Con esta fusión o coalición de Jorge y Alfredo y de Priscila y Zulema, se incorporan en la pareja Jorge-Zulema los tres intereses o acciones de la fábula y se suprimen dos personajes, lo que no deja de ser una ventaja.

También suprimiría yo a la madre de Zulema y a Basco, porque para intrigantes, basta y sobra con los Echagüe, a quienes has dejado demasiado inactivos, después de presentarlos con tanta pompa. Lo demás es hacer de tu novela uno de esos dramas chinos, sin unidad alguna, en que cada acción pasa en países y siglos diferentes y siempre con nuevos personajes.

La fusión Zulema-Priscila tiene otra ventaja. Teresa y Zulema son ambas del tipo meridional y caliente: a lo menos la primera lo es por accidente y la segunda por naturaleza. No hay entre ambas bastante contraste. Dentro de tu temperamento, es natural que las dos novias de Jorge hablen algo a los sentidos; pedirte otra cosa sería pedir guerras; pero pueden diferenciarse por elementos extraños al hembrismo de ambas, como sería en una el espíritu mundano de los Echagüe y en la otra la fiebre mística de Priscila. Todo resulta así, a lo menos en mi concepto, más armonioso y lógico.

Suprimidos estos personajes, o mejor dicho fusionados, hay otros que convendría relegar a segundo término: los del coro griego, para comenzar. Si las palabras o acciones de Gracia, de don Josías, de don Bernardo, de don Serafín y del padre Bertinelli nada han de influir sobre el desarrollo de la fábula, ¿qué hacen allí? Estorbar. ¿Para qué darles tanta importancia? Lo dicho vale respecto del cometa, del diputado liberal doctrinario y de otros tipos. Has de escribir muchas novelas en que puedes aprovecharlos con más fruto.

Vuelvo a pedirte que no tomes en serio por demás mis agrias e injustas censuras. Me he colocado un poco artificialmente bajo la piel de un Aristarco tremendo. Es la primera vez que hago crítica literaria y tu pellejo lo he pagado. Es otro tranque de Mena como el tuyo que se desborda.

Sólo dos cosas te digo completamente en serio.

La primera, que eres novelista, y que debes continuar por ese camino. No me perdonaría en la vida el haber contribuido a desalentarte.

La segunda, que hay que tomar bien la embocadura, imponerse al público desde el primer ensayo; con más de cuarenta años, un sillón en la Academia y una nominación literaria que respetar, no tienes derecho para lanzar al público en un género nuevo, obras mediocres, ni mucho menos defectuosas.

Te saluda cariñosamente tu amigo,

ALBERTO EDWARDS



Marita Bührlé



La Maravillita

# EL MES TEATRAL

Por K. MARIN

—Pocos espectáculos nos han amenizado el mes. La Empresa Bouquet ha cerrado el Santiago y el Comedia, y sólo abrirá este último el 1.º de marzo con la reaparición de la Argentinista, la simpática y personal artista que con tantos aplausos nos visitó en diciembre. Nuestro público gusta ampliamente de este género liviano de tonadillas, parodias, bailes y zapateos, y cuando se trata de una artista, tan mujer y tan artista como la Argentinista, con su picardía de salón, su talento asimilativo, su modestia, su soltura y su exquisita fineza, llega fácilmente al entusiasmo. No pecamos de exageración, pues al augurarle a doña Ecaración López una muy brillante temporada.

—En el Unión Central, mientras regresa del Puerto la compañía argentina de Orliá Rico, cuya deficiencia nos hemos complacido en señalar, ha trabajado un pequeño conjunto nacional, encabezado por las dos más populares figuras de la escena criolla: Elena Puelma y Arturo Bührlé. El repertorio ha sido pobrísimo, compuesto casi en su totalidad de añejos juguetes cómicos de Vital Aza, Ramos Carrión, Echegaray y Eusebio Blasco, que dan margen a Bührlé y Elena Puelma para lucirse y hacer reír candorosamente al público. En este conjunto chileno, cuyas principales partes figurán en la Compañía que bajo al dirección de Arturo Mario actuará durante todo el invierno en



el Teatro Santiago, se destacan también Isaura Gutiérrez, de cuyas relevantes cualidades ya hemos hablado en otras ocasiones, que hace con acierto los papeles sentimentales y viste correctamente, y el galán Miguel Moya, natural y sobrio en la escena, pero lento en la dicción y algo frío, defectos que el trabajo continuó hará desaparecer, transformándolo en uno de los más apreciables elementos del teatro chileno.

Al final de estas veladas, Mariita Bührle, hija de Arturo, ha cantado tonadillas con mucha gracia. El público la ha recibido muy cariñosamente. La chica, que tiene diez años, sin duda llegará a ser, sino una buena tonadillera, ya que su voz es un tanto débil, por lo menos una damita joven de mucha simpatía en la escena. Tiene dominio de la escena y despierta inteligencia para la comprensión de los diferentes tipos que inter-



Miguel Moya



Pepe Vila

preta. La hemos visto hacer: "Díme cómo andas", "Esas son lentejas", "Quién a hierro mata" y "El Relicario" muy bien vocalizadas y con toda intención. Ojalá que se cultive y estudie con tesón, porque puede llegar muy alto.

—La Maravillita también ha trabajado con éxito en el Teatro Brasil y otros; su ronca vocecita sé presta admirablemente para matizar los couplets modernos de su repertorio.

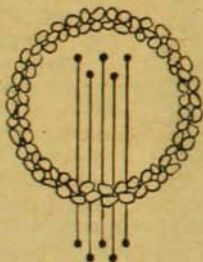
—Enrique Báguena y Evaristo Lillo hicieron una corta temporada en el Coliseo Nacional, reprisando las obras de mayor éxito del teatro nacional, como "El Peuco", "Entre Gallos", "Vidas Inútiles" y "Por el atajo". El joven actor Juan Ibarra, en Papeles de compromiso que ha tenido que improvisar por falta de galán, se ha expedito con corrección y demostrando un entusiasmo y un estudio muy digno de encomio. Este conjunto también actuó a fines de mes en el Mineral de El Teniente, donde fué espéndidamente recibido.

—La Compañía Orfilia Rico ha estrenado en Valparaíso una obra del autor chileno Guillermo Bianchi, llamada "La Suegra Ideal", que ha recogido aplausos del público y crítica. Nos reservamos el juicio hasta la próxima crónica.

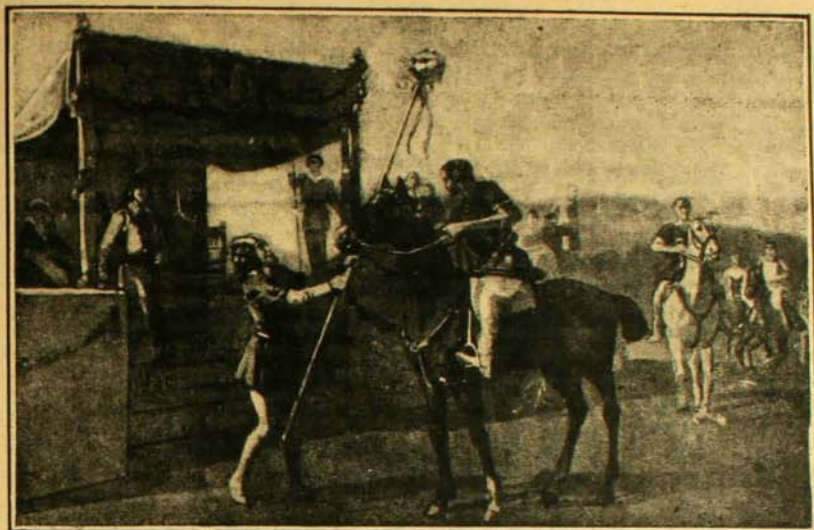
—En el próximo mes partirá a España, adonde va con el propósito de visitar su pueblo natal, el tan querido actor Pepe Vila, que durante treinta años ha hecho reír y se ha hecho querer de todo Chile. Pepe Vila llegó aquí de muchacho y se va con sesenta años. La vida farandulera que a tantos desquicia y destruye, ha pasado por él, dejándole el espíritu sano y alegre. Ha sabido ser cómico, ha viajado, ha aventurado, ha vivido intensamente, y ha tenido la sabiduría de pasar por sobre todas las miserias y las tristezas de teatro adentro, con un mismo gesto bondadoso y noble. Ahora que se marcha a mirar otra vez su pueblo de Onteniente, queremos dedicarle estas sencillas frases cariñosas. De su labor de artista no es menester recordar nada: quién le haya visto sus admirables creaciones de “Alta

Mar”, “Viento en popa”, “El Monaguillo” y “La Marchada de Cádiz”, no podrá olvidarlas nunca. Cada mano de Pepe Vila es una actriz como una casa; podríamos decir que tiene en su derecha a la Guerrero y en su izquierda a Amalia Isaura. ¿Y qué decir de su expresivo rostro puntiagudo y de su gesto de suprema ironía? Pepe Vila es en la escena la personificación de la coquilla, y fuera de las tablas un invariable amigo leal. Le deseamos un regreso inmediato.

Antes de ausentarse, se presentará al público de Santiago y Valparaíso en algunas veladas, donde se pondrá en escena “Alta Mar” y “La Marcha de Cádiz”, junto con un acto de concierto bien nutrido de números interesantes.







## --- CUESTIONES HIPICAS ---

### Los Reyes de Ing'aterra y la pura sangre Inglesa

Por RUBRYK

Uno de los motivos de legítimo orgullo que puede sentir el pueblo inglés es, sin duda alguna, el haber sido el creador de esa notabilísima raza de caballos conocida en el mundo entero con el nombre de **pura sangre inglesa**, la más preciada de cuantas existen.

Para llegar a forjar este perfecto tipo se necesitó la perseverancia y paciencia del inglés y la voluntad férrea que pusieron en la selección de ejemplares los Soberanos que ocuparon el Trono de Inglaterra. A ellos les cabe la gloria de que el pueblo inglés llegara a tener tan selecto ejemplar de caballo.

A grandes rasgos, rebuscados en historias y crónicas, sintetizaré lo hecho en esta materia por los Reyes de Inglaterra.

Las Cruzadas, que tantos beneficios, bajo todos conceptos, reportaron a Europa, hicieron ver a los ingleses la existencia de una

raza caballar de tipo fino, de gran ligereza, que contrastaba con el caballote pesado y teso de su país. Era aquélla la árabe. Hicieron ensayos para perpetuar la raza entre ellos, pero el éxito fué negativo. Ni el país, ni el clima, ni la alimentación eran propicios al fin deseado.

Con Enrique I (1100-1135) empieza la serie de Soberanos que se ocupan con interés del mejoramiento de la raza caballar. El fué el que primero importó caballos extranjeros. Enrique II (1154-1189) fué el precursor de las carreras de caballos. Los sábados, en el mercado de Smithfield, hacía correr a los caballos, que eran montados por mozos de cuadra, llamados *jockeys*, y el vencedor obtenía como premio una rebaja en el precio de la cosa que iba a comprar. Ricardo Corazón de León (1189-1190) organiza tam-

bién carreras algo más en serio, siendo éstas las que por primera vez aparecen tratadas en crónicas y romances. Celebrábanse en la Pascua de Pentecostés, con una distancia de tres millas y un premio de 40 libras oro.

Al mismo tiempo cuidaba de mejorar la raza importando caballos árabes y españoles, tan estimados entonces.

Juan Sin Tierra (1199-1216) funda la primera parada real, y trae sementales de Flandes, y Eduardo II (1307-1327) importa 30 caballos de la Lombardía.

Eduardo III (1327-1377) importó de Hainaut un semental, por el que pagó 25,000 florines; y de España, otros 50, que le costaron 16,500 francos. Ricardo III prohíbe la exportación de sementales de raza indígena, y Enrique VII prohíbe emplear para la reproducción animales que no estén en el completo período de crecimiento y que no tengan una talla inferior a 1,27 metros.

En tiempos de Enrique VIII (1509-1547) el Parlamento declaró por un bill impropio para la reproducción los sementales que no tuvieran una talla menor de 1,52 m. y las yeguas que no la tuvieran de 1,32. Se prohibió, bajo multa de 625 francos, el dejar pastar o alojar con otros caballos a los que tuvieran alguna enfermedad de la piel.

Se obligó a cada ciudadano a tener determinado número de caballos, según su rango y medios económicos. Así, por ejemplo, los arzobispos y los duques estaban obligados a tener cada uno siete caballos de silla; los propietarios, dos; los eclesiásticos que reunían un beneficio anual de 100 libras, y los laicos cuyas mujeres llevaban cofia francesa o gorro de terciopelo, uno, etcétera.

También importó este Rey numerosos sementales de España, Turquía e Italia. Bajo su reinado se publicó el primer bill sobre carreras, y en su tiempo se fundó Stamford y Chester, en 1512. Según la tradición, en las carreras que en este último hipódromo se celebraban se daba como premio la **Chester Cup**, que, a más del dinero, estaba dotada de un gigantesco queso que pesaba más de 100 libras. De esta época y de este hipódromo data la **Saint-Georges Bell**. Consistía este premio en una pelota de lana adornada de flores y puesta en la punta de una lanza que se entregaba al vencedor de la carrera.

En 1540 se substituyó por una campana de madera, también adornada de flores, y más tarde, por una de plata, llamada de **Saint-Georges**.

Disputábase este premio cada año el martes de Carnaval. Posteriormente la campana fué de oro, y por último se substituyó por Copas y otros premios en metálico.

En el reinado de Eduardo VI (1547-1553) el Parlamento decretó que toda persona convicta del robo de un semental o de una yegua sería privada de los auxilios de la Religión. En tiempos de la Reina Isabel (1558-1603) decae bastante la afición a las carreras para venir a resurgir en toda su brillantez con Jacobo I (1603-1625), al que se le puede considerar como su verdadero fundador.

El hipódromo de Newmarket fué hecho por su iniciativa, dando en él las primeras carreras en 1611. Fundó también Gathesley, Ciccydon y Enfield-Chase, y en su tiempo fué cuando comenzó el pueblo inglés a aficionarse a las carreras con el entusiasmo que aun hoy conserva.

El primer hipódromo de gazon, del reinado de Jorge I data.

Fué también Jorge I el que mejor se dio cuenta de la importancia que tenía para la mejora de la raza caballar inglesa la sangre árabe. Despreciada después de equivocados ensayos, tuvo este Rey la mala suerte de concebir grandes esperanzas en el semental **The King'Arabian**, bayo, de pequeña talla y mal conformado, que si fracasó como semental, también fracasó en el turf, lo que quitó muchos entusiasmos e hizo que se abandonara la idea, retrasando cerca de cien años el completo triunfo de una raza que acabó por imponerse al mundo entero.

En su tiempo se corrió el primer raid, en 1604, y en 1609, la primer poule. El vencedor recibía el importe de las inscripciones y la **Saint-Georges Bell**.

Y no sólo el pueblo se aficiona a las carreras, sino que la aristocracia imita el ejemplo del Rey y empieza a interesarse por un deporte del que al fin y al cabo, vino a hacerse único depositario y mantenedor.

Carlos I (1620-1649) fué también un gran entusiasta del turf. Patrocina las carreras de Newmarket y Stamford y de Chester, y



funda las de Hyde-Park, para las que da una Copa de 100 guineas de valor.

El gusto altamente aristocrático inglés, el refinamiento, habían triunfado con sus Reyes. Murió víctima de la crueldad fanática el gran Stuardo Carlos I. Su ejecutor, Cromwell, elevado a Protector de Inglaterra, cambió brusca y violentamente la ya tradicional costumbre de afición a las carreras de caballos. ¡Hecho inaudito! Aquel cruel tirano consideraba (como no hace media docena de años lo hacía cierto político de gran altura en España) que las carreras eran un frívolo pasatiempo, indigno de un espíritu puritano. Y consintió a sus hordas que entraran a saco en las caballerizas reales.

Pero hubo de reconocer su error y tuvo que continuar la sabia labor de sus odiados Stuardos importando sementales y procurando por el mejoramiento de la raza. De su tiempo son Helmsley Turk y Farfaix's Morocco Baib.

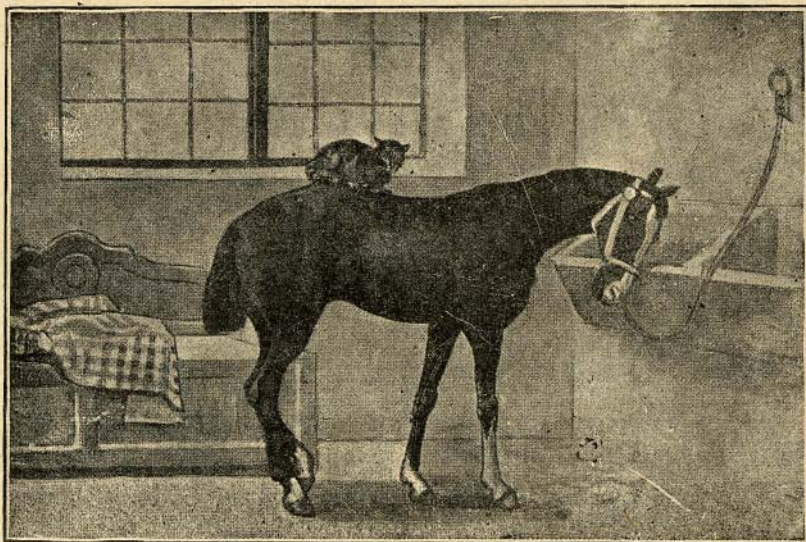
Carlos II (1660-1685) fué el Soberano al que se debe la gran prosperidad de las carreras. Regularizó su funcionamiento, fijó las condiciones de edad y peso para los caballos, estableció como premios las Copas,

cuyo valor era de 100 libras; reconstruyó Newmarket e hizo correr a sus caballos bajo su nombre.

Las primeras carreras ya en serio celebradas fueron las de Newmarket, organizadas en 1671 por el conde de Claven. En recuerdo de aquel Rey, al que tanto debe el desarrollo del deporte, el Jockey Club, de Londres, instituyó, cien años más tarde, la carrera de Whip.

Carlos II preocupóse, como era natural, del mejoramiento de la raza, importando sementales y, sobre todo, yeguas esmeradamente escogidas, conocidas luego con el nombre de yeguas reales, que dieron los mejores caballos de la época, y cuya sangre se encuentra en los pedigree de los más célebres del turf inglés.

En tiempos de Jacobo II (1685-1689) se importaron gran número de sementales árabes, que se daban a las yeguas reales. Ya las carreras habían eliminado los caballos medianos, resultando una selección en la que la sangre iba purificándose sin cesar, pasando de la mitad a los tres cuartos, a los siete octavos, etc., hasta llegar a la pureza absoluta, que con Byerly Turk, Darley Arabian



y **Godolphin Arabian** son las tres grandes ramas de que proceden todos los pura sangre del mundo.

Guillermo III (1689-1702) crea el **Stud-Book**. **Eyerly Turk** figura en cabeza en este libro registro. Fundó una academia de equitación y aumentó el número de carreras lisas.

La Reina Ana (1702-1714) creó nuevos premios reales, cuyo valor, desde 1721, se daba en metálico.

En 1710 se disputó la primera **Gold Cup**, dada por la Reina para caballos de seis años con 76 kilos de peso y en una distancia de 6,400 metros.

Bajo su nombre corrieron, en 1712, **Pepper**, y en 1713, **Mustard**. En 1714 ganó su potro **Star**, en York, una poule de 10 guineas junta con un premio de 40 libras. El 12 de agosto de mismo año, cuando se iba a disputar la **Gold Cup**, y en el momento de dar la salida, se supo la muerte de la Reina. El hipódromo se convierte en un mitin popular, donde las pasiones políticas se desencadenan con desenfreno.

Jorge I es proclamado Rey de Inglaterra. La dinastía de los Stuardos es definitivamente proscrita de Inglaterra. La revolución tuvo por cuna un hipódromo.

Jorge I creó premios de 100 libras. Jorge II (1727-1761) prohibió las carreras de **poneys**

y ordenó que no se corriera ninguna prueba, pública o privada, cuyo premio fuera inferior a 50 libras, cuyo fin no era otro que el de evitar las competiciones de caballos medianos, y al pueblo, que no perdiera el tiempo y el dinero en carreras baratas. Ordenó que la edad de los caballos para correr fuera la de cinco años, y el peso, el de 10 stones.

Entrada ya de lleno la afición en el pueblo y apoderada de ella la aristocracia inglesa, siguieron su triunfante marcha que aun en el día de hoy conservan.

Fueron los Reyes, por lo tanto, los que, con su autoridad, con su previsión, su entusiasmo y afición, dieron ocasión a que en Inglaterra se formara esa raza caballar conocida con el nombre de **pura sangre**, sin rival en el mundo.

Y como fin a esta crónica te contaré, lector, una anécdota referente al célebre caballo **Godolphin** (que por cierto fué comprado en Francia por 75 francos por M. Croke).

Por compañero de box cuenta Leo en su interesante obra, de la que he tomado todos estos datos) tenía un gato que no le abandonaba nunca y que pasaba el tiempo sobre su lomo o echado entre sus manos. Cuando **Godolphin** murió, a la edad de veintinueve años, el gato resistióse a comer, y poco tiempo después murió también.





# El Trabajo Organizado y el Público

Por ARTHUR RICHMOND MARSH

En las disidencias surgidas en los últimos tiempos entre el capital y el trabajo, el público ha desempeñado un papel pasivo de espectador desinteresado. Sin embargo, era el llamado a sufrir las consecuencias de la contienda industrial y de sus resultados. Va despertando al fin a la conciencia de sus derechos y de la fuerza potencial que encarna y comienza a hacer ensayos para solucionar tales disidencias en forma equitativa, mediante un tribunal industrial recientemente creado en Kansas ante el cual se expondrán las diferencias que afectan la producción y distribución de artículos de primera necesidad, fallando el gobierno como legal representante del público. Las discusiones promovidas con motivo del establecimiento de esta institución son muy interesantes, pues que dan la medida del concepto de la clase obrera con relación a sus derechos y prerrogativas, y marcan a la vez el giro incipiente de la opinión pública en el sentido de que las cuestiones que afectan el bienestar del público general son de su propia incumbencia y le asiste el derecho de solucionarlas por medios legales. El autor trata estos puntos en el artículo siguiente con espíritu recto e imparcial.

Las cosas y las acciones son como son, y las consecuencias serán las que hayan de ser. ¿Por qué aspirar entonces a ser engañados?—Bishop Butler's Sermons at the Rolls.

Es una idea moderna aquella de que el trabajo industrial organizado y militante se presenta ante el público considerándole su jefe supremo y el árbitro de sus destinos en última instancia. Hasta hace muy poco tiempo—a decir verdad, hasta mucho después de la terminación de la guerra europea y del establecimiento aparente de la clase obrera industrial en una posición de dominio indisputable en la sociedad, en virtud de la importancia que se atribuía a dicho gremio durante el período de la guerra y después de su terminación—el trabajo industrial y sus jefes de este y otros países imagináronse destinados a tratar únicamente con aquello llamado capital, limitando su significado a los propietarios y directores inmediatos de los recursos industriales del capital. Contra el capital exclusivamente, a fuer de propietario, se dirigía la lucha persistente de la clase obrera por el mejoramiento tanto absoluto como relativo de sus condiciones; y todos los esfuerzos para asegurarse salarios mayores, menos horas de labor, condiciones más favorables para el trabajo y otras ventajas en su posición social y económica se interpretaban en términos de un conflicto una batalla con el renuente y antagónico capital. Puede decirse con exactitud que la terminología entera de lo que se conoce comúnmente como el movimiento de la clase obrera refleja y supone conflicto incesante entre el trabajo y el capital. Y esta terminología expresa ideas de carácter análogo, la principal de las cuales es que el fin y el objeto supremo del trabajo es alcanzar la victoria sobre el capital, ya sea en discusiones particulares o en una campaña general. Esto es tan positivo que se buscaría en vano en los discursos de los jefes y representantes de la clase obrera industrial, en las columnas de los diarios y publicaciones que defienden su causa, en los

libros escritos para sostener sus intereses, la prueba de una percepción siquiera imperfecta por parte de los oradores y escritores de que nadie, ni siquiera los contendientes principales, el capital y el trabajo, se preocupan en lo menor de lo que pasa en uno y otro lado. Al público en general se le permite apenas colocar una palabra o una idea en los argumentos y discusiones sobre el tema de los derechos del trabajo y los deberes del capital, asumiéndose tácitamente que las funciones del público se reducen a una paciente aquiescencia y aceptación de las determinaciones alcanzadas por el trabajo y el capital después que estas entidades hayan arreglado entre sí sus diferencias.

Puede convenirse quizá que en el pasado había ciertas razones para esta parte en cierto modo innoble que se asigna al público, por cuanto jamás se reveló contra esta situación ni la rechazó por impulso propio. Ha demostrado, por el contrario, una disposición constante a considerar el conflicto entre el trabajo y el capital como asunto que no era de su incumbencia, con tal que no avanzaran los contendientes hasta la violencia material extrema poniendo en peligro la tranquilidad pública. Indudablemente cuando esta real batalla se desarrollaba en forma de huelga o paro, dejábanse oír en uno y otro lado ciertos vagos rumores acerca de la importancia de coniar con el favor de la opinión pública en la controversia; pero la opinión pública a que se aludía no era en modo alguno la opinión pública en general con relación a sus propios intereses independientes y a sus derechos incontestables. No se suponía que el público general tuviera opinión alguna, como tampoco se suponía que tuviera intereses ni derechos algunos. Naturalmente, al cabo es el público quien paga la cuenta, provenga de dondequiera; pero más allá de esto no se le concedía participación eficaz alguna en los procedimientos; y hasta los últimos tiempos tampoco el público la demandaba.

Sin embargo, un cambio manifiesto se ha presentado recientemente en la actitud mental de la masa general del público a este respecto. Da indicios inequívocos de descontento ante el papel pasivo que se le ha adjudicado. Comienza a reflexionar sobre algunas de sus propias costas, pérdidas y sufrimientos cuando el trabajo y el capital están empeñados en una guerra industrial, y sobre las molestias e inconvenientes a que se le sujeta cuando la cuenta le es presentada, y necesita pagarla. Gradualmente se da cuenta de que tiene también intereses y derechos inabrogables que debe afirmar y defender tanto contra el trabajo como contra el capital; y trata de encontrar el medio y forma más conveniente de hacer eficaces estos derechos y estos intereses. Comienza a revelarse poco a poco contra el principio de que no tiene otro recurso que morir de hambre, de frío, sufrir que sus negocios se interrumpan y quizá se arruinen, soportar daños irreparables en su vida y sus asuntos, porque en esta o aquella industria de alcance nacional y relacionada con las necesidades de la existencia, el trabajo y el capital se han venido a las manos y se proponen continuar la lucha hasta el punto extremo de la victoria completa para un lado o para el otro. Y al moverse para proteger sus intereses y sus derechos el público, de acuerdo con sus nuevas ideas, se inclina muy poco a dejarse restringir por tradicionales fórmulas políticas, sociales y económicas, por grande que sea el elemento de verdad y de justicia que reconozca en tales fórmulas cuan-



do están convenientemente limitadas en su aplicación. Aun cuando todavía se dirige ciega y confusamente en cierto modo hacia su objetivo, el público está determinado, no obstante, a encontrar alguna manera de arreglar las disputas industriales más importantes, de manera que permita preservar la esencia de las fórmulas tradicionales, establezca una justicia más amplia que incluya al público y sus derechos e intereses incontestables.

El curso del debate sostenido en Nueva York entre Mr. Samuel Gompers, presidente de la American Federation of Labor, y el gobernador de Kansas, Henry J. Allen, demuestra en forma patente cuán extremadamente desconcertante es esta nueva tendencia de la mente pública con respecto a las controversias entre el trabajo y el capital, para los hasta hoy confiados y seguros de sí mismos directores de la clase obrera industrial organizada en este país.

El tema inmediato de la discusión era el famoso tribunal industrial de Kansas, de cuya creación por la legislatura de Kansas es responsable en gran parte el gobernador Allen. Los propósitos de este tribunal, según lo explican aquellos que lo concibieron y establecieron, es atender a las controversias industriales que afecten la producción y distribución de los artículos necesarios para la vida, alejándolas del terreno del conflicto entre el trabajo y el capital—conflicto que en última instancia se verifica a expensas del público—y solucionarlas, no a favor de los métodos a menudo ilusorios e ineficaces de conciliación y arbitraje, sino sujetándolas a los procedimientos de la justicia administrada por el Gobierno mismo, como representante del público. Mr. Gompers, como quizá era de esperarse, se manifiesta en completa rebelión contra la mera concepción de un tribunal industrial de esta naturaleza y contra el ejercicio de las funciones que se le adjudican, sosteniendo que destruye los derechos fundamentales más preciosos y las prerrogativas de los trabajadores industriales; que arruina el programa entero de la clase obrera sobre el mejoramiento progresivo económico y social; y que restringe por completo los ideales hacia cuya realización los obreros han encaminado y dirigido sus esfuerzos. El objeto de esta discusión era, a decir verdad, proporcionar a Mr. Gompers la oportunidad de expresarse ampliamente en esta materia, a la vez que abrir campo de otro lado al gobernador Allen para que sometiera las contenciones y argumentos de Mr. Gompers al análisis crítico sugerido por un nuevo punto de vista en relación con el asunto.

Los informes del debate revelan que Mr. Gompers, en sus ataques al tribunal de Kansas, se apoyaba casi exclusivamente en la aserción e insistencia sobre los principios generales, que no solamente creía fundamentales en la vida del pueblo libre norteamericano, sino que también debían aplicarse sin discreción ni limitación. No admitía, por ejemplo, reserva alguna con respecto al principio de libertad completa de acción para el obrero industrial individualmente. "Un hombre libre puede dejar de trabajar cuando le agrada", decía; "y las consecuencias a nadie incumben sino a él mismo". Y después: "¿Qué es la libertad? El derecho de gobernarse a sí mismo, la propiedad del hombre sobre sí mismo. El esclavo debe trabajar cuando su dueño quiere y se lo ordena. El hombre libre puede dejar de trabajar cuando quiera, y cualesquiera que sean las consecuencias y sufri-

mientos que ello implique son sus propias penas y no las penas de otro alguno".

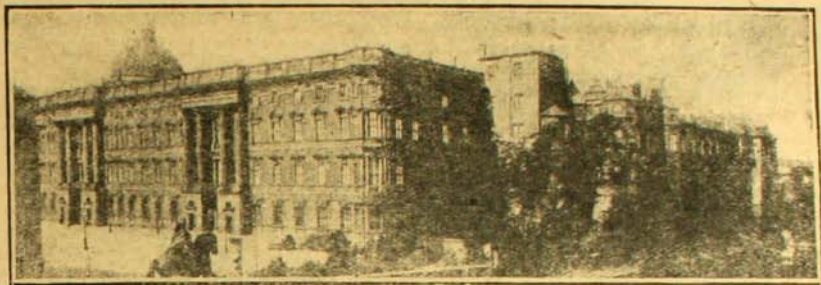
La quinta esencia de la réplica del gobernador Allen a esta afirmación doctrinaria que Mr. Gompers hacía de principios inapropiados e ilimitados y sus implicaciones se encontrará en la pregunta que el primero propuso repetidas veces a Mr. Gompers, pero que éste se excusó de responder declarándola "poco honrada", "insidiosa" y otras cosas semejantes. La pregunta era la siguiente:

"Cuando cualquiera disidencia entre el capital y el trabajo provoca una huelga que afecta la producción o distribución de artículos necesarios para la vida, amenazando así la tranquilidad pública y poniendo en peligro la salud pública, ¿tiene el público derecho de mezclarse en la controversia, o es una cuestión privada entre el capital y el trabajo? Y si contesta usted por la afirmativa, ¿cómo protegería usted los derechos del público?"

Mr. Gompers no respondió a esta pregunta; pero era evidente que se encontraba lastimosamente perplejo. Desde su punto de vista, no podía responderse, a decir verdad. Lo más importante, sin embargo, es que la cuestión se propuso, y fué propuesta por una eminente personalidad pública que se encuentra en este momento desempeñando un puesto público, con la certidumbre de que refleja un nuevo punto de vista de la masa general del público, dentro o fuera del estado de Kansas, con respecto a las controversias industriales y a lo que sea posible hacer para solucionarlas. El tribunal industrial de Kansas puede representar o no un medio adecuado de realizar lo que este nuevo punto de vista implica; pero si este medio no da resultados, se encontrarán otros más eficaces.







El viejo palacio real de Berlín.—El punto marcado con la X es la Torre del Sombrero Verde, en la cual dicen tiene su residencia la "Dama Blanca".

# La 'Dama Blanca' de los Hoenzollern

Por ALRA

La grave enfermedad de la ex-Emperatriz de Alemania, Augusta Victoria, (1) pone nuevamente de actualidad a la "Dama Blanca", el fantasma que, según la tradición, habita en la Torre del Sombrero Verde del Palacio Viejo en Berlín y que está encargada de prevenir a los Hoenzollern que ha llegado la hora de su muerte. Todas las casas reales de antigua data, así como la mayor parte de las familias nobiliarias, tienen leyendas parecidas, ya sea, como en este caso, la aparición de un fantasma que anuncia una calamidad a la casa reinante; como sucede en Inglaterra, la que tiene también su "Dama Fantasma", o algún signo espe-

cial o una joya fatídica. Son conocidas las leyendas que rodean a una de las más antiguas y nobles familias inglesas respecto al cuarto misterioso que existe en su castillo y al cual sólo entran dos veces en su vida los señores de él: la primera, cuando es llevado allí por su antecesor el día en que llega a la mayor edad y la segunda el día en que, a su vez, lleva a él a su sucesor. Y todos saben que el hermosísimo collar de perlas de la Emperatriz Isabel de Austria estaba unido siempre a las desgracias y contratiempos que la afectaban. Para deshacerse de él, después de una serie de incidentes que la convencieron de que cada vez que lo llevaba puesto recibía una mala noticia, la Emperatriz lo arrojó a las aguas de Corfú, reservándose sólo la más grande y hermosa de las perlas, que hizo engarzar en un abanico. Ese abanico se encontraba en su mano el día que fué asesinada por Lucheni en Ginebra.

El "Viejo Palacio Real" de Berlín está situado más allá del puente en que termina la famosa Avenida de los Tilos, la Unter den Linden orgullo de los berlineses. Fué empezado en 1699 bajo el reinado de Federico I de Prusia y es uno de los pocos edificios del moderno Berlín que se prestan para la leyenda. Aquí, en una de las varias torres del edificio, en la llamada Torre del Sombrero Verde, tiene su resi-

(1) Augusta Victoria, hija de Federico de Schleswig-Holstein, nació el 22 de octubre de 1858, y casó el 27 de febrero de 1881 con el entonces príncipe Guillermo de Prusia. Cuentan las crónicas palaciegas que el matrimonio fué idea de Bismarck, con el objeto de conformar al duque con la incorporación de su ducado al imperio germánico y que el príncipe Guillermo fué enviado a dicha corte a tratar a la que había de ser su esposa. Su llegada se anticipó por algunas horas y en tanto que se terminaban los preparativos para su recepción, salió a pasear por el parque de la residencia ducal. En una sogaleta encontraron, profundamente dormida sobre una hamaca, a una jovencita de cabellera dorada. Guillermo y sus acompañantes se retiraron sin despertarla y poco más tarde le fué presentada como su prometida. Sus peores enemigos han debido reconocer siempre que su vida conyugal nada ha dejado que desear.

dencia la "Dama Blanca" que recorre todas las noches las seiscientas habitaciones del palacio. Con lento y silencioso paso atraviesa las galerías, la Sala de los Caballeros, el Salón Blanco y la Sala del Trono, cubierta de pies a cabeza con un vaporoso manto blanco y llevando en la mano la llave mágica, con la cual abre todas las puertas. Nadie osa detenerla ni hablarla, pero cuando se encuentra con un atemorizado mortal que le cede el paso, se lo agradece con una leve inclinación de cabeza y sólo al amanecer regresa a su escondite en la torre. No se aproxima a los departamentos reales sino cuando está en peligro de muerte uno de los miembros de la familia reinante. Momentos antes de fallecer, la "Dama Blanca" se aproxima al lecho de los Hoenzollern y se descubre el rostro, que nunca ha logrado nadie ver, desapareciendo enseguida tan misteriosamente como había entrado.

La tradición no está de acuerdo respecto al origen de la "Dama Blanca", aunque pocos dudan de su existencia. Algunos dicen que es ella el alma de la doncella que sirvió de modelo para la historia "Virgen de Hierro" que se en-



Augusta Victoria, ex-emperatriz de Alemania

cuentra ahora en el castillo de Nuremberg, pero que por muchos años estuvo en la Torre del Sombrero Verde. Esta "Virgen de Hierro" es tallada en madera como una imagen de la Santísima Virgen; su interior es hueco y está lleno de afilados cuchillos. El infeliz condenado a muerte o a la tortura en ella,—(es obra de los tiempos feudales y de las persecuciones religiosas), era conducido ante la Virgen, cuyas puertas se abrían para admitirlo y luego, por medio de un mecanismo especial, se iba ajustando su interior hasta traspasarlo con las agudísimas puntas de sus cien o más cuchillos. Una vez muerto,

la "Virgen de Hierro" se abría automáticamente y arrojaba el cuerpo al foso del castillo.

Una segunda tradición asegura que el ánimo no es otra que el alma de la hermosa Ana Sidow, favorita del Elector Joaquín II. Para satisfacer las exigencias de su amada, el Elector apeló a la ciencia de un notable alquimista, Ireneo Filoponus Filaretus, el cual se comprometió a encontrar la piedra filosofal, una sola de cuyas astillas le daría el oro a montones. El alquimista fué encerrado en la Torre del Sombrero Verde, pero sus experimentos fracasaron y el Elector apeló al medio más seguro de obtener dinero, cual

era extremar los impuestos sobre su pueblo. A su muerte, su sucesor hizo encerrar a Ana en el Castillo de Spandau, donde murió después de muchos años sin haber vuelto a ver la luz del día. Su alma es, según algunos, la que vaga incansable por el palacio de su amante, atraída por los esplendores que tanto amó en vida.

Aquí la mente tiene ancho campo para imaginar toda clase de complicaciones. Vemos al alquimista encerrado en su torre, inclinado sobre sus crisoles y preocupado con sus combinaciones, lejos de los

seres queridos, ajeno a cuanto le rodeaba fuera de sus hornos, sus mezclas y teoremas. ¡Un día como otro día, una noche como todas las noches, pasada de claro en claro, buscando, sin hallarla, la piedra filosofal! Toda una existencia dedicada a la inútil tarea de sacar oro de la nada o poco menos, para satisfacer los caprichos de la favorita de su soberano. Y el día que hubo de confesarse vencido ¿no puede que haya sido también el último de su existencia? ¿No pagaría Ireneo Filoponus Filaretus con la vida su triste fracaso? ¿Qué de extraño sería que la "Virgen de Hierro" fuera la encargada de castigarlo y que el alma de Ana Sidow fuese condenada a penar en la torre donde halló la



muerte el alquimista y que sea su presencia en el palacio la llamada a recordar a los descendientes de su amante el castigo



Los esposos imperiales con los hijos del kronprinz

que se espera a los que no saben velar por la felicidad de su pueblo!

No faltan, sin embargo, quienes crean que el fantasma es la bella Inés, condesa D'Orlamunde, de la cual se enamoró locamente el Margrave Alberto el Hermoso.

—Si no fuera por dos pares de ojos, me casaba con la condesita,—diz que observó en cierta ocasión el joven a algunos amigos.

Sus palabras llegaron a oídos de la linda y malvada Inés. Era ella viuda y madre de dos hijos. Era, también, ambiciosa y cruel. ¿A quiénes podía referirse Alberto sino a sus dos hijos?

Un día amanecieron muertos los niños, con los cerebros traspasados por un alfiler de oro y se culpó de su muerte a su propia madre. Pero la condesa se había equivocado; el Margrave se refería a sus padres, los cuales no le consentían el matrimonio con ella y al darse cuenta de su

fatal equivocación, Inés perdió la razón. Y es la condesa D'Orlamunde la que vaga eternamente en el palacio de los Hoenzollern...

Los que la han visto recorriendo los vastos salones dicen que la "Dama Blanca" lleva el rostro siempre cubierto y que al encontrarse con un ser viviente levanta el brazo para que no la vean. Nadie ose hablarle o pretenda impedirle el paso! La muerte instantánea será el merecido castigo de su audacia, pues la Dama no permite que se tomen con ella libertades.

Cuentan que cuando el Elector Juan Segismundo, suegro del gran Gustavo Adolfo de Suecia, se encontraba en su lecho de muerte, uno de sus pajes la vió dirigirse al departamento real y se adelantó a su encuentro.

—¿Adonde vais señora?—la interrogó familiarmente, deteniéndola por el brazo.

La "Dama Blanca" no le contestó ni se detuvo, pero alzando el brazo, descargó sobre su cabeza la pesada llave mágica que siempre lleva. El imprudente falleció en el acto y el Elector dejó de existir al día siguiente.

Quizá el más dramático episodio que de ella se refiere es el que atañe a la retirada de las tropas prusianas de la Champa-



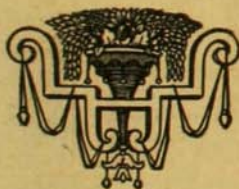
...atraviesa las veiscientas habitaciones del palacio...

na allá por 1792. Federico Guillermo II de Prusia había hecho bombardear con éxito a Valmy, después de una victoriosa expedición a Francia, y anunciaba ya el ataque directo a París, cuando dió orden de retirada sin haber para ello razón aparente. Pero la razón era ampliamente justificada para él, aunque poco aceptable para los que no creen en lo sobrenatural. Durante una breve estadía en Verdún, el espíritu de Federico el Grande se apareció a su descendiente, amenazándolo con la presencia de la "Dama Blanca" si no abandonaba en el acto a la Francia. Este incidente ha sido relatado y certificado como verídico por varios historiadores, y se le ha dado crédito por muchos. Un Dumas podría forjar con él una hermosa historia, atribuyendo a alguna Milady habilidosa la personificación del espíritu del gran Federico.

Los años que siguieron fueron desastrosos para las armas prusianas y para su casa reinante. Federico Guillermo y la valerosa reina Luisa debieron abandonar su palacio y Napoleón se instaló en él du-

rante dos meses, haciendo caso omiso de la "Dama Blanca". Por lo menos, nunca se insinuó su presencia durante la estada en él del Emperador de Francia, ya sea porque sabía que éste no le haría el menor caso,—si es que no la mandaba coger y colgar,—o, más probable aún, tratándose de una dama de tan rancia aristocracia, porque no era de su agrado el presentarse y honrar así como soberano al advenedizo usurpador.

Los berlineses, según se refiere, no ponen en duda la existencia del fantasma y suelen mirar con cierto temeroso respeto la famosa Torre del Sombrero Verde. Cuando pasan el puente sobre el Spree a altas horas de la noche, es corriente verlos detenerse y mirar hacia la torre, en tanto que refieren en voz baja las veces que han creído divisar la blanca figura que anuncia la desgracia y el duelo a los Hoenzollern. Así, no sería raro que en estos días estén los buenos berlineses hondamente preocupados acerca de si aparecerá la "Dama Blanca" anunciando la muerte de su ex-soberana.





# EGOLATRIA

Por

Angel Custodio Espejo



Pío Baroja

Al dar vuelta la última página de este formidable libro de Pío Baroja, después de lanzar una regocijada sonrisa, el lector americano torna maquinalmente a reconsiderar uno de sus capítulos centrales, a releerlo, a tamizarlo avalorándolo en todas sus equivalencias.

Es aquel trozo en que el humorista aquilata la

producción literaria de la América del Sur, pesándola en dos renglones como en una balanza china...

Llamaremos únicamente humorista a Pío Baroja, puesto que en él, la literatura es lo secundario. El concepto—aunque sea errado,—la médula—aunque sea enferma,—la intención—aunque sea maligna,—la enjundia—aunque se confunda con la bilis,—son en él lo principal.

Su obra "Juventud-Egolatría" es aliteraria, caprichosa y personal hasta la caricatura; y si hubiéramos de atenernos a los cánones de la "Caverna del Humorismo", ser ironista, ser satírico, y, por sobre todo, ser humorista, es estar por encima del simple literato, y con más razón, del literato simple. En efecto, Baroja no es un literato en el sentido corriente del calificativo.

Es un crítico paradójal. Es un malabarista de los temas más estilizados, más retorcidos y más sádicos.

Escribe a manoplazos, así como otros se complacen en escribir con plumas de seda.

Se gloria en el equilibrio inestable de las

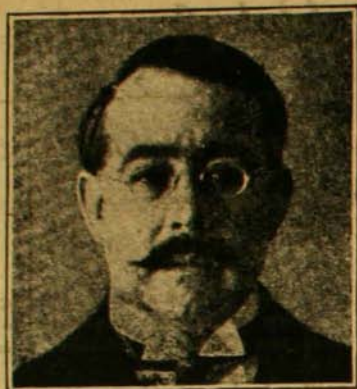
antinomias, como para demostrar la agilidad zumbante de un estilo desprovisto de retórica, pero jugoso de aticismo y casticidad.

Odia la frase hecha, pero inventa siempre una verdad a su amaño y la erige en sistema, en doctrina y en ciencia absoluta. Dijérase un excéntrico hablando en estilo serio y para la risa.

Anti-dogmático y materialista rabioso, se entretiene en ser arbitrario y tirano enredado en aristocracias y modalidades que no



José Enrique Rodó



Leopoldo Lugones

cuadran en un cientista y en un hombre de libertad. El liberal y el sabio, por fuerza, deberían ser demócratas.

Evolucionista, rehace la historia a su sabor, cambiando con osadía sin igual los valores básicos y hasta genésicos de lo consagrado desde Heródoto hasta nuestros días. ¡Es que no cree en la Historia!...

Biólogo, niega a la América el derecho de ser grande únicamente porque la América no tiene dos siglos de existencia en contacto con la Libertad. ¡Es que no cree en la civilización de los pequeños!

Hombre de letras, borra de una plumada a Sarmiento y a Montalvo, con un desenfado que provoca risa; se burla de Ingenieros, y aparenta ignorar a Rodó, a Alberdi, a Iastarría, a Rubén Darío, a Lugones y a Pedro A. González. ¡Es que no cree en la geografía de las grandes cúspides sino cuando el material es europeo...!

Envuelve a toda la literatura americana en el calificativo de simiesca, porque le han parecido misérrimos dos libros de cronistas de Chile y Argentina. Juzga a todo Chile por Contreras y a la Argentina por Ugarte.

Pío Baroja estira en su libro la cuerda festiva y biliosa, al calificar arbitraria e injustamente nuestra producción, variada y rica en matices originales.

Se dirá que no hemos hecho gran cosa en

un siglo de independencia; pero comparado el progreso intelectual de la América, con su avance en el orden material, da aquello la sensación de una pequeña Iberia, casi desmantelada, ocupándose de preferencia de las cosas del espíritu y de la arquitectura social de los pueblos.

No hemos tenido muchas revoluciones y las necesarias han sido para hacernos avanzar en un siglo más que lo que algunas naciones europeas progresaron en varias centurias. Europa vegeta en el régimen de esencia divina sin darse todavía cuenta de la Revolución Francesa... ¡Tarda de oídos es la Europa!...

En síntesis, somos más humanos y más liberales que los europeos, más ágiles de cerebro que los asiáticos, más asimiladores que las razas eslavas, y más, mucho más permeables y definitivos para comprender y aplicar las necesidades del orden moral que la mayoría de los pueblos.

De un salto— por obra de aerobacia más que de evolución—pasamos del régimen de absorción y de encomienda, al sistema de la libertad absoluta y republicana que concibieron los Padres de la Patria, no por el prurito de imitación francesa o norteamericana, como se ha dicho equivocadamente, sino por sugerimiento espontáneo. Vimos cuánto tenía de armónico el Cabildo abierto, y lo aplicamos para nuestros negocios públicos.

Nuestra Revolución no se parece en nada a la Revolución Francesa, que de República degeneró en Imperio y luego después en Comuna. Nuestra revolución fué definitiva como un trozo de mármol pentélico; y en cuanto a los chilenos, fué un movimiento que no tiene similar, pues reunió algo de astucia india, de lirismo ateniense, de brío romano y hasta de ímpetu plasmado en la belleza fídica. En suma, idea y agudeza, elocuencia y movimiento. ¿Que imitamos servilmente?

Rosales no ha experimentado mimetismos bajo las influencias de Cervantes o de Larra. Es de un donaire eminentemente criollo.

No tenemos imitadores de escuelas españolas desde Calderón a Linares Rivas.

Les leemos encantados, pero no nos interesa la copia. ¿Y para qué?...



En cuarenta años de residencia europea, Blest Gana, sin disputa el novelista que impone por su macidez en América, atemperó cada vez más su acendrada chilenidad.

Jotabeche tenía apenas en el oído el retintín del estilo de Larra, y fué, ante todo, un pintor local que empapó sus pinceles en la luz de las sierras y en el claro obscuro de la vida sub-terra atacameñas.

Matta y González son más robustos y apocalípticos que Núñez de Arce. No tienen nada de academia y de versificadores de gabinete. Sus estros están saturados de mar y de montañas, es decir, de Fuerza y de Visión. Tienen sed de libertad, de verdad y de justicia. Claman iracundos, abofetean, acuchillan, forcejean al par que la plebe, con la cual confunden sus reivindicaciones. ¿Y Núñez de Arce?... Dejamos a Baroja la respuesta.

Mientras la literatura americana es combativa y rebelde por excelencia, en España es cortesana y oportunista. ¿No dice el mismo Baroja que el "Quijote" es una obra de adulto?

Padecemos de emparedamiento y nuestra literatura también es emparedada como nuestras instituciones.

Precisamente es lo que nos ha salvado, robusteciéndonos el amor al ambiente nacional, la arquitectura regional, el concepto salobre o amargo, pero siempre neto, del valor étnico no desfigurado por adherencias extrañas. Hemos preferido ser pequeños peces voladores antes que moluscos pegados a los estratos de civilizaciones pomposas o languidecientes.

No somos ni podemos ser cosmopolitas, porque el Progreso no nos ha conformado definitivamente, a pesar de la elasticidad para crecer de acuerdo con una evolución razonada y euritmica.

Europa se parece toda ella, como diversas tribus de monos que se copiasen sus movimientos y sus chillidos, servilmente. De ahí sus recelos infantiles y sus odios animalescos que amenazan al mundo con una tragedia constante. Controladores del orden universal, son los primeros en violarlo.

Los países de la América del Sur no se parecen entre sí. ¿Por qué?  
Por una razón obvia.

Su revolución fué la síntesis genial de super-hombres que vivieron únicamente para el concepto de libertad, moldeando naciones de idiosincrasias independientes.

No hubo absorción ni conquistas. Fué un mapa definitivo el que delinearon Bolívar y Sucre, San Martín y O'Higgins.

Se copiaron en un solo modo: en el estilo de la libertad. El molde de estos países, fué la Razón erigida en Diosa, tal como la concebiera Rousseau en los "Derechos del Hombre".

El camino de ellos fué el de la Libertad por la Humanidad, siguiendo un altruismo que iba con los brazos abiertos al encuentro de toda infelicidad, no el de la Libertad por la absorción, ni mucho menos la sujeción o el sentimiento por el espíritu de copia...

Gritamos "América libre", para burlar



Juan Zorrilla de San Martín



José Ingenieros

después en el bloque del derecho "América para los americanos". Después, hemos gritado: "¡América poblada, América educada, América rica, América poética y científica!"; y hemos fundido en crisoles babilónicos el vigor de nuestras calidades raciales, en escuelas que se adelantaban a su tiempo, la mentalidad forjada como a golpes certeros de timón, en labores ciclópeas la independencia económica, barrenando montañas y dejando a las espaldas todos los espejismos de los desiertos; y hemos cantado en un esplendor verbal propio, con el estro de Anárede y de Olmedo, de Zorrilla de San Martín y de Matta, toda nuestra epopeya sin copiar un solo verso de Ereilla y sin imitar un solo gesto del "Arauco Domado".

Nuestra literatura no se parece, pues, a ninguna otra.

Los críticos buscan similitudes y creen encontrarla. Ganan mistificando. Se crean situación ante los editores. En cambio, la opinión no les dispensa prestigios.

La originalidad de América es inamovible. A papirotazos de migas de pan no podría soportarse una alta cumbre como el Himalaya.

Por lo demás, la singularidad es producto de ambiente, de educación, de luchas no sólo por ideales sino por la conquista del pan.

¿En qué se parece el ambiente americano al europeo?

¿Qué tienen que ver nuestras luchas con las de la caduca Europa?

¿Los sufrimientos de unos y otros son idénticos?

Distingamos. De memorias pueden decirse muchas herejías.

Un palurdo diría que la inopia de América es un hecho desgraciado, por haber producido a José Enrique Rodó y a Rubén Darío.

Un patán escribiría con desenfado acerca de la pequeñez asiria (?) de Buenos Aires o de la grosería ateniense (?) de Santiago de Chile. Pero, un doctor en medicina, como Pío Baroja, un eximio humorista — el más grande del habla castellana—debe documentarse por respeto a sus lectores y a la ciencia, cuando escribe sobre el valor intelectual de un Continente que en un siglo de vida civilizada ha acertado en cúspides, todavía inaccesibles para razas milenarias.

Ciertamente, es halagador considerar que este Continente del Sur ha producido a Bolívar, cuya genial concepción de estadista culmina gemela con la de Napoleón; que ha producido a Bello, el codificador solónico inventor de instituciones nuevas e ignoradas en el código napoleónico; a Sarmiento, el rebelde insuperado; a Montalvo, el libérrimo; a Rodó, el exquisito robado al alma de Atenas; a Rubén, el oriental, surgido como de un sueño de las "Mil y una Noches", para embelazar al mundo; y a Lastarria, que diere las normas del positivismo antes que Littré explicase las doctrinas de Comte en Europa.

Pío Baroja está obligado a explicar, con su ciencia, con su colosal talento, con su maravillosa clarividencia, la similitud de los hispanoamericanos siquiera con España.

En cuanto a nosotros, mientras la Diplomacia amanerada se esmera en hacernos parecidos a los españoles, la naturaleza se esfuerza en modelarnos cada vez más "a la chilena".



El pueblo bajo y con él, el indio, se plasman en la clase media—la más intelectual y virtuosa—y ésta hace su obra de penetración en la aristocracia para democratizarla. El talento y el esfuerzo penetran más que las tradiciones y los abolengos.

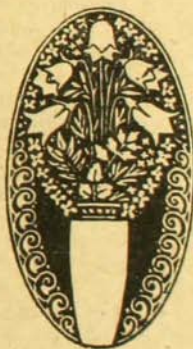
En cambio, en España el movimiento es a la inversa.

El soberano ibérico, el pueblo de Pedro Créspe, se somete para ser dominado por

los elementos que determinaron en el siglo XVIII la magna Revolución Francesa.

Esto no puede ni debe ser de imitación americana.

Respondemos, por lo menos, de Chile, en donde la sotana es un valor pausterizado, en donde la coleta por felicidad no existe y en donde el sable ha quedado reducido a un organismo mínimo de necesidad interna y de previsión exterior.



# Los últimos movimientos sociales en Europa

ACTITUD DE LOS GOBIERNOS.

—LÍNEAS DE CONDUCTA

PARA EL FUTURO

Por \_\_\_\_\_  
MANUEL RODRIGUEZ PEREZ

Eran las siete de la mañana de un día de julio y el ardiente sol de Andalucía comenzaba a calentar los feraces campos que siglos atrás vieran pasar al altivo rey San Fernando en busca de Sevilla y sus Alcázares. Desde las ventanillas de un wagon-lit del expreso Madrid-Cádiz se divisaban los caminos que bordean el Guadalquivir y las minaretes de la alegre y bulliciosa capital del sur de España, que sirven como de cortejo a la Giralda, construida por los moros y que, cosa curiosa, la religión católica ha convertido en torre y campanario de una elegante Catedral.

Los viajeros, que se habían levantado muy temprano para gozar del hermoso espectáculo de las pequeñas aldeas andaluzas, incrustadas como perlas blancas en medio de los mil accidentes de esa región montañosa y rojiza, matizada de verde por extensas plantaciones de olivos y frescas dehesas, nos vimos sorprendidos por un espectáculo extraño y pintoresco al mismo tiempo, que para algunos parecía—mirado a la distancia—una farándula de la miseria, y para otros, especialmente las señoras que no sabían de los dolores humanos, la sencilla emigración de una tribu de gitanos salida del barrio de Triana de Sevilla.

Sin embargo, los que habíamos atravesado España desde las regiones pirineas y conocíamos las inquietudes que agitaban al país, comprendimos que esa peregrinación de miles de seres harapientos no era ni un carnaval funambulesco que saliera al encuentro del convoy para divertir a los viajeros, ni era tampoco una familia de adivinos del porvenir que buscaba en las fecundas tierras del Cid el sitio despoblado que le permitiera seguir su vida de pereza y abandono.

Esa caravana, compuesta de jóvenes y ancianos, de mujeres y niños famélicos y extenuados por las más terribles fatigas y privaciones, estaba formada por los obreros huelguistas de las inmensas minas de Río Tinto, que iban de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, desde la lejana provincia de Huelva, implorando la caridad y pidiendo abrigo, al mismo tiempo que exhibían a las multitudes los más tristes aspectos de un pavoroso problema social. Los obreros se habían declarado en huelga hacía dos meses; habían sido inútiles los esfuerzos patronales para poner término al con-



ficto, los auxilios que prestaron los sindicatos estaban agotados, no había sitio en las fábricas y manufacturas vecinas para dar trabajo a los tres mil obreros cesantes y éstos, con sus familias, optaban por provocar la alarma pública para evitar el fracaso de su movimiento.

La huelga era una de las más importantes que se habían producido en el mediodía de la Península y bien valía la pena conocer sus causas. Se nos informó ampliamente.

Seguros los obreros de contar con el apoyo económico y moral del sindicalismo catalán pidieron aumento de jornales, disminución de horas de trabajo, mejoramiento de habitaciones, reconocimiento de un sindicato y admisión de dos representantes en la Administración de las minas, rebaja de los precios de venta en los almacenes de suministro. Los patrones aceptaron algunas exigencias, tales como el aumento de jornales y la reducción de las horas de trabajo, y manifestaron que las demás peticiones no podían ser oídas, pues habían quedado resueltas al ser solucionada una huelga reciente.

Los obreros insistieron en su actitud y la abstención de trabajar se hizo extensiva a los empleados de oficina, que estaban amenazados de muerte. Las minas, así abandonadas, comenzaron a sufrir la invasión de las aguas, las máquinas a deteriorarse y muy luego se vió que era imposible reanudar los trabajos sin hacer previamente costosas labores que durarían varios meses.

No parece necesario decir que la prensa entera de España manifestó su alarma ante estos hechos que, no sólo determinaban la paralización de las faenas en uno de los más ricos yacimientos mineros del país, sino que, lo que se consideró muchísimo más grave, producía la desocupación de tres mil obreros y el hambre de tres mil personas. Se pusieron en actividad todos los resortes creados por la ley: el Instituto de Reformas Sociales, por medio de sus consejos en provincias, ofreció su mediación; las autoridades administrativas propusieron el arbitraje y hablaron siempre de la posibilidad de un avenimiento en que patrones y huelguistas tendrían que ceder. El Gobierno central, principalmente, se manifestó convencido de que las cosas terminarían en una amistosa transacción y el señor Ministro del Trabajo dió consejos de paz y de armonía a las partes litigantes.

Pero los obreros, que no conocían bien o no querían conocer los móviles de esa bonhomía inocente, estimaron que se les tenía miedo, que las palabras de paz y de concordia podían traducirse en demandas de clemencia ante la cercana revolución social, y resolvieron mantener la resistencia enérgica como medio seguro de alcanzar el éxito.

Por su parte, los jefes del sindicalismo obtenían todo el provecho posible de los sucesos y ese desfile de miseria y de hambre que los viajeros habíamos presenciado desde las ventanillas del expreso Madrid-Cádiz no era otra cosa que un cuadro de efecto preparado a costa de la ignorancia de muchos infelices para producir el terror en las clases pudientes de la sociedad y estimular los sentimientos de odio y de venganza entre las multitudes.

La dolorida columna humana siguió su marcha fatigosa a través de la ardiente campiña andaluza y mientras la veíamos desaparecer envuelta en

una inmensa nube de polvo dorado de sol, pensábamos en la triste suerte de esos miles de seres cuya principal desgracia consistía en prestar demasiada fe a una clase dirigente que les hablaba de soluciones posibles, de transacciones fáciles, de arreglos amistosos, de la armonía y de la paz sociales, sin meditar que ese lenguaje cruelmente engañoso no producía otro efecto que el de alentar una resistencia necesariamente ocasionada a mayores odios y nuevas complicaciones y miserias. Y esto era evidente, porque a la huelga de Río Tinto siguió la del gremio de arrumbadores de Jerez, la del Sindicato de la Alimentación en Sevilla, Córdoba y Granada y la de los Astilleros y gente de mar de Cádiz, movimientos todos que se hacían solidaridad con aquel y que produjeron la paralización de las industrias andaluzas durante cerca de tres meses, acarreado los perjuicios consiguientes al comercio exterior de España, a la sociedad que nada tenía que ver con todo ello y a miles de obreros que, al fin y después de sufrir miserias y privaciones incontables, volvieron al trabajo sin haber alcanzado la menor ventaja de la voluntaria y prolongada cesantía.

Mientras se nos hacía relación de estos sucesos, venía a nuestra mente, por simple asociación de ideas, otro interesante movimiento huelguista que la casualidad nos hizo presenciar en el extranjero. La mayoría de los chilenos que van a Francia desembarcan en La Pallice o en Cherburgo y nosotros, sea por el deseo de pisar cuanto antes la tierra del dulce Musset, sea por tener el gusto de estrechar la mano amiga de algún compatriota que viva en Francia, y entre éstos la de Ignacio Ibieta, cónsul de Chile en La Rochelle y Caballero de la Legión de Honor, abandonamos nuestro buque en dicho puerto, muy próximo a la desembocadura del histórico Charente.

Queríamos partir esa misma noche hacia París y el ambiente fresco de mayo nos auguraba un excelente viaje, pero se presentaba la dificultad de la falta de trenes... El día antes se había declarado la huelga general de ferroviarios y era menester esperar los resultados de una conferencia que el señor Millerand celebraría ese mismo día con los jefes del movimiento. El presidente del Consejo planteaba la cuestión en pocas palabras: el país no podía carecer ni una hora de medios de movilización y daba a los huelguistas el plazo de cuatro horas para volver al trabajo y someter sus exigencias al arbitraje. Si esta proposición era desechada, los trenes serían conducidos por individuos del ejército y los directores de la huelga separados definitivamente del servicio. Al día siguiente se supo que la huelga estaba terminada y así pudimos comprobarlo, pues se nos condujo a París en un elegante tren expreso, que marchaba a ochenta kilómetros por hora.

La prensa francesa explicaba estos hechos con gran serenidad y decía que la actitud del presidente del Consejo no podía ser calificada de atrabiliaria y ni siquiera de enérgica, pues había respondido a las exigencias del momento y era la indicada a un Gobierno que no desea prolongar situaciones indefinidas y complicar los conflictos con palabras o actitudes que, sin abordar francamente su solución, sólo tienden a enardecerlos alentando en las masas proletarias la esperanza de convertirse



ellas mismas en rodillos de presión para imponerse a la conciencia pública.

La huelga de los metalúrgicos en Italia ha venido a demostrar después cuánta razón asistió al actual Presidente de Francia para afrontar resueltamente y en la forma que lo hizo la solución de la huelga ferroviaria. La actitud prescindente del señor Giolitti, que permitió a los elementos comunistas adueñarse de las fábricas de Milán, Turín, Génova, Roma y otros grandes centros manufactureros, ha merecido la reprobación de los mismos participantes del movimiento, quienes se muestran convencidos de que eran totalmente incapaces de gobernar la industria y de que, aparte de pequeñas ventajas bien discutibles, la consecuencia del movimiento comunista ha sido una enorme perturbación económica, el encarecimiento de la vida y, lo que es más importante para ellos, su desprestigio ante las masas, hoy decepcionadas al saber que para dirigir las grandes explotaciones industriales se necesitan, además de brazos, cerebros cultivados, fuertes capitales y materias primas. La decepción de los revolucionarios fué mayor aún cuando, atrincherados en las fábricas, supieron que los millonarios socialistas, sus viejos compañeros, requeridos uno a uno, se negaron a facilitar dinero para impulsar los trabajos industriales.

Los jefes del movimiento italiano imputaron al Gobierno la falta de no haberlos detenido a tiempo, sabiendo, como debía saber, que iban a caer en el descrédito de sus propios adeptos.

En Europa se habla mucho, como en Chile, de los nuevos valores sociales creados por la guerra y se buscan soluciones de todo orden a las dificultades que surgen entre el capital y el trabajo; pero puede afirmarse, sin temor alguno a incurrir en generalizaciones exageradas, que en ningún momento en países como Francia e Inglaterra los gobiernos se confían en esta tarea a la acción de la legislación o a la iniciativa privada, sino que estudian las exigencias y su grado de justicia para hacer sentir como en el caso de la huelga ferroviaria de Francia y de los mineros del carbón en Inglaterra, la autoridad según las circunstancias lo aconsejen. Con esto se evitan huelgas injustas, se pone límite a exigencias inconsultas y se demuestra que hay un poder público con prestigio bastante para decir la verdad, por dolorosa que parezca, y evitar paros indefinidos fatalmente a fracasar y a producir los peores trastornos económicos.

Hay quienes sostienen que tales procedimientos son atentatorios al derecho de coalición o de huelga y llegan hasta invadir el principio de la libertad. Pero los que así piensan olvidan que el derecho de huelga y la libertad quedan fuera de toda discusión, ya que nadie pretende desconocer al uno ni atropellar la otra: se trata sólo de abrir la discusión a la clara luz de la verdad, de producir un debate en que todos serán oídos y nadie engañado ni mistificado con palabras ruidosas y de poco sentido y, finalmente, en beneficio de la sociedad toda, de impedir conflictos que en muchos casos sólo traerán daños a patronos y huelguistas, principalmente a estos últimos.

Ahora bien, aplicadas estas observaciones a lo que ocurre en nuestro país, a nuestro país que más amamos mientras mayor es la distancia que nos separa y para el que querríamos todas las perfecciones y alegrías, te-

nemos que confesar que aquí se practica en exceso la vieja doctrina del "laissez faire". Los miles de movimientos huelguistas ocurridos desde 1888 hasta hoy ofrecen un cuadro con todos los matices del espectroscopio y no se ve en la historia de ninguno de ellos la mano inteligente y vigorosa de un poder público que, exponiendo la verdad en alto y sin dejarse escrupulosamente envolver en las telarañas de una legislación colonial, haya afrontado con energía los problemas planteados y sido capaz de impedir que por motivos baladíes o sin motivo alguno nuestras fábricas se vean paralizadas y nuestros obreros perdiendo miles de jornadas de trabajo.

Y hay más, todavía, porque la experiencia de otros países, donde las libertades públicas son tan caras y cuidadas como aquí, nos dice que una política que permita sin cortapisas ni examen previo alguno las frecuentes perturbaciones industriales o que adopte como norma invariable la prescindencia absoluta ante los conflictos del trabajo, está destinada a fomentar el espíritu de revuelta y hasta de desconocimiento de las bases fundamentales de una sociedad organizada. Una política semejante es una escuela de métodos subversivos que se desarrollan en un ambiente de peligrosa irresponsabilidad.

Cuantas observaciones hicimos fuera del país a este respecto, concurren a demostrar la verdad de nuestro aserto y no es preciso recordar las escenas que se produjeron en las campañas romanas mientras se formaban los soviets agrarios, ni los asaltos a la propiedad privada en Génova, para decir que tales actos fueron la repercusión de los días del comunismo en el norte de Italia, de igual modo que los sucesos lamentables ocurridos recientemente en la zona salitrera parecen ser un ensayo material destinado a comprobar hasta donde llega la tolerancia de la sociedad ante los avances de elementos a quienes se dice desde las más altas tribunas que son los componentes básicos del porvenir nacional.

Los hechos ocurridos en diversos países europeos nos indican que es necesario dejar de mano estos métodos de licencia extrema, en que el primer aventurero se convierte en conductor de multitudes y vive a costa de éstas provocando turbulencias y conflictos que, sin antecedentes que los justifiquen, podrían muy bien ser ahogados al nacer por un poder público que sepa usar serenamente de su autoridad y no confunda, como suele ocurrir entre nosotros, la fuerza con el derecho y la justicia.

En esto se funda el prestigio de que han sabido rodearse los Gobiernos en Francia e Inglaterra, donde la intervención del Poder Público como regulador supremo de las actividades nacionales tiene por norma invariable el amparo de los intereses generales y el desprecio a las actitudes que, halagando las pasiones del momento, parecen sólo perseguir una popularidad tan fácil como efímera. Se trata de una escuela de justicia social, en que el Estado va formando el criterio de las multitudes para no pedir más de lo que es equitativo y evitarse, así, ellas mismas, conflictos largos y perjudiciales que están destinados al fracaso.

Y no conviene olvidar, además, cuando se habla de estas cosas, la suerte que dispuso a Kerensky su espíritu siempre dispuesto a entonar salmos de paz en medio de las grandes turbulencias de su pueblo...



# La Pequeña Inmortalidad

Por \_\_\_\_\_  
JUAN GUZMAN CRUCHAGA

## I

Dos joviales enamorados de provincia, estrujando regocijadamente la realización de su callado ensueño amoroso, decidieron desnaturalizar su pensativa historia arrastrándola por los paseos de la capital.

Aquel perfumado silencio campesino, la meditación de los jardines nocturnos y la voz delgada de las fuentes en el anochecer habían puesto en sus espíritus una vaga inquietud.

Antes de su matrimonio, deseaban ardientemente la soledad...

Era necesario, para sus confidencias, un escenario digno: la montaña de noche, una roca frente al mar...

Sus palabras en otro ambiente no habrían sonado armoniosas.

Ahora sus comentarios caseros pedían un cuarto cariñoso y amable, apropiado para los ronquidos satisfechos de un gato regalón; fuego, buena luz, calor de intimidad, cigarros.

Y algo más detestable todavía.

Deseaban que el mundo conociera su felicidad y los envidiara.

Por este motivo vinieron a Santiago.

La felicidad se intensificaba, cuando algunos muchachos los miraban y decían:

—¿Qué felices son!

Una tarde fueron al Cerro.

Los primeros días de su conocimiento resucitaron en sus corazones.

El amor se hizo exaltado.

Tanto que llegaron a pensar en la inmortalidad de su emoción.

Deseaban eternizar esos momentos.

La manifestación de su deseo fué evidentemente vulgar.

Tomó el marido un cortaplumas y, martirizando un árbol nuevo, grabó en la corteza una frase, que quiso ser emocionada, y una fecha.

Regresaron al hotel y de allí al campo.

Como en los viejos cuentos de infancia, vivieron felices, dejaron algunos hijos sanos y optimistas, y murieron.

Ha transcurrido mucho tiempo.

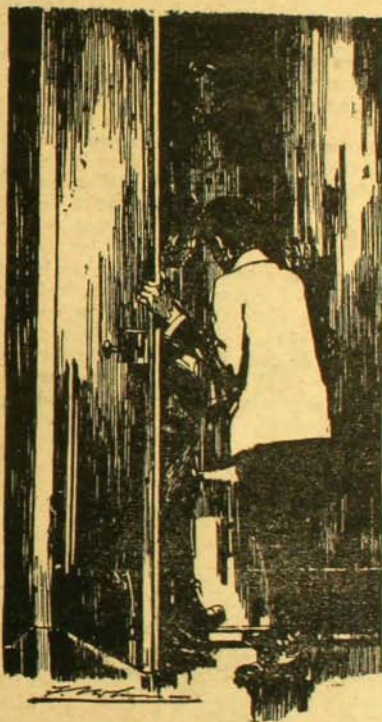
El árbol está esbelto, alto y grueso.

La corteza herida se abrió cariñosamente, agrandando y embelleciendo las letras, como si hubiera comprendido el intenso deseo que movió a los amantes para decir a las gentes futuras su emoción.

## II

Es don César un veterano del setenta y nueve que, batallando en Chorrillos, recibió una herida en el brazo izquierdo, por la que se hizo necesaria la jubilación.

Los hombres de hoy no saben valorizar aquellos actos de heroísmo.



Don César lo comprende y por si los hombres del porvenir tuvieran para su desgracia una admiración, ha salido don César esta mañana, después de meditar largamente su resolución, con un paquete oprimido por el brazo sin gloria (el derecho, naturalmente) en dirección a la fotografía de su calle.

Don Manuel, fotógrafo, lo recibe gentil.

—¿Quiere usted retratarse?

—Sí, — contesta don César, —pero con mi traje de militar.

Con cuidado minucioso rompe los hilos del paquete, y ante los ojos atónitos del fotógrafo aparece un terno azul con bordados brillantes y fastuosos de oro.

Don César está ahora perfectamente noble.

Su vieja levita apaga sus ardores bélicos y sus instantes bizarros.

Esta casaca azul le conviene más.

—Ya estoy listo.

—No se mueva. Un momento...

La máquina fotográfica parpadea.

—¿Cuándo vuelvo?

—El jueves.

Don César vuelve el jueves y se lleva el retrato.

Le ha puesto un marco de madera antigua. Si hubiera podido... esa actitud suya merecía un marco de plata...

Pasarán los años y los años.

La escena siguiente ha de ocurrir:

Dos niños rubios juegan en el corredor.

De pronto se detienen miedosos.

Llegan al "cuarto de los misterios".

En ese cuarto se ocultan los muebles viejos y las cortinas sin uso.

Dominando los restos mutilados, aparece la arrogante figura de don César, colgada de la pared.

Don César hace de brujo.

Los niños lo miran y suspenden sus juegos.

Y habrá de trastornarse en una comedia vil la dorada inmortalidad de don César.

### III

¿No tendrían los novios provincianos un amor tan hondo y tan enternecido como los personajes de las antiguas leyendas?

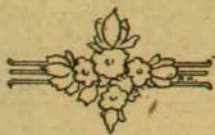
La vida no les dió la escena necesaria que los inmortalizara y su amor era inmenso y estaban sus espíritus preparados para las acciones estupendas.

El amante no pudo escribir un verso...

¿Fué tan profunda la intensidad de su belleza que tuvo que enmudecer al notar que las palabras no expresaban ni podían expresar la más lejana sombra de su interior ilusionado?

¿Por qué la acción de don César no consiguió la luz fuerte de la gloria?

Sólo faltó, tal vez, una frase grandilocuente que subrayara el heroísmo y algunos voceadores solícitos y amables.





# LA APARICION

Por E. BAILLIE REYNOLDS

—¡Muy bien, muy bien! ¡Bis, bis!—gritó la señora Tremblett-Biggs, dando mano contra mano con gran entusiasmo. Magnífico, ¿cierto? No se creería que era sólo aficionado, ¿no es así? Por favor, toque otra cosita señor Guldin; una sola más. Estamos realmente deccosos de oírlo tocar otro poco. ¿verdad Sir Mario? (1).

—Por supuesto, por supuesto,—se apresuró a decir el aluñido.

Para decir verdad, tanto o más le habría agradao escuchar los rebuznos de un borrieco que no los esfuerzos del señor Guldin por imitar el último gran éxito de cuplé, pero, según le aseguró a Elsa Crosby, otras cosas eran peores. Sabía él que la pobre señora Tremblett-Biggs era bien capaz de hacerlos jugar a las prendas y podía tocarle a él la penitencia,—que sí lo era,—de abrazar a una de las viejas señoritas Pilkins, entre las risas y chacota de los demás, o quizás tendría que quitarse los zapatos y saltar sobre ellos para recuperar su prenda.

Entre tanto el señor Guldin, después de mucho toser y darse vuelta, levantó los ojos al cielo, jugueteó con sus llaves y en voz apagada y lejana empezó:

—Mi suegra. Una meditación.

Una carejada saludó al título de su próximo esfuerzo, como que el tema fuese absolutamente nuevo y no estuviese ya manoseado por los buenos y los malos verseros. El actor procedió a regalarles con versos y versos, entremezclados con diálogos que eviden-

temente habían sido tomados de los almanaques del año cincuenta o por allí, en los cuales se referían las tribulaciones de un infeliz que residía en una apartada villa y cuya joven esposa no sabía manejarse con la casa, la servidumbre, los comerciantes inescrupulosos y los gemelos. Para la generalidad del auditorio, el tema y el actor parecían ser sumamente cómicos y graciosos y al final de la recitación, el aplauso fué tan entusiasta que los señores castellanos de la

Casa Solariaga y de la Finca no tuvieron por qué perjurar individualmente dando sus parabienes al autor del desastre.

Si hemos de ser francos, confesaremos que el señor y la señora Tremblett-Biggs pertenecían a la muniñonería y habían comprado su posesión en la aldea de Endlake mas o menos a mediados del segundo año de la gran guerra. La señora estaba siempre a la cabeza de todas las listas pa-

ra obras de caridad y en la vanguardia de todos los comités pro-caridad. Estaba siempre dispuesta a sacrificarse y a ponerse ella y todo lo que a ella pertenecía al servicio de la nación puesto que era "absolutamente preciso" que se ganara la guerra.

Cuando se hizo la paz los Crosbys, de la Finca y Sir Mario Brandon de la Casa Solariaga, no pudieron desentenderse de la buena mujer a la cual tanto debían. Pero, realmente, sus reuniones sociales eran intolerables. Hugo Crosby, que había ganado la Cruz de Victoria, las calificaba como "el límite" y lo peor era que no podían rehusarse sus invitaciones. Mario solía decir que esta-



Madelina Carr

(1) Título honorífico inglés que corresponde al antiguo "don" español.

han poniendo de moda un nuevo deporte, eludir las invitaciones a Campdorados y salir aliroso en la empresa, siendo más difícil declinar una de sus invitaciones que todos los verbos griegos. La distinguida dama solía tomar las cosas por asalto.

—Aquí estoy yo,—solía decir, entrando a la pieza en que se hallaba su víctima antes de que se hubiese logrado escabullir el cuerpo. Aquí estoy yo y vengo a comprometerlos a todos para que vengan a casa a pasar un buen rato. ¡No hay escapatoria! Para los malvados no hay descanso y no he de fijar la fecha, hasta no tener la seguridad que irán todos los que yo deseo.

Y aquí estaban todos reunidos. El vicario y su esposa, tratando de hacer creer que lo estaban pasando muy bien; Sir Mario y su hermana, con un sobrino y una sobrinita que habían venido a pasar una temporada en la Casa-Solariega; estaban los Crosbys, haciendo lo posible por dominar sus deseos de aproximarse a los Brandon y no hablar con nadie más; estaban algunos cuantos, como las hermanas Pilkins, que eran de la aldea y veían con agrado que la señora Tremblett-Biggs había echado abajo las barreras sociales que las separaban de los señores y castellanos y por último, estaba el abigarrao grupo de "fuerinos".

—Son todos gente de talento,—aseguró la dueña de casa a la esposa del vicario, mujer en cuyo rostro se leía la tragedia de su vida, la muerte en los campos de batalla, de su único hijo.—Figúrese, continuó la señora Tremblett-Biggs,—al joven Guldíng es empleado en la oficina de mi esposo, pero tiene tanto talento que no me extrañaría verlo como estrella en alguna de las nuevas comedias. Y las dos niñas Green ¡verdad que son atrayentes! Las dos están en las tablas y las dos prometen mucho.

Cuanto a Billy Buffles es violinista, y la señorita Carr escribe y Enrique Hudson es un buen dibujante. Admirable ¿cierto?

—Muy interesante,—murmuraba la señora Reed, pacientemente.

—Sí, por cierto, pero yo les digo que aquí no tenemos nada que envidiarles, con nuestro joven Cruz de Victoria y el barón-coronel que levantó un regimiento por cuenta propia...

El pobre "barón-coronel"—Mario Brandon,—casi lloraba cuando se anunció la cena.

—Esta vez será generosa, Sir Mario,—exclamó la dueña de casa.—Tendrá Ud. la bondad de pasar al comedor con la señorita Carr, cuyos gustos literarios están de acuerdo con los suyos, y yo pasaré con el vicario.

Mario se aproximó sumisamente a una joven vestida de blanco, cuya sencillez y modestia ya habían llamado su atención. Se había preguntado más de una vez quien podía ser, pues evidentemente no pertenecía al "grupo Tremblett-Biggs", como los llamaba Hugo Crosby a los visitantes de sus huéspedes. Mario había visto que a ella también le costaba sonreír con las "gracias" del pobre Guldíng. Pero era del grupo Tremblett-Biggs, lo cual significaba que no pertenecía a la aristocracia ni habría de ser personita muy interesante. Su poco interés por lo que la rodeaba podía ser puro egoísmo o quizás **posse**; ya le habían dicho que los escritores estaban siempre preocupados de sí mismos.

—¿Así que Ud. es escritora?—empezó diciendo, con aquella exquisita cortesía que le ganaba todas las voluntades.—Confieso mi ignorancia, señorita, no conozco nada de lo suyo. ¿Querría decirme el nombre de alguna de sus obras?

—¿Quiere hacerme el favor?—dijo ella, sonriendo.—No hablemos de eso. Se me ocurre que le había de ser tan difícil a Ud. hablar de sus experiencias en la línea de fuego como me es a mí hablar de mi trabajo. En Cambio, si Ud. me lo permite, quisiera preguntarle algo, me han referido que hay una idea, una superstición en la aldea, que me ha interesado averiguar...

—¿Adelante! Todo lo que yo pueda decirle, o que sé, está a su disposición,—respondió Mario Brandon, pensando que no lo pasaría tan mal con la joven escritora.

—¿Pero quizá no es Ud. de los que cree en cosas sobrenaturales?

—¿De lo sobrenatural se trata?

—Sí. Tal vez Ud. piense que no es éste el medio adecuado para tratar de esas cosas, pero alcancé a oír algo que hablaba su esposa... ¿o es hermana suya?—y la joven indicó a la simpática sobrina de Mario.

—Es mi sobrina,—dijo éste sonriendo.

—Bien. Ella le conversaba a la señora



Crosby y le decía que estaba dispuesta a esperar en la puerta del cementerio en la víspera de Todos los Santos. La señora Crosby le rogó que no lo pretendiera y eso ha llamado mi atención. ¿Qué significa todo ello?

—No le permitiré que lo haga,—dijo Brandon autoritariamente.—Pero si le cuento a U'd. el por qué, se reirá de mí.

—Se me ocurre que pocos han de reírse de U'd.—respondió ella, levantando sus ojos, azules como pervenchas, a los de él.

Notó Mario con fastidio que la sangre le subía al rostro.—¿Si me estará creyendo el señor de la insula?—se dijo impacientemente.—“Que se callen todos cuando ladra el dogo.”

—No dudo que bien merezco que se rían de mí en muchas ocasiones,—dijo en voz alta,—pero en este caso no consentiré que U'd. ni nadie tome lo que yo digo, a la risa.

—¡Eso es serio,—repuso con toda gravedad.—Vamos, le prometo no reírme y ser toda atención.

Estoy seguro de ello,—respondió Brandon, cambiando de tono y hablando con una seguridad que a él mismo le admiró. Geográficamente,—agregó bajando aún más la voz,—nos encontramos en Inglaterra, pero nuestras tradiciones y nuestra alma son galeses. Según una de las tradiciones de Gales, si se aguarda en la entrada de una iglesia dedicada a Todos los Santos,—dedicación muy poco frecuente, por lo demás,—en la noche de Todos los Santos, y no en la víspera, como lo dijo mi sobrina, se verá tal como que estuvieran vivos a todos los que durante el año han de morir en la aldea. La gente de los alrededores cree esto a pie juntillas, pero yo siempre lo he puesto en duda... hasta este año pasado.

Hizo una pausa y la niña lo volvió a mirar con interés.

—Si prefiere no decirme... Pero le aseguro que estoy muy interesada.

—¿Conoce U'd. nuestra iglesia?—preguntó.

—Si, la señora Reed me convidó a verla. Parece ser muy antigua.

—Si que lo es. Bueno, el año pasado, como diez días antes del armisticio, estuve a comer en la Finca y de regreso tomé el camino atravesando el cementerio. Recordará U'd. que hay un sendero entre dos altos muros que conduce a la puerta de entrada y que el portal del lado sur está en línea recta con ella. Nosotros siempre usamos ese sendero, por el camino más corto a través de la aldea y yo, como de

costumbre, me vine por allí esa noche. Al llegar al portal, me detuve a encender un cigarrillo y de pronto levanté la cabeza y allí al frente, mirándome cara a cara, justamente en la entrada, vi a Godofredo Reed, el hijo del vicario, vestido de uniforme. Al ver que yo lo miraba, levantó la mano en el saludo militar, sonriendo amistosamente, vi entonces en su brazo los tres galones de capitán.



Espero que esta historia no llegará a oídos de... empezó ella

—¡Hola, Godofredo!—exclamé.—Te felicito por tu ascenso.

No me contestó, dió la espalda y continuó caminando, como que estuviera muy apurado por llegar a la vicaría que está, como U'd. sabe, al final de ese sendero. Me costó encender mi cigarrillo, pero una vez que lo conseguí, apresuré el paso, pensando al canzarlo, sin que lograra hacerlo. Creí que estaría deseoso de llegar a su casa y continué a la mía, porque ya era tarde. Al día siguiente le conté a mi hermana que Godofredo había llegado e inmediatamente después del desayuno me fui a la vicaría. Godofredo no estaba allí y nadie le había visto. Yo, sin recordar la superstición.

ni la fecha, repetí la historia de cómo lo había visto y la pobre señora Reed cayó desmayada. Bueno, al pobre Godofredo lo habían ascendido a capitán una semana antes y murió el día antes que se firmara el armisticio, en los campos de batalla.

Los ojos de la joven decían claramente que la historia la había impresionado.

—¿Supongo que no lo pone en duda?— preguntó Mario.

—Por supuesto que no.

—Casi no me atrevo a decir palabra de ello,—dijo él,—porque parece ponerse en ridículo decir que a uno le he pasado tal cosa. Es curioso que yo no recordara palabra de la tradición, pero la verdad es que nunca la he creído.

Pero ahora, después de lo que Ud. sabe que vió, habrá de reconocer que el hecho es un hecho, sea cual sea su explicación—dijo ella.

—No tengo la menor duda de lo que vi. Lo vi tan clara y distintamente, que ni por un momento pensé que me equivocaba, pero eso sí, más tarde me di cuenta que era realmente raro que lo hubiese visto tan patente, ya que no había habido suficiente luz para que me diera cuenta del tercer galón que llevaba en la manga, si hubiera sido él en cuerpo y alma.

Hubo un momento de silencio.

—Espero que esta historia no llegará a oídos de...—empezó ella.

—Del grupo de los "originales",—la interrumpió Mario, audazmente.

Hemos de parecer un conjunto original.

Mario Brandon se confundió un poco.

—¿Cómo los calificaría Ud.?

—Soy del grupo,—repuso alegremente,—pero por supuesto que somos algo así como un grupo de jardín zoológico. Pero a la pobre señora la divierte todo esto y la hace olvidar su tragedia. ¿Sabe Ud. que la señora Tremblett-Biggs ha sido madre de seis hijos y que ninguno de ellos ha vivido más de seis meses? ¡Y ella que adora a los niños! Su esposo me decía en días pasados, que si ella le pedía la luna, habría de subir al cielo a bajársela para hacerla pensar en otras cosas.

Brandon miró a la dueña de casa, cuyo rostro lleno y sonriente parecía una luna por sí misma, pero ahora la veía con nuevos ojos.

—Muy bien,—le replicó,—¿pero qué puede decirme de esta troupe que ha reunido?

El tono de su voz la picó con tan buen efecto que empezó a referirle las historias y milagros de cada uno de los visitantes. Le contó cómo el joven Guldving juntaba unos centavos más para mantener en cierta comodidad a sus ancianos padres, trabajando en casas particulares como allí lo había hecho aquella noche. Le refirió cómo las señoritas Green habían tenido que entrar de sirvientas,—de limpiezas, cuando la guerra les hizo perder sus ocupaciones. Y para hacer algo por la patria, habían entrado a hacer ese servicio de balde en los hospitales.

¡La señorita Carr! Mario la escuchaba ávidamente y se preguntaba qué clase de persona sería en la realidad. Una anónima, una de las muchas escritoreitas que llenan las páginas de las revistas por una paga irrisoria, por precios que parecerían miseros al peor de los obreros. Y era ella la que le estaba abriendo nuevos horizontes y haciéndole comprender que nunca debemos juzgar por las apariencias. Por primera vez desde que una mujer lo calabaceó, cuando contaba el veintitres años, Mario Brandon se encontró meditando sobre las virtudes y las gracias de una mujer en particular.

—Acompañeme al conservatorio, ¿quiere?—le pidió.—Dejemos que la gente joven se entretenga como mejor le parezca y vámonos a conversar.

Se habían parado de la mesa y se encontraban al pie de la gran escala.

—Lo siento,—respondió ella. He de decirle buenas noches e irme a la cama. Estuve enferma no ha mucho y la señora Tremblett-Biggs me ha autorizado para retirarme temprano a mi pieza. Buenas noches, sir Mario, el Vidente,—agregó sonriendo, y tendiéndole la mano,—¿Quisiera saber si me verá a mí en el portal del cementerio si va por allá este año? Supongo que no, como soy "fuertina" la tradición no ha de rezar conmigo.

Sus alegres palabras causaron al hombre una impresión desagradable. ¡Morir ella! Eso no era posible, se veía en ella una intensa vitalidad, que hacía ridícula la idea de que pudiese morir muy pronto.

Durante las dos semanas siguientes se vie-



son muy amenable. Su hermana la invitó a tomar once y a almorzar en la Casa-Solariega y tanto ella como Mario estaban de acuerdo en que era una niña muy educada y muy distinguida. Mario, lleno de curiosidad, envió donde Mudie, el gran librero de Londres, por una lista completa de novelas y buscó inútilmente el nombre de la señorita Carr entre las novelistas. Como la curiosidad era mucha, optó por interrogar al respecto a la señora Tremblett-Biggs.

—Señora ¿sería Ud. tan bondadosa que me diera el nombre de alguna de las obras de la señorita Carr?

Con gran sorpresa suya, la buena señora se puso de todos colores.

—Se lo diría de mil amores, sir Mario, pero he prometido bajo mi palabra no decir nada sobre ese punto. Por favor, no me exija Ud. que el diga nada y no me crea mal educada al rehusar una petición suya.

—De ninguna manera, si lo ha prometido Ud.

—Sí que lo he prometido, y como Madelina ha estado tan enferma, es preciso complacerla. Ha sufrido mucho la pobre, penas sobre penas y entonces su mala salud, y depende tanto de ella, que no puede descuidarse. Créame que le agradezco que no insista en preguntarme, porque soy muy mala para guardar secretos.

La conversación ésta le pareció a Mario tan interesante, que la repitió a su hermana, diciendo.

—Se me ocurre que voy a acabar por tomarle cariño a esa pobre señora Tremblett-Biggs.

Lo que sí le había impresionado desagradablemente, una vez más, fué la referencia a la mala salud de la joven. Sin quererlo, las palabras de Madelina respecto a si no la vería a ella en la entrada del cementerio en la noche de Todos los Santos, lo perseguían y casi se resolvió a ir esa noche y observar, con el solo objeto de decirle después que no la había visto y que podía estar conforme. Mientras tanto, llamó a su sobrina y le advirtió, muy seriamente, que no debía decir palabra más sobre la tradición, ni menos contar lo que él había visto en el año anterior. Phillis así lo prometió y cuando llegó la no-

che fatal y todos los invitados de Campdorados se encontraron en casa de los Crosby, a la cual la buena señora Crosby se había creído obligada a invitar a los Tremblett-Biggs y sus visitantes, Mario notó con placer que nadie hacía alusión a la fecha y que la señorita Carr estaba de muy buen color y con ojos muy brillantes.

Esto le satisfacía infinito. Desde unos días atrás la consideraba ya como algo de su propiedad, como la futura señora Brandon y castellana de la Casa-Solariega. Y esto apesar de que el hecho de haber aceptado una invitación a casa de los Tremblett-Biggs probaba que no era ni de elevada cuna, ni muy eminente en la profesión de las letras. Además, no se le ocultaba que el hecho de casarse con una de las visitantes de Campdorados lo haría perder casta y lo obligaría a reconocer cierta familiaridad poco de su agrado con la muniónera, pero aquella noche estaba más encantadora que nunca y todo lo que hacía o decía era de su agrado. La niña,—que en las letras apenas si pasaría de ser algo así como un "ánima" (1), que daría las intrigas, quizá si la obra toda a un escritor de nota, el cual le pagaría un precio ínfimo y se luciría con su trabajo,—la niña tenía para él la atracción del norte para el imán, le era imposible estar lejos de ella, y sin embargo, ni por un momento sentía la desagradable sensación, a la cual estaba acostumbrado desde muchacho, que ella tuviera deseos de atraparlo. Era Mario un hombre poco vanidoso, apesar de haber sido dueño del título de barón y de la gran fortuna de los Brandon desde antes de los veinte años, pero había huido de las redes que a tiempo había notado. En este caso, Madelina parecía hacer caso omiso de su título y fortuna y muchas veces lo hacía de él mismo. Era siempre reservada, discreta y distinguida. Mirándola ahora, se propuso hablarla esa misma noche, y sufrió un rudo desengaño al verla levantarse de su asiento muy temprano y emprender la retirada. Recordó una vez más sus palabras en la primera ocasión en que la trató y el comentario de la señora Tremblett-Biggs respecto a su delicada salud y sintió tentaciones

(1) Llaman "ánima" en Inglaterra a los que escriben en estas condiciones.

de salir tras ella, pero le había prometido a la señora Crosby actuar en una charada y hubo de permanecer en su puesto.

En tanto, Madelina, no muy contenta de tener que retirarse, se dirigía con paso rápido a la vicaría. Desde su llegada a Campdorados había hecho gran amistad con la triste señora Reed y cuando ésta le confió su ardiente deseo de ir aquella noche al camposanto, pero que temía ir sola, por si acaso no era Godofredo el único que se le apareciera, se ofreció para acompañarla. El vicario no sólo se negaba a ir, desaprobaba en absoluto tan ridícula expedición. La madre pensaba, con un ansia de que ello fuera así, que ya que su hijo había venido una vez al camposanto, podría venir de nuevo a visitar la capilla que encerraba para él muchos recuerdos. Y como en esta noche los espíritus andan vagando por la tierra, no sería, raro que Godofredo, conociendo las secretas ansias de su madre, se presentara en la capilla o en el portal donde Brandon lo había visto un año antes.

Cerca del extremo oeste de la capilla, entre la pared del lado sur y la torre, había una ventana que llegaba hasta el piso

y cuyo objeto nadie conoce. La señora Reed pensaba que si ella y Madelina, convenientemente abrigadas, se encerraban en la capilla, podrían ver desde la ventana la puerta y el portal de entrada del camposanto. Pero la madre creía que era más probable que Godofredo se apareciera en los asientos consagrados a la familia del vicario, y por esto su insistencia respecto a permanecer encerradas en la iglesia, cosa fácil de hacer, puesto que las llaves estaban en poder de su esposo.

Sin trepidación alguna, las dos mujeres entraron a la capilla poco después de las once de la noche, cuando aún no regresaban de la Fieca los muchos invitados de la familia

Crosby. No estaba muy obscuro, pero la noche era nublada y de vez en cuando la luna menguante desaparecía por completo. Mientras esperaban en la ventana de la capilla, Madelina, bien envuelta en sus abrigos, encontraba difícil concentrar su pensamiento en el asunto que allí las tenía y se preocupaba más de Mario Brandon y de lo que a él se refería. Como escritora, el estudio de los caracteres, la psicología del hombre, la interesaban y sobre todo la estaba interesando este hombre, de la alta clase inglesa, transformado por completo por sus experiencias en los campos de batalla. Antes de la guerra había sido un joven algo egoísta, con todos sus sentidos puestos en la estrecha vida del caballero rural. Pero cuando llegó el momento, lo había cogido

con ambas manos y había sabido aprovechar de todo lo que esa nueva vida le podía significar. Ahora,—lo sabía ella muy bien,—estaba pasando por otra fase de su vida: se había enamorado de una niña de categoría muy inferior a la suya, según él creía, y aquí había de mostrar si era hombre de valer o no. Y sonreía la joven, viendo que por momentos su pensamiento es-



Se lo diría de mil amores, señor Mario...

taba tan concentrado en él que le parecía imposible que no estuviera allí a su lado.

Según lo convenido, ella observaba la entrada al cementerio, en tanto que la señora Reed vigilaba el interior de la iglesia, sobre todo el asiento que Godofredo solía ocupar cuando niño, de joven y de hombre. Minuto tras minuto pasaba y la tensión las estaba haciendo oír rumores y murmullos por todas partes; rumores tan temes que eran apenas perceptibles. De pronto escucharon un repentino run...n...n, que las sobresaltó sobremanera. Madelina sofocó un grito y casi se levantó del asiento, pero el lento y acompasado golpe de la campana del reloj, dando las doce, la hizo darse cuenta que era el resorte



de éste lo que de tal modo las había alarmado.

Cualquiera cosa podía pasar ahora. Ya era la mística medianoche...

¡Ah!

Se escuchaban los pasos lentos, aprensivos, de una, no de varias personas. Parecía como que se estaban acercando a la capilla, pero con temor... ¿Serían, acaso, los espíritus?

La respiración de la pobre señora Reed era entrecortada, casi sollozante. ¡Dios mío! ¿Estaban subiendo al portal?

Se oyeron los pasos que subían, luego un rumor de movimientos temerosos y de pronto una risita nerviosa y reprimida.

Madelina saltó del asiento, pero la señora Reed la retuvo del brazo.

—¿Echaste llave a la puerta, Madelina?

—Sí, está con llave. Pero son ellos; el grupo de Campdorado. ¿Cómo han llegado a saber la historia?

En ese momento se aproximó a la ventana la figura de un hombre tapado hasta los ojos. Estaba mirando directamente al sitio en que se encontraban, pero la luna daba en el techo de la iglesia y todo el resto de la capilla estaba en la penumbra.

No se mueva, señora, no nos ha visto alcanzó a decirle a su compañera, en tanto que las gotas de sudor cubrían su frente.

El joven Gulding, que no otro era el intruso, se aproximó aún más a la ventana, silbando entre dientes: "Todo tiempo es tiempo de pesar."

—Oigan,—llamó por sobre el hombro,—creo que podré abrir esta ventana. Estará más abrigado adentro que afuera.

Pero la ventana no era para abrir y en vano lo tentó.

—Vamos, quítese de ahí,—dijo la voz de Cona Green.—Puede quebrarse algo y sabrán que hemos andado por aquí.

Gulding se retiró y en el mismo momento la señora Reed, sacudida en todos sus nervios, cayó desvanecida al suelo.

La pobre Madelina, casi histérica, ella misma hubo de inclinarse sobre la señora y restregar sus manos, recostándole la cabeza sobre su falda y soltándole de cuello la mantelita que la envolvía. Afuera, se oían aún los movimientos, las risitas y los comentarios a media voz, y ella no se atrevía ni a moverse, ni a llamar pidiendo ayuda.

Tan repentinamente como había caído des-

vanecida, volvió en sí la señora Reed, y antes que Madelina se diera cuenta de lo que iba a suceder, lanzó un grito estridente que resonó lúgubre y horrible en las naves de la capilla y que fué seguido por exclamaciones de terror desde afuera y luego por una carrera loca, desesperada, que acabó por fin con el dominio de sí misma que había guardado la joven. Batallando entre el deseo de llorar y de reírse a la vez con careajadas de loca, apenas si podía murmurarle a su compañera palabras de aliento y de consuelo.

—Vámonos, vámonos,—suplicó la pobre señora Reed, entre sollozos.—Ya no puedo soportar más, mi esposo tenía razón en no querer que viniéramos acá. ¿Se habrán ido todos?

—Creo que sí,—dijo Madelina,—pero "si quiere, me asomaré a ver si hay alguien por allí."

—Bueno, pero no te alejes mucho.

Madelina cogió la llave, abrió la puerta y se asomó. Una brisa fresca y agradable refrescó su rostro descompuesto y echando atrás el gorro que la cubría la cabeza, se adelantó hacia el portal, apoyando sus dos manos ligeramente en dos de las pilstras y levantando el rostro al cielo para ver si llovía. El silencio era tal, el misterio del camposanto tan impresionante que, por un instante sintió como que la rodeaban miles de presencias invisibles y deseó, por un instante, que se hallara cerca el hombre que tanto la preocupaba. Pero si él había pretendido venir, no lo habría hecho en compañía del grupo de Campdorado y la llegada de éste lo habría alejado de aquel sitio.

Las nubes pasaban y repasaban rápidas, ocultando por momentos la pálida faz de la luna. El aire parecía estar lleno del murmullo de voces y atraída por el misterio de la noche, Madelina se adelantó un paso más, fuera casi del portal, alzando una vez más sus brazos y su rostro al cielo. Luego se echó atrás y la luna, ocultándose en ese instante tras una espesa nube, la sumió en profunda obscuridad. Con paso rápido y silencioso, Madelina entró a la capilla y echó llave a la puerta.

Oculto a su vez entre los pilares del portal que daba acceso al camposanto se encontraba un hombre. Al ver a la joven, se le esca-

pó un gemido de espanto y de angustia, y empujando las manos sobre los ojos para ocultar la fatídica visión, se alejó casi corriendo de aquel sitio.

Temprano al día siguiente, Sir Mario Brandon se presentó en Campdorado y preguntó por Madelina Carr. Al verlo, la niña quedó espantada; los ojos hundidos, el rostro descompuesto, afebrado y nervioso: no era más que una sombra de sí mismo.

La atmósfera de la residencia de los Tremblett-Biggs estaba vibrante. No se hablaba de otra cosa que de la visita al cementerio y del espantoso grito que habían oído. ¡Únicamente un alma en pena, un ser en torturas extra-humanas podía haber lanzado un grito así!

Mario escuchó la historia sin despegar los labios. Aquello era la explicación de la loca carrera que les había visto hacer a través del cementerio, explicación que él había atribuido a otras causas, pues el grito de la señora Reed no había alcanzado a llegar hasta él. Su único comentario fué manifestarse en perfecto acuerdo con la señora Tremblett-Biggs, la cual no escatimaba sus reproches a sus invitados, asegurando que debían haber pasado un susto aun más horrible, para que aprendieran a no meterse en lo que no debían.

Madelina estaba próxima a él y silenciosa también.

—¿Ud. no estaba entre ellos?—le preguntó en voz baja.

—¿Con ellos? No,—replicó Madelina, sin rofar que su respuesta lo hacía palidecer intensamente.

—Así me pareció,—dijo Mario siempre en voz baja.—¿Quiere venir conmigo al conservatorio? Necesito hablarle con urgencia.

Madelina se levantó y salió con él, pero la apasionada, la imperiosa declaración de amor que le hiciera momentos después la tomó de sorpresa. Era como que Mario quisiera obligarla a aceptar su amor sin inútiles pérdidas de tiempo; había algo de angustiado, de desesperación en todo él, que la dejó sorprendida y asustada.

—¿No es acaso, mucha imprudencia la suya?—le preguntó.—Ud. no sabe quien soy y me conoce sólo como una de las invitadas de los Tremblett-Biggs, una de los miembros de su jardín zoológico.

—En cambio, he hecho observaciones,—repuso él.—Se aprende más así que averiguarlo por fuera.

—¿Qué cosa más bonita ha dicho Ud!—dijo ella sonriendo.

—Madelina,—insistió Mario todo tembloroso,—diga que sí, por favor, diga que sí. Pienso cómo es de corta la vida, que tal vez no podemos pasar mucho tiempo juntos. Casémonos mañana mismo, si es posible, y déjeme llevarla al Sur de Francia.

Había sólo una respuesta que dar a eso, y Madelina la dió.

—Pero he hacerle una confesión,—agregó riendo.—No es muy difícil de hacer, porque le oí decir en vez pasada que le gustaban mucho las obras de Gray Moor. Yo soy Gray Moor y esos libros los escribí yo.

—¿Usa un pseudónimo entonces?—preguntó él, mirándola con ojos llenos de adoración.

—Sí, es tanto más cómodo; le evita a una una popularidad poco agradable. Pero yo, Madelina Carr, soy hija de Lord Jorge Carr, que murió heroicamente en la guerra boer. ¿Recuerda? Nosotros quedamos sin fortuna y mi hermano cayó a su vez en la guerra, en 1915, y yo me he hecho cargo de sus hijos, costándome mucho pagar la educación del mayor en Etón. Quiero que comprenda eso. los niños de Leoncio dependen de mí y yo no puedo abandonarlos.

—Dependerán de nosotros desde ahora,—dijo Mario, tomándola en sus brazos.

—Bueno, dígame ahora ¿qué le ha pasado?—preguntó ella.—Tiene peor semblante que yo, y supongo que no habrá pasado la noche en pie Ud. también.

—¿Ha estado en pie!—exclamó Mario con vehemencia.—¿Por qué?

—Vaya ¿qué tiene de raro? ¿O ha estado Ud. también en el cementerio anoche? Ah! fué eso entonces. Bueno, la verdad es que yo estuve en la capilla anoche, no con el grupo de acá, pero con la señora Reed, adentro de la capilla.

Y en pocas palabras le contó los hechos de la noche pasada.

—Entonces... entonces,—tartamudeó Mario.—fué Ud., viva y en cuerpo y alma la que salió al portal? La vi aparecer allí tan blanca y triste, levantando las manos y el



restro al cielo, como que se despedía de la tierra y me instaba a seguirla. ¿Sabes que pensé haber visto su ánima, que creí que aparecía allí para decirme que tenía poco tiempo de vida?

Madelina alzó los brazos a su cuello.

—Pero querido,—le dijo,—si estoy perfectamente sana, si hay pocas niñas más sanas que yo. Lo que sucede es que estuve enferma,—no de gravedad,—en el pasado verano y he debido cuidarme un poco. ¿Qué le parece? ¿Se resuelve a casarse con una mujer que tal vez viva hasta ponerse vieja y refea?

La respuesta de Mario no fué en palabras, pero suficientemente elocuente.

—Me parece,—dijo luego,—que ésto nos

enseña que no debemos buscar las experiencias sobrenaturales. Nos exitamos a tal grado pensando en lo que puede suceder, que nos engañamos a nosotros mismos. ¡No seré yo quien vuelva a esperar en la puerta del camposanto.

—Sin embargo,—dijo Madelina,—fué la experiencia de noche la que le impulsó a hablarme:

—En parte, por lo menos me hizo apresurarme, haciéndome ver lo corta que es la vida y lo transitorio de las cosas de que estamos tan orgullosos.

—Entonces,—observó ella,—la puerta del camposanto ha sido, para Ud. y para mí, la entrada a una más hermosa y más completa vida.



- 117 -

# TRADICIONES POPULARES

(Comentario desprendido de los "Ensayos sobre Mitología Comparada", interesante estudio por Max Muller)

Por

DORA PUELMA DE FUENZALIDA

Así como la ciencia del lenguaje ha suministrado una nueva base a la ciencia de la mitología, la ciencia de la mitología ha abierto a su vez el camino hacia un estudio nuevo y científico también sobre las tradiciones populares que poseen las naciones arianas.

No solamente ha sido comprobado que los elementos radicales del lenguaje son los mismos en la India, la Grecia y la Italia, entre las naciones célticas, teutónicas y eslavas; no solamente se ha podido hacer remontar a una fuente ariana común los nombres de muchos de sus dioses, las ceremonias de su culto y las corrientes principales de sus sentimientos religiosos, sino que se ha dado además otro paso.

Un mito, ya es sabido, pasa al estado de leyenda, y de leyenda llega a ser cuento. Ahora, si los mitos eran primitivamente idénticos en la India, la Grecia, la Italia y la Alemania, ¿por qué los cuentos de esos diferentes países no presentarían también alguna similitud, aun en las canciones del Ayah indio y de la nodriza inglesa?

Los cuentos son el *patois* moderno de la mitología y ya que son tema de estudio científico, el primer trabajo que debemos hacer es remontar cada cuento moderno a una leyenda antigua, y cada leyenda a un mito primitivo.

Aunque en su origen nuestros cuentos populares no hayan sido sino reproducciones de leyendas, al cabo de algún tiempo se desarrolla cierto gusto general por lo maravilloso, y nuevos cuentos han sido inventados por nuestras propias abuelas o nodrizas, siempre que la necesidad de ellos se hacía sentir. Aun en estos cuentos de pura imaginación, se puede descubrir, sin duda, alguna analogía con los cuentos primitivos. Es porque han sido tomados de los modelos originales y en muchos casos han sido esos mismos modelos desarrollados y variados.

No hay sino un solo camino que seguir para que el estudio comparado de los cuentos y tradiciones populares de las naciones arianas pueda dar resultado satisfactorio. Es necesario, para cada cuento, remontarse poco a poco hasta llegar a su forma primera, examinar y analizar esta forma observando rigurosamente las reglas de la filología comparada y, después que se ha descubierto la concepción simple y original del mito, ver cómo la



misma concepción y el mismo mito se han desenvuelto gradualmente, y cómo han revestido diversas formas bajo el cielo brillante de la India y en los bosques umbríos de la Alemania.

Cada cuento tomado en sí mismo, parece insignificante o absurdo; pero si se encuentran a menudo en ellos rasgos característicos, llegan a ser interesantes a pesar de su puerilidad y nos hacen buscar algún método a través de lo absurdo.

En efecto, si no se conocieran más que tres o cuatro historias de Júpiter y de Hércules, no llamarían tal vez la atención; pero como poseemos una inmensa cantidad de fábulas relacionadas con los dioses y diosas de Grecia, con sus héroes y heroínas, tenemos que considerarlos a pesar de lo que tienen de extraños y de extravagantes, como uno de los problemas de la historia de la raza griega, y podemos descubrir en esas fábulas rasgos característicos que dan alguna luz sobre el origen de esas creaciones anormales del espíritu humano.

Así pasa con los cuentos alemanes para niños, por ejemplo. Se conoce perfectamente su existencia en todos aquellos países en que las razas germánicas han estado establecidas alguna vez; pero sólo llegaron a ser objeto de estudio histórico y psicológico cuando los hermanos Grimm los hubieron publicado. Lograron que hasta los sabios razonaran ante esa colección de ficciones populares. Y el estudio de esta especie de cuentos entra hoy día entre los que dan a conocer el pasado del género humano. Y, en verdad, hubiera parecido extraño que hombres tan eminentes como los Grimm hubieran consagrado tantas horas preciosas a recoger historias destinadas solamente a divertir a los niños. Tienen también, pues, interés científico. Son los detritus de muchas capas antiguas de pensamiento y de lenguaje sumergidas profundamente en el pasado. Hoy día, los resultados generales de la ciencia del lenguaje son conocidos por toda persona que haya recibido educación y los propios niños aprenden en las escuelas que el inglés, así como todos los dialectos germánicos del continente, pertenecen a la gran familia de las lenguas que comprenden, además de los idiomas germánicos, latinos, griegos, eslavos y celtas, las lenguas orientales, las de la Persia y las de la India. Antes que esas lenguas se separasen había, estrictamente, una lengua común que hablaban aquellos que podemos llamar los antecesores comunes de nuestra propia raza, los griegos, los romanos, los hindúes y los persas. Esta lengua que no era ni el griego, ni el latín, ni el persa, ni el sánscrito, era para todos esos idiomas lo que el latín es al francés, al italiano y al español; lo que el sánscrito es al indostánico y al marathi.

Se ha comprobado también que las diferentes tribus que partieron de ese centro dejando esa primera patria para ir a descubrir, hacia el norte, la Europa, y hacia el sur, la India, llevaron con ellas no solamente un idioma común, sino también una fe y una mitología comunes.

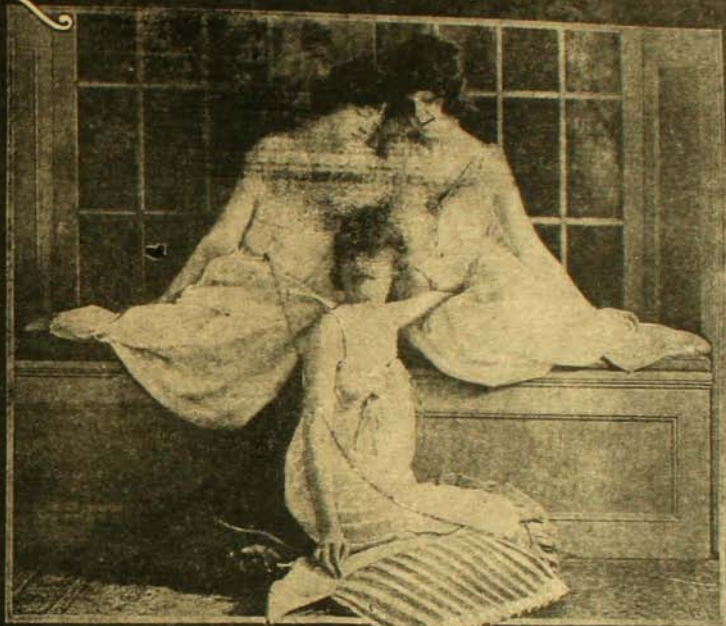
Griegos, latinos, celtas, germanos, eslavos, vinieron todos del oriente, por grupos de parientes y de amigos, dejando atrás otros amigos y otros parientes. Después de millones de años es justo, entonces, que las lenguas y las tradiciones de los que fueron al este y de los que fueron al oeste,

presenten todavía tales semejanzas que se ha podido establecer como un hecho sin discusión que los unos y los otros descienden de un mismo tronco.

Pero aún es posible ir más lejos: no solamente encontramos las mismas palabras y las mismas terminaciones en sánscrito y en gótico; no solamente encontramos en el sánscrito, el latín y el alemán iguales nombres dados a Zeus y a otras divinidades; no solamente el término abstracto que representa la idea de Dios es el mismo en la India, la Grecia y la Italia; sino que también esos cuentos que las nodrizas murmuran todavía bajo las encinas de los bosques de Turingia, bajo el techo de los campesinos noruegos y que los niños de la India escuchan en bandadas a la sombra de los grandes árboles; esos cuentos forman también parte de la herencia común de la raza indo-europea, y su origen nos hace remontar al pensamiento a aquella edad lejana en que ningún griego había puesto pie aun en la tierra de Europa, en que ningún hindú se había bañado todavía en la para ellos sagrada agua del Ganges.



# Fabricantes de ropa blanca



## Fratelli Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

ATENDAMOS GRATUITAMENTE PEDIDOS DE NUESTRO CATALOGO

# Vuelos de gran altura artificiales

Por el doctor ALFRED GRADENWITZ

Para tener una idea bien exacta de los progresos extraordinarios de la aviación, uno debe comparar los récords de altura del tiempo más reciente con aquellas cifras que hace solo más o menos 10 años eran consideradas como el límite de lo alcanzable. Mientras en aquel entonces ninguna persona ascendía más de pocos cientos de metros, hoy en día vuelos de seis mil y hasta ocho mil metros de altura, ya no son nada extraordinarios, y aún en los recientes tiempos se han alcanzado nueve mil y diez mil metros, y en un caso hasta once mil.

Se comprende que a tal altura, el aire es tan extraordinariamente rareado, que ya no puede proveer de bastante oxígeno al cuerpo humano y por lo consiguiente debe emplearse la respiración artificial de oxígeno.

Por dos razones era de desear determinar aquellos límites de altura, hasta los cuales se puede llegar sin este auxiliar: en primer lugar debía haber claridad sobre hasta dónde puede ir el cuerpo humano con la respiración de aire rareado y empobrecida de oxígeno, sin resultarle males, —bien pasajeros o duraderos,— y en segundo lugar se tenía interés en hacer la prueba de la capacidad de trabajo espi-

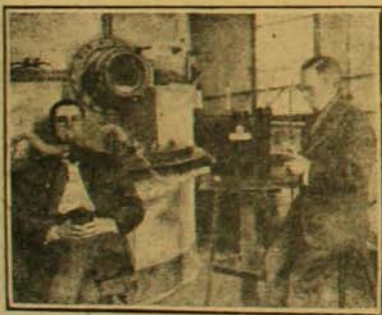
ritual a gran altura y determinar aquellos límites hasta los cuales el aviador esté en condiciones de proporcionar observaciones fidedignas, sin respiración artificial de oxígeno.

Esta tarea propúsose a sí mismo el doctor Aphil Kosehel en Berlín, el cual, bajo considerable peligro de su propia salud, ha buscado la resolución de este doble problema, y principalmente ha investigado las ejecuciones espirituales durante la estada en el aire rareado. Ya en tiempos anteriores había investigaciones medicinales en globo libre (hasta nueve mil metros), continuándolas durante el curso de los últimos años en la nave aérea,—en el aeroplano,—bajo el paracaídas y ahora sobre todo en la cámara neumática. Estos experimentos en la cámara tienen la ventaja de excluir las agitaciones espirituales o de ánimo, que bajo otras condiciones son inevitables; además permiten también con comodidad la variación e interrupción de las condiciones experimentales.

En la cámara neumática que presentamos en nuestros grabados, se puede fabricar con la bomba de aire cualquiera rareación de la atmósfera, según la respectiva altura. Hasta una rareación de acuerdo con 7,500 metros. Disponía doctor Kosehel de varios ayudantes. Empero estos, durante cierto tiempo y lo más tarde desde 7,000 metros respiraban artificialmente, excluido uno solo, el médico de estado mayor doctor Wullenweber. Además ellos estaban acompañados de un observador, que permanentemente respiraba oxígeno artificial desde 4,500 metros.

En los experimentos que correspondían a una rareación de 8,000 metros, la cual en general se mira como límite de grave peligro de muerte, era el doctor Kosehel la única persona experimental.

Para hacer la prueba completamente inobjetable, hizo que le encerraran, durante varios experimentos, sin el aparato respiratorio en la cámara neumática. Por la ventanita que se puede ver en nuestros grabados, se le observaba desde afuera. Para los observadores regían las siguientes prescripciones:



Experimentos de respiración artificial delante de la "cámara neumática." El Dr. Kosehel está sentado, — sólo para demostrar las proporciones, — delante de la cámara. En realidad, los experimentos se hacían dentro de la cámara, naturalmente.



# COMPañIA

---

DE

---

# LOTA Y CORONEL

---

**GERENCIA EN VALPARAISO**

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41  
Nacional 391

---

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA  
EN LOTA, CORONEL Y GURANILAHUE**

---

**FABRICA**  
**DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDAS**

---

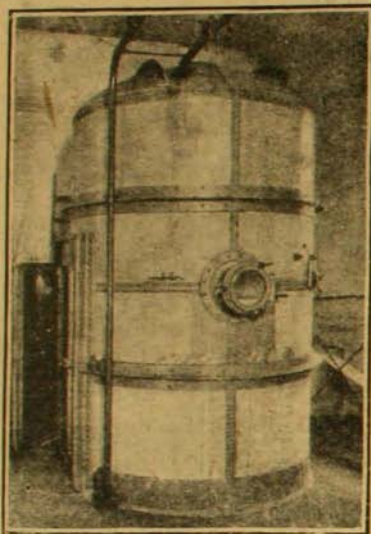
**AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:**

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001  
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

---

**AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:**

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANCA 75 (Bolsa de Comercio)  
CASILLA NUM. 1853



La cámara neumática para vuelos de altura artificiales, vista desde afuera

Si se veía que la persona encerrada estaba completamente sin conocimiento, debía procurarse primero despertarla por medio de golpes, dados desde afuera en la pared de fierro de la cámara. Solo cuando después de medio minuto hasta uno no había despertado, o también si se producían síntomas de gravedad como convulsiones, se auxiliaba—después de corta observación de este estado,—al encerrado, haciendo entrar más aire poco a poco.

En uno de los experimentos principales, que hizo el doctor Koschel, caía él en 8,000 metros tres veces sin conocimiento; a veces se producían convulsiones graves.

De los resultados de estos experimentos sobre ejecuciones espirituales durante la estada en aire rarefado, los más importantes son:

Hasta 5,500 metros no se podían observar alteraciones de gravedad, excepto cierto cansancio y aminorado ánimo de trabajo. En 6,000 metros era de consideración especialmente en una persona la pérdida de atención; en los restantes era de menor consideración, pero la disminuida atención era claramente observable. En

7,000 metros se habían empeorado considerablemente los cumplimientos o ejecuciones de todas las personas experimentantes, en cada una de las direcciones de prueba. En 8,000 metros trabajaba Koschel siempre solo corto tiempo y estaba después sin conocimiento. Sus ejecuciones a esta altura eran en cualquier modo muy malas. Para accionar contra los síntomas de la enfermedad de las alturas,—graves, las personas de afuera de la cámara neumática intensificaban el aire de la misma pasajeramente. Si después de éstas parciales intensificaciones se procedía nuevamente a la rarefacción, entonces cada vez se ha podido comprobar, que el mal grado de las ejecuciones espirituales ya se había mejorado en un poco.

Se han dedicado en especial los observadores a probar las manifestaciones de atención de la persona encerrada en la cámara, porque la enfermedad de las alturas se nos muestra en primera línea con síntomas de cansancio, y por lo consiguiente sin poder poner atención en las tareas; también es imposible cualquier trabajo espiritual elevado, como la combinación, asociación, etc.

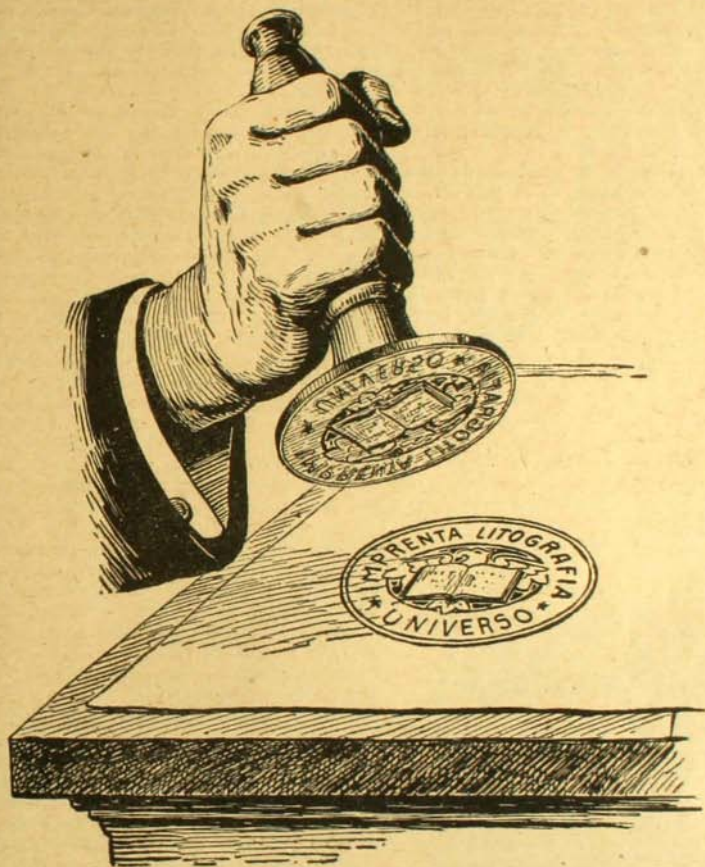
La averiguación de la atención y estado de presente energía de las personas dentro de la cámara se hizo por medio del "método de rayar letras", (según Bourdon), el cual nos da un resultado determinable numéricamente. Sobre el estado de atención, el cual a 6,000 metros no era bien y a 7,000 metros fuertemente empeorado (como asimismo sobre las demás ejecuciones espirituales) se ha comprobado lo siguiente: Intensificando poco a poco el aire mejoran despacio; respirando repentinamente oxígeno mejoran de súbito; y en todas las personas que toman parte en la prueba esto se verifica del mismo modo.

Aún más, se pudo demostrar, que una respiración profiláctica-oxígena de dos minutos de duración, basta todavía a una altura de 7,000 metros para conservar pasablemente bien las actividades espirituales durante los siguientes diez minutos. Esta experiencia ha sido para los aeronaves de marina alemanes de la más alta importancia.

Mientras a los 7,000 metros todavía se acertó a componer de tres comprensiones una frase, no les era posible a ninguna de las personas experimentantes el enumerar seis comprensiones de acuerdo con su sen-



# EL SELLO DE INTEGRIDAD



# EL SELLO DE UNIVERSO

ha venido a ser la manifestación de integridad, de calidad.

Miles de personas esparcidas en toda la República suelen hoy día ver en este sello al campeón de la buena calidad, de los precios bajos, de la integridad y del negocio honrado.

Todavía hay personas que no conocen este sello. A ellas nos dirigimos para decirles que la **SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO** desea servirles en cuanto trabajo concierne a imprenta, litografía, fábrica de librería y todo lo que abarcan las artes gráficas.

**VALPARAISO**  
Calle Prat, Núm. 269

**SANTIAGO**  
AGOSTINAS, 1259

tido. Esta sorprendente observación se aclara considerando que para componer de tres comprensiones una frase, basta mirar una sola vez cortamente y una fácil ocurrencia, empero para enumerar convenientemente las seis comprensiones, se necesita el procedimiento más largo de comparirlas recíprocamente y repetidas veces para el buen resultado.

Mas el solo copiar de una línea de ocho cifras o de ocho letras, no lo pudo hacer ninguna de las personas en experimento, sin faltas. El completar palabras con las sílabas que faltaban en un texto no conocido anteriormente por la persona en la cámara, fué llevado a cabo sin faltas y pronto en 4,500 metros. En el mismo espacio de tiempo y a 6,500 metros fueron trabajados solo 5/6 del texto, aunque casi correcto. En 7,000 metros y 7,500 metros se trabajó únicamente la mitad, y ésta muy mala, y a 8,000 metros solo fueron completadas algunas palabras reducidas, con sílabas, y sin tomar en cuenta el sentido del texto.

Particularmente aminorada estaba la aptitud de la expresión gráfica; ya desde los 6,500 metros empeoraba la letra au-

mentivamente; a los 7,000 metros se noto repetición de letras y palabras o partes de palabras; incorrecta colocación de letras solas y sílabas enteras; y a 8,000 metros, composición sin sentido alguno de letras y de sílabas.

En los escritos que describían progresivamente durante la prueba las personas que experimentaban en la cámara, sus impresiones personales, etc,—se advertía muchas veces el estancamiento u obstinación en cualquier determinada comprensión, la que siempre, sin quererlo sale a presencia repetidas veces y vuelve a aparecer en crecido número de frases. El momento de entrada en estado sin conocimiento o convulsiones, está marcado por repentino temblar e interrupción del escrito. La capacidad de retener en la memoria acusaba ya alteraciones desde más o menos 6,000 metros, las que crecían considerablemente a los 6,500 metros. También la aptitud de reproducción de cosas vividas anteriormente a la prueba o aprendidas bajo especial orden era en 7,000 metros solo muy poca. Después de la prueba había para lo pasado a 6,000 metros sólo claro recuerdo. El recuerdo para lo vivido, en altura aun mayor, faltaba casi completamente y también era difícil despertar él mismo después.

Muy de notar era en altitudes de más de 7,000 metros un estado de ánimo extraordinariamente achispado, parecido a una embriaguez de alcohol.

Después de una prueba de dos horas hasta media hora, en la cual el doctor Koschel se encontraba varias veces en 8,000 metros, y, por espacio de más de una hora en 7,000 metros, sin oxígeno, se veían en él, fuera de otros males, graves alteraciones en el modo de caminar, tales como se advierten en los que sufren de enfermedad vertebral en estado avanzado. Estas alteraciones duraban como diez minutos. Las demás desaparecían después de algunas horas.

De notar es, finalmente, la gran aceleración con la que el doctor Koschel podía proceder al traspaso de una situación de altura a la otra. Era capaz de tolerar sin sentir cualesquiera males, la rarefacción correspondiente a 4,000 metros dentro de tres minutos. Dentro de 4 minutos la rarefacción hasta 5,000 metros; dentro de ocho minutos la rarefacción hasta 6,000 metros.

El aviador que se ha acostumbrado a



El interior de la cámara pneumática con aparato para respiración artificial de oxígeno



# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

—EN CORONEL DE LA

### COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

#### Análises:

|                             |        |
|-----------------------------|--------|
| Agua higroscópica . . . . . | 2.35%  |
| Materia volátil . . . . .   | 39.25% |
| Carbón fijo . . . . .       | 51.40% |
| Cenizas . . . . .           | 7.00%  |

---

100.00%

---

|                                              |        |
|----------------------------------------------|--------|
| Azufre . . . . .                             | 0.92%  |
| Coke (aspecto sólido) . . . . .              | 58.40% |
| CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . . | 7,500  |

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178**  
**Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377

una respiración adecuada, está en condiciones de alcanzar una altitud de casi 6,500 metros sin experimentar males sugestivos de mucha consideración. Empero: (y este es uno de los resultados más importantes del trabajo, a causa del cual se le ha conferido la dignidad de Doctor de Filosofía al médico de estado mayor, doctor Koschel)... empero el sugestivo bienestar o placer, que se siente en las altu-

ras no se puede emplear para medidor del grado en que se hubiere conservado intacta la aptitud o capacidad de ejecución espiritual. Por ello es necesario que el aviador respire—si sus observaciones deben tener valor de importancia—oxígeno en vuelos cortos de 6,000 metros y en vuelos más prolongados lo más tarde desde 5,000 metros de altura.



## Tarifa de suscripciones para el año 1921 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG - ZAG

|                       | EN EL PAIS |           | AL EXTRANJERO |           |
|-----------------------|------------|-----------|---------------|-----------|
|                       | Annual     | Semestral | Annual        | Semestral |
| ZIG-ZAG . . . . .     | \$ 40.00   | \$ 21.00  | \$ 53.00      | \$ 27.00  |
| SUCESOS . . . . .     | 28.00      | 14.50     | 41.00         | 21.00     |
| CORRE-VUELA . . . . . | 18.00      | 9.50      | 26.30         | 13.70     |
| PENECA . . . . .      | 9.00       | 5.00      | 17.30         | 9.20      |
| FAMILIA . . . . .     | 20.00      | 10.00     | 25.00         | 13.25     |
| PACIFICO . . . . .    | 20.00      | 10.00     | 25.00         | 13.25     |

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO



# VOTE UD. POR EL ALIMENTO MEYER

No somos de la Alianza  
Ni somos de la Unión.  
Queremos solamente  
¡¡La buena digestión!!

C. Cascabel.



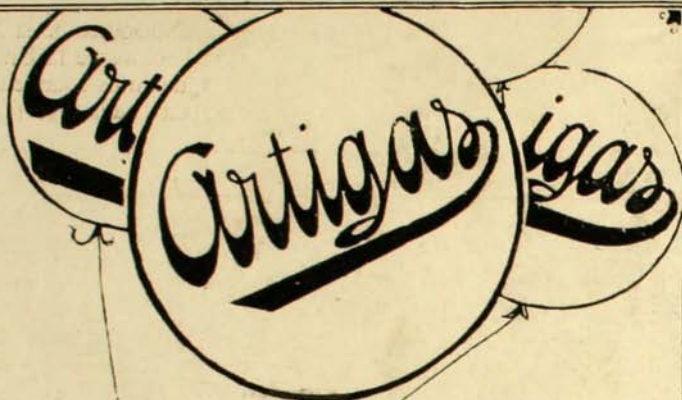
Los doctores ROBERTO AGUIRRE LUCO, Profesor de la Facultad, Médico de la Protectora de la Infancia, Cirujano de la Escuela Militar, etc., y ALFREDO SANCHEZ CRUZ, Profesor de la Facultad y Médico Director del Instituto de Puericultura, lo prefieren especialmente porque es un alimento fresco y de primer orden:

DR. ROBERTO AGUIRRE LUCO.—Enfermedades de niños.—Santo Domingo 401.—De 1 a 2.—Santiago, 24 de Septiembre de 1915.—No tengo inconveniente en certificar después de haber ensayado el "ALIMENTO MEYER" que es un preparado muy recomendable en la alimentación de los niños.  
Su composición y la facilidad para obtenerlo más fresco que sus similares extranjeros hacen preferirlo en las indicaciones del médico.

Dr. AGUIRRE LUCO.  
Profesor de la Facultad

DR. ALFREDO SANCHEZ CRUZ.—Profesor de Puericultura. — Enfermedades de Niños. — Consultas de 1 a 3.—Moneda 1819.—Teléfono 2889.—Santiago, 3 de Enero de 1916. — Me he impuesto de la técnica de preparación del "ALIMENTO MEYER", conozco sus componentes y puedo certificar que, a mi juicio es un alimento dextrinizado de primer orden y que tiene sobre sus similares extranjeros la ventaja de ser fresco, por lo cual lo recomiendo a todos los niños que necesiten alimentación fisiológica.

Dr. SANCHEZ C.



UNA MARCA DE  
ELEVADO MERITO  
EN CALZADO  
NACIONAL



MARTIGAS & C<sup>IA</sup>

Ahumada 201, esq. Agustinas  
Teléf. 83. Casilla 2970.



Marzo  
de 1921

# PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

PRECIO:  
2 PESOS



# COMPañIA

---

DE

---

# LOTA Y CORONEL

---

**GERENCIA EN VALPARAISO**

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41  
Nacional 391

---

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA**  
**EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

---

**FABRICA**  
**DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDÁ**

---

**AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:**

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001  
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

---

**AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:**

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANLERA 75 (Bolsa de Comercio)  
CASILLA NUM. 1853



# TANGER

## la ciudad blanca y azul

Por ALBERTO INSUA



La colina de Tánger, sembrada de casas blancas, de alminhres y de cúpulas revestidas de azulejos verdes, que parecen de oro al contacto del sol, y con sus palmeras desmayadas, brotando aquí y allá de los jardines interiores, impresionan vivamente al viajero que llega al norte de África por primera vez. No se cambia de continente sin emoción. Y aunque todos sabemos que Ma-

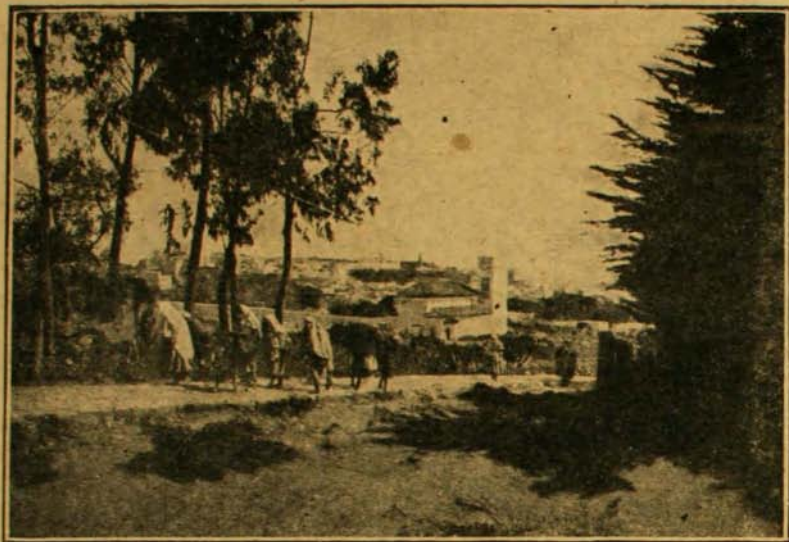
rococos no es más que un África desvirtuada por los occidentales, y un río revuelto de árabes y etíopes bastardeados, la emoción subsiste. Hemos dejado atrás las dunas de Tarifa... Seguimos a dos horas de Europa y, no obstante, nos consideramos a una distancia enorme, a una enorme distancia moral, que nos parece entonces efectiva.

A esta idea, un poco pueril y un poco sen-

## Tarifa de suscripciones para el año 1921 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG - ZAG

|             | EN EL PAIS |           | AL EXTRANJERO |           |
|-------------|------------|-----------|---------------|-----------|
|             | Anual      | Semestral | Anual         | Semestral |
| ZIG-ZAG     | \$ 40.00   | \$ 21.00  | \$ 53.00      | \$ 27.00  |
| SUCESOS     | 28.00      | 14.50     | 41.00         | 21.00     |
| CORRE-VUELA | 18.00      | 9.50      | 26.30         | 13.70     |
| PENECA      | 9.00       | 5.00      | 17.30         | 9.20      |
| FAMILIA     | 20.00      | 10.00     | 25.00         | 13.25     |
| PACIFICO    | 20.00      | 10.00     | 25.00         | 13.25     |

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO



Tánger.—Una caravana.

timental, contribuyen las escenas del desembarco. El vapor se detiene a unos doscientos metros de la orilla y a la mitad del puerto,

que es uno de los más desabrigados y borrascosos del mundo. Y hacia el vapor se dirige una muchedumbre de lanchas y de canoas planas, que se mecen y brincan sobre las olas, llenas de mestizos y de negros que reman y gesticulan, dando gritos guturales y aullidos penetrantes. Estos hombres, estos salvajes, son los encargados de tomar al viajero a bordo y de conducirlo a tierra. Y puede decirse que lo toman a la fuerza, que lo conquistan... Los pasajeros no saben qué hacer, positivamente amedrentados. Aquello es un abordaje... Los boteros y los guías, mascullando todos los idiomas, apoderándose del equipaje de mano y tomando, si se ofrece, en brazos a una viajera indecisa, tienen aspecto de bandidos. Hay que verles saltar por la frágil escalerilla, sudando bajo el retorcido turbante o el fez rojo, gritando siempre y lanzando a los viajeros al fondo de sus canoas, como si fueran bultos o paquetes...



Soc. Imprenta y Litografía **UNIVERSO**

Toda clase de obras.

Soc. Imprenta & Litografía Universo.

**VALPARAISO:**  
Calle Prat N.º 52

**SANTIAGO:**  
Agustinas N.º 1250

Pero ya no se entra en Tánger, como en los tiempos de Edmundo de Amicis, a caballo de negros y de árabes, y mojándose los pies. Ahora existe un muelle, al que atracan las canoas. Nosotros llegamos a Tánger un mediodía de mayo. Eramos una pintora inglesa, muy joven y muy fina, y varios españoles e hispano-americanos que, habiéndonos encontrado primero en Ronda y luego en Gibraltar, habíamos decidido realizar juntos la visita a Marruecos.

Después de un breve descanso en el hotel, todos nos aventuramos por las callejuelas





**El Aceite BAU**  
SIEMPRE ES EL PRIMERO  
**INSUPERABLE**





Tánger.—El Gran Zocco.

de Tánger, verdaderos pasadizos, llenos de una sombra violeta y de murmullos y olores desconocidos. Desde el fondo de sus tiendas, bóregas y minúsculas, los mercaderes miraban al exterior con las pupilas fijas y adormecidas. Algunos parecían sonreír: eran

vendedores de babuchas y baratijas, que intentaban, vagarosamente, atraer al pasajero. Moros berberiscos, de un negro mate y grandes ojos tristes y amarillentos, freían pescado a la puerta de sus tenduchos. Y el vaho acre del aceite iba a fundirse con cierto olor húmedo y aromático, como de menta y de benjuí, que parecía suspendido en la atmósfera.

Alguno de nosotros había ofrecido el brazo a la joven inglesa, pero hubo de renunciar a su galantería porque las callejuelas, empinadas y tortuosas, la toleraban difícilmente. Transitábalas una muchedumbre rápida y silenciosa: árabes nobles, con turbantes y jaiques azules; negros del Sudán, con el cráneo rapado y la chilaba harapienta; mestizos de andar indolente, arrastrando las babuchas amarillas y con el fez rojo de medio lado; hebreos melancólicos y encojidos, con una banda ceñiendo a la cintura el caftán de color azul oscuro; mujeres tapadas, envueltas, rebozadas en sus lienzos blancos impenetrables; mujeres sin forma aparente, ni otra seducción que la del misterio que los ojos negros y febriles insinuaban... De tiempo en tiempo, un moro rico ocupaba con su caballo todo el ancho de la callejuela, o aparecían algunos de esos asnos de Tánger, hábiles y pacientes, hechos a transportar mercaderías y turistas sobre sus lomos.



VALPARAISO:  
Calle Prat N.º 52

SANTIAGO:  
Agustinas N.º 1250





# NOVEDADES PARA OTOÑO-INVIERNO 1921

Confección Señoras, Confección Niñas y Modas

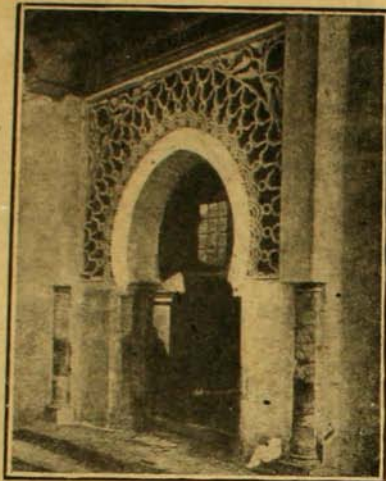
NUESTRA RECIENTE EXHIBICION DE NOVEDADES, que tan justos elogios recibiera de la culta sociedad de Santiago, ha sido notablemente enriquecida con una NUEVA REMESA de suntuosos y elegantes TRAJES MODELOS, TAPADOS Y SOMBREROS ADORNADOS procedentes de las más famosas casas de la capital francesa.

A LA EXPOSICION de referencia, como de costumbre, GATH & CHAVES tiene el placer de invitar a su distinguida clientela femenina, confiando en que todas las novedades en EXHIBICION han de merecer la mejor atención del público que nos visite.

**Gath & Chaves Ltd.**

A derecha e izquierda abríanse nuevas callejuelas, unas abovedadas, otras con arcos bizarros y puertas en herradura. Veíase, entre los pobres bazares y comercios horos, alguno semi-europeo, y no faltaban, en ciertas plazuelas, gentes equívocas del sur de España y soldados españoles y franceses. Conforme las calles, empinándose y subiendo, se alejaban del centro de Tánger, se hacían más sombrías y desiertas: no llegaba a ellas el sol, y el cielo, de un azul monótono e intenso, se veía como una franja estrecha recortada caprichosamente por el límite de las techumbres. Dejaban de verse europeos. En los sitios más despejados, donde daba el sol, aparecían grupos de chiquillos desarraigados y mendigos repugnantes, que salmodiaban, en un tono áspero y nasal, frases que difícilmente, por incomprensibles, podían movernos a compasión. Un clor pútrido predominaba en aquellos lugares. Veíanse por tierra inmundicias y animales muertos, que fermentaban al sol...

No sin trabajo, e instruidos por el guía, llegamos a una altura del barrio árabe. Un joven chileno preparó su kodak. La inglesa acababa de abrir su álbum... La ciudad blanca y azul, se escalonaba a nuestros pies, con sus terrazas, sus almenas y las torres cuadradas de sus mezquitas. Por encima de las casas divisábamos el mar, que se extendía como lámina inmensa de zafiro, donde



Tánger.—La Mezquita principal.

refrescaba la luz. Las montañas rodeaban la bahía, inclinándose en pendiente suave hacia el cabo Espartel, y levantándose rápidas y abruptas por el lado opuesto. Al frente, Tarifa marcaba la línea dorada de sus dunas. Atenuadas por la distancia, llegaban hasta nosotros las voces guturales de unos niños moros, que aprendían a leer en una escuela vecina. Era canturía lejana y lastimera que parecía ritmar con el ambiente. Y era todo el ambiente tan febril y ardoroso, tan lleno de sol y de inmovilidad angustiosa—los minaretes y las cúpulas recortándose sobre el cielo, las palmeras rígidas y oscuras como petrificadas— que los ojos, deslumbrados, iban a refrescarse en el mar distante, que surgía y se ocultaba entre las casas blancas.

\*\*\*

El Zocco chico, que podíamos contemplar desde los balcones del hotel, nos brindaba mil espectáculos pintorescos. Es el centro de Tánger. Allí confluyen las dos o tres calles relativamente anchas, y allí ha establecido Europa sus casas de correos, sus legaciones y sus Bancos. Frente a un café español se encuentra un café árabe pequeño y tenebroso, especie de zaquizamí, con hombres tendidos o acurrucados sobre el suelo, que beben té con hierba buena o fuman, en los narguiles de largos y flexibles tubos, un tabaco verde y cargado de haschich. Estos hombres, en una plaza desnaturalizada por los extranjeros, no deponían su indolencia oriental, pero había otros a la puerta—guías y buhoneros—esperando al inglés que llegaba a descubrir a Tánger, o a la francesa, ágil



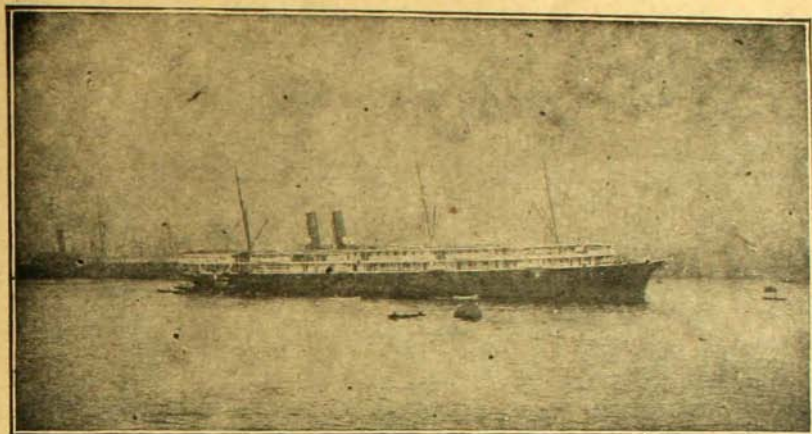
VALPARAISO:  
Calle Prat N.º 52

SANTIAGO:  
Agustinas N.º 1250



# Compañía Sud-Americana de Vapores

## Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

**SERVICIO DIRECTO** entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

### “RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

**SERVICIO SEMANAL RAPIDO** entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

### “HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

**SERVICIO CALETERO QUINCENAL** entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

### “MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

**AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.**—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

ONTERE PLAZA  
Director-Gerente

y curiosa, que buscaba un bolso de piel o una gúmba de plata. Pasábamos largos instantes mirando hacia el café moro, maravillados de encontrar junto a un negro del Sudán o a un mestizo berberisco, un árabe clásico, de perfil audaz y de tez pálida y ademanos nobles.

Asistíamos al vaivén de la muchedumbre. En una plazoleta corta, asimétrica y no más ancha que una calle de segundo orden de cualquier capital de Europa, el movimiento era inverosímil y desatentado. Los moros principales, lentos y majestuosos, codeábanse con moros paupérrimos, de chilaba raída, las canillas delgadísimas cubiertas de costra. Cautamente, con su eterno aire evasivo y discreto, atravesaban el Zocco los israelitas de fez negro, y los soldados de la policía indígena lucían, con cierta vanidad primitiva, sus uniformes de zuavos. Los aguadores negros, que habíamos visto junto a las bañeras de la playa, pasaban por allí semidesnudos, con sus odres de piel de cabra, rezumando sobre la espalda lustrosa de sudor. Una turba de pilletes españoles, dedicados a vender postales y a limpiar las botas, unían sus carenjadas y sus gritos a los de otra caterva de chiquillos moros, que demostraban una alegría y un buen humor casi epilépticos.



Músico marroquí.

Por aquí y por allá veíanse europeos de todo género: rubios alemanes, franceses de bigotes inconmensurables, ingleses rojos e impávidos con sus anteojos en bandolera y su eterno Baedeker, y damas elegantes con sombreros sencillos y trajes sastres muy sobrios, a propósito para arriesgarse entre aquella multitud extraña, donde el más honrado cobra cierto aspecto de aventurero. Todo aquel remolino de trajes y de razas se replegaba en ocasiones, para dejar paso a una reena de asnos cargada de turistas, de baúles, o de cajas y fardos de mercancías, para abrir calle al entierro de una mora, tendida simplemente en una camilla bajo telas brillantes, o para que la jaca de algún sportsman tangerino—hijo de diplomático europeo o de banquero judío—no atropellase a nadie. Luego, la multitud volvía a confundirse y a circular, entrando por las calles que nacen en el Zocco, o saliendo de las mismas atropelladamente: el turbante no se cuidaba de dar al sombrero hongo su derecha; el cráneo rapado de un mestizo chocaba, sin la menor pizca de respeto, con el kepi de un soldado francés, y el gentleman de occidente que cedía el paso a una mora, daba una impresión de anacronismo.

A pesar de todo, un joven argentino de nuestro grupo, emitía opiniones escépticas. Tánger era un África de opereta, y resultaba un poco cándido haber venido a Tánger en busca de color local. El joven chileno se mostraba ecléctico, diciéndonos que había impresionado algunas placas que eran "África pura", y que producirían en Santiago



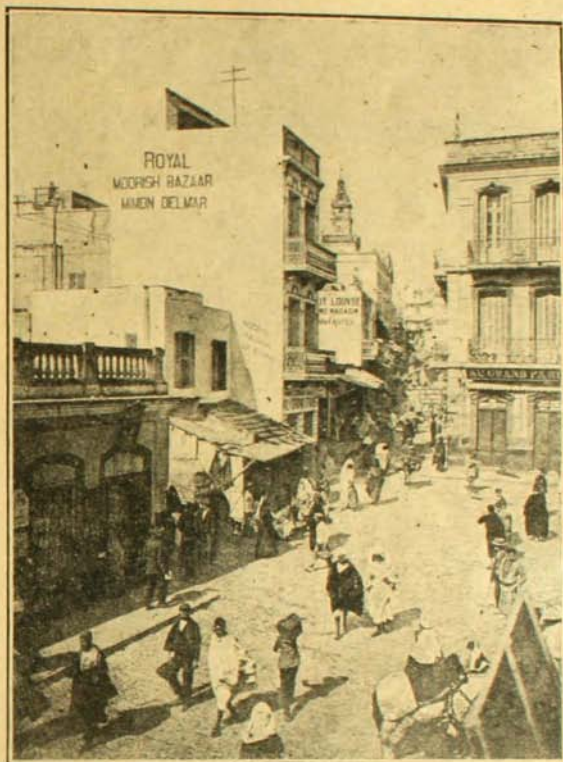
**¿LLEVA Ud. LIBROS?**

Adquiéralos en Universo.

VALPARAISO:  
Calle Prat N.º 52

SANTIAGO:  
Agustinas N.º 1250





Tánger.—Calle principal.

gran sensación. Pero la pintora inglesa, revelándonos de pronto su bella alma romántica, protestó... en serio, completamente en serio: Tánger era Africa, y todos los europeos que iban y venían por la ciudad marroquí, no eran capaces de otros milagros que los de levantar algunos edificios y hoteles, vender whisky y ajeno en sus cafés, fomentar en el país guerras civiles intestinas y emprender, en nombre de la civilización, campañas inhumanitarias. Como nosotros sonriésemos, la inglesita nos llamó, con un desdén adorable, hombres prácticos... y rápidamente y con vehemencia encantadora, nos expuso sus argumentos sentimentales: el cielo de Tánger era el cielo de Africa; las mujeres del país seguían cubriéndose la cara y velando las líneas todas de su cuerpo; en la Mezquita, el Dios no había cambiado, y en el Zocco de fuera, bajo un sol de castigo, se veían, entre las vendedoras de haces de hierba y de carbón vegetal, los dromedarios del desierto; y, sin salir del Zocco, cerca de los merenderos de alcanciles, aceitunas y le-

gumbres, algún santón, cubierto de harapos chillones y de amuletos, fascinaba con su voz a una pareja de serpientes... Era Africa, era Africa... Europa no había logrado fundirse, y estaba allí de agregada, de entremetida...

Todos tuvimos una sonrisa amable. Acaso nuestra romántica compañera tuviese razón. Tan arduas cuestiones habían sido propuestas por la voz dulce y emocionada de la inglesita, una noche, en un café árabe preparado para los turistas—café de exposiciones o de parques a la americana—mientras los músicos moros, sentados en el suelo, interpretaban una melopea soñolienta con los violines chirriantes, el pandero robusto y el "rebabo" de dos cuerdas, y en tanto que cada uno de nosotros acercaba a sus labios la taza humeante de té con hierbas aromática. No discurrimos. Al contrario, deseosos de ver Africa, llamamos a un guía a nuestra mesa, y le pedimos media docena de asnos para realizar a la mañana siguiente la excursión al cabo Espartel.

# SUMARIO

|                                                                                                           |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| LA SEÑORA JUANITA QUINDOS DE MON-<br>TALVA, <i>Semblanza, por el Curioso Imper-<br/>tinento</i> . . . . . | 203 |
| SEMANA SANTA . . . . .                                                                                    | 206 |
| ¿QUE HUBIERA USTED QUERIDO SER? . . . . .                                                                 | 211 |
| ¿QUE ES LA ASTROLOGIA?, <i>Leo Forkal</i> . . . . .                                                       | 213 |
| VIAJE RAPIDO POR EUROPA . . . . .                                                                         | 215 |
| ¿CUANTO TIEMPO DURARA EL CARBON<br>MUNDIAL? . . . . .                                                     | 223 |
| SPORT EUROPEO . . . . .                                                                                   | 228 |
| LA CRUZ BLANCA . . . . .                                                                                  | 231 |
| EL MES TEATRAL, <i>K. Marín</i> . . . . .                                                                 | 236 |
| ANECDOTAS DE ESCRITORES, <i>Alberto<br/>Echeverría</i> . . . . .                                          | 239 |
| TACNA, <i>Luis Popelaire</i> . . . . .                                                                    | 243 |
| LA CIENCIA NUEVA, <i>Desval John</i> . . . . .                                                            | 267 |
| CARTA DE PARIS . . . . .                                                                                  | 272 |
| AMOR QUE TRIUNFA, <i>Cuento de Sara Ber-<br/>nhadt</i> . . . . .                                          | 273 |
| SERAFIN ALVAREZ QUINTERO, EN LA<br>REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, <i>Guiller-<br/>mo Muñoz Medina</i> . . . . .  | 284 |
| EL CANAL DE PANAMA, <i>Obaldo Borja</i> . . . . .                                                         | 288 |
| LOS SIETES DURMIENTES, <i>Engenio de Castro</i> . . . . .                                                 | 297 |

## NUESTRA PORTADA

INDOLENCIA, Oleo por G. Seignac, de la galería de don Carlos López Pérez





# La señora Juanita

## Quindos de Montalva

Semblanza, por el Curioso Impertinente

La galería de semblanzas femeninas que número a número ha venido formando el PACIFICO MAGAZINE, no sería completa si no hiciera referencia especial, y con particular agrado, a una dama extranjera que por sus virtudes, su talento, su distinción y su cultura, ha pasado a ocupar en la sociedad de Santiago sitio preferente.

Nos referimos a la señora Juanita Quindos de Montalva, afamada en España y América, literariamente, con el pseudónimo de Ginés de Alcántara, y vinculada por el corazón y por el cerebro a todas nuestras obras femeninas de empuje o de sacrificio; y centro, por fin, su hogar, de medio refinado y cultísimo que encuentra en ella el alfa y el omega de sorprendentes impresiones intelectuales, no reñidas con las actividades de la mujer más mujer y, por lo tanto, más madre.

Nació Juanita Quindos de Montalva en la misma provincia española de Pereda y de

Menéndez y Pelayo; en una ciudad distante un cuarto de hora "de la villa singular, famosa en los anales de la historia y de la fábula, reliquia venerable de la España vieja, lugar de poesía y de ensueño", que dice Ricardo León en la mejor de sus novelas, esa "Casta de Hidalgos", en cuyas páginas posteriores se alude a un castillo señorial, hoy casi en ruinas, una de los antepasados maternos de Ginés de Alcántara. Y si atendemos ahora a la línea paterna, sabremos que el abuelo de Juanita fué Quindos y Madrazo, perteneciente a la ilustre familia que dió a España una serie de artistas gloriosos, no menos de ocho, entre pintores, músicos y literatos, cuyos nombres registran las antologías haciendo en ellos especial hincapié.

Arrastra, pues, Juanita Quindos tal tesoro intelectual propio de su raza, que no es raro que desde pequeña— al sentir de algunas que fueron sus condiscípulas,—deslumbrara a las religiosas del Sagrado



Señora Juanita Quindos de Montalva

Corazón, de quienes fué alumna y de quienes habla siempre con gratitud emocionada. Y acaso soñaron las santas monjitas con cultivar a su amparo una nueva Teresa de Jesús... No quiso Dios que esta señora siguiera al pie de la letra la huella de la Santa; pero la ha permitido, en cambio, ser como ella "alma encendida de amor divino" y poner en práctica en obras terrenas la alma de perfección individual y colectiva que, como a todos los suyos, la anima y la conduce con fuerza apasionada y ciega. Acompañarla, además, todas las condiciones necesarias para el triunfo de sus ideales: talento, voluntad, altura de miras, espíritu de sacrificio, y, sobre todo, incorruptible rectitud en cuanto atañe al cumplimiento del deber. Nacida, como digo, dotada de tales condiciones extraordinarias, las circunstancias se unieron para que reiterados viajes a través de la Europa, maestros eminentes en todos los ramos, situación expectable de país en país, contribuyeran a que su personalidad alcanzara tal desenvolvimiento que pueda estimarse como un fenómeno de la época el caso de una mujer que, como Ginés de Alcántara, ha abarcado en un cuarto de siglo de vida, la cultura y el legado filosófico de todas las edades de la humanidad. Si hay genios entre las mujeres, Juanita Quindos de Montalva lo es. Para honra nuestra está en Chile.

Casada con el distinguido caballero don Aníbal Montalva, y llamada por el azar del corazón a formar su hogar entre nosotros, la llegada de Juanita Quindos al país coincidió con el furor de desenvolvimiento que en todo sentido animó repentinamente y pocos años ha a la mujer chilena. Y a pesar de que ella venía de medios más adelantados, de que su propio bagaje cultural era infinitamente superior al término medio existente, nunca aceptó ser eje de las nacientes instituciones; y sí, siempre, empeñosa colaboradora. Y su paso por toda sociedad ha coincidido con el auge mayor de la misma: el Círculo de Lectura la hizo su secretaria durante la bien recordada presidencia de doña Sofía Eastman de Huneeus; el Club de Señoras la designó entre las socias honorarias; la Sociedad de Beneficencia de Damas Es-

pañolas la debe la realidad de aquel su hermoso proyecto de fundar un hogar infantil, proyecto expuesto por Ginés de Alcántara en folletos emocionantes y convincentes; la fenecida Sociedad Artística Femenina escuchó de ella sabias conferencias admirables, y, por último, la noble "Cruz Blanca" cáusale en el día gratos desvelos. Esto, en relación con nuestras sociedades.

Respecto a sociedades extranjeras, fuera de haber dejado, seguramente, desde niña en las benéficas más de alguna fibra de su corazón, pertenece a numerosos centros intelectuales europeos, y el propio Camilo Flammarion solicitó su adscripción para hacerla miembro del Instituto Astronómico de París.

Su inquietud intelectual, la condición de sus talentos, el don psicológico estupefundo de que es poseedora, la han llevado a tratarse de igual a igual, y sin que ella se dé cuenta cabal de ello, con hombres geniales de la época: Pérez Galdós la contaba entre sus preocupaciones cariñosas de abuelo; Romero de Torres, el pintor, a quien Juanita Quindos dió a conocer entre nosotros, la escribe habitualmente manteniéndola al día sobre el movimiento artístico de Europa; Benavente se ha sentido "lisonjeado de verse así comprendido por una mujer inteligente", como se lo escribió a ella misma a raíz de la conferencia en que Ginés de Alcántara estudió a la mujer en la obra benaventiana. (Es de advertir, y sea ello de paso, que es ella la primera mujer que en público la juzgado al creador de "La Malquerida.") Carmen Sylva, por su parte, deseaba prologarle un libro; Santiago Rusiñol, otro; aquel en que ella recordara impresiones y anécdotas sorprendidas junto a los hombres eminentes; y a muchos de los cuales ha conocido Juanita Quindos con ocasión de solicitar de ellos un autógrafo. Con este motivo o con el de la simple admiración manifestada, ha mantenido Ginés de Alcántara copiosa, interesantísima y verdaderamente documental correspondencia con hombres eminentes de la actualidad, no sólo con aquellos cuyos nombres nos son familiares, sino con algunos harto distantes de nuestra cultura santiaguina, como Croce y Brandés. Así ha ido formando una mara





Ginés de Alcántara en su escritorio

villosa colección de autógrafos, notable, sin duda, en el mundo y a la cual presta valioso carácter la circunstancia de que buena parte de los hombres célebres muertos, también estén representados: Napoleón, Taine, George Sand, Listz, destacándose junto al Kaiser, a Selma Lazerloef, al doctor Doyen, a Ramón y Cajal, a Rodin y a Edison. Piezas hay en el conjunto que son verdaderas joyas dignas de museo, como el admirable retrato de Tolstoy, firmado diez días antes apenas de abandonar el genial filósofo a los suyos y su hogar. Sería inútil indicar otros nombres: baste saber que desde siglos atrás hasta los personajes de la gran guerra, no hay una sola figura universal alta de la cual Ginés de Alcántara no conozca la letra o la firma. Tal hecho, unido a su lógica, la han llevado a aficionarse a la moderna ciencia de la grafología, en la cual, como en todo en cuanto fija su atención, se ha hecho eximia maestra. Es tanto así, que Juanita Quindos ha puesto de moda en nuestra sociedad los autógrafos y la grafología. En una y otros,

la siguen numerosas señoras de fino espíritu, seducidas por el encanto de que a cargo de Ginés de Alcántara se revisten las aficiones caprichosas y modernas. ¿Por qué?... Porque no la conducen snobismos ni poses. Es sincera en sus investigaciones, en sus inquietudes intelectuales, y pone en el descubrimiento de ellas todo cuanto en sí misma existe de buena, de genial y de noble. La irradiación de esa personalidad enaltece cuanto alcanza, y haga literata, haga caridad o desempeñase como mujer y como madre, en todo estará a la altura de su genio y de su raza.

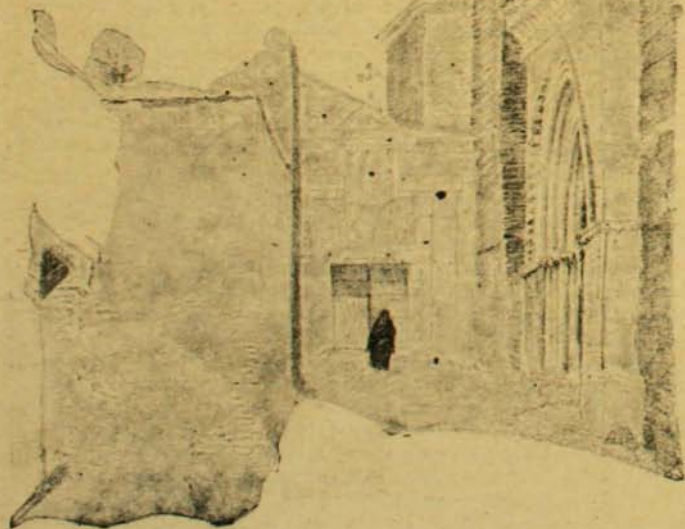
Júzguenla otros como escritora y sitúenla sobre la Pardo Bazán; lleguen hasta ella los agradecidos, sanos ya de sus llagas; y acerquémonos nosotros, los que hemos saboreado el pan y la sal de su mesa y de su espíritu, para rendirla el homenaje que merece como gran dama, honra de una sociedad a que ha llegado extranjera y en la cual debe ya sentirse a gusto, porque ha sabido crear para los demás un ambiente superior: el suyo propio.

# SEMANA SANTA

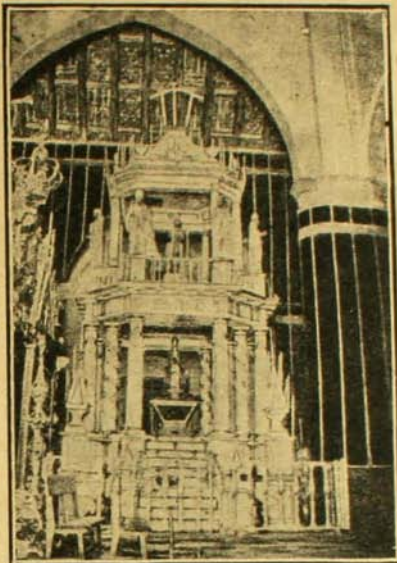
Su celebración en Marchena

Por GABRIELA

Poco a poco se pierde el entusiasmo por esta grandiosa festividad que antes conmovía desde los cimientos a nuestra querida ciudad: la Cuaresma! Desde el Miércoles de Ceniza empezaba la preparación para celebrar dignamente las ceremonias de Semana Santa: ayunos, abstinencias, misas, rosarios, preces, confesiones, continuas eran las obligaciones de la buena cristiana. ¡Cómo ha pasado eso a la historia; cómo se ha sumergido en el vastísimo mundo de lo vivido, de los recuerdos que se miran con desdén! Aún están presentes en nuestra memoria las solemnes ceremonias que se efectuaban en







Monumento en la Iglesia Mayor

nuestro amado Pensionado del Sagrado Corazón... y evocamos con emoción las Estaciones, las Tres Horas a que asistíamos recién salidas del Convento!!... ¡Cómo uníamos al fervor de nuestras preces el legendario "pololeo", en el que éramos recién novicias, y que nos cogía con el loco entusiasmo de los primeros años!...

Caminábamos rápidas, dejando atrás a las mamás o tías; deseábamos llegar luego a la iglesia. ¡Era tanta nuestra devoción! Y, a poco de andar se nos reunía el "pololo", divertido, dulce, encantador era ese coloquio, entre miradas hacia atrás, a fin de ver si se nos acercaban, y miradas hacia la iglesia que deseábamos en esos momentos se alejara, se alejara siempre...

Eran muchas las iglesias que visitábamos, y eran muchos los momentos deliciosos que pasábamos... aquello se esfumó con nuestra juventud y sólo nos queda la grata rememoración de aquel dichoso tiempo, y cuando seamos viejas, ¡quizás!, sólo sepamos la gloriosa fecha que marca el almanaque por los plácidos recuerdos que inundarán nuestra cansada memoria. ¡Cómo se habrá per-

dido para ese entonces la celebración de la Semana Santa!

Cuentan nuestros abuelos, que esta ceremonia era solemne en sus tiempos. El Viernes Santo no se oía ni ruido ni golpe, dicen ellos, con unción, y esta ceremonia ha sido en otros pueblos del mundo algo tradicional que con pompa inusitada han celebrado.

Tenemos a Marchena, pueblo que hoy dormita sobre dos calvas colinas, rodeado de tristes soledades y que fué importante fundación romana, en cuyo término se alzaban poblados bosques y lujosísimas quintas; sus soldados habían combatido con don Marco Marcelo, y de este ilustre caudillo tomó su nombre, Marcia, la que había sido colonia fenicia y abundaba en pánicos recuerdos.

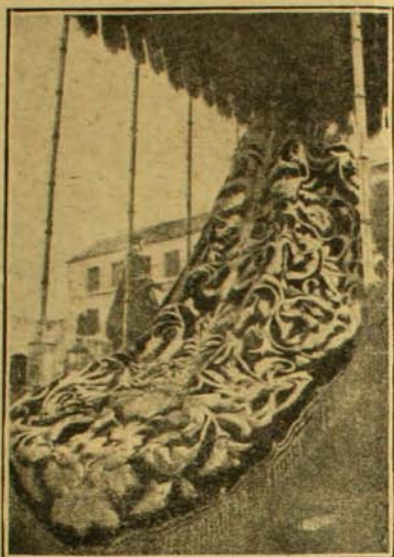
Cuenta la tradición del pueblo, que en la época en que en Marchena había moros o judíos, o lo que fuera, un marchenero, que entonces no se llamaba marchenero, andaba corriendo mundo como soldado y se halló en Jerusalén cuando la muerte de nuestro Redentor. De este modo sostienen los marcheneros que el primer lugar donde se cele-



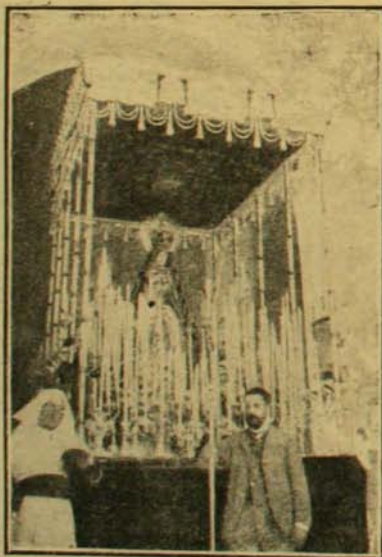
El Cristo de San Pedro

bró la Semana Santa fué ahí, gracias al soldado que relató minuciosamente cuanto había visto. Sólo Sevilla y Roma, cabeza de la cristiandad, aventajan a Marchena en la fastuosa celebración de esta ceremonia.

En seis cofradías se distribuye toda la población masculina, juntamente con las viudas, pues de mujeres, sólo éstas son admitidas en la hermandad, en recuerdo de sus difuntos maridos; y por una módica retribución anual tienen derecho al entierro, amén de disfrutar de las indulgencias concedidas a los cofrades. Cada una de las cofradías, desde el primer domingo de Cuaresma, celebra reuniones en las cuales se preparan los múltiples requilorios para hacer estación en Semana Santa; se bebe aguardiente y los futuros armados ensayan el paso militar al son de los tambores. Los más entusiastas cantan, y todos juntos, cuando la noche cae, se echan a la calle y al pie de las rejas predilectas entonan melancólicas notas, seguidas de singular acompañamiento de estruendoso redoble y de estridentes toques de corneta, y no es raro en el amanecer del lunes encontrar por los por-



Manto de la Virgen de las Lágrimas.



Nuestra Señora de la Esperanza

tales algún "hermano", ronco de tanto cantar y vacilante de tanto beber.

Llega el jueves, y apenas terminan los oficios, mientras se reparan con vigiliat las necesidades del estómago, empieza a percibirse desacordado rumor de cornetas y tambores; es que los "armados", primorosamente vestidos, deseosos de lucir su garbo y sus galas, se lanzan a la calle en correcta formación y recorren todo el pueblo, seguidos de una turba de muchachos, y admirados por sus novias, ante las cuales yerguen la cabeza cubierta de reluciente casco con pintadas plumas, lucen las golas de encaje, prenda de femenil cariño, y afianzan, con las nerviosas manos enguantadas, las lanzas que constituyen su armamento. Son elegantes y marciales estos soldados romanos. Sigue la procesión:

Jueves Santo por la tarde,  
Sale de San Sebastián  
Una Virgen que la llaman  
La Virgen de la Piedad,

Va la Señora detrás de su Hijo, del Niño,





Nuestra Señora de las Lágrimas.

como le dicen, porque es chiquitín, de lengua barba rubia y va descalzito con la Cruz a cuestras.

Cuando aparece, empieza de veras la Semana Santa. Las músicas tocan marcha real; los armados, a paso rápido, van a rodearlo, a prenderlo y el pueblo prorrumpe en saetas, en las cuales, actuando cada cantor de Simeón, profetiza al Niño y a su Madre dolores sin cuento.

Y ya las procesiones no cesan. Aún está la primera en la calle, cuando sale la segunda, y con ella nuevos penitentes, y más entusiasmo y más saetas. Porque uno de los mayores motivos de observación es que las fiestas de Semana Santa ofrecen en Marchena a los amantes de las costumbres perpetuadas por la tradición, lo constituyen las coplas, entre profanas y religiosas, llamadas saetas, que la Musa popular entona como cántico el más adecuado a la patética solemnidad.

Al amanecer, alegre amanecer de primavera andaluza, sale la gran procesión del Señor Crucificado, la que aún conserva ves-

tigios de las antiguas cofradías de "sangre" y ha sabido, como ninguna, guardar rancias tradiciones. Van en ella tres imágenes, la de Jesús, con la cruz a cuestras, hermosa escultura, muy venerada por los marcheneros; la Virgen, con la poética advocación de las Lágrimas y San Juan. Desde su capilla, situada en un extremo del pueblo, tráenlas a la plaza del Ayuntamiento, en la cual se celebra el "Mandato"; hay en él "pregón del Ángel", "pregón de Pilatos" y otras ceremonias muy usuales en toda Andalucía y ya suficientemente escritas en novelas y revistas. La más curiosa de todas estas ceremonias es el paso de la Verónica. Una joven, por lo general hermosa, porque es fama que la que hace de Verónica se casa dentro del año; vestida con un lindo traje de terciopelo morado y toca de áurea gasa, sube cuando el sacerdote lo indica, a lo alto del paso del Señor y le limpia el rostro con blanco lienzo diestramente dispuesto, que después, impresa ya en él la divina faz, presenta a la fervorosa muchedumbre.

Terminado el Mandato, prosigue la procesión. Delante, los hermanos con túnica arrastran penosamente y con medroso ruido, gruesa cadena amarrada al pie derecho y conducen "los pasos", que así se llaman a desdichados lienzos en que un pincel indocito trató de figurar todos los misterios de la vía dolorosa. Sigue la Verónica, detrás de la Virgen, rodeada de brillante cohorte, deslumbradora con el oro del manto y las joyas del vestido y envolviendo esta larga fila un extraño concierto de músicas, pregones de vendedores, etc.

Salmodian lentamente saetas como las siguientes:

Todo el Calvario mostraba  
tristeza, congoja y duelo,  
y dolor,

viendo que en la Cruz espiraba  
aquel que profetizaba Simeón.

Las velas que alumbran a la Virgen se van consumiendo, los hombres que la conducen, rendidos, se niegan a andar más y

hay que encaminarse a la iglesia. Se sube la árida cuesta del castillo de la Mota muy despacio, pues apenas puede pasarse por el estrecho callejón que forman los señoriales muros; cuando entra la Virgen en su templo... ¡pasó la Semana Santa!

El frío de la madrugada empieza a sentirse, los cuerpos necesitan reposo, las puertas de las casas se cierran y tal vez, mer-

ced al silencio nocturno, se oye lejano cantar que invoca de modo por demás poético, el recuerdo de aquella noche que se conmemora en ésta:

Luceros de dos en dos,  
luceros de cuatro en cuatro,  
alumbra al Señor  
la noche del Viernes Santo.



La Verónica.—La muchacha que representa este personaje en la procesión, es siempre escogida entre las más jóvenes y hermosas.



# ¿Qué hubiera usted querido ser?

Esta pregunta personal, íntima, absolutamente confidencial en la mayoría de los casos, ha dejado de ser un secreto en lo que a varias personalidades se refiere, gracias al espíritu investigador de uno de nuestros redactores. Especialmente para PACIFICO MAGAZINE se ha hecho la encuesta publicada ya en dos números de la revista, y en la cual continuaremos refiriéndonos a aquellas personas en cuyas actividades esté fija la atención pública. Las respuestas que hoy insertamos son de sumo interés, ora por la sorpresa que provocarán, ora por la sinceridad con que han sido expuestas.

Respuesta de

**La señora Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna**

—Hubiera querido no ser lo que he sido: una elegida del dolor.

**La señora Inés Echeverría de Larraín (Iris)**

—Evoluciono rápidamente y mis deseos han progresado con los años. A los 5 años deseaba ser como mi Padrino Salas (el sacerdote que me bautizó), más redondo por su gordura que el globo terráqueo, pero que tenía sus estantes llenos de dulces exquisitos.

A los 10 años, quise ser Santa Teresa de Jesús, no por su santidad ni por sus letras, pero sí por su bella ironía que le proporcionó armas para batirse con clérigos tontos, monjas necias y superiores imbéciles. A los 15 años, me habría gustado ser Geor-

ge Sand, menos por sus libros, que para inspirar grandes pasiones y turbar a los hombres, en justa venganza a la humillación y a la esclavitud de mi sexo.

A los 20 años soñaba con ser la compañera de la vida de un alma hermosa y elevada, que estuviese encerrada en un magnífico vaso de humanidad superior y de quien yo fuese el único amo.

A los 25 años, sólo quería que la naturaleza me dispensara del oprobio que la maternidad física infligía a mi ser, con manifiesta vocación a la maternidad espiritual.

A los 35 años, quise formular la "Belleza" con que la Vida asediaba a mi alma, en visiones magníficas.

A los 50 años, deseo ser el alma humana que marque más altas orientaciones, que señale más dilatados rumbos, el cerebro que demuestre mejor la liberación y el vuelo del alma moderna, al romper las ligaduras de los errores y las cadenas de los prejuicios.

A los 80 años, querré haber sido el alma que haya levantado más alto los ideales de esta generación, el espíritu que haya des-

umbrado más tinieblas y el corazón humano que haya perdonado más y que haya dado más esperanzas a los derrotados de la vida.

A los 90 años, pretenderé dar una alta representación de la religión universal en armonía con la ciencia y capaz de convencer a los más obtusos.

A los 100 años, deseare quizá morir en adoración de Dios, que se me reveló siempre en belleza, y en amor de Cristo, que me enseñó a soportar la



Sra. Inés Echeverría de Larraín

necedad humana... pero morir lejos de los curas y de los médicos.

Querré descansar en el seno de la naturaleza, Alma Mater, o a orillas de un lago verde y frente a las cumbres andinas, que encendieron mis ideales y mantuvieron la altura de mis ensueños!

También querré sobre mi tumba una cruz de piedra, con esta inscripción: "Aquí yace la envoltura terrenal de un alma, que aprovechó su encarnación por haber amado la verdad y haberla proclamado sin miedo a la ceguera de sus compatriotas. Tuvo la bella parte, la parte del "Ideal", que como a María del Evangelio, no le será quitada."

Los directores de la Encuesta verán que la ambición no es un don que me haya negado la vida.

El señor Joao Magalhaes Calvet,  
2.º Secretario de la Legación del Brasil



Señor Joao de Avellar Magalhães Calvet,  
secretario de la Legación del Brasil

—Ya que mi Gobierno no puede acreditar diplomáticos en Zapallar, a pesar de la importancia de aquella región, quisiera alcanzar algún día la independencia material suficiente para vivir en aquella playa, avistando las bellezas del Mar Bravo.

La señorita Laura Rodig



Auto-estudio. Laura Rodig.

—Hubiera querido tener una potencia de vida tan grande como la de mi sueño artístico, para ser capaz de entregar éste en la materia, porque "aunque el espíritu está pronto, la carne es débil" y la escultura es arte de fuertes.





# ¿Qué es la astrología?

## SU BASE CIENTIFICA

Por Leo Forkal

Podemos definir la Astrología como el alma de la Astronomía.

Esta forma de expresarnos no es simplemente literaria, sino una aserción científica aceptada y reconocida, tanto en la antigüedad como en nuestros tiempos, por aquellos que, sin prejuicios sectarios o de otra especie, hayan profundizado concienzuda y sinceramente esta ciencia.

Todas las cosas en la naturaleza tienen dos aspectos: el de la Forma o Cuerpo, y el de la Vida o Alma. En el hombre esta dualidad es universalmente reconocida, aun por aquellos que niegan la existencia del alma. La relación que existe, pues, entre cuerpo y alma es la misma que debe regir entre Astronomía y Astrología.

La Astrología jugó un rol muy importante en la antigüedad, particularmente entre los egipcios, caldeos, hindúes y chinos, desde remotos tiempos. En el comienzo de la era cristiana se extendió al Occidente hasta llegar a Roma, donde los sabios que se dedicaban a ella eran llamados Caldeos o Matemáticos; y, a pesar de que siempre fueron perseguidos a muerte, no perdió jamás esta ciencia demasiado terreno. Por el contrario, aumentaba el número de discípulos, ansiosos de conocerla y profundizarla, distinguiéndose entre estos últimos, algunos miembros del clero católico, siendo que su misma iglesia condenaba en público a los adeptos. El cardenal D'Ailly, "el águila de los doctores franceses", muerto en 1420, había calculado el horóscopo de Jesu-

cristo y demostraba que el diluvio pudo haber sido predicho por la Astrología.



La base racional o fundamental sobre que descansa esta ciencia, pueda dividirse en dos principios generales. El primero de ellos es el de la Unidad del Todo. Al efecto, siendo el Universo, como su término lo expresa, una unidad, cada ley que se manifieste en una parte del Universo, debe también operar o manifestarse en el Universo entero. La consecuencia lógica de este principio es que siendo nuestro propio sistema completo en sí mismo, las leyes operarán sobre las porciones de mayor magnitud del sistema entero, como por ejemplo sobre los cuerpos planetarios, e igualmente sobre las partes o partículas más pequeñas de la tierra, sean éstas humanas, animales, vegetales, o minerales; sólidas, líquidas o gaseosas.

El segundo principio lo constituye el estudio de los movimientos y de las posiciones relativas de los planetas, cuyas leyes pueden ser observadas, medidas y determinadas.

Un espíritu inteligente, capaz de comprender el significado metafísico del fenómeno, puede de estos dos principios, deducir y penetrar a fondo toda la ciencia de la Astrología.

Es un error que prevalece aun entre la gente estudiosa y reflexiva, atribuir el interés actual en favor de la Astrología al "renacimiento decadente de una antigua superstición fundada en la tradición acepta-

da". Nada más lejos que esto. La verdad es la misma en todos los tiempos. La ciencia de los antiguos, transmitida por la tradición,—particularmente bajo la forma de mitos,—es de gran valor al estudiante moderno. Y verdaderamente, el astrólogo que concretara sus estudios únicamente a los dos principios enunciados más arriba, sin tomar en cuenta la tradición, se hallaría ante un trabajo colosal de observación, cálculo e inducción. Y ello se comprende fácilmente, pues, si fuera necesario demostrar, a cada instante con procedimientos experimentales, que los atributos de los diferentes planetas, concuerdan con las definiciones de los antiguos sabios,—hecho que los críticos modernos no toman jamás en cuenta,—equivaldría a diferir por largo tiempo, ciertas teorías modernas sobre la materia y la fuerza, teorías que siendo perfectamente comprendidas, no son otra cosa que simples corolarios de las leyes de gravitación y de los principios elementales de mecánica, cuestiones ya viejas, muchos siglos ha.



Habiendo considerado el terreno filosófico, o mejor dicho científico de este estudio, como medio de comprender más exactamente las leyes de la Naturaleza, enunciaremos a la ligera los objetivos de la Astrología en lo que concierne a su aplicación práctica. Habremos de repetir que hemos evitado y lo evitaremos siempre, de tratar esta materia sin prejuicios de ningún género, ni en pro ni en contra, apoyándonos tan solo en la lógica del razonamiento; y si los principios mencionados ya no son o no pueden ser considerados como pruebas, es al menos imposible al casuista más sutil, demostrar su imposibilidad, o de argüir razonablemente su improbabilidad *a priori*.

Los objetivos de la Astrología son, ante todo, ofrecer el medio de estudiar el carác-

ter en general, sobrepasando las ventajas combinadas de los métodos antropológicos ordinarios, llegando a resultados más perfectos y comprensibles. En segundo lugar, su uso divino, que consiste en examinar imparcialmente su propio carácter y los medios para perfeccionarlo. En tercer lugar, el conocimiento de las épocas y lugares apropiados para ciertos trabajos. En cuarto lugar, el procedimiento de darse cuenta del desarrollo de su propio carácter. Y en último lugar,—lo que muchos lo colocan en primer término,—el *del* predecir hasta cierto punto los acontecimientos futuros, que la persona que estudia esta ciencia, puede fácilmente hacerlo con tan notable precisión, que aun a los más incrédulos y escépticos les causa asombro.



La utilidad de esta antigua ciencia, de esta sabiduría sintetizada, como la califican quienes la comprenden, está, por cierto, muy lejos de haber sido bien explicada en estas breves y condensadas líneas; pero son los puntos principales, los principios generales, que harán meditar y fijar la atención de toda persona sincera y reflexiva.

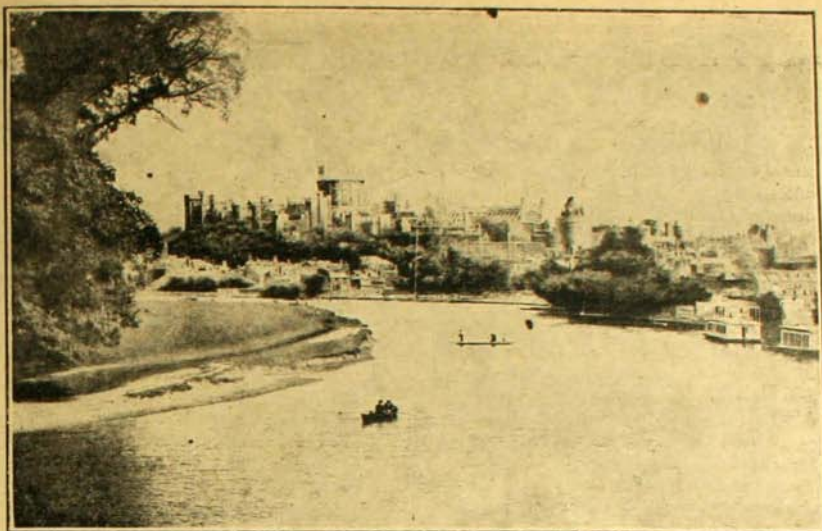
Para terminar, podemos añadir que, siendo la Astrología un estudio de los más profundos, está basado, sin embargo, en simplicidad tal que una persona suficientemente hábil, puede llegar en corto tiempo, no sólo a "sacar un horóscopo"—que no es otra cosa que un simple cálculo—sino también a predecir una vida entera desde el momento de su nacimiento.

LEO FORKAL

*Nota.*—En un próximo artículo trataremos la Astrología bajo otro punto de vista y analizaremos el horóscopo del Presidente de la República Excmo. señor don Arturo Alessandri.







El Castillo Real de Windsor

# Viaje rápido por Europa

(Párrafos de cartas enviadas a Chile, en que se hace referencia, a vuelo de pájaro, a más de diez ciudades, y a través de cuya observación nos parecerá que también viajamos).

## Liverpool.

Hemos llegado a Liverpool después de 43 días de navegación. Estamos en el Exchange Station Hotel, uno de los más antiguos de la ciudad, elegante y confortable. Ya hemos recorrido algo. Liverpool es imponente por sus grandes edificios de piedra, teñidos de negro por el humo y por los muchos años; es feo, lleno de callejuelas y vecinietos, pero sus alrededores son lindos y pintorescos, de vegetación admirable. Los chalecitos salen de entre jardines pobres de flores, pero ricos en arbustos bien tenidos.

La entrada a Liverpool por el río es encantadora, pues a la orilla hay poblaciones preciosas que, como New Brighton, vale la pena visitar. Ya hemos conocido otra peque-

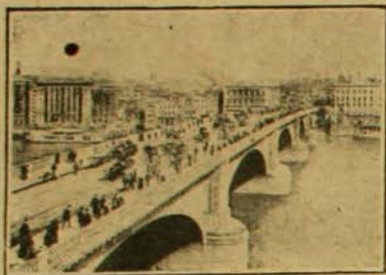
ña ciudad de los alrededores: Southport, lugar de veraneo de los adinerados, cuyo principal hotel, el Principe de Gales, desbordaba de concurrencia lujosa, pero no elegante. Parece, además, que las gentes estuvieran en misa, nadie habla fuerte y todo es estirado. ¡Qué diferencia con Nueva York, donde todo es contagiosa alegría!

Mañana nos iremos a Londres. El viaje dura cinco horas.

## Londres.

Hicimos un viaje muy entretenido. El trayecto es lindísimo y nos tocó en suerte una compañera de viaje que nos lo explicó todo.

En el teatro Alberto oímos tocar a Claudio Arrau. Es admirable, si bien los perío-

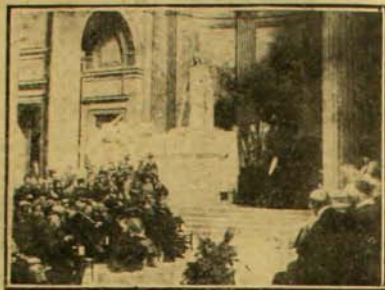


El Puente de Londres. (Londres)

dicos de aquí le han hecho muchas críticas. Lo encuentran mecánico, defecto que, por lo demás, les encuentran aquí a todos los grandes músicos alemanes.

Frente al teatro indicado está el monumento al Príncipe Consorte, erigido por la Reina Victoria y su pueblo. Las postales que hay de él no valen nada: habría que sacarlo en los mil detalles magníficos que posee.

En la parte central de la ciudad no hay tranvías, sino miles de autobuses, cuyas líneas recorren hasta dos horas y media



Una fiesta en el Panteón de París

a través de Londres. Es ésta la ciudad de los Parques, a cual de todos más lindos; a pesar de nuestra vegetación del sur, la de aquí se halla encantadora por la limpieza y verdor de los árboles. Es verdad, también, que llueve a intervalos seguidos.

Extraordinario el Jardín Zoológico. Estudiamos cuatro horas en él y no alcanzamos a admirar la enormidad de departamentos; muy interesante la exhibición Tussaud, galería de personajes, en cera, como los Grévin, en París; colosal el movimiento de ferrocarriles subterráneos; el comercio es pre-



Una vista de Madrid, tomada desde la casa de campo, al fondo el Palacio Real





Avenida del Bosque de Bolonia y el Arco de Triunfo

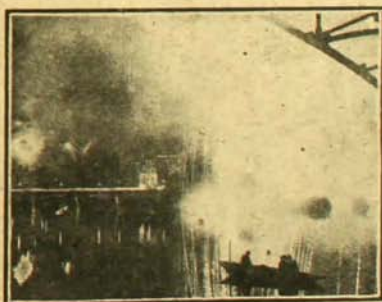
cioso; las joyerías un encanto; cada alhaja con su precio en los grandes ventanales, de modo que la tentación se facilita con la comodidad.

Hemos visitado el Palacio Hampton, el de los famosos gobelinos. Además de la gran galería para la cual fueron hechos expresamente los más admirables, y que tienen 185 años, hay otros preciosos también, doblemente más antiguos. Son tan vivos y brillantes sus colores — en oro, plata y seda, — que parecen recién terminados; sus dimensiones son considerables y representan pasajes de la Biblia. El Palacio fué construido por un

célebre Cardenal que lo obsequió a Enrique IV. Dedicado ahora a Museo, hay en él los más famosos cuadros de Londres, muchos objetos de arte, porcelanas y muebles, pertenecientes a los reyes que vivieron en el Palacio y que se conservan más o menos bien, a pesar de los años. También está aquí la famosa, única parra de Inglaterra, planta que, como sabe, no se aclimata. Tiene 152 años, fué plantada en 1768; se la conserva bajo una galería de vidrios con gruesas cañerías de vapor para darle la temperatura necesaria, y de este modo la parra produce. Su fruto se lo come la familia real.



El barrio de Picadilly en Londres



Fuegos artificiales sobre la isla de San Luis y el Puente Nuevo.



Londres a vuelo de pájaro. mirado desde un aeroplano.

También hemos estado en la Abadía de Westminster, donde, como se sabe, desde hace 17 siglos, han sido enterrados los reyes de Inglaterra (a excepción de los últimos que están en Windsor). Es estupenda la impresión que hacen tanto monumento gran-

dioso a ambos lados de las grandes naves, fuera de los cientos de sepulturas que hay subterráneas y en diferentes puntos. Lllaman, además, sorprendentemente la atención, los dibujos de piedra de los techos, verdaderas filigranas, y el mosaico del piso que es otra maravilla. Aquí en la Abadía está la silla en que se han coronado, sin excepción, todos los reyes ingleses, hasta el actual Jorge V. El asiento es de piedra bruta y tiene su historia, que no he de contar... Está en tal estado esta reliquia, que da repugnancia sentarse en ella.

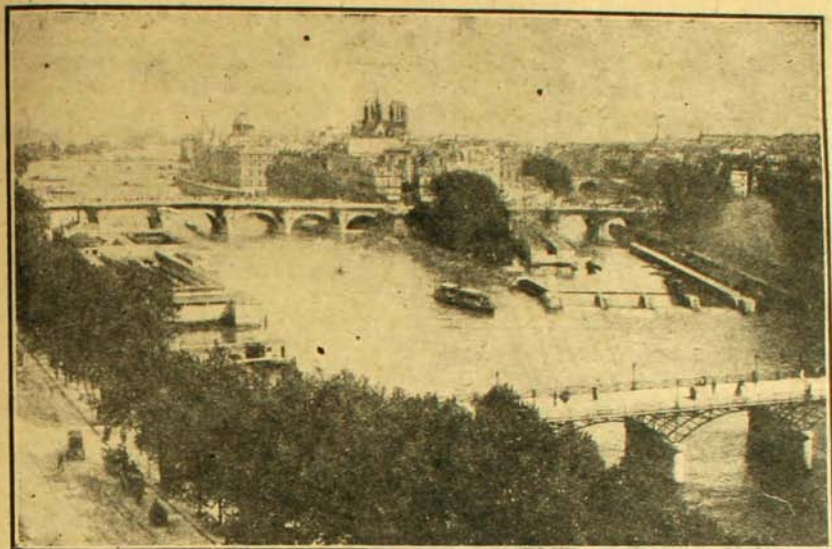
El Parlamento es muy interesante también. El decorado interior es de delicadeza y gusto artístico admirable. Uno de los mejores tallados es el Angel de la Paz, en lo alto de la torre, y que no se ve a simple vista. Pero en una de las esquinas próximas, en plena calle, hay un individuo que arrienda un telescopio para que sea dirigido al Angel bellísimo.

El Palacio de los Reyes es feo, más bien.



La terraza de Monte Carlo





Vista general de París

Severo de construcción, pero no atrayente. Frente a él se alza el magnífico monumento a la Reina Victoria.

Hemos paseado en vaporcito por el Támesis. Ambas riberas están pobladas de chalets encantadores, rodeados de jardines y emergentes de árboles añosos. El río es surcado por toda clase de embarcaciones, y hay, además, un sinnúmero de casitas flotantes cubiertas de flores y pertenecientes a familias ricas que van a ellas en los veranos. En conjunto, dan al río un aspecto originalísimo.

#### París.

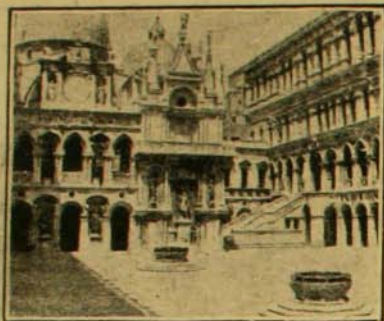
Hace un mes que estamos aquí y hemos visitado sus templos, sus museos, sus palacios y cuanto hay de notable en París. Lo que mayor admiración me ha causado son sus perspectivas: jardines, parques, bosques, boulevares, trazado todo por mano de artista, de modo que es el resultado más hermoso del mundo.

¡Qué emociones la de escuchar misa en Notre Dame, donde se coronó a Napoleón; la

de visitar Versalles y el pequeño y el grande Triánón! En los jardines del Palacio de Luis XIV, tuvimos la fortuna de ver funcionar los famosos juegos de agua, paralizados desde que comenzó la guerra, con propósitos de ahorro, pues cuesta 10 mil franes una hora de funcionamiento. El trayecto París a Versalles no es para describir. Nos detuvimos en Sévres, en la fábrica de porcelanas, y que es lo más pintoresco que es dable imaginar.



El palacio de la Gran Ópera de París



Venecia—Patio del Palacio Ducal.

En el Museo del Louvre pasamos un día íntegro arrobados ante las célebres pinturas y mil objetos estimables. En materia de joyas, me sorprendieron la espada de Carlos X, cuyo mango está encajado de brillantes; la corona de Napoleón, el soberbio collar de perlas de no sé qué Presidenta, un pendentif estupendo de Catalina de Médicis.

Por cierto, visitamos detenidamente también el Museo Grévin; la Opera, de foyers

maravillosos y de escala central indescriptible.

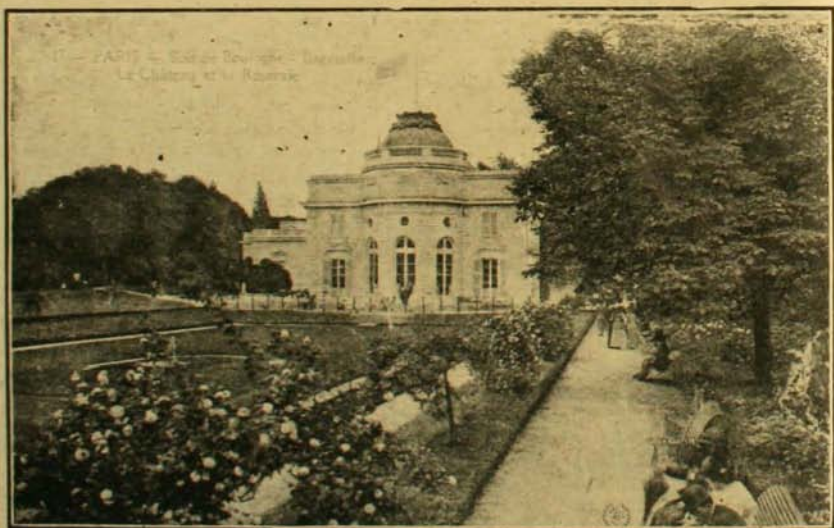
En fin, en París todo es atrayente, y en último caso, es simpático.

#### Madrid.

Madrid es precioso, si bien muy parecido a Santiago. Sus paseos son lindísimos y su edificación moderna, mejor acaso que cuantos hemos visto. Lo hemos recorrido sin descanso y nos tocó presenciar las honras de Eugenia de Montijo, honras reales, suntuosas. La familia real, desgraciadamente, está en Inglaterra, de modo que nos será imposible divisarla.

#### Barcelona.

La hemos conocido íntegra. Muy interesante. Sobre todo sus alrededores que, como las Montañas de Monserrat, son dignas de todo elogio. Se va a ellas en tren; distan tres horas de Barcelona, pero vale la pena hacer la excursión. Ofrece la ciudad, movida vida nocturna, funcionando teatros, casinos y cabarets, durante toda la noche.



El rosal del Bosque de Boulogne



**Cette.**

Es el puertecito más lindo; rodeado de canales y de montañas, ofrece panoramas encantadores.

**Niza.**

Junto con llegar a Niza, hemos ido a Montecarlo. Cuanto se diga es poco, comparado con la hermosura real de ambas ciudades. De lo que hemos visitado, es lo más ideal. El viaje a la orilla del mar, por la nunca bien ponderada Costa Azul, es lo más hermoso del mundo. Entre Niza y Mónaco hay cinco o seis pueblecillos edificados como en la penumbra, enajados de flores vivísimas que hacen contraste con el mar, tan azul.

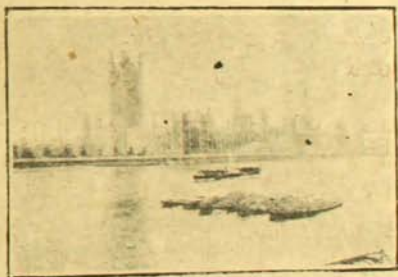
**Génova.**

Aunque Génova es linda, como se sabe que su cementerio va a la cabeza de los cemen-

terios del mundo, ha sido lo primero que hemos visitado. Y, en realidad, ¡cuántos monumentos artísticos hay en sus galerías! El mármol se ha convertido en toda especie de materias y cuesta convencerse de que no son encajes, sedas, alamares, los prodigios que parecen cubrir a personas vivas. Tan estupenda es la impresión de la realidad.

**Venecia.**

Cuanto se ha escrito sobre Venecia es pálido ante la realidad. Y qué originalidad en todo; en sus 160 islas, sus 400 puentes; en la posibilidad de cruzarla íntegra a pie, en el hecho de ser la única gran ciudad en que no puede haber tranvías ni carruajes, y, sobre todo, en la magia de los canales y de las góndolas. Aunque parezca cuento, hemos escuchado serenatas a la luz de la luna tradicional.



El Parlamento (Londres)

# V A R I A S   P R O S A S

## APOLO

Médico de los cuerpos, Apolo se convierte muy pronto en médico de las almas, a las cuales sosiega y reconcilia. Viéndolo todo, como el sol, lo comprende todo y lo excusa todo. Su pupila resplandeciente penetra en los corazones y discierne la intención de la falta. No hay conciencia abrumada a la cual no alivie, no hay impurezas que no lave: la sangre vertida se evapora ante su fuego celeste. En su pontificado de Delfos brinda, aun a los mayores delincuentes, tesoros inagotables de indulgencias plenarias y de expiaciones eficaces. Los homicidas involuntarios o fatalmente empujados al crimen, los que no esperan obtener perdón, los excomulgados por la ley y por la ciudad, ensangrentados, acuden a su templo misericordioso. Se sumergen en las frescas piscinas que alimentan las lípidas aguas de la fontana Castalia, «fumián» con vapores de azufre y de insienso, inmolan un cerdo, el animal inmundo, como para castigar así al impuro demonio que los poseía. Y, una vez cumplidos estos ritos, sus pecados se borran, la inocencia vuelve a sus almas: ante el aliento absolutorio de Dios, ha huido de ellos el espíritu del mal.

PAUL DE SAINT-VICTOR.



## EL CANTO DE LAS ISLAS

A las crecientes olas abriendo va de banda a banda su portal enorme el Estrecho de Gibraltar. Sus dos montones de piedras a la crecida dan paso; de umbral hace las veces la rota cumbre de Calpe.

Con gritos de pavora precipitase la mar, cual si tronase aun en la celeste bóveda la voz de Adonal; y rueda en-

vuelta con peñascos, bosques, sargazo y eieno, en ella cabalgando, cual en sa-  
vaje corcel el torbellino.

Crece, y, famélico monstruo, la rugiente catarata atrae las aguas de Etruria y de Chipre; menguan del Atlántico los lagos, del Egeo los argentados ríos, y derrámase, ánfora rota, el vasto Mediterráneo. A manera de cocodrilo, alargado el Nilo su boca; Esmirna, Efeso y Troya se alejan de Neptuno; con brazo de roca agárrase al Asia el islote de Tiro; y al beso de Sahara presentan las sirtes su desnudo seno. Dilatan los Apeninos su hermosa basamenta de mármol, elevase Provenza para ver surgir sus islas de Oro, y, cual de primiciales retoños un tallo, rodéanse los continentes de ramos de islas en flor.

Así, al apagarse el sol, van en veloz carrera sus rayos cual ríos de oro licuado, hacia Occidente; la claridad, el bullicio, la vida del universo con él declina, y es el firmamento un volcado mar de arboles.

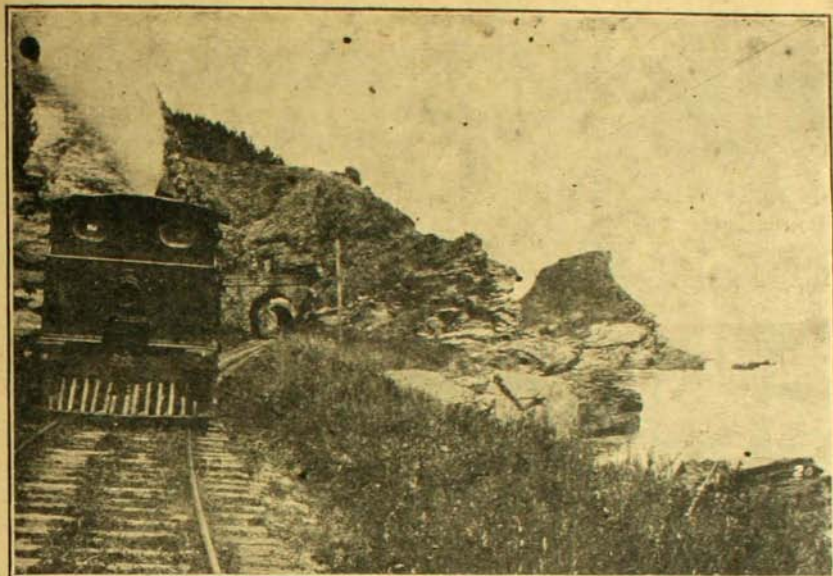
Mas, entre los pliegues de la dorada veste que el día recoge, cual perlas desengarzadas, brillan algunos luminares; chispas que quedaron de la inmensa pira, huellas de astro gigante que llenaba los cielos.

De los dioses madre, ¡oh Grecia! mecida como Venus por las olas, lómbes en aquella lóbrega noche y no percibiste las asordantes armonías con que sumióse la Atlantida; desgarrada, empero, cual manto de raso azul, la mar, que aun en dos de sus pliegues te abraza, y te mostró desnuda al cielo; despertaste y a los trémulos rayos estelares y a los de la luna amiga volviste cariñosa los ojos, soñolientos aun hacia el jardín de las Hespéridas.

Por tus arenales rodaron entonces siete sonoras cántigas cual de garridas sirenas que a lamentar viniesen a tus playas sus amores y sus cuitas.

JACINTO VERDAGUER.





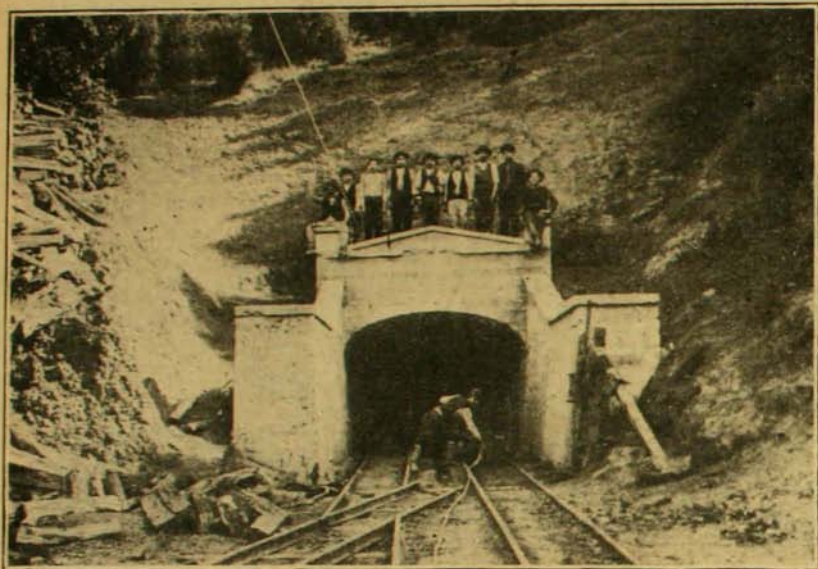
Túnel en el ferrocarril carbonífero de Arauco

## ¿Cuánto tiempo durará el carbón mundial?

El carbón es, como generalmente se sabe, un producto de plantas. Se elaboró hace millones de años, de bosques, que en la era primaria geológica verdeaban y pululaban con monstruosa exuberancia. Para hacerse una idea aproximada de la vegetación antediluviana, que ha sido capaz de suministrar nos arterias de carbón de tres y más metros de espesor, debe recordarse que el bosque más grande que existe en Alemania, por ejemplo, si de súbito cayera y se carbonificara, nos daría una capa de carbón pareja de sólo medio hasta un centímetro entero de espesor. Semejante crecimiento de plantas, sólo puede aclararse admitiendo que ha tenido lugar en un clima tropical húmedo-cálido y con un aire cuyo porcentaje de ácido carbónico era como diez veces mayor que hoy en día.

Además, sabemos que estos bosques de la era primaria, durante formidables catástrofes terrenales, fueron inundados y cubiertos de grandes masas de fango o lodo. Así, inmensa cantidad de árboles, cubiertos completamente, escaparon a la putrefacción por falta absoluta de aire; pero lentamente se carbonificaban. A poco tiempo, en la superficie de lodo ya seca se desarrollaba un bosque nuevo; y los sucesos de crecimiento de una nueva vegetación y su inundación y carbonificación felizmente se han repetido hasta más de una docena de veces en algunos lugares de la superficie terrenal, lugares que hoy son las regiones de minas de hulla.

Podemos admitir ahora que en la era primaria crecían los enormes bosques en el globo entero, desde los polos hasta el ecuador.



Entrada a la mina "Chullita" en Curanilahue.

dor, y doquiera la superficie de la tierra no la constituía el mar abierto. Pero, en la misma medida es seguro, que sólo en partes proporcionalmente pequeñas de la superficie del globo han tenido lugar las inundaciones de fango a las que debemos las existencias de carbón actuales.

Alemania poseía, hasta la paz de Versalles, las tres regiones de hulla, en la Silesia mayor, en el Saar y en la cuenca del Ruhr. En el este se agregan las regiones de carbón de Bélgica y las francesas del norte, y en el oeste las minas rusas en la comarca del Don.

Además, probablemente existiría también una correlación genética entre los yacimientos del norte de Francia y los del sur de Inglaterra. Hoy por hoy, todavía escapa a nuestro conocimiento en qué medida se prolonguen debajo del mar los yacimientos de carbón ingleses, y si en general existen yacimientos debajo de los mares contemporáneos. El que se haya encontrado importantes existencias de hulla en Spitzbergen, apoya la teoría de que el clima tropical se

extendía en la era primaria hasta los polos de la tierra. Como sea, el hecho de que falte en los países alpinos (Suiza, Escandinavia, Italia), confirma la hipótesis de que los sucesos de carbonificación sólo podían efectuarse en donde vastos terrenos del país eran inundados de repente por el mar, y así cubiertos de fango y lodo. Con este modo de ver, comprendemos por qué las grandes llanuras del Asia y de América poseen yacimientos de carbón importantes. Podemos presumir, según esta teoría, que en el Africa también existen yacimientos carboníferos extensos, aunque hasta hoy apenas han sido barrenados. Así, considerando en general, vemos que los tesoros de carbón de la tierra, con no ser infinitos, son de bastante importancia. Queriendo apreciarlos, uno siempre debe volver a insistir en que hoy día ya no acontecen carbonificaciones nuevas.

Por esta razón se comprenderá que los geólogos desde hace tiempo hayan probado tasar el capital de carbón existente y determinar cuánto tiempo alcanzarían más o

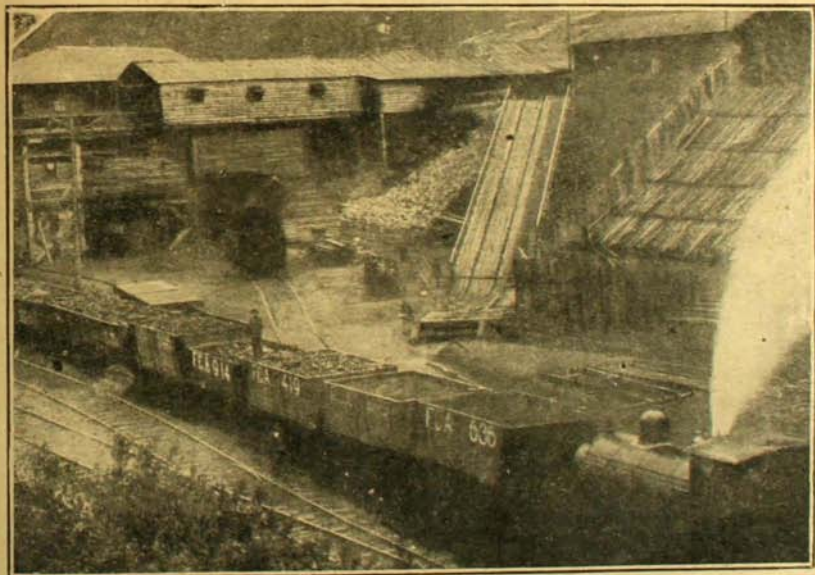


## *¿Cuánto tiempo durará el carbón mundial?*

menos, para la humanidad, estos tesoros de energía. En el último Congreso Internacional de Geólogos en Toronto, se ha apreciado al carbón mundial conocido seguramente en 716 mil millones de toneladas, y la cantidad probablemente existente en 7 billones de toneladas. Para Alemania se han anotado 104 mil millones de toneladas, como seguramente existentes, y 420 mil millones como presumibles; y para Inglaterra, 140 mil millones seguros y 190 mil millones presumibles. Tales apreciaciones no son tan sencillas por una causa doble. Pues, en primer lugar, de fijo sabemos algo sobre la existencia de yacimientos carboníferos sólo hasta ciertas profundidades. En segundo lugar, para hacer estas apreciaciones es de mucha importancia considerar el consumo anual de los tiempos venideros. No conocemos, empero, la ley natural precisa, según la cual se desarrolla este consumo. La opinión de investigadores americanos de que el consumo de carbón cada 25 años llega a ser diez veces mayor, cuadra bien para el pasa-

do de la industria carbonífera americana; pero ya para los próximos cincuenta años resultan de ellos números, casi increíbles, porque, lógicamente para dos veces 25 años habrá una centuplicación del consumo de hoy día. Bajo tales circunstancias, no debemos extrañarnos si las apreciaciones, llevadas a cabo por distintas partes, ni si quiera concuerdan en el orden de magnitud. Para Alemania, por ejemplo, oscilan entre 400 y 1,200 años; para Inglaterra, entre 250 y 1,000 años.

Escogiendo de las diversas apreciaciones que tenemos a mano, el valor por término medio, resulta en todo caso la bastante segura probabilidad de que Alemania, Francia e Inglaterra llegarán al agotamiento de su carbón nacional en el término de 600 años. Pues bien, tenemos el consuelo que a nosotros, personalmente, ya en nada nos atañerá esta historia. Pero el cuadro cambia fundamentalmente tan pronto como miramos este lapso de tiempo desde el punto de vista de la nación entera. Sin el carbón



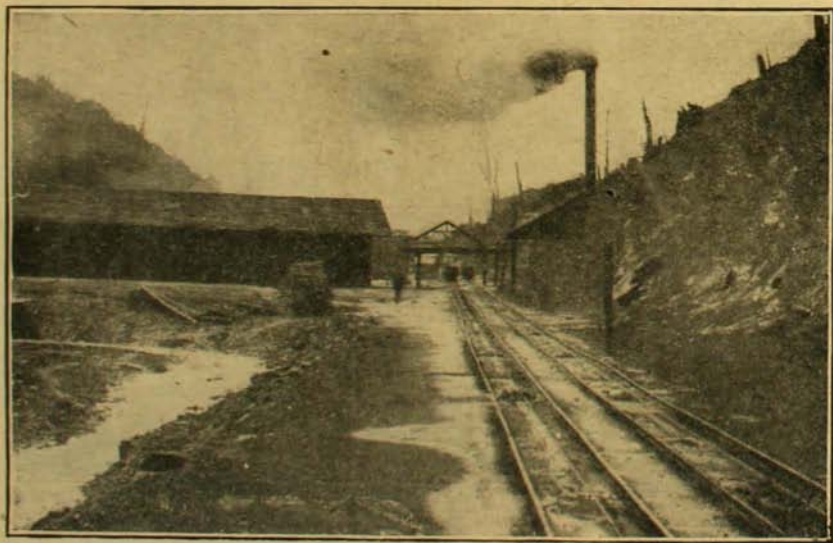
Un tren cargado con carbón en Curanilahue

como manantial de energía, sería imposible, sencillamente, imaginarnos el mundo de los siglos XIX y XX. Pero las estadísticas de las más variadas partes nos dicen al unísono: en 600 y lo más tarde en 1,000 años se habrán agotado estos manantiales de energía, al menos en los países principales industriales de Europa. La primera contestación a esta advertencia suena: "Pues, entonces, con todas nuestras fuerzas procederemos a explotar los grandes yacimientos carboníferos del Asia y del Africa. Estos nos auxiliarán durante los próximos 2,000 años." A esto se puede contestar de dos maneras: primero, en Asia y Africa también vive gente que, al fin de cuentas, no dejará pasar sin más que Europa les explote en favor de sí misma los tesoros de carbón allí existentes. Siguiendo uno con algún interés este pensamiento, podría presentar a su fantasía la historia desde 3,000 a 4,000 años después de Cristo, como llenada de combates gigantescos por la dominación de los yacimientos carboníferos asiáticos y africanos; podría ver espiritualmente cómo la Europa descendería al mismo grado de

insignificancia en que están hoy los antiguos hogares de cultura en el Asia menor; y cómo en el Asia y en Africa florecerán nuevos grandes centros de cultura y potentes Estados. Pero, en segundo lugar, tal desarrollo sólo significaría una prolongación, pero no una resolución del problema.

Sin embargo, durante el curso de los últimos 20 años, hemos penetrado de tal manera en el conocimiento de la energía, que hoy ya sabemos de manantiales de energía enteramente nuevos y millares de veces mayores que el carbón. La energía del carbón es energía molecular. En remotos tiempos, la potencia solar ha roto los átomos de oxígeno que en el ácido carbónico estaban unidos dentro de la molécula ácido-carbónico, y por esto se creó un estado de tensión entre el carbono puro y el oxígeno de la atmósfera, estado de tensión que hoy día aprovechamos en nuestro favor cuando quemamos el carbón. Los átomos separados vuelven a unirse al ácido carbónico y la energía del sol queda libre.

Empero, hemos aprendido, mientras que dentro del átomo mismo hay una cantidad



Una faena en Curanilahue



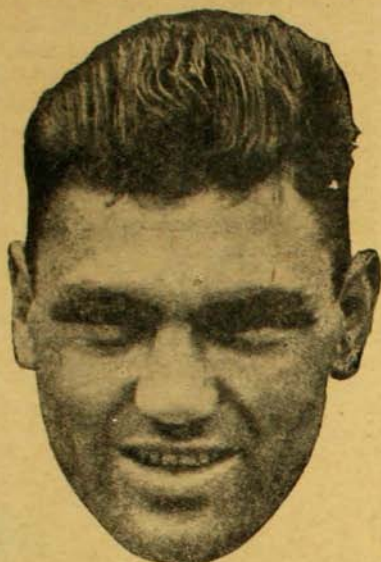
de energía mucho e incomparablemente mayor, y la ciencia ya trabaja tesoneramente para encontrar y desarrollar los medios con los cuales poder romper los átomos y así usar la energía de la construcción atómica en explosión. Si no nos engañamos, estos trabajos alcanzarán en tiempo poco distante un feliz éxito. Puede profetizarse ya hoy en día que muy probablemente ni siquiera se vaciarán los almacenes subte-

rráneos de energía molecular-solar. Mucho más probable es que en el curso de los próximos 100 años lleguemos a prescindir del carbón y pasemos de la utilización de la energía molecular a la utilización de la energía atomística. Tal vez nuestros biznietos, en 100 años dirigirán su mirada retrospectiva hacia nuestras preocupaciones del carbón con todos los males y contiendas sociales, como hacia un estado felizmente pasado y vencido.





Carpentier con su primer vástago la pequeña Jacqueline.



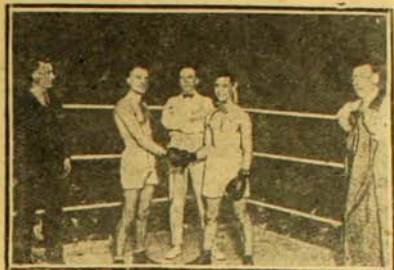
Jack Dempsey, campeón del mundo, que partirá dentro de poco en gira de exhibición por Francia e Inglaterra.



El campeón americano Battling Levinsky y el inglés Bombardier Wells que deberían celebrar un match a veinte rounds y que tuvo que suspenderse debido a una luxación sufrida por Levinsky durante su entrenamiento.



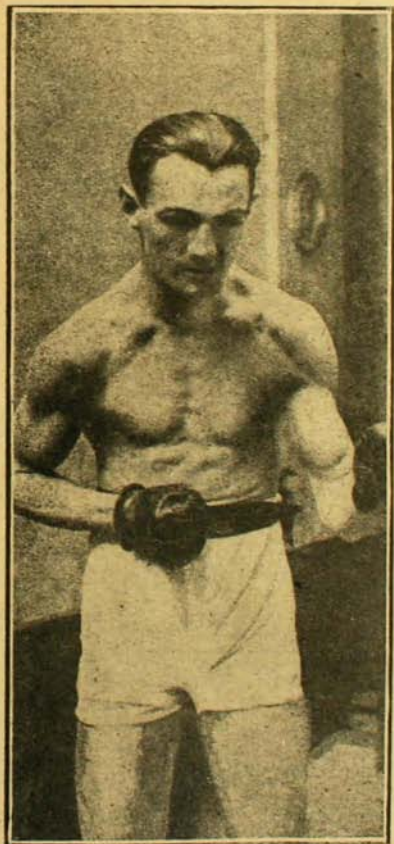




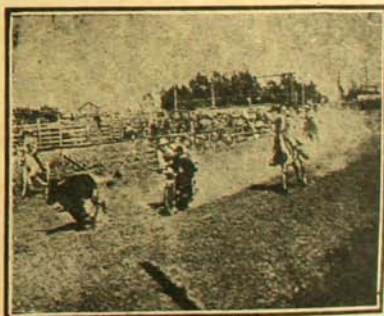
Benny Léonard campeón de peso liviano del mundo, pone K. O al sexto round a Ritchie Mitchell



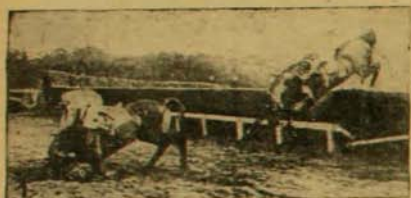
Charles Ledoux, campeón francés de la misma categoría en Europa



Eugène Criqui, campeón francés de peso gallo



Carrera entre un toro, un motociclista y varios cowboys a caballo, efectuada últimamente en Mason-City (Estados Unidos). Estos debían alcanzar al animal, cogerlo por los cuernos, derribarlo y enlazarlo antes que tuviera tiempo de levantarse.



Curiosas instantáneas de caídas en carreras de los hipódromos ingleses



# LA CRUZ BLANCA

Visita a la institución. — Labor en que está empeñada.—Circulares atendibles. — Revista propia.—Impresión de S. E. el Presidente de la República.—Lápida conmemorativa.—Programa de la Asociación.

En uno de esos momentos en que los fracasos temporales le han aproximado a Dios, ¿no se ha sentido tentado usted de visitar "La Cruz Blanca"? Yo sí. Estuve allá, un mes hace, y guardo aún palpitante la emoción que me embargó ante la casona mística y misteriosa que abre su puerta colonial a todo dolor, y que tras sus verjas alimentó al alma desfallecida que ha golpeado en ella, hasta elevarla, dignificarla, y devolverla a la sociedad en condiciones dignas y hasta útiles.

Fui allá, como digo, y conducido por las santas madres que atienden los diversos servicios de la institución, fui recorriendo las salas en que se enseña a las pequeñas, los talleres en que se hace trabajar a las grandes, los dormitorios en que unas y otras descansan confiadamente el alma antes inquieta o atribulada; los comedores, los patios, la huerta, las cocinas, los lavabos, en fin, esa serie de departamentos y dependencias de que tiene que componerse un gran albergue en que se salva de los vicios y de la miseria a cientos de muchachas. ¡Y qué limpieza en todo! ¡Qué sobriedad, qué elegancia

dentro de la pobreza, qué ambiente de recogimiento cuando no de trabajo, y qué encanto, sí, qué encanto en todo!... Y más que en parte alguna, en la capilla nunca desierta, porque las monjas que dan su vida por "La Cruz Blanca" son, a la vez, activas y contemplativas.

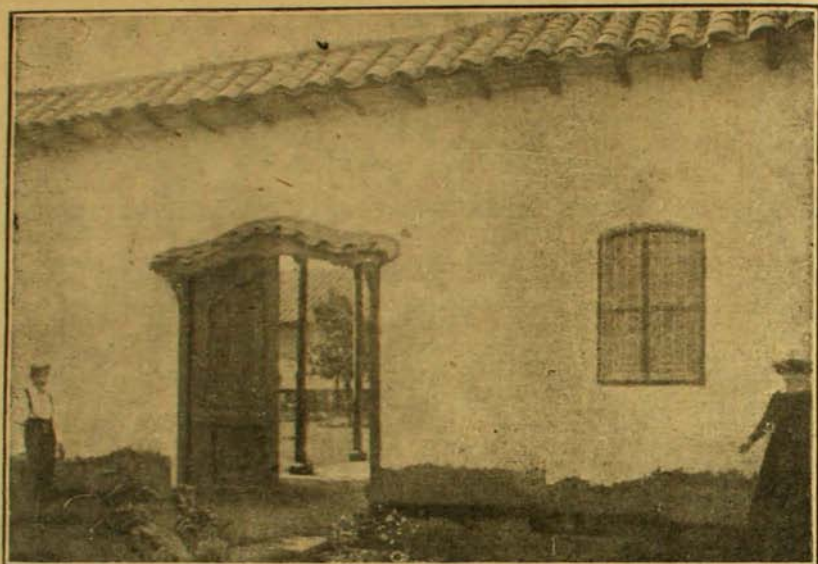
Así, pues, se turnan, en compañía de grupos de asiladas, para adorar al Señor que jamás las olvida y que cuando ya no queda con que seguir subsistiendo, envía a cualquier sér de alma buena o alma sensibilizada aquel día, para que contribuya con su

parcela a que sea posible seguir depurando espíritus desorbitados o cuerpos maltrechos.

Cuando estuve de visita en "La Cruz Blanca" se rogaba por los benefactores de la Casa, por todo aquel que ha contribuido de cerca o de lejos con algo, por aquellos que han escuchado un emocionante pedido expuesto en circulares a los hacendados y a los comerciantes, todos los cuales cuentan por ello con una lámpara encendida permanentemente, puede decirse, ante el Santísimo. ¿No es esto, acaso, más que sobrada recompensa? Cuando ve uno labores como la



Doña Adela Edwards de Salas, presidenta de "La Cruz Blanca"



La puerta del Colegio Reformatorio, abierta siempre a la desgracia.



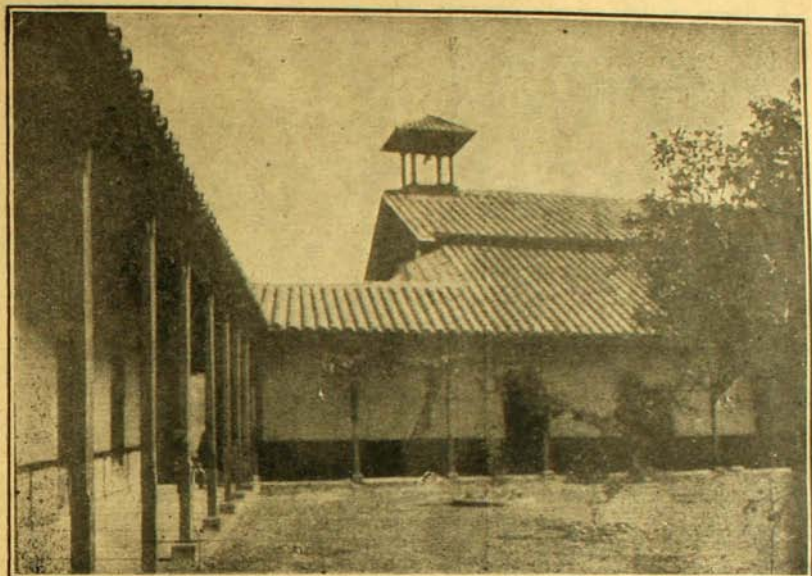
Flores y sol... Calor y perfume... Amor de caridad y aroma de virtud: el lema que realizan las santas religiosas de "La Cruz Blanca", cuya entrada de claustro se ofrece a la vista de quien lee...

que se contribuya a que crezca, a que se expanda, a que se enseñoree de todo, la institución que, como antorcha, irá haciendo luz por donde pase.

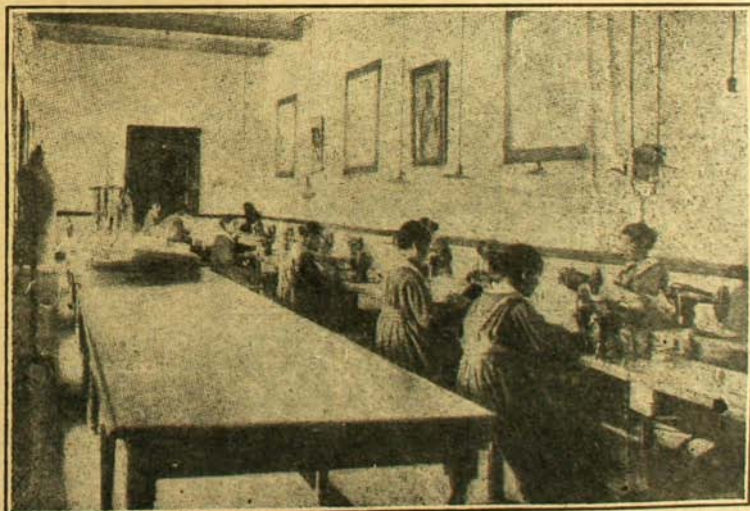
Admirable, en efecto, el caso de esta Asociación. Compónenla numerosos grupos de señoras aristocráticas, de tendencia marcadamente católica, agrupadas junto al lema de: "Redención de la mujer por la mujer." Asociación que, en materia de enseñanzas, no se limitará, por cierto, al Colegio Reformatorio, ya en funciones, sino que abrirá una escuela pública para desinfección, puede decirse, de aquel lejano barrio en que se ha establecido: el barrio de Dolores, que, si continúa floreciendo por ahí "La Cruz Blanca", habrá de cambiar su nombre en lo futuro... Labor harto interesante la de estas señoras, que no escatiman medio de ayudarse a salir avantes, y que no han vacilado en echarse sobre los hombros hasta el peso de una revista propia, revista que no sólo se costea, sino que gana y que aún deleita a quien la lee; señoras que se han atrevido a llamar a hacer caridad por medio de circulares implorativas, que han movido la opinión pública a su fa-



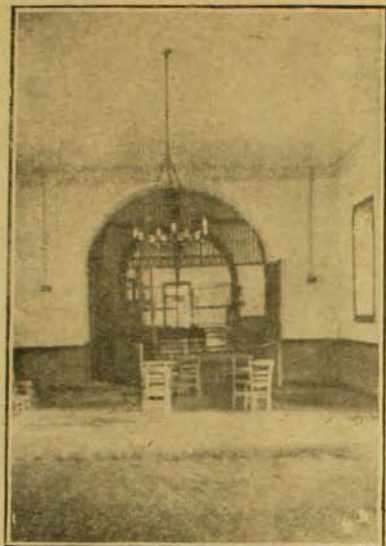
*La Cruz Blanca*



Campanita voladora de "La Cruz Blanca", ¿qué ecos inefables levantarás en el corazón de las arrepentidas!...



Alumnas trabajando en la sala de máquinas cuya magnífica y vallosa instalación fué obsequiada a "La Cruz Blanca" por una piadosa dama de nuestra sociedad que, en su modestia, no ha querido dar a la publicidad su nombre



Una perspectiva simbólica: el Divino crucificado a quien se vuelven las asfaldas de "La Cruz Blanca", crucificadas en la vida por el dolor, por la vergüenza y por el desencanto

Sitio de oración y de recogimiento, presidido por la lámpara que arde silenciosa y ardientemente como un corazón gigantesco

emprendida por "La Cruz Blanca", abnegación como la de su presidenta y de sus socias, olvido absoluto de todo cuanto no signifique sacrificio de parte de las monjitas, cabe pensar: "¿No sabrán las gentes que existe esta casa, que no llegan hasta ella manirroto y alma-abiertos, a dejar tanto dinero como inútil, vanidosa o tontamente se avienta? Es claro que no lo saben. Y entran por eso deseos vehementes de decirlo, de escribirlo, de gritarlo, de proclamar por doquiera que hay una institución nueva, si se quiere, pero rica ya en archivo doloroso,



En la artística soledad de esos claustros de las monjitas de "La Cruz Blanca" donde, seguramente, se pasean los ángeles...

que, entre otras labores, mantiene un Colegio Reformatorio que alberga niñas necesitadas de que se las libre de cualquier influencia nociva o daño moral, institución que refugia criaturas arrepentidas, libertadas del ejercicio de una vida non santa; grupo de señoras empeñadas en obtener hasta la reforma de las leyes en cuanto a la trata de blancas y a la protección de la niñez se refiere; y numerosas personas, en fin, entre monjas, socias, médicos y periodistas que quisieran alzar su voz hasta el cielo, las unas, y hasta el público los otros, para



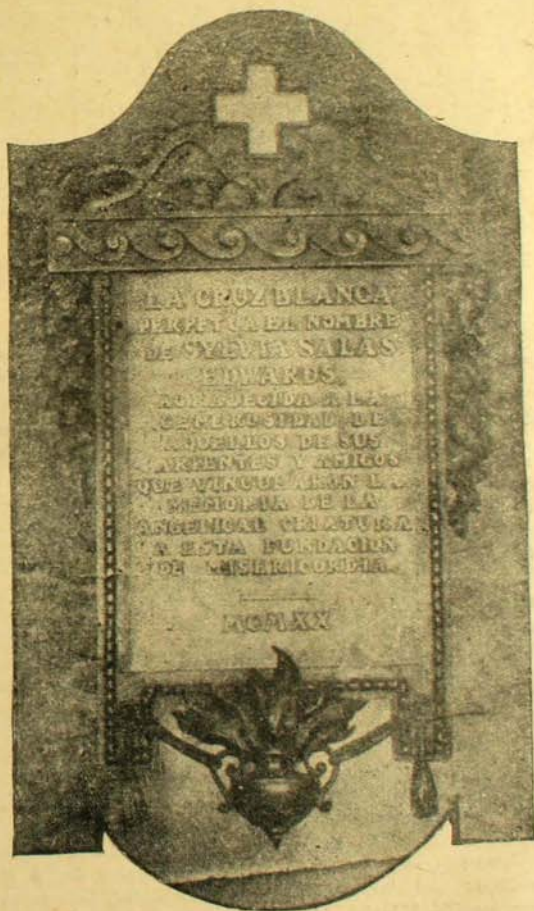
## La Cruz Blanca

vor y que han conseguido enternecer hasta las lágrimas al Excmo. señor Alessandri, cuando, conmovido hasta lo hondo, fué dándose cuenta por sí mismo, mientras recorría el convento y dependencias, de que ahí se le secundaba en su empeño de salvar la raza.

Y bien hacen ellas en no desmayar; saben que la que hoy entra a "La Cruz Blanca", mañana sale reformada de espíritu y apta para ganarse el pan; que quien ayer no dis-

tinguía entre el mal y el bien, ya sólo sabe de lo último; y que quien nunca pensó en lo que son el sacrificio y la grandeza de almas, lo aprendió por imitación o por ejemplo. Justo es, pues, que esas señoras, "conducidas por mano de ángel", — acaso por el ángel a que han consagrado una lápida con memorativa en el interior de la santa casa, — no trepidan en buscar, en hurgar corazones, ablandar piedras y, sobre todo, en confiar: Dios provee.

E. L.



Artística placa de bronce sobre mármol que se ha colocado en el Colegio de "La Cruz Blanca", en memoria de Sylvia Salas Edwards.



Manuel Salvat



Norita Netby, bailarina clásica de gran porvenir.

## EL MES TEATRAL

Salvat-Olona.—El teatro de Linares Rivas.—La Argentinita y Raquel Meller.—Variedades.—La opereta de Helene D'Algy.—Teatro Nacional.—Serrador-Mari.

Por K. MARIN

En el Teatro Santiago hemos tenido desde mediados de marzo a la compañía española Salvat-Olona, haciendo comedias y dramas. Del repertorio se han aplaudido principalmente las obras de Benavente, los Quintero y Linares Rivas, autor este último preferido de nuestro público, por la casi insolente teatralidad de sus obras, como "La garra", "Cristobalón", "Cobardías", "En cuerpo y alma" y "La espuma del champagne", admirables todas por la sutileza del diálogo, por el interés siempre creciente de sus argumentos desarrollados con insuperable maestría y la elegante agilidad de los chis-

tes y de los pensamientos "teatrales". Linares Rivas hasta haciendo sofismas es interesante; pecan sus obras por falta de humanidad a veces y por el exceso de filosofías, baratas de vez en cuando, ya que en algunas de sus comedias más celebradas, filosofan desde el primer actor cómico, que es siempre el que lo arregla todo en el teatro de Linares, hasta el que sale a anunciar que "la señora marquesa aguarda a los señores." Sin embargo, nuestro público, ingenuo y gustador de los efectismos y de la superficialidad, aplaude a rabiar estas obras, que, a la verdad, son encantadoras.



En este conjunto se destaca la primera actriz, señora Concepción Olona, a quien no habíamos todavía olvidado desde sus felices temporadas con Miguel Muñoz. Vehemente temperamento de artista, la Olona hace sus papeles con toda el alma, poniendo tal vez demasiada alma en ellos, y detallando con cierta voluptuosidad los menores gestos y las más triviales palabras; y en este apasionamiento con que se entrega a sus interpretaciones reside su defecto; trabaja a la antigua, como había que hacer hace quince años en el teatro de Echegaray para emocionar a una concurrencia ignominiosamente inculta, subrayando bien las frases, exagerando los gestos y las actitudes, melodramatizando ligeramente. La Raimunda de "La Malquerida" y la Carmen de "Más fuerte que el amor" fueron para Concepción Olona dos indiscutibles aciertos. Salvat, con mucha tabla, es monótono de voz y falta de expresión en el rostro. No convence cuando dice en una obra que está enamorado o que alguien está enamorada de él; como director, ha evidenciado dotes, ya que la mayoría de las obras han sido puestas bien sabidas y repartidas con inteligencia entre los elementos del conjunto; pero en "La ga-



Helene D'Algy.

rra" no podemos perdonarlo. Feílos los decorados, y en cuanto a trajes, se escapan todavía algunas segundas partes, y hasta primeras, de frac y calcetines blancos. Catalá, Nicolás Carreras y Carlos Soto cumplen y sobresalen a veces; sobrio nos pareció Carreras en el Tío Eusebio de "La Malquerida." Cándida García conserva su voz de tiple, de modo que en la comedia dramática no conmueve mucho, aparte de que carece de desenvoltura y da la sensación de que va a equivocarse pronto. Aún cuando la figura no se le ha desmejorado mucho, pensamos que ya no está para ingenuas. Hay otras chicas en la compañía que no lo hacen mal de físico.

—El Comedia que reabrió con La Argentinista, ha combinado este maravilloso espectáculo de Encarnación López, que con tanta insistencia hemos elogiado, con algunos números de variedades, como la danzarina clásica Nella Mazimova, el cow boy tirador al blanco Jack Chism y el duetto Esperanza Diez. A continuación de La Argentinista, viene Raquel Meller, la célebre tonadillera, alabada enormemente por la crítica más seria de París, España y América, creadora de todo su repertorio, muchas de cuyas canciones se han hecho malamente entre nosotros. Raquel Meller tiene una voz



Raquel Meller.

cálida, muy rica en inflexiones y apropiada, por lo tanto, para matizar bien los couplets; gracia y picardía natural, elegancia y sencillez en el decir. El abono cubierto en su totalidad y el entusiasmo que reina entre los amateurs de la tonadilla nos inclinan a presagiar un hermoso mes de couplets en el Comedia.

—En el Unión Central, que tuvo la primera quincena a la compañía de variedades que encabezaba La Maravillita, y en la que figuraban con aplausos la precoz bailarina clásica de diez años Norita Netby, improvisadora de bailes y artista de raro temperamento y decidida vocación para el género; los ciclistas cómicos Billy Cardo y Jack, muy buen número de éxito seguro; el tirador Picardo, un manipulador y el chino Ming, contorsionista; ha vuelto a inaugurar sus grandes temporadas con un espléndido espectáculo del que nuestro público está ávido: la opereta. Al efecto, la Empresa Ansaldo, con plausible acierto, ha traído a la gran compañía de opereta y baile Helene D'Algy, en la que figuran algunos elementos ya conocidos que vinieron con Aída Arce. Se han destacado hasta ahora la primera tiple cómica que encabeza el conjunto, la cantante Blanca Drimmy, la característica Sara Casaravilla y las Consuelos Carreras y Arim; y entre los hombres, Barreta, artista de bis cómica, sobrio y elegante; Salvador, Grant y Ferrini. Las segundas partes no desentonan, y las obras han sido bien presentadas. El repertorio es más o menos el ya conocido, aparte de cuatro o cinco estrenos, como "El último vals", de Straus; "Gri-Gri", "La Princesa de las Cuardas", "El yerno enjaulado" y "Una noche en el Paraíso". El público ha co-

rrespondido a esta buena inspiración de la Empresa, y el Unión Central se ha visto extraordinariamente concurrido.

—Durante el mes se hicieron también, en Semana Santa, los invariables Tenorios y Pasiones, con sus correspondientes anacronismos y con las invariables equivocaciones y furcios que circulan desde que las obras se estrenaron. Bueno sería que el próximo año cuidaran más la presentación de estas obras, porque, como sigan tan mal interpretadas, son capaces de hacernos perder la devoción.

—Dos compañías nacionales se han trabado en feroz combate: Arturo Mario, que protestó por la súbita retirada de Bührlé y la Puelma, y Armando Moock, que contrató a los ases del teatro chileno, Báguena, Bührlé, Lillo y Elena Puelma. Mario ha debutado con éxito en Valparaíso, estrenando en el puerto las obras nacionales que nos diera a conocer el año pasado. Moock se prepara para actuar también en el Novedades y luego vendrá al Santiago o Comedia.

—Al escribir esta crónica, se anuncia el arribo de la compañía española de comedias y dramas Serrador-Mari, que ya ha trabajado otras veces entre nosotros con buen resultado. En esta compañía viene como dama joven Norita Serrador, de feliz figura y hermosa voz, que ha sido unánimemente elogiada por la crítica del norte, la que le augura un brillantísimo porvenir en la escena. Fábregas es el galán de este conjunto, que hará una temporada en Santiago, estrenando algunas obras de interés y reprisando otras que, como El Procurador Hallers, son verdaderas creaciones de Esteban Serrador.





# ANECDOTAS DE ESCRITORES

Por Alberto Echeverría E.

Revisando un montón de papeles revueltos en un cajón atestado de recortes de diarios arrugados, manuscritos borronados y polvorientos, he hallado notas ligeras, tomadas de prisa en nocheniegas conversaciones con Eduardo Zamacois. Son anécdotas de escritores, curiosas y sugerentes, juicios rápidos e intencionados, que como una llamarada alumbran los rincones más tenebrosos de ciertos espíritus, desparramados en la charla sutil y encantadora del novelista atormentador de "El otro."

Joaquín Belda, el autor de la turbadora "Coquito", aparece maravillosamente reflejado en un breve y pícaro recuerdo.

Cenaba en un café madrileño la noche antes de salir para América con la Valois (la protagonista en el cine de "El otro"), cuando entró un hombre alto, corpulento, con trazas de torero y se dirige directamente hacia mí, que no lo conocía. Llevaba un sombrero hongo, negro, brillante, — interrumpe riendo Ricardo León, — es el único que los lleva en España, camisa azul ra-bioso, con ese tono azul de cielo, y un corbatón rojo que parece una puñalada, y la americana amplia, desahogada. Tiene unos bellos ojos verdes que casi se unen saltando por encima de la nariz afilada. Me saluda solemnemente, y después saluda a la Valois, besándola sonoro-ramente la mano, haciendo una profunda reverencia, sin quitar el hongo.

—¡Oh!—exclama Zamacois, bebiendo un sorbo largo de coñac

y dando una chupetada ansiosa al habano,— un hombre que se conoce así no puede interesar.

Sigue hablando de la obra literaria de Belda.

La psicología de sus personajes es extraña, rara, sin realidad. Sus auras son lujuriosas y cómicas.

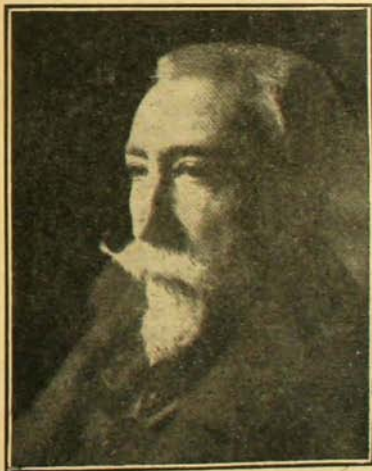
—¡Eso es ridículo! — grita.

Ricardo León es un excelente empleado del Banco de la Nación. Un buen amigo; le quiero de veras. Vive a fuerza de voluntad el pobre; por eso su vida tiene la monótona y desesperante regularidad de las oscilaciones de un péndulo. A la misma hora, en el mismo café, todos los días, toma su tazón de chocolate. Ricardo León ha dicho ya todo cuanto tenía que decir, y lo terrible es que pudo decirlo en menos páginas. Después de sus primeras obras se repite mucho, tiene la apariencia de un espíritu rendido, cansado y que todavía se le ocurre hablar en el lenguaje del siglo XVI.

Su nombre es familiar a los americanos y, naturalmente, tuvo interés que figurara en la film de escritores españoles que he exhibido en América. Se espantó cuando se lo dije.

—¡Qué pensarán de mí! — exclamó, agarrándose la cabeza con las dos manos, con un miedo horrible al ridículo.

No logré convencerlo. Días más tarde, me detuvo en la calle para hablarme, y tomándome de la solapa



Anatole France



Eduardo Zamacois

de la americana me llevó a un lugar apartado del tránsito. Con la voz suave y medrosa de una confidencia, me dijo al oído, al mismo tiempo que miraba a los transeúntes que pasaban distraídos a nuestro lado, para darse cuenta si se le escuchaba:

—¿Sabe, Eduardo? Mañana tendría usted ocasión de tomar una linda fotografía. Voy a volar con un aviador militar en el aeródromo de Madrid. Se va a reunir alguna gente, porque se ha anunciado por la prensa.

—Bueno, Ricardo, le contesté. Pero, ¿qué va a decir el público? ¿Usted, un hombre del siglo XVI volando en aeroplano!

Se puso pálido y todo sofocado se despidió; claro que al otro día no se apareció por el campo de volaciones.

La figura de Sawa la evoca con relieve y vigor claro. Muy alto, erguido, con sus largas barbas blancas, sombrero blando de alas planas, grandes melenas, la gran pipa

siempre humeante, y un perrito blanco lo sigue tirado de una cadena.

Este hombre cubierto de harapos parecía un gran señor.

En unas dos anécdotas deja el recuerdo imborrable de su espíritu.

Una tarde de verano lo encontró Baroja en el paseo de Recoletos, con el francés Cornuty. Cornuty y Sawa fueron hablando, recitando versos y lo llevaron a una taberna. Bebieron ellos unas copas y las pagó Baroja. Sawa le pidió tres pesetas. Baroja no las tenía, y se lo dijo.

—¿Vive usted lejos? — le preguntó Sawa, con aire orgulloso.

—No, bastante cerca.

—Bueno, pues, vaya usted a su casa y tráigame ese dinero.

Se lo exigió con tal fuerza que fué Baroja a su casa y se lo trajo. Salió a la puerta de la taberna, tomó el dinero, y dando vueltas las espaldas le dijo:

—Puede usted marcharse.

En sus días parisienses, angustiosamente pobres, Sawa pidió unos francos prestados a un tabernero, que naturalmente se los negó de mal humor. Sawa, afirmado en el mesón y de espaldas a él, siguió charlando, fingiendo no haber escuchado la negativa. Hablaba en tono declamatorio, solemnemente, haciendo grandes ademanes con sus manos pálidas de marqués.

—Oiga, usted, empezó a decir para espantar al mesonero, cuando era niño Víctor Hugo, me llevó en los brazos y me dió un beso en la frente. Desde ese día yo no he vuelto a lavarme la frente, concluyó con su voz cortada, misteriosamente turbadora.

El mesonero, admirado, se acercó a darle los cinco francos, embriagado por su palabra. Sawa los recogió, y sin mirarlos los echó al bolsillo y volviéndose le dice sentenciosamente:

—Si habías de darme al fin ese dinero de mal humor, ¿por qué no me lo diste al comienzo, amablemente, con una sonrisa!

Recuerda una anécdota de Anatole France. En cierta oportunidad fui enviado por



una revista española con el objeto de entrevistar a las grandes figuras de la literatura francesa. Nada más natural que empezar por France, el más representativo de sus escritores. Le escribí una carta muy amable, manifestándole el agrado que me daría una hora de conversación. Pasaron varios días y no obtuve respuesta.

—Vamos, me dije, no la habrá recibido. Entonces volví a escribirle. Otra espera y nuevo silencio. Por tercera vez le escribo. Pienso en una enfermedad, algún accidente, o bien el deseo de no ser molestado en su vejez. Ha de saber que Anatole France es un viejecito muy simpático, con su pequeña barbita, y muy parecido a nuestro Quijote. Es el hermano menor de don Quijote.

Ante un nuevo silencio, me dirigí entonces a la redacción de "Le Matin", a donde iba con frecuencia Anatole France. Llegué a la redacción y me encontré con Ricard, muy amigo del novelista. Le referí mis tentativas frustradas, y Ricard me dijo que no podía suceder tal cosa.

—Escribale, me dijo.

—¡Pero si ya le he escrito tres cartas y ninguna ha contestado!

—Imposible. Anatole France es muy amable y muy bueno.

Hubo un corto silencio.

De pronto, Ricard me pregunta:

—Vamos a ver, ¿usted le ha escrito por el servicio ordinario?

—Ciertamente; no hay otro medio.

—¡Ah! — exclama, dándose una palmadita en la frente. — ¡No ha leído sus cartas!...

—Anatole nunca lee las cartas que le dirigen por el servicio ordinario. Hay necesidad de escribirle un *petit bleu*, un despacho rápido, automático. Sólo así contesta.

Seguí exactamente las indicaciones de mi amigo Ricard, y a las pocas horas de enviar el despacho recibí la contestación de France diciéndome que podía verlo.

Recibido por el novelista, conversamos largamente y luego le pregunté por qué no había leído mis cartas.

—Ya no leo nada; me dijo. ¿Para qué?... Estoy tan viejo... Me piden postales, retratos; me preguntan sobre mis novelas, y

yo no tengo interés por nada, y ni siquiera reviso la correspondencia. Figúrese si voy a escribir postales, a dedicar retratos, que no los tengo ahora. Esto es un trabajo pesado y yo deseo silencio, tranquilidad.

—Después supe — continúa Zamacois — que los correos que recibía los iba amontonando en un cesto. Cuando se cubría, hacía que su ama de llaves lo sacara. Abría la ventana y ordenaba que prendieran fuego a toda la correspondencia. Así veía esfumarse en espirales de humo tantos deseos, tantas ilusiones, fumando tranquilamente su pipa.

Y recuerda después esta frase adorablemente cínica del maestro de la ironía honrada y arrasadora.

Un amigo le preguntaba cierta vez su opinión sobre las mujeres.

—A la misa, respondió France, debo dos momentos agradables de mi vida. Primero, la noche de bodas; y después... cuando se escapó con mi amigo X. Esta vez Madame France estuvo muy encantadora...

Viene Zola.

Pasa por sus labios temblando ese nombre, evocado en los días tristes que amparó al pobre Dreyfus.

Vibró intensamente París con la publica-



Ricardo León

ción de "J'Accuse", y Paris le escupió en la cara todas sus inmundicias. Zola se agiganta. Vive solo, erguido como un Dios ultrajado, esas horas sombrías y tristes. La voz tímida de algún amigo le dice:

—¿Por qué has defendido a ese malvado?

—¡Oh! — grita Zola, ahgustiosamente. — Yo no puedo dormir; la sombra de Dreyfus está en las noches negras a la cabecera de mi cama.

Y escribió ese libro quemante, como una brasa que tiró por la cabeza a los burgueses estúpidos de Paris.

¡Qué cerebro más poderoso para trabajar el de este hombre! Escribía febrilmente; trazaba el plan de una obra vasta y ya antes de escribir las primeras líneas sabía el número de páginas que debía tener. Era un espíritu severamente matemático, que empapaba de tinta miles de carillas antes de agotarse.

En un cartoncito colgado de la estantería afirmada en la muralla de su sala de trabajo se leía esta inscripción latina:

"Nulle die sine linean". (Ningún día sin una línea).



Pío Baroja



# T A C N A

GEOGRAFIA.— APUNTES HISTORICOS Y  
LITERARIOS.—EL CAMPO DE LA ALIANZA,  
LAS MONTONERAS, EL HEROISMO DE EN-  
RIQUE STANGE. — LA PERDIDA DE TI-  
CACO. — LA BUENA VOLUNTAD CHLENA.

Por —————  
Luis Popelairé

Hace cuarenta años que el problema de Tacna nos preocupa; hace cuarenta años que oímos hablar de Tacna y de lo que ella significa para Chile, y, sin embargo, el conocimiento que se tiene en el centro del país de esa disputada región es bastante defectuoso. Hay quien cree que Tacna está a un paso de Oruro, y que Arica es un pueblo mediterráneo. Un olvido ignaro e injustificable preside nuestras opiniones sobre esta provincia que todos los chilenos debíamos conocer hasta en sus más íntimos detalles geográficos, políticos y comerciales.

¿Qué cosa, qué comarca, qué entidad topográfica, qué campos, qué montañas y qué ríos nos disputa el Perú?

Al desembarcar en Arica, no se puede todavía apreciar el terreno que se pisa. La ciudad es pintoresca, pequeña, con una plaza hermosa, donde la bouganvilia se enreda en los gruesos troncos de los pimientos. Las casas son de construcción especial, sin tejados que libren de las lluvias que se des-

conocen. Hay dos edificios modernos y elegantes: las oficinas del ferrocarril de Arica a La Paz y la Aduana.

El viajero descansa en Arica del árido paisaje de la costa nortina, tan monótono y escueto; plantas y flores recrean la vista.

Pero al salir de la ciudad, sin transición, bruscamente, se nos impone el desierto, el yermo aterrador que se extiende sin interrupción a ambos lados de la línea férrea de Arica a Tacna. ¿Qué guarda en sus entrañas esa pampa implacable?

Hay quien dice haber allí salitre, otros creen en el petróleo o en el carbón. Lo que a todas luces hay, es es terreno que espera agua benéfica.

Es desierto de cincuenta leguas forma parte de la zona poniente de las dos en que la provincia de Tacna se puede dividir. La otra, la zona oriente, queda del lado opuesto de la cordillera central, que divide de sur a norte la región y la constituyen alturas y lomas heladas y sin vida, que van a morir en la frontera boliviana.



El eminente sabio don Francisco de Paula González Vigil.

Los desiertos, que son los valles que se inclinan al mar, son de cuando en cuando interrumpidos por oasis fertilísimos donde el agua da vida a la tierra desierta.

Los valles comprendidos entre esa cordillera y el Pacífico, o sea la parte baja, alberga las chaeras y las haciendas poco numerosas que reúnen el total de 2,500 hectáreas de cultivo que hay en toda la provincia.

Las cercanías de la capital son arboladas y llenas de plantíos. Para. Palca, Pocolay rodean a Taena con su vegetación casi tropical. Aquí y allá se levantan las típicas construcciones de la región techadas caprichosamente, con sencilla trabazón de gruesas cañas revestidas de barro pardusco, reseco por los rayos ardorosos de un sol insolente y luminoso que obstinadamente alumbra la ciudad y las llanuras subsiguientes, limitadas por montañas arenosas. Lejos, en el fondo del amplio cuadro, al oriente de sus huertos, el Tacora se alza airoso y bello, coronada su frente por nieves eternas, indicando al viajero que más allá de su falda, solamente dorada por las luces matinales, se prolongan las lomas elevadas de la Altiplanicie donde trafican perezosas las llamas de ojos magníficos y cuello alargado.

Las lluvias y demás precipitaciones atmosféricas caen en los meses de verano en esas latitudes, y sólo en las alturas superiores a 3,000 metros sobre el mar.

En el lado poniente de la cordillera, la exagerada pendiente del terreno precipita las aguas en avalanchas que lavan y arrastran los flancos de las montañas sin alcanzar casi a impregnarlos y desaparecer, en general, tan pronto como pasa la estación lluviosa; de modo que son muy escasas las aguas que tienen la permanencia necesaria para su utilización agrícola conveniente.

En el lado oriente, por el contrario, la poca pendiente del terreno lo hace impregnarse con las lluvias y las nieves, y vierte sus aguas lentamente durante todo el curso del año, originando riachuelos de carácter permanente que no tienen, por el mal clima, utilización agrícola alguna.

En la faja poniente de la cordillera los contrafuertes de ésta originan una serie de valles y quebradas estrechas transversales, algunos de los cuales empalman al

acercarse a la costa, ensanchándose hacia sus planes hasta formar algunas extensas pampas junto al mar.

Del norte al sur, los principales valles son los siguientes:

1.º El valle del "Sama", que nos separa del Perú, con río permanente, originado en la vasta hoya de Tarata, cultivado íntegramente en sus planes bajos y en sus valles altos, en los que se encuentra el departamento y pueblo de ese nombre y diversos otros caseríos. Este valle comunica con la altiplanicie por portezuelos de cerca de 5,000 metros de altura.

La ciudad de Tarata, — asiento de la capital del departamento de su nombre, y centro y metrópoli de la sierra que ocupa los confines nor-orientales de la provincia y de la región tomada indebidamente por las autoridades peruanas, como formando parte de lo que llaman "Taena Libre", — se encuentra a unas veintiocho leguas de Taena, y a tres mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Los caminos que a ella conducen son abruptos y labrados por las comunidades indígenas, que tienen en el Perú a su cargo las vías de comunicación de sus pueblos y de sus pagos. A largos trechos suelen hallarse algunas aguadas debidas a filtraciones de las lluvias, por cuyo motivo son más o menos abundantes, según la cantidad que cae, de tal suerte que si transcurren varios años sucesivos secos, suelen extinguirse. Los indios aprovechan esas aguadas construyendo junto a ellas sus "pascanas", miserables viviendas en que se proporcionan bebidas a los viajeros y a las recuas de animales que por allí transitan, y el forraje y un ruín alojamiento en las que tienen más comodidad.

Al llegar a la "apacheta" — nombre que los naturales dan a los portezuelos que franquean dos quebradas o cadenas de cerros, — desde cuya cumbre se divisan los distritos de Estique y Tarucache, desaparece la aridez del paisaje. Un montón de piedras colocado sobre un espacio plano, marca la división de los dominios de dos distintas comunidades.

Un canal, trazado y construido por prácticos tarataños, corre por las faldas de los altos cerros que bordean las quebradas vecinas. En el fondo de éstas mezclan sus aguas el estero de Uquipa y el río Estique. Enmarañados y frondosos helechos crecen junto a sus orillas; y en



las pendientes rápidas de los cerros, allí, donde parece que las cabras mismas no pudieran afirmarse y caminar, se divisan indígenas de vistosos trajes entregados a sus faenas agrícolas.

La preparación de los terrenos para los cultivos es curiosa: como no hay en aquel nudo de montes y de cimas, superficies planas, y, como dado lo inclinado del suelo, la acción del agua de regadío sería demasiado fugitiva, construyen los naturales pircas transversales y paralelas, afianzadas en sus extremidades y a todo lo largo con parapetos también de piedras, de modo que, entre una y otra hilera, quede un espacio plano, que rellenan y abonan, y en donde hacen sus sembríos. Estas especies de graderías se denominan **paterías o patas**.

La extensión principal de terrenos agrícolas, es decir, regados, se halla en los contornos del pueblo de Tarata. Las únicas producciones son alfalfa, maíz y papas, todas de excelente calidad.

A poca distancia de la ciudad corre el límite divisorio entre Chile y el Perú. Lo forma la "Quebrada", que es lo que su nombre indica. Por ella derivan los ríos Ticalaco y Chayavire, a inmediaciones del pueblo, cuyas aguas riegan los predios que lo circundan; y, más abajo, los ríos Estique y Taruache, que unidos todos, forman el río Tala,—como lo designan los geógrafos,—o de la Quebrada, como lo denominan los regionales. Con tales denominaciones sigue su curso hasta unirse con el Salado o Chaspaya, y formar juntos el Sama, que desemboca en el Pacífico.

El recorrido por la Quebrada es de doce o trece leguas. En ella se asientan los caseríos llamados Pistala, Chucatamani, Tala, Londoniza y Coropuro, ubicados los dos primeros en la banda chilena, Tala

casi íntegramente también de este lado, y los otros en ambas riberas divisorias.

Si examinamos cualquier mapa escolar, cualquier carta fiscal, veremos la línea fronteriza extendiéndose en un radio de más o menos 28 leguas cuadradas hacia el interior.

El Sama marca la pampa que se interna en la quebrada, cuesta arriba, y antes de llegar al pueblo cercano de Tala, donde la unión del Ticalaco con el Salado le da el nombre y la cuna, sigue el cajón de este último y corre internándose en dirección noreste, hasta las altas mesetas del Maury.

Es la línea legal, lógica y estratégica.

Queda así la continuación de la Quebrada sin esa promiscuidad ridícula de fronteras. Cada pueblo, Tala, Chucatamani, Pistala, tienen un pie en el otro país. Digamos, la casa en Chile y la trastienda en el Perú.

Las cintas blancas de ambos caminos marchan paralelas desde Sama hasta el valle tarateño, dominándose alternativamente en el zigzaggear por la montaña escarpada.

Pero el límite con el Perú no sigue la misma lógica y del Salado no tenemos más que una de sus orillas y el valle de Tarata no está unificado dentro de la serranía que llega hasta Tiacaco. Más adelante veremos el por qué de esta anomalía.

2.º El valle de "Tacna", que es el más extenso y poblado, lo constituía la confluencia de las quebradas secas de Cobani, de Higuerani y de Palca con la del río Caplina; fórmasse así a unos 60 kilómetros del mar un valle plano de 5 kilómetros de ancho que se extiende hacia el poniente en un lago de 30 kilómetros, convirtiéndose allí en una amplia pampa de más de 100,000 hectáreas, que angosta gradualmente hacia el sur y recibe sucesivamente



El patriota don Francisco Antonio de Zevala y Arizaga.

las quebradas secas de Viñani, Cauñania Escritos. Las aguas del Caplina, con que cuenta este valle y que no pasan de 1,000 litros en el estiaje, se consumen íntegramente en Tacna y sus alrededores, quedando hoy día extensos terrenos sin regar. Está separado este valle del anterior por 40 kilómetros de accidentados faldeos que salvan malos caminos. Su hoya superior comunica con las de la altiplanicie por agudos portezuelos que bajan hasta más o menos de 4,300 metros. En las páginas siguientes se encontrará la descripción de la ciudad de Tacna y sus alrededores.

3.º El valle de "Lluta", de larga, pero estrecha hoya, que corre arriba de norte a sur y después de oriente a poniente; lleva aguas permanentes en cantidad de 1 a 2 metros cúbicos por segundo en estiajes ordinarios; tiene cultivos en su afluente superior el Putre y en toda la extensión de sus angostos planes bajos que consumen el total de sus aguas mínimas, malográndose gran parte en la zona pantanosa que se extiende en sus últimos 50 kilómetros junto al mar. Dista 50 kilómetros de Tacna, de la que está separado por la pampa que atraviesa el ferrocarril. Sus orígenes dan a la hoya de la altiplanicie por portezuelos no más altos de 4,200 metros.

4.º El valle de "Azapa", que desemboca frente al puerto de Arica, a unos 10 kilómetros del anterior, respecto del cual diverge gradualmente hacia el interior hasta una distancia de 70 kilómetros de la costa, donde el de Lluta tuerce bruscamente al norte y el de Azapa al sur, continuando éste unos 40 kilómetros más.

Tiene sus orígenes en el cordón occidental de la cordillera de los Andes y reúne en un cuerpo todas las aguas de la falda occidental de esa cadena de cerros. Este hondo cauce corre de noreste a suroeste hasta Humagata, donde tuerce su rumbo corriendo de este a oeste. En este curso empieza a ensanchar notablemente y a formar diversas planicies de suelo de cultivo, las que aumentan en extensión a medida que el valle llega a la costa.

La dotación de agua del valle es muy escasa. Sólo hay vertientes permanentes en el curso inferior y avenidas periódicas

anuales, causadas por las lluvias de verano en la cordillera.

La parte cultivable del valle de Azapa principia propiamente del cerro denominado "Pan de Azúcar", siguiendo el curso de las aguas hacia abajo. Desde este punto, en las épocas de avenidas, se presenta a la vista del viajero una singular perspectiva por la diversidad de los vivos matices en los cultivos de hortalizas y gramíneas diseminadas en una gran extensión, bajo un sol tórrido, cuyos rayos atraviesan casi siempre una atmósfera diáfana y que atempera continuamente el viento suroeste. Igualmente, se contempla un magnífico panorama desde el lugar Buen Retiro, por la dilatada superficie poblada de árboles de olivo, muchos de ellos seculares, en que alternan con plenitud y excesiva lozanía las huertas de naranjos, guayabos, chirimoyos y otros frutos de esa región. Sus llanos superiores, merced a las aguas de que disponen, mantienen los escasos cultivos que permite el clima y demás condiciones topográficas; pero más abajo desaparecen aquéllas, consumidas en la zona arenosa que se extiende por espacio de 20 kilómetros hasta unos 30 kilómetros del mar; de modo que el amplio valle de abajo tiene un cultivo por demás incierto, a pesar de su exuberante fertilidad. Comunica con la hoya de la altiplanicie por portezuelos que bajan hasta 4,400 metros, pero que son muy redondeados en su cima.

El valle a que venimos refiriéndonos, tiene una franca y bien demarcada exposición de este a oeste; se extiende entre dos cadenas de cerros elevados, median-do de una a otra falda de mil quinientos a tres mil quinientos metros en su parte más ancha. El desnivel del terreno es suave, de uno a cinco por mil excepcionalmente, lo que permite establecer un servicio de riego muy fácil para toda clase de cultivo.

La formación de la superficie dedicada a las labores la constituye una superposición de estratos diferenciando del cascajo a la arena, a la arcilla y al humus; este último frecuentemente rico de materias orgánicas en descomposición. Esto es en la limitada zona recorrida.

La configuración general de la quebra-



da y respectiva planicie, manifiesta que en tiempos muy remotos la corriente impetuosa y violenta de las aguas que descendieron de las altas cumbres y ventisqueros de la cordillera, después de un formidable trabajo de erosión, como puede verse, para citar un punto, entre Ausipar y Livilear, formaron más abajo lo denominado deltas torrenciales, quedando por este hecho en aguas de mucho menor velocidad los depósitos sedimentarios en el orden aproximativo ya mencionado. Este enorme e incommensurable transporte de materiales es el que ha dado origen a las fértiles y extensas pampas de Azapa, que en no lejano futuro se tiene la certeza de que serán transformadas en otros tantos campos de actividad.

Arica está situado en el extremo sur de la bahía de su nombre, la cual se extiende desde la "Punta de Sama", por el norte, hasta la "Punta de La Capilla", por el sur. Su situación geográfica es 18° 29' de latitud sur y 70° 20' de longitud O.

La bahía de Arica, a cuya extremidad sur se levanta cual histórico guardián el famoso Morro, principia al nivel de las calderas del "Watheree" por el norte (1) y termina por el sur en la "Punta Paloma"; tales son los límites oficiales. Pero el verdadero surgidero es mucho más reducido, encerrándose en un polígono o circuito, que llega por el sur a la línea del fondeadero del cable, siendo el espacio, verdaderamente cómodo para las naves, de media milla cuadrada con una profundidad de 15 metros, más o menos.

La isla del Alaerán, que tiene una superficie de 49,369 metros cuadrados, queda a 456 metros de la costa, pero no abriga el fondeadero, porque las olas reinantes vienen del suroeste, o del oeste, y la profundidad del mar, cerca de la isla y entre ella y el continente, es muy pequeña.

(1) El 13 de agosto de 1868, como se verá más adelante, ocurrió en Arica un cataclismo formidable. Un terremoto, que empezó a las 5 P. M. y duró cerca de 15 minutos, dió en tierra con casi todos los edificios de la ciudad y produjo una salida de mar que arrasó todas las casas que quedaban en ruinas por el terremoto, en una extensión de más de tres cuadras de la ribera.

Cuatro naves que estaban fondeadas arrancaron sus anclas y fueron a vararse en la playa a diversas distancias. El "Watheree", nave de guerra norteamericana, quedó entre San José y Chacalluta y como a tres cuadras del mar.



El coronel don Alejandro Deústua.

Las olas quiebran muchas veces entre la isla y los muelles; y al sur y oeste de la isla hay rompientes casi continuas.

En el invierno el mar llega a agitarse de tal manera que suele interrumpir el tráfico.

En la época colonial, las principales riquezas de Arica, puerto por donde salían los productos de los grandes centros mineros de Potosí y de Oruro, consistían en alfalfa, maíz, ají, papas, vinos y aceitunas.

Actualmente las fuentes de riquezas son considerables: entre éstas, el bórax y el azufre y hay grandes perspectivas basadas en la explotación de toda suerte de minerales; y por el lado agrícola en la certidumbre de encontrar pozos artesianos, que transformarían la fisonomía general del departamento. Además, Arica sirve con su ferrocarril a La Paz, gran parte del comercio boliviano.

Un doble plano inclinado de oriente a poniente, y de sur a norte, con gran desnivel, sirve de base a la ciudad.

El suelo de Arica está constituido por terreno moderno de aluvión, parte arenoso, parte de greda y guijarros, variando en esta forma a medida que se aproxima al antiguo cauce del río Azapa. Estas capas descansan sobre estratas de formación secundaria.

Los cerros que rodean la llanura, y que limitan las quebradas que en ella

desembocan, son de origen volcánico y se levantan sin interrupciones hasta la altiplanicie o coraniera accidental.

En el interior de los valles se levantan los pueblos de Tarma, Beien, Socorrón y General Lagos, etc.

Las aguas subterráneas que fluyen al mar, y que proveen a los pozos de que se surte la población, provienen de las infiltraciones del río Azapa, cuyas aguas no llegan al mar sino en épocas de creces. Estas aguas se encuentran a diversas profundidades, y a veces rozan la superficie, siguiendo las ondulaciones de la capa impermeable en que descansan.

Es así como en las proximidades del mar, se encuentra el agua a un metro, y menos de la superficie, y en otras surge espontáneamente, dando lugar a lodazales y charcos de gran significación higiénica y sanitaria.

Una faja de terreno de 100 a 200 metros de ancho por tres kilómetros de extensión, dos de los cuales están dentro de los linderos urbanos de la ciudad, limita la parte baja de ésta con el mar. Ese terreno denominado "Las Cachimbas", que se cultiva todo el año con abundantes y variadas hortalizas, tiene el agua casi en la superficie y brota en ella en algunas partes.

Aquella región es muy malsana, poblada de mosquitos y zancudos que llevan su acción nociva a toda la ciudad (1).

5.º El valle de "Vitor", de aguas intermitentes, con escaso cultivo en su parte superior y nulos en la inferior, que es por lo demás muy reducida. Dista 30 kilómetros de Azapa y está comunicado con la altiplanicie por un portezuelo de 4,470 metros.

6.º El valle de "Camarones", muy estrecho, deriva su principal importancia de las botaderas de Chileaya, que quedan en su curso superior. Comunica con la altiplanicie por portezuelos próximos a 4,500 metros de altura.

He aquí la somera descripción geográfica de nuestra provincia nortina.

\*\*\*

Nada de concreto puede decirse de la fundación de la ciudad de Tacna. Su his-

(1) Datos tomados de la obra del Dr. Conrado Ríos "Arica".

toria se pierde en el caos de las crónicas deficientes de la época incaica; pero, a juzgar por ciertos vestigios de diversos ordenes, como ser, costumbres, objetos domésticos, huacas y momias; por los caminos empedrados que cruzan algunos puntos de la pampa y de los cerros, por la forma y distribución de las tierras en pequeñas porciones, denominadas *allus*; por el sistema de regadío y la existencia de caciques; puede asegurarse que su antigüedad se remonta a los siglos once o doce; quizás el valle de Tacna correspondió a una de las diversas tribus independientes que poblaban el Perú antes que Manco-Capac y Mama Oello, saliesen de la isla del Titicaca para la fundación de su imperio.

En el año 1280, más o menos, Tacna fué sometida al imperio peruano por Jahuar Huacac, quien, gracias a un ejército de veinte mil hombres que confió a su hermano Maita, pudo extender sus conquistas hasta el desierto de Atacama.

El Inca Garcilaso de la Vega, en sus "Comentarios Reales", cita a Diego de Almagro como hospedado en Tacna, a su regreso del sur, el año 1537, y añade que allí quedaron algunos de los españoles que acompañaban al adelantado en su expedición.

Duñe Pizarro del vasto imperio de Atahualpa, dió en 1540 la provincia de Arica, en encomienda a Lucas Martínez Vegaso, comprendiendo el litoral hasta Ilo, y a Pedro Pizarro y a Hernando de Torres les adjudicó un repartimiento que abrazaba las poblaciones de Tacana (Tacna), Codpa y la Quiaca.

El virrey don García Hurtado de Mendoza, en 1590, para poner orden y arreglo en los diferentes negocios de Hacienda y establecer un rol de la composición y venta de tierras y propiedades, eligió personas de probidad y versación, para que fuesen a las provincias a desempeñar honradamente ese encargo. En tal carácter funcionó en Tacna el maestre de campo don Alonso García de Ramón, que cumplió debidamente su cometido.

En 1596 don Antonio Maguín publicó una geografía descriptiva, bastante amplia, del Nuevo Mundo, y, entre otras, inserta una carta de América que abraza toda la costa peruana. Frente a Arica sitúa tres islas que hoy no existen.



El Marqués de Montes-Claros (don Juan de Mendoza y Luna) en 1608, hizo pagar a los indios de la Mita de Huancavelica los gastos de su viaje de ida y vuelta a sus pueblos, y preparó un contrato con don Diego de Aree, a quien llamaban el "almirante", para que condujera el azoque en mulas desde Arica a Oruro, evitándose así el costo que originaba el llevarlos en llamas. Por ese tiempo llegaron a contarse en Arica como cinco mil mulas para toda clase de tráfico.

La Real Hacienda tenía entonces entradas por los siguientes capítulos: por el 5% del oro y la plata, por los tributos, la alcabala, el almojarifazgo y la avería de mar, por ventas y renunciaciones de oficios, por el azoque, el estanco de naipes, por el señoreaje, las penas de Cámara, la Cruzada y los novenos.

El Papa Paulo V, en bula de 29 de octubre del año 1609, creó el obispado de Arequipa, que se compuso de siete corregimientos. El de la ciudad del mismo nombre; el de Arica con Tarapacá hasta el valle del Loa; y los de Collaguas, Ubinas y Moquegua, Víctor y Liguas; Condesuyos de Arequipa y de Camaná hasta Acarí; en todo había cincuenta y ocho doctrinas, dieciocho de ellas de religiosos. El obispo Otárola Bravo de Laguna y Dávila, visitó en 1717 su diócesis como obispo de Arequipa, haciendo muchos bienes y reformas en Tacna y Arica. Extinguidos los Corregimientos en 1784, Tacna pasó a formar parte de la intendencia de Arequipa, siendo nombrado primer intendente don José Menéndez Encalada.

Don Pedro de Ureta, natural de Arica, escritor galano y distinguido, que ha dejado una minuciosa descripción del Partido de Arica, invitó a los Agentes de la Compañía de los Cinco Gremios de Ma-

drid, que estaban situados en Arequipa, para que pasasen a establecerse en Tacna; les hizo diferentes reflexiones para demostrarles que éste era el punto a propósito para el giro de las mercaderías que debían abastecer todo el Alto Perú; estimulándoles también para que tomasen a su cargo la empresa de dar agua a Tacna, ofreciéndoles un plan seguro y sencillo para verificarlo. Por ese tiempo, los metales de Huantajaya daban una renta anual de 80,000 marcos.

El rey de España, en atención a los servicios prestados por el capitán de fragata don Bartolomé María Rodríguez de Salamanca, le destinó al gobierno e intendencia de Arequipa, comandancia general de armas de la costa desde Arica hasta Atacama. Tomó posesión de su nuevo mando en 1796, y a causa de la guerra con la Gran Bretaña, organizó diez regimientos de milicias, visitó todo el litoral, construyó un fuerte en Arica e hizo fundir en Tacna cuatro cañones de grueso calibre, que sirvieron para defender ese puerto en varias ocasiones. Cuando la revolución de La Paz

(Alto Perú), el intendente Salamanca envió desde Tacna a la frontera en septiembre y octubre de 1809 las tropas siguientes: Dragones de Tacna, Batallón Arequipa, un escuadrón del mismo nombre y Dragones de Majes (1).

En ese tiempo ya había en Tacna escuelas vigiladas y bien rentadas. Don Juan Domingo Zamácola, cura de la doctrina de Caima, acompañó, como secretario al obispo don Pedro José Chávez de la Rosa, en su visita a las provincias de



El doctor tacneño don Jorge Ignacio de Castro, el poliglota de su tiempo.

(1) Datos suministrados, por don Pedro Quinc Castañón.



El protector de la Confederación Perú-Boliviana, mariscal don Andrés Santa Cruz

Tarapacá, Tacna y Moquegua, y escribió una noticia de la explosión del volcán Tutupaca, en Candarave, en 1790, el cual estuvo humeando hasta que estalló por segunda vez en 1801, oyéndose el ruido de la erupción a una gran distancia y alcanzando las cenizas hasta cien leguas del teatro de la catástrofe.

Tacna ha sufrido terribles convulsiones terráneas, aparte de las cenizas que oscurecieron el azul de su cielo, a causa de esta convulsión, se recuerdan los terremotos de 1680 del 22 de agosto de 1715, del 13 de Mayo de 1784 del 18 de Septiembre de 1833, del 13 de Agosto de 1868 y del 9 de Mayo de 1877.

El del año 33 fué aterrador. Un minuto y medio, duró la oscilación; el templo fué destruido, la ciudad quedó convertida en escombros y hubo un gran número de muertos, heridos y contusos.

El 13 de agosto de 1868 á 4 h. 30 pm. m. una terrible sacudida que duró cerca de un minuto, infundió el pavor en los tacneños las ondulaciones se sucedieron por intervalos más ó menos regulares; y a las siete de la noche se vió en el norte de la ciudad un bólido que aumentó el pánico. Los templos, los edificios públicos y particulares quedaron unos arruinados, otros fueron casi destruidos; pocos fueron los excentos de daños y maltratos. Todos los moradores, abandonando sus casas e intereses, salieron despavoridos a buscar refugio en las plazas y campos vecinos.

Las familias, bajo chozas o toldos, ocupaban las calles de la ciudad para sustraerse de aquel cataclismo. Los temblores se repitieron durante varios días. No funcionaron los tribunales de justicia, ni los establecimientos de instrucción; el desabrigo, miasmas y los escombros, trajeron como consecuencia, la fiebre amarilla que se hizo mortífera y causó la desaparición de cinco mil personas. Las dificultades para conseguir médicos, remedios y buena asistencia, aumentaron el número de víctimas, agravándose la situación con la falta absoluta de víveres.

\*\*\*

En Tacna se dió el primer grito de independencia que resonó en el Perú. Su héroe y mantenedor fué don Francisco Antonio de Zela y Arrizaga, que el 20 de junio de 1811 declaró segregadas del dominio de España aquellas comarcas. Hasta hace poco, una placa de mármol recordaba aquella hazaña en un sitio público de Tacna.

Más tarde, al saberse la victoria del general Belgrado en Salta y la capitulación del general Tristán, Enrique Pallardelli, que se hallaba confinado en Tacna, hizo repetir el grito de independencia dando por Zela en 1811, y ayudado por el vecindario, armó gente, pidió la ayuda de Moquegua y marchó sobre Arequipa. El intendente Moscoso, mandatario de la región mandó fuerzas a las órdenes del coronel García Santiago, que encontraron a Pallardelli a 100 kilómetros de Tacna, en Camiara, y después de un reñido combate en el cual el patriota tremolaba la bandera argentina, los tacneños fueron derrotados, dejando varios muertos y quince prisioneros en poder de los realistas. Cuando García Santiago ocupó Tacna, sólo encontró mujeres.

Desde ese momento se agravó en todo sentido la situación de los hijos de ese departamento. Por eso cuando la expedición del general La Serna, su comitiva y el batallón "Gerona", que había venido de Panamá, no pudieron pasar de Arica por falta de recursos. El 7 de septiembre de 1816, el jefe español ordenó que se levantara en Tacna un empréstito forzoso de 20.000 pesos, para cuya reunión se admitieron hasta las alhajas de uso pri-



vado de varias señoras. La Serna, mandado por el rey, iba a hacerse cargo del ejército del Alto Perú. El pueblo y las autoridades de Tacna volvieron a prestar su apoyo en 1821 al denodado Miller, que desembarcó en Sama. En vano el general en jefe del ejército del Alto Perú, don Juan Ramírez, dispuso que salieran de Puno y Oruro fuerzas combinadas de los batallones "Centro" y "Gerona", a las órdenes del entonces coronel La Hera; ~~...~~, secundado por Tacna y Moquegua, salió a su encuentro y lo derrotó en Mirave, el 22 de mayo de 1821, hecho de armas que el general San Martín premió con un ascenso.

El 18 de enero de 1823, el Congreso Constituyente, atendiendo al patriotismo que manifestó Tacna en favor de la independencia, desde el momento que en la tierra del sur se levantó el estandarte de la libertad, y tomando en cuenta que fué el primer pueblo en el Perú que dió el grito sagrado de 1811, se le otorgó el título de Villa, y se autorizó a la Suprema Junta Gubernativa para que le expidiese el despacho correspondiente.

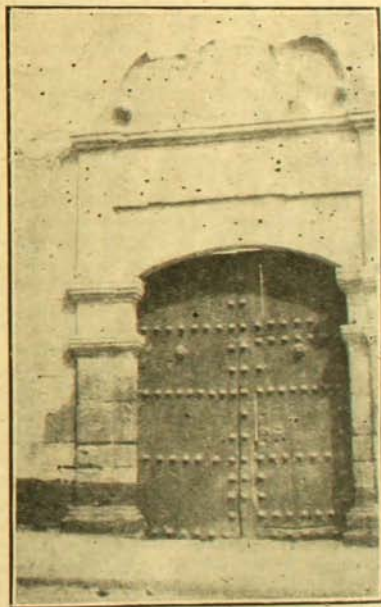
Declarada la independencia peruana y extinguidos los últimos restos de la dominación española, Tacna siguió la suerte de todo el país que antes fuera el antiguo virreynato. En su seno repercutieron unas y desarrollaron otras, de las muchísimas revoluciones que ensangrentaron al Perú independiente.

Cuando Orbegoso recobra su puesto de Presidente del Perú mediante la protección de Santa Cruz, antes de que se formara el estado sudperuano Tacna y Arica, expresan ante el mundo su deseo y propósito de segregarse del Perú y anexarse a Bolivia. He aquí el curioso e interesante documento en que se deja constancia de tal acontecimiento:

"En la heroica ciudad de Tacna, capital de la provincia de Arica, a catorce días del mes de marzo de 1836, se reunió en Cabildo público la Honorable Municipalidad, convocada por el honorable señor alcalde de primera nominación don José Santiago Basadre, a pedimento que el día de ayer se reunió una numerosa parte del vecindario, y al efecto se citó al señor coronel subprefecto de la provincia, que presidió el acto al que asistieron: el expresado señor alcalde prime-

ro, el señor alcalde segundo doctor don José Vicente Benavides, los señores regidores don José Manuel Salas, doctor don José Mazuebos, don Valentín Isurza, don Buenaventura Llaguno, don Manuel de Barrios y Síndico Procurador General, don Domingo Barrios. El señor juez de primera instancia doctor don Marcelino Barrios, el señor Cura y Vicario doctor don Manuel Zenteno, el Administrador de la Aduana de Arica, don Miguel González Vigil, el Diputado de Comercio don José María Pividal, el de Minería don Melchor Urquidí y la mayor parte del vecindario. En seguida el señor Síndico Procurador General presentó una exposición, que decía ser voluntad de la provincia; y discutida que fué detalladamente, acordó la junta se expresase la voluntad general de esta provincia, en acta, en los siguientes artículos:

Primero.—Que se declare separada de su capital de Lima, por cuanto ella ha



Casa en que tuvo lugar el Congreso que estableció el pacto de creación de la Confederación Perú-Boliviana.

sido el foco de las conspiraciones, donde estallaron las revoluciones que una en pos de otra hemos sufrido; que no se han recibido auxilios algunos en las urgentes necesidades a que se ha visto reducida esta provincia por los espantosos terremotos del 31 y 32; que el comercio, unico sosten de la provincia, ha sido reducido, casi anulado, por el ningun interes de aquel Gobierno en hacerlo prosperar en este ramo, y porque la experiencia no ha hecho conocer, que nunca se elevaria del estado de abatimiento y miseria en que se halla mientras dependa de aquella capital.

Segundo.—Que tampoco quiere depender como provincia de la capital del departamento de Arequipa, porque ese Gobierno ha mirado con indiferencia la suerte de estos pueblos, que dejo en la miseria en los dichos memorables terremotos, y que sólo se acordó para pedirnos auxilios para el Hospital de San Juan de Dios, en circunstancias de hallarnos todavía cubiertos del polvo de nuestras ruinas, que no ha tenido ese Gobierno mas consideraciones en esta provincia, que para exigirle contribuciones de dinero, gente y caballos; que por no haber prestado los auxilios convenientes, fué tomado el importante puerto de Arica y el vecindario abandonado a merced de los facciosos, que por más de tres meses sufrimos hostilidades, por habernos dejado sin recursos, para nuestra defensa; y que éstos y muchos otros males que nos ocasiona la dependencia de aquel Gobierno, no habríamos librado si esta provincia hubiera disfrutado la residencia y cuidados de un prefecto que con la extensión de sus facultades habria procurado la seguridad de este punto, y hecho prosperar estos lugares; si la inmensa cantidad de tesoros que se ha llevado a Arequipa, se hubieran consagrado en parte al alivio de nuestras necesidades; por todo esto, quiere erigirse en un nuevo departamento en unión de las provincias de Moquegua y Tarapacá.

Tercero.—Que la voluntad de esta provincia se someta a la inmediata protección del Excmo. señor Presidente de Bolivia, Jefe Supremo del Ejército Unido, y le implora con la seguridad que le da el decreto fechado en Puno, a quince de julio último.

Cuarto.—Que, a consecuencia del artículo anterior, se reconocen los diputados cerca de Su Excelencia el Jefe Superior, para obtener su aprobación y sostenimiento, y acordar sobre el arregio, prosperidad, adelantamiento y respetabilidad del nuevo departamento, costeandole su transporte de ida y vuelta por los fondos municipales.

Quinto.—Que luego, inmediatamente, se remitan expresos a la ciudad de Arica y demás pueblos de la provincia, con la copia autorizada de esta acta, para que cercorados de que se han realizado sus deseos, contesten con la suya.

Sexto.—Que esta acta en testimonio y demás que vengan de los pueblos, se remitan a la soberana Asamblea de Sucre, por conducto de los dos diputados dichos, para que tenga presente en sus deliberaciones, la sincera, libre y ultima voluntad de ésta provincia, a quienes tambien se les autoriza para que en ella la sostengan y hagan, en caso necesario, las protestas necesarias y convenientes. Con lo que concluyeron este acto y lo firmaron. — José Justo Arias, subprefecto. — José Santiago Basadre, alcaide primero. — José Manuel Salas, regidor primero. — Manuel Mazuelos, regidor segundo. — Valentín Isurza, regidor tercero. — Manuel Barrios, regidor sexto. — Domingo Barrios, Sindico Procurador General. — José Antonio Arias, secretario. — Siguen las firmas. — Es copia de su original, la que certifico. — Tacna, marzo catorce de mil ochocientos treinta y seis.— José Antonio Arias."

Como se ve, el criterio de los tacneños de aquella época era distinto del de hoy, a pesar de que las mismas muestras de abandono de parte de Lima tuvieron durante todo el tiempo anterior a la dominación chilena.

Pero sigamos. Cuando aparece ya ostensiblemente en la escena sudamericana la opereteca figura de Santa Cruz, ocupa Tacna un lugar preponderante en el estado Sud-Perú, y allí tiene lugar el Congreso de la Confederación Perú-Boliviana, el 10 de mayo de 1837. Aquella asamblea que anheló realizar los propósitos monárquicos del mariscal, la compusieron el obispo de Trujillo don Tomás Diéguez de Florencia, el doctor don Manuel Tellería,



jurisconsulto eminente y maestro de la Corte Suprema de Justicia de Lima, y el coronel don Francisco Quiroz, como plenipotenciario del Estado Nor-Peruano; el Ilustrísimo señor arzobispo de La Plata doctor don José María Mendizábal; el señor Ministro de la Excelentísima Corte Superior de Justicia, doctor don Pedro Buitrago, y el coronel de Ejército don Miguel María de Aguirre, como representantes de la República de Bolivia; el Ilustrísimo señor obispo de Arequipa, doctor don José Sebastián de Goyeneche y Barreda; el coronel de ejército, don Juan José Larrea, prefecto del Cuzco, y el señor doctor don Pedro José Flores, juez de derecho de la ciudad de Ayacucho, como personeros del Estado Sud-Peruano, los cuales, después de haber canjeado sus respectivos plenos poderes dictaron los cuarenta y cinco artículos que formaron el pacto y ley fundamental de la Confederación, extendiéndose los ejemplares necesarios suscritos por los Ministros Plenipotenciarios de las tres Repúblicas contratantes y representadas por los secretarios de sus legaciones.

Este pacto, estudiado por nuestro historiador don Gonzalo Bulnes, en su obra "Campana del Perú en 1838", ponía en manos del protector Santa Cruz la suma y ejercicio de todos los poderes públicos, pasando, por consiguiente, el jefe de esta combinación política a ser un monarca absoluto, lo que despertó, con justicia, los recelos de Chile y de su talentoso ministro don Diego Portales, y trajo las expediciones de Blanco y Bulnes, que destruyeron para siempre aquella amenaza monárquica en la América española.

El 16 de abril de ese año el orgulloso Santa Cruz visitaba la ciudad de Taena para presidir y encauzar las deliberaciones del Congreso. He aquí como describe esa visita el "Eco del Protectorado", primer periódico que se editó en Taena, bajo la dirección del célebre literato español don José Joaquín de Mora:

"El 16 del corriente (abril) tuvo este vecindario leal y entusiasta la inexplicable satisfacción de ver entrar en sus muros al Supremo Protector del Estado. La explosión de su alegría y los preparativos de ornamento hechos para la recepción de Su Excelencia, excedieron a los que se hicieron en meses pasados, cuando impre-

vistamente pasó y se detuvo en esta ciudad, en su tránsito de Arica a La Paz. Desde el valle de Achía hasta palacio, no se veían más que arcos de triunfo, banderas nacionales, numerosos grupos de gente y esa animación bulliciosa y festiva, inseparable de las grandes reuniones, cuando las agitan sentimientos nobles y benévulos. Todo el bello sexo de Taena, tan distinguido por sus prendas amables, como por su adhesión a la persona de S. E., cubría las ventanas y balcones de la carrena. S. E. continúa entre nosotros trabajando incesantemente en bien de los pueblos. Entre tanto, los señores plenipotenciarios de los tres Estados de la Confederación han abierto sus sesiones el 18 del presente, y aseguran estar probablemente sin interrupción hasta consumar la grande obra que les está encargada, que vimeula las esperanzas de los pueblos, y cuyo único anuncio ha bastado para darle la ventura y seguridad de que gozan."

Al escribir esto el articulista, seguramente no recordaba la afrenta que significaba para la nacionalidad peruana el alejoso asesinato del general Salaverry. El Protector Santa Cruz, autorizado por la Asamblea de Sicuani, creó el departamento litoral de Taena, en 25 de abril de 1837, compuesto de las provincias de Taena, Arica y Tarapacá, en atención a que la gran distancia a que se hallaban estas regiones de Arequipa, era uno de los obstáculos que se oponían a su desarrollo, siendo su primer prefecto el general taeneño don Domingo Infantas.

En el año 1855 se creó el departamento de Moquegua en la forma siguiente: la provincia de Arica quedó compuesta del distrito del mismo nombre, y los de Codpa, Belén y Socoroma; su capital fué la ciudad de Arica, residencia del subprefecto.

De los demás distritos de Taena, Tarata, Candarave, Ilabaya, Locumba y Sama, se formó la provincia del Cercado, cuya capital fué la ciudad de Taena, en donde residía el prefecto del departamento de Moquegua. Posteriormente, creada la provincia litoral de Moquegua por ley del año 1875, se incluyó en ella el departamento de Taena, que tiene por límites: al norte, la provincia litoral de Moquegua, sirviendo de confín el río de Sento y un

ramal de la cordillera; al sur, el departamento de Tarapacá, por medio de la quebrada de Camarones; al este, la República de Bolivia; y al oeste, el océano Pacífico.



Tacna ha tenido también su representación en la historia literaria e intelectual del Perú. Podemos citar entre otros escritores al doctor don Isidoro de Herrera, cura de San Pedro de Buenavista, del arzobispado de Chanca, a cuyo concilio asistió el año 1774, como consultor; al doctor don José Ignacio de Castro, cura y rector del real colegio de San Bernardo del Cuzco, que sabía a perfección los siete idiomas extranjeros conocidos en su tiempo; a Pérez Tudela, Unaue, Peralta y Ureta, Sánchez Segovia, Fernando de Córdova, José Gómez, Arce, Dávalos y otros varios.

Hijo preclaro de Tacna es también el doctor don Nicolás Aranivar Fernández de Cornejo. Nació el diez de septiembre de 1767, y poseyó el mayorazgo de su casa. Fueron sus padres el coronel de ejército don José de Aranivar y doña Cipriana Fernández Cornejo y Rendón. Estudió en el colegio de San Carlos de Lima en que luego sirvió de maestro;

se graduó de doctor y recibió de abogado en 1814, adquiriendo mucho crédito por sus profundos conocimientos jurídicos. Animado por el obispo Chávez de la Rosa, se opuso a las canonjías doctoral y magistral del coro de Arequipa. Esta ciudad le confirió en 1812 el cargo de diputado a las Cortes, que no quiso aceptar. Desempeñó los de alcalde, asesor y fiscal de aquella intendencia; y en 1814 y 1820 fué uno de los jueces de la diputación provincial, conforme a la Constitución española, representando a Arequipa en la capital de Lima. Sirvió la judicatura de Alzadas del Tribunal del Consulado, desde dicho año 20. En marzo de 1821 el virrey don José de La Serna lo propuso al rey y lo nombró interinamente auditor general de guerra del virreinato, en lugar del fiscal de la audiencia del Cuzco, don Bartolomé de Bedoya, que dejó de desempeñar ese destino. El doctor Aranivar falleció el 10 de julio de 1851, hallándose de presidente de la Suprema Corte del Perú, después de una larga carrera de magistrado en que brillaron su rectitud y probidad. Había presidido el Congreso de 1823 y ocupado los puestos de senador, consejero de Estado y Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Pero el tacneño más ilustre es, sin duda, el que fué llamado el Heresiarca de América, el rival de Laménais, el doctor don Francisco de Paula González Vigil. Nació en Tacna el 15 de septiembre de 1792. El excepcional talento del niño impulsó a los padres a dedicarlo a la carrera eclesiástica, única que se consideraba adecuada para los intelectuales de la época. Vigil ordenóse de sacerdote en su pueblo natal a los veintiséis años de edad. Pero las tranquilas y rutinarias tareas eclesiásticas no se avenían con el espíritu innovador del nuevo religioso. Las convulsiones políticas originadas por la guerra de la independencia entusiasmaron al patriota y al hombre progresista que había bajo los hábitos, y Vigil se lanzó de lleno a la revolución, siendo un colaborador ardiente y eficaz del patriota Zela. En 1825 fué elegido diputado y se fué a Lima. Allí tuvo ocasión de imponerse del caos político, social y religioso que reinaba en todas las esferas de la actividad peruana. Se opuso, desde luego, con ese criterio liberal, amplio y constante que presidió todos sus



General don Manuel Buínes.





Salida de fuerzas chilenas destinadas a combatir las montoneras de Tacna.

actos y doctrinas, a la dictadura de Bolívar, quien tuvo por él gran estimación, a pesar de sus ataques y las maneras diametralmente opuestas que ambos tenían sobre la forma de gobierno adecuado a los países recién librados del yugo español: Bolívar era monárquico, Vigil republicano.

En 1830 fué nombrado rector del colegio de la Independencia en Lima; y en 1834 lo encontramos redactando el "Genio del Rimac", uno de los primeros periódicos peruanos que predicó y sustentó las ideas liberales y reformistas de Vigil.

En 1836 es nombrado por primera vez director de la Biblioteca Nacional de Lima, puesto que desempeñó después hasta su muerte.

Los trastornos que trajeron las locuras de Santa Cruz encontraron a nuestro clérigo siempre firme en sus ideas y fiel a sus opiniones. En 1838, siendo nuevamente diputado, entabló una célebre acusación contra el gobierno de Gamarra.

Desengañado de la política y de la falta de iniciativa de sus colegas y amigos que ni siquiera se percataban de su obra, Vigil se recluye por diez años en su pueblo natal de Taena, y allí en la tranquilidad, el silencio y el olvido, escribe las mejores y más célebres de sus obras. Desde luego, prosigue su trabajo en la gran obra ya comenzada "Defensa de los derechos de los Gobiernos y de los Obispos del poder invasor del Papado."

Esta obra, donde se encuentran argumentos admirables para defender el derecho de patronato y datos preciosos sobre los abusos de la autoridad pontificia en América, es una apología valiente de la independencia del Estado y una manifestación filosófica de verdadero americanismo.

En Taena también escribe sus obras sobre "Los Jesuitas", "El Derecho Público Eclesiástico", la "Historia del Padre Bartolomé Las Casas" y sus famosas "Cartas a Pío IX", que le valieron una reprimenda papal y el que sus obras fuesen incluídas en el Índice.

Vigil fué un espíritu superior a su siglo. Antes que nadie trató varios temas que aún son tenidos como audaces por los religiosos y ultramontanos, tales son sus estudios sobre la "Importancia de la Educación de la Mujer", "El Divorcio".

"La necesidad del matrimonio civil" y "La pena de muerte".

Pero el tópico favorito de Vigil fué siempre el Papado y sus tendencias invasoras del poder civil, y en su obra "Ojeada sobre el Papado" insiste en censurar la índole abusiva de la autoridad pontificia, sobre todo en América.

Vuelto a Lima a mediados del siglo pasado, reasume sus funciones de director de la Biblioteca Nacional y no descansa en la tarea de publicar trabajos científicos, literarios, sociológicos, históricos y de controversia en "El Constitucional", diario que fué el sucesor del "Genio de Rimac".

González Vigil es uno de los talentos más clarividentes y fecundos del Perú. En todos los campos de la actividad intelectual dejó huella luminosa y progresista. Taena está orgullosa de haber sido la cuna de tan esclarecido y sabio varón (1).

En el orden de la milicia, Taena fué cuna de los soldados ilustres que combatieron a las órdenes del general don Manuel Bulnes en la batalla de Yungay, el general don Juan Bautista Elespuru y el coronel don Alejandro Deustua. Ambos son citados con elogio por el gran mariscal de Aneach, en el parte que de la batalla pasó al general Gamarra. Deustua fué comandante del batallón peruano "Huáshilas", y Elespuru mandó una división en el combate que le costó la vida.

Sellada la independencia de la América del Sur con el último cañonazo disparado en los campos de Ayacucho, el Perú, de revolución en revolución, de caudillo en caudillo, nueva Sisifo, forcejea con alternativas sin ejemplo en los anales de la historia, luchando con las desavenencias entre los poderes del Estado que lo arrojaban al caos político. Se agota tras un norviner incierto hasta el extremo de hacer verdadero aquello de que si se había cambiado de gobernantes, no se había

(1) El año 1887 el intendente D. Alejandro Fierro presidió la fiesta que tuvo lugar en Taena con motivo de la erección de una estatua de González Vigil. En el acto de la inauguración el justiciero y altruista espíritu de Fierro se reveló en un sentido y generoso discurso. Dijo que el talento y la sabiduría no reconocían fronteras, ni podían despertar animosidades, y que al homenaje que se rendía al eminente erudito concurrían por igual peruanos y chilenos unidos por el mismo respeto a la ciencia y a uno de sus augustos representantes.

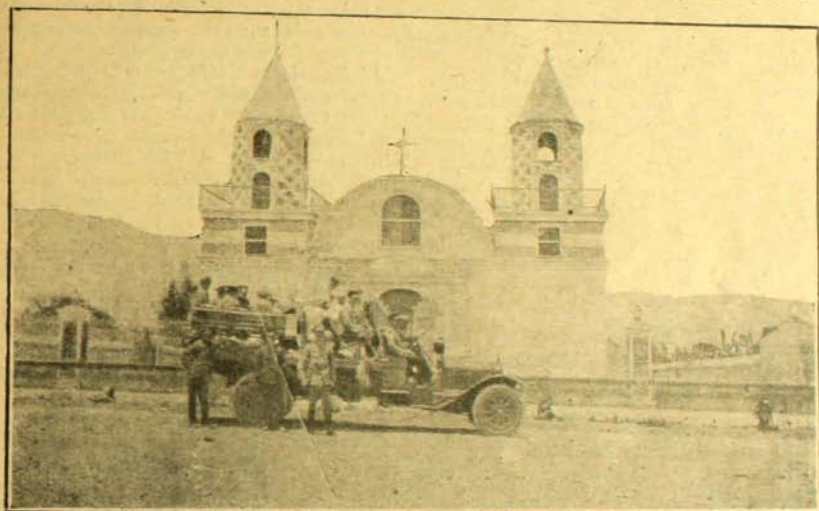


cambiado de amos, que desacreditaban los principios democráticos haciendo deplorar la ausencia de la tiranía despótica de los virreyes de España. De esas vergonzosas vicisitudes políticas y administrativas fué víctima también la ciudad de Tacna que durante medio siglo no tuvo más suerte que declararse en pro o en contra de tal o cual caudillo. Sus mismas calles están hechas para favorecer los motines y combates. Anchas unas cuadras y angostas otras, ofrecen escondites y parapetos a los contendientes.

rril de Arica a Tacna, por el término de 99 años, pasando después aquel ferrocarril a ser propiedad del Estado.

El primer tren entró a Tacna el 25 de diciembre de 1855; y desde el 1.º de Enero de 1856 hubo un servicio diario de trenes entre Arica y Tacna; pero para los efectos de la concesión, la inauguración del ferrocarril fué declarada por el Gobierno solamente desde el 1.º de enero de 1857.

Por escritura celebrada en Londres en 28 de septiembre de 1853, don José He-



Iglesia de Pachía, frente a la cual tuvo lugar el sacrificio de Enrique Stange.

A contar desde 1840, el Gobierno central abandona por completo a esa región del que había sido Estado Sud-Peruano. Lo único que hace en su favor allá a mediados del siglo pasado es el ferrocarril de Arica a Tacna que fué el primero que se hizo en Sud América.

Por escritura pública de 28 de agosto de 1852 se aprobó el contrato suscrito entre el Gobierno del Perú y don José Hegan, para la construcción del mencionado ferrocarril.

Aquel Gobierno concedió a don José Hegan, a sus representantes o herederos, la propiedad del camino y el privilegio exclusivo de comunicación por ferrocarril

gan traspasó todos sus derechos a la sociedad anónima inglesa "Arica and Tacna Railway Company", y su traspaso fué aprobado en Lima el 23 de Mayo de 1857.

\* \* \*

Demasiado conocidos son los acontecimientos guerreros que se desarrollaron en Tacna durante el conflicto del Pacífico, de los cuales son hechos heroicos la batalla de Tacna y la toma del Morro de Arica, el 26 de mayo y 7 de junio de 1880, respectivamente. Ambos encuentros gloriosos son minuciosamente relatados por va-

rios militares y paisanos de nuestro país, y la batalla de Tacna puede decirse que ha tenido sus cantores en los generales Dublé Almeida, Vergara, Alvarez y Boonen Rivera. Todos los años en la fecha memorable una romería visita los arenales del Campo de la Alianza y allí se recuerdan los sacrificios sangrientos que a nuestros padres costara esa tierra que jamás dejará de ser chilena, para honrar así la memoria y el dolor de los que la tomaron para Chile, en cambio de la vida propia que para ellos nada valió el lado del honor y del progreso de la patria.

Aún se encuentran en aquellos sitios desamparados restos de la horrible tragedia. Perdida, casi enterrada en la arena candente, una mano disecada guarda aún entre sus dedos crispados, una cartera vieja y carcomida por los años y la intemperie. El viajero recoge piadosamente aquellos restos de un soldado anónimo; en la cartera aparece un papel deteriorado; es una carta del hijo a su madre. Está fechada en Tacna, en 10 de febrero de 1880, poco más de tres meses antes de la batalla. Al lado de la pobre y amante esquelera hay un diario en que los jefes peruanos y bolivianos excitaban el valor y el patriotismo de sus huestes. La camanchaca, el viento, el sol y la arena dejaron también su huella en el periódico que el soldado quería llevar consigo a una sepultura que no se le dió.

El viaje al teatro de la batalla es penoso; la impresión que de allá se trae es más penosa todavía; un monumento conmemora las hazañas de los que desde hace cuarenta años duermen allí su último sueño.

## \*\*\*

Después de la batalla de Tacna o del Campo de la Alianza, Chile nombró intendente de Tacna a don José Manuel Soffia, a quien le cupo la ardua tarea de pacificar el territorio infestado de prófugos rezagados enemigos que más tarde se organizaron y dieron bastante que hacer a las autoridades chilenas en los primeros tiempos de la pacificación. El jefe de esas tropas irregulares con tendencias al vandalaje, que obstruyeron la ocupación, fué un jefe de origen cubano al servicio del Perú, don Juan Luis Pacheco Cés-

pedes. Llegado a Lima con el coronel don Leoncio Prado en 1879, fué nombrado jefe de Bagajes en Tarapacá, y formó poco después en Tacna una columna que se llamó Sama-Pachia que combatió en el Alto de la Alianza.

El 1.º de febrero de 1883 Pacheco fué investido por Montero con el cargo de Prefecto y Comandante General de Armas de Tacna, dándole facultades amplias para proveerse de lo que necesitase para hostilizar a los chilenos. Las fuerzas de que disponía el montonero tomaron entonces el nombre de Sama-Misti, dando a entender así que su radio de acción comprendería la enorme comarca encerrada entre esos dos puntos geográficos.

El intendente Soffia tomó la delantera en las escaramuzas y envió al comandante don Francisco Vargas para que atacase en Locumba al jefe peruano Nicolás Ortiz, que al mando de los "Húsares de Junín", intentaba obrar de común acuerdo con Pacheco. El 15 de marzo de ese año Vargas cumplía su cometido asaltando el pueblo de Locumba y derrotando a Ortiz completamente con 80 hombres del escuadrón "Las Heras."

Entre tanto, Pacheco obraba por su cuenta y ocupaba a Tarata el 10 de junio después de varias marchas y correrías para estar allí a la expectativa de lo que fuese posible realizar.

La índole de las operaciones que ejecutaba el guerrillero cubano lo llevaba fácilmente al robo y al atropello. De sus abusos eran víctimas los pueblos donde llegaba. Los oficiales del ejército regular peruano odiaban a Pacheco, y a Montero le era difícil conseguir que ayudasen sus intenciones y proyectos.

Pero consiguió el jefe peruano disponer de alguna fuerza de línea que acompañase al montonero y fuera a reunirse con él en Tarata. El proyecto de Pacheco consistía nada menos que en apoderarse de Tacna.

En esas circunstancias, en aquella misma época, las opiniones se dividían en el Perú entre Iglesias y Montero, para jefe y director de la guerra; iglesistas y monteristas eran tan enemigos entre sí como de los chilenos, y el contralmirante no tenía mucha fe en los servicios y lealtad del mercenario de las Antillas. Debido a estos recelos y desconfianzas Montero ordenó a la guarnición de Tarata retroceder





mo Bayardo, sus pasadas desgracias, atacando en todas partes a los chilenos sin probabilidades de ser vencido nunca... Y esta creencia humillante para un patriotismo bien entendido, hacia simpático al mercenario, cruel vigia de los vales y azote de las poblaciones peruanas indelencas que sojuzgaba a su paso, y se oía decir: "¡Ah, vendrá Pacheco a Tacna!" "¡Con ese Pacheco no se han de jugar, como con nosotros!"

En Arequipa parece que Montero y Pacheco tuvieron sus explicaciones; y al poco tiempo nuestro aventurero vuelve a emprender la marcha con rumbo a Tacna. De este punto se destacó al mayor don Duberli Oyarzún con doscientos hombres para oponerse al enemigo.

Pacheco dividió sus fuerzas y dejó al capitán don Moisés Albararín al mando del grueso de ellas, mientras él se dirigía en demanda de uno de sus secuaces; el capitán Núñez, que había emprendido la fuga al tener noticias del próximo combate.

Oyarzún, sabiendo por algunos espías lo que acontecía al enemigo, envió un destacamento que cortase la retirada a Pacheco que se vió obligado a volver sobre sus pasos y aceptar el combate que le presentaba el jefe chileno en la cuesta de Cuari.

La pelea se trabó con encarnizamiento, y a poco de luchar la montonera era completamente derrotada. Se recogió un buen botín de guerra, consistente en armas, municiones y animales. Los montoneros sobrevivientes se dispersaron a la desbandada, y Pacheco huyó a reventar cinchas hacia Ilabaya. Oyarzún llegó hasta Mirabe y siguió a las Yaras sin encontrar resistencia.

Pero Pacheco no desistía de su empresa, a pesar de las derrotas y del prestigio cada día mayor del general Iglesias enemigo de su jefe y de las pretensiones del mercenario. Para apoderarse de Tacna y saquearla, como eran sus deseos, se le presentaba una buena ocasión: la expedición que luego saldría de esa ciudad para Arequipa, dejándola casi desguarnecida; así, pues, lo vemos en el mes de septiembre volver a sus asaltos y sus marchas.

El coronel Barreto, jefe militar de Candarave, le proporcionó algunas fuerzas y pudo organizar una expedición que se apoderó nuevamente de Tarata, tomando

posesión al jefe peruano iglesista don Lucas Castañeda.

Tomando aquel pueblo como centro de operaciones, Pacheco recorre la región en todos sentidos hasta llegar a Moquegua, donde en vano solicita el apoyo y auxilio del comandante Iriosa. Abandonado a sus propias fuerzas, se desquita saqueando a Candarave, en castigo por haber albergado a un iglesista secretario del coronel Mercado, jefe encargado por el general Iglesias de avanzar su poder y nombrar autoridades de su agrado.

En Buenavista Pacheco apresaa un convoy de víveres destinado al ejército del coronel Velásquez, que iba camino de Arequipa.

El 10 de octubre el porfiado montonero desafía a la guarnición chilena de Sama y es nuevamente derrotado. A los pocos días sufre igual contratiempo en Queora de Seca, lo que le obliga a huir hasta la hacienda de Tomasiri, donde es auxiliado por el administrador de esa propiedad, don Miguel Cussicanqui. Creyendo Pacheco que este lo traiciona, intenta asesinato; Cussicanqui escapa por milagro de las iras del bandido.

En persecución de Pacheco va el mayor Subercaseaux, que lo obliga a huir otra vez hasta su cuartel y habitual refugio de Tarata.

Poco descansa el tereco y audaz cubano, y teniendo conocimiento de que las tropas de Velásquez estaban ya distantes de Tacna, emprendió rápidamente la marcha sobre la ciudad, al frente de 500 hombres, decidido a capturarla.

Llegado cerca de su objetivo no se atrevió a llevar adelante sus proyectos. Alguien le dijo que la capital estaba guarnecida por respetables fuerzas chilenas. Determinó entonces, el 11 de noviembre de 1883, atacar el pueblo de Pachía, que sólo estaba defendido por 140 hombres, al mando del capitán don Mateo López.

La superioridad de las fuerzas atacantes puso en grave apuro a los chilenos que se batían desesperadamente, pero con muchas probabilidades de ser al fin dominados, pues escaseaban las municiones; un militar chileno así describe aquel combate, el más sangriento y tenaz de cuantos fueran provocados por el funesto Pacheco.

La situación para los ocupantes de Pa-

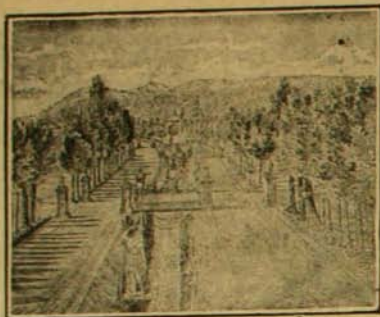


[illegible]

Carta encontrada en el Campo de la Alianza

chía no podía ser más angustiosa. Para defenderse necesitaban pasar al departamento de municiones, y a su salida tendrían que ser inmediatamente asesinados.

Entonces el capitán López, comprendiendo que nada podía hacer allí encerrado, vió la necesidad absoluta de lanzar su caballería. Corrió hacia la calle y gritó con



Antigua alameda de Tacna

toda la fuerza de sus pulmones: "Alférez Stange, cargue con su tropa". Aquí una bala enemiga hería a López, atravesándole un pie; pero esto no arredró su energía.

Stange recibía la orden en los precisos momentos en que se preparaba para montar a caballo dentro de su corralón, y denunciado así el enemigo, llegaron hasta allí varios montoneros que después de matarle tres hombres y dos caballos se replegaron al grueso porque se vieron repentinamente aislados.

Sable en mano con sus cinco jinetes, salió Stange a batirse contra cuatrocientos. Con una mirada estudió rápidamente el terreno, y sin pérdida de tiempo emprendió furiosa carga sobre el punto más amagado, que en ese momento era el costado oeste. La consternación y desbande que se produjo en el enemigo fueron inmensos; dando sablazos a todos lados despejó en poco rato el terreno hasta el sur de la iglesia, permitiendo así que nuestra infantería pudiera entrar al departamento vecino a proveerse de municiones.

En desenfundada carrera y haciendo un rodeo por detrás del cuartel, hizo retroceder al enemigo en confusión, continuando el ataque hasta dar la vuelta para llegar a la puerta principal. En estas dos cargas Stange recibió un balazo en un hombro y perdió dos de sus soldados que quedaron muertos en el campo, como el corneta de órdenes que en la primera carga se le había desbocado su caballo hacia Tacna. Este era, pues, el momento más crítico y,

si se quiere, decisivo del combate. Mientras el enemigo parapetado hacia fuego desde todos los edificios vecinos, avanzaba nuevamente el grueso de las fuerzas contrarias por el poniente con el objeto de impedir la salida de los nuestros del depósito de municiones. Sin atender al dolor de su herida y sin temer a una muerte segura, el osado alférez emprendió con el arrojo de antes una tercera carga sobre aquel pelotón que avanzaba. Atropellando impetuosamente a unos y descargando en otros el filo de su espada, obligó de nuevo al enemigo a refugiarse al costado sur de la iglesia, pero una granizada de balas hiere mortalmente a sus dos últimos soldados y a él le destroza completamente el antebrazo izquierdo. Ciego de ira y con delirio de sublime valor, ese último defensor del "Las Heras" trata de sostener con los dientes las bridas de su caballo, y levantando en alto su sable con el brazo que le queda, sigue incontenible su carga hasta que una y otra bala enemiga lo hacen caer en tierra moribundo para grabar allí con su sangre un heroísmo más para la patria. El sacrificio de la caballería estaba consumado, pero había permitido a los nuestros la defensa. El capitán López, militar acostumbrado al peligro y que en cien ocasiones había dado pruebas de valor, supo dirigir con todo acierto la resistencia, a pesar de su dolorosa herida en el pie. Había señalado a sus oficiales las líneas de combate, de suerte que con gran sorpresa el enemigo, después de destruída la caballería chilena, se estrellaba con la oposición invencible de los nuestros, convenientemente parapetados en los alrededores del cuartel. El fuego por ambas partes se hacía general; el capitán López, sosteniéndose trabajosamente en un pie, recorría las líneas de fuego e indicaba nuevas situaciones, ya sea para hacer saltos en el terreno o para acelerar el fuego sobre algún punto determinado. Por su parte, los montoneros no se atrevían a acercarse al cuartel, y sólo se movían de un punto a otro cuando veían caer a sus compañeros. Al cabo de dos horas de combate, y después que los nuestros habían ganado ya gran sector, comenzaron las tropas enemigas a correrse hacia el oriente por detrás del cementerio hasta montarse en los lomajes vecinos. La superioridad estaba ya por los chilenos desde el



momento en que el enemigo se reconcentra y retrocedía.

En el recinto del cuartel quedaban heridos el heroico comandante don Matías López y su hijo el teniente don Ramón B. López.

En otra versión que hemos recogido, referente a esta batalla, se expresa: "Pacheco con su tropa trataba de retirarse por un costado del cementerio, cuando vió acercarse a un oficial de caballería del ejército chileno, acompañado de ocho soldados: era el alférez Enrique Stange, que había peleado en el combate de Cuari o Mirabe, y que en los momentos de la heroica defensa del batallón "Ángeles" no se encontró en la población por asuntos del servicio.

Ibá a empezar la gloriosa tragedia que llenó de sorpresa a sus enemigos. ¿Cómo ocho hombres podían atreverse a desafiar a todos los montoneros?

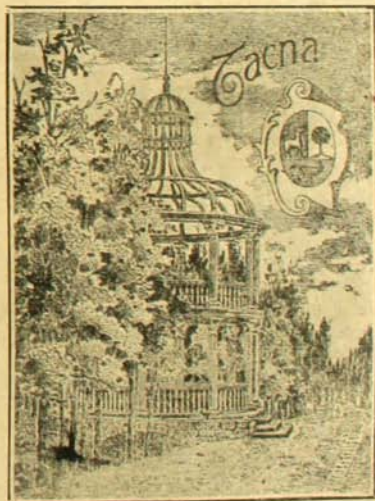
Stange montaba hermoso caballo zaino de cuello largo y vestía botas granaderas de charol, pantalón rojo y dormán negro. Su bizarra fisonomía y viril apostura de soldado infundía respeto a los acompañantes de Pacheco, mientras que por otra parte pensaban con terror en uno de esos ataques de nuestra caballería que ellos tan bien conocían; para evitarla hicieron una descarga general de fusilería que echó por tierra a los compañeros de Stange. Entre el humo de los disparos vieron los montoneros con admiración que el heroico alférez había sido respetado por las balas y que se acercaba impertérrito al galope de su caballo en busca del peligro. Pacheco se sulfuró a la vista de tan sin igual valentía y dió orden a cuatro montoneros que rodearan a tan intrépido caballero.

El oficial chileno hizo prodigios de destreza y de abnegación en tan arduo combate y su espada mantuvo en jaque a los adversarios por más de veinticinco minutos; pero tal situación no podía prolongarse por mucho tiempo; Stange estaba herido en un hombro, el cansancio y la pérdida de sangre concluían sus energías materiales, ya que las de su alma de hierro no se agotaron jamás.

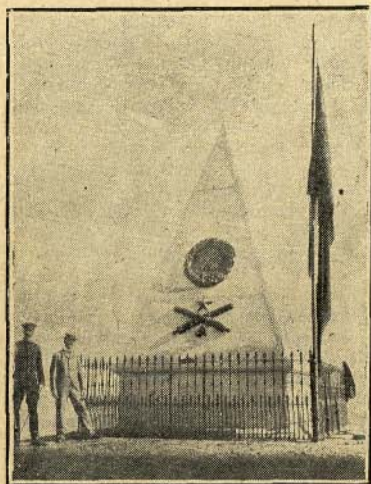
Pacheco le grita que se rinda, lleno de estupor ante la sublimidad del drama que se estaba desarrollando; pero el héroe no creyó oportuno contestar siquiera, y si-

guió combatiendo denodadamente. Uno de sus enemigos se le acercó entonces y casi a mansalva le infirió de un sablezo horrible y mortal herida en el cuello. En ese estado Stange seguía blandiendo la espada, como si desde los umbrales de lo eterno hubiera querido demostrar que un chileno, en defensa de la patria, no se rinde mientras lo aliente un soplo de vida... Los montoneros contemplaban abismados el valor sobrehumano de aquel hombre de esa raza que nunca ha desmentido su energía. Pacheco vuelve a decir a Stange que se rinda, mientras el montonero Rondón baja de su caballo y prepara tranquilamente la carabina Remington para ultimarlos. Testigos presenciales dicen que el soldado Rondón colocó el arma sobre el lomo de su caballo y disparó contra Stange, dándole en la frente. El sacrificio quedó consumado!"

El final del parte sobre la batalla de Pachia, pasado por el capitán López a la Superioridad Militar, dice así, refiriéndose a Stange: "Si el alférez Stange no hubiera caído en la refriega, habría conservado el mismo lugar que mantuvo con tanta valentía. ¿Quién sabe, señor comandante, si un sacrificio más era necesario para ce-



Glorieta y escudo de la ciudad.



La cripta del campo de la Alianza

rrar con él los múltiples heroísmos de la presente guerra!

El heroísmo de Stange en aquel combate homérico, tan olvidado de nosotros, es una de las páginas más hermosas de nuestra historia nacional y debemos mostrarla con orgullo a las generaciones, como un ejemplo de valor y de civismo.

Con la derrota de Pachia sufrieron un golpe ortal las pretensiones de Pacheco que, como de costumbre, escapó con sus diezmadas huestes hasta Lluta, perseguido por el mayor Subercaseaux, que había salido de Tacna con el objeto de auxiliar al capitán López. En Huanuni Pacheco casi fué alcanzado por sus perseguidores, pues apreciaron en la cuesta de Chontacouvo las fuerzas del mayor Subercaseaux y del capitán don Rufino Matta, de manera que los guerrilleros se vieron obligados a abandonar su rancho para emprender precipitada fuga en dirección a Cuesta Buena y Palca. Las tropas chilenas no hicieron disparo alguno contra los montoneros: que ascendían la nombrada cuesta, y dejaban un destacamento de 25 o 30 hombres al mando del capitán don Moisés Albarraeñ, que debía proteger la retirada; después de un tiroteo sin importancia Pacheco siguió hacia Causuri y

Ataspaca, llevando como objetivo el pueblo de Tarata, donde pensaba disolver la montonera. Los habitantes de ese pueblo consintieron gustosos en proporcionar fondos para pagar lo que se adeudaba a los soldados y facilitar así la disolución de esa banda, que, cual pesadilla, dominaba el espíritu de los habitantes de aquella región. El mismo jefe montonero partió poco después a Bolivia, precisamente cuando las tropas del mayor don Francisco Subercaseaux entraban en Tarata (1).

Como podrá notar el lector, en estos combates y encuentros por sobre todo resalta la figura de Stange. Es un héroe poco conocido que con absoluta modestia y serenidad despreció el dolor y la vida. ¡Honor a él, digno compañero de los Prat, Aldea, Ramírez, Carrera Pinto, etc.!

\* \* \*

El año 1884 encuentra a Tacna ya pacificada, extinguidas las montoneras, gracias a los esfuerzos y sacrificios del mayor don Francisco Subercaseaux. Era llegada la hora del olvido y la indulgencia para los vencidos. El 12 de octubre de ese año tuvo lugar en la histórica ciudad una ceremonia impresionante y trascendental: el reparto de las medallas acordadas por el Congreso a los militares y demás ciudadanos que tomaron parte en la guerra. En esa ocasión, el intendente don Manuel José Soffia, después de recordar los hechos heroicos que son nuestro orgullo, dijo: "Pero, ¿a qué seguir, señores, en este orden de consideraciones que, si bien es cierto halagan mucho nuestro legítimo orgullo, no por eso lastiman menos la desgracia de los vencidos? Ya la guerra ha concluido. Muchos de nuestros hermanos gozan de las puras brisas de la patria y sé que a vosotros se os espera en pocos días más igual suerte. Somos los vencedores: seamos entonces generosos y hagamos votos para que estos pueblos a quienes damos hoy lealmente la mano de amigos, consigan su completa regeneración y para que marchen en adelante unidos a Chile a conquistar para la América el puesto

(1) Datos tomados del opúsculo "Tacna" y sus montoneras", publicado en 1917 por el distinguido periodista don Enrique Arriagada.



que les corresponde en los destinos del mundo."

Otros oradores abundaron en los mismos conceptos de fraternidad y afectos para con peruanos y bolivianos.

Ese espíritu cordial que reinaba a raíz de la guerra se manifiesta de lleno por un hecho curioso acaecido un año después de aquella ceremonia. En una página anterior hemos dicho que nuestro límite norte con

En el ambiente flotaban aún ecos de clarines. Los vientos de la serranía traían recuerdos heroicos de la guerra, hinchando el corazón con el orgullo del vencedor y el bienestar de la paz.

Ese deseo de molición, de gozar de la vida, la luz y el hogar que invade después de las grandes crujidas, como ley inerrable de reacción, cubría con su tenue velo la diafanidad de nuestro cielo.



El acto de inauguración del monumento que conmemora la batalla de Tacna

el Perú es irregular, quedando fuera el pueblo de Ticaco, que lógicamente debía ser chileno y que lo era según los límites que la geografía peruana señalaba a Tacna y hasta poco después del Tratado de Ancón. ¿Por qué salió Ticaco del poder de Chile? Pues por un caso de cordialidad chileno-peruana.

He aquí como relata el caso mi amigo don Federico Vergara Vicuña, en un artículo que escribió en "La Nación" de Santiago, correspondiente al 28 de septiembre del año pasado:

"Corrían a la sazón los últimos días del año '85.

De ahí que el rocambor y el brasero pasaran a ocupar un cetro.

Tarata, en la última avanzada del territorio conquistado, daba los primeros pasos con su nueva nodriza, que no es otra cosa Chile para estas regiones estériles, en un ambiente tan satisfecho, tan sin tropiezos que don José Manuel Borgoño, subdelegado nuestro, se aburría con todas las ganas de que era capaz.

No tardaría, pues, en caer bajo la fascinación del buen brasero, el buen pisco y la buena tertulia.

Tal sucedió en efecto, y como decir tertulia en pueblo chico, es decir rocambor,

carga burro o malilla, de aquí que don José Manuel Borgoño pasó a ser furioso rocamborista.

Cuatro chilenos había entonces en el valle de Tarata: don José Manuel Borgoño, subdelegado; don Eulogio Tapia, patriarca hasta hoy día de nuestra colonia, pura raza, que hacía las veces de oficial del registro civil, un primero y un guardián.

Estos dos últimos formaban el retén destacado en Ticaco.

Todo lo demás peruano, desde el cura hasta los satrosos picantes de cuyes.

Eran, pues, los primeros, compañía obligada de trabajo y de tertulia.

Llegó por aquellos días un teniente coronel peruano, caballero en nervioso animal de paso de tusa larga y cola hirsuta, a la usanza serrana. Se llamaba José Tomás Ordóñez, y la crónica dice que era apuesto, suertudo con las mujeres y de una simpatía extrema.

Andariego por excelencia, iba y venía a Ticaco; ora se internaba en la Quebrada, ora se le veía emprendiendo la penosa cruzada de Poma, camino del Maury.

Al atardecer, el rincón doroso a brasas lo esperaba junto con el cura, el subdelegado y Tapia.

Allí se engolfaban en el rocambor hasta que los primeros soplos de la medianoche transminantes con sus 15 grados bajo cero, ponían en los labios la última copa de pisco, en el cuello de la bufanda y en los ojos el deseo de dormir.

Lo que pasó aquella tarde no se sabe a ciencia cierta cómo fué.

Si la tierra sustituyó por ambos lados a la moneda y la suerte iba a decidirse en suelo chileno más o menos, o, como es muy probable, si Borgoño, confiado en algún magnífico solo de oro, viendo seguro el triunfo, accedió en declarar que satisfaría los deseos de Ordóñez si perdía.

Y a fuer de caballero que era, respetó su palabra.

Al día siguiente, el retén de Ticaco recibiría orden de replegarse a Tarata. Ya no era el Salado, allá detrás del macizo de montañas, la frontera. El Perú en una maestra jugada de rocambor, avanzaba de un zarpazo, confiado en la discreción inmutable de la sierra, hasta las orillas del

Alcalaco. Ya el valle de Tarata no era uno solo, placentero y progresista.

Sobre las colinas opuestas volvía a surgir la insidia y volvía a divisarse el encono.

Ordóñez, triunfante, organizaba una toma de posesión en forma, con retén de policía y guardia e víca que él en persona destruía diariamente.

Los atardeceres, durante mucho tiempo, siguieron esperándolo con el mismo salón dorado, la misma hospitalidad iránica y la sonrisa indígena socarrona de Tarata entero.

Los Ticaco y 28 leguas dejaron de ser chilenos; por la fe que nuestro subdelegado tuvo en un solo de oros y la buena suerte de un comandante andariego."

El intendente Sofía, al saber lo ocurrido, prudenció, limitándose a comunicar al Gobierno lo ocurrido; y tan patriótico, tan justo y tan amigable fué el criterio del Presidente Santa María, que no se innovó sobre lo obrado por el subdelegado Borgoño y se aceptó que esa región de Tacna la hubiera ganado al juego el comandante peruano Ordóñez.

Y ese ha sido el norte de toda la política chilena respecto de sus enemigos de ultramar. Desgraciadamente, no ha encontrado en el campo fértil donde fructifiquen sus anhelos de americanismo y de olvido de pasados rencores. Digalo si no el incidente de la corona ocurrido hace algunos años en Lima, con motivo de una generosa oferta hecha al Gobierno peruano por el Ministro chileno don José Miguel Echenique.

Digalo también la actitud inconcebible del Presidente Leguía ante las pacíficas y cordiales muestras de buena voluntad y americanismo que significó la visita que hizo últimamente a Lima don Federico Puga Borne.

Durante la guerra europea, después de ella y con motivo de las conferencias de la Liga de las Naciones, constantemente, en todas formas y en los más variados tonos, el Perú se ha manifestado inabordable, rehacio a todo arreglo y a todo avenimiento hasta hoy día. Sin embargo, los desengaños y la realidad de las cosas parece que van formando una opinión en las esferas dirigentes de Lima, que nos llevará algún día al arreglo definitivo.





(*Xiphias gladius*). Pez espadas.—Pescado que vive a pequeñas profundidades. Mar Mediterráneo. (Comestible)

# LA CIENCIA NUEVA

## “La Oceanografía”

Por DESVÆL JOHN

El estudio científico del mar se hace hoy día por la Oceanografía, que nos revela todos los misterios que encierran los océanos: la composición química de sus aguas, la densidad, la temperatura, el mecanismo de la marejada, del oleaje y de las mareas; por él conocemos las profundidades y el estudio de sus más microscópicos e insignificantes habitantes.

Al océano, en su conjunto, se le podría comparar a una inmensa cubeta llena de agua salada, y es el estudio de esa agua extraordinariamente complicada, el que nos muestra la Oceanografía: sus variaciones, sus corrientes, sus mareas, sus profundidades que casi alcanzan a 10,000 metros; sus olas, sus temperaturas, la fauna y la flora de sus costas. El suelo de esa cubeta viene a formar el sostén de los mares, del que no se tendría una mera idea sin la importante ciencia de que vamos a ocuparnos.

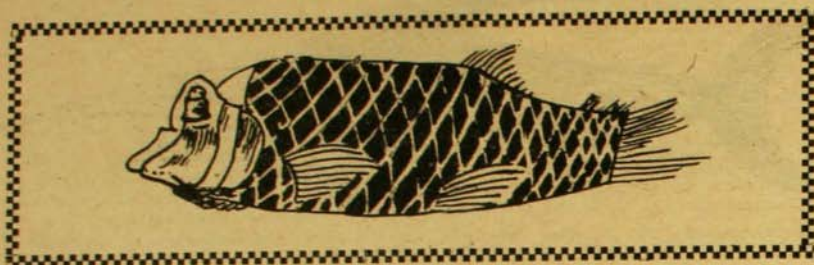
Se desprende de lo expuesto, que el estudio que nos ocupa no puede ser más interesante, puesto que los océanos cubren los dos tercios de la superficie del globo.

La uniformidad de su extensión horizontal, a excepción del pequeñísimo re-

lieve formado por las olas, su nivel es todo uno. Por esta razón, es por qué sobre el mar es donde se originan y se observan las leyes de la atmósfera, y las de la meteorología general, cuyo conocimiento es de suma importancia para la navegación y la aeronáutica, ciencia la última que podría decirse, se encuentra subordinada e íntimamente ligada a la meteorología oceánica.

Mucha más dificultad presenta hacer un sistema regular de observaciones atmosféricas sobre los continentes, a causa de su gran irregularidad, ya que a las zonas montañosas, a los valles y desiertos, siguen los campos y las selvas, verdaderos impedimentos que obstaculizan su estudio. Por esta razón primordial, sus grandes leyes han sido basadas y establecidas sobre el océano.

Los cuantiosos tesoros que encierra el mar son incalculables; en su composición entran hasta el oro y la sal. Una tonelada de agua de mar contiene alrededor de seis miligramos de oro. Como el volumen total de las aguas del mar es de ciento treinta millones de kilómetros cúbicos, nos resulta que unidos los océanos suman



*Opisthopracus solcalus*.—Pescado que vive a 3,000 metros de profundidad. Notable por sus ojos que miran hacia arriba

en cifras redondas ocho millones de toneladas de oro, el que si fuera repartido entre todos los habitantes de la tierra, tocaría a cada uno la no despreciable suma de cinco mil kilogramos de oro que a siete pesos el gramo harían un total de siete mil pesos el kilogramo; así es que tendríamos derecho por la repartición a ser millonarios, pues en números redondos nos tocarían a cada uno nada menos que treinta y cinco millones de pesos. Es de lamentar que esta operación no sea de fácil realización, porque a no mediar en mala hora esa desgraciada circunstancia, el problema maximalista que preconiza la repartición de la fortuna, quedaría al punto satisfactoriamente solucionado, y sin ocasionar gravamen alguno a los capitalistas. La vida se convertiría entonces en un paraíso de delicias: todos millonarios de la noche a la mañana, llevaríamos, como era natural, una vida holgazana y regalona. ¿Pero quién, entonces, cultivaría nuestros campos, edificaría nuestras casas, confeccionaría nuestras ropas? Porque insensato sería el que pretendiera trabajar poseyendo tanta fortuna. El caso es sencillo: trabajaríamos como sastres, albañiles, carpinteros, agricultores, cocineros, ingenieros, etc., etc., para abastecernos los unos a los otros; si no la vida sería imposible; nos moriríamos de hambre y de frío. Hénos aquí otra vez nuevamente en el punto de partida; nada habríamos conseguido con la fortuna personal para nuestra felicidad. De estas divagaciones

charlatanas se desprende entonces la más sabia de las moralejas: De nada sirve la riqueza cuando todos la poseen.

Ahora, pasemos al otro componente del mar, a la sal; resulta que la totalidad de este producto contenido en el océano representa veintiún millones de kilómetros cúbicos, cuyas tres cuartas partes las forma la sal ordinaria. Con un volumen tan grande, podríamos construir tres veces las dimensiones de todo el continente europeo; podríamos obtener el volumen del Africa entera, y todavía nos restarían dos kilómetros y medio de reserva.

Para el estudio de las aguas del océano es necesario tener diferentes muestras, sea de la superficie o de las grandes profundidades, por medio de sondajes. El mecanismo del sondaje es muy simple; se efectúa por medio de cuerdas con pesos de plomo, y para mayores profundidades se emplea la máquina sondeadora; a lo largo de la cuerda se amarran convenientemente termómetros a fin de tomar las temperaturas a determinadas profundidades, así como botellas para tener muestras de agua a profundidades dadas. Procediendo de este modo, con un solo sondaje se tiene: primero la hondura, segundo una muestra del fondo; tercero, la temperatura en las distintas profundidades descendidas; cuarto, muestras de agua tomadas en varias profundidades. Efectuar un sondaje muy profundo constituye una operación larga, difícil y de muchas horas. Las mayores profundidades cono-



cidas están en el noreste del Pacífico: 9,636 metros entre las Islas Marianas y las Carolinas. Se han registrado 9,427 metros en las islas Tongas, al sureste del mismo océano. La mayor profundidad del Mar Mediterráneo fluctúa alrededor de 1,500 metros. La Mancha y el Mar del Norte son poco profundos. Este último no pasa de 200 metros de profundidad.

A 9,636 metros más o menos, los seres vivientes, que los hay en gran cantidad, soportan una presión de más de mil atmósferas. Eso sería atroz para nosotros, pero para ellos es lo más natural; viven perfectamente en ese ambiente extraordinario, como lo vamos a probar. Entre estos seres, unos están siempre pegados o fijos en el fondo; los otros pueden desplazarse a voluntad; pero los más viven siempre flotando en pleno movimiento, sea en la superficie, sea a muchos miles de metros de profundidad. Los unos son muy grandes, como los cetáceos; otros, un término medio, como los peces comunes; pero la casi totalidad la forman los muy pequeños y microscópicos, como son los cardúmenes y microorganismos, que se encuentran en gran número en suspensión en el agua.

La masa total repartida en el mar de estos últimos es enorme, sobre todo la constituida por partículas microscópicas de origen vegetal. Se diría que éstas forman una especie de campo de cultivo flotante, inmensa capa de materia viva que constituye un espléndido ramoneo o pastaje marítimo, apto para la alimentación

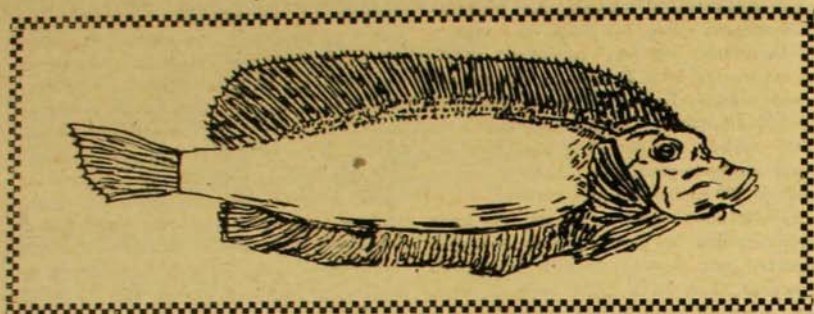
de millones de animales herbívoros, los que, a su vez pasan a convertirse en presa de otros peces más grandes. Este caso podemos fácilmente comprobarlo a la simple vista, cuando observando desde el muelle de algún puerto descubrimos al mirar hacia la orilla esos enormes cardúmenes de sardinias huyendo precipitadamente al verse perseguidos por peces más grandes, y es curiosísimo como estos pececillos presas del pánico huyen por cierta intuición o tacto especial, tratando de esconderse y salvarse, cuando aún sus perseguidores se encuentran todavía a gran distancia del punto en que se hallan. El desplazamiento de estos peces coincide casi siempre con el de los cardúmenes o seres microscópicos, cuyo estudio es del mayor interés para los pescadores.

Los concienzudos trabajos de los naturalistas Oceanógrafos, día a día nos revelan con más minuciosidad este nuevo mundo de seres submarinos, donde aparatos especiales y costosísimos van a buscarlos a más de siete mil metros de profundidad. Por medio de sondajes han podido también realizarse pescas a profundidades inverosímiles, para cuyo intento se emplean redes complicadísimas en forma de bolsos, procedimientos que han dado resultados extraordinarios.

Qué extraña condición de existencia debe ser la de esos seres submarinos! La luz solar se descompone en sus elementos radiográficos constitutivos, tal como el arco iris, tan pronto como penetran en el



Argyropélecus.—Pescado plateado luminoso, viva de 1,000 a 4,000 metros de profundidad (Atlántico)



Minous Inermis.—Pescado cubierto de hydro-parásitos luminosos

mar. Los rayos rojos son los primeros en desaparecer y le siguen casi inmediatamente todos los demás, siendo los rayos violetas y ultravioletas los últimos que subsisten. A partir de ese punto, ya no existe trazo alguno de luz; los profundos abismos quedan repentinamente convertidos en oscuras regiones de noche eterna... ¿Por qué será entonces que los peces moradores de ese medio sombrío poseen ojos? Simplemente porque la mayor parte de ellos irradian luz, y, por lo tanto, son los que alumbran mágicamente los abismos oscuros del océano; los sorprendentes órganos luminosos de que estos peces están provistos constituyen verdaderos proyectores que les permiten, al igual que un automóvil en la oscuridad, iluminar su ruta, y sorprende, aún más, que estos peces irradian luces de diferentes colores.

Por lo regular, los grandes peces que habitan en las profundidades son carnívoros y se alimentan comiéndose entre ellos mismos. Como en las regiones profundas no existe vegetación alguna, puesto que toda ésta desaparece a más de cuatrocientos metros por absoluta falta de luz solar, indispensable a toda planta, estos grandes peces están forzados para alimentarse o devorarse unos a otros. Titánicas luchas cuerpo a cuerpo deben producirse en ese inmenso y misterioso escenario oscuro y profundo; magníficos ejemplares

dotados de poderosos músculos y formidables armas de combate han podido ser habidos. El pez-espada parece ser uno de los más feroces. Poseedor de una vista y agilidad excepcionales, se oculta entre los arrecifes para acechar y lanzarse a gran velocidad sobre su presa, transpásandola con su larga espada huesosa, afilada y puntiaguda, de que va premunido en su parte exterior. La mayor parte de los animales marinos están sujetos a metamorfosis y a inmigraciones sumamente variadas, complicadas y caprichosas. Algunas veces son parásitos, otras cazadores y empujan para sus cazas, argucias en extremo curiosas; el fango, el limo y la sustancia rocosa constituyen, a veces, su única alimentación.

Es tan grande la oscuridad en lo profundo del mar que un submarino sumergido vería apenas los objetos a una distancia de veinte metros. Esta opacidad constituirá el más grande obstáculo para la navegación submarina, hasta que la ciencia invente la utilización de rayos de alguna otra naturaleza que los luminosos con una mayor fuerza y potencia de intensidad que permitan mostrarnos los objetos a distancia.

Los contornos y el fondo del océano no son inmutables; las olas y las corrientes submarinas demuestran las costas; los ríos y los vientos transportan los variados residuos de los continentes; los volcanes



submarino también arrojan en ese fondo sus cenizas; pero lo más extraordinario es que existe también un extenso grupo de animales que con un trabajo constante, asiduo, maravilloso, metódico y persistente durante cientos de siglos, taladran el suelo, disgregan y trituran las costas rocosas del fondo, minando y variando su estructura. Otros, por el contrario, contrarrestan a los anteriores haciendo el papel de edificadores de verdaderos continentes submarinos, ejecutando construcciones rarísimas de toscos macizos de formas extravagantes y variadísimas que semejan grandes colmenas o delicados encajes de arrecifes, que con esmero preparan lentamente, sin que nos demos cuenta, sobre la

roca viva que se encuentra bajo las inmensas aguas del gran océano. Por estas fundamentales razones se hace indispensable para la seguridad de la navegación marítima rectificar de cuando en cuando sus cartas geográficas, sobre todo en los pasajes peligrosos y difíciles, a causa de ese continuo y variado cambio que en forma tan apreciable y permanente está expuesto a sufrir el fondo oceánico.

El hombre, en su insaciable sed de conocimientos científicos, se ingenia en descubrir, no escatimando los más grandes sacrificios y esfuerzos, los hechos y las costumbres de tan maravillosos habitantes del océano, que viven y se multiplican en el misterio de sus aguas impenetrables y profundas.



# CARTA DE PARÍS

(Una distinguida señora chilena ha escrito desde París la carta cuyos principales párrafos reproducimos, ciertos de dar un agrado y hasta un guía a aquellos que miran hacia la Europa como hacia la verdadera vida.)

15 de enero.

nados que nuestros chilenos, pero de mecanismo más liviano.

Son las tres de la tarde de un día infinitamente frío. Ayer nevó toda la noche, de manera que hoy están los techos blancos y París incendiado bajo una niebla abrumadora. Yo estoy en mi cuarto, aún en cama, viendo a través de los vidrios húmedos de mi ventana, las chimeneas humeantes de las casas vecinas. Es domingo y París está muerto.

He salido durante diez días y he visto, no con la atención que habría deseado, lo que hay de más interesante en museos, monumentos, etc. He oído a Wagner, en la Gran Opera.

París, como ciudad, es admirable: sobrio y a la vez sumamente sugestivo. Sus perspectivas son incomparables. Sin embargo, París nos hace daño. Como es bello, nos conmueve infinitamente; es la ciudad que predispone por excelencia a los grandes sentimientos y a las grandes ideas. Y, por otro aspecto, París me horroriza; en ningún punto creo que habrá jamás un contraste mayor que el que hay aquí, entre la frivolidad y la pequeñez reflexiva de este pueblo, y la ciudad engrandecida por siglos de belleza. Esto es un paraíso profanado, en donde dan deseos de eger el látigo y arrojar a sus habitantes como arrojó Cristo a los mercaderes de su templo. No puedo conciliar el carácter francés y la impadicia que hay hoy aquí, con este París del todo aristocrático. Para lo que de él alcanzamos a ver los extranjeros es como un bazar de infinita categoría, establecido en un templo de belleza.

El francés o francesa de cultura corriente, es gente ávidamente vividora, pero vividores de cosas pequeñas; gentes que rugen comiendo, y que gozan riendo, oyendo, mirando o palpando cualquier cosa, sin que el mate les funcione mucho. Son muñecos igualmente confeccio-

He conocido en una reunión de intelectuales a la Condesa de Noailles, que es encantadora. También conocí a Barrés. Ambos estuvieron muy llanos y sencillos, pero se sorprendieron sin disimular, y de un modo extraordinario, de que yo fuera chilena. Alguien hizo notar el parecido de la Condesa con S. H., nuestra escritora, y, en realidad, siendo ella de pelo negro, tiene actitudes, rasgos y movimientos muy análogos.

He visto varios médicos, a los cuales me ha presentado el profesor Vidal, que es un hombre carísimo y encantador. Me invitó a almorzar a su casa; ha venido a buscarme para salir en automovil, y el doctor se ha constituido, con gran sorpresa de los americanos, en un paternal amigo mío. Me ha hablado con gran cariño de Chile; pero, por la impresión que me ha quedado, acaso el único médico chileno que toman en cuenta es a Garen Guerrero.

Algo nuevo y algo definitivo, acaso, he visto en mí, y es, ¿cómo diré? lo simplista de mi tendencia. La belleza más pura está en la naturaleza: no hay nada como un árbol, el agua, el sol y la montaña.

La obra humana nos emociona, y como nos limita, nos hiere, porque en su belleza y en su emoción misma, nos da la sensación de lo efímero. ¡Ah!, mi amigo, un hombre a quien querer, más que de amar, porque el amor, es a veces sólo una jugada fea; un espíritu que amplifique y ahonde nuestro propio espíritu; unos labios para besar con ternura tranquila y una mano que nos cierre los ojos al final. Y no ser nada, y no saber nada, y no pensar en nada, porque la vida sólo tiene elementos de tortura.

Vino a verme Th. W. Está preciosa y divinamente loca.





# AMOR QUE

## TRIVNFA

CUENTO DE SARA BERNHARDT

(Traducido por L. J.)

(Hace algunos años,—quince por lo menos—Sara Bernhardt escribió sus "Memorias", para la revista "The Strand Magazine". A pedido de la misma, ha escrito el cuento que a continuación ofrecemos a los lectores de PACIFICO, y que nos da ocasión para admirar en una nueva fase a la notable artista, gloria del teatro francés).

Arlette d'Ormenge, en puntillas, con las cejas unidas y los labios apretados, arreglaba el nudo de la corbata de su maridito.

—¡Ya está! — exclamó, satisfecha, y aprovechando la actitud algo ridícula y del todo imposibilitada para la defensa que en ese momento presentaba su esposo, agregó:

—Por favor Roberto, no seas tan demasiado modesto. Ese es tu gran defecto, como ya te lo han dicho los profesores del Liceo Concordet. Pero, ante todo, no desatiendas lo que yo te digo: léele tu obra al señor Courleville, pero no le dejes el manuscrito ni por nada. No me gusta la cara de ese hombre.

Arlette se hizo atrás, observando a su cara mitad con aire de crítico, cosa a la cual él se sometió de buen humor. Era joven; tenía apenas veintitrés años; pero, al mirarlo, a nadie se le ocurría decir: ¡Qué bonito muchacho!, y, en cambio, todos decían: ¡Qué hombre tan simpático! Su mujer, por supuesto, era la primera en pensar así y tirándole un beso con la punta de los dedos, se lo manifestó una vez más:

—¡Eres perfecto, mi querido! Si el señor Courleville es sincero, aceptará tu obra en

el acto, porque es soberbia, ¿sabes! — y Arlette tomó de sobre la mesa un grueso manojo de papeles, lo enrolló y ciñó con una banda de elástico, y se lo entregó cariñosamente.

—¡Qué mujer eres! — exclamó su esposo, tomando entre sus manos el rostro delicado de la joven y besándolo. — Tu cariño te ciega, querida. ¡Llamar soberbia a esta obra mía!

—Porque te quiero, no es razón para cegarme, — repuso Arlette, sacudiendo su crespa cabecita porfiadamente. — La obra es soberbia. El tema es magnífico y está muy bien escrita.

—Pero de allí a llamarla soberbia...

—Pues sí, soberbia, repitió Arlette. Tú la escribiste, pero yo la he leído y la he releído, y mi opinión es de peso. ¡No soy, acaso, secretaria de Roberto d'Ormenge, Profesor Asistente de Literatura en el Liceo Concordet, esposo de la encantadora Arlette d'Ormenge y futuro gran escritor teatral? ¡Soberbia, te lo repito!

Echando la cabeza atrás, con los brazos alrededor del cuello de su esposo, repitió la palabra con tal convicción que él sólo atinó



a agradecer con un beso la confianza por ella manifestada.

—Vamos, es hora de que te vayas, o llegarás tarde, — dijo Arlette, conduciéndolo a la puerta, y permaneció de pie en el descanso mientras él bajaba, agregando una vez más, cuando su dignidad de hombre no le permitía ya contradecirla:

—¡Soberbia, soberbia!

Y en seguida regresó a su pequeño departamento de tres piezas, en las cuales flotaba un ambiente de felicidad muy grande. Esas tres piezas eran el hogar común hacia ya ocho meses, y cada día lo amaba más.

Arlette era hija del capataz de una gran fábrica de botones. La suerte había enviado a ese hogar dos hijas: Georgina, la independiente, casi rebelde Georgina, y la soñadora Arlette. Los padres habían adorado a esta última sin comprenderla y habían querido dominar a Georgina, también sin comprenderla. Era la tragedia oculta, ignorada de muchos hogares que, por lo demás, en nada salen de lo común. A los dieciséis años, Georgina pertenecía a una compañía de teatro ambulante, y Arlette trabajaba

en una tienda de flores en la calle Bremon-tier. La señora Campon, la florista, tenía un alma joven a pesar de su gordura y de su edad; amaba las flores y amaba a Arlette, su ayudante, de modo que cuando su primo Roberto d'Ormenge se enamoró de ella, todo el sentimentalismo de su pobre vida se concentró en este romance. La buena mujer fué la que los hizo encontrarse; fué

que notó primero la mirada iluminada de su primo y el rubor de las mejillas de Arlette, y ella fué la encargada por Roberto para hacer a los padres de la niña la formal petición de mano. Era un pobre estudiante, con muchas ambiciones y poco dinero; Arlette no contaba con una dote, y los padres vacilaron, en tanto que las lágrimas cuajaban en los bellos ojos de su hija. Pero la excelente señora Campon acudió en el momento preciso, dotando a Arlette con los doce mil francos que había reunido, uno sobre otro, para su propia hija, una desgraciada jorobada, muerta en plena adolescencia. ¡Aquello era más que suficiente para arrendar un pequeño departamento, y Roberto ganaba trescientos cincuenta francos al mes! ¿Qué más podían desear? Los padres consintieron, y los nublados días del julio parisien se llenaron de arco-iris para el par de novios que vivían felices bajo la benévola mirada de su protectora.

A pesar de sus diecisiete años, Arlette miraba el futuro con ojos previsoros. Sabiendo que la carga del matrimonio había de ser pesada para su joven esposo, se dedicó a aprender mecanografía, pensando darle a Roberto la agradable sorpresa de que podía ella ayudar a los gastos de la casa con su trabajo. Pero cuando Roberto lo supo, no se manifestó tan contento como ella lo había pensado y le prohibió, terminantemente, que se dedicara a trabajar para otros. Eso sí, tuvo ella la gran satisfacción de copiarle su obra, la gran obra que había de darle gloria y fortuna.

—¡Es soberbio el trabajo!— se repetía a sí misma, mientras iba de un lado al otro.

—¡Con tal que se la lea a Courleville tal como me la ha leído a mí! Y espero que no se le ocurra dejar el manuscrito; no me gusta la cara de ese hombre.



Hacían apenas diez minutos que Roberto había dejado la casa y ya ella estaba pensando en su regreso, asomándose de vez en cuando a la ventana por ver si venía. Y, mientras tanto, Roberto iba subiendo la ancha escala que daba acceso al departamento del gran hombre. Llevaba su precioso legajo de papeles muy apretado en su mano enguantada y con su bastoncillo de junco golpeaba los peldaños, tratando de disimular su timidez; pero su disimulo fracasó en presencia del lacayo que le abrió y lo hizo pasar a un lujoso salón.

—El, señor, estará aquí en un instante más, — dijo el sirviente, juntando la puerta cuidadosamente al salir.

Roberto dió una mirada furtiva a su alrededor y vió que el gran dramaturgo era amigo de los cuadros y de los buenos grabados. Se veían por todas partes; sobre las sillas forradas en raso dorado, colgados en las paredes tapizadas de seda y aún arriados sobre las mesitas con delicadas incrustaciones. Roberto, que era muy aficionado a las obras de arte y sabía algo sobre particular, las observó todas detenida y entusiastamente.

—Ese sí que no es un Tiepolo, — se dijo, acercándose a mirar aún más cerca un cuadro que llevaba la tal firma. — Ese no puede ser un Tiepolo, — y examinó con cuidado una tela que era más borrón que cuadro, designándose apenas en él una mal dibujada cabeza. Y en ese momento sintió entrar a alguien, por lo cual se volvió con rapidez.

El señor Courleville era un hombre de elevada estatura, fachoso y con ojos demasiado abiertos y francos. Parecía estar diciendo a cuantos lo miraban: “Ya me ve, usted; soy tal como parezco.”

—¿Qué le parece mi Tiepolo? — empezó diciendo con una sonrisa, aproximándose a un joven visitante.

—Me parece que no es un Tiepolo, — repuso Roberto, quizá si con demasiada ligereza. Se arrepintió de ello al notar que el rostro del dueño de casa enrojecía y vió que los labios delgados y apretados decían con la expresión abierta de los ojos.

—¡Es usted conocedor, por lo visto! — exclamó riendo. — Bien, veo que me trae Ud. un manuscrito. Démelo y ya lo leeré; pue-

de dejarlo con toda confianza, que yo respondo de él. Soy tan honrado como usted, — y señaló el cuadro que Roberto acababa de calificar como un fraude. — Buenas tardes, mi amigo. Yo le escribiré en cuanto termine de leer su trabajo.

Tomó el rollo de manos de Roberto y con una inclinación de cabeza, salió del cuarto tan repentinamente como había entrado. Roberto no había tenido ocasión de decir una sola palabra más. El lacayo entró, lo acompañó a la puerta y ésta se cerró tras él, sin que Roberto atinase a darse cuenta de nada.

Arlette, que se había dicho veinte veces que era imposible que regresara antes de algunas horas, estaba, sin embargo, a la expectativa y sus ojos se abrieron con sorpresa y temor al verlo. Le pareció que aún la parte superior de su sombrero y el bastón que llevaba tomado por la mitad, denotaban indecisión y desagrado. Roberto pasó bajo los árboles, se detuvo ante la puerta, vaciló un instante y en seguida subió, silbando un aire popular.

—¡Roberto! ¿Qué ha pasado? — le interrogó agitada.

—Nada, querida; absolutamente nada. El



Leele tu obra al señor Courleville...



Veo que me trae usted un manuscrito

señor Courleville fué de lo más amable que cabe.

—¿Cómo encontró tu trabajo?

—Bueno, no hablamos sobre eso, — dijo Roberto quitándose los guantes, mientras Arlette le tomaba el sombrero y el bastón.

—Tú comprendes; es persona muy ocupada y prometió enviarme su opinión por escrito lo más luego posible.

—¿Le dejaste el manuscrito, entonces? No se lo leiste tú?

—Y qué importa, querida. No te preocupes de eso, — dijo Roberto, atrayéndola a su lado y besando un risito sobre su frente. —Tú no entiendes de estas cosas; hice lo que pude.

—Por supuesto, — respondió ella, — pero siento que se lo hayas dejado. No tengo la menor confianza en ese hombre.

—Pero tú no lo conoces y jamás has oído hablar de él, — replicó su esposo. — Es ridículo decir que no tienes fe en un hombre que sólo has visto de pasada en la calle. Y un hombre de la situación de éste...

Arlette se sentó sobre sus rodillas y empezó a jugar como una criatura con un botón de su chaleco.

—Dime tal como pasó todo, — le pidió en tono de reglona.

Roberto le repitió lo sucedido, sintiendo

que no podía ocultarles nada a esos grandes y hermosos ojos fijos en los suyos.

—Ya ves, — terminó diciendo, — que hice lo que pude. Ciertamente cometí una indiscreción al decirle que su cuadro no es un Tiepolo legítimo, pero no se ofendió y no hubo elección posible; estaba yo en su casa, iba a pedirle un favor y tuve que dejarle mi trabajo. No dejó de hablar desde que entró hasta que salió de la pieza y yo no podía interrumpirlo.

—No, por cierto, — dijo Arlette, — pero yo siento... Bueno, el almuerzo nos espera; yo soy una tontucla.

Terminado el almuerzo, Roberto se fué al Liceo a su clase y Arlette, después de quitar la mesa, se sentó a coser. Le gustaba la costura, y, mientras cosía, sus pensamientos dieron en vagar en tal forma que cuando sonó la campanilla de la puerta, se levantó sobresaltada. Roberto le había hecho prometer que jamás abriría la puerta sin mirar antes quién era, así que se asomó por la ventanillita que para el caso había en la puerta y en seguida la abrió con una exclamación de placer.

—¡Este sí que es gusto! — dijo, abrazando a su hermana Georgina.

—¡Oh, lo que queda de mí, después de subir cuatro pisos!, — replicó su hermana.

—¡Y tú, querida? ¡Muy bien y muy feliz? ¡Pero qué calor! ¡Cuatro pisos sin ascensor! Y yo no estoy acostumbrada a estas cosas.

Arlette se rió y empezó a abanicar a su hermana con una punta de la gasa que llevaba al cuello.

—¡Ciertamente! — contestó. — Pero yo soy una mujercita de la clase media y no una artista acostumbrada a todo el lujo de los ascensores.

—Eres una ricura, — replicó Georgina, que la adoraba. — Y es cierto que sería mejor que me dedicara a subir y bajar escalas, si quiero conservar mi figura. Pero no vine yo a hablar de escalas. Vine a esta hora porque sabía que tu marido no estaría aquí, y aunque él no es tan mañoso como mi padre, que no quiere que mamá se vea conmigo. Lo cual no impide, por supuesto, que nos veamos muy a menudo. ¡Estos hombres! Son tan presumidos, que creen que



una mujer no puede pasarse sin ellos, ser independiente y ser honrada al mismo tiempo, y tú y mamá saben que yo soy honrada. Pero tampoco era eso lo que me trajo acá. Una palabra trae otra, y voy alargando sin saber cómo. Mira, lo que quiero saber es si fué tu marido el que le llevó una obra de teatro a Courleville esta mañana.

—Sí, esta mañana. Se llama "Amor que triunfa."

—¡Eso es! El nombre es reclamo suficiente; se verá muy bien en los avisos. ¡Es buena la obra!

—¡Buena? — repitió Arlette. — Es magnífica, soberbia, Georgina.

—¡Así lo estoy creyendo! Lo sospeché cuando vi que no permitía que le diera una miradita, — dijo Georgina, sacudiendo la cabeza hasta que sus grandes plumas se arremolinaron todas.

—¿Y qué sabes tú de eso? — interrogó Arlette.

—Hoy estuve a almorzar con ese pirata. Quería hablar conmigo respecto al papel que me va a dar en una pieza suya y fui a su departamento, porque yo sé cómo manejar a hombres de esa especie. Me habló de una nueva obra que tenía, y luego empecé a sospechar, porque ese Courleville es así; se aprovecha del trabajo de otros y se lo roba desvergonzadamente. Mientras almorzábamos, llegó alguien a hablar con él y quedó sola, porque se trataba de la Academia, y Courleville, que es tan comido por la vanidad como una manzana aguzanada, se erce que lo van a elegir miembro de la Academia. Había dejado el manuscrito junto a su plato y yo aproveché. Puedes figurarte lo que sentí al ver el nombre de tu marido... En ese momento regresó y yo me hice la que no me había movido; me miró, temiendo que yo fuera una ladrona de su propia especie, pero no sospechó nada. ¡Oh! él sabe hacer las cosas. Se presenta como protector de las artes, atrae a los muchachos de talento a consultarlo, y luego se roba sus trabajos. Les cambia el nombre, algo del rejarito y alguna que otra escena y ya está. El gran Courleville anuncia otra obra y gana plata y fama que no le corresponde. Todo el mundo sabe que es así.

—Pero, Georgina, — dijo su hermana, ex-

trañada. — Si todo el mundo lo sabe, ¿cómo es que nada se dice o se hace para impedirlo?

—Porque los asuntos de todo el mundo no los atiende nadie, hermanita. Saber una cosa no equivale a probarla, y eso es lo que cuesta. El grueso público, si se le entretiene, no hace averiguaciones respecto a cómo ni a quién. Los empresarios están dispuestos a aceptar las obras de un hombre que ya tiene fama, sin preguntar nada, y la Sociedad de Autores Teatrales no quiere escándalos. ¿Quién, entonces, se permitirá acusar a ese bandido? Los que son sus víctimas, tienen que conformarse con hablar. Y lo peor, mi pobre Arlette, es que ya tiene en sus garras a tu maridito.

—¡Ya sabía yo que era un hombre en quien no debía confiarse! — dijo su hermana, mientras se le rodaban las lágrimas. — Y Roberto ha trabajado dos años en esa obra. ¡Es un crimen!

—Por cierto que es un crimen, una maldad; pero, ¿qué podemos hacer?

—Hay que hacer algo al momento, — dijo Arlette, saltando de su asiento. — Georgina, tú conoces a algunos empresarios. ¿No podríamos llevar la obra a alguno de ellos? Antes que ese villano...

Había abierto el cajón del escritorio de



Eres una ricura, replicó Georgina.

Roberto y estaba ahora con los ojos muy abiertos, aterrada.

—Querida, ¿qué te pasa? — exclamó Georgina, aproximándose.

—¡Por Dios, Georgina! No tengo la copia. Le he fallado a mi pobre Roberto. Me confié la copia de su obra, y como no tenía papel-carbón, pensé escribirla otra vez. No me acordé de eso cuando él se la llevó en la mañana.

—Pero el manuscrito, el original, — dijo Georgina, —¿seguramente tienes el original?

—Lo dejé sobre la silla y la niña... Hoy era el día en que pasaba el ropa-vejero y se ha llevado los papeles. ¡Oh, he arruinado a Roberto! ¡Lo he arruinado con mi descuido!

—¡No importa, queridita! ¡No te aflijas! Ya veré yo lo que se pueda hacer y tu Roberto podrá escribir otra obra. Pero no llores; se te van a hinchar los ojos y te vas a arruinar la carita, y eso no le ha de gustar a tu marido. Lo que es yo, debo estar pensando en irme; tengo que estar en el teatro a las tres. ¡Y son las dos ya! ¡Caramba! Tendré que correr, — y recogiendo su maletín, Georgina besó otra vez a su hermana y salió tan rápidamente como pudo.

Cuando Roberto llegó, poco después, Arlette trató en vano de recibirlo con su alegría de costumbre, pero le temblaban los labios y no atinaba a darle la fatal noticia. Su palidez lo alarmó; le preguntó si le dolía la cabeza, y ella dijo que sí. Entonces la hizo acostarse, la rodeó de almohadas y le ordenó que se estuviera quietecita. Su cuidado y su cariño la hicieron llorar, pero apenas atinó a decir.

—Georgina estuvo aquí, esta tarde.

Roberto retiró la mano de la frente de su esposa; no le agradaba que se viera con Georgina.

—¿Está tan tonta como siempre? — interrrogó.

—A mí no me parece tonta, — protestó Arlette.

—Bueno, queridita, no lo diseutiremos. Quizá si con el tiempo se le quite la lesera, —dijo medio sonriendo.—Pero no quiero que se meta en mis asuntos. No hables tú; trata de descansar bien.

Las lágrimas que la pobre Arlette no podía disimular, lo aterrizaron. La levantó en sus brazos, la llevó al dormitorio y la puso a la cama con igual ternura que si hubiera sido una criatura, prohibiéndole que se moviera o dijera palabra. Luego lo oyó batallando con la estufa a gas y un rato después entró con una taza de caldo hirviendo que la obligó a tomar a sorbitos pequeños. Y la pobre Arlette, enternecida, no le dijo que el caldo estaba tan salado que era punto menos que imposible tragarlo. Cansada, fatigada, se durmió al fin, con la mano de Roberto entre las suyas.

Al día siguiente, después de haber interrrogado pacientemente a la sirvienta, Arlette fué a la buhardilla del ropa-vejero y obtuvo permiso para revisar todos los papeles que había recogido el día anterior. Saco tras saco, con sus propias suaves y delicadas manos, dió vuelta y rebuscó en dos o tres, sin querer darse por vencida, pero sin resultado alguno. Y unos días después, Roberto recibió una carta de Courleville, que leyeron los dos tomados de la mano:

“Señor: He leído con mucho placer su obra “Amor que triunfa”. Tiene algunas partecitas muy buenas, pero es todavía muy de principiante, y no me atrevería a presentarla en el teatro. No se desanime usted. Siga trabajando; escriba otra obra y recuerde que a muy pocos nos es dado triunfar con la primera. La franqueza con que le hablo y aconsejo, le probarán a usted que soy sincero y que estoy a sus órdenes.—Courleville.”

P. D.—El manuscrito lo he conservado por algunos días, para enviárselo una crítica más detallada de su obra.

Arlette se colgó de su brazo, tratando de articular lo que sentía.

—¡Ese hombre es un bribón, un ladrón! — exclamó al fin, con voz ahogada.

—No me lo parece, — replicó Roberto.— Por cierto, habría hecho bien en no dejarle el manuscrito; pero no dudo de que la obra no es tan buena. No importa; trabajaré de nuevo y algún día tendrás tus trajes y joyas como las que te mereces; así que ámate, querida.



En ese momento, junto con anunciar el almuerzo, la sirvientita trajo un telegrama para Arlette. Era de su hermana, anunciándole que esa tarde, a la una, iría a verla.

—¿Tú no tienes inconveniente, Roberto? —preguntó, sin atreverse a decir que el telegrama de su hermana le daba cierta esperanza.

—No me agrada, — replicó él. — Ya sabes que no me gusta Georgina y no quiero que venga metiéndote ideas malsanas en la cabeza. Es muy inteligente, lo confieso, pero no me agrada su independencia, y creo que no es tan feliz como eres tú. ¿Verdad?

—Por cierto que no, — contestó Arlette. — Pero...

—Pero tú la quieres y es natural, puesto que es tu hermana. Por ese motivo no me he permitido prohibirte que la veas, pero no me agradan sus visitas.

La respuesta le dolió a la pequeña Arlette, y, viéndolo, su esposo la tomó en brazos y la besó cariñosamente.

Una vez sola, Arlette aguardó ansiosamente la llegada de su hermana y salió corriendo a recibirla apenas divisó las grandes plumas de su sombrero.

—¿No te lo decía? — dijo Georgina, dejándose caer en una silla que crujió toda, bajo tan desacostumbrado peso. — Courleville se ha robado la obra de Roberto y la ha ofrecido al empresario de teatro de la Porte San Martín, el cual ha aceptado. Es decir, le ha ofrecido la trama; anoche comieron juntos y trataron sobre el particular y Courleville empieza a trabajar hoy mismo.

—¿Por Dios, Georgina! ¿Qué?... — Aguarda un poco, hermanita. No ha sido inútilmente que durante una semana he gastado todo mi repertorio de adulaciones con ese hombre. ¡Bah! El más inteligente cae en la trampa cuando nosotras nos lo proponemos, sobre todo si cargamos la trampa con alabanzas y halagos. Escucha: Courleville no sospecha que eres mi hermana y que yo te quiero. ¡Ya, no te impacientes! Fíjate cómo

el destino ha jugado en nuestras manos. Esta mañana, esta misma mañana, ese ladrón, ese canalla me ha preguntado, ¡escucha!, me ha preguntado si conozco yo a una mecanógrafa.

Arlette se puso de pie.

—Lo que tú oyes, — dijo Georgina, gozando de su sorpresa. Rico, ¿eh? Por supuesto que le dije, después de vacilar un poco, que conocía a una muy competente. —No es muy viva, le dije, pero sí sabe su trabajo y no tolero que se permita usted libertades con ella. Yo soy responsable ante sus padres por lo que pueda sucederle. Pero le aseguro que sabe manejar las teclas de su máquina tan bien como usted su cerebro, amigo mío. Queridita, lo tenemos en nuestras manos; ha caído como una ciruela remadura. Fijé hora para que vayas mañana a hablar con él.

—¡Oh, qué buenas eres, qué buena eres! — gritó Arlette, arrojándose en brazos de su hermana.

—¿Qué tontera! — exclamó ésta, disimulando su enternecimiento. — Vas a arruinarme mi sombrero y sabes que hoy en día hasta la mantequilla está por las nubes, agregé sonriendo. — Bueno, querida, ahora debes entendértelas con tu marido para estar

allí a las nueve, como le prometí. Algún día habrá de perdonarme tu Roberto mi amor a la libertad y entonces escribirá un papel especial para mí. Adiós ahora.

Al regresar Roberto, Arlette le hizo frente, trémula de emoción.

—Georgina vino a decirme que Courleville ha vendido tu obra al empresario del teatro San Martín, — le dijo.

Roberto dió un salto y volvió a sentarse, sintiendo que las piernas no lo sostenían.

—¿Está segura de ello? — preguntó.

—Bien segura, pero no hablemos de ello, Roberto. Me enferma la sola idea.

—¿Es una infamia! — gritó Roberto, paseándose de un extremo a otro del cuarto. —No es posible! Y yo, ¿qué puedo hacer yo? Soy desconocido, un cualquiera. No me cree-



Georgina

rán si lo acuso. ¡Y se roba mi obra, dos años de trabajo, que han de darle plata que no es de él. Mi obra, que tiene sangre de mis venas! ¡Canalla! ¡Badulaque!

Arlette estalló en sollozos y se arrojó sobre el diván, presa de un ataque nervioso. Roberto se calló, maldiciéndose por haberse olvidado de ella; se arrodilló junto a su esposa, implorándole que se calmara, que le daría lo que ella quisiera, que sería su esclavo... Arlette lloraba a mares, más y más angustiada al ver que lo afligía, pero sabiendo también que únicamente así le arrancaría el permiso para ir a copiar la obra a casa de Courleville.

—¿Harás lo que yo quiero? ¿Me darás permiso para que haga yo lo que me parezca? — le suplicó entre sollozos.

—Lo que tú quieras, mi amada. Cálmate, mi pequeña; te juro que haré lo que tú gustes.

—Quiero que me des permiso...

—Para lo que tú quieras, mi linda. Dime para qué y serás complacida. Te lo prometo.

—Mañana te diré, — murmuró Arlette, reprimiendo sus lágrimas poco a poco, pero agitada todavía por la emoción.

—Dime ahora...

—Mañana te diré, — repitió ella.

El amanecer los encontró despiertos y silenciosos. Arlette estaba resuelto a hacerlo guardar su palabra; Roberto se sentía dispuesto a oponerse a cualquiera cosa que ella pidiera. A las siete, Roberto se levantó a abrir los postigos.

—Roberto, — empezó ella, — voy a salir en la mañana. Tengo una cita a las nueve de la mañana.

—¿Vas a salir? — repitió él. —¿Adonde vas a ir?

—Ese es mi secreto, — repuso ella, tratando de meter la cabecita en el hueco de su brazo. — Tu dijiste que podía hacer lo que yo quisiera.

—Me dirás adonde piensas ir, — respondió su esposo, cogiéndola rudamente por las manos.

Arlette enrojeció y en seguida patideció bajo su mirada.

—¿No tienes confianza en mí, Roberto? — preguntó suavemente.

—Arlette, — dijo él, ablandado por la mirada de esos ojos candorosos, — no seas ton-tuela. Dime adónde piensas ir. Ya te he dado mi palabra y te dejaré ir, pero necesito saber adónde vas.

—Tengo que ir a las nueve adonde Courleville, a hacer unas copias a máquina.

Roberto saltó fuera de la cama, con las manos empuñadas.

—¿Estás loca o estás embromando? ¿Ir tú a casa de se bribón?

—Lo que tú oyes. No he de dejar que se robe así como así tu obra.

—¿Estas son cosas de tu hermana! — gritó Roberto, dando con la mano sobre el borde del catre. — Debí prohibirte que la vieras.

—Habrás muerto nuestro amor, — repuso ella suavemente.

—¿Qué pretendes ir a hacer tú a casa de ese hombre? — insistió él.

—Ya te lo he dicho. Voy a copiar, a pedido de él, la obra, tu obra. Y te aseguro que en una semana habré hallado los medios para derrotar a ese canalla.

—¿Estás loca? — repitió su esposo. — ¿Cómo piensas derrotar tú, una chiquilla que nada sabe del mundo, a un hombre como ese, que vive del robo y del fraude?

Arlette se dejó caer sobre las almohadas. Si Roberto empezaba a discutir los cómo, era señal que alcanzaría su permiso y, de todos, tenía su palabra, recurso supremo al cual estaba Arlette resuelta a apelar si fallaban otros medios.

—¿A qué hora estarás de regreso? — le preguntó Roberto, cuando al fin hubo ella obtenido su consentimiento.

—Si me da trabajo hoy, regresaré a las once; si no, vuelvo inmediatamente.

Roberto dió media vuelta y salió de la pieza. Arlette se vistió y salió, levantando su velo y secándose las lágrimas en más de una ocasión. Pero valientemente se presentó a casa de Courleville, y con voz firme dijo al lacayo:

—Anúnciele al caballero que es la mecánografa.

—El señor la está esperando, — repuso éste, haciéndola pasar a una piececita en seguida de la sala de trabajo del dramaturgo. Un momento después oyó Arlette, toda trémula, la voz de su hermana.



—¡Bien! Es la mecanógrafa de que le hablé. ¿Le digo que empezará a trabajar ahora mismo?

—Bueno; dígame que le daré doscientos francos por la copia que me va a hacer. ¿Será bastante?

—Demasiado. Es usted muy generoso, — replicó Georgina.

—Aquí se oye todo lo que dicen allí—dijo Arlette en voz baja a su hermana, cuando ésta se le presentó.

—¡Tanto mejor! ¿Puedes empezar a trabajar en el acto? Aquí tienes la máquina, pruébala, que el oso llega en un momento más.

Courleville entraba ya, con aire satisfecho.

—Buenos días. ¿Puede empezar? Aquí tiene el primer acto. Cuidado con equivocarse; recuerde que está copiando una obra del gran Courleville. El empresario del teatro de la Porte San Martín lo quiere lo más pronto posible. ¿Qué horas podrá trabajar?

—De nueve a once y de tres a seis de la tarde,—dijo Arlette.

—Bien,—dijo Courleville, retirándose.

—Perdón, señor. No veo el título de la obra, dijo ella.

—¿El título? — Courleville cruzó las manos, meditabundo.

—Perdón; está aquí, en el margen, escrito con lápiz. "Amor que triunfa", leyó Arlette, mirando al margen del papel.

—¡Cómo! ¿Eso no puede ser! El título no está resuelto todavía; eso lo resolveré después, dijo Courleville, como sobresaltado.

—Es bonito el título, — observó Arlette.

—Bonito sí, pero no lo quiero. Ya buscaré otro, — y salió precipitadamente del escritorio.

Arlette echó atrás el carro de la máquina y se detuvo a pasar las manos por sus mejillas ardorosas.

—¡Animal!—murmuró entre dientes, dándole a las teclas como que fueran ellas las enemigas.

A las once, regresó a su casa y halló a Roberto escribiendo amurrado, un nuevo manuscrito. Sin poner atención en su frialdad, se quitó el sombrero y el paletó, charlando sobre todo lo que había visto, hasta que lo interesó, a pesar suyo.

—¿Cómo empieza el primer acto? — interrogó.

—Lo ha dejado igual, salvo que el padrino es ahora el médico de la familia. Por cierto, se ha dado el trabajo de copiarlo todo de su letra, — agregó riendo, pero la risa no disipaba la mala atmósfera entre ellos, tan unidos hasta ahora.

Había terminado Arlette el tercer acto y empezaba el cuarto, y aún no lograba nada, ni siquiera sospechar adónde guardaba Courleville el manuscrito de su esposo. La ansiedad la iba poniendo pálida y daba a sus ojos sombras oscuras, que alarmaban a Roberto, el cual en la quinta mañana, le prohibió que saliera. Pero Arlette le recordó su promesa y Roberto cedió, prometiendo ella que si no se resolvía algo aquel día, dejaría de ir.

—Pero algo habrá de suceder, algo tiene que suceder, — se decía con angustia, al empezar su trabajo. Y de pronto el corazón le dió un vuelco al oír voces en la pieza vecina. Se puso de pie, agitada, apretando la mano contra el pecho. ¡Acababa de oír que en la sala vecina estaban el empresario del teatro de la Porte San Martín y un repórter de "Le Gaulois", hablando de la nueva obra, la obra de Roberto. Veinte proyectos, a cual más disparatado, pasaron por su mente. Pensó entrar y decirles que esa obra no era de Courleville, sino de su esposo; pero era inútil. No tenía prueba alguna y no le creerían. Pensó hacer saltar las chapas de



—Buenos días. ¿Puede empezar? Aquí tiene el primer acto...



Arlette se volvió a Courleville, compadeciendo su bochorno

todos los cajones de la pieza y sacar el manuscrito, estuviese donde estuviese, pero se dejó caer en la silla, sabiendo que nada podía hacer.

—¿Hasta dónde tiene copiado, señorita?— interrogó Courleville, entrando, con la más amable de las sonrisas.

—Hasta la tercera escena del cuarto acto, —respondió, dominándose.

—¿Bien! — se volvió hacia el empresario, chico y regordete, con una sonrisa muy satisfecha. — ¿Gusta que le lea al señor del "Gaulois" la escena final, la que tanto le agrada a usted?

—¡Magnífico, así sabrá a qué atenerse para hacernos el artículo anunciando la obra! ¿Verdad, mi amigo?

—Por supuesto, — dijo el periodista, preocupado en tórcer su bigotito y en dirigir a Arlette miraditas de admiración.

—¿Es lástima, pues, estoy un poco rouco; ustedes disculparán, — empezó Courleville.

—Si me permitiera usted, — dijo Arlette, poniéndose de pie toda trémula, — yo ya la sé de memoria y podría leerla bien. ¿Es tan linda, tan bella! Y tendré el mayor gusto...

Georgina, que entraba en ese instante, se quedó lela de sorpresa, pero no perdió la cabeza.

—Es cierto, lee como una profesional, como una verdadera artista, — dijo con entusiasmo.

—Me hace usted mucho honor, señorita, — dijo Courleville. — La escucharemos con el mayor agrado y si es tan buena como dice la

señorita Georgina, le daré cien francos más.

—Y yo le daré un papel en la obra, — dijo el empresario.

—Y yo un párrafo en el "Gaulois", — dijo el periodista, riendo.

Arlette aguardó que tomaran asiento; estaba pálida y el papel temblaba en sus manos. Courleville dió tres golpes sobre la mesa con un pisa-papeles, y ella empezó con voz clara y firme.

—Ya conocen el nombre de la obra: "Amor que triunfa."

—¡No, no es eso! — interrumpió Courleville. — Le dije a usted que esa era una equivocación.

—Es lástima; el nombre es de mi agrado, — dijo el empresario.

—Es muy sugestivo, — agregó el repórter.

—Pero no ha de ser ese el nombre, — casi gritó el autor. — Siga adelante.

Los dos hombres se miraron y asintieron al parecer del gran dramaturgo.

—Los personajes son, — continuó Arlette, leyendo con toda calma, hasta que Courleville dió un nuevo salto en la silla.

—¿Qué significa eso? — gritó, con cara tan descompuesta que los presentes se miraron asombrados.

—Eso, — dijo Arlette sin vacilar, — es el reparto de la obra "Amor que triunfa", de la cual es autor mi esposo, Roberto d'Ormange, profesor en el Liceo Concordet. El le trajo a usted esta obra hace seis semanas y usted pensó que se la robaría. Vine aquí a ver modo de recuperarla y he triunfado.

Courleville dejó escapar una maldición.

—¡Miente!! — gritó, dirigiéndose al empresario. — ¡Miente!! — repitió, mirando al periodista.

—No, señores, no miento; el embustero y el ladrón es él; miren ustedes su cara y juzguen. Mi marido escribió esta obra; tiene el trabajo de dos años, y aquí tengo la carta que él le escribió a mi esposo.

Arlette sacó el papel de su bolsita y se lo pasó al empresario, por sobre cuyo hombro lo leyó el periodista:

"Señor: He leído con mucho placer su obra "Amor que triunfa". Tiene algunas partes muy buenas; pero..."

Los dos hombres se miraron, terminaron la lectura y el periodista, doblando la carta, se



la pasó a Arlette. Courleville quiso tomarla.

—Perdón, señor; pertenece á la señora d'Ormange, — dijo el repórter. — ¿Me la permitirá usted otra vez, en caso que sea necesario, señora?

—Señora, — dijo el empresario conciliadamente, — estoy seguro de que podremos arreglar este asunto sin recurrir a la prensa. La reputación del señor... nosotros hemos presentado tantas de sus obras... Le ruego, señora, pese usted las consecuencias.

Arlette se volvió a Courleville, compadeciendo su bochorno.

—¿Tendrá usted la bondad de devolver la obra de mi esposo?

Courleville, sin contestar, sacó el manuscrito de un cajón de su escritorio.

—Señora, si usted lo permite, tanto yo como el señor Courleville estamos dispuestos a

servirla, — dijo el empresario. — La obra me la ha entregado el señor, pero en el contrato figurará el nombre de su esposo. Usted, que es tan bella como inteligente, comprenderá la situación. ¿Espero que su esposo podrá venir a mi oficina mañana, a las tres de la tarde?

—Sería mejor que hablara usted con él, — dijo Arlette, dándole la dirección.

—Me dará ese gusto, — dijo el empresario, inclinándose ante esta mujercita de ojos brillantes. Pero al levantarla se encontró que Arlette lloraba y reía en brazos de Georgina, la cual en todo pensaba, menos en sus plumas.

—¡Estas mujeres, estas mujeres! — murmuró, indicando a sus amigos que las dejaran solas.



~FIN~

# Serafín Alvarez Quintero en la Real Academia Española

Por Guillermo Muñoz Medina

Digno homenaje a los méritos artísticos de los escritores sevillanos; digno galardón otorgado a quienes han vivido consagrandose sus afanes a los altos menesteres de perpetuar el paisaje material y psicológico de Andalucía, en la vasta y sorprendente multiplicidad de sus singularidades, ha sido la velada solemne en que la Real Academia Española ha recibido a Serafín Alvarez Quintero, el 21 de noviembre de 1920.

Para ratificar el juicio de la crítica y las palmas del público, dos entidades que, a veces divorciadas, se han sentido siempre unánimes al juzgar a los Quintero, la Real Academia Española ha querido honrar en uno, la labor común de los ingenios andaluces; la labor prolongada y feliz, sostenida con una devoción y una constancia de que hay pocos ejemplos en la historia de las letras.

Y no podía fallar la consagración de la docta Casa en que preside por derecho propio la effigie de Cervantes, porque los Alvarez Quintero son en el teatro los mantenedores indiscutibles de la legítima tradición española, toda vez que su exquisita y abundante producción tiene sus antecedentes en el haber castizo de los próceres, en el de Lope de Rueda, en el de Juan de la Encina, en el de Torres Naharro y sabe ser como la de éstos, fuente pura y azulada, huerto cerrado a todo género de extranjerismos y a todo linaje de chabacanerías.

Sólo una elevada preocupación de justicia, sólo un plausible anhelo de brindar sitial y de ofrecer tribuna a los espíritus de pensamientos nobles y de cuidadas formas, ha podido determinar, en el caso de los Alvarez Quintero, el acierto de aquella Corporación que, menospreciando los zumbantes epigramas de los rebeldes y de los desorientados, vela por la pureza de la lengua castellana.

Limpio y transparente ha sido siempre el verbo de los hermanos Quintero; pulcra y de-

heada la parte sustantiva de su gran tarea, y todo ello al par que justifica la celebridad de que gozan en España y en América, abona con creces la glorificación de que hace objeto sus nombres y sus obras la autoridad más eucumbra y erudita de cuantas tienen la misión de cultivar y de regir los esplendores de las letras españolas.

El discurso pronunciado por Serafín al incorporarse a la Academia es una rendida manifestación de cariño al teatro; a "aquel arte prodigioso y magnífico", lámpara sagrada, "que primitivamente ardió en los templos— quizás como designio providencial que declararse su divino origen— y que, después, sedienta de más luz, brilló en la plaza pública."

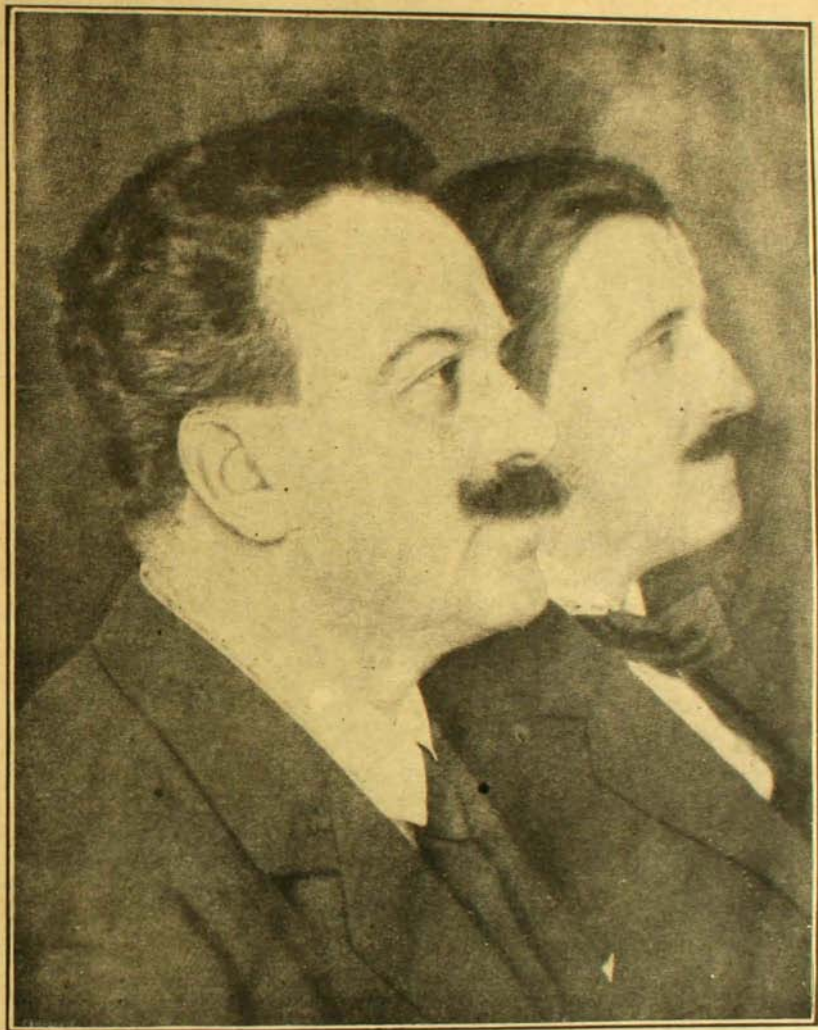
A ese arte que, como ninguna otra modalidad literaria, hoy y antaño ha tenido el privilegio de apasionar los ánimos y promover corrientes de idolatría u odio hacia sus cultivadores, quemó el incienso de su ardorosa simpatía el autor de "Malvaloca."

Ningún tema habría sido más grato a su pluma que el del teatro mismo, y, por eso habla de él y se refiere a los factores que—cual aquella obsesión de las tres unidades que antecedió a las libertades preconizadas por el romanticismo,— han podido influir en el desenvolvimiento continuado del arte de Talía.

Continuado, porque el teatro no ha dejado jamás de tener sus partidarios. De ahí que Serafín hable también de la atracción maravillosa de la escena, de esa atracción que se ejerce sobre ignorantes y letrados con la misma intensidad, y que alcanza igualmente a los amantes de la soledad y del silencio, a los seres recelosos de que el aura del mundo roce con el bullicio de su soplo irrevolvente el recinto sereno de su corazón.

Y ese privilegio del teatro para atraer y preocupar; para desatar comentarios y di-





Los hermanos Álvarez Quintero

vidir opiniones, establece la superioridad de este arte sobre todos las demás. Y es que, según Serafín, sólo al teatro le es permitida la posibilidad de ofrecer una copia directa y animada de la vida y poner en ella los aspectos — festivos o penosos — de todos los conflictos.

Indudablemente, los Álvarez Quintero tienen plena razón. Ninguna forma artística puede como el teatro recoger los latidos del gran hervor humano. Mientras la escena despliega el haz abierto y palpitante de todos los problemas y de todos los incidentes; de todos los sentimientos y de todas

las ideas; de lo que interesa en esta o en aquella latitud, la poesía lírica se produce callada y recogida, como una nota personal, como un reflejo subjetivo. La novela carece de la virtud sintética de la obra teatral y no tiene como ésta, la ventaja objetiva y sonora de su presentación. Y no sólo la novela: la historia tampoco tiene el calor y el relieve del drama o la comedia y es inferior a la obra de teatro en la amplitud de los contornos y en el giro de los lances.

Però la parte más saliente del discurso es aquella en que el autor diserta sobre el diálogo. La importancia de éste la compendia en una frase: "el diálogo, dice, es juntamente el fondo y la forma" de la obra teatral. Y discurre sobre ello con especial predilección.

Para los Alvarez Quintero la psicología de todo individuo se encuentra contenida en el lenguaje que habla, y por eso, debe ser el lenguaje de la escena el agente que exteriorice con fijeza absoluta al sujeto y que revele los perfiles — simples o sinuosos — de su personalidad.

No merece el nombre de dramático quien no puede o no sepa hacer hablar a sus héroes de manera que, al oírlos, sean cabalmente conocidos por el espectador. Cuando es el autor quien habla por boca de sus personajes, las obras no alcanzan a vivir la mañana que reserva a las rosas el poeta Malesherbes.

Sabias palabras emanan a cada instante de los labios del artífice de "El Centenario" al discurrir sobre la importancia del diálogo en la pieza de teatro. Son aquellas palabras concluyentes de maestro, ya que los Alvarez Quintero han conducido a la más alta perfección los primeros esquivos del lenguaje dialogado y el coloquio es a través del extenso y florecido bostaje de sus obras, manantial irisado y armónico, en que caben — por extraño misterio — todos los colores y todos los sonidos que concierta la floresta.

Lenguaje sencillo y correcto, excluye las incorrecciones y los gongorismos, ya lo empleen los labios de los hombres opulentos, ya sea el decir despreocupado y lugareño de quienes, abajo, bordan con las flores silvestres del cortijo su jornada de amargura.

¿Cómo reniega los Alvarez Quintero de aquel arte contrahecho y vacío, todo oropel y lentejuelas, que dejando de mano las excelencias galanas del diálogo ha creado

un teatro exterior cromático, sin literatura ni emoción!

Hacen bien los hermanos Quintero en combatir ese teatro que nada representa y que surge al amparo de sus poderes visuales. Es necesario que ellos defiendan con denuedo la importancia dramática del diálogo para que el teatro recupere sus prestigios literarios.

Por el lado que se le considere, digno es de todo encomio el discurso académico del mayor de los Quintero, y, por supuesto, merecedor de los aplausos que, sin reservas de ninguna clase, le otorga en el suyo, propio y elocuente, el autor de "Los Centauros."

Mal habría estado la alabanza medida y escueta tratándose de la obra de los Alvarez Quintero y de la misión que desempeñan, misión que, en el sentir acertado de Ricardo León es de "alegrar la vida con el numen español y cristiano del genio alegre y de la risa sin hiel."

También, como los Alvarez Quintero, es Ricardo León defensor de la sencillez en el arte, de aquella simplicidad que fué el camino por donde llegaron a resultados de perfecta maestría Cervantes y Velásquez.

La sencillez en manos del artista verdadero puede trocarse siempre en fruto noble e imperecedero, porque, en contra de lo que muchos piensan y aseguran, la sencillez no necesita de los ociosos y sutiles ingredientes de la oscuridad y del alambicamiento para brillar con aquel hondo y eterno sario que posee la belleza.

No podía menos Ricardo León que loar del modo más sincero y entusiasta ese diálogo magistral de los Quintero que hasta

el paso de comedia de menores pretensiones pone en su tornasol — cambiante y rico — la claridad esplendorosa de todos los matices.

Con una sola frase abarcante y exacta califica Ricardo León el diálogo primoroso de los hermanos Quintero: "la realidad tamizada y embellecida por la virtud estética y purificadora del arte".

Y así es, en verdad, y no podía ser de otra manera la expresión oral de aquella gente quinteriana que el mismo excelso autor de "El amor de los amores" moteja de "fresca y espumosa oleada de humanidad auténtica y española"; de las almas que han copiado o creado aquellas insignes poetas andaluces que, valiéndose de otra

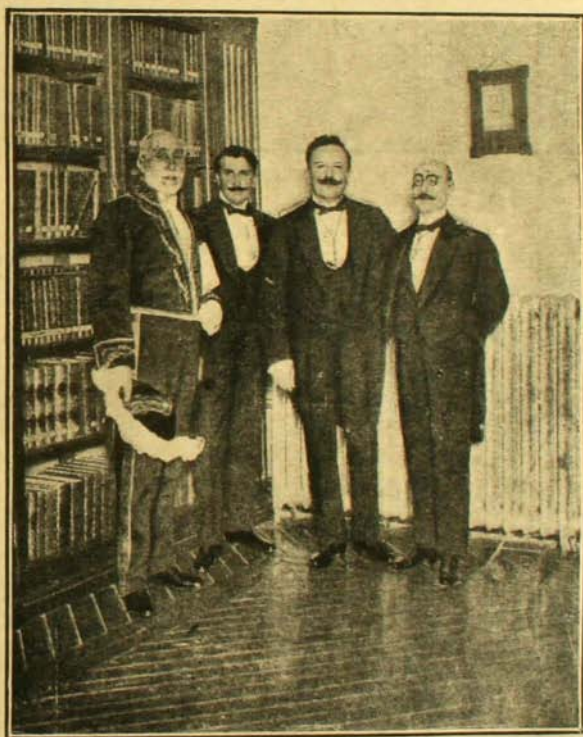


frase de Ricardo León, "han elevado a su patria, a la grande y a la chica, a la belleza y a la fe, uno de los más firmes y airoso monumentos del arte contemporáneo."

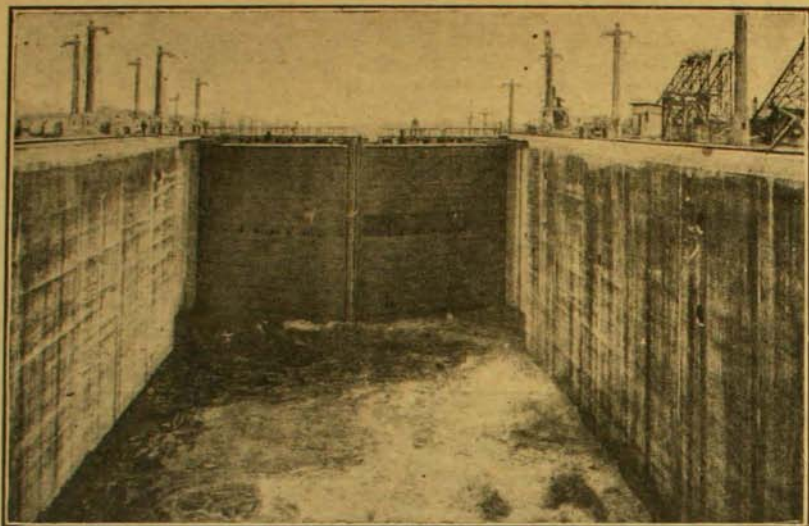
Este rápido artículo, que podría ser extenso y que no tiene más fin que el de registrar la noticia de la incorporación de los Quintero a la Real Academia, lleve a éstos la cordial enhorabuena de todos los que en Chile han comprendido y saboreado sus fe-

lices producciones y han puesto a su letra la música halagadora del aplauso más ruidoso.

Todos los chilenos harán suyo, sin duda, el copioso caudal laudatorio de Ricardo León, de aquel ilustre artista que ha querido también aliviar caminantes con las luces de su estío. Para los que han enviado a este lado de los mares el mensaje consolador de su teatro, los chilenos deshojan sus  
res de adhesión más fervorosa.



Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, con el presidente de la Real Academia de la Lengua, señor Maura, y el académico don Ricardo León, después del acto de la recepción en la docta casa, del mayor de los citados hermanos.



Llenando la sección norte de las esclusas de Gatón.

# EL CANAL DE PANAMÁ

*Por Obaldo Borja*

COLON.—EL PROBLEMA NEGRO.— LAS EXCLUSAS.—EL CORTE DE LA CULEBRA.—  
EN PANAMÁ LA VIEJA.—LAS PANTORRILLAS DE ODETTE.

Llegamos a Colón después de cruzar las enormes instalaciones de grúas y maquinarias levantadas en los muelles y el maldón. Afuera de la bahía, dieciocho barcos de la escuadra yanqui del Atlántico cabecean pesadamente, mientras una flotilla aérea rasga el azul en una exploración de práctica; al fondo en un recodo de aguas mansamente verdosas, asoman, tres, cuatro, nueve submarinos, abanderados también con las estrellas y las barras.

—¿Y todo esto!—preguntamos.

—Es permanente desde hace tiempo,—nos informa un amigo de viaje. — Además, aque-

lla loma, este cerró, aquella torre,—señala, están poderosamente artillados.

## I

Bajamos a tierra. En la sección revisadora de la aduana los equipajes sufren un escandaloso manoseo; hurgan hasta el último rincón de las maletas, examinan los pasaportes; descaradamente escudriñan los bolsillos, las carteras, los sombreros. Las señoras pasan a un departamento especial, y a poco, nueva revisión de bultos y papeles; por últi-



mo, salen en pintoresco montón, medio sofocados y molestos.

La primera impresión es la de uno de esos lugares adivinados en las guías de viaje: Singapur, Ceilán, Calcutta. Un cochecillo que cubre una sombrilla enorme nos lleva rápidamente entre casucas de madera perforadas de ventanas y pequeños postigos a donde asoman ojos curiosos y blancas hileras de dientes. En todas partes, letreros en inglés y rótulos chinos, impenetrables en sus enmarañados caracteres. En las puertas, oscura mezcolanza de hombres y mujeres de color, rodeadas de chiquillos hambrientos y desnudos; en las aceras, dejando apenas el paso, mercaderes italianos, turcos, chinos, con sus pequeñas tiendas de telas extrañas, sedas de mil colores, quitasoles, marfiles y plumas de garza, voceando en un inglés perruno y agresivo.

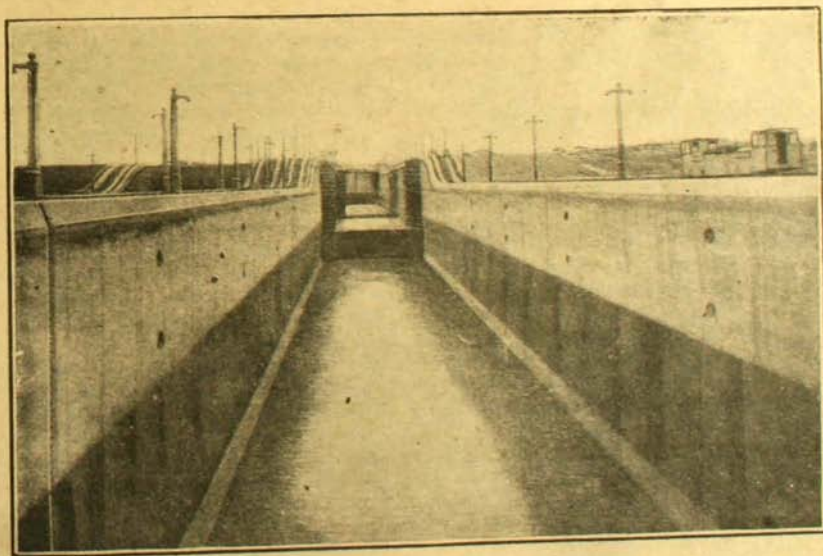
Mas calles angostas y después de cinco minutos, la zona yanqui. La decoración es diferente: bungalows, jardines, asfalto y, a través de las verjas, vaporosas girls que leen o juegan al tennis. Una avenida, luego el parque y al fondo, el Washington Hotel, con sus doscientas habitaciones y sus cuatro pisos, que parecen elevarse del mar. Una

gran terraza se adelanta sobre las olas; más allá, un bronce del Gran Almirante, con espuelas y espadín diplomático; a la izquierda, la piscina y el tobogán; risotadas, zambullones y una juventud alegre y coloradota que después del almuerzo corre a los baños para pasar allí las horas en que todo Colón se abrasa.

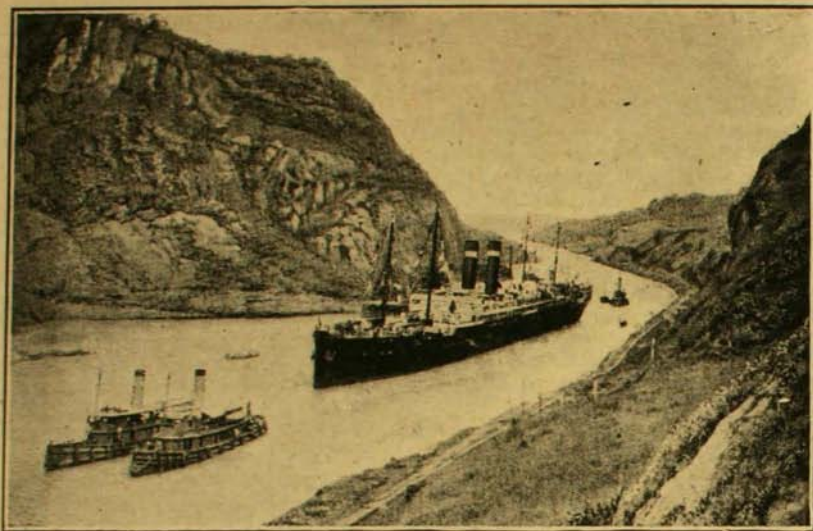
Un cosmopolitismo frívolo y champañero pone su nota ruidosa en los jardines y en las salas del hotel. Durante el día, desnudeces picantes en la gracia restirada de los trajes de baño; cocktails, cigarrillos egipcios y el zumbir incesante de los zbanicos eléctricos; por la noche, orquesta del Hawai, brujería muy francesa en los vestidos que descubren totalmente la espalda y más allá de los tobillos, desnudos también por el permiso de la moda y el rigorismo de los cuarenta grados; mesitas con la infaltable pantalla verde y amable sonreír de los "garçons" de color obscuro.

## II

Nuestra primera pregunta a la mañana siguiente, es por el Canal. Un intérprete que



Exclusas de Gatún, mirando hacia el Sur.



Gran vapor de pasajeros pasando el corte de Culebra.

nos presta la administración del Washington, nos lleva a quién sabe cuántas oficinas. Después de media hora en la capitanía (órdenes por teléfono, sellos, contraseñas), llegamos a un pequeño muelle. Esperamos otra media hora y al fin llegan nuestros compañeros de excursión: un matrimonio francés con una hija deliciosa; se llama Odette (como todas las francesas bonitas), y nos resulta un bello diablillo de cabellos cortos y actitudes de película complicada.

Embarcamos en un vaporcito de doce toneladas. Nos acompañan, además, un ingeniero yanqui de ojos aborregados, el amigo que nos ha servido de guía desde la Habana y un animalote de dos metros, enviado especialmente por el comando de la zona. En la proa se destaca la gorra azul del práctico, otro yanqui "estilo Mission", en cuyos hombros cuadrados y vigorosos parece descansar bien firme el poderío de la Casa Blanca.

Salimos de Bahía Limón y después de virar a la izquierda, entramos a la punta del Canal. Muy cerca, un barco petrolero descarga barriladas de aceite en un inmen-

so tanque. Algunos de sus marinos llevan sombrero de petate, "made in México".

Una espesa vegetación se levanta en las márgenes. De trecho en trecho, observamos grandes campamentos de negros, único tipo que resiste las diez horas diarias, bajo la tórrida temperatura de la zona.

—Estos hombres — advierte nuestro guía — son la más seria amenaza de los yanquis: todos ellos son de Jamaica, nacionalizados británicos, y, como se saben insustituibles, han formado un poderío difícil de contentar. Hace unos cuantos meses, formalizaron una huelga pidiendo aumento de sueldos; durante cuarenta horas no pasó el Canal un solo barco, y, cuando se creía en dificultades de grave resolución, voluntariamente reanudaron sus tareas, aunque se dice de una conferencia privada entre los jefes de los veinte mil trabajadores y un delegado secreto del Gobierno inglés aparecido misteriosamente en la escena.

Se nos cuenta después, de un centenar de gigantes de Texas traídos a prueba, y cuya resistencia apenas si les bastó para semana y media.



Mientras se desliza esta conversación, observamos una cuadrilla de negros en una de sus rudas tareas. Dragan en la orilla derecha, ayudados de bombas y máquinas poderosas. En tanto que nosotros, a pesar de los ventiladores de cubierta, sentimos asfixiarnos, ellos trabajan incansablemente, soportando en los lomos hercúleos un continuo sinapismo de lumbré.

El canal hace más adelante una leve curva y se angosta a menos de cien metros. El práctico y el timonel cambian algunas silabas, y de pronto, al volver otra pequeña curva, nos hallamos frente a las esclusas de Gatún. Estamos, pues, ante la maravilla de la ingeniería moderna y, como impulsados a tiempo, corremos todos a la proa.

El remolcador se detiene a medio kilómetro de la primera gran puerta de acero; establece un servicio de señales con banderas, en tanto se aproxima lentamente al muro de acercamiento. Poco después, una invisible mano de muchos miles de watts, una poderosa y enorme mano, abre las hojas, cuyo espesor es de dos metros. Avanzamos nuevamente hasta colocarnos a la entrada y allí nos detenemos algunos minutos, lo suficiente para que dos carros eléctricos, a derecha e izquierda, nos sujeten con potentes cables hasta colocarnos en la parte media. Se repiten las señales; nuestra máquina deja de funcionar, y a un aviso, arrancan los carros lentamente. Poco a poco vamos avanzando; cruzamos junto a las puertas y llegamos hasta quedar en el centro de la esclusa. Nos hallamos propiamente dentro de un gran cajón de cemento. Levantamos la cara y asombradamente vamos observando nuestra prisión. La mano rábulosa vuelve a funcionar otra vez y la puerta se cierra herméticamente. En esos momentos, de varios tubos saltan verdaderos torrentes de agua que rápidamente van llenando la esclusa y levantando nuestro barco. Subimos varios metros y cuando casi estamos a nivel del piso, otra enorme puerta se abre a nuestro frente. Nuevas señales, campanas de los teléfonos y funcionamiento de los coches eléctricos. Pausadamente caminamos hasta quedar en la mitad de la otra esclusa. Quedamos unos segundos en este nuevo cajón, y otras poderosas corrientes lo llenan

hasta levantarlo catorce metros más. La maniobra se repite idéntica en la tercera esclusa y, por último, se franquea otra puerta y salimos. El asombro es unánime; nos hallamos ahora en un gran lago desde el cual observamos el sitio que ocupamos media hora antes. Sucede que una maravillosa magia de hierros y puertas y corrientes, nos ha elevado a más de ochenta pies sobre el Atlántico.

El padre de Odette confiesa que nunca se había dado exacta cuenta del canal.

—Yo creía, — nos dice con sinceridad, — que el canal unía los dos mares en línea recta, sin subidas ni bajadas. Suponía que las esclusas eran para detener los ímpetus del mar y ajustar el desnivel que pudiera existir de uno a otro lado, pero estoy maravillado, señores...

La pequeña rubia se molesta con la tontería paterna. Por nuestra parte, apenas podemos admitir que un compatriota de Lesseps diga estas cosas. El ingeniero yanqui, en cambio, trabajosamente rinde honores a Francia. Con excepción de la obra de las esclusas, — dice, — mi país al construir el canal siguió siempre el trazo de los ingenieros franceses.

Nuestro guía nos explica, a su vez, el fracaso de Lesseps. Primero, por el desastre financiero, al poner la empresa en manos de particulares que medraron y se dejaron medrar; segundo, por el desconocimiento de climas y condiciones de la región. Los Estados Unidos, en cambio, empezaron por higienizarlo todo, haciendo habitables parajes que parecían condenados por una grave maldición. La sanidad americana, — termina, — no sólo acondicionó las cinco millas adquiridas en el tratado, sino muchas otras regiones.

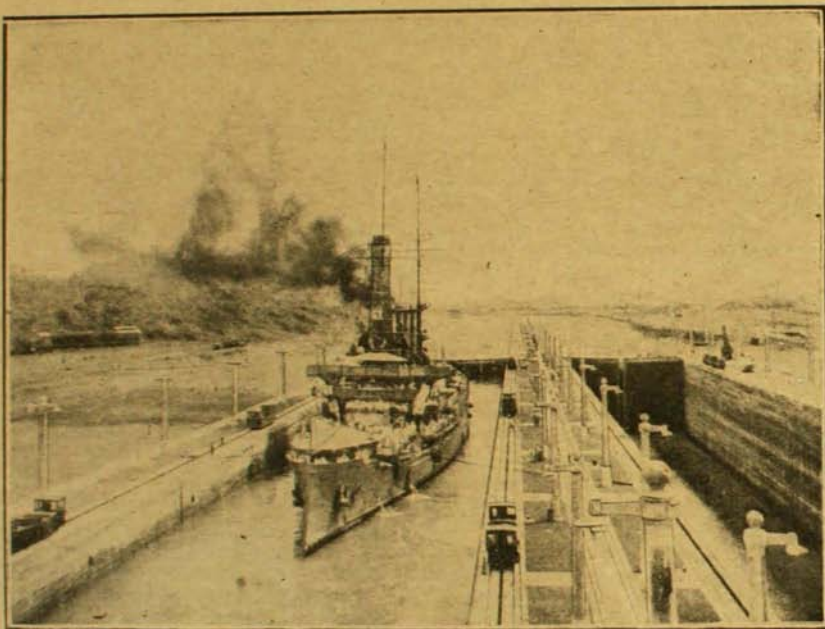
El yanqui observa el asombro del francés y la fina silueta de la hija, mientras va llenando su pipa de junco. Sin consultarlo, tenemos la seguridad de que todos, después de admirar esta obra, hallamos al ingeniero mucho más importante de lo que parece.

### III

La travesía por el lago de Gatún es atractiva. Para mejor aprovecharlo, se le des-

bordó por varias partes y se le hizo vaso artificial en otras. En los muchos kilómetros que mide, alcanza profundidades de ochenta y noventa pies. Para evitar que se ensanche, al norte, cerca de las esclusas, se le detuvo con una enorme barrera de ocho mil pies de largo y dos mil de grueso en cemento y hierro. La ruta de navegación la indican elevados postes de color blanco, colocados cada kilómetro; sin embargo, un bote

tura, Sardinilla y otros ríos que afluyen al canal, llegamos al Corte de Culebra, otro sitio donde el cálculo francés y más tarde el americano, abrieron arriesgadísimo camino. La montaña ha sido cortada en el centro y en una extensión de varios kilómetros, dejando apenas espacio para el paso de los buques. Al cruzar, nuestra embarcación parece todavía más pequeña. A la izquierda se levanta la mole amenazante; desde la



El "Tennessee" en las esclusas de Miraflores

del comando americano guía la marcha de los vapores a través de los mil islotes que pueñean el canal.

Nuestro remolcador hace un camino feliz. El espectáculo es admirable; a cada momento nos hallamos nuevas sorpresas; ora la desembocadura de un caudaloso río; ora las montañas que en un segundo término decoran el paisaje; más allá, los millares de árboles secos que se levantan de las aguas, como una extravagante procesión de esqueletos. Pasando el Chagres, Buena Ven-

cumbre hasta abajo, se diría que un inmenso cuchillo la partió de golpe; sin embargo, de trecho en trecho se observan grandes boquetes de pedruzcos que se desprendieron como proyectiles fabulosos.

—Hace varias semanas, — dice alguien, — ocurrió el último derrumbe. El Príncipe de Gales había llegado a Colón en el "Renown" y un aviso alarmante le hizo suspender por día y medio su viaje a Australia. Sucedió que en aquel lugar, — señala un agujero como túnel— se desprendió un blo-



que de sesenta toneladas y obstruyó el canal. El comando se tiró de los cabellos; funcionaron las grúas, la dinamita, cinco mil trabajadores, y, al cabo de treinta y seis horas, el barco de la escuadra inglesa pudo pasar con el heredero. No faltó, por supuesto, quien aseguró escuchar de los jóvenes labios esta frase:

—¡Lástima que esta obra sea tan imperfecta!...

Y en efecto, — continúa el compañero nuestro, — todo esto no ha dado los resultados que se creían. El dragado continuo, los derrumbes y la misma naturaleza del terreno, hacen que solamente los gastos de reparación sean de muchos millones de dólares al año. El canal cuesta más de quinientos millones y puede asegurarse que resultó un mal negocio, aun para los planes secretos de White House. Nuestro amigo se entusiasma en números y cálculos hasta llevar su conferencia a la futura significación de Tehuantepec, en Méjico.

Mientras habla, miramos al fondo, sobre un altísimo puente, el expreso Panamá-Colón, que sólo en hora y media une los dos puertos. Dos de sus doce carros, conducen pequeños bloques de hielo para repartirlos en el camino a la negra sedienta. Está línea es también yanqui por caminar dentro de las cinco millas de la zona y sus tarifas son elevadísimas. El año pasado, — refiere alguien — los panameños trataron de establecer un servicio de camiones, aprovechando la carretera, pero el comando dictó un ¡No! rotundo y aquello no pasó de proyecto.

—¡Ah! — exclamamos en coro...

Conforme nos alejamos del Corte de Culobra, el paisaje a la derecha se hace maravilloso; una herbazón tupida y caliente asciende por todas partes; de las riberas se levanta una humedad olorosa y tropical; una enorme nube pasa bajo el sol y sombra la montaña; al fondo, una aldea minúscula se agrupa a la pequeña torre del lugar...

#### IV

El canal, antes de la esclusa "Pedro Miguel", se acurva ligeramente y ofrece algunos sitios bellísimos. La vegetación es

allí tan perfumada que nos llegan intensas bocanadas de vida.

En "Pedro Miguel", delante de nosotros, vemos las chimeneas de un buque de guerra yanqui que en esos momentos cruza rumbo a Colón. A la entrada de la esclusa, se repiten las maniobras de Gatún. Los remolcadores eléctricos se encargan de centralizarlos; avanzamos lentamente, y una vez más vemos abrirse las grandes puertas de acero. Penetramos poco a poco y nuestra ingenuidad se maravilla hasta el asombro, observando cómo el agua que nos mantiene a flote se escapa rápidamente por varias bocas que parecen chuparlo todo. Bajamos uno, tres, ocho metros, y cuando tenemos necesidad de levantar la cara para ver cosas que hace un minuto estaban, a nuestro nivel, otra puerta se abre al frente y nos da paso a la segunda esclusa. Allí bajamos doce metros; quedamos sujetos a los cables algún tiempo y salimos por último a otro pequeño tramo seguido de la esclusa "Miraflores." Otra maniobra idéntica a las anteriores nos baja todavía más, y, por último, otra más hasta dejarnos a nivel del Pacífico, que diez millas adelante, destieca sus espumas en la costa panameña.

El paisaje ahora es diferente; un cambio brusco le ha dado nueva perspectiva; las montañas han quedado atrás, más arriba. A derecha e izquierda una clara extensión verde se prolonga; palmeras, matujas enanas y manchas de flores apretadas en quién sabe cuántos colores.

El hombre de la pipa, satisfecho de nuestro asombro, hilvana en su castellano de mordiscos una invitación a visitar algo que no entendemos bien, pero que sin embargo nos interesa. Nos acercamos a la ribera y fondéamos en un pequeño embarcadero donde un guardia revisa estúpidamente nuestros papeles de permiso. Después de poco andar, llegamos al comienzo de una rampa que conduce a la caseta de ingenieros; nueva molestia con un soldadote del Tío Sam que nos marca el alto; habla entonces el guía y pasamos. Al llegar a lo alto buscamos al ingeniero por todas partes; lo miramos al fin, curioseando cosas que no le importan. Odette, nuestra rubia compañera, comprende rápidamente la situación y, aun-

que, tardamente, procura recoger su cortísima falda blanca. El yanqui sube despreciosamente y nos conduce a la caseta. Odette lo mira furiosa.

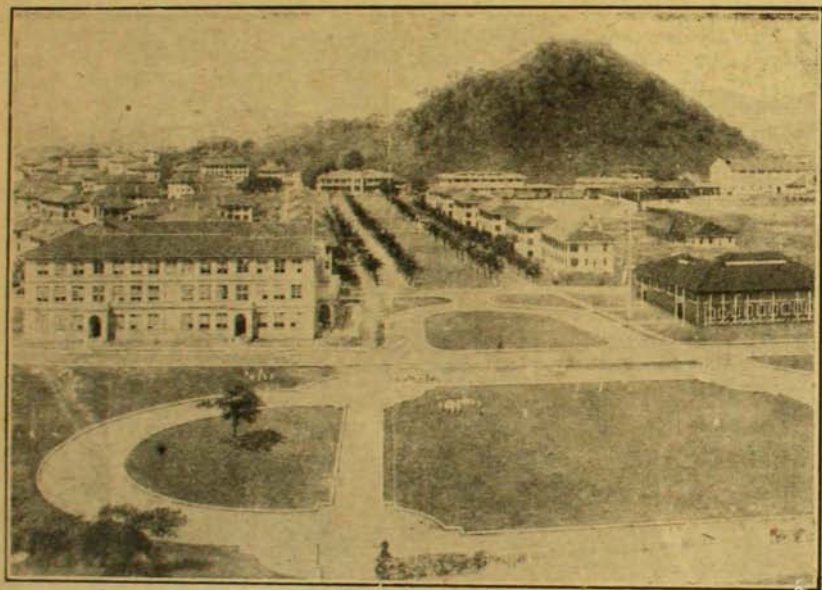
V

Nos hallamos frente a un admirable juguete que maneja un caballero de barba puntiaguda y anteojos oscuros. Nos saluda en buen español y nos hace algunas explica-

ciones y palancas van señalando la operación que se realiza en las esclusas; otras pequeñas piezas de níquel marean el paso del vapor. Entre tanto, el ingeniero oprime botones, mueve registros, hace cálculos y dirige, ayudado por el teléfono, toda la complicada tarea. De pronto vuelve la cara y nos dice:

—Asómense ustedes, ahora pasa el barco.

Vamos a la ventana y a media milla vemos el poderoso navío que cruza gallarda-



"El Prado", escuela pública en el fondo, Balboa, Zona del Canal.

ciones. El aparato es una diminuta reproducción del canal; aquella torrecita indica... (interrumpe unos momentos para contestar una llamada del teléfono, cambia algunas palabras en inglés) y luego dirigiéndose a nosotros:

—Tienen ustedes suerte; ahora precisamente pasará el "Santa Luisa" por las esclusas y comprenderán mejor. Se sienta junto a la mesa, se pone los audífonos y en tanto marca cifras y números, observamos el curioso aparato. Una complicada serie de

mente. Desde cubierta nos saludan los pasajeros; agitamos también nuestros pañuelos y hay quién sabe qué alegre tristeza en este adiós a quienes sólo vimos desde lejos...

Visitamos después las compuertas de emergencia, enormes esqueletos de hierro y acero instalados junto a las esclusas. Se levantan a sesenta metros y una curiosa máquina eléctrica las hace funcionar rápidamente en cualquier caso desgraciado; un viraje circular las cambia de sitio y automáticamente



nente las coloca en el canal, evitándose el accidente.

Embarcamos después y a poco andar advertimos una bella perspectiva: casitas blancas, jardines primorosamente cuidados, avenidas de ensueño; es Corozal y Balboa.

La bandera yanqui ondea por todas partes; en los parques se desparrama alegremente la chiquillería de cabellos rubios; a cada paso, las escuelas, las tiendas con aparatosa réclame; las oficinas, el comisariato, la Y. M. C. A., y más allá los cuarteles, los campos de aviación y los pequeños chalets de los empleados de la zona.

Caminamos dos millas y desembarcamos al fin. Muy cerca de nosotros, el Pacífico rompe sus crestones plateados en la playa; a lo lejos, dos cruceros yanquis perfilan sus contornos plumizos y una barca de velas, como en los cromos sentimentales, se destaca en el azul del horizonte.

## VI

El auto que nos lleva a Panamá camina despacio. Atravesamos la zona difícilmente; un continuo ir y venir de motociclos, de autos, de coches, nos impide acelerar el motor. Nuestro chofer, que sabe de estas cosas y de otras muchas, nos va diciendo:

—Aquí termina la zona; aquí comienza Panamá; aquella del fondo es la Isla de Taboga que acaban de tomar los americanos para artillarla; aquella loma tiene baterías de 42, como las alemanas; para visitarla, es necesario el permiso especial y no llevar máquinas fotográficas.

En tanto, observamos la ciudad; algunas casas de mampostería, calles estrechas, trajes blancos, letreros en inglés y, como en Colón, negros que salen y entran y se multiplican asombrosamente por todos lados.

El chofer sigue hablando:

—Aquél es el ministro fulano, — y nos señala un señor que pasa, — aquella es la casa del Presidente de la República; esa es la catedral; aquí está la biblioteca.

Más tarde visitamos los alrededores, el hospital americano, la planta carbonera considerada la más grande del mundo y la terminal de Balboa. Recorremos nuevamente la pequeña ciudad y después de un asal-

to de mendigos, terminado con un dólar bien repartido tomamos la carretera que, cerca de la costa, conduce a lo que fuera en otros tiempos la hispana ciudad de Panamá, grande emporio y centro del comercio marítimo con los puertos del Pacífico. Caminamos seis kilómetros y da fin nuestro viaje en un melancólico rincón de la playa, donde las olas llegan mansamente y se deshacen como temerosas de despertar el sueño de siglos que duermen las solitarias ruinas.

De la ciudad que fundara Pedrarias en 1519 y que más tarde, ante la bárbara piratería de Morgan, destruyeron los españoles fugitivos, no queda sino el primer cuerpo de una torre y media docena de morrones diseminados y medio ocultos por la generosa cubierta de las yedras. A la izquierda sigue todavía en pie el pequeño puente de la huida; en un paredón del fondo, fácilmente se descubren dos nichos rotos y más allá, cerca de la torre, una cornisa desportillada. Al acercarnos, una bandada de pájaros sale huyendo...

Frente a las ruinas, en una plazoleta abandonada y evocadora, un cafetín mal oliente levanta su caseta de tablas; la profanación es grosera y estúpida; para colmo, en el portalillo de entrada, cuelga un destañido retrato del inglés. Es un Morgan de bigotes altaneros y sombrero verde, ribetado de plumas rojas; la mano derecha descansa en el pomo de la espada como una garrá traicionera y ladrona. Nos consuela, sin embargo, un letrero que hay bajo la pintura: "Se vende"...

## VII

Al regresar a Panamá, la noche, es de noche. El automóvil avanza rápidamente: Odette se ha puesto sentimentalmente cariñoso; sin que nadie se lo pregunte, nos habla de Verdun, de Reims, de su novio, un terrientillo que bailaba tango en la terraza del Café de la Paix y se batió después hasta morir. Sus padres la escuchan silenciosamente; en cambio, nuestro guía se divierte cazando luciérnagas con el sombre-ro...

Entramos a la ciudad por una barriada



Fachada del Hotel Tivoli. Ancon. Zona del Canal.

populosa; en varias calles nos aturde una gritería infernal; en las tabernas tocan los organillos música de una sensualidad espesa. En las puertas, las hetairas cantan y beben con marineros borrachos que levantan sus vasos y brindan en alemán, en italiano, en ruso...

Poco después, nueva revisión de papeles en la aduana; maletas que se pierden y se recuperan después milagrosamente; sirenas que aullan en todas partes y romántica despedida de nuestros amigos que se quedan

por varios días más para seguir después rutas extrañas.

.....

A las nueve en punto, después de la comida, salimos a cubierta. Una señora vieja llora por quién sabe qué afecto abandonado; nosotros no tenemos por quién llorar, pero, sin querer, seguimos la tira luminosa del faro que nos envía el adiós de Panamá y nos agranda un viejo recuerdo sentimental.





# Los siete durmientes

## FOR EUGENIO DE CASTRO

Eugenio de Castro es uno de los poetas exquisitos de la moderna literatura lusitana, que los ha dado tan grandes. En plena juventud, impúsose con su poema *Belkias*, para el cual nuestro Darío tuviera calurosas palabras de entusiasmo; mas antes había hecho gustar las sabrosas mieles y los heteroclitos licor-bay, es Eugenio de Castro: musical prosista también, inspirado al remontarse a los tiempos del alado helenismo o al convivir su espíritu sintético con las edades de la decadencia romana, como en esta milagrosa evocación de *Los siete durmientes*.

Al anochecer, bajo una luna de estío, tres pastores descendían del monte Celio, detras de un rebaño.

Sonaban las esquilas angustiosamente. De cuando en cuando los perros negros deteníanse, desconfiados, junto a la boca de las minas de agua, que la luna poblaba de fantasmagorías. Abajo fulguraba la ciudad de Efeso, lamida por las aguas del Caistro, cuya plata efervescente iba a perderse en el mar vago, lleno de neblinas.

— ¡Mirad! — dijo uno de los pastores. — El palacio imperial está todo iluminado... Bien os lo decía yo: Decio llegará mañana.

De pronto, en un recodo de la pedregosa vereda, los tres se quedaron inmóviles, lívidos de pavor. Al mismo tiempo los perros comenzaron a ladrar furiosamente, como si una manada de lobos hidrófobos atacase al rebaño; aterrizando a los pastores y a los perros, siete fantasmas blancos oraban de rodillas, sobre un alto peñasco.

El más joven y vigoroso de los zagales disponíase a avanzar decidido y hostil, hacia el extraño grupo, — que parecía de mármol, — cuando de repente soltó una desdenosa carejada:

— ¡Son los siete cristianos!

Con la boca todavía fruncida por la risa volviéndose a sus compañeros, y riéndose todos de aquel ingenuo susto corrieron al alcance del rebaño, que iba ya lejos, perdiéndose en un bosque de cipreses.

\*\*\*

Maximiano, Maleo, Marcio, Dionisio, Juan, Serapio y Constantino, los siete cristianos que oraban al fulgor de la luna, eran siete mancebos de dieciséis a diecinueve años, enflaquecidos por la penitencia, pálidos, de ojos tímidos y profundos. Sus figuras tenían cierta gracia femenina, y las manos claras, cuyos dedos conservaban aún señales de anillos y restos de aromas exquisitos, atestiguaban la delicadeza de su origen. Todos ellos eran efesios.

Habitaron palacios de mármol, durmieron en lechos de plumas, arrastrando túnicas recamadas de gemas por el mosaico de peristilos monumentales, donde los ruidores cantaban entre arbustos de Arabia.

Nuestro Señor Jesucristo se apareció una noche a Maximiliano, el más joven y el más pálido de los siete, y le dijo:

— ¡El oro es del color del fuego, que todo le consume; los que tienen ojos verán en él las llamas del infierno! Si quieres reclinar la cabeza en mi seno, coge tus riquezas y distribúyelas entre los pobres. Despierta a tus amigos y díles que hagan otro tanto. Sigue con ellos por el camino de la humildad, y juntos llegaréis a las puertas del cielo...

Apenas desvaneciése la divina visión, Maximiano fué de puerta en puerta, despertando a los amigos que dormían en el error; pero casi todos lo recibieron con mofas y desdenes, afeminados por una existencia de depravados refinamientos. Sólo seis se decidieron a acompañarlo. Los siete abandonaron sus palacios, distribuyeron su riqueza, retirándose a la soledad, donde vivían en éxtasis, visitados por los ángeles y protegidos por los leones, que a sus ojos se tornaban mansos como corderos.

\*\*\*

Mientras Felipe vivió, los siete cristianos continuaron sus prácticas espirituales sin que nadie los molestase; pero así que el Senado reconoció a Decio por Emperador, aquella dulce paz trocóse en los más duros martirios. El implacable Decio molestó a los cristianos con toda suerte de tormentos: fué ésta la séptima y la más cruel de las persecuciones. Siempre que aquellos elegidos del Señor descendían a la ciudad, los paganos cebaban en ellos su entrañable odio, lapidándolos, llenándolos de vituperios y ofendiendo sus castos ojos con torpes imágenes ithifálicas. Ellos, por el contrario, pagaban la aermonía con cariño, sonriendo a los que los apedreaban. ¡Sus defensas eran espadas de inocencia y puñales de amor!

Se extinguía a los lejos el angustioso rumor de las esquilas. Maximiano se levantó y dijo a sus compañeros:

— El Emperador llegará mañana. ¡Mirad! Su palacio está iluminado... Decio aborrece a los cristianos. Nos mandará matar si nos ve. ¡Preparémonos para el martirio que habrá de conducirnos a la presencia de Dios! No nos escondamos ni aguardemos a que él nos descubra. Presentémonos ante sus ojos... Levantaos y entremos en la ciudad.

Se alzaron todos, e iban a seguirlo, cuando Dionisio exclamó:

— Nada tan dulce como el martirio si éste nos ha de granjear la eterna gloria. Mas, si

voluntariamente buscamos la muerte, seremos unos egoístas, preocupados sólo de la felicidad propia. Todavía no hemos trabajado ni sufrido bastante para merecer los supremos regalos de la bienaventuranza. En vez de buscar la muerte, debemos huir. Sólo así podremos servir al Señor, convirtiéndolo a los que caminan por caminos perversos, consolando a los tristes y socorriendo a los enfermos...

—Quizá tengas razón, Dionisio, — dijo Maximiano: — mas, si esta ansia de muerte que todos sentimos no fuese conforme a la voluntad de Dios. El no la hubiera hecho germinar en nuestras almas...

—Si el Señor nos muestra caminos diversos, —añadió Dionisio, — es para decirnos que debemos recogerlos en la meditación antes de preferir cualquiera de ellos. Es preciso vivir, porque vivos aumentaremos el número de los fieles, mitigando muchos infortunios; al paso que, buscando la muerte, sólo alcanzaremos la conquista de las delicias celestiales... No es justo que, por amor a nosotros, olvidemos la gloria de Dios y la suerte de nuestros hermanos.

—Te engañas — replicó Maximiano. — Nuestra muerte servirá al Señor. La sangre derramada ablandará los corazones más duros.

Estas palabras, dichas con voz de iluminado, profundizaron en los espíritus. Dionisio tomó una expresión de resignada aquiescencia, y los otros, arrojándose de nuevo, clamaron llenos de entusiasmo, fijos los ojos en las estrellas:

—Señor, danos paciencia y valor!

Marco, ardiendo en fiebre, decía oír coros de ángeles que cantaban muy de cerca... Y, todos de blanco, los siete, comenzaron a descender el monte Celio, camino de la ciudad, tropezando y cayendo a cada instante; ¡tan caído que ellos estaban por las maceraciones y los ayunos!

## II

Los godos, como un simón infernal, habían precipitado furiosamente sobre la Iliria, la Tracia y la Macedonia, donde corrían danubios de sangre. Prisco, comandante de las legiones imperiales, coaligándose traicioneramente con el enemigo, se hizo proclamar emperador. Entonces Decio mandó a su hijo contra los bárbaros capitaneados por Prisco; pero las derrotas del Príncipe fueron tan ruidosas que el Emperador, al saber que Filipolis había sido tomada, vino en persona, con tanta suerte, que consiguió desbaratar los ejércitos rebeldes.

Antes de regresar a Roma, Decio, ansioso de descanso, resolvió pasar algunos días en Efeso, linda y voluptuosa ciudad donde los laureles rosa estaban siempre floridos y donde las costumbres eran sensuales, lánguidas y perezosas...

\*\*\*

Llegó al amanecer, e inmediatamente fué al

templo de Diana Artemisa, que, a pesar de la devota locura de Erostrato, conservaba aún la magnífica solemnidad de sus ciento veintisiete columnas jónicas, en medio de las cuales, vencedora de las llamas, fulgía la estatua de la diosa labrada en oro macizo.

El tirano había pasado la mañana en la bodega de Efeso, bajo el toldo de una góndola, oyendo cantar a dos doncellas de Misya — patria de las más hermosas mujeres — y bebiendo claros vinos griegos en ancha copa de amatista, en el fondo de la cual, grabado bajo una figura de Baco, había un apigrama de Platón el Joven?

Cuando de música y de vino, mandó remar hacia la ciudad, donde la multitud, a la sombra de los laureles, danzaba y reía. El día de su llegada coincidió con el de las Targelias fiestas en honor de Apolo y Diana, que por esta coincidencia habían sido preparadas con excepcional esplendor.

Decio se reclinó en un suntuoso lecho, colocado en la terraza imperial, protegido por un velario de seda verde franjeado de oro, y sostenido al aire por lanzas y alabardas. Dos esclavos, a compás de los gemidos de las cítaras, agitaban suavemente grandes abanicos de plumas.

El emperador, coronado de yedra, tendido desmayadamente como un ebrio, mascaba una raíz aromática, mientras la multitud, allá abajo, aplaudía loca de entusiasmo.

Cuando las clepsidras marcaron la hora noon, un gran clamor resonó en toda la ciudad. Decio levantó un poco la cabeza, alargando la mirada, y divisó a lo lejos un cortejo que descendía del templo de Diana, al son de un melodioso canto que las flautas acompañaban.

El cortejo entró, finalmente, en el gran pascual, que el palacio imperial ensombrecía. En dos andas, cubiertas de coronas y de flores deshojadas, venían las estatuas de Apolo y de Diana, la una enfrente de la otra. Detrás caminaban humildemente los hombres malditos, destinados a la purificación, que iban a ser expulsados de la ciudad, y a quienes las sacerdotisas de Diana fustigaban con ramas de higuera. Decio miraba todo con indiferencia de ídolo: los vapores del vino habíanle producido un completo agotamiento de la atención, una ansia de sueño... Así, cuando las flautas del ritual y la voz de las sacerdotisas comenzaron la famosa *crades-nomos*, del poeta Minnemos, se adormeció, vencido por aquella música solemne y dolorosa.

Al despertar era casi de noche. Despereznándose, encendió la corona de yedra que le tapaba los ojos. Después mandó colocar la mesa de la cena en aquella terraza donde el aire era tan blando y tibio, y se fué al baño aromático, seguido de los esclavos, que incansablemente agitaban sus grandes abanicos de plumas.

Cuando reapareció venía tan lleno de joyas que parecía Heliofóbulo. Carbunclos, esmeraldas, rubíes, obsidinas, perlas y diamantes cu-



# Fabricantes



# de ropa blanca



## Fratelli Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en Blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Rogamos a nuestra clientela solicitar el Catálogo General de la Casa que remitimos gratuitamente a quien lo solicite.

briando de pies a cabeza; traía anillos hasta en la raíz de las uñas, los brazos llenos de pulseras y los tobillos ajustados por perisciles de oro que sonaban como campanillas.

Huminada por doce lámparas de plata, la mesa resplandecía de cristalería y de metales; enda bandeja, fulgurando como un sol, recordaba aquella preciosísima que la madre de Salomé fué a buscar al tesoro subterráneo del Tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, para depositar la cabeza del Bautista. Alrededor de la mesa sangraba la púrpura de los lechos y ardían los bordados de los almohadones, llenos de finas plumas de cisne.

Decio y sus convidados reclináronse en los lechos: el Emperador colocóse entre las doncellas de Mityra, de cuyos cabellos, empolvados de plata, flotaban arácnidos velos de Laconia, y en cuyos senos de mármol ardían álecras de piedras preciosas.

Las cítaras comenzaron a gemir. Aparecieron doce esclavos alejandrinos que coronaron a los veinte convidados con guirnalda de yedra y verbenas, al mismo tiempo que otros doce, de la Nubia, llegaban con jarras de oro, llenas de agua perfumada, para las abluciones preliminares.

Las cítaras gemían siempre, ritmando los movimientos de los esclavos...

En el cielo había una maravillosa regata de estrellas candentes.

Decio tomó una enorme copa de lapislázuli, y, después de beber, la hizo circular de mano en mano; pero aún no había dado una vuelta completa cuando un extraño tumulto hizo levantar sobresaltados todos los rostros, apagando todas las voces. Las cítaras enmudecieron de pronto, y el procónsul, Claudio Rufo, que iba a beber, dejó caer la suntuosa copa, que fué a partirse sobre el mosaico...

De brúces en los balaustres de la terraza, todos los convidados pudieron ver abajo, en la plaza, a los siete cristianos vestidos de blanco, huyendo, perseguidos por la multitud, que los cubría de insultos y los apedreaba con bárbaros refunamientos de crueldad.

\*\*\*

Aquella tarde algunos antiguos compañeros de los siete cristianos habíanse preparado una celada. Uno de ellos fué a ver a Maximiano y le dijo:

—Están en Efeso siete pobres cristianas a quienes el Emperador Decio mandó arrancar los ojos, que, oyendo alabar tus virtudes y las de los que te siguen, desean ardientemente conocerte. Calma su ansiedad. Podéis ir a verlas al caer la noche...

Y le indicó una morada.

Al morir la tarde, profundamente conmovidos por la suerte de las siete mártires, que los estaban aguardando, Maximiano y sus compa-

ñeros llamaron a la puerta indicada, que se abrió, gimiendo como si realmente protegiese un gran infortunio; mas, apenas entraron, en vez de siete desgraciadas sin ojos, vieron siete mujeres de pupilas lánguidas y malignas, siete mujeres diabólicamente hermosas, en cuyos cabellos centelleaban rubies y de cuyos dedos desprendíanse lúbricos perfumes.

Los cristianos huyeron de ellas como de siete perros rabiosos; pero el populacho que los aguardaba a la puerta, prevenido de la celada, comenzó a perseguirlos, injuriándolos y lapidándolos. Por fortuna, la puerta de las Piscinas estaba aún abierta, y los siete mancebos consiguieron refugiarse, ensangrentados, mas con vida, en las dulces y misteriosas soledades del monte Celio.

\*\*\*

Cuando todo quedó sereno preguntó Decio al gobernador de la ciudad:

—¿Quiénes eran aquellos siete jóvenes?

—Siete cristianos que abandonaron todas sus riquezas y que por castos huían de siete mujeres que querían conducirlos a sus lechos.

—Démolos un día para que reflexionen; pero si después de mañana no reniegan de su Dios y adoran los nuestros, que sean crucificados...

El gobernador abrió entonces el grafario que traía a la cintura, y con el estilete escribió en una tablilla encerada una apuntación ligera.

El festín continuó ruidosamente... Y al amontonar Decio en una bandeja esmaltada las primicias del primer plato para llevárselas al día siguiente al altar de Diana, todos los convidados, después de una copiosa libación y de una desconcertada agitación de ramos de laurel y de mirto, entonaron un cántico tradicional a compás de las liras.

### III

Al atardecer del día siguiente, los siete compañeros, que desde la víspera no habían hecho sino rezar, agradecidos al Señor, que les había dado fuerzas para salir del monstruoso infierno en que habían caído, sintiéronse desfallecer de hambre... Sus sacos estaban vacíos, y de los árboles que por allí daban sombra, no pendía un fruto siquiera.

Malco, que era el más resuelto, levantóse y dijo:

—Esperad un poco... Iré a la ciudad y traeré de ella lo que nos sea preciso...

Y cubriéndose de harapos, sucio de tierra, simulando un mendigo, comenzó a descender el monte, camino de Efeso.

Al verlo desaparecer, exclamó Dionisio:

—Por lo que ayer hemos oído, Decio pocos días se detendrá en la ciudad. Así que él parta, dejarán de perseguirnos, o por lo menos nos perseguirán más blandamente. De suerte que



# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

|                             |        |
|-----------------------------|--------|
| Agua higroscópica . . . . . | 2.35%  |
| Materia volátil . . . . .   | 39.25% |
| Carbón fijo . . . . .       | 51.40% |
| Cenizas . . . . .           | 7.00%  |

---

100.00%

---

|                                              |        |
|----------------------------------------------|--------|
| Azufre . . . . .                             | 0.92%  |
| Coke (aspecto sólido) . . . . .              | 58.40% |
| CALORIAS, Unidad Termal-Centígrado . . . . . | 7,500  |

---

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178**  
**Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377

muy en breve comenzaremos nuestra tarea de convertir infieles...

—Si no fuera por la celada que ayer nos tendieron — dijo Maximiano, — tal vez a esta hora estuviésemos ya en la gloria del Señor. Mi plan consistía en ir a situarnos frente al palacio imperial y entonar un cántico cristiano apenas Decio apareciese en la terraza. El Emperador, irritado por nuestro valeroso desafío, no tardaría en mandarnos crucificar... ¡Ah! ¡Qué deliciosa y gloriosa muerte si expirásemos en una cruz, como Nuestro Señor Jesucristo! ¡Pero, ay! ¡Aquellas siete diabólicas mujeres nos obligaron a huir como unos cobardes, y, huyendo de ellas, huímos del martirio que ambicionábamos! ¡Aquí estamos aún miserablemente vivos!

—No deploras nuestra suerte, — dijo Dionisio: — si estamos vivos es porque el Señor quiere que vivamos.

Pero Maximiano, arrodillándose de nuevo, con los brazos abiertos, exclamó mirando al cielo:

—¡Oh, Jesús adorable, prepararnos el más doloroso de los martirios, para que seamos dignos de Vuestro amor; consentid que suframos todos los dolores que Vos sufristeis; haced que nuestra sangre corra en ondas, y que nuestros cuerpos se tornen tan llenos de heridas que parezcan jardines de rosas!

Los otros, incluso Dionisio, arrodilláronse también y clamaron:

—¡Oh, Jesús adorable! ¡Deja que nos martiricen!

Y de rodillas, inmóviles, empezaron a orar, pensando voluptuosamente en toda suerte de suplicios: en la hoguera, en la cruz, en la lapidación.

Ya la luna iba alta cuando Malco regresó pálido, desfigurado, los ojos doloridos, las manos trémulas. Su expresión y su actitud inquietaron vivamente a sus compañeros.

—¿Qué nuevas traes?

Malco, dejando el saco de las provisiones, respondió:

—Están levantando enfrente del palacio siete cruces, donde mañana seremos crucificados; por lo que si, vendrán a prendernos está asegurada.

Maximiano no pudo ocultar su alegría:

—¡Bendito y alabado sea Dios!

Pero Dionisio habló así:

—Oyeme un momento, Maximiano. Si Dios nos avisa con anticipación lo que va a suceder, ¿no será para que, aprovechando este aviso, huyamos de nuestros perseguidores?

Los siete se miraron perplejos.

—Si ambicionamos un gran premio — continuó Dionisio, — debemos ganarlo con un sacrificio grande, y no hay sacrificio que pueda compararse al de vivir. Los odios queman más que las llamas, las traiciones hieren más que los clavos, y las ingratitudes lastiman más que las piedras. En la hoguera, en la cruz o en el fondo de una cisterna se muere a prisa,

y la muerte, según dicen, llega a ser voluptuosa; por el contrario, el suplicio de vivir es lento, cada vez más cruel, cada vez más insupportable: el corazón no estalla de repente, va rompiéndose poco a poco.

—Tienes razón, Dionisio, — dijo Maximiano. — ¿Qué debemos hacer?

—Dionisio respondió:

—¡Huir! Tomemos algún alimento, durmamos algunos instantes, y al sentirnos con fuerzas, huyamos por esos montes...

Terminada la pequeña refección, los siete entraron en una honda cueva cavada en las entrañas del monte. Acostáronse y se adormecieron en un sueño profundo.

Cuando los soldados de Decio llegaron a aquel sitio, ya la mañana era clara. Los siete cristianos dormían pacíficamente.

Uno de los soldados dijo a sus compañeros:

—Quedaos aquí de guardia mientras yo voy a la ciudad. Si el espectáculo de siete crucificados puede intimidar a algunos cristianos, también es cierto que exalta la fe de los más y produce repentinas conversiones. Creo, pues, que el prestigio de nuestros dioses ganaría muchísimo si en vez de crucificar a esos siete mancebos tapáramos la cueva donde están durmiendo. Así su muerte sería menos ruidosa y más terrible. Voy a decir esto a Decio. No demoraré mi vuelta.

Se fué. Cuando regresó al amanecer, los siete cristianos dormían aún.

—Decio aprobó mi idea — dijo el soldado.

Y sin pérdida de un momento, comenzaron a tapar la cueva con grandes piedras, entre las cuales dejaron algunas tiras de cuero de rinoceronte, donde estaba grabada la descripción del martirio y de donde pendían sellos de plata con la efigie y el nombre del Emperador Decio.

Finalizado el trabajo, los soldados volviéronse tranquilamente a Efeso, pisando bajo un sol ardiente, sombras de palomas blancas, que cruzaban el aire...

#### IV

Ciento cuarenta y cuatro años más tarde, ocupando el trono bizantino el muy piadoso Emperador Teodosio, el Grande, apareció la herejía de los que negaban la resurrección. Herido en su valerosa fe, Teodosio comenzó entonces a entristecerse, martirizándose día y noche con cilicios, orando, derramando ríos de lágrimas.

Por aquel tiempo un hombre de Efeso, que tenía muchos ganados, mandó edificar en el monte Celio una gran choza para abrigo de sus pastores. A mitad de la obra, comenzó a faltar la piedra; y los pedreros pensaron en utilizar la que había sido empleada por los soldados de Decio cuando emparedaron a los siete cristianos. La demolición del muro quedó terminada en un dulce atardecer de verano. Apenas los pedreros se marcharon, los siete mancebos, que no estaban muertos, sino adormecidos, despertaron del prodigioso sueño en que el Se-





## **Poderosa**

como sea la fuerza o habilidad de un hombre, éllo tiene su límite. La industria del impresor es multiplicar miles de veces el esfuerzo intelectual ya sea en el orden científico, educativo o comercial. Siendo así, toda persona que analice sus quehaceres encontrará una economía de tiempo y esfuerzo, recurriendo a la imprenta. Este es el servicio que nosotros vendemos. Nuestros muestrarios lo guiarán para encontrar lo que a usted le conviene.

Venga a verlos, sin compromiso, su visita nos será agradable.

## **SOCIEDAD IMPRENTA & LITOGRAFIA UNIVERSO**

### **SANTIAGO:**

Agustinas 1250

Casilla 1017

Teléfono 1078

### **VALPARAISO:**

Prat N.º 269

Casilla 902

Teléfono 1935

bor los había sumido. Se saludaron como si hubiesen dormido algunas horas únicamente, ignorando por completo el gran milagro que en ellos se operara.

Enteramente alucinado, Maximiano, después de haber observado el cielo, dijo:

—Por la altura de la luna, veo que hemos dormido muy poco... Podemos desear algunas horas más, porque los soldados de Decio sólo vendrán de madrugada, y aún no ha llegado la media noche.

—Descansad a vuestro gusto — dijo Maleo — mientras yo vuelvo a la ciudad a buscar provisiones para la fuga, pues, como veis, nuestros sacos están vacíos y no sabemos por qué descansados tendremos que andar.

Maleo partió. Sus compañeros quedaron orando



Iba Maleo a entrar en la ciudad, cuando se asombró al ver una cruz de piedra sobre la puerta de las Piscinas. ¿Sería un milagro o estaría soñando? Y maleo la miraba maravillado y sus pensamientos dulcemente agitados entró en la ciudad; pero allí nuevos espectáculos sorprendieron sus ojos perplejos. Las calles estaban muy cambiadas; no conocía los palacios ni las personas que encontraba; en vez de templos paganos sólo veía iglesias, ante las que se inclinaban respetuosamente los transeúntes.

—¿Qué ciudad es ésta? — preguntó Maleo a un anciano.

—Esta es la ciudad de Efeso.

Dudando de lo que veía, juzgándose dominado por una inexplicable alucinación, Maleo caminaba, cuando vio luz en una pequeña tienda. Entró a comprar algunos panes.

—Mirad — dijo el vendedor, mostrando a los que estaban en el establecimiento los seis óbolos que Maleo le entregó, — este maneebo acaba, sin duda, de encontrar algún rico tesoro. Ved si no estas monedas.

Las monedas pasaron de mano en mano.

—¿Cuándo hallaste el tesoro? ¿En qué sitio lo hallaste?

Y como Maleo persistía en decir que ningún tesoro había encontrado, sujetáronle con una cuerda y lo llevaron a presencia de Antipáter, gobernador de la ciudad, que estaba en su palacio con el obispo S. Martino.

Allí Maleo confesó que había recibido aquel dinero de su padre, cuyo nombre indicó; mas como nadie tuviese de él conocimiento, comenzaron a considerarlo como embustero amedrantándolo con la prisión.

—¿Dónde está Decio? — preguntó Maleo.

—Hace mucho que murió.

—¿Por qué me engañáis? ¿Cómo es que Decio murió hace mucho si ayer mismo mandó levantar siete cruces para crucificarnos a mí y a mis compañeros?

Maleo comenzó entonces a contar cómo Decio los había perseguido; y sus palabras eran

tan cándidas, tan dulces y tan conmovedoras, que todos dejaron de mirarlo como a un embustero, pasando a considerarlo como un ser sobrenatural. Cuando Maleo acabó de hablar, díjole Antipáter:

—Si todo eso es verdad, llévanos a la cueva donde están tus compañeros.

—¡Venid! — exclamó Maleo.

Y partió al frente del gobernador, del obispo y de otras muchas personas que lo seguían a la roja luz de las antorchas.



Apenas percibieron el rumor de los pasos y el fulgor de las luces, los seis durmientes, que se miraban inquietos por la tardanza de Maleo, postráronse en tierra juzgando llegada su hora última. Grande fué su sorpresa cuando, en vez de los crueles soldados de Decio, vieron aparecer pacíficas personas, siguiendo respetuosamente a un santo obispo, cuya cruz de piedras brillaba bajo la nieve de sus barbas, y cuya mitra resplandecía como un distante cimborrio al Poniente.

Maleo gritó a sus compañeros:

—Alabemos al Señor, hermanos míos, que nos escogió para pregoneros de su omnipotencia! Hemos dormido ciento cuarenta y cuatro años y nos hallamos como si solamente hubiéramos descansado una hora. ¡Demos gracias al Señor!

Todos se postraron en adoración, golpeando los pechos y lanzando vibrantes exclamaciones.

S. Martino volvióse a los que lo seguían, y dijo:

—¡Arrodillémonos también y oremos! ¡Ved cómo el tiempo, que todo lo vence, fué vencido por estos maneebos! Mirad: sus rostros son como rosas...

Mientras todos daban gracias a Dios por tan singular maravilla, Antipáter halló entre escombros las tiras de cuero de rinoceronte donde Decio había mandado grabar su cruel sentencia. Leyólas el gobernador con manifiesto espanto, y después que las hubo hecho pasar de mano en mano, él, que hasta entonces había dudado, arrodílose como los demás.

Al saber esto el emperador Teodosio, fué a visitar a los siete durmientes, les besó los pies con humildad y les entregó todas las preciosas joyas que sobre sí traía para que las repartiesen a los pobres. Hallando aquella caverna más suntuosa que su palacio de Bizancio, aquel suelo más blando que su lecho de oro y púrpura y aquel duro pan más sabroso que los refinados alimentos que a diario le servían en gemados platos de oro, allí permaneció tres días; al fin del tercero, los siete durmientes comenzaron a palidecer, y murieron suavemente, como si se adormeciesen.



Por orden de Teodosio sus cuerpos fueron encerrados en ataúdes de oro.



# Explosivos para construcciones ferroviarias



## EXPLOSIVOS



*Establecida en 1802*

DINAMITA  
GELIGNITA  
GELATINA  
POLVORAS PARA  
VOLADURAS  
EXPLOSIVOS  
PARA MINAS  
DE CARBÓN  
EXPLOSIVOS  
PARA  
FERROCARRILES  
FULMINANTES  
Y DEMAS ACCE-  
SORIOS PARA  
VOLADURAS  
POLVORA NEGRA  
PARA CAZA  
POLVORA SIN  
HUMO PARA  
USOS MILITARES,  
ESCOPETAS Y  
RIFLES

UNO de los factores más decisivos en el costo, prontitud y eficacia de las excavaciones, túneles y nivelaciones en la construcción de vías férreas, es el empleo del explosivo apropiado a cada una de las diversas fases de la labor que se desea emprender.

Fabricamos un Explosivo adaptado especialmente para cada una de las diferentes clases de voladura, el cual realiza el trabajo del modo más eficaz y económico.

Los Explosivos Du Pont se empaquen de acuerdo con los reglamentos gubernamentales, en materia de explosivos, vigentes en cada país.

Si desea Ud. catálogos, libros de instrucciones y cualquiera otra información acerca de la selección y uso de nuestros explosivos en cada circunstancia que se ofrezca, sírvase dirigirse a

INTERNATIONAL MACHINERY Co.

MORANDE N.º 530, SANTIAGO

## E. I. du Pont de Nemours Export Co., Inc.

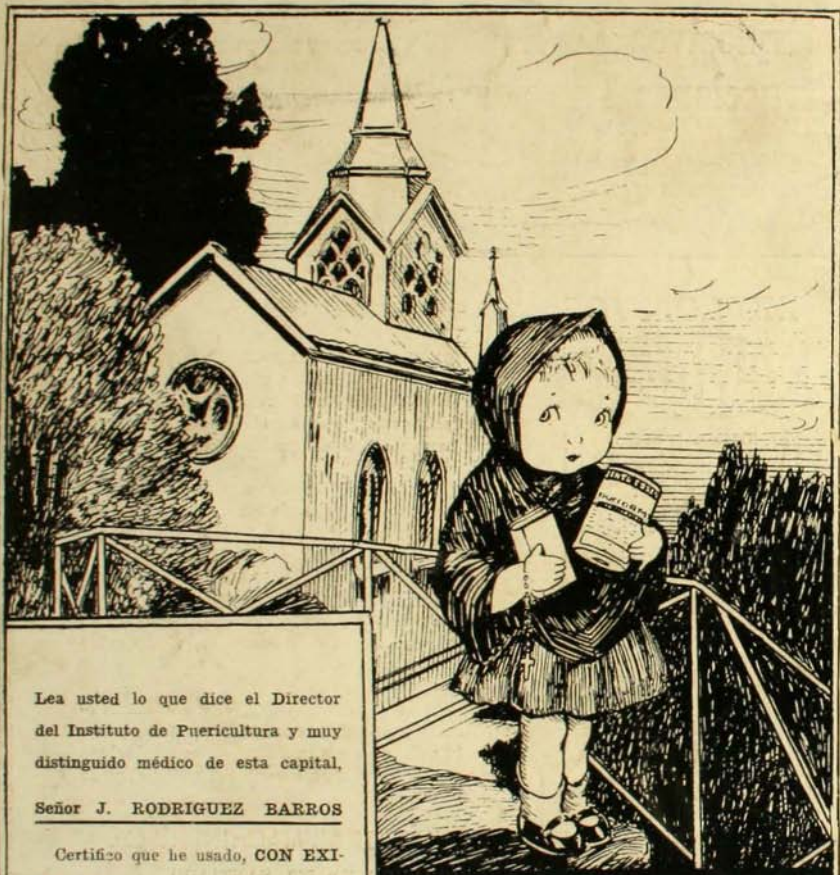
Oficinas Principales: 120 Broadway

Nueva York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por  
E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc. y Compañías de su propiedad

*Los mayores fabricantes de explosivos del mundo*

OTROS PRODUCTOS DU PONT: Pinturas, Esmaltes, Barnices, Tinturas para la imitación y acabado de maderas, Albayalde, Blanco de zinc, Substitutos de cuero, Telas de hule impermeables, Productos químicos, Tintes intermediarios, Pyralin en láminas y tubos; Peines y Piezas de Marfil Pyralin para el tocador.



Lea usted lo que dice el Director  
del Instituto de Puericultura y muy  
distinguido médico de esta capital,

Señor J. RODRIGUEZ BARROS

Certifico que he usado, **CON EXI-  
TO**, en enfermos, convalecientes y  
en personas que sufren de enferme-  
dades del estómago e intestinos el  
**ALIMENTO MEYER**. Lo estimo de  
gran utilidad en la alimentación in-  
fantil.

(Firmado).—Dr. J. Rodríguez Barros.

Santiago, junio 30 de 1919.

**ALIMENTO MEYER**  
**ES EL MEJOR**



Abel  
de 1924

# PACIFICO

PRECIO  
2 PESOS

## MAGAZINE



# COMPañIA

---

DE

---

# LOTA Y CORONEL

---

**GERENCIA EN VALPARAISO**

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41  
Nacional 391

---

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA  
EN LOTA, CORONEL Y GURANILAHUE**

---

**FABRICA**  
**DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA**

---

**AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:**

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001  
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

---

**AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:**

Don LUIS VIDE LA HERRERA, BANQUERO 75 (Bolsa de Comercio)  
CASILLA NUM. 1853



# La Vida Nocturna en París

## SE BAILA Y NADA MAS

Por VICENTE BLASCO IBAÑEZ

La vida nocturna en París, después de una interrupción de cinco años, con las calles oscuras y los raids de los zeppelines, ha vuelto a ser lo que era antes, más o menos.

No sé bien hasta dónde debe acentuarse esto más o menos. Mas, si se tiene en cuenta que el número de establecimientos dedicados al servicio de Satanás se ha triplicado por lo menos en número. Menos, si se observa que el camino que han escogido ahora los parisienses para su perdición es diferente del de antes.

El París actual es tan distinto del París de 1914, como lo malo es distinto de lo peor. La comparación de lo que se ve hoy aquí con el París de hace veinte años, el llamado París "fin de siglo", en el cual viví mis primicias de vida bohemia, deja ver apenas muy escasa semejanza.

¿Soy acaso un viejo verde? ¿Somos todos nosotros viejos verdes? No lo sé. Pero muchos de mis amigos que conocieron el París de 1890, el de 1900 siquiera, convienen conmigo en que este de ahora es muy distinto.

París antes, era espiritual, era una ciudad de ingenio, a donde se venía para decir y hacer ligerezas agradables. Se era un verdadero parisiense cuando se podía borrar todo rastro de sombras del rostro de un enterrador con sólo una palabra, un chiste, un gesto, acompañado de la frase justa y elegante arrojando un rayo de sprit sobre las cosas más deplorables de la vida. En aquellos tiempos — ustedes perdonarán al viejo verde que mire con un exceso de cariño hacia la Edad de Oro — las gentes venían a París a pasar una alegre temporada, sí, pero una alegre temporada que consistía en oír a personas inteligentes hablar bien, diciendo cosas capaces de hacer reír a personas inteligentes. Había una atmósfera intelectual por encima de la más desahogada bohemia. Entre los sitios de reunión de Mont-

martre eran famosos los cabarets artísticos como "El Gato Negro", al cual eran devotos muchos grandes escritores del día de hoy, muchos que son al presente miembros de la Academia Francesa, ya hayan entrado en ella con o sin honor, como se quiera su-



### TOME NOTA

Toda clase de trabajos. Sociedad Imprenta & Litografía Universo.

VALPARAISO:  
Calle Prat N.º 52

SANTIAGO:  
Agustinas N.º 1250

poner. Los amantes de esta alegre vida parisiense vivían al margen de las costumbres sociales y morales, pero había inteligencia y refinamiento en sus posturas y la capital del mundo del placer tenía muchas reminiscencias de la refinada y corrompida Atenas.

Y ahora... bien, París, el París que vive desde que el sol se pone hasta que se levanta, no hace sino una sola cosa, y no sabe hacer sino una sola cosa: bailar, bailar, y esto es todo.

Muy pocos de los cabarets artísticos famosos antes de la guerra han reabierto sus puertas. Si algunos abrieron de nuevo, volvieron a cerrar, pues se convencieron de una vez de que eran algo extraño, algo afectado, sin que hubiese un alma de las antiguas que les devolviese la vida. Restaurants, cafés, cabarets, se han convertido en salas de baile. Muchos teatros mismos han echado sus telones abajo y se han anunciado como "dancings halls." Y todos los nuevos establecimientos que se abren diariamente, traen en la frente el mismo signo, siempre en inglés: DANCING! Y lo que se dice de París se dice también de las capitales de pro-

vincias y de las demás capitales europeas que tratan de imitar a París.

Las gentes prefieren no hablar, o por mejor decir, no saben qué debe decirse. Toda la actividad de los cerebros europeos ha descendido a las caderas, a las piernas, a los pies. Estas son las únicas partes del cuerpo con que se expresan los sentimientos y las ideas en Europa al presente.

Las jóvenes parejas danzan en silencio. No tienen tiempo ni siquiera para cambiar breves frases de amor. Antes los muchachos y muchachas iban a los bailes buscando un sitio donde hablar libremente. Se iban todas las noches a desarrollar su flirt al amparo de la brillante iluminación y del anonimato, de la muchedumbre. Cuando ocasionalmente denzaban, al mismo tiempo se iban diciendo sus zalemas. Ahora los jóvenes danzan con el aire de clérigos en un rito fúnebre. Bailan hasta sofocarse, las cejas duras, los dientes apretados, con una expresión de profunda reflexión, como si estuviesen resolviendo un problema de matemáticas. Las danzas de estilo son algo muy complicado que exige la concentración de todas las facultades. Seguir todos los movimientos de un tango parisiense es tan difícil como presentar un examen de cálculo diferencial o integral, que es el escollo de los ingenieros.

Es fácil suponer que un hombre comprometido en meditaciones de esta índole no está en condiciones de conversar con la dama a quien sostiene por la espalda. En realidad, ella no es una "mujer", en el sentido vulgar de la palabra, ella es un colaborador, un asociado, que ayuda a una gran obra de arte. Bailan sin interés emotivo de su parte. Antes se le pedía un turno a una muchacha, porque era bonita o distinguida, o atractiva, o alguna razón parecida. Ahora se les toma como vienen, bonitas o feas, inteligentes o estúpidas, siempre que vistán falda corta y sirvan para ayudar a ejecutar los sublimes movimientos que se van a hacer con los pies.

"Pero el mundo siempre ha danzado", objetarán algunos. Verdad, sólo que antiguamente los bailes no ocupaban sino un lugar secundario entre los placeres humanos. La comida elegante y artísticamente conce-



## DIBUJANTES

de carteles tiene la Soc. Imprenta & Litografía Universo.

VALPARAISO:  
Calle Prat N.º 52

SANTIAGO:  
Agustinas N.º 1250





bida, las iluminaciones, la conversación, la música, el canto, eran los principales placeres parisienses. Apenas como una variación, para romper la monotonía de esos placeres principales, se admitía el baile, nota de juvenil alegría entre la ingenuidad o la seriedad de los otros. ¿Dejaba alguien la mesa antes, entre el principio y el asado, para bailar un one-step o un tango? Se podía concebir que un hombre y una mujer dejaran a la mitad una linda historieta hasta que terminaran un fox-trot? ¿O que un teatro cegara abajo su velam para dar sitio a una sala de baile? En los viejos teatros más bien muchas personas pagaban por ver a los bailarines sobre las tablas.

Todavía quedan estos profesionales, pero como una reliquia tradicional, y sin que el entusiasmo del público se encienda un punto por ellos. En realidad, ellos están de sobra. Los patronés de algunos restaurantes aceptan a las bailarinas todavía, pero sin pago; ninguna mujer bien vestida, de cualquiera edad que sea, puede temer quedar por desusada, porque siempre encontrará algún hombre que le dé el brazo durante todo el tiempo que la orquesta esté en función.

Fatiga, cansancio, son palabras que han perdido su significado para toda clase de personas. Mientras uno se sienta a tomar su tacita de té, al momento la orquesta prorrumpe en un aire "muy americano", y como todo lo que es "americano" está de moda, las gentes, esclavas de la orquesta, comienzan a moverse y pronto la habitación no es sino un ritmado laberinto de pies. Por otra parte, los instrumentos musicales no son aquellos que tenían en mientes Beethoven y Wagner para sus composiciones. Son tomtoms de las tribus salvajes, bocinas de automóvil, mecanismos que imitan la percusión sobre una paila, o discos que se chocan, o el derrumbamiento de un techo, gemidos, gruñidos o estornudos, toda clase de ruidos que en otros tiempos habrían chocado en los países cultos.

La música del día, que es la plaga del mundo entero, la que sirve para satisfacer el gusto de las gentes exigentes y elegantes, es únicamente la música americana. América es el gaitero del resto de mundo en es-

## AVERIGUE



precios en la Soc. Imprenta & Litografía Universal.

VALPARAISO:  
Calle Prat N.º 52

SANTIAGO:  
Agustinas N.º 1250

ta materia. Y cuando digo América, quiero decir Norte o Sur América, indistintamente, pues de cualquiera de las dos que venga, es la música de los negros la que está de moda. Aunque escrita por primera vez por los hombres blancos, es siempre la cándida inspiración de los compositores negros, que meneando sus cabezas lanudas arrancan estas tunas de trastos y calabazas.

Los primeros inventores del tango argentino, de la matchicha brasilera y casi todas las danzas de Cuba, son los negros. La raza africana tiene un gran sentido de las cadencias. Los negros no han escrito nunca una ópera ni una sinfonía; pero tienen una superioridad incuestionable en toda clase de emociones que puedan expresarse con los pies. La mayor parte de las danzas que se han popularizado en los últimos treinta años en Estados Unidos, y de allí han emigrado al resto del mundo, son perfectamente infantiles, acusando su procedencia de la música negra. Los cristianos se apoderaron de las sagradas escrituras, de los profetas y muchos de los rituales judíos, y luego los han perseguido implacablemente durante centurias. Así, los negros son ahora des-



# NOVEDADES PARA OTOÑO - INVIERNO 1921

Nuestra soberbia EXPOSICION DE NOVEDADES adquiere cada día mayor esplendor, debido a las nuevas remesas de preciosos MODELOS que continuamente estamos recibiendo de Europa.

Las exhibiciones permanentes en nuestros salones del 3er. piso, en las secciones confección señoras, confección niñas y modas (Sombreros adornos), han obtenido el más grandioso éxito de la temporada otoñal.



*Gath & Chaves Ltd.*



**GRABAMOS**

tarjetas de visitas. Soc. Imprenta & Litografía Universo

**VALPARAISO:**  
Calle Prat N.º 52

**SANTIAGO:**  
Agustinas N.º 1250

preciados y ridiculizados, pero cuando un hombre y una mujer blancos se encuentran juntos y oyen una pieza incoherente, desconectada, una música escrita por algún acar-bonado Orfeo, se toman simplemente de la cintura y comienzan a mover los pies, entre otras parejas que hacen lo mismo.

Los negros parecen haber heredado aquel fumoso violín del Diablo, que se decía en la Edad Media que cuando sonaba en las ciudades comenzaban a bailar todos, hombres y mujeres, nietos y abuelos, a bailar, a bailar hasta que caían muertos de extenuación.

\*\*\*

Mientras tanto, un nuevo camino ha sido abierto a las nuevas generaciones, un camino brillante y glorioso para levantarse de la nada: el de las danzas de moda.

Antes corría el proverbio de "que el diarismo conducía a muy alto, siempre que se dejara la profesión a tiempo". Muchos jefes de gobierno, muchos grandes escritores, muchos multimillonarios comenzaron co-

mo simples repórtteres. Hoy se dice: "El baile conduce a muy alto, y no hay necesidad de abandonarlo."

No me extralimitaré a decir que usted puede llegar a Presidente de Francia por bailar bien un fox trot o un tango. Pero puedo afirmar perfectamente que un buen danzarín puede perfectamente llegar a ser yerno del Presidente o de un Ministro, o algo parecido, con esperanzas fundadas de heredar algún día sus millones. La locura de la danza es todavía muy reciente.

No sabemos hasta dónde puede llegar un hombre por sus propios talones; pero dentro de veinte años será fácil oír a las gentes decir, refiriéndose a cualquier personaje de influencia: "Este hombre comenzó siendo un maestro de baile; así se casó con una viuda que tenía veinte millones, entró en los negocios y ahora está donde ustedes lo ven."

Los dramas de familia en Europa han cambiado de estilo y de lenguaje por completo. Ahora cuando los padres millonarios increpan a su hija por haberse fijado en algún pobre mozo sin familia conocida, ni medios de vivir, reciben por contestación la siguiente:

"Me casaré con este hombre o me mataré; es el único con quien puedo danzar bien. Nuestras dos almas se mueven en perfecto ritmo, como si fuesen una sola. Me moriré si alguna otra muchacha le agrada a él."

Antiguamente, las mujeres parecían reinas en los bailes. Ahora están destronadas. Ahora se ven sólo reyes, famosos danzarines de blancas pecheras, que llevan su peinado partido hasta la nuca, ondeando sobre sus cuellos como las llamas negras de una antorcha, y que revuelan mostrando sus alargados rostros, como si estuviesen haciendo la cosa más seria del universo.

Estos jóvenes son los leones que triunfan en cada lugar público donde se danza desde las diez de la noche hasta la mañana. Las mujeres presentes, una mezcla extraña de respetables damas con brillantes cocotas, musitan sus nombres con la misma reverencia con que hace medio siglo se decía: "este es Víctor Hugo", o "este es Gambetta."

Muchos de estos jóvenes ven sus nombres convertidos en avisos luminosos de teatros o salones de baile. Cuando no están bailan-



do en París, están paseando su gloria por Niza o Trouville. Están ganándose ahora la vida con lo mismo que antes necesitaban pagar caro, y reciben las declaraciones amorosas de muchachas que antes no los miraban siquiera.

Los que no son profesionales, que detestan el título de maestro y rehusan recibir dinero son objeto de verdadera veneración. Estos individuos pueden verse de cuatro a siete de la tarde, en los hoteles de la Avenida de los Campos Elíseos, o en la Calle Rivoli, en todos los "palaces" donde se sirve "tea and dancing." La mayor parte de estos "héroes" son infortunados muchachos de ambas Américas que se están conquistando una posición social por medio de sus piñonas.

Ya se sabe cómo comienza la romántica novela: "Era un pobre pero interesante joven que acabó casándose con una princesa europea o una heredera yanqui." Y también se recuerda cómo se cumplían estos prodigios salvando a la joven de las patas de un caballo asustado o de una banda de salteadores.

Nuestro moderno héroe es hecho de gentil madera y es mucho menos interesante. Para entrar en contacto con su ideal no necesita ni siquiera presentación. El ronda por los salones de los hoteles de moda, y ocasionalmente se encuentra con ella.

Nunca el macho estuvo tan caro en los mercados como al presente. Las muchachas buscan marido, forman un halo de gloria alrededor de la frente de un buen bailarín, la frente de un hombre pensativo que no piensa en nada. Cuando la música estalla, el danzante se levanta de su asiento, se ajusta delicadamente un pañuelo sobre la manga y se dirige hacia una joven. Ella se levanta con orgullo y deleite, se adelanta a recibirlo y materialmente se arroja en sus brazos. La mamá también se enorgullece y sonríe. ¡Su hija está danzando con una celebridad! ¡Qué celosas estarán las otras madres y las otras muchachas!

¡Pobres madres las de estos días de post guerra! Su trabajo más grande es encontrar una buena pareja para sus hijas. ¿Cómo puede ser "chic" una muchacha si no tiene una excelente pareja? Si no la enuen-

tra se le hace la vida intolerable. La niña que va sin su pareja tiene pocas probabilidades de danzar. Francia obtuvo la Alsacia-Lorena después de la guerra; pero las madres francesas sólo han conseguido la tarea de buscar pareja danzante para sus retoños femeninos.

Yo nunca bailo, pero voy a los té, y espero la hora de la danza. Sentado allí, solo, tarde o temprano me vuelvo allí objeto de escándalo. Soy más o menos conocido en algunos de estos hoteles. Al tiempo del té, comienzo a notar que caen sobre mí las miradas de muchas bellezas remodeladas y decadentes que ahora ven sus hechizos reflejados en las gracias de las jóvenes parejas danzadoras. Las buenas damas comienzan por alabar mis novelas, frecuentemente sin haberlas leído. Después alaban mi buen corazón, y por último vienen a dar al punto esperado:

—¿Usted ha estado en América, ¿no es cierto? ¡Precioso país! ¡Oh, los rascacielos y lo demás! ¡Cómo querría verlos! Seguramente usted conoce a muchas personas en los Estados Unidos...

—Yo he estado cerca de un año en Estados Unidos. Conozco a muchas personas allí; si tuviera ocasión de presentárselas...

—¡Qué amable es usted! Seguramente usted conoce a muchos jóvenes americanos que bailan. Yo quiero conseguir uno para Marcela. Además, también a Julia le encantaría un buen bailarín americano legítimo. Si no es posible de Estados Unidos, aunque sea de Sur América. Yo, por mi parte, preferiría argentinos, que tienen tan pequeños los pies y son tan graciosos y más elegantes que ningunos.

El ideal parisiense del día, el "american dancer", debe ser un hombre moreno, de recia complexión, pálido, con ojos de antílope, pie arqueado y pequeño, y nacido en Buenos Aires o Río Janeiro. En segundo lugar vienen los blondos muchachos neoyorquinos. El cielo sabe de dónde vienen, en realidad; la mayor parte de ellos no tienen padre ni madre.

\*\*\*

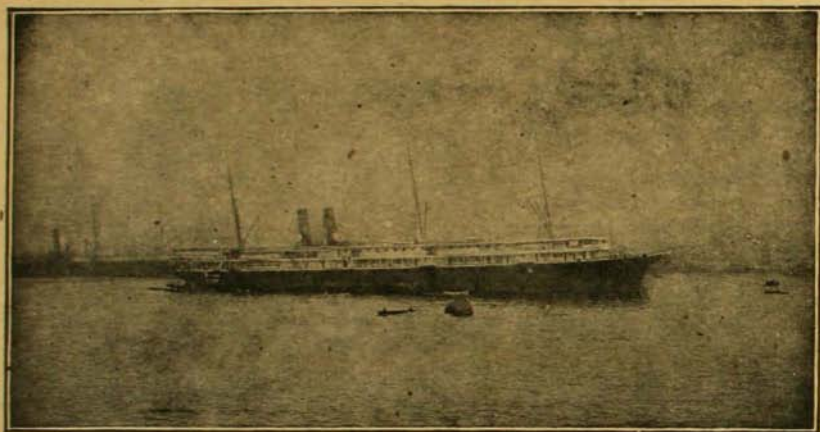
La locura del baile ha invertido los papeles de los sexos en la gran comedia de la

**AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.**—En SANTIAGO: Carlos Borge, Bandera esq. Menéndez; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

**ONTRE PLAZA**  
Director-Gerente

# Compañía Sud-Americana de Vapores

## Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

**SERVICIO DIRECTO** entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

### “RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

**SERVICIO SEMANAL RAPIDO** entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

### “HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

**SERVICIO CALETERO-QUINCENAL** entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

### “MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.



vida. Antes, hombres de cuarenta años destrozaban toda una vida de lucha y de trabajo por el encuentro con una bailarina, que les hacía gastar su fortuna en unas semanas y después pegarse un tiro; ahora, son mujeres de la misma edad las que se vuelven locas y cometen iguales disparates por un joven danzarín.

El asunto ha llegado al extremo de que la policía tiene que intervenir para poner fin a los bailes, pues no logran hacerlo los sirvientes de los salones, y con frecuencia se ve a los policías conduciendo a sus casas a hombres y mujeres en traje de baile, a avanzadas horas del día.

Hace pocas noches presencié un caso de éstos. Cuando los asistentes a un establecimiento de moda en la Avenida de los Campos Eliseos rehusaron irse a sus casas, las luces fueron apagadas. Cuando salieron al exterior del salón oscuro, la orquesta estaba tocando de nuevo, y entonces comenzaron a bailar sobre el asfalto de la calle.

Cuando los gendarmes trataron de conducirlos a la comisaría, las mujeres se les enfrentaron con un heroísmo digno de Carlota

Corday ante la guillotina: "¡Llévennos a la cárcel, si se atreven, pero nosotros vamos a bailar."

Por último, los gendarmes comenzaron a reír. Ninguno tuvo valor para "cumplir con su deber."

Entre mis relaciones de París, cuento a un príncipe persa, a quien pertenecen muchos elefantes y muchos coros de danzarinas en sus dominios. Estábamos sentados en uno de los salones de baile una tarde, viendo bailar a muchas de las notabilidades parisienses. Este príncipe nunca danza, y yo no puedo olvidar la mirada de desprecio que el oriental arrojó sobre las celebradas personalidades entregadas al sarao.

"Hombres danzando, hombres danzando, ¿qué es esto?, exclamó disgustado. Los pueblos europeos están locos. En Oriente las mujeres son las que danzan, y los hombres, sentados, las ven moverse como llamas... En París, los hombres danzan... no, no. En Oriente las mujeres danzan, los hombres las miran, y las danzas son útiles para algo."

## LAS DOS NOVELAS

En el balcón, frente a la tarde que se muere, — el marido lee a su esposa joven el último capítulo de una novela sentimental.

En la jaula canta su amor un ruiseñor. Hace tiempos que lo canta, sobre todo desde abril, y cuando canta parece que llama a una que debía llegar en el viento, como por un sendero, con ganas de hacer un nido.

¡Pero canta en vano su canto el ruiseñor!

El marido lee, y Amalia piensa:

—Es verdad lo que dice esta tarde el ruiseñor: recordar y cantar toda la vida, como por un sendero, con ganas de hacer aquel otro que jamás ha de volver!

Y sigue pensando:

—Hace hoy tres años. ¡Me amaba tanto! ¿Por qué no volé hacia él para impedirlo? Cuando me dijo: voy a matarme por ti, me alegró y perserveratemente, friamente,

le contesté: qué has de matarte si no me quieres!... Y al marcharse sentí una trágica esperanza. Tal vez sea cierto. ¡Se matará por mí! Y luego el miedo de que hiciera aquello y el temor de perderlo para siempre.

Más tarde pasó frente a la ventana donde yo estaba bordando este pañuelo. ¡No se había matado! Clavó en mí su mirada; pero yo le desprecié; no volví los ojos hacia él, y sentí deseos de gritarle: ¡Eres un cobarde! Pasó una hora. Al anochecer llegaron a llamarme. ¡Era cierto! Me llevaron a su cuarto al instante... En su mesa de noche aún tenía la copa suficiente veneno para mí!

El marido (interrumpiendo la lectura). —Qué linda novela, ¿verdad?

De los ojos de ella una lágrima se ha desprendido, en silencio, sin un sollozo.

—¡No llores! Nosotros no seremos así. Seremos siempre tan dichosos como ahora.

# SUMARIO

|                                                                                                                           | Págs. |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| Doña Luisa Fernández de García Huidobro,<br>por El Curioso Impertinente . . . . .                                         | 307   |
| José Perotti, V. A. S. . . . .                                                                                            | 309   |
| El Instituto Agronómico de Chile . . . . .                                                                                | 312   |
| La inmortalidad del alma, Maurice Maeter-<br>linck . . . . .                                                              | 316   |
| La compañía industrial y azucarera de Tacna . . . . .                                                                     | 319   |
| Poesías, por Angel Cruchaga Santa María . . . . .                                                                         | 325   |
| La campana que nunca repicó . . . . .                                                                                     | 329   |
| Un poco de crítica cuentista, La condesa de<br>Pardo Bazan . . . . .                                                      | 331   |
| El asesinato del Premier español don Eduar-<br>do Dato . . . . .                                                          | 334   |
| El fallecimiento de Nicolás de Montenegro . . . . .                                                                       | 336   |
| El Vigésimo Quinto Aniversario del descu-<br>brimiento de los rayos de Rontgen, por<br>el doctor Ernesto Wagner . . . . . | 337   |
| El príncipe de Gales Sportsman . . . . .                                                                                  | 340   |
| El fallecimiento de la Emperatriz de Alemania . . . . .                                                                   | 342   |
| Por qué Platón no quería a los poetas, Eleu-<br>there Martín . . . . .                                                    | 343   |
| Los Sucesos de Santa Cruz . . . . .                                                                                       | 349   |
| La patriótica y olvidada labor de don Máxi-<br>mo R. Lira, Luis Popelaire . . . . .                                       | 351   |
| Los indígenas de Chile, Armando Moraga<br>Droguett . . . . .                                                              | 361   |
| Casas para trabajadores de campo . . . . .                                                                                | 365   |
| Las estrellas, Ricardo Ahumada M. . . . .                                                                                 | 734   |
| El trancicismo del Poder, Luis Popelaire . . . . .                                                                        | 377   |





## Doña Luisa Fernández de García Huidobro

Por el CURIOSO IMPERTINENTE

Vive la señora Luisa Fernández de García Huidobro en una mansión severa, artística, amplia y llena de resonancias armoniosas.

La voz de un piano se levanta en las tardes desde el hall y acaricia las columnas y los antiguos muebles que evocan milagrosas leyendas de épocas lejanas.

Tal vez ninguna de las viviendas santiaguinas posea ese carácter severo con que se distingue esta casa de escultores, pintores, músicos y poetas.

El mayor de los hijos, Vicente Huidobro, que ha conquistado en París los laureles que sólo concede una vieja civilización a los más preclaros ingenios, puede enviar, de cuando en cuando, un hermoso libro de poesías.

Domingo ha esparcido en los salones sus admirables estatuas que lo colocaran pronto entre los grandes escultores y Rafael, que es un pintor de mucho mérito, ha dejado también en las vastas estancias prue-

bas irrefutables de su poder intelectual.

Todos han nacido con el don altísimo de la belleza.

Nuestra sociedad, acostumbrada a encontrar en sus salones ágiles bailarines y simpáticos palabreros, se asombrará, seguramente, al hallarse con esta curiosa y privilegiada clase de gentes. No podrá comprender que

ellos no participen con entusiasmo de sus fiestas y sencillamente le sería pensar que esta familia tiene predilección por ciertos nobles placeres, bastante alejados de sus banales entretenimientos.

Los mejores artistas de nuestra tierra y los extranjeros han encontrado siempre en esta casa la más cordial acogida y es natural que no sea posible que tengan fácil acceso a ella nuestras cultísimas damas que no saben hablar de otra cosa que de los deslices de la Fulanita y los elegantes trajes de Mengano, tonto de capirote que a nadie preocupa.



Doña Luisa Fernández de García Huidobro

En ese ambiente de selección intelectual ha sabido la señora Fernández de García Huidobro sostener a sus hijos.

Ella es, antes que nada, una de las más distinguidas escritoras chilenas.

Su prosa serena hace recordar a la muy noble de don Ramón María del Valle Inclán.

Ha sabido reflejar en sus cuentos las rígidas figuras de nuestro pasado lírico, austero y conventual.

Sombras de los hidalgos antañones, que tanto sabían galantear a una dama como batirse por ella, cruzan ennoblecidas por las salas de sombra donde su ingenio supo colocarlos.

Su extensa cultura, cultura en el verdadero sentido de la palabra, aristocráticas damas de Santiago, se manifiesta plenamente en la gracia de sus conversaciones y en el esmero brillante de sus escritos.

Conservan sus obras el misticismo puro de su alma.

Sus personajes todos tienen la distinción de los prestigiosos abolengos.

Son a veces duros y rectos como una espada.

De los recuerdos de familia, que ella conserva cuidadosamente, porque adora el pasado de nuestras costumbres modestas y de nuestros silenciosos heroísmos, forma sus narraciones encantadoras.

Por eso al leerlas producen la misma impresión que sentimos cuando penetramos a una mansión colonial donde aroman los viejos naranjos, donde canta una fuente ruinosa y donde brillan mortecinos en los borrosos retratos los ojos fríos de los bisabuelos.

Ella no ha desdeñado, sin embargo, el arte moderno. Lo conoce muy bien y lo respeta, pero su vida se acomoda mejor con las épocas lejanas.

Debió nacer en otro siglo.

Tal vez hubiera deseado vivir en la edad media, enorme y delicada, como decía Verlaine, y ser la heroína de un romance cristiano.

Este siglo banal, mercantil, grosero, casi no la preocupa.

Su espíritu entero está en su obra y su obra es como una llama perenne encendida al pie del altar de todo lo que ha muerto o se ha ido.







La amplia y robusta manera de esculpir de Perotti se manifiesta muy especialmente en este boceto que abunda en intencionada agudeza



Dolor y fuerza son las características del joven escultor

# JOSE PEROTTI

CHILENO PENSIONADO EN MADRID

EL MEDIO AMBIENTE DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES.—SU TRIUNFO DE 1919.—SU VIAJE A EUROPA

Cuando conocí a Perotti, en el Invierno de 1917, la clase de escultura de la Escuela de Bellas Artes presentaba un conjunto abigarrado de alumnos. Con los dedos ateridos tomábamos cada mañana la greda helada por el frío de la noche. Así, con un santo entusiasmo juvenil íbamos amasando los montones de barro que, poco a poco, se transformaban en estatuillas semejantes a las de yeso y mármol que teníamos como modelos. Uno, muchachos iban allá por sacarle el cuerpo al mandato paternal que los obligaba

a estudiar; otros venían de lejanas provincias a realizar inmediatamente la soñada conquista del medio artístico santiaguino, y, los menos, por trabajar, humilde y tesoneramente, en enriquecer su acervo intelectual para imponerse en fecha lejana con méritos indiscutibles. Entre aquellos jóvenes todo era broma mientras se trabajaba. Casi siempre los chistes quedaban dentro de las cosas y personas referentes al oficio; de tal manera que un alumno llamado Benavente, con facilidad era convertido en Benvenuto. Si al-

guna vez alguien llevaba un libro con ilustraciones en color, de Sorolla, todos dejaban sus trabajos para ver las maravillas de luz del autor valenciano. Al final de la mañana llegaba a corregir el profesor. Huraño y silencioso, hacía las correcciones generalmente sin decir una palabra. Doloroso es recordar que no siempre encontró Perotti en su profesor el apoyo que debe tener todo discípulo en su maestro. Tal como el joven español Julio Antonio, de parte del escultor Benlliure, Perotti encontró más de una vez la indiferencia, cuando nó la burla, para sus ensayos en las críticas de los consagrados. En cierta ocasión llevó Perotti a un profesor una maquette terminada tras muchos días de febril trabajo. Representaba el cuerpo de una mujer que emergía de una roca abrupta. Era un bello contraste la tierna belleza junto a la fuerza ruda. Pudo tener tal ensayo de principiante todos los defectos que se quieren, pero, en todo caso, se trataba de una obra que merecía alabanzas para su novel autor. Lejos de dársele una palabra de aliento se le hizo esta observación descorazonadora: "Mire joven, para tratar cualquier tema femenino no tome como modelo a una mujer ordinaria". Perotti, imposibilitado por la falta de medios para pagar modelo alguno, había sacado de su fantasía las formas de la "maquette".

Uno de los alumnos del curso, siempre nos llamó la atención. Su edad fluctuaba entre los 30 y los 40 años. Era el tipo de los rezagados intelectuales que siguen con constancia maniática los cursos universitarios. Venido de lejana provincia en donde acababa de enterrar a su maestro—un escultor de aldeas—nuestro hombre estaba rodeado de cierto prestigio misterioso. El no venía a estudiar a Santiago sino, según su frase, a perfeccionar sus estudios. Con presuntuosa suficiencia, daba consejos a Perotti sobre el modo de bosquejar. En los días más fríos del Invierno cayó enfermo, y una inmensa cabeza de Apolo que estaba haciendo empezó a derrumbarse. Perotti, piadoso compañero, la reconstruyó, de manera que al volver su autor, después de algunos días, la encontró rehecha y mejorada como por manos mágicas. Nadie conocía la historia del provincia-

no sino por los relatos que él nos hacía casi gimoteando. Su indumentaria no podía ser más característica: sobre el cuerpecillo minúsculo y de manera cohibidas, llevaba invariablymente un chaqué raído que acreditaba a las claras haber pertenecido a un dueño de más corpulencia y, echado sobre el rostro de gesto amargo y hostil, se ponía un tongo arcaico que lo preservaba de las rudezas de las estaciones y, al parecer, de las modernas tendencias del arte. El protector y maestro provinciano de que tanto nos habiaba, le había formado, según él, su temperamento de artista. De todos los alumnos de nuestro curso, este individuo enigmático era el único que sabía sacar mascarillas. Nos contaba con un tono de íntima amargura, que al primero a quien le sacó mascarilla fué, precisamente, a su maestro, quien le había enseñado a hacerlas. Cierta día nos llevó un recorte de diario de provincia con un artículo pésimamente redactado que terminaba con unos versos. El tono del escrito era de queja por la incompreensión artística del público, pues ciertos "envidiosos" habían escrito "mamarracho" bajo una obra donada por él a un jardín de su ciudad.

Por ese tiempo se debatió el asunto de si se quitaba o no de la estatua de O'Higgins al español caído. Una mañana, después de hacer las debidas correcciones a nuestros trabajos, el profesor del curso nos habló de tal proyecto como de una ofensa hecha al arte nacional. Mientras hablaba, accionaba trabajosamente y se movía de un lado a otro de la sala. Jamás toleraría que siquiera se tocara el más bello monumento de Chile, en cuya ejecución había trabajado Nicanor Plaza. Si era preciso, él, en persona, iría a la Alameda, y, revólver en mano, defendería junto al pedestal la integridad de la estatua. Después de esta pequeña arenga nos entusiasamos los alumnos y al día siguiente se nos apareció el provinciano del viejo chaqué con una lamentable "petición al señor Ministro de Justicia", que debíamos firmar todos y en que abundaban lugares comunes y frases altisonantes con ridícula ortografía. El más joven de los alumnos hizo notar algunos errores gramaticales y esto fué el origen de abiertas hostilidades entre el mayor y el



menor de los del curso. "¿Cómo se atreve el mocoso a reprocharme faltas de este género, a mí que he publicado artículos," era el supremo argumento del atacado. Tanto aumentaron las pullas del muchacho hacia su compañero de más edad que al fin éste decidió abofetearlo. Hubo una correteada entre los bustos y trabajos de greda que no terminó hasta que tras las moderadoras observaciones de Perotti se fijaron los contendientes que habían dejado tambaleando la gran estatua central de la sala. Tan formidable fué el ruido de las voces y carreras que la dirección de la Escuela tomó cartas en el asunto y estuvo a punto de cerrar durante un mes la clase de escultura estatuaría.

Mientras sus condiscípulos se dedicaban a estériles e infantiles peleas, Perotti trabajaba incansable y silenciosamente mostrando cada día más su excepcional talento plástico. Recuerdo que en muy breve tiempo esculpió un Narciso de Herculano sorprendido en difícilísimo y armonioso movimiento. Libre de las riñas tan comunes entre artistas, y alejado completamente de todo arte mercantil, Perotti avanzó a pasos agigantados.

Oscuro se anunciaría el porvenir para el arte plástico chileno, si no fuera por la brillante generación de escultores que asoma. Y entre éstos ninguno ha presentado desde un principio los caracteres originales y ya definitivos que en su obra nos ha dado Perotti. De una raza en que es común el talento artístico, ha forjado enérgicamente su temperamento con tesón excepcional. Tal era su dedicación al trabajo, que después de esculpir todo el día en la Escuela de Bellas Artes y de haber asistido a las clases nocturnas de vaciado, continuaba trabajando en su casa composiciones voluntarias de dibujo que

lo ocupaban a veces hasta cerca de la madrugada. Dedicaba exclusivamente al arte todos los momentos de su vida y para disciplinarse en las arduas tareas de su oficio, se obligaba a sí mismo a llenar en determinado número de días un cuaderno de notas hechas ante modelos clásicos. Al Salón Anual de 1918 presentó Perotti dos sentidos bosquejos al óleo. Uno de ellos representaba un yermo campo amarillo y el otro unos árboles gigantes en noche de luna. En 1919 vino su triunfo incontrastable con la revelación del "Paria", escultura que, de golpe, obtuvo primera medalla. Más tarde y como premio a sus esfuerzos, el regateado viaje a Europa le ha abierto horizontes nuevos. Su único deseo, por ahora, es conocer en Francia las obras de Rodín, cuya benéfica influencia se nota en algunas de sus esculturas. De allí que sus compañeros de Bellas Artes, bromeando, llamasen al "Paria" "El Pensador en cuclillas".

Debemos tener la firme convicción que el joven pensionado en Europa representará en nuestro arte un importante papel. Los viejos escultores desaparecen. Muertos Nicanor Plaza, Simón González y Ernesto Concha, éste último en la flor de sus años, nos quedan Virginio Arias y Carlos Lagarrigue, quienes en su hosoec aislamiento, se retiran a laborar esculturas que no prodigan al público.

Adjuntamos las fotografías de dos obras ejecutadas por Perotti en la Academia Madrileña de San Fernando, en donde trabaja en espera del viaje a Francia. La cabeza de bronce, mefistofélica y punzante, al lado de otra que ahonda en un poderoso pensamiento, acredita los progresos de nuestro compatriota.

V. A. S.





Fachada del Instituto Agronómico



Hall del edificio

# El Instituto Agronómico de Chile

El 30 de noviembre del año próximo pasado fué inaugurado solemnemente el hermoso pabellón en que han comenzado ya a funcionar los cursos de la enseñanza superior de la Agronomía, dependiente del Ministerio de Industria y Obras Públicas.

Con este motivo hemos creído conveniente practicar una visita al establecimiento, a fin de poder ilustrar a nuestros lectores con respecto a las condiciones no sólo del nuevo edificio sino de la enseñanza que en él recibe la juventud que opta por la carrera agrícola.

Desde la época en que echaron las bases de la enseñanza agrícola, los sabios profesores, señores René Lefevre y Julio Besnard, el Instituto ha ido haciendo progresos, especialmente en el sentido de la creación de nuevas asignaturas y de la subdivisión de otras, de acuerdo con los adelantos de la ciencia.

Este progreso se ha hecho más palpable desde que tomó bajo su dirección los servicios de fomento y enseñanza agrícolas el distinguido y activo Ingeniero-Agrónomo, señor Francisco Rojas Huneeus.

Los nuevos rumbos impresos al Instituto por dicho funcionario, hicieron pronto indispensable la construcción del gran pabellón central de que luego vamos a ocuparnos y, además, de los dos pabellones menores situados a corta distancia al norte y sur del primero.

Y no se crea que el progreso se reduce sólo a una casa más amplia y lujosa. A su belleza arquitectónica y al confort que proporcionan sus departamentos, se agrega la dotación de aparatos científicos de todo género y colecciones bastante completas para la inteligen-

cia de las lecciones que en el Instituto se dictan por 33 profesores especialistas.

Comenzaremos por dar una idea de la distribución de las salas en el nuevo edificio:

**Planta baja.**—Hacia el oriente están la oficina de la Dirección General, Secretaría, Ayudantía, el espacioso y elegante vestíbulo, Sub-Dirección y Archivos y Sala de Profesores. En el costado sur: la sala y gabinete de Zootecnia y Avicultura. Al poniente quedan un pequeño vestíbulo, Aula y colecciones de Patología vegetal, la Sala del Consejo de Profesores, Salón de actos, Biblioteca y Oficina del bibliotecario y un pequeño vestíbulo. En el costado que da al norte, está una gran Sala de Lectura.

**En los altos.**—Están al costado oriente las aulas y colecciones de los cursos de cultivos y arboricultura, tecnología, las aulas de Legislación y Economía rural, Aula y colecciones de Entomología y Zoología. Al costado norte una gran Sala de Microscopía para las demostraciones prácticas de Zoología, Botánica y Microbiología. Al poniente están: Aula de Química seguida de dos Laboratorios, Aula y gabinete de Física, Inspectoría, Aula e instrumentos de Topografía y construcciones. Al sur mecánica y motores con una valiosa colección de aparatos.

Una cosa que llamó justamente la atención el día de la inauguración, fué que los asistentes a la fiesta pudieron ver ya todos los gabinetes y salas de clase con sus instalaciones.

El 1.º de abril se iniciaron los cursos del Instituto Agronómico, con dos conceptuosos discursos sobre los fines de la enseñanza agrícola y sus proyecciones y sobre los deberes de los estudiantes y del ingeniero,





Laboratorio de Física



Laboratorio y sala de Zoología y Entomología

salido de sus aulas, pronunciados ante la totalidad de los profesores, de los alumnos y otras personas en el Salón de actos del Instituto, por los señores Francisco Rojas Huneeus, Director General de los Servicios Agrícolas y del Instituto y José A. Alfonso, Decano de los Profesores del establecimiento. Ambos trabajos fueron calurosamente aplaudidos por toda la concurrencia.

El Instituto Agronómico tal como hoy se encuentra dotado en aulas, laboratorios, gabinetes y con su actual personal docente, proporciona las siguientes enseñanzas:

#### 1) Enseñanza profesional

Está destinada a formar profesionales que, ingresados con el título de bachiller de Humanidades, reciben después de cuatro años de sólidos estudios teórico-prácticos, el título de **Ingeniero-Agrónomo**. Estos profesionales están aptos para **organizar y dirigir la explotación de propiedades agrícolas y de industrias derivadas de la agricultura**; para ejercer el profesorado de la enseñanza agrícola; para tomar a su cargo los servicios públicos de enseñanza y fomento agrícolas ya establecidos o que se establezcan en lo sucesivo; para desempeñar los cargos de peritos,

conferidos por la autoridad judicial o administrativa, en los mismos casos en que puedan conferirse a los agrimensores o ingenieros geógrafos y demás peritajes que se relacionen con esta profesión.

#### 2) Enseñanza de especialistas

El Instituto proporciona también la enseñanza de ramos especiales a las personas que **teniendo los conocimientos equivalentes a los cuatro primeros años de humanidades**, desean cursar:

- a) Cultivos generales y especiales.
- b) Arboricultura frutal y forestal.
- c) Zootecnia general y especial e industrias derivadas.
- d) Viticultura y vinificación.

Estos cursos duran 2 o 3 años y pueden abarcar una, dos o las cuatro especialidades indicadas.

#### 3) Enseñanza rápida

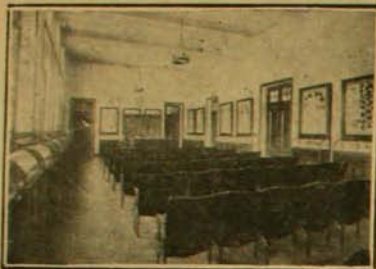
Esta instrucción en cursos rápidos y prácticos que duran pocos meses comprende: Cultivos generales, Arboricultura frutal, Viticultura y Vinificación, Industrias de la Leche



Salón de conferencias



Laboratorio de Microscopía



Sala de Patología Vegetal



Biblioteca

y Avicultura y Apicultura. Son libres estos cursos para jóvenes, hombres y mujeres.

La rápida relación que del Instituto hemos hecho, sería incompleta si no la termináramos con la lista de los ramos que se enseñan en el curso superior (para Ingenieros-Agrónomos) con los nombres de los profesores que los desempeñan:

#### PRIMER AÑO

##### Asignaturas y Profesores

1. Api-Avi y Sericicultura, Carlos Echeverría C.
2. Botánica y Fisiología Vegetal, Francisco Fuentes M.
3. Climatología Agrícola, Víctor M. Valenzuela.
4. Dibujo, Alejandro Delaney.
5. Física y Meteorología, Adrián Soto.
6. Higiene, Carlos Cañas O.
7. Geología y Mineralogía, Miguel R. Machado.
8. Maquinaria Agrícola, Felipe Blanco.
9. Química, Carlos Manríquez.
10. Topografía y Nivelación, Jorge Lira O.

11. Trigonometría, Hernán del Río.
12. Zoología y Entomología, Carlos E. Porter.
13. Álgebra, Julio Pérez T.
14. Francés, Eduardo Cousin.
15. Inglés, A. D. Baird.

#### SEGUNDO AÑO

##### Asignaturas y Profesores

1. Anatomía y Fisiología Animal, Víctor Arroyo.
2. Cultivos, José T. Bisquertt.
3. Enmiendas y Abonos, Víctor M. Valenzuela.
4. Derecho y Legislación, José A. Alfonso.
5. Dibujo, Ernesto Espinosa.
6. Topografía y Nivelación, Jorge Lira O.
7. Química, Carlos Manríquez.
8. Mecánica y Motores, Jorge Lira O.
9. Microbiología, Emilio Eyquem.
10. Tecnología, Carlos Ramírez.
11. Zootecnia, Uldaricio Prado.
12. Francés, Eduardo Cousin.
13. Inglés, A. D. Baird.



Sala de Zootecnia



Laboratorio de Química



### TERCER AÑO

#### Asignaturas y Profesores

1. Arboricultura, José T. Bisquertt.
2. Cultivos, José T. Bisquertt.
3. Contabilidad Agrícola, Eduardo Lamas.
4. Construcciones rurales, Carlos Ramírez.
5. Jardinería, Manuel 2.º Valenzuela.
6. Química, Carlos Manríquez.
7. Mecánica y Motores, Jorge Lira O.
8. Tecnología, Carlos Ramírez.
9. Vinificación, Enrique Metzдорff.
10. Viticultura, Manuel 2.º Valenzuela.
11. Zootecnia, Uldaricio Prado.
12. Francés, Eduardo Cousin.
13. Inglés, A. D. Baird.

### CUARTO AÑO

#### Asignaturas y Profesores

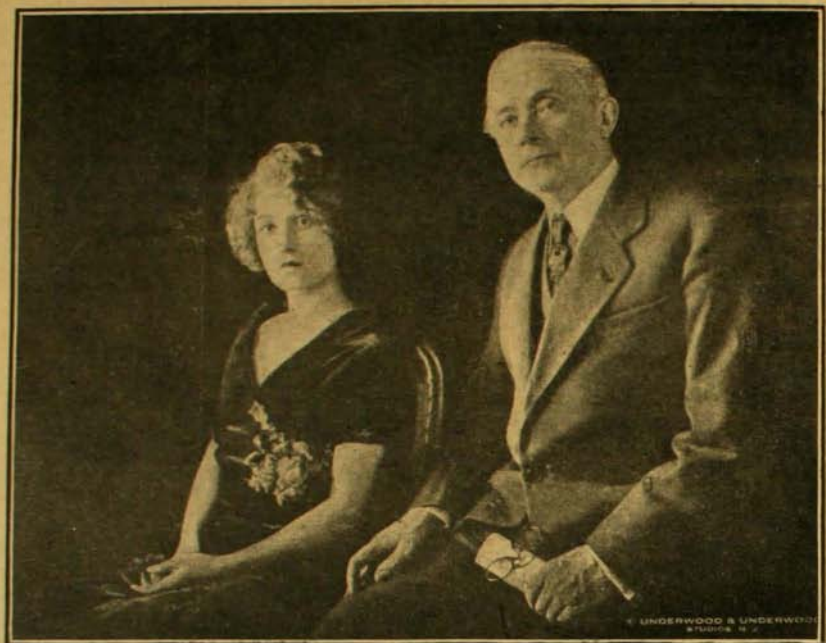
1. Arboricultura y Horticultura, José T. Bisquertt.

2. Cultivos, José T. Bisquertt.
3. Economía, Eduardo Lamas.
4. Enología y Vinificación, Enrique Metzдорff.
5. Tecnología Agrícola, Carlos Videla.
6. Química Analítica, Carlos Manríquez.
7. Hidráulica, Leonardo Lira.
8. Patología Vegetal, Carlos Camacho.
9. Práctica Agrícola, Augusto Opazo.
10. Profilaxia del ganado, Julio Besnard.
11. Silvicultura, Ernesto Maldonado.
12. Viticultura, Manuel 2.º Valenzuela.
13. Zootecnia, Uldaricio Prado.

Existen, además, **Repetidores** para los cursos de Zootecnia, Enología, Ingeniería, Arboricultura y Cultivos, Dibujo, Química, Zoología y Botánica que son los señores Hugo Medina, Enrique Hidalgo, Armando Acuña, Luis Bastidas, A. Delanoy, Miguel Germán y Juan Torres.

Tal es, a grandes rasgos, el Instituto Agronómico de Chile y la enseñanza científica y aplicada que en él se da.





Maurice Maeterlinck y su esposa.

# LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Por MAURICE MAETERLINCK

La mayoría de los hombres se imagina que aún cree en la inmortalidad del alma, pero su fe es vaga, y no podría resistir la más ligera prueba o discusión. Sea ello como fuere, lo cierto es que los hombres de hoy obran como si no creyesen en la inmortalidad del alma. Su vaga creencia en la existencia del alma nace del convencimiento de que no tienen tiempo para examinar pruebas y descansa principalmente en creencias religiosas.

Lo primero es saber si poseemos un alma independiente del cuerpo. Debemos confesar que hubo un tiempo en que si apenas teníamos algo que responder a los materialistas

que nos decían: "sin fósforo no hay cerebro, sin cerebro no hay pensamiento." Y añadían: "no hay alma sin cerebro vivo; el alma es una secreción de la sustancia cerebral."

A esta objeción, insistentemente repetida, no teníamos prueba que oponer, ni aun siquiera un principio de prueba positiva o científica.

Pero en los últimos años han ocurrido grandes acontecimientos en el mundo de la biología y de la cirugía; y éstos nos proporcionan, al fin, la prueba que tanto hemos buscado, o, al menos, el principio de prueba que nos permite atacar a los mate-



rialistas en su propio terreno y no ya en las nubes de la Metafísica. Revisemos brevemente sus argumentos:

"No hay pensamiento sin cerebro vivo." Esto es materialismo. A ello contestamos: "No hay cerebro vivo sin alguna mente, sin alguna inteligencia, sin algún pensamiento previos. Antes de que se formasen los cerebros de los hombres o de los animales existieron pensamientos más vastos y más complejos de los que ahora tenemos.

Demostrado ya que el pensamiento existía antes del cerebro, tenemos todavía que probar que el pensamiento puede existir sin el cerebro y sobrevivirlo. Esto será menos fácil. Empezaré por decirlos que la demostración de este segundo caso no será excepcional, pero la de los materialistas está lejos de ser irrefragable.

Podría creerse que ésta es una mera disputa de palabra, pero el objeto de esta disputa es de una importancia enorme. Se trata de todos los ideales de nuestro futuro más allá de la tumba, es decir, de la felicidad o desdicha de nuestra vida. Si creemos firmemente que todo termina con la extinción del cerebro — todo termina en nada — deberíamos contentarnos y obrar, en consecuencia, como personas condenadas a muerte.

Si, por otra parte, creemos que hay muchas probabilidades de que el pensamiento sobreviva al cerebro, de esta creencia surgirán nuevas esperanzas y un sistema de moral enteramente nuevo. Antes de la aparición del hombre y de los animales inteligentes, la Naturaleza era más activa. Había realizado ya las maravillosas invenciones que hoy causan nuestra admiración. ¿Dónde estaba entonces el cerebro de la Naturaleza? En todas partes y en ninguna, lo mismo que hoy. Parece que la Naturaleza, al menos en este pequeño planeta, se ha hecho más cuerda y no comete ya los errores que cometía al principio, cuando creaba millares de monstruos incapaces de sobrevivir. Pero por largo tiempo no cesaremos de obtener de ella la vasta existencia de conocimientos que ha acumulado durante miles y miles de años. Así, por ejemplo:

Las bombas que usamos todos los días son como las usadas por la Naturaleza en el corazón. Las bielas que usamos son como las articulaciones del cuerpo. Los Rayos X son semejantes al poder de los videntes que pueden leer cartas encerradas en cajas metálicas. El telégrafo inalámbrico no es sino la telepatía.

¿Y que decir de las invenciones de la naturaleza en el reino de los insectos? Sin hablar aquí de su organización política y social, ¿de dónde se deriva, por ejemplo, la energía que permite a una pulga saltar a una distancia equivalente a 400 o 500 pies para un hombre? ¿De dónde se deriva el poder que permite a un escorpión vivir nueve meses sin alimento? ¿De dónde procede la fuente de energía que permite al escarabajo minotauro crecer el décuplo de su tamaño en aislamiento absoluto? Y los ocultistas derivan energía del aire ambiente.

Supongamos que a causa de un cataclismo de nuestro globo todos los cerebros y la sustancia cerebral, desde la ameba hasta del hombre, fuesen aniquilados. ¿Creéis que todo en la tierra quedaría desnudo y estéril? No puede pensarse siquiera.

Es probable que haya prueba entonces de que el pensamiento jamás ha muerto ni puede morir, sino que se refugia en alguna otra parte, arriba, — y es independiente en la materia.

¿Dónde estaba nuestro cerebro en el momento de la concepción, cuando sólo éramos visibles a través de un microscopio? Sin embargo, ya éramos nosotros mismos, con virtudes y vicios, con todo lo que habían sido nuestros antepasados con toda su sabiduría, sus hábitos, sus defectos y sus méritos — todo hormigueando dentro de los límites de un corpúsculo invisible.

Ya entonces llevábamos dentro de nosotros a todos nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, con todo su destino y todo su futuro, y todo en un átomo tan diminuto que apenas si podría revelar el microscopio.

Al declarar que el pensamiento existe sin el cerebro, notaré de paso las objeciones de los materialistas de que el pensamiento cesa tan pronto como es dañado el cerebro. Esto no es así. En realidad, ocurre exactamente lo contrario. Se han registrado muchos casos probados de pensamientos concebidos después de que el cerebro ha sido reducido a gelatina. En los anales médicos pueden encontrarse muchos de estos casos.

Los ocultistas han dado nuevas luces sobre este asunto en los descubrimientos relativos al cuerpo astral — "el huésped desconocido". Sabemos que gran parte de nuestra existencia la pasamos en la noche de la inconsciencia o de la subconsciencia, conexiones que obran en la obscuridad, excepto accidentalmente en caso de enfermedad.

Hay el caso probado del sirviente anal-

fabeto que recitaba páginas enteras del sánserito porque una vez había oído leer a su amo en voz alta. El sabio De Rochert hizo a algunos sujetos relatar el curso de sus vidas retrospectivamente hasta la infancia, con los más mínimos detalles. Hay casos, además, en que evocó memorias de existencias anteriores, pero su comprobación es difícil.

Una parte enorme de nuestro yo se nos escapa, pero no nos damos cuenta de ello. En realidad, nuestro yo físico, lo que llamamos nuestra persona, es sólo un pináculo que se yergue desde un olvido interminable.

¿No es tiempo ya de preguntarnos dónde está realmente nuestro yo, dónde descansa nuestra verdadera identidad? ¿Cuál habremos de escoger, la identidad de memorias vacilantes o la más grande que mantiene vivos dentro de sí misma los yos de todos los que fueron antes de nosotros y que ningún choque de emoción, ni aún la muerte misma puede reprimir?

¿No la habremos de encontrar intacta más allá de la tumba? De no ser así, ¿por qué conservamos esos recuerdos y nuestra identidad sin cambio alguno?

No tengo tiempo para revelarlos todo lo que debemos a los sabios que han estudiado lo que he llamado el huésped desconocido. No es un carácter nuevo sino más bien una entidad que había sido olvidada. Nuestras religiones la conocían en la India, y sin ella tres cuartas partes de los fenómenos de la vida serían imposibles.

Debo mencionar aquí la manera peculiar cómo la ciencia ha analizado sus demostraciones, que bien pueden probar la parte imperecedera de nuestro yo. Me refiero a los médiums, al espiritismo y a los experimentos de sabios austriacos sobre el fluido ódico.

El progreso de la ciencia oficial es siempre lento. Pasaron ciento cincuenta años antes de que la electricidad de Volta fuera reconocida. Transcurrieron ciento cincuenta años después de Mesmer, antes de que el mesmerismo fuese estudiado y clasificado.

El austriaco Reichembach descubrió el fuego vivo de Zoroastro, y redescubrió la luz astral. Oda es el fluido magnético que emana de ondas de los cuerpos. Reichembach fué el primero en descubrir que las personas "sensitivas" podían ver los efu-

vios en la obscuridad. Después de algunos experimentos probó que el poder de este fluido varía con las emociones y con el estado mental de los sujetos. Encontró que era de color azulado del lado derecho y rojo amarillento del lado izquierdo.

No sólo es poseído por el hombre, sino también por los animales, las plantas y los minerales. Puede ser fotografiado. Es el magnetismo, como los oculistas de todas las edades y de todos los pueblos lo han enseñado siempre. Estas emanaciones muestran un fluido que puede ser la fuente del poder empleado al hacer girar las mesas. Las mesas se mueven sólo cuando los rayos de las manos adquieren fuerza al converger en el centro. Cuando los rayos se extinguen la mesa se detiene o cae.

Este fluido ódico puede mover un reloj encerrado en un receptáculo de vidrio y mover una mesa de doscientas libras de peso. Puede atribuirse al alma o a los nervios, pero es de naturaleza puramente espiritual. Se le puede recoger y es posible cargar de él varias sustancias. Un mesmerizador puede infundirlo en otro, o transmitirlo dentro del cuerpo de un "sensitivo." No puede destruirse.

En un experimento se colocó una placa fotográfica en el centro del fluido ódico. Se hicieron rasguños sobre la imagen de las manos cruzadas del sujeto tal como aparecía en la placa fotográfica. El sujeto sintió dolor, prorrumpió en llanto, y los rasguños aparecieron en sus manos lo mismo que en la placa.

Tenemos que reconocer que la luz sensitiva e impelente no se ha mostrado todavía por completo. Hay en el universo alguna clase de pensamiento sin cerebro. Hemos demostrado que el pensamiento existía antes del cerebro, ¿por qué, pues, no habría de existir después del cerebro?

¿Es esto suficiente para probar que el alma es inmortal? Si lo fuere encauzaría toda la actividad del hombre hacia la parte imperecedera de nuestros seres que todos desearíamos a diario. Sentiríamos la necesidad de reforzar el lado espiritual de la vida y un nuevo sistema de moral empezaría sobre la tierra.

Todos llegaríamos a ser hombres ejemplares, santos. Aún no hemos llegado a eso, pero vamos por el camino que conduce a ello.





# La compañía Industrial y Azucarera de Tacna

Desde hace mucho tiempo, podríamos decir, desde que las provincias de Tacna y Arica pasaron a formar parte de la soberanía de Chile, era tema obligado en las conversaciones de los conocedores de esas regiones, la excepcional fertilidad de sus valles que, dotados de un clima adaptable a todas las producciones agrícolas se mantenían en lamentable abandono de parte del Gobierno.

Los datos que se recogían por los viajeros que regresaban de esas provincias, principalmente de Tacna, eran por demás halagadores, desde el punto de vista industrial y agrícola, pero no se les apreciaba en todo su valor y se les recibía indiferentemente.

El Gobierno, que bien poco se había preocupado de esas tierras, las mantenía abandonadas, y nuestros capitalistas que a veces no temen aventurar su dinero en otros países y en negocios inciertos, no se atrevían a emprender las obras necesarias a fin de aprovechar las riquezas excepcionales de esos territorios.

Se necesitaba de la iniciativa de un hombre joven y de energías suficientes que afrontara esta empresa, y que, penetrado de la magnitud de ella, desde donde se le mirase, no titubease en realizarla. En efecto, en una visita que hizo a esas provincias el señor Ismael Pereira, pudo convencerse del hermoso porvenir de la región en donde, como decimos, prospera toda clase de produ-

tos, inclusive la caña de azúcar y el algodón, que aunque se dan en espléndidas condiciones, son poco cultivados a causa de la falta de mercados y a la carencia de fábricas destinadas a su explotación.

Se impulsó con el detenimiento más minucioso de los antecedentes a su alcance, lleno de convencimiento, y confiando en la patriótica ayuda de sus connacionales y amigos, no trepidó en elaborar un proyecto que ya se ha visto en su mayor parte realizado.

Las condiciones agrícolas de la provincia de Tacna, que presentan halagüeñas perspectivas, no podían, sin embargo, ser aprovechadas por la falta del agua para el riego de sus terrenos, siendo, por lo tanto, indispensable la construcción de un canal que trajese hasta los valles abandonados ese elemento para hacerlos producir.

Haciendo acopio de datos y recorriendo archivos, el señor Pereira tuvo la grata sorpresa de encontrar proyectos elaborados con el mismo objetivo, entre los cuales estaban los de los señores Herreros, Vergara, Arrau, Vargas Saleado y el del señor Krüger, hecho por encargo del Gobierno del Perú el año 1876, todos los cuales estaban contestes en que los terrenos eran susceptibles de ser regados mediante la construcción de un canal que recogiese las aguas del río Mauri, Uchusuma y otros peque-



Don Ismael Pereira Iniguez.



Plantación de caña, 1er. año, en Peschay.—Tacna

ños esteros. Estudiados estos informes, llegó a la conclusión de la viabilidad del proyecto de regadío, y con este fin formó una sociedad preliminar para atender a los gastos de estudio, teniendo en vista la formación de una Sociedad Anónima que explotaría la caña de azúcar, algodón y otras industrias.

Una comisión de ingenieros técnicos, nombrada al efecto, presentó informes y presupuestos que pusieron en evidencia la necesidad de realizar la obra.

Pedidas todas las concesiones de tierra y aguas, y contando con un capital suficiente, la Sociedad Luis Echeverría Cazotte y Co. se transformó en la Compañía Industrial y Azucarera de Tacna, con un capital de \$ 5.000.000,00, dividido en 250.000 acciones de veinte pesos cada una, pagaderos el 50% al firmar la escritura y el otro 50% a un año plazo.

La Compañía fué autorizada con fecha 9 de diciembre de 1920 y legalmente instalada por decreto supremo número 33, de 14 de enero de 1921.

La primera medida adoptada por el director de la Sociedad, fué emprender la construcción del canal que debe transportar el agua para el regadío de 3.000 hectáreas de suelos vírgenes. El canal tendrá su boca toma en el río Mauri y se desarrollará en toda su longitud de 149,800 kilómetros, a una altura de 4,500 metros. En su trayecto corta varios esteros y ríos para entrar a un túnel de 1,200 Mtr.

y vaciarse en la quebrada de Higuerani, por la cual llegará a la ciudad de Tacna. La distancia entre la boca de salida del túnel y la ciudad antedicha es de 50 kilómetros, y la diferencia de nivel entre ambos puntos es de 4.000 metros, condiciones que permitirán el aprovechamiento de su caída para obtener 70.000 caballos de energía.

Los trabajos que se ejecutan en la actualidad son, entre otros, la apertura del túnel, obra que la realiza la respetable firma in-





Corta de caña en la hacienda Peschay

glesa Griffin & Dagg, para la cual se han instalado todas las maquinarias modernas como perforadoras, etc., y la construcción del canal en la cual se ocupan 400 obreros dirigidos por un competente personal de ingenieros.

La dirección de todos los trabajos está a cargo del ingeniero hidráulico, señor Urbano Mena Concha que desempeña, además, el cargo de administrador general de la Compañía en Taena.

Los terrenos por regar son también ob-



Rfo Caplina entre Calama y Calientes. Interior del valle

jeto de trabajos importantes, como las labores, emparejamiento y otros, que requiere el cultivo de la caña y están a cargo del ingeniero especialista en estos cultivos, señor M. Zamora.

La Compañía cuenta, además, con una propiedad de 50 hectáreas, totalmente regada que se encuentra plantada de caña, la que se ha producido en inmejorables condiciones, demostrando, una vez más, la bondad de esos terrenos para estos cultivos.

que demandará un mayor tiempo, se podrá entregar al cultivo 3,000 hectáreas, asegurándose con esto, una producción de más o menos 30,000 toneladas de azúcar.

No hay duda que la implantación del ingenio traerá, como consecuencia lógica, la destinación de la mayoría de las tierras regadas que hoy día existen en Tacna, al cultivo de esta planta, pudiéndose calcular entonces, que la producción total del ingenio llegará a 40,000 toneladas de azúcar,



Paja para fabricar miel de caña.—Tacna

Esta plantación servirá para proporcionar semillas para las futuras plantaciones.

Concluido el canal, lo que se espera o sea en dieciséis meses más, se iniciará inmediatamente la plantación de 1,500 hectáreas, las que estarán en estado de ser cosechadas al cabo de 18 meses. Este lapso de tiempo entre la plantación y la cosecha se destinará a construir el ingenio que tendrá una capacidad de molienda para 500 toneladas de caña al día, o sean 50 toneladas de azúcar diarias.

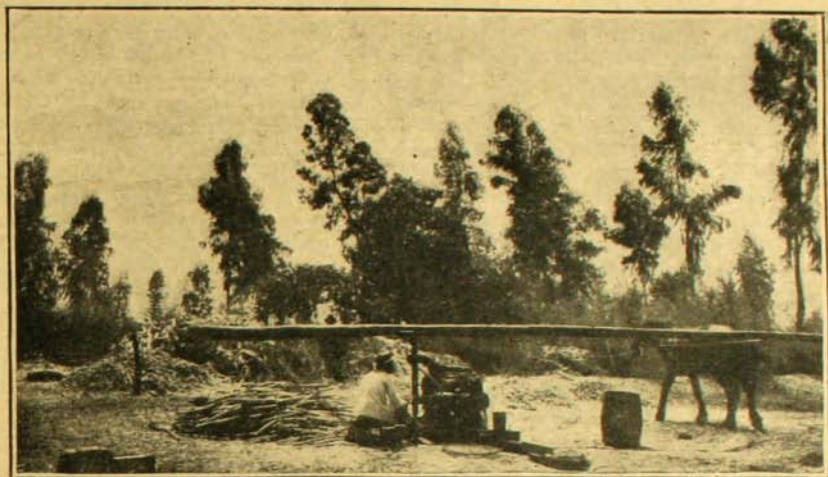
Con la construcción total del canal, lo

o sea el 40% del consumo que se hace en la actualidad.

Si la Compañía que nos ocupa no consiguiera independizar por completo al país del consumo de los azúcares extranjeros, puede, sin embargo, servir de base para que los capitalistas, en vista de los resultados obtenidos, quieran dedicar sus actividades en los otros valles de la provincia, como en los de Lluta, Azapa, Vitor, etc., y llegar a obtener una producción que alcance a abastecer al país.

Queda aún el recurso del cultivo de la

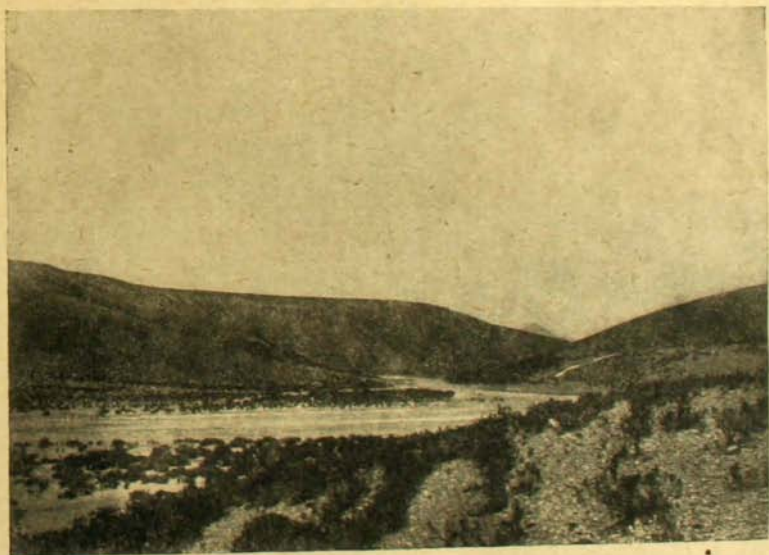




Molino de caña accionado por medio de la fuerza animal

betarraga que, según experiencias hechas, ha demostrado su completa practicabilidad en nuestros campos del sur.

Los resultados que para la economía nacional reportará la Compañía en referencia, si no son completos, son, por lo menos, de



Río Mauri a 4,500 metros de altura, de donde se sacará una boca-toma

capital importancia, si nos atenemos al valor que representan las 40,000 toneladas que al precio de hoy día se puede avaluar en \$ 35,000,000.00.

La obra emprendida por la Compañía Industrial y Azucarera de Tacna ha merecido de todos el elogio más espontáneo, y nuestros capitalistas se han apresurado a formar parte de ella entusiastamente, y muchos obreros han acudido a suscribir acciones, convencidos de la necesidad que asiste a todo individuo patriota de ayudar, en la medida de sus fuerzas, a la realización de empresas que traen aparejados el bienestar económico y social.

El Gobierno se ha interesado vivamente por el éxito de esta empresa nacional, y es del dominio público el proyecto presentado al Consejo de Estado, pidiendo la autoriza-

ción respectiva para invertir la suma de \$ 3,000,000.00 en bonos de regadío, al cual esa Honorable Corporación prestó su aprobación, convencidos sus miembros de la importancia de no dejar abandonadas a su propia suerte esas regiones que les aguarda un brillante porvenir, y de que el Estado debe recibir con simpatía la iniciativa privada y prestarle su decidido apoyo, para que así se realicen grandes obras, como la que aludimos, que vienen a independizar-nos económicamente, y bastará recordar que los treinta y más millones de pesos oro de 18 d. que anualmente salían al Perú a traer la materia prima para nuestras refinerías, con la instalación del ingenio que se proyecta, quedarán entre nosotros enriqueciendo nuestras industrias.





## EN EL ÉXTASIS

---

Era tu amor el único digno de mi tristeza,  
Se me volvió una llaga perenne tu belleza.

Hoy para no morir miro el rostro profundo  
De mi madre. Mis ojos sienten llorar el mundo

Y agradezco a mi Dios el momento encantado  
en que mi corazón trémulo te ha mirado,

Y agradezco a mi Dios que vivas, que respires  
cerca de mi quebranto aunque nunca me mires.

Pudo un trivial amor encenderme las venas,  
pero ellas en el cuerpo se volvieron cadenas.

Entregué mis estrellas hasta quedarme exhausto,  
y aquella amada nunca comprendió mi holocausto.

Tú que estás inundada de cielo y eres clara,  
como si eternamente el Cristo te mirara.

perfumaste mis siglos, tu claridad me diste.  
Era este amor el único digno de hacerme triste.

## ESTÉRIL

---

Mujer, estás vencida y madre tú no fuiste.  
Soportas un cilicio: tu carne transparente.  
Pobre surco sin brote, aletargado y triste,  
la boca del infierno te sorbió la simiente.

Mujer, tu corazón siente vergüenza y miedo  
viendo a los niños ágiles jugar en los jardines,  
y hasta la Eucaristía tiene un sabor acedo  
en tus labios dormidos para los hombres ruines.

Los ojos terrenales temblorosos de vicio,  
no sabrían amarte, mujer delgada y fuerte.  
¿Por qué fuiste el madero que ardió en el sacrificio  
del mundo? ¿Por qué Dios se gozó en ofenderte?

~ Cuando en el surco quede tu cuerpo soliviado  
No temblará en tu muerte la cabellera blanca  
de un hijo tuyo, fino y dulcemente abismado.  
¿Si llamas de lo eterno no habrá quien te responda!

Pasan sobre tu vida los momentos hostiles  
con una lentitud de ancianos desvalidos;  
y tus ojos se vuelven sabiamente sutiles,  
como ante la presencia de rostros conocidos.

Mujer, estás vencida; tu corazón se pierde,  
No escucharás al hijo sollozar cuando mueras.  
Todo estará tranquilo en la pradera verde.  
¿Y reirán los niños de blondas cabelleras!

#### *P U R E Z A* =====

Tu corazón que pudo  
vivir entre las manos de la Virgen,  
Albo como la frente de los muertos  
sufre en la tierra de los hombres turbios.  
¿Oh si pudiera darle mi tristeza  
una solemne vestidura! Tiemblo  
mirando las aristas del destino.  
Tu corazón entre mis alas vive.  
Para salvarlo insinuaré mi vuelo.  
Siento que las estrellas me acompañan.

Inundaré el futuro  
de lágrimas. Sollozo en el silencio.  
Sobre las cumbres de mi corazón,  
tristes como los cantos en la niebla  
lloran las voces de la madre invicta.

Tu corazón, que pudo  
reir entre los ángeles, palpita  
en un silencio de caverna oscura.  
¿Tu corazón renacerá en mis alas!

#### *A N O C H E* =====

La muerte vino anoche en el silencio.  
La esperé en la quietud como el mendigo



espera la limosna. Mis sentidos  
se abrieron en un cauce luminoso  
para sentir su bien. Dos manos claras  
—sombras de Dios sobre mi carne débil—  
le cerraron las puertas de mi vida  
y mis virtudes al abrir los ojos  
la vieron alejarse avergonzada.

La muerte vino anoche con el miedo  
de la virgen que avanza en el umbral  
del cuarto del esposo.

¿ Mis sentidos sedientos la llamaron  
o descendió a la tierra, como el fruto  
sigilos que cae de los árboles?

### *COMO UN PERFUME* =====

Vienes sobre mi vida con el firme  
poder de las virtudes absolutas,  
con la armoniosa claridad del niño  
que amedrenta los ojos de la muerte  
y ríe en el imperio de las cosas.

Mi alma como una red cogió la noble  
y clara obstinación de tu belleza.  
En las estrellas como en un milagro  
dulcifiqué mis ojos para verte.

Mi sufrimiento, el amarillo enfermo  
se acerca al sol para alegrar su rostro.  
Yo sé que reiría bellamente  
si lo envolvieran tus cabellos blondos  
como dando limosna a mis sentidos.

Llorar sobre tus manos agriamente  
para bañarte de alma desearía;  
me penetré de tu hermosura entero  
como los montes en la luz del Cristo.

No he besado tus párpadosé pudiera  
dejarte ciega de ansiedad: mi boca  
sorbería la llama de tu cuerpo  
como un perfume que se eleva al cielo.

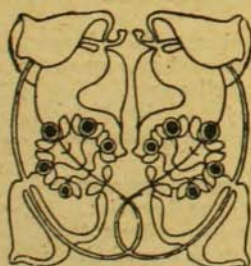
DULZURA

Los árboles tranquilos  
me dan su augusta claridad. Los montes  
suaves y puros son como los hombros  
de aquella amada que no dijo nunca  
la palabra que había de salvarme.

El vuelo de las aves  
sigo serenamente con los ojos  
y un desvanecimiento del espíritu  
me separa del mundo.  
¡Oh dulzura de miel para morir!

Abierto está mi corazón lo mismo  
que un valle para Dios. En él perfuman  
los alicantos del jardín lloroso  
y pasan las abejas en un vuelo  
suave como las voces de los niños.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA





# LA CAMPANA QUE NUNCA REPICÓ

En los palacios de Kremlin, en Moseou, en la Rusia misteriosa, hay una campana que se llama la Campana de los Czares. Es la campana más grande del universo. Fué hecha para que sus dobles majestuosos llenaran el aire con melodías de orquesta. Ninguna otra campana en el mundo podría repicar como ella. Su grandiosidad era simbólica del país más grande del orbe, y se llamaba con propiedad la Campana de los Czares, porque los Czares tenían también el poder más grande de la tierra. De los artífices de la campana — ingenieros que hicieron los planos, fundidores que mezclaron el cobre y el estaño y la plata y el oro, moldeadores que prepararon la arena e hicieron la estampa—alguno cometió un error y la campana nació quebrada.

Ya nacida quebrada, la campana no podía remendarse, no podía componerse, no podía soldarse.

Para que la campana pudiera llenar el aire con sus melodías de orquesta había que fundirla de nuevo, hacerla de de nuevo. Allí está todavía, majestuosa por su tamaño monumental. Pero muda.

¡Una campana muda! ¡La campana más grande del mundo muda! ¡La campana de los Czares de todas las Rusias muda! Y no hay ningún poder humano capaz de hacerla repicar.

De no haber nacido muda, esa campana habría podido llamar a doscientos millones de almas con su badajo, y a sus dobles marciales, llevarlos a la guerra a hacer el sacrificio supremo en aras de una causa santa; de no haber nacido muda esa campana, habría podido llamar a doscientos millones de almas con su badajo y hacerlos ir

a la iglesia a balbucear la oración suprema.

Pero nació muda la campana de los Czares. Está muda. Seguirá muda para siempre.

No es, sin embargo, la Campana de los Czares la más grandiosa del mundo, ni es la única campana muda del universo. Hay en el mundo cientos de millones de campanas



La campana de los Czares en Moseou

nas más grandiosas que la campana de los Czares, cientos de millones de campanas que no han nacido quebradas, hechas de una aleación más rica que el cobre y el estaño y la plata y el oro, hechas por un Artífice que no se equivoca nunca, campanas que están en lo alto de las torres más bellas de la creación, campanas que no debieron estar mudas y que, sin embargo, están mudas.

Estas campanas son... la mente de los hombres, de cada hombre y de cada mujer, la mente tuya, la de tu hermano, de tu esposo, de tu novia, de tu amigo, de tu enemigo, del que te paga tu sueldo y del que te limpia tus zapatos.

Estas campanas son capaces de repicar y de hacer oír sus dobles de orquesta en el orbe entero. Su badajo es una aleación sublime de valor, entusiasmo, fe, esfuerzo, sinceridad, amor, devoción, que valen más que el cobre y el estaño y la plata y el oro. Y cuando estas campanas repican, sus dobles de orquesta son: comprensión, ciencia, perdón, arte, reconciliación, abundancia, salud, felicidad.

El Supremo Artífice no se equivocó al hacer estas campanas, y si están mudas cientos de millones de ellas, es sólo porque el campanero está dormido en la torre con la cuerda del badajo en sus manos.

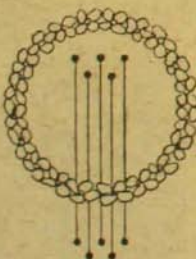
Estas campanas no tienen que hacerse de nuevo, no tienen que fundirse de nuevo, no tienen que soldarse. Están enteras, nacieron

perfectas. Tienen una capacidad infinita para llenar el aire con sus melodías de orquesta. Sólo que el campanero está dormido en la torre, con la cuerda del badajo entre las manos.

Es hora ya que despierte el campanero y que el aire se llene con melodías de orquesta. Es hora ya de sacudir la modorra, de estar alertas. Debes despertar al propio campanero, de tu propia torre, y a los campaneros de las torres veninas.

Ha habido mucho ruido de cañones en el mundo. Acaban de ocurrir los acontecimientos más trascendentales de la historia. Ya no se puede seguir dormido después de ese toque de diana para la humanidad. Es necesario estar despierto, trabajando, no sólo con el músculo, sino también con el alma. Hay miles y miles de cosas grandes que hacer. Sólo el que hace cosas grandes está despierto. El que simplemente come y anda, no está más despierto que el que simplemente respira y digiere. También comen y respiran y digieren las plantas. Pero el hombre no llena su misión viviendo una vida vegetativa. El hombre tiene que pensar crear, construir para el futuro. El hombre, para estar despierto, tiene que ser capaz de mirar el origen de su vida y tener la visión de su destino.

Trabaja, piensa, crea. El mundo reclama la producción máxima de tu alma inatissimo





# Un poco de crítica cuentista

Por la CONDESA DE PARDO BAZÁN,

Catedrático de Literatura contemporánea en la Universidad Central

Una colección de cuentos del señor Hernández Catá, que éste me envía, me lleva a comprobar una vez más, por aseveraciones de su prólogo la preferencia que demuestra el público por las novelas largas y el indiferente desvío que va exteriorizando hacia los cuentos y narraciones breves. Tal fenómeno está, según parece, demostrado por las estadísticas editoriales, y el hecho es cierto, pues editores y libreros lo que piden con afán son novelas extensas, ajustadas al tamaño de 300 o 400 páginas de lectura.

Desde las costumbres contemporáneas, se suponía lo contrario; se pensaría que, por la falta de tiempo y la precipitación de la vida, la forma sucinta del cuento fuese la más apropiada para la hora presente. No es así, sin embargo; se exigen novelas enteras, y vamos camino de que se publique al año un millar. Tal fecundidad, y el premio de los lectores, demandando novela fresca, como demandarían besugo fresco, son los principales ene-

nigos del género, desde el punto de vista artístico.

Por este camino se va haciendo la fabricación, antítesis de la creación. Y la cosa es



Una genial caricatura de doña Emilia Pardo Bazán.

tanto más sensible, cuanto que, entre los novelistas que surten el mercado, los hay dignos de trabajar despacio, de perfeccionar, de ahondar. Ni una ni otra cosa son posibles, yendo, no a pretender una superioridad, sino (usemos el bárbaro giro) a batir un "record."

Tiene razón Hernández Catá: la codicia ha venido a enturbiar el asunto. Y no yerra cuando manifiesta que gran cantidad de novelas "largas" no son más que cuentos agudos, como el chocolate de las patronas. No siendo posible que tantos temas novelescos desarrollables se ofrezcan a la observación, ni siquiera a la fantasía, el remedio está en transformar en novela lo que debiera ser cuento, y por el socorrido sistema del relleno, de entretejer episodios y personajes que igual fuera suprimir, llegar a las 300 le ritual. Yo creo que así es como se procede en Inglaterra, para dar abasto a la voracidad de los *magazines*. Las mismas necesidades, crean las mismas funciones.

Redunda también en daño de las letras que un ingenio acondicionado para tornear o fojar el cuento necesite dislocarse, consagrándose a estirar su concepción hasta las dimensiones predeterminadas. Si el cuento conviene más a su naturaleza, cuentos deben escribir. Siempre se trasluce la inadaptación a un género, por hábil que sea la manera de adaptarse. Ya que he nombrado a Hernández Catá, diré que la novela por el traducida, "Pan", de Knut Hamsun, que ha publicado la Biblioteca Nueva, me hace el efecto justamente de un cuento diluido en descripciones, digresiones y sentimiento lírico, para suplir a la falta de interés y de calor humano. Acaso algún día insistiré para fundamentar este juicio, que parecerá severo, tratándose de un escritor nada menos que "premio nobel". ¡Bah! Todo tiene su explicación en el estudio del ambiente donde las obras nacen y palpitan.

Volviendo a lo que me ha sugerido cuanto escrito queda, es decir, al libro de Hernández Catá, me fijo en su título: "Los Siete Pecados Capitales." Tal vez se dirá que es una distinción sin importancia; pero, ¿no es cierto que, en estos últimos años, el pecado ocupa el lugar que ocupaba, bajo el romanticismo, la pasión? Y aún cuando re-

cuerdo que Tamayo afirmaba que son peccados las pasiones, necesariamente, añadiendo que "el arte es el demonio", yo noto capital diferencia entre la pasión y el pecado, y teológicamente sabemos que las pasiones no son pecados de por sí. Esos siete cuchillos del mal que lleva hincados en el corazón la humanidad dolorosa, tema poético de la hora presente, están dando mucho juego. Aunque el título de los cuentos de Catá sea el mismo de una serie de novelas de Eugenio Sue, fijémonos en que este romántico quiso, justamente, demostrar que las pasiones, origen de los pecados, pueden conducir hasta a las virtudes; y hoy, los que giran en torno de la idea del pecado, ven en él esencialmente eso que se ha dado en llamar rebeldía: una protesta del hombre contra el orden providencial.

Son numerosos los que — desde Barbey d'Anrevilly — han cultivado la tesis. Dijérase que reconocen en el pecado una especie de sabor o sazón particular de la vida. Párecense a aquella dama de la Corte de Luis XIV, que, en un día bochornoso de estío, tomando un sorbete, lamentaba que no fuese pecado tan sencilla acción, para encontrarle más encanto. Hay en esto no poco de cerebral; la naturaleza no procede así, y hasta debo presumir que si permite un goce inocente lo avalora con la conciencia — que no ha menester definición — de que no se hace nada malo. Ciertos refinamientos y quintaesencias pertenecen, generalmente, a los dominios del artificialismo.

Quisiera examinar por preguntas, como a los estudiantes del Instituto, a los que cultivan el artificio del sentimiento. ¿Qué contestarían si le preguntásemos, verbigracia, ¿qué cosa son *asfódelos*? ¿Cuánto va que muchos no lo saben?

Todos conocerán perfectamente lo que se entiende por perejil, rosa, malva o lechuga; pero eso de *asfódelo*... Y cuenta que no es una planta rara, y hasta se emplea en la industria.

No va lo de *asfódelos* a otras afectaciones análogas con los cuentos de Hernández Catá, que se fundan en realidades, y de ellas no salen sino para alguna excursión a los dominios del ensueño o a los de la moderna y sutil sentimentalidad. Digo moderna, porque



hoy el sentimiento se manifiesta de un modo peculiar con ciertas vibraciones que van más allá de lo sensible, y buscan afanosamente la relación estrecha sin duda, pero invisible, de lo natural con lo sobrenatural. A este tipo corresponden "La Media Muerte", "El Niño Dios" y "Los Ojos", por ejemplo. Yo confieso que prefiero los que no se salen del círculo de lo dramático natural, como "El testigo" y "Ante el enemigo". Y debo también añadir que estos cuentos no justifican enteramente su título de "Los siete pecados"... Más que la trama pecadora, se ve en ellos un tejido de honradez, y en ocasiones, de bondad.

Algunos — señaladamente "El testigo" — son una muestra muy certera de lo romanesco y de lo realista. "El testigo" merece figurar entre los buenos cuentos españoles. Y ahí está otro cuentista, que solicita mi atención por más de un motivo. Jamás he escrito nada acerca de él, por lo mismo que lleva el pseudónimo "Emiliano", de "Silvio Lago." ¿Es justa, no obstante, tal obstención? Se comprendería si se tratase de un principiante; habría que aguardar, que darle tiempo a afirmarse y revelarse completamente. Trátase de quien tiene ya en su activo 16 tomos de novelas y cuentos y no pocas obras teatrales. No necesita de un juicio mío para contar con el público.

No tengo, pues, reparo en decir que sus "Cuentos del mar y de la tierra" son de poeta verdadero. Bastaría para demostrarlo el primero, aquel precioso grupo de acuarelistas, "Mujeres en el muelle." El poeta asoma siempre detrás del humorista, y el impresionista, cuya esencia de crítico de arte y apasionado de la pintura ha impregnado al novelador. Para fusionar tan diversas aptitudes y ejercicios es necesario la tendencia general evidentemente artística, que en francés lo avasalla todo. No es la verdad, sino la belleza, lo que más le subyuga, y esto

se nota igual en la colección de cuentos a que me refiero que en otras obras suyas del mismo género, por las cuales se ha ido definiendo su vibrante y fina personalidad.

En los "Cuentos del mar y de la tierra" hay algunos que treinta años ha le ganarían en puesto muy preeminente. Digo treinta años ha, porque entonces ya existían excelentes cuentistas, pero en corto número, y ahora pululan y hormigean, si no todos maestros, al menos familiarizados con la factura. Cuesta mayor trabajo distinguirse. Francés lo consigue en primores, como "La misteriosa visita", y en modelos de donosura discreta en la picardía del argumento, y citaré "La viajera."

Lo único que yo pudiera notar en estos cuentos, mostrándome reparona, sería justamente lo que diferencia a su autor de otros cuentistas contemporáneos españoles: la infiltración visible de cultura, de arte, de conocimiento del mundo ideal creado, digámoslo así, por los sugeridores de belleza. Siempre soy por cierto que el mundo debe mirarse, no al través de la literatura ni de la plástica, sino en sí, de un modo directo, cual le ven nuestros humildes y curiosos ojos, y, sin embargo, he de reconocer que nada tan difícil como este modo de ponerse ante el mundo. Nadie comprende hasta qué punto influyen y cambian el aspecto de las cosas las lecturas, la contemplación de las obras bellas, lo que nos hemos asimilado y que no nos suelta a dos por tres. Y actualmente tal sedimento se ha removido, impidiendo que la sencilla verdad y el natural instinto se abra paso. El caudal de figuras y nociones anteriores, la historia y las letras, y la estética que nos precede nos penetran y dominan y tienen en sus colores nuestra ideación y nuestra creación. Por eso quizá a ratos leemos con gusto a escritores como Pío Baroja, que nos sirve en plato de loza gruesa la carne cruda y sin aliño literario.



# El asesinato del Premier español don Eduardo Dato



El señor Dato paseando con el señor Sánchez Guerra.



El sitio de la Plaza de la Independencia, donde fué asesinado el Presidente del Consejo señor Dato.

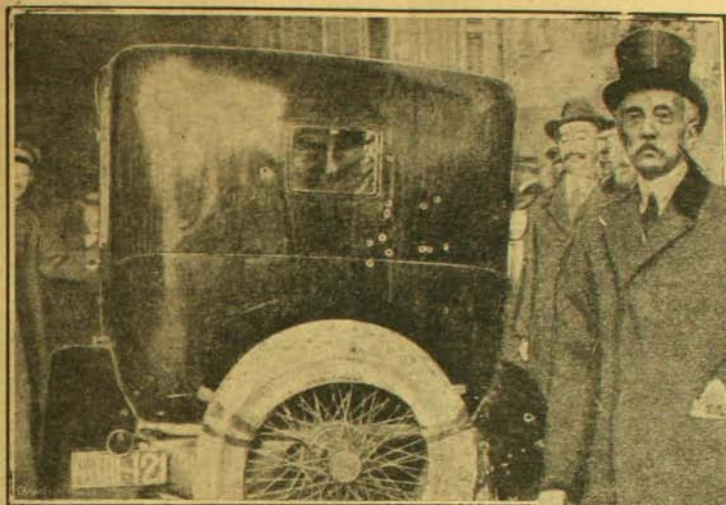


El Presidente del Consejo de Ministros, señor Dato, en su biblioteca particular.



Interesante fotografía de don Eduardo Dato obtenida durante una conferencia celebrada con el Rey en Palacio.





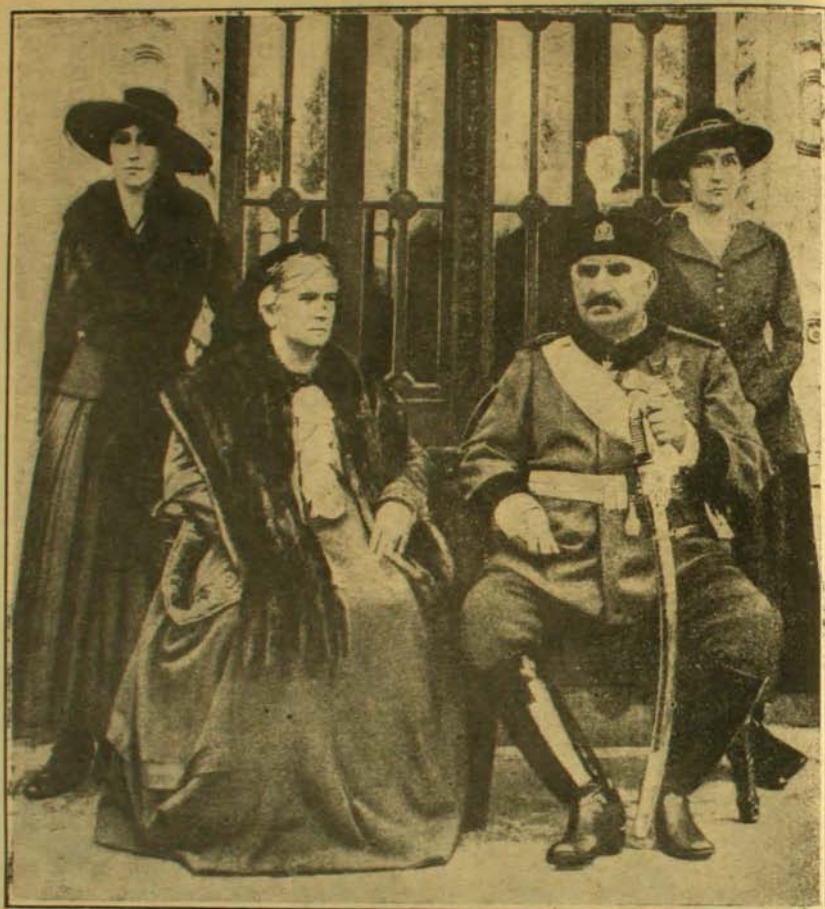
El automóvil oficial del Presidente del Consejo fué acribillado a balazos por los asesinos, y don Eduardo Dato murió instantáneamente.



Los Reyes de España, después de visitar la capilla ardiente de Dato.



# El fallecimiento de Nicolás de Montenegro



El más reciente documento gráfico de la dolorosa odisea del patriarca de los montenegrinos, fallecido en Antibes el día 1.º de marzo, incorporado su reino al de los serbios, croatas y eslovenos, hallábase desde la invasión de su territorio por los austroalemanes alejado del país que le vio nacer, de su matrimonio con la reina Milena tuvo nueve hijos, en el grupo que reproducimos figuran con los soberanos de Montenegro, las princezas Xenia y Vera.



# El Vigésimo Quinto Aniversario del descubrimiento de los rayos de Rontgen

For'el doctor ERNESTO WAGNER

Catedrático de la Universidad de Munich.

En estos días hace 25 años que W. C. Rontgen publicó en el boletín de sesiones de la Sociedad Físico-Médica de Würzburg la disertación que solo comprende unas cuantas páginas: "Sobre una nueva especie de rayos."

Recordamos la sensación inmensa que produjo el descubrimiento, descrito con tan sencillas y concisas palabras; las primeras dudas se desvanecieron pronto en vista de la reconocida competencia de que disfrutaba el maestro en el arte de los experimentos exactos, y porque, además, los rayos mismos podían reproducirse fácilmente por otros experimentadores. De este modo, no cabía duda, una nueva manifestación fundamental de la naturaleza se había revelado, con la cual nuestra sabiduría clásica jamás pudo soñar.

A base de esta sabiduría clásica, los físicos armados hasta los dientes con todos los recursos de la investigación moderna habían perseguido la naturaleza con palancas y tornillos, sobre caminos fatigosos, hasta en sus refugios más reñotos; pero sólo consiguieron arrancarla nequimas contestaciones. Ahora, la gran maestra Naturaleza demostró una vez más su inmensidad inagotable revelando a un investigador uno de sus grandes secretos.

Desde los grandes descubrimientos de Faraday en el principio del siglo pasado, cuando aún virgen el terreno de la ciencia, entregaba complaciente sus tesoros, y cuando todavía el investigador se encontraba enfrente de la naturaleza

con ingenuidad grandiosa y primitiva, la física no había hecho descubrimiento de tal alcance, como lo ha sido el descubrimiento de los rayos X. No sólo a la misma física — lo que saben pocos — este descubrimiento dió un impulso fuerte, que ha fomentado su desarrollo de un modo siempre creciente, sino también la medicina y ésta sobre todo, — lo que sabe todo el mundo — recibió por él un regalo que es una bendición para los enfermos. Por eso Rontgen es uno de los más grandes bienhechores de la humanidad doliente, y en este terreno el descubridor, cuya persona siempre se ocultaba modesta y noblemente detrás de su obra, se ha erigido un monumento, que será, — como dice el poeta — más duradero que de bronce o piedra.

Sigamos rápidamente el camino que llevó al descubrimiento y el otro que condujo al conocimiento definitivo de lo descubierto. Al repetir los experimentos de Crookes y Lenard sobre la descarga de electricidad a través de gases muy enrarecidos y encerrados en tubos de cristal, Rontgen observaba, cada vez que una descarga pasaba por el tubo, el brillo momentáneo, débil y misterioso de una pantalla fluorescente que se encontraba en la sala, a pesar de que ésta se hallaba totalmente a oscuras, y de que el tubo estaba envuelto por completo en papel negro. La luz que emanaba el tubo no podía llegar a la pantalla; por consiguiente, debía existir otra causa desconocida. Pronto se averiguó que el agente nuevo se propagaba en forma de

rayos desed el tubo, y que el punto del interior de la pared de cristal, contra el cual chocaron los llamados rayos catódicos y que tienen una fluorescencia fuertemente verdosa, era el punto de salida de los rayos nuevos. En aquellos tiempos un gran interés se concentraba en la investigación científica de los rayos catódicos; pronto que se supo que eran átomos mínimos de electricidad llamados "electrones", que existen independientemente, es decir, libres de la materia, y que son expelidos de continuo desde su punto de origen. ¿Son los rayos X idénticos a los rayos catódicos? ¡No!, porque éstos no pueden pasar por la pared de cristal, mientras aquéllos, al contrario, se caracterizan por su capacidad extraordinaria de poder atravesar los cuerpos. Pronto notó Rontgen que cuerpos específicamente ligeros fueron penetrados con mayor facilidad relativa que los específicamente pesados. Por esta propiedad de los rayos se obtienen maravillosas fotografías que por la diferencia de densidad de los huesos, cuerpos ajenos incrustados, etc., en comparación con la de las partes blandas, hacen visible el interior del cuerpo humano, tal cual si el hombre fuese transparente.

Esta aplicación de los rayos dió a la medicina un medio auxiliar de primera importancia para la diagnóstico. Un número grandísimos de resultados increíbles se obtuvo al observar el interior del cuerpo viviente por medio de este ojo penetrante. Hoy día la Rontgenología es uno de los factores más importantes de la medicina moderna a causa del desarrollo de su técnica que va alcanzando continuamente un grado más alto de perfección.

En los últimos años los rayos de Rontgen han conquistado un nuevo puesto en la medicina; se han obtenido éxitos grandes en el tratamiento de las enfermedades de la piel, tumores, etc., y sobre todo en la práctica ginecológica, por el efecto de una irradiación exactamente

dosificada. He aquí un campo lleno de esperanzas para el porvenir, en el cual se trabaja incesantemente con los medios potentes de la técnica moderna.

El efecto maravilloso de penetración de los rayos, que naturalmente era también el primer hecho sensacional ante el cual se encontró el descubridor, no le permitía a Rontgen publicarlo sin haber aclarado antes su naturaleza, porque su espíritu se dirigía a la investigación científica del nuevo campo. Una tarea muy dura era ésta; todos los procedimientos conocidos daban un resultado negativo.

Los rayos X no eran una especie de rayos catódicos; esto lo demostraba, como ya lo hemos visto, su capacidad grande de penetración. Rontgen hizo esta conclusión más cierta, experimentando sobre su desviación por el imán. Los rayos catódicos se desvían fácilmente; los rayos X no sufren ni la menor desviación aunque el imán sea potente; en esto se parecen a los rayos ópticos. ¿Quizás son una especie de rayos luminosos? Estos son ondas del éter; superficies lisas las reflejan, lentes y prismas las refractan, su paso por aberturas y mallas estrechas produce el fenómeno de la flexión, es decir, las desvía de su extensión recta. Rontgen determinó con sus experimentos que los rayos X no tienen ni reflexión regular, ni refracción, ni flexión. Por eso no parecían una especie de ondas etéreas, sino debían tener su origen en regiones completamente desconocidas de la naturaleza. A sus propiedades extrañas de ionización descubiertas por Rontgen se dedicaba un examen especialmente detallado.

Los tres trabajos de Rontgen sobre los rayos X siempre serán clásicos en la física; quedarán como modelos por su concisión sencilla y objetiva, por su juicio crítico infalible, por su exploración definitiva de una región nueva y por tanto peligrosa. Se ha declarado muchas veces que en diez años después del descubri-



miento no se ha podido averiguar nada nuevo; lo que parecía nuevo, era siempre error, y lo que no lo era, confirmaba por mediciones más exactas siempre los resultados antiguos, aún cuando con mayor precisión.

A medida que la naturaleza de los rayos quedaba dudosa, el espíritu de los investigadores se exaltaba más apasionadamente. Un impulso inmensamente alentador le dió el descubrimiento nuevo a los trabajos en los campos adyacentes de investigación. Los ánimos se excitaron por especulaciones fervientes sobre la manera de producirse los rayos X, y apenas dos meses después del descubrimiento, el 30 de enero de 1896, H. Poincaré suscitó ya la cuestión de importancia histórica, si la fluorescencia verde del cristal que se ve en el punto de origen de los rayos X tiene una conexión casual con ellos.

Becquerel examinó con este motivo el urano que flouresce con una fuerza especial. Al hacerlo descubrió los rayos del urano y abrió así el nuevo campo de la radioactividad. De este modo, el descubrimiento de los rayos de Rontgen ha originado una de las épocas más brillantes de la física.

Hoy por hoy la naturaleza de los rayos X ya no significa una X para nosotros. Los físicos los consideran, cada vez con más certeza, como ondas etéreas de una longitud pequeña en extremo, en comparación con la de las ondas ópticas. Estas ondas mínimas no se refractan, lo que coincide con la determinación negativa de Rontgen; tampoco se reflejan regularmente, ni experimentan flexión, si no fuese por superficies tan lisas y redes tan finas, como el pulidor y el mecánico más hábil no podrá hacerlas jamás. Lo que significa lisura reflectante para las ondas ópticas, es todavía irregularidad basta, áspera y granosa para las ondas de Rontgen, que son mucho más cortas.

Tan sólo la misma maestra naturaleza podría suministrar los finísimos medios auxiliares necesarios para este caso. Se-

gún la proposición genial de M. de Laue, hecha en el año 1912, se usaba como medio auxiliar la delicada estructura atómica de los cristales que es ordenada con precisión matemática, y que parecía adecuada para desenmascarar la naturaleza nudosa de los rayos X. El experimento resultó e inauguró una serie de trabajos investigadores extremadamente fértiles, que, entre otras cosas, han suministrado las primeras importantes aclaraciones sobre la estructura de los átomos. Hoy tenemos un análisis espectral de los rayos de Rontgen; sabemos que son ondas etéreas que tienen la misma naturaleza de las ondas luminosas. De éstas se distinguen objetivamente sólo por la pequeñez de su longitud, diferencia que representa la relación 10,000 a 1. En el idioma de la acústica esto significa que los rayos ópticos y los de Rontgen distan entre sí 14 octavas, es decir la doble extensión del teclado.

Contando desde el lado de los rayos X en dirección hacia la óptica, la ciencia ha medido ya 6 octavas en un empuje brioso, y ha llegado, según parece, al límite donde el método de los cristales impone un alto. Desde el lado de los rayos ópticos primero se avanzaba despacio sobre dos octavas hasta la región ultravioleta; en los últimos años ha podido acercarse rápidamente al campo de los rayos de Rontgen por tres octavas más. Solamente tres octavas interrumpen hoy en día la continuidad maravillosa de los fenómenos de los rayos.

Así se levanta, casi terminado ante la mirada de la ciencia, el puente prodigioso que une por una abertura gigantesca las regiones conocidas de la óptica con las difícilmente accesibles de los rayos X. Deseamos que el descubridor de esta tierra virgen abierta por él para la ciencia y la humanidad 25 años ha, tenga la satisfacción de ver terminado este grandioso edificio.



# EL PRINCIPE DE



El príncipe de Gales acompañado de sus admiradores antes de la partida de la carrera de saltos en que tomó parte en el meeting de los granaderos de la guardia.



El príncipe acompañado de Lord Dalmeny.



Durante un salto.



El príncipe después de la caída corre a dar

# GALES SPORTSMAN



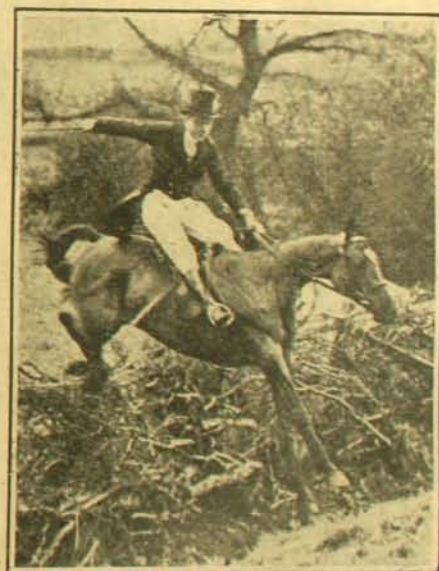
El príncipe después de la carrera muestra las huellas de la caída.



Antes de la carrera de vallas, en su caballo 'Pet Dog'.



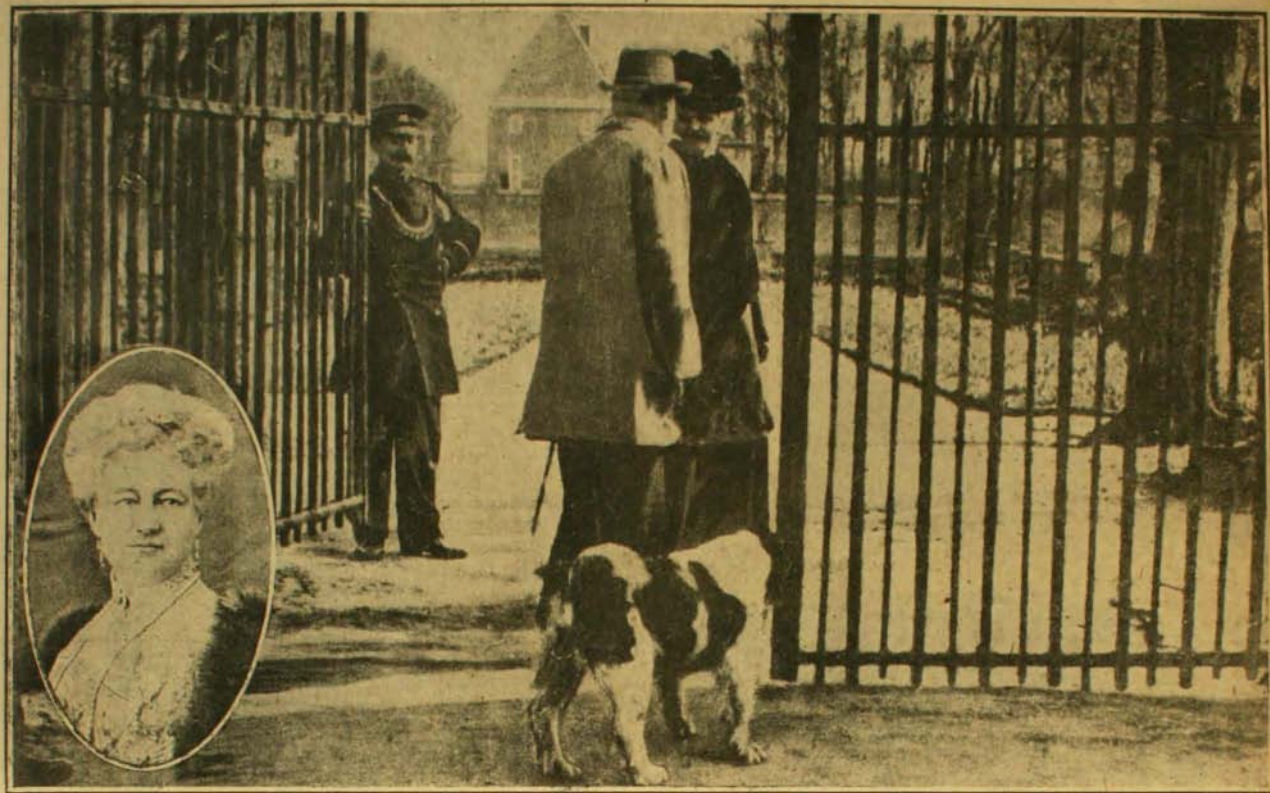
Después de su caída corre a dar por su caballo para volver a montar.



Otro salto en la carrera de vallas por la Copa Lord Manners de los Granaderos de la Guardia.



EL FALLECIMIENTO DE LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA



En esta página aparece Augusta Victoria, en la época del esplendor del Imperio, y después, en su ocaso, en el castillo de Amerongen donde pasó las primeras amarguras del destierro.

# POR QUE PLATON NO QUERIA A LOS POETAS

Por ELEUTHERE MARTIN

Un día, dijo Sócrates a sus jueces, Clearchon, mi amigo de la infancia, partió hacia Delphos. Allí se atrevió a preguntar al oráculo si había algún hombre en el mundo más sabio que yo. La Pythia le respondió que no.

“¿Qué quería decir el oráculo? Yo sabía que yo no era sabio, absolutamente. También sabía que la Divinidad no podía mentir. Quedé por tanto perplejo durante largo tiempo, hasta que osé darme a mí mismo la explicación siguiente:

“Fuí a ver a uno de nuestros grandes políticos. Todo el mundo lo creía un sabio. El mismo no lo ponía en duda. Me esforcé en hacerle ver que él no era lo que se creía. Me hice odioso a sus ojos. Y me dije a mí mismo, al salir de su presencia: Sócrates, decididamente, es más sabio que este hombre, no porque Sócrates sepa algo, sino porque está convencido de que no sabe nada, mientras que este grande hombre, que no sabe nada, cree saberlo todo.

Fuí en seguida a donde estaban los poetas, que hacen poemas ditirámicos, y los otros, esperando que éstos me convencerían de mi ignorancia. Les pedí explicaciones sobre algunas de sus obras que me parecían las mejor trabajadas. Atenienses, ¿os diré la verdad? Pues no hubo uno de ellos que pudiera, mejor que el poeta mismo, explicarme la obra ajena. Comprendí desde luego que los poetas no estaban guiados por la sabiduría, sino por no sé qué movimiento del alma, por un entusiasmo parecido al de los poetas y de los adivinos, que dicen de pronto cosas extraordinarias sin comprender qué es lo que dicen. También me pareció que ellos se creían, además los más sabios de los hombres, a causa de sus obras. Les dejé también, convencidos de que yo les era superior en sabiduría.

“Luego estuve con los artistas y artesanos. Yo no entendía nada de sus profesiones. Sabían muchas cosas que yo ignoraba, pero ninguno de ellos escapaba al defecto de los poetas. Porque conoce su arte uno de estos individuos se imagina que es sabio en todas las cosas.

“Y todos aquellos que fuí convenciendo de sus ignorancias, se convirtieron en mis persiguidores. Me acusan de ser un infame, un loco que pervierte a los jóvenes. Me

echan en cara lo que se les enrostra frecuentemente a los filósofos: indagar sobre lo que pasa en los cielos y en el centro de la tierra, no creer en los dioses y convertir en buenas las malas causas. Y ahora han destacado contra mí a Melito, Anito y Lycon. Melito aboga por los poetas, Anito por los políticos y Lycon por los oradores.”

“Por qué buscar fuera de este pasaje la causa del odio de Platón contra los poetas? Los poetas, los retóricos y los políticos condenaron a Sócrates, y su discípulo los envuelve a todos en el mismo odio.

El pondrá al servicio de su resentimiento las altas y sutiles cualidades de su espíritu. El alma de Sócrates sobrevivió en su discípulo, y sobrevivió para condenar y confundir a sus enemigos más encarnizados.

Desgraciados de vosotros, poetas, literatos y políticos que habéis condenado a Sócrates. O mejor, desgraciadas las ideas de que habéis sido representantes, es decir, la Poesía, la Retórica y la Democracia! El filósofo de las ideas en la gerarquía de los valores conceptuales, os relegará a la plaza que merecéis.

Si Platón, como el Dante, se hubiese contentado con una venganza individual contra los poetas, retóricos y políticos que condenaron a su maestro, esta venganza más maliciosa que natural, habría parecido perfectamente explicable; pero él llevó más lejos el asunto; sus ataques no son circunstanciales ni pasajeros, son sistemáticos, continuos, dialécticamente conducidos contra la Poesía, la Retórica y la Democracia. Si Sócrates no hubiera sido condenado por esos hombres, Platón habría sido también enemigo de sus disciplinas. Era el suyo un odio de principios.

La mutilación de los Hermes, signo revelador de una juventud escéptica y desdeñosa de las tradiciones nacionales, asunto en que participaron, a no dudarlo, algunos de los discípulos de Sócrates, entre otros Alcibiades; la revelación de los Ministerios de Eleusis; y algunos otros hechos de tal índole, hicieron dar la famosa ley del interpretador del oráculo. Diopetes: “Será enjuiciado cualquiera que no crea en los dioses, o dé enseñanzas sobre las cosas





Platón, según la Enciclopedia Americana.

divinas." Esta ley iba no sólo contra los actos impíos y las profanaciones, sino contra los filósofos, que eran la causa de todo. En virtud de ella se desterró a Anaxagoras, a Protagoras, y se mató a Sócrates.

Pero, ¿se sabe que Platón, en su ciudad ideal, ha acogido la misma ley de Diopites? En la ciudad ideal, tampoco Sócrates habría llegado a sus setenta años sin ser condenado a muerte:

"Nada es más peligroso, se lee en "Las leyes", que el cambio en las estaciones; en los vientos, en los regímenes de los cuerpos y en las costumbres del alma. Lo más importante de lo que hay que hacer es no permitir la más pequeña innovación en el régimen establecido. No se puede tocar las reglas de la música sin quebrantar las leyes fundamentales del Estado. Un simple cambio en los juegos basta para comprometer la estabilidad de las leyes."

Para mantener esta inmovilidad absoluta, él cuenta con leyes implacables que repriman el mal; él sabe que el hombre es así en todo, "no es sino un autómeta," y opina que las mentiras deben repetirse a los jóvenes hasta hacer que las crean, pues si la fábula de Cadmo, que hace nacer una generación de guerreros armados de los dientes de un dragón, ha merecido hasta fe en Grecia, no ve el por qué no haya de hacerse creer también a las gentes otras cosas que más les convengan. La mentira

saludable tendrá un lugar prominente en la educación minuciosa, sobrevigilada, que recomienda para crear el automatismo soñado.

Las gentes educadas en el amor de lo antiguo y el horror de lo nuevo, no darán importancia a las palabras audaces de los poetas, porque no se conocerá más poesía que la de los himnos sagrados; ni se tendrá que reprimir la fantasía de los artistas, porque los cantos, las danzas y la música, serán cosas consagradas; y por último no habrá que castigar las audacias de los filósofos porque no habrá más filósofos que los educados en el aprendizaje de la dialéctica platónica. Todo esto queda perfectamente establecido en "Las Leyes".

En la ciudad platónica, mitad cuartel, mitad convento, no habrá ningún mártir. No hay mártires sino donde se consiente la libertad de espíritu. Todavía más que el régimen de Esparta, el filósofo admira el de Egipto, "donde la menor innovación no se permite, y desde hace diez mil años se hace la misma música, y se ven las mismas pinturas y esculturas." Así, en la ciudad ideal no habrá nada que cortar, porque nada habrá germinado. Como los místicos de todos los tiempos. Platón no ve en la vida sino una preparación para la muerte.

Platón tenía excelentes razones para no ver sino como muy natural la muerte de su maestro. Ni él ni Xenofonte se indignaron del acaecimiento; lo consideraron como una fatalidad a la cual tenían que resignarse.

Si, pues, Platón se declaró enemigo de la Poesía, no se debió a la muerte de Sócrates, o es justo atribuir a su odio por ciertos grupos su inconcebible estrechez de juicio sobre la poesía. Tal condenación estaba en la lógica misma de su sistema; sus teorías mismas, morales, políticas y metafísicas, explican muy bien su criterio. En los espíritus estrechamente sistemáticos, los odios personales no representan nada al lado de los odios de ideas. Nunca se mata con tanta tranquilidad, tan fríamente, que cuando se mata en virtud de un principio. ¿Qué importa el bienestar del individuo, pregunta Platón, con tal que el Estado sea feliz? ¿Qué importan el Arte y la Vida, el expansionamiento espontáneo de los seres, con tal que la Verdad y la Virtud, conceptos grandes y desencarnados, reinen en la ciudad platónica, como momias desecadas de las necrópolis egipcias?

\*\*\*

Mas, ¿por qué los poetas impedirían el reinado de la Verdad y la Virtud?

El poeta, como el pintor, es un imitador. La idea de las cosas que no reside sino en Dios, es imitada por el hombre en las obras de sus manos, y el pintor, o el poeta, no hacen sino reproducir estas cosas en tercer grado, como un espejo que las reflejara. Por lo demás, lo hacen sin ninguna utilidad efectiva. Están distantes en tres grados de la filosofía y de la verdad.

El filósofo platónico, verdadero representante de Dios en este mundo visible, viene a ser el gran arquitecto, que da el modelo, y aprecia la manera como el modelo es ejecutado. El poeta y el pintor no hacen sino imitar al artesano, y por tanto su rol es inferior.

Hay, dice Platón, tres artistas que responden a cada cosa, el que se sirve de ella, el que la hace y el que la imita. El que se sirve de la cosa, debe tener la ciencia y el derecho de dirigir al obrero en su trabajo; el que la hace, trabaja bajo la fe del primero, y tiene una opinión justa sobre sus buenas o malas condiciones; el que la imita, no tiene ciencia, ni opinión justa sobre la cosa".

La metafísica de Platón, como la teología de la Edad Media, es la reina del pensamiento. La obediencia es la primera de las virtudes en una ciudad donde se considera la inmovilidad como un ideal, y allí el poeta, como los otros, deberá someterse a las limitadas funciones que le asigne el filósofo. El arte no es útil sino para ayudar a gobernar a la Filosofía. Los poetas que no tuvieran otro dios que su arte, serían tan peligrosos como los intemperantes sin más dios que su vientre.

Por tanto el gran filósofo estableció: "Nosotros no admitimos en el Estado más obras de poesía, que los himnos en honor de los dioses, y los elogios de los grandes hombres".

Los poetas se convertían en versificadores oficiales. Si se salían de esto, quebrantaban la regla esencial de la Justicia: "No mezclarse en los asuntos de los otros sino en los propios".

El gran crimen allí consiste en salirse de su competencia.

"¿Qué oímos decir, se pregunta Platón, diariamente de los poetas, y particularmente de Homero? Que son muy versados en todas las artes, en lo que interesa al vicio y a la virtud, y sobre los dioses. Si el poeta realmente fuera sabio, preferiría hacer obras directas y no copiar las de otros. Sus trabajos son meros fantasmas, imitaciones de tercer grado. Ningún pueblo enenta a ningún poeta como fundador

de algo útil en la política, ni en las ciencias ni artes".

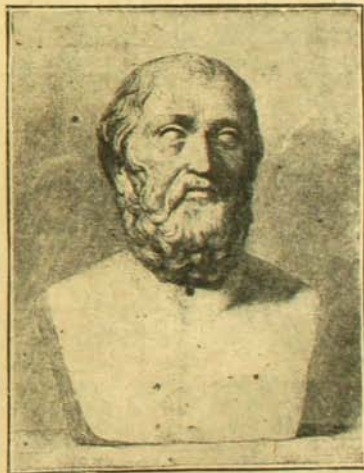
Renán se mofa finamente, en alguna parte, de aquellos que se beben el perfume que se les da a oler. ¿Platón no será uno de estos bebedores de perfumes?

\*\*\*

Es antigua la querella entre la Poesía y la Teología. El filósofo medio-profeta Xenofanes reprocha a Homero de haber reducido a los dioses a la talla humana, de haber enseñado a los hombres el robo y el adulterio, y de haber hecho como los bueyes y los caballos, que si supieran esculpir esculpirían a los dioses como bueyes y caballos.

La Poesía y la Teología no eran lo que son hoy, y por eso pudieron entonces entrar en conflicto. Los grandes libros sagrados, los Vedas, la Biblia, Zend Avesta etc., contienen la suma del saber de su época. Esas tentativas de sistematización fueron obra de las clases sacerdotales. Homero y Hesiodo llegaron a ser la Biblia de aquel pueblo que no tuvo jamás ninguna otra.

En tiempo de Sócrates no era sólo lecciones de bello lenguaje lo que se pedía a los poetas, sino de vida y de creencia. No eran sólo artistas, sino taumaturgos. En las discusiones, la opinión de Homero, de Hesiodo, de Píndaro tenía más valor que



Platón, según César Cantù.



la de los viejos filósofos. El haber tenido poetas por teólogos fué una fortuna única para el pueblo griego. El arte puede, bajo pretexto de rendir tributo a la Belleza, tomarse libertades de otra manera imposibles, y la libertad es la cosa más preciosa para el desenvolvimiento del pensamiento. Eurípides puso en sus obras poéticas opiniones que le habrían valido la muerte a cualquier filósofo, como se la ocasionaron a Sócrates y a su amigo Protágoras. Buscando lo bello, los griegos descubrieron el mejor camino hacia la Verdad es decir, hacia la evidencia racional.

La Grecia debe a sus poetas el tener una teología sonriente, sin amargura ni ceño dogmático, sin pretensiones a lo definitivo ni a lo absoluto. Platón ciertamente rechazaba las antiguas creencias vagas, inconsistentes, móviles, para reemplazarlas por otras más firmes, inmutables, cristalizadas en dogmas. Si él se indigna contra los que creen los cuentos de los poetas, más todavía se indigna contra los que no creen en nada. El filósofo Anaxágoras, que sostiene que el sol no es un dios sino una piedra incandescente, le parece aún más peligroso para la ciudad que el viejo Homero contando las embriagueces y las querellas de los dioses. El desea para su ciudad dioses que sepan comportarse bien. Al efecto opina por la supresión de muchos pasajes de Homero que no edifican nada al pueblo.

En la ciudad platónica, los dioses no reirán ni se reirá de ellos tampoco. Platón trajo a nuestro mundo la gravedad religiosa del Oriente, la intolerancia rígida, el odio a todo individualismo y la necesidad de dominación absoluta que hace el fondo de los gobiernos teocráticos.

En Grecia faltaba lo que Platón admiraba más en Egipto, una casta sacerdotal. En la ciudad ideal, la casta de los dialécticos será eso; ellos no tendrán más ocupación que cultivar la virtud y la filosofía, y asegurarse la dirección espiritual y política del país. Si la religión puede concebirse sin ritos, la filosofía de Platón sería mucho más una religión que una filosofía.

“El primer dogma sobre Dios, dice, consistirá en reconocer que Dios no es el autor de todo, sino únicamente el autor del bien”

“Por tanto, si queremos un estado bien arreglado, no permitiremos a los poetas decir que los infortunios de Niobe, de Pelopides, de los Troyanos, son obra de los dioses, pues esas son impiedades dañosas y absurdas”

Los teólogos de la Edad Media hablaban con un énfasis igual.

El segundo dogma sobre los dioses consistiría en prohibir representarlos como encantadores, que nos engañan en palabra y acción cambiando de formas. De seguidas se prevén las rudas sanciones que deberán imponerse a los poetas que infrinjan tales preceptos.

Cada uno estaba obligado a denunciar estos delitos a los magistrados. En cuanto a los culpables de negar la existencia de Dios, si son buenas personas serán sometidos a prisión nada más; pero si son sofistas o adivinos, merecen “no una sino muchas muertes”.

Penas igualmente graves se debían aplicar a los que negaban la providencia divina o la inflexibilidad de su justicia. Casi lo mismo que en los gobiernos teocráticos de la edad media.

Al lado de estas leyes platónicas, la ley de Diópeites, que causó la muerte de Sócrates, era de una suavidad notable.

Platón rechaza absolutamente las bellas tradiciones humanitarias de los dioses homéricos. El cita para refutarlos los pasajes de Homero en que los dioses se dejan ablandar por sacrificios, libaciones y el humo de las víctimas. No cree que los sacrificios ni las ofrendas sean capaces de libertarnos del fuego de los infiernos ni de más castigos. Esto recuerda asombrosamente las alegaciones luteranas contra los rituales de Roma.

Al lado de la poesía homérica, más literaria que religiosa, había una poesía profundamente religiosa conocida con el nombre de poemas órficos, que ejercían considerable influencia en la época de Platón. El orfeísmo trataba de explicar dos cuestiones que conmovían la filosofía griega desde sus orígenes: La explicación del mundo y el destino del hombre. Los primeros filósofos, que Aristóteles llama los físicos, habían tratado de dar una explicación científica, racional, al menos. Platón abandonó esta vía que debe llevar tarde o temprano a la incredulidad. El, conservando el método racionalista, prefiere las soluciones irracionales, dadas por los misterios. Lo mismo que los teólogos medioevales, Platón sistematizó por medio de un método racionalista, las soluciones místicas de los iniciados. Su enorme éxito proviene de que introdujo un semi-racionalismo en las exerecencias místicas de su época.

“La raza de los poetas, dice Platón, es de ordinario incapaz de distinguir lo bueno de lo malo. Cuando un poeta está entregado a las Musas, no es más dueño de sí; su espíritu fluye como las aguas de una fontana”.

De allí que él considerase a esta clase de gentes sumamente peligrosas para la moral y la verdad de su república.

Como en el estado hay tres órdenes, en el individuo hay tres almas, la razonable, la irascible, y la concupiscente. El estado es justo cuando cada orden está dentro de sus atribuciones; el alma es justa cuando el alma cumple su tarea, la que se le ha impuesto.

La injusticia en el hombre no es sino la sedición entre estas tres partes. El delito es la usurpación de las funciones de otro. El alma racional está en la cabeza que manda; tiene la forma esférica porque esta es la más perfecta de las formas. El alma irascible está en el pecho porque está subordinada a la primera; y el alma concupiscente está bajo el diafragma porque está sometida a las otras dos. La fisiología está a la altura de la psicología. Mas he aquí sus deducciones: la poesía no se apoya sino en la parte menos sana del alma, en la más irrazonable, cobarde y tímida, el poeta no es sino un imitador vulgar, por eso estamos bien fundados en no permitirle la entrada en el estado que va a ser gobernado por sabios. Por lo mismo se debe prohibir la pintura, y desterrar de la música los modos lídicos y sus semejantes. Debe suprimirse la flauta. Dejaremos la lira y el laúd para la ciudad, y el caramillo para el campo. Buscaremos los ritmos que convienen a una vida sabia y decorosa.

En la música la simplicidad hace la sabiduría, en la gimnástica, la salud. Los poetas, pues, estarán obligados a presentar modelos simples y virtuosos, o a irse con su música a otra parte. Los demás artistas correrán igual suerte.

“Nuestros ciudadanos se nutrirán de pastas, de trigo y cebada, se acostarán en lechos de ramaes de mirto, se coronarán de flores, cantarán alabanzas a los dioses, y pasarán su vida juntos en la alegría y la paz”.

El número de hijos debe restringirse por temor al hambre y la guerra. Los pitagóricos son castos.

Además de arrojar a los poetas de su república, Platón los ha sometido a la censura; es el inventor de ella en Grecia. Las tiberas de la censura platónica valen bien

las de cualquier gobierno moderno en tiempo de guerra.

“Borraremos todos los pasajes de los poetas que representan la otra vida como menos ventajosa que la presente”. Tal es su propósito.

También se borrarán todas las injurias dichas por los inferiores a sus superiores en las obras poéticas.

Se suprimirán la tragedia y la comedia. “Si a nuestro estado se acerca un hombre capaz de imitar toda suerte de personalidades, lo honraremos como a un ser extraordinario, le pondremos coronas de flores y cintas en la cabeza, y lo despediremos, pues aquí no hay gente a quien convengan tales transformaciones”.

Por lo demás, la mentira y el engaño en obsequio de la salud pública, son predicados continuamente por el gran filósofo. El amaba la Verdad sin desestimar a la Mentira.

El no cree en el arte de los poetas, sino en la fuerza de la inspiración; habla del poeta como de un ser alado, ligero, sagrado. Es la misma teoría de Horacio, Boileau, y los románticos modernos.

“Mi primera intención es la de ser irrazonable”, decía Musset.

Los mayores poetas, por tanto, no son los más inteligentes, o al menos la inteligencia no les sirve de nada, pues la divinidad está allí para suplirla.

La dialéctica, con su autoridad suprema, es la que interpreta las palabras del poeta o del adivino. El poeta es un ser alado, pero el dialéctico está allí para medirle las alas, y recortárselas cuando sea preciso.

No es necesario que un vuelo demasiado fuerte venga a turbar la paz de la ciudad perfecta, la ciudad de los cinco mil eunrenta ciudadanos, ni uno más ni menos, que se están preparando para la muerte.

El poeta, para ejercer su profesión, debe tener más de cincuenta años, y haberse conquistado el permiso de cantar por haber hecho una acción memorable en algún otro orden de cosas.

Por último, ¡horror de horrores! se prohibirá a los poetas “mostrar sus composiciones a ninguna otra persona, antes de ser aprobadas por los censores y los guardianes de las leyes”.

❧ ❧

Se comprende así muy bien el por qué Platón no amaba a los poetas. No se les



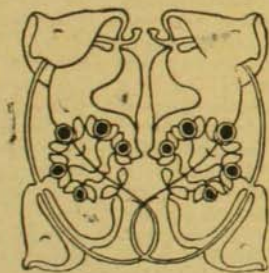
ama tampoco en los cuarteles ni en los conventos. En los cuarteles no importa sino el valor, y en los conventos, la otra vida.

Nada hay más bello, según Platón, que una ciudad que de lejos parezca una sola casa. Allí, fuera del conocimiento de las esencias, nada interesa a nadie. Fuera de la dialéctica, no hay sino fantasmas. No hay amor, ni verdad, ni justicia, sino en la dialéctica. Sólo el filósofo tiene alas.

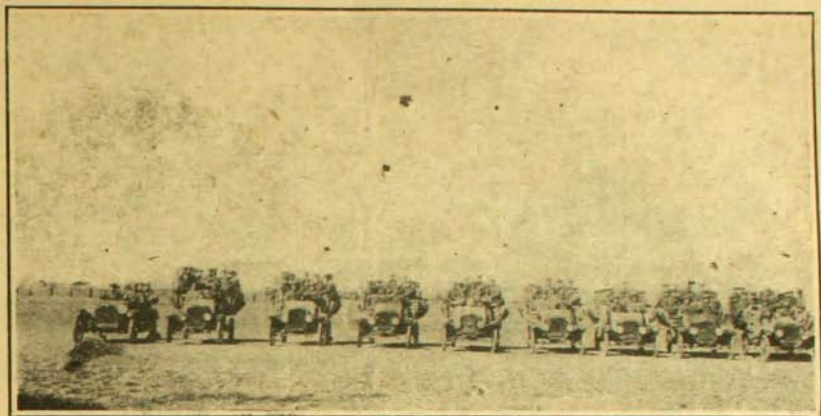
Platón sufría una desviación psicológi-

ca que le hacía menospreciar la realidad; era un alucinado del concepto, como el avaro es un alucinado del dinero. El no amaba la poesía y el arte, por la misma razón que le obligó a decir: yo no amo los campos ni los árboles porque ellos no tienen nada que enseñarme.

Leyendo a Platón se piensa en un alquimista que, a fuerza de triturar flores para extraerles las esencias perfumadas, no podría admirarlas más, pero seguiría hablando con entusiasta delirio de las esencias que ha extraído de ellas.



# LOS SUCESOS DE SANTA CRUZ



Una compañía del batallón Magallanes marchando en línea, en camiones automóviles

Conocidos son los sucesos ocurridos últimamente en el territorio argentino de Santa Cruz, en el cual bandas numerosas de forajidos asaltaron las estancias, destruyendo

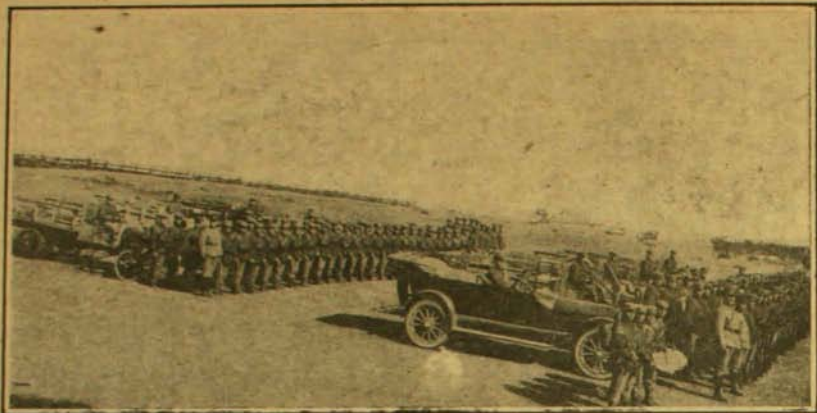
los edificios y maquinarias, y dando muerte a numerosos pobladores.

Sólo después de mucho tiempo el Gobierno argentino envió a ese lejano territorio



Ametralladoras montadas del batallón Magallanes marchando a la frontera.





Una compañía del batallón Magallanes, formada en dos líneas, lista para embarcarse en los automóviles

fuerzas de ejército que consiguieron concluir con la revuelta.

Desde el primer momento las autoridades chilenas trataron de impedir la entrada de los foragidos a Magallanes.

Con ese objeto el batallón Magallanes se estacionó en los diversos puntos de la fron-

tera, dividido en compañías y medias compañías, y con su grupo de ametralladoras.

Las fotografías muestran la salida de las tropas del batallón de Punta Arenas, al mando del mayor, comandante del Batallón, D. José María Barceló.



Una compañía de infantería en automóviles y otra a caballo, marchando a la frontera



Máximo R. Lira  
ex-Intendente de Tacna.

## La Patriótica y olvidada labor de don Máximo

— R. Lira —

Por LUIS POPELAIRE

Si pasas transeunte curioso por la Avenida Baquedano de la ciudad de Tacna y sigues por la angosta y pintoresca sonda de la izquierda, llegarás a una quinta rodeada de vegetación y salpicada de palmeras. Hoy vive en esa casa el comandante don Arturo Oyarzún; en otro tiempo fué la residencia del intendente Lira, de grato e imborrable recuerdo.

Por donde se vaya en Tacna hay testimonios de la administración Lira, y todo lo que hoy existe todavía de chileno, de útil, de eficaz y de perdurable en Tacna se debe a los nueve años en que ella se desarrolló.

Hablemos un poco de lo que hizo don Máximo R. Lira, aunque para ello sea necesario remontarnos un poco antes de su administración.

\*\*\*

No entra en nuestros propósitos insistir más todavía sobre el aspecto jurídico-diplomático del problema de Tacna y Arica. Sabemos demás todo lo que se ha hecho alrededor de este conflicto, conocemos nuestro derecho y el espíritu del Tratado de Ancón, ya estamos fastidiados de artículos, memoriales y notas del lado peruano y del chileno sobre lo que cada uno piensa sobre este asunto. No sería interesante exponer una vez más los hechos y razones que abonan nuestra doctrina y propósitos internacionales respecto a Tacna y Arica.

Sin embargo, hay un punto que valdría la pena tratar, que, a mi juicio, es algo ignorado por nosotros y es el que atañe a la chilénización de aquellas provincias, a lo único que se ha hecho, porque Tacna sea región chilena habitada por chilenos.

No hubo chilénización oficial, propiamente dicha, dentro del lapso de tiempo comprendido entre el tratado de Ancón y el proyectado plebiscito; pero cuando el Gobierno de Chile vió las dificultades que el Perú oponía al cumplimiento de lo convenido, la chilénización se impuso.

El primer acto de esa política nuestra, consistió en la radicación en Tacna de la Corte de Apelaciones de Iquique.

El intendente don Manuel Francisco Palacios, que tuvo que iniciar esta labor, harto molesta y difícil en aquellos tiempos; pero el patriotismo y la inteligencia de aquel buen mandatario chileno lo hizo acometer enérgicamente la ardua pero necesaria tarea. Muchos desagradados y penurias tuvo el intendente que sufrir por atreverse a levantar bandera de chilénización en territorios en que campeaban únicamente partidarios del Perú o de Bolivia, y en que los propios nacionales, siguiendo las aguas que sucesivamente iba marcando nuestro Gobierno, eran también devotos de uno u otro de esos países. Más numerosos los peruanos y constituidos ordenadamente en dos centros importantes, la Masonería y una Sociedad de Protección Mutua para Obreros, habían



ido poco a poco atrayendo y comprometiendo a nuestros connacionales.

Durante el periodo comprendido desde 1897 y 1899, cumplió Palacios con su misión chilenezadora en cuanto le fué posible. Al término de su administración, había logrado asegurar la integridad del territorio; atraído a muchos chilenos a la causa nacional, fundando un club social, reprimiendo los desmanes de los peruanos, cuyas provocaciones pasaban de todo límite, y conseguido la adhesión de los primeros extranjeros que prefirieron abiertamente la soberanía de Chile sobre estos territorios a la del Perú o Bolivia.

Un delegado oficial nombrado por aquellos años para informar sobre los asuntos de Tacna y Arica, don Mariano Guerrero-Bascañán, ayudó eficazmente al propósito del Gobierno de Chile y a los trabajos del intendente Palacios.

Pero el verdadero periodo de la chilenezación práctica y constante fué el que correspondió al intendente don Máximo R. Lira, que, como todos los hombres de valer, tuvo amigos ardientes y enemigos apasionados en los que se vieron perjudicados por sus patrióticas y acertadas medidas. Dentro de sus atribuciones y recursos, el intendente Lira chilenezó probablemente más que ninguno de sus antecesores y seguramente más que ninguno de sus sucesores. Aunque su obra fué naturalmente preparatoria, logró unificar los sentimientos de los chilenos dentro del patriotismo y la ayuda sin reserva a los propósitos y doctrinas del Gobierno. **Se atrajo a los extranjeros** y les hizo simpática la dominación chilena amparándolos en sus empresas y negocios y aquietó el espíritu levantismo del elemento peruano con su talento diplomático y de hombre de verdadero mérito.

En un banquete que se dió al señor Lira a poco de desempeñar su puesto, así se expresaba respecto de su labor don Enrique Barros, presidente de la Corte de Apelaciones, al ofrecer la manifestación al festejado:

"En el corto tiempo que desempeña el cargo de intendente de Tacna, ha revelado tales condiciones de laboriosidad y versación que ya se hacen sentir por todas partes los benéficos esfuerzos de una administra-

ción sana y provechosa. Conocedor de sus deberes, no se siente mareado por el humo de la adulación ni se convertirá jamás en pasivo instrumento de pasiones ilegítimas." Y el antiguo orador, periodista y hombre de Estado, no desdijo de sus antecedentes al contestar aquellas frases justicieras: "Innecesario me parece, señores y amigos, dijo, expresaros cuán hondamente me impresionó y cuánto compromete mi gratitud esta espléndida manifestación a la que han querido asociarse tan numerosos y distinguidos vecinos de la provincia, y que me acaba de ofrecer en términos tan benévolo la autorizada y elocuente palabra del señor Barros. La comprometo tanto más, cuando que — y esto lo digo con absoluta sinceridad — si bien la encuentro a la altura de vuestras bondades tengo que reconocer también, que está muy por encima de mis merecimientos. Así, pues, me apresuro a declarar, que, si la acepto, es porque comprendo que, lo que principalmente habéis deseado es manifestar vuestra entusiasta adhesión a una gran causa en la persona del funcionario que el Gobierno de la República tiene delegado aquí para servirla.

Debe reconocerse, sin embargo, que esa causa no puede ser contemplada desde un mismo punto de vista por todos los que me hacen el honor de escucharme en este momento. Por uno de sus aspectos interesa privativamente a dos porciones bien determinadas de los habitantes de esta provincia; por el otro, que es más amplio, interesa a todos, sin distinción de nacionalidades.

Por el primero de estos aspectos, ella está vinculada al cumplimiento de obligaciones internacionales. La incorporación definitiva de esta provincia en el territorio de la República depende internacionalmente de ciertas formalidades establecidas en un tratado; y, a este respecto, yo apenas necesito recordaros que nuestro Gobierno ha declarado invariablemente que en el cumplimiento de ese tratado están empeñados la palabra y el honor de la República de Chile. Según esas declaraciones, ella no abandona, no puede abandonar, ni abandonará jamás las expectativas que en su favor ha eredo el pacto que mencionó los resultados de sus victorias, y se propone mantenerlas usando

ampliamente de su derecho propio, pero respetando al mismo tiempo, escrupulosamente, el derecho ajeno. Por su aspecto más general, el éxito de la causa depende exclusivamente del vigor y eficacia de nuestros propios esfuerzos; y aquí, señores, tengo que decir que nos falta mucho por hacer en puntos esenciales.

Es cierto que hemos hecho participar a esta postración. Ella comenzó desde el momento todos los beneficios de nuestras leyes y de nuestra administración, de tal suerte que nada hay que la haya diferenciado de las demás provincias de la República, ni échole sentir, especialmente los sinsabores de una situación anormal. Esto es verdad, pero también es cierto que materialmente ha languidecido; que sus energías productoras se han postrado y que están como cegadas en ella todas las fuentes de vitalidad. Vosotros, señores, sabéis mejor que yo a qué se debe esta postración. Ella comenzó desde el momento en que se desviaron de este territorio las corrientes fecundas del comercio internacional, desde que desaparecieron de los senderos del valle y de la montaña las tropas bulliciosas de mulas y de llamas que con su incesante ir y venir entre la altiplanicie y la costa, estimulaban la producción y daban vida a los negocios. Desde entonces este territorio se siente enfermo de anemia comercial e industrial, y es indispensable, absolutamente indispensable, por nuestro interés y por nuestro honor que nos apresuremos a devolverle la salud.

Levantar a esta provincia de su abatimiento, hacerla convalecer económicamente y prepararle un porvenir próspero, es el objetivo actual de los esfuerzos de nuestro Gobierno. Tarea relativamente fácil, porque, en resumen, ¿qué se necesita, señores, para obtener este resultado? Nada más que atender a las indicaciones de la naturaleza, aprovechar las lecciones de la experiencia y dejarse llevar por las corrientes que están operando la transformación económica del mundo. Si hay aquí grandes extensiones de tierra, naturalmente, fecundas, que están condenadas a la esterilidad; si la viabilidad es deficiente; si, en una palabra, faltan, por haberse debilitado o quebrado, los resortes

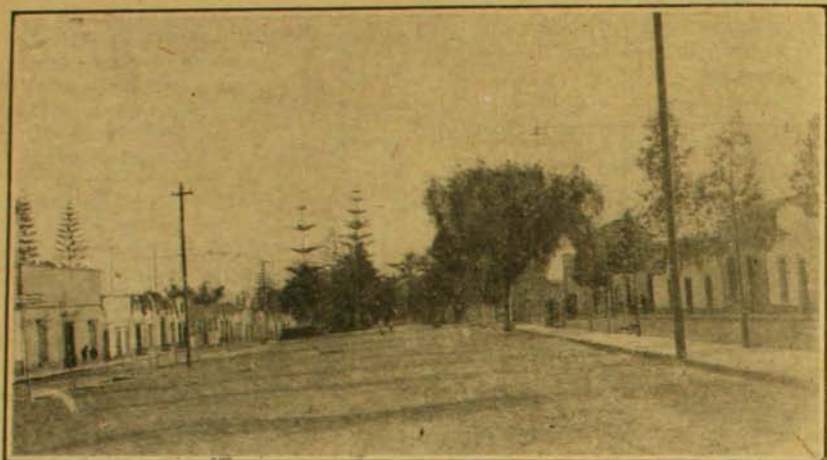
del movimiento económico, los remedios están indicados: procuremos fecundar las tierras estériles; cortemos las ligaduras que impiden al comercio desplegar libremente sus alas, demos a este territorio, vías de comunicaciones fáciles y rápidas, arterias por donde circule sangre caliente y vivificadora, emprendamos en él trabajos que lo pueblen de obreros, y abramos de par en par sus puertas a la invasión de los capitales!

Seguramente, señores, no se podrá obtener que le cielo envíe lluvias en vez de rocíos a fecundar los campos secos, pero si es hacedero captar y encausar en canales de regadío aguas que hoy se pierden para la agricultura, y todavía es posible que la varilla milagrosa de la ciencia vaya como la de Moisés, a buscarlas a las entrañas de la tierra para sacarlas a su superficie transformadas en raudal perenne de fecundidad. No volverán, tal vez, a interrumpir el silencio, de las soledades andinas, los concheros de la reena indígena y colonial; pero, en cambio, por los nuevos caminos que surque el riel, trepará la locomotora a la cima de la montaña cantando con voz potente el himno triunfal de una resurrección.

De esta manera, fomentando la producción agrícola, favoreciendo al movimiento industrial y estimulando al comercio, con obras de irrigación con la construcción del gran ferrocarril que habrá de dar salida por la línea fácil, natural e irremplazable de este territorio a los productos de una de las zonas más ricas del continente, y con el otorgamiento de amplísimas franquicias aduaneras, esta provincia tendrá que ser el asiento de una numerosa población laboriosa y activa, un centro comercial excepcionalmente próspero, un verdadero oasis donde bullirán perennemente la riqueza y la vida.

De esta naturaleza son las medidas que prepara actualmente el Gobierno de la República y a cuya ejecución se procederá sin más plazos que los que sean estrictamente indispensables para que obtengan la sanción del Congreso. Y yo os afirmo, señores, que vuestros ojos verán la resurrección que os anuncio, que vuestros oídos escucharán el bullicioso zumbido de la colmena industriosa y activa que aquí se establecerá, y que todos





Avenida Baquedano

asistiréis a la consumación, por esos medios, de una obra chilena de engrandecimiento, de patriotismo y de pacificación.

Terminaré, señores, reiterándoos la expresión de mi profundo reconocimiento por esta manifestación que recibo como representante del Gobierno de la República. De ella sólo guardo para mí la parte relativa al estímulo que se ofrece al gobernante de la provincia, a la que corresponde declarándoos simplemente que, con el favor de Dios, no me veréis apartarme jamás de los caminos de la ley y de la justicia. Señores, a vuestra salud y a la prosperidad de la provincia de Tacna."

El hermoso discurso fué la síntesis de la administración Lira, mandatario que fué honra de Tacna, que tan humillada se ha visto últimamente con intendentes que debían estar en el manicomio y no al frente de la repartición geográfica y política más delicada de la República.

Lira veía claro que la base de la chilénización consistía en adquisición de propiedades para el Fisco y los particulares chilenos, para cuyo efecto nombró una comisión que trabajará constantemente en ese sentido. Cumpliendo su cometido esta colectividad adquirió unas casas y aconsejó la compra de otras para cuando el Gobierno proporcionare los fondos necesarios.

He aquí unos párrafos del libro de don Arselmo Blanlot Holley, intitulado "Tacna y Arica después del Tratado de Aneón", y que se ocupan de la chilénización en aquella época:

"Para que las indicaciones de la comisión fueran oportunamente examinadas y resueltas por el Gobierno, insinuaron sus miembros la conveniencia de que se creara otra comisión en Santiago, la cual, a la vez que se impusiera de los planes y trabajos elaborados y realizados en el Norte, recomendaría el personal bien seleccionado que el Gobierno nombrara para los puestos públicos de la provincia o que agraciara con las fincas que se adquirieran. Se creyó que con tal arbitrio se lograría facilitar el despacho de las representaciones de la comisión chilénizadora e interesar a hombres públicos influyentes en la solución del problema.

El Ministro de Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne, acogió la idea; y a fin de dar más unidad y expedición a los esfuerzos comunes, propuso y obtuvo, algo después, que todos los servicios correspondientes a la provincia de Tacna dependieran del Ministerio de Relaciones Exteriores."

"A medida que la chilénización avanzaba y que se vislumbraba el advenimiento, o más bien la consolidación de la soberanía de

Chile, en época próxima, la política del Gobierno peruano iba despertando en el seno de la congregación de esa nacionalidad sentimientos tumultuosos y discordantes. Sus agentes administrativos secretos y los sacerdotes dependientes de la diócesis de Arequipa, únicos que podían ejercer su ministerio en la provincia, arrastraron a sus compatriotas a separarse del intendente y de sus amigos y a renovar una lucha social que parecía extinguida para siempre."

"Siempre con el propósito de adquirir propiedades raíces, único medio de asentar la soberanía nacional sobre fundamentos sólidos y perdurables, se preocupó la Comisión de obviar los inconvenientes que hasta entonces se habían opuesto a sus miras, sustituyendo en cuanto fuera dable la acción oficial por la iniciativa privada, haciendo así desaparecer el recelo de que fuera el Fisco chileno el verdadero comprador, ya que los adquirientes pedían seguridades al respecto. Además, se evitaba la Comisión la responsabilidad moral de que estimaran subidos los precios porque en realidad lo fueran, en fuerza de la necesidad de inducir a enajenar sus bienes raíces a personas que eran refractarias a la enajenación.

"La actitud de los chilenos de la localidad no fué perdida; sirvió para afianzar la adhesión de los extranjeros, infundiéndoles el convencimiento de que no debían temer ni remotamente el abandono de Tacna, ni menos el desistimiento de los derechos del soberano."

"Puede decirse que las inversiones hechas hasta esa fecha eran de carácter permanente, como que se aplicaron a las construcciones de edificios para intendencia, corte, juzgado, correo y tesorería fiscal y municipal, que funcionan en las dependencias de un mismo gran local; del liceo, que ha quedado a medio construir; de la policía de seguridad, que es relativamente a la ciudad y al personal, uno de los mejores del país, de casitas para suboficiales u obreros que recién llegaban a Tacna y que era menester alojar provisionalmente. Otras inversiones se destinaron a la compra de dos propiedades en el valle de Tacna y de tres casas en Tarata, para policía, juzgado y escuela; finalmente se gastaron sumas no muy considerables en

el sostenimiento del diario "El Pacífico", en el que colaboraron, entre otros, Lira, Cisternas Peña y Blanlot Holley; en gastos de informaciones reservadas y en el levantamiento de un censo que permitiera conocer exactamente la situación política internacional de los diversos lugares de la provincia.

"La actitud casi sediciosa de los sacerdotes peruanos que ejercían curas de almas en las parroquias de Arica, Estique, Belén y Codpa, obligó al Gobierno a clausurar las iglesias de esos pueblos, no habiendo podido conseguir en época anterior del obispo de Arequipa, de cuya diócesis depende la jurisdicción eclesiástica de la provincia, un avenimiento que colocara en la misma condición a sacerdotes de ambas nacionalidades chilenos y peruanos, o que se emplearan sacerdotes extranjeros para el servicio del culto.

Graves razones de carácter civil, político y moral determinaron a don Agustín Edwards, Ministro de Relaciones en esa época, a decretar, como expuse, la clausura, pues, fuera de ser contrario al patronato que funcionaran párrocos designados por el diocesano sin el pase requerido por la Constitución, eran ellos, más que ministros evangélicos, misioneros de una política de odios y de disturbios, no teniendo siquiera como excusa para ser tolerados, conducta limpia y regular. El mismo obispo de Arequipa alentaba el espíritu sedicioso de sus subordinados, como que en ocasión solemne, desde el púlpito del curato de San Ramón de Tacna, durante la misa dominical, se leyó por el rector un telegrama de aquel diocesano en que enviaba la bendición a sus hijos "cantivos", con cuyo calificativo se aludía a los oriundos de Tacna, quedando así excluidos de la gracia y del amor episcopal los feligreses que no fueran peruanos."

"A estas medidas agregáronse luego otras que afianzaban la chilénización e iban, a la vez, desperuanizando el territorio.

"Antes de rememorar las de carácter permanente, debo estampar, para no alterar el orden cronológico, la más importante de todas como contingente numérico, aunque tuviera el serio inconveniente de ser a fondo perdido y haber acaso costado tanto como la realización de algunos de los proyectos de regadío; aludo a la contratación, por el Go-



bierno, de jornaleros, destinados a la faena del ferrocarril de Arica a la Paz, aptos para sufragar en el plebiscito, y a los que fué necesario conducir al sur a costa del Erario Público, ya que la empresa tenía a mano trabajadores de otras nacionalidades, sobre todo bolivianos, que bajaban en gran número de la altiplanicie, halagado por lo crecido de los salarios. Fué esto, por lo demás, el único arbitrio que no motivó, debido a su naturaleza, o haberlo ignorado el Gobierno del Perú, reclamaciones de su parte."

"La cancelación de los despacheros peruanos de la Aduana de Arica; el desalojo progresivo de la gente de mar de la misma nacionalidad, fleteros, cargadores, boteros y patronos de lanchas u otras embarcaciones menores, ejecutado siempre que no obedecían los reglamentos y órdenes de las autoridades marítimas, lo que es frecuente en individuos de esos gremios, y su reemplazo paulatino por chilenos, la fundación de empresas industriales subvencionadas por el Gobierno, como ser de fabricación de calzado y cigarrillos, establecidas en Tacna, la clausura de la Iglesia Parroquial de San Ramón, a raíz de la muerte del virtuoso cura señor Andía (1) único sacerdote peruano aceptable y la expulsión de los clérigos, que después del cierre de los templos quedaron conspirando contra la autoridad y desempeñando clandestinamente su ministerio, fueron temas de ardientes reclamaciones de la Cancillería Peruana, consignadas en notas de 30 de Septiembre y 23 de Diciembre de 1909".

No hubo medida propicia a la chilenzación que no tomara el intendente Lira, y fué el gestor más constante de la construcción del Ferrocarril de Arica a La Paz.

En otros órdenes, no dejó ni un instante de preocuparse de la conscripción militar y hasta de obtener para Tacna la representación parlamentaria. El 29 de junio de 1912 en un conicio público el pueblo de Tacna, empujado y dirigido por su mandatario, pidió al Gobierno de la República senador y diputados por Tacna.

En aquella memorable asamblea quedó de manifiesto la voluntad tacneña de no diferir

por más tiempo la consagración legal de los derechos políticos que la Constitución acuerda a todos los hombres nacidos en el territorio de la República, y esa voluntad llegó hasta el Gobierno y contó con la opinión dominante en la República, porque sólo así se comprende que las autoridades todas, no sólo concuerden, sino que hicieran oír su palabra de esperanza y adhesión, sin que se levantara protestas por ese consorcio de patrióticas aspiraciones.

Al tomar en sus manos las conclusiones del conicio, el intendente don Máximo R. Lira, dijo: "El Jefe del Estado indudablemente las recibirá con especial complacencia, porque corresponden a sus anhelos patrióticos, manifestados en el discurso con que inauguró recientemente las sesiones del Congreso Nacional."

Muy poco después, cuando todo el mundo esperaba que la idea se tradujera en un Mensaje del Ejecutivo, empezó a susurrarse que las cancillerías chilena y peruana estaban a punto de finiquitar el asunto internacional pendiente.

La exaltación a la presidencia del Perú de don Guillermo Billinghurst, vecino de Iquique desde los primeros días de la ocupación bélica y vinulado por negocios y amistad a muchos de nuestros hombres públicos, daba apariencias de verdad a esos rumores.

El plan de representación parlamentaria fué diferido; pero todo eso significaba labor y patriotismo de parte de Lira; todo eso era y fué chilenzación que hasta ahora queda, a pesar de los golpes sufridos últimamente.

Y el cariño y el afecto acompañaron a don Máximo al dejar después de nueve años de trabajo la intendencia de Tacna.

Otro banquete se le dió para despedirlo, y he aquí lo que dijo el intendente interino don Benjamín Vivanco, al ofrecerlo: "En Tacna y Arica quedan muchos exponentes imperecederos de la progresista administración del señor Lira; entre otros, el ferrocarril de Arica a La Paz, de cuya construcción fué el activísimo propiciador. Y en otro orden de ideas, existe, a pesar de todo, un hecho que nadie podrá negar, porque todos pueden palparlo, él es que la fisonomía de la provincia de Tacna es hoy mucho más afín con nuestra nacionalidad que lo que era cuando el señor Lira inició su administración".

(1) Don José Félix Andía fué el único de los sacerdotes peruanos que llevó una vida arreglada, por lo cual se le permitió hasta su muerte desempeñar la rectoría de la Iglesia parroquial de Tacna.

El festejado respondió en una elocuente pieza oratoria en que se transparenta un poco la amargura por los injustos ataques de que fué víctima, gaje inevitable de todos los que han completado una obra nacional; pero al lado del pesar esta el consuelo: el afecto sin reservas de sus amigos y partidarios. He aquí el discurso:

“Señor intendente, señoras, señores y amigos: En ninguna de las ocasiones en que me habéis honrado con manifestaciones análogas a ésta, me he sentido dominado como ahora por una emoción tan intensa al levantarme para hacer uso de la palabra. Debo influir en ella, ciertamente, la consideración de que, después de nueve años de vida común voy a separarme de vosotros y de que van a romperse, con esta separación, las fibras invisibles que crean, entre los miembros de cualquier agrupación humana, vínculos delicados de afectos que nacen, de simpatías que se despiertan y de hábitos que se arraigan tanto que llegan a ser una ley de la existencia. Flota, por eso, en la atmósfera de esta sala la inevitable y natural tristeza de las despedidas; pero como ésta no pondrá entre nosotros la valla insuperable de las ausencias sin término porque yo me propongo no decirlos: ¡adiós! sino: ¡hasta la vista! no es la influencia de un pensamiento triste la que me domina en este momento.

Lo que me produce esta emoción, lo que la hace tan honda, lo que la hará imborrable, es el hecho de que sea el ex-mandatario de la provincia quien recibe el excepcional homenaje de esta espléndida manifestación.

De las otras, de las que se hicieron al intendente, habrá podido pensarse, tal vez decirse — porque todo se dice, hasta lo que no se cree — que iban encaminadas a obtener tortuosamente del mandatario de la provincia favores, beneficios o complacencias, por medio de agasajos aduladores...

La memoria me representa fielmente en este momento la fisonomía de aquellas manifestaciones y veo figurando en ella, lo mismo que en ésta, a respetables y altos funcionarios públicos cargados de merecimientos y de servicios; a representantes oficiales de naciones amigas; a profesionales distinguidos; a jefes caracterizados del ejército; a miembros conspicuos del comercio extranjero y nacional; a muchos de esos

hombres que se han ganado honorablemente con sus propias obras la consideración social de que gozan; a empleados públicos, pundoñosos y modestos, que ganan honradamente el pan que comen y que no ponen en su basta su independencia... Esos eran los amigos que me rodeaban en aquellas manifestaciones: todos hombres que dan sus adhesiones generosamente y que no andan en busca de mercado para venderlas!

Pero, en todo caso, era al intendente a quien se hacían, y bien pudiera haberse invocado para hacerlas más numerosas la deferencia cortés que en todas partes se guarda al representante de la autoridad pública. Está bien. ¡Pero está!... Esta, cuya significación ha acentuado en términos tan benévolos y cariñosos mi respetable y distinguido amigo el señor Vivanco; ésta, que congrega en este recinto a tantos hombres justamente considerados en la sociedad de la provincia y que tantas distinguidas damas han venido a realizar con su presencia; ésta, en la que tantos amigos involuntariamente ausentes han querido hacerse representar con sus adhesiones; ésta se me ofrece en la hora gris de los ocasos... o del eclipse, cuando he dejado de ser mandatario y vuelvo a la obscuridad de la vida privada sin tener para retribuirla otra cosa que mi ingratitud! Por eso, y por las circunstancias en que se produce, la recibo con emoción tan profunda, como el título de honor más valioso que pudiera otorgarme la provincia!...

El señor presidente de este banquete ha aludido también, en su discurso de ofrecimiento, a los resultados de la misión que me ha estado confiada en esta provincia durante los últimos nueve años, y a mí no me corresponde, ciertamente, pronunciarme sobre ese punto. Mi obra está sometida al fallo de jueces que son, como he tenido oportunidad de decirlo en ocasión análoga a la presente, el Gobierno de la República y mis conciudadanos, y entre éstos principalmente los que residen en este territorio. Pero como hablo ante uno de mis jueces, creo que bien puedo decir al respecto algunas palabras.

No diré, ciertamente, señores y amigos, que esta manifestación es vuestro veredicto, no. Quiero considerarla nada más que en su carácter de homenaje de amistad, pero aún



así puedo observar que seguramente no le habríais dado la excepcional solemnidad que reviste, si el amigo a quien deseabais despedir con ella hubiera defraudado, en el desempeño de su cargo oficial vuestras esperanzas patrióticas. Algunas, no me lo disimulo, debo haber defraudado, porque más de un error debo haber cometido durante mi administración. Serían entonces esas faltas las que con esta manifestación habéis querido absolver, considerando por una parte, que nadie está exento de errar, porque la infalibilidad no es atributo humano, y teniendo en cuenta también que, al fin y al cabo, mi acción en el gobierno de la provincia no ha sido del todo infecunda.

Señores: vuelvo otra vez la vista hacia atrás y os invito a recordar conmigo cuál era nuestra situación aquí, hace nueve años, y a compararla con la presente. Desde luego, éramos muy pocos y no parecíamos ser los señores de la provincia. Vivíamos en ella casi en la situación precaria de transeúntes que de un momento a otro debían levantar un campamento provisional. Y porque parecía faltarnos la fe, no podíamos inspirarla. Habían sido tan inciertos los rumbos de nuestra política, tan débil la acción de nuestros gobiernos, que en esta provincia reinaba sin contrapeso, entre sus antiguos pobladores, entre los residentes extranjeros y hasta entre nosotros mismos el profundo malestar de la incertidumbre.

¿Sucede ahora lo mismo? El mandatario enviado a ella por el Gobierno en 1904 vió con toda claridad desde el primer momento que el buen resultado de la misión que se le había confiado dependía principalmente de la eficacia de los esfuerzos que hiciese para destruir la incredulidad con que eran acogidas nuestras declaraciones en lo referente a la posesión definitiva de este territorio. Y no eran esfuerzos de persuasión con palabras los que necesitaría hacer; las declaraciones habían caído en falencia y no se les volvería a prestar fe si los hechos no venían a confirmarlas. Se apresuró, por eso, a emprender la ejecución de obras de más o menos importancia que fuesen una prueba palpable de que las aves de paso habían resuelto establecer aquí permanentemente sus nidos y que dieran fuerza a sus afirmaciones de que la política nacional, en relación con Tacna y Arica, tenía ya rumbos fijos, inal-

terables y definitivos. Y cuando se oyeron los primeros martillazos de la construcción del ferrocarril a La Paz, y cuando se vió a dos Presidentes de la República sucesivamente de visita en la provincia, las dudas desaparecieron. El mandatario dió a esa obra sus fuerzas y sus fatigas, le dió sus entusiasmos y sus preocupaciones, puso en ejecución todas las energías que los años habían dejado en su espíritu y en su cuerpo, y los resultados están a la vista. Está a la vista, decía hace un momento el señor Vivanco, que la fisonomía de la provincia se ha modificado profundamente en los últimos años. En efecto, ya no somos en ella un grupo, somos un pueblo; el aire que se respira por todas partes es aire de vida nacional; y sería necesario llegar hasta sus rincones más oscuros para encontrar algún vestigio de las antiguas incertidumbres. Aquí ya no hay un problema internacional; el que había desapareció y bien puede decirse que la obra está terminada.

Evidentemente, yo no abrigo la preten-



Camino de la Quinta "Las Palmeras"

sión excesiva, y que resultaría insensata, de atribuirme todo el mérito de esa obra. Me pertenece en parte, puedo decirlo sin vanagloria ni jactancia, sobre todo en presencia vuestra; pero también pertenece a los muchos abnegados e inteligentes colaboradores que he tenido y a quienes envío desde aquí la expresión de mi reconocimiento. De ellos, unos me han ayudado con los consejos de su saber, otros con las indicaciones de su experiencia, éstos, asociándose a mis tareas de propaganda, aquéllos compartiendo conmigo las responsabilidades de la administración. En realidad, mis colaboradores han sido todos los que en cualquier forma venían a fomentar la actividad de la vida de la provincia: el profesional que llegaba a prestar a sus habitantes servicios indispensables; el comerciante y el industrial que abrían en ella nuevas fuentes de producción y de riqueza; el obrero que instalaba en la ciudad modesto taller, y hasta el rudo e inculto labrador que plantaba su choza en el campo estéril, y en la puerta de su choza un árbol destinado a dar sombra protectora a una futura heredad chilena!

El otro de mis jueces es el Gobierno de la República, y éste ha manifestado en diversas formas que mi conducta ha merecido su aprobación. Me mantuvo durante nueve años al frente de la administración de esta provincia, dispensándome inalterablemente su confianza, cualesquiera que fuesen los partidos y los hombres que durante ese largo período llegaron a constituirlo, y haciéndome recientemente el honor extraordinario de pedir al Congreso una ley especial de jubilación que asegure el descanso decoroso de mi vejez. "Así, decíame el Ministro que era mi jefe, al comunicarme esa resolución, juntamente con reconocer los Poderes Públicos los importantes y largos servicios prestados por usted a la nación, le asegurarían siquiera, en parte, el bien ganado descanso al cual le asiste el más legítimo derecho. Usted apreciará debidamente el ánimo del Gobierno, que es de alta consideración y justicia para con la persona de usted y sus relevantes merecimientos."

Señores: ya puedo con estos dos diplomas de honor, el que me ha otorgado mi Gobierno y el que me otorgáis ahora vosotros con esta manifestación, irme a esperar tranqui-

lamente el fin de mis días. Llevo así, de esta jornada, tal vez la postrera de mi vida pública, la satisfacción imponderable del deber cívico cumplido hasta el fin en la medida de mis fuerzas. Llevo, también, señores y amigos, guardado celosamente en el corazón el tesoro de vuestros afectos y contrada para con vuestras innumerables bondades una inmensa y sagrada deuda de gratitud. Por eso, donde quiera que me encuentre, mis miradas estarán constantemente dirigidas hacia acá, llenas de la visión de la prosperidad de esta provincia y de la felicidad de los amigos que dejo en ella."

\*\*\*

Al ponerse de pie el señor Lira, una ovación enorme lo saludó, la que se prolongó por largo rato. Cada uno de los períodos de su brillante discurso fué recibido con salvas de aplausos y con vivas al señor Lira; y al terminar, la concurrencia lo aclamó por largo rato, mientras la banda ejecutaba una animada diana.

Llegó su turno al coronel don Luis Contreras, Comandante de Armas de Arica, que había sido comisionado por los caballeros ariqueños asistentes al banquete para hacer uso de la palabra.

Una prolongada salva de aplausos saludó al señor coronel, y su notable discurso, que reproducimos en seguida, fué interrumpido a cada rato por aclamaciones atronadoras. Al hacer alusión a los servicios prestados al Ejército del 79 por el entonces brillante secretario del general en jefe, la concurrencia electrizada lanzó un sonoro "¡Viva el Ejército!", que resonó en toda la sala como un homenaje a la institución más querida de los chilenos, personificada allí en uno de sus más distinguidos representantes.

#### **Coronel don Luis Contreras S.**

Bienvenida entusiasta, señores, al acaerdo generoso con que los hombres de buena voluntad, deponiendo preocupaciones que dividen, se congregan, se estrechan y olvidan con hidalga franqueza sus pasiones, cuando se trata de rendir culto justiciero a los merecimientos y a las virtudes de un hombre de bien!

Si nuestro ilustre festejado — que aquí nos une en consorcio de gratas expansiones,



—siente en toda su intensidad el goce íntimo de la aspiración satisfecha, al interpretar el por qué y el alcance de esta manifestación — tan bien ganada — los que participamos de ella, debemos enorgullecernos de haberla concebido, porque a la vez de significar la amplia aprobación a la labor fecunda de un ciudadano eminente, implica valioso estímulo para los que ofrendan sus energías al servicio público.

Por cierto que no ha menester de enojos la figura dominante, que ahora es motivo único de nuestros más delicados sentimientos; bien sabéis, señores, que no lo necesita, pues está vinculado a medio siglo de nuestra historia nacional, como prueba indiscutible de civismo y muestra de ejemplarizada consagración a la Patria.

Y es por eso que su personalidad, que se destaca entre las más notables de los hombres públicos de su época, tiene la peregrina belleza del conjunto de las más relevantes cualidades, y a la igual de la escama que luce en la campaña su arrogancia secular, ha podido y puede soportar tranquilo la impetuosidad de los más fuertes vendavales.

La naturaleza, exageradamente pródiga, le adornó con dotes singulares: le dió el sentimiento y la dulzura del poeta; las condiciones todas del escritor galano; del polemista vigoroso, siempre bien intencionado; los atractivos de la elocuencia que empieza ganando voluntades y concluye dominando por convencimiento; la habilidosa sagacidad del diplomático que cautiva insensiblemente, y, por último, le dió, señores, el carácter y la hombría del alma espartana.

“Friza en los treinta y cinco años, escribía don Máximo Lira, la pluma de oro de don Rómulo Mándiola, y ya tiene un nombre que tratan todavía de ganar frentes que coronan la nieve de los años — nombre conquistado por el talento bri- llará cada día más.”

Y la profecía de ese cerebro privilegiado, que animó a una de las cabezas más portentosas de su tiempo, se ha cumplido, y se ha cumplido con pasmosa fidelidad.

En la prensa, en el Congreso — en la política — en la diplomacia y en la literatura nacional, como en todos los negocios de Estado y en los problemas de interés público

que han agitado su actividad productiva, ha impreso el señor Lira el sello indeleble de su inteligencia esplendorosa, de su patriotismo sin tacha y de su carácter excepcionalmente bien templado, que ha podido tal vez producir discusiones, pero que jamás dejó otra huella que la estela luminosa de esas sus virtudes imponderables.

Como soldado, reclamo para el Ejército una parte de las primicias de la benéfica labor, que tan ligeramente he esbozado; reclamó la que ligeramente desarrolló como secretario general de la campaña más gloriosa en los anales de nuestra historia militar.

Frescas están todavía en el recuerdo de nuestros veteranos, las patrióticas proclamas que escritas por él, bajo la tienda del vivac, les transmitía los latidos y el sentir de los hogares ausentes pidiéndole el sacrificio del esfuerzo personal para defender el honor de la patria y recomendándoles fervorosamente la generosidad y el respeto para los vencidos.

Señores, coloquemos la mano en el corazón, y juzgad si un ciudadano que así, con tan majestuosa honradez de convicciones, ha recorrido la mayor parte de la etapa de la vida, se ha impuesto o no al juicio justiciero de sus contemporáneos, al cariño de las nuevas generaciones, y decidme si tiene o no derecho a terminar la jornada bajo un ambiente saturado con el perfume de la gratitud de sus conciudadanos.”



La transcripción de todo esto revela al hombre, evidencia sus virtudes, la serenidad de su espíritu y la intensa labor de chilénización que llevó a cabo.

Una de sus características era su elevado espíritu de justicia y comprensión, que fué siempre una garantía para los chilenos y la chilénización; la mentalidad de Lira no concebía que su actuación pudiese tender en algún momento a hostilizar, en aquel discutido territorio, a los chilenos, que eran y son la base perogrullesca de la chilénización.

El tiempo ha pasado y justifica en absoluto la acción del intendente Lira, que jamás ha dejado de ser una figura histórica chilena.



Indias Araucanas de Temuco

# Los indígenas de Chile

SUS COSTUMBRES ACTUALES.—MATRIMONIO.—FIESTAS RELIGIOSAS.—GUILLATUNES, etc., etc.

Por Armando Moraga Droguett

Protector de Indígenas

Hice promesa a un viejo amigo de hacer algunas consideraciones para PACIFIC MAGAZINE, sobre la manera de vivir y costumbres actuales de la raza aborigen. El único título que abona y justifica esta pretensión es el de conocer desde hace cinco años e íntimamente, a los mapuches; por centenares y diariamente en mi oficina escuché y resuelvo sus quejas sobre la eterna estrechez de sus tierras y converso con ellos en su lengua extraña y armoniosa.

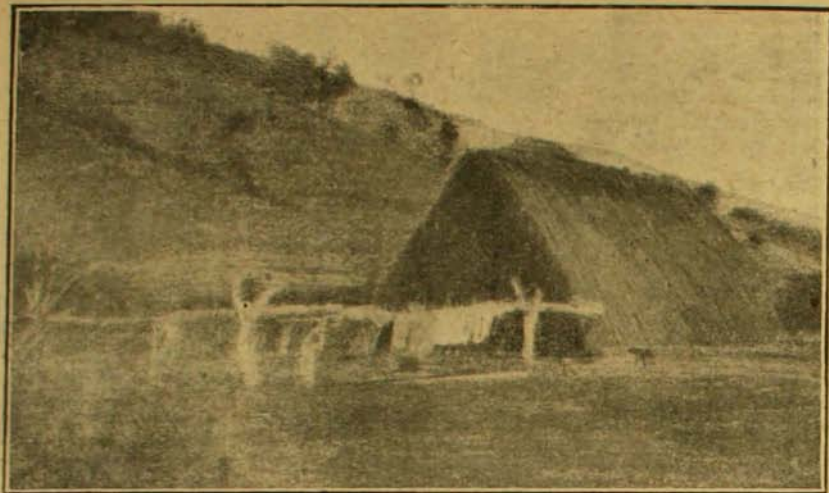
¿Quiénes son indígenas? ¿Hay muchos? ¿Cómo viven? ¿Cuáles son sus costumbres? Estas son las primeras preguntas que acuden a la mente cuando se habla de los indígenas.

¿Quiénes son? Son éstos cien mil hermanos nuestros que han conservado la

lengua, las costumbres y nombres de la vieja raza araucana, y que actualmente arrastran su triste y dolorosa miseria por estos pueblos de la antigua frontera araucana. Están pobres y llevan pintados en sus rostros marchitos y cansados, todas las fatalidades que les ha deparado el destino; están envejecidos; basta ver sus fisonomías melancólicas para convencerse de esta verdad; jamás sus rostros son animados por una sonrisa franca y abierta; recelan; observan con inquietud a la persona que les habla; ven en todo chileno, huinca, su viejo y legendario enemigo; no esperan nada bueno de él.

¿Cuál es la razón de esta amarga tristeza que se ve retratada en los semblantes de los mapuches? ¿Cuál la razón de la desconfianza y temor con que miran la ve-





Ruca de Mapuche

ciudad del chileno? ¿Por qué no han con fraternizado con éstos?

La raza araucana ha sufrido en su orgullo ancestral, en su altivez heroica y fiera; después de siglos de batallas y de heroísmos, fueron al fin vencidos y pacificados; quitadas sus tierras inmensas. Ya no tiene razón de ser la orgullosa altivez de los viejos caciques que mandaban como amos autócratas, miles de mocetones; ya no poseen las riquezas de otros tiempos; sus rucas están pobres y dismanteladas; sus mujeres no lucen los primores de sus tejidos multicolores, los aros y las diademas de otras épocas, no existen ya; los han vendido; están pobres. Una fatalidad tenaz y ciega les ha perseguido; fueron vencidos, dominados, sus tierras son estrechas; las enfermedades se han cebado en ellos; el alcohol malo y barato ha minado en su esencia misma a estos hombres fuertes y membrudos, de anchas y vigorosas espaldas, de cabezas erguidas y fuertes, de mirada altiva y orgullosa; esta raza vacila hoy en sus cimientos mismos: está enferma y triste; su fin, no hay duda, está cercano; si no se confunde con la población chilena, está llamada a desaparecer víctima de la miseria, de las enfermedades, del alcohol y de mil extrañas supersticiones.

Han transcurrido siglos desde la conquista de Chile; todo ha cambiado, todo ha seguido la ola fatal e inevitable de la evolución ascendente y de las transformaciones. Si los españoles de la conquista pudieran desde sus sepulcros, ver el adelanto prodigioso de la patria, quedarían maravillados; no podrían jamás creer en un cambio más absoluto. Y verían también, asombrados, que sólo ha escapado a este progreso incesante la raza araucana, aquella que sostuviera las épicas batallas que cantara Ercilla; están iguales; se han sustraído a la evolución; sus costumbres, las mismas de hace siglos. Sus ceremonias religiosas permanecen idénticas. Cuando, por ejemplo, la lluvia amenaza las sementeras, se reúnen, como hace siglos, en gran cantidad, y en ceremonia que recibe el nombre de *guilatún*, invocando los buenos espíritus, a fin de que haga cesar la lluvia y haga llover el sol; todo esto en medio de cantos originales y curiosos; algunos mapuches, caballeros sobre caballos blancos, se acercan y alejan alternativamente de un gran palo que hay plantado en mitad del campo escogido para la ceremonia; la *machi*, seguida de algunas cuantas mujeres y hombres, avanza con pasos cadenciosos y rítmicos, tocando el *Kultrun*, un extraño ins-



Cosecha de Mapuches

trumento musical de los mapuches: una especie de caja sonora cubierta de cuero, que al ser golpeada por un trozo de madera produce extraños y lúgubres sonidos.

No hace mucho, me tocó presenciar una ceremonia de esta clase. Una machi, india joven y rolliza, dirigía la ceremonia, armada de este instrumento; cerrados los



Reunión de Indias





ojos y haciendo extraños movimientos, ya inclinandose de un lado, ya del otro, avanzaba hacia el centro del círculo. Me llamó la atención la figura misteriosa de la india; pregunté por ella, y me contestaron que esa misma noche había recibido el título de machi, que había desaparecido, hacía tres días de la ruca, que aquella noche habíase sentido un fuerte ruido, a manera de temblor, y que había caído desde muy allá, en medio de la ruca, vestida de blanco; estaba consagrada; había visto a Huecuf, al diablo.

Hay muchas otras ceremonias originales y curiosísimas en grado extremo; los entierros principalmente; al muerto se le po-

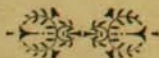
ne sobre el rústico féretro, comida, mantas, pan, carnes, licor, etc., etc.

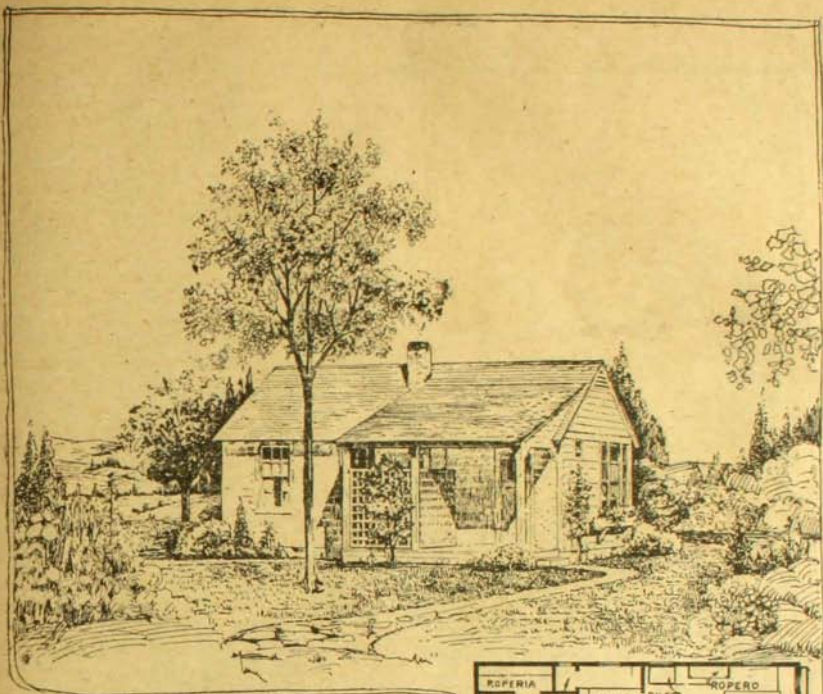
Es fama que algunas veces se le coloca, —esto no lo he visto, — en la mano derecha, alguna moneda, talvez para que pague al barquero de Caronte! El día del entierro, que ocurre una o dos semanas después de la muerte, se hacen las más extrañas ceremonias; al lado del cadáver plantan un palo largo y delgado, de cuyo extremo pende un trapo blanco; alrededor de éste y del cadáver, dan vueltas numerosos indígenas montados, quienes lanzan gritos agudos y fuertes, mientras corren con gran furia en persecución del diablo a quien, seguramente, alejan de aquellos contornos; entre corrida y corrida se liba abundante y copiosamente; hombres y mujeres llevan a menudo a la boca los cachos que circulan de mano en mano, rebosantes de vino; al final del entierro la borrachera es grande; a mayor dignidad del muerto, corresponde mayor fiesta.

Los indígenas observan la poligamia. Caciques y hasta simples mocetones, casan con dos, tres y hasta más mujeres. Estas, como en los tiempos primitivos, les sirven para el trabajo; la mujer es la que despliega mayor actividad; a veces se ve por los caminos a la pobre mapuche que conduce algún pesado bulto a cuestas, mientras el hombre va placentero, caballero sobre un rocín flaco y mañoso.

El matrimonio es bastante primitivo; ¿un mapuche ve convenirle tal mujer? Pues se la lleva a su casa, previo pago al padre de alguna vaca, diez ovejas o dos bueyes, etc., etc. Yo he tenido en mi oficina los más originales reclamos y pleitos de casados que pueda imaginarse. El marido, a quien ha abandonado la mujer, viene a poner demanda en contra de ésta y de su padre, a fin de que le sean devueltas las especies que dió por la hija.

En este momento que escribo, preséntase a mi oficina un individuo que viene a un reclamo de la suerte.





Atención de Don Héctor Ayerza.

Conveniente y confortable chalet para un matrimonio con no más de dos hijos. Tiene cuarto de baño, cocina a carbón o leña y estufa para calentar el agua, pileta y cómoda ropería (alacenas grandes) y armarios. Mediante una separación, el corredor del pórtico queda dividido en dos partes dándole así dos entradas.



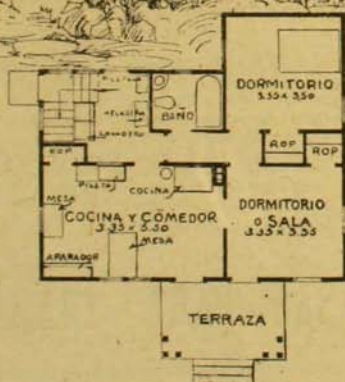
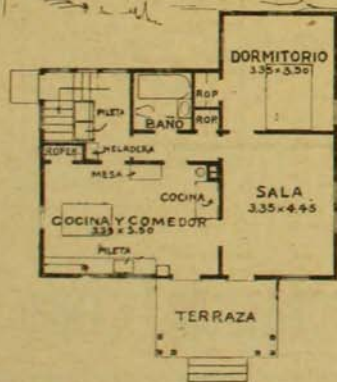
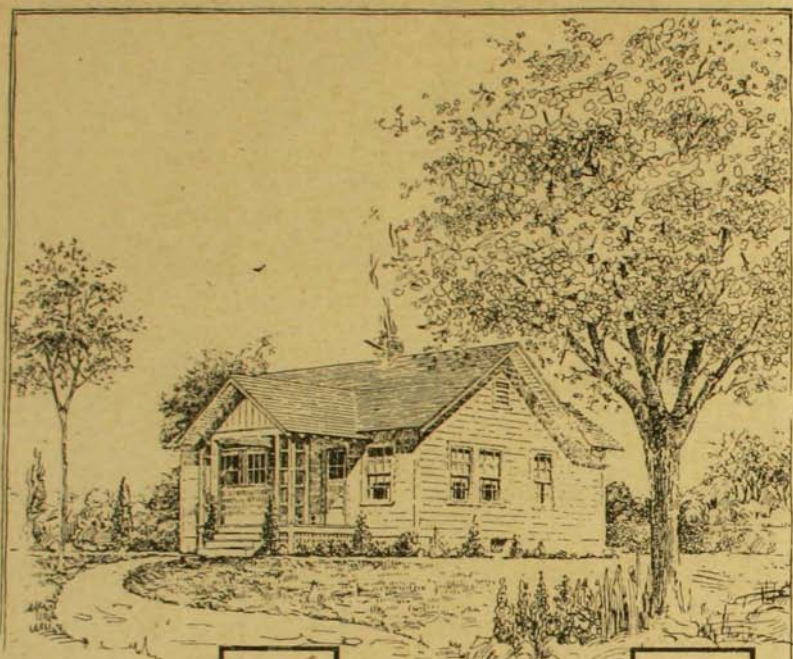
## CASAS PARA TRABAJADORES DE CAMPO

El industrial que ha estudiado el costo de la mano de obra sabe que reemplazar personal trae como consecuencia aumento de precios.

La industria manufacturera está convencida del hecho de que es necesario asegurar y retener los buenos empleados, a tal punto que ningún detalle aunque fuera

trivial, sea pasado por alto, a fin de asegurar así la permanencia de ellos. El manufacturero debe evitar cambios siempre que sea posible. El agricultor tiene más incentivos para retenerlos que el industrial. Esto se debe a las grandes distancias a recorrer y en consecuencia al tiempo necesario para hacerlas; es evidente





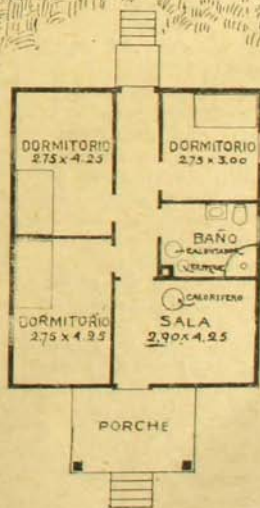
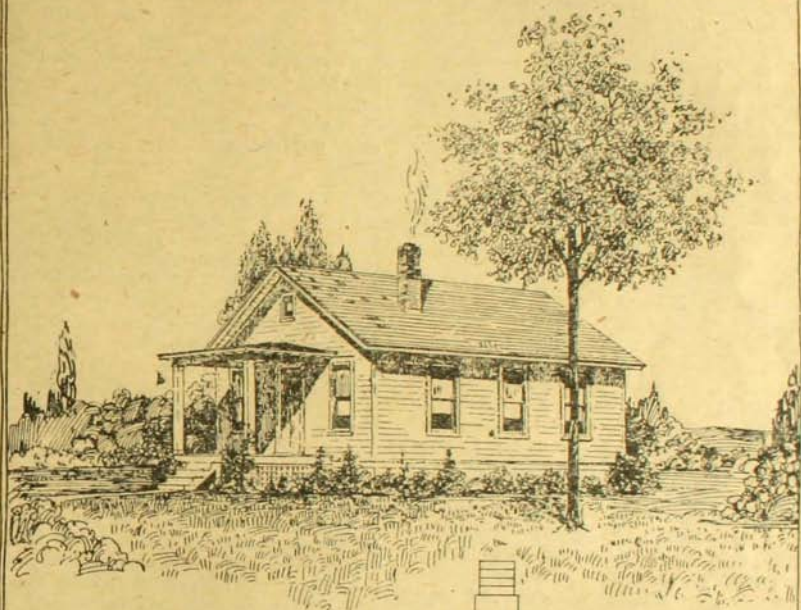
Este chalet tiene un aposento más que el del grabado 1. Además de baño, cocina y piletta, tiene lavadero y heladera. También tiene sótano. Puede ocuparla un matrimonio hasta con cuatro hijos. Se dan dos planos del interior, cualquiera de los cuales puede ser bueno.

así que el costo para cambiar personal en el campo sea forzosamente mayor que en la ciudad.

En adición al tiempo y dinero requeridos para obtener personal nuevo en el

campo, hay pérdida de eficiencia en el trabajo, debido al aprendizaje del personal que a más de nuevo es a veces incompetente.

A causa de los alojamientos que han exis-



Elevación y planta de una casa colectiva (bunk house) donde caben hasta seis hombres. Tiene agua caliente, cuarto de baño de regadera y sala con calorífero. Varias ventanas le dan amplia luz y ventilación.



tido anteriormente en muchas chacras, ha sido necesario para la mayoría de los agricultores, conseguir personal soltero. Esa condición no debe existir. No hay razón para que no se provea de alojamientos adecuados a un hombre con su familia; además, no hay razón para que las condiciones de vida en las chacras y estancias no sean tales que un hombre que desea obtener un ambiente agradable y oportunidad para el desarrollo y educación de sus hijos no pueda ir al campo y encontrarlas.

Una buena fuente de ayuda para el campo, y de la cual muy poco se ha hecho uso en el pasado, es el hombre de ciudad que en su juventud ha tenido experiencia de la vida de campo y que desea volver, siempre que pueda hacer el cambio, sin sacrificar al mismo tiempo, el confort y las comodidades a las cuales se ha acostumbrado. Al seleccionar trabajadores en la ciudad para el campo debe tratarse de obtener hombres de buenas condiciones morales o de las mejores que sea posible.

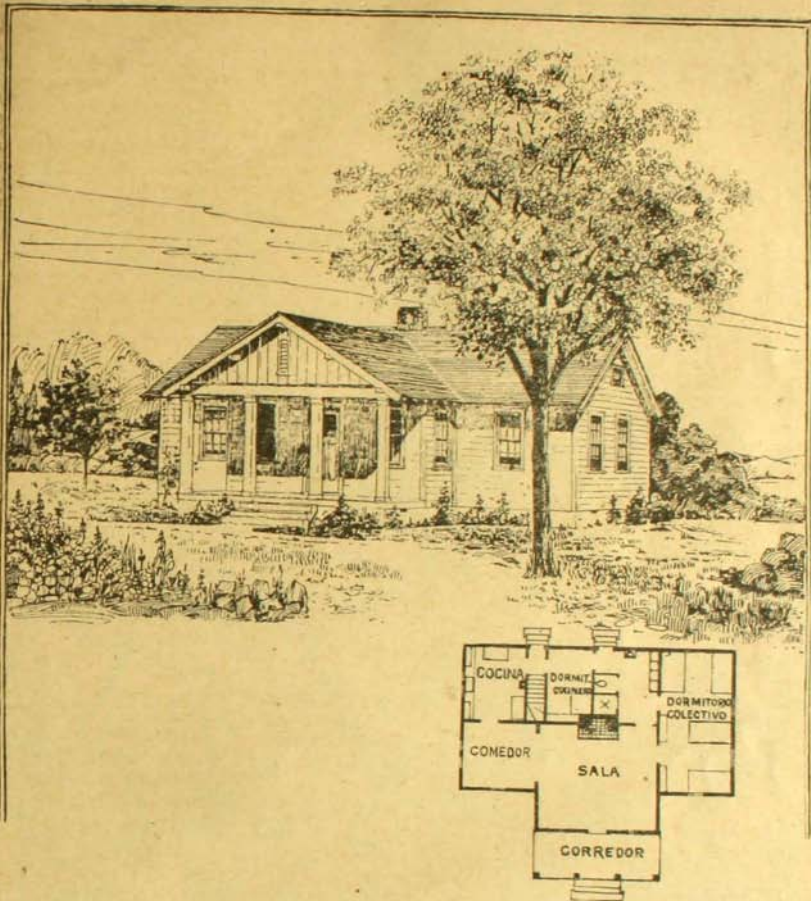
En toda gran ciudad hay millares de personas inteligentes, hábiles trabajadores y mecánicos prácticos que darían la bienvenida a una oportunidad de poder llevar sus familias al campo si se les aseguran condiciones de vida comfortable. Aun en la época presente, a despecho de lo que parecen ser salarios elevados pagados en la ciudad, por la mano de obra de operarios hábiles y no hábiles; el costo del alojamiento, alimentos, ropa, y la educación de la familia imponen una carga tal que muchos hombres en la ciudad pueden difícilmente soportarla. Estas personas a menudo piensan: "¿Por qué con la demanda que existe en el campo por la mano de obra no podría trasladarme con mi familia, y a pesar de conseguir un salario menor no podría encontrarme mejor que aquí?" A esta pregunta se suele contestar él mismo: "Podría hacerlo, si encontrara un lugar agradable y oportunidad buena para educar a mis hijos."

Si bien es cierto que la vida de ciudad tiene inconvenientes, mirada bajo ciertos puntos de vista, no se puede negar, sin embargo, que casi todos los habitantes están acostumbrados en su vida diaria a cierto confort y comodidades de otro orden que todavía en el campo no es posible obtener. Entre otras cosas a que están

acostumbrados en la ciudad, y que puede y debe proveerse a todos los habitantes del campo, son: facilidades para la educación de sus hijos, habitaciones con buena calefacción, ventiladas y con obras sanitarias en buenas condiciones. Una gran parte de las entradas del hombre de ciudad (sea salario o jornal) la gasta en alquiler, combustible, alimentos y ropa para uso de él y su familia. Los dos primeros pueden ser provistos por el agricultor a un precio nominal, como puede serlo una gran parte del tercero. Los gastos del cuarto se reducen materialmente al trasladarse al campo.

Si se muestran claramente al trabajador las buenas condiciones de vida y vivienda que se le ofrecen en el campo así como las facilidades que tiene para obtener alimentos a bajo precio, dará seguramente a esas consideraciones la atención debida y tendrá en cuenta los beneficios de su traslado. En gran parte sabe en lo que invierte su dinero e inmediatamente olvidará el alto salario que recibe, siempre que en cambio vea que obtiene iguales o mejores condiciones de vida. Las horas que prevalecen en el campo, aunque más largas no deben actuar como freno en la determinación de ir a trabajar allí, pues muchos trabajadores en la ciudad emplean hoy día de una a dos horas por la mañana y por la noche en ir y volver a sus empleos, de modo que un día de ocho horas nominales en la ciudad pueden ser equivalentes a diez y a veces hasta doce horas de trabajo diario en el campo.

En toda ciudad y en realidad en toda comunidad hay una cantidad de hombres que debido a faltas de medios de educación en su juventud, o debido a faltas de iniciativa y habilidad para realizar el trabajo de otros, están ocupando puestos de peones, ayudantes, etc., en una u otra rama de la industria donde no adelantan. Muchos de estos hombres son sin embargo, buenos trabajadores pero serían mejores en el campo donde no fueron o trataron de ir porque en el pasado prevalecía la idea de que el trabajador de chacra era considerado como un puesto demasiado subalterno en la escala industrial. El obrero de la ciudad o pueblo tiene ventajas de educación que no existían en el campo. Proveer a éste de medios razonables, de recreo, facilidades de educación, confort, ambiente agradable, etc., resultará en bene-



Casa colectiva más grande que la del grabado 3, con cocina y comedor. El dormitorio colectivo puede ser agrandado y la cocina y comedor convertirse en dormitorio si las comidas no se sirvieran allí.

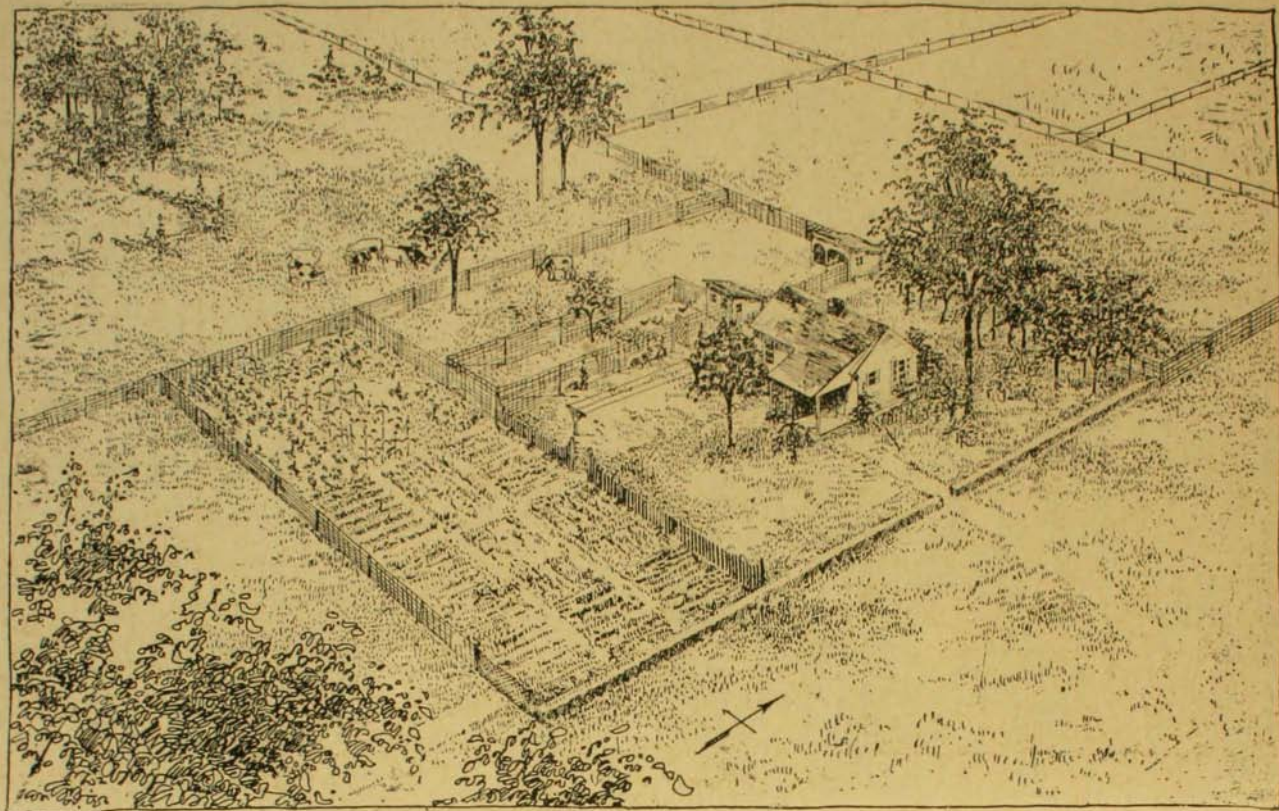
ficio del mismo consiguiéndose así hombres de excelentes condiciones morales.

Los alojamientos que deben hacerse para hombres casados y solteros son, como es natural, enteramente diferentes. Una familia debe tener su propia habitación. Los solteros deben ser agrupados en una o varias casas colectivas cuando sea posible, en vez de alojarlos con familias. Estas desean tener la intimidad del hogar que debe existir en to-

da casa, lo que es esencial por otra parte, para la educación que los niños deben recibir. El hombre soltero necesita y debe tener cierto grado de libertad que no puede disfrutar cuando deba formar parte de la casa de otro.

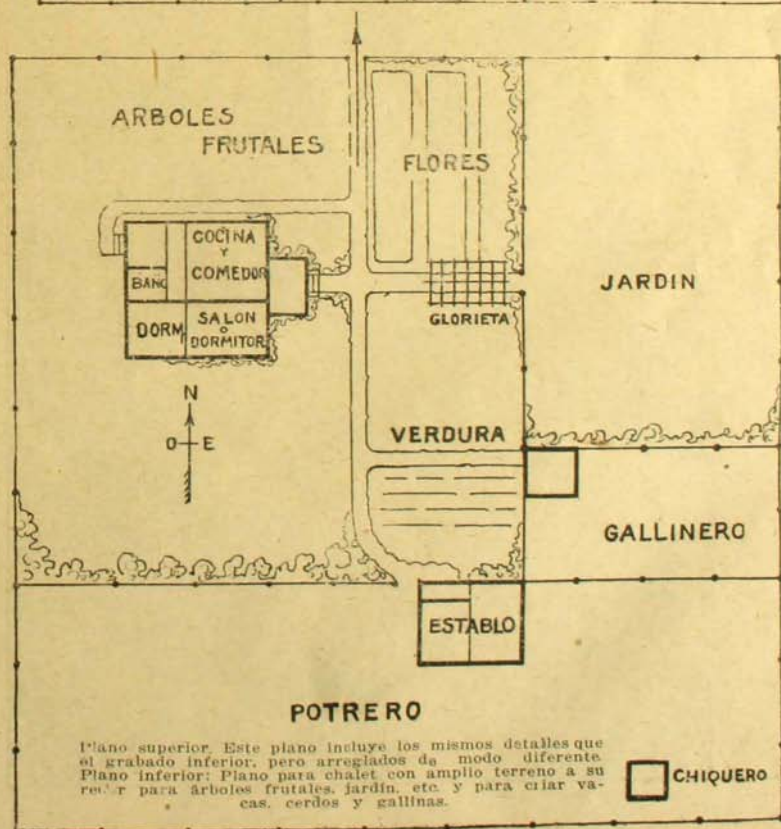
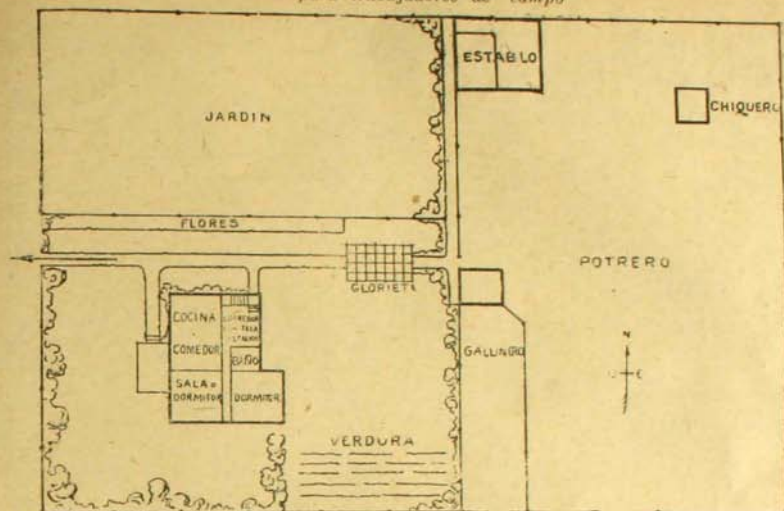
Las ilustraciones que acompañan este artículo muestran dos dibujos de casas para familias y dos casas colectivas para solteros. También una vista a vuelo de pájaro y



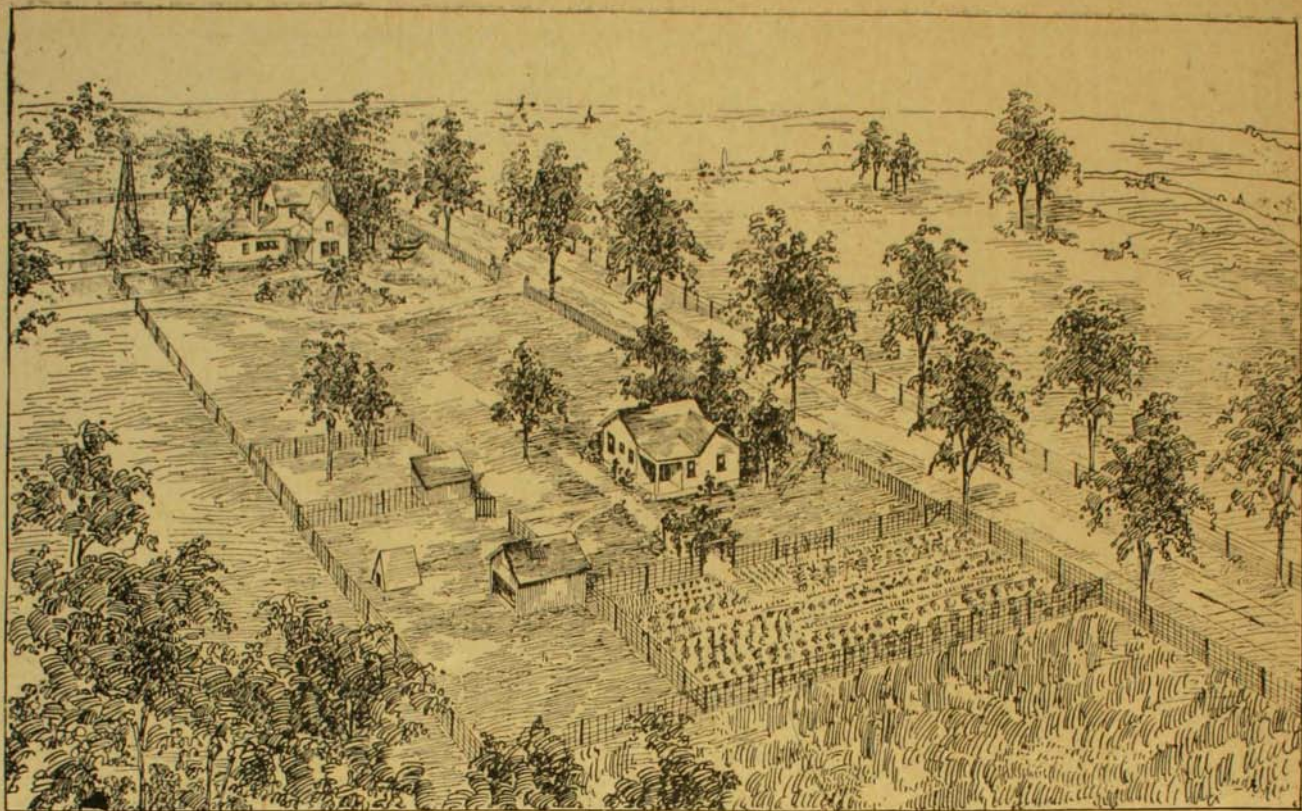


Terreno para chalet, que contiene jardín, hortaliza, establo y gallinero.

*Casas para trabajadores de campo*







Cómodo es el chalet y bien distribuido el terreno en que está edificado

plantas de los terrenos mostrando los sitios más adecuados para las diferentes instalaciones en los alrededores de los chalets.

El grabado 1 muestra una pequeña casa de construcción sencilla, con dos dormitorios, y conveniente para un matrimonio cuya familia no exceda de dos hijos. Puede ser construida muy barata haciéndola con tablones, y posee la ventaja de tener un corredor al frente con dos accesos separados bajo un mismo techo, consiguiéndose así una casa de apariencia también agradable.

El grabado 2 muestra una casa un poco más grande que la anterior, sin detalles de construcción que puedan considerarse supérfluos. Puede vivir en ella cómodamente un matrimonio hasta con cuatro hijos. Hay dos plantas para edificio, cualquiera de las cuales puede ser práctica.

El grabado 3 muestra una casa colectiva conveniente hasta para seis hombres

solteros. En este caso se supone que los que habitan en ella toman su alimento en la casa principal o con la familia de alguno de los hombres casados.

El grabado 4 muestra una casa colectiva en la cual los que habitan tienen comodidades (cocina y comedor) para tomar sus alimentos en la misma casa. Este modelo puede especialmente recomendarse para sitios donde no trabajan hombres casados, o donde el número de ellos sea demasiado grande para ser alimentado en el edificio principal. El dormitorio puede ser agrandado y la cocina y el comedor pueden ser fácilmente convertidos en dormitorios en caso de no usarse con el fin a que han sido contruidos.

En cada uno de los diferentes modelos que se muestran existen cuartos de baño. Esto es importante y hará mucho en el sentido de formentar y obtener la permanencia de los buenos trabajadores en el campo.





A mi estimado amigo el Excmo.  
señor Enrique González Martínez.

## LAS ESTRELLAS

Las estrellas ¿serán astros?  
¿Por qué viven siempre fijas,  
nunca avanzan y así alumbran  
desde tiempos milenarios?  
¡Ah! son almas desprendidas de los centros misteriosos,  
y que fueron suspendidas en fanales a la altura  
y engarzadas en las grampas invisibles  
del hermoso azul inmenso.

Bien lo dicen sus afares vibradores,  
y el continuo parpadeo  
de sus luces caprichosas, tan variadas,  
nos parece como de almas femeninas  
que nos miran silenciosas,  
y al conjuro de sus fuerzas,  
como atraen otras almas en el mundo,  
los destellos estelares nos arrastran.

En las horas juveniles,  
en las noches estrelladas,  
cuando aviva los recuerdos  
de la luna la luz clara,  
y pensamos en los seres más queridos que se fueron,  
o en la grácil niña amada,  
sin querer, el pensamiento  
se extasía, y se dilata,  
y se pierde en las estrellas  
y allí busca la más blanca,  
cual si fuese luz de vida inextinguible,

cual si en ellas, de otros seres, palpitase pura el alma.

Que son almas, que son almas femeninas,  
¿quien lo duda?

No estarían prisioneras  
en las mil constelaciones incrustadas,  
en la clámide infinita de la esfera.

¡Oh, divinas creaciones!

¡Cuántas de ellas, cuántas fueron los espíritus  
que no hallaron su cabida  
en los lindes semi-oscuros de la tierra!

Mas, como eran inmortales  
y en los cielos los artistas modelaron su hermosura,  
el Artífice Supremo,

el sobrante de las almas de mujeres,  
a puñados, fué arrojándolo al vacío.

Allí moran engarzadas,

allí viven, si es que es vida estar silentes  
y amarradas en su argolla, como esclavo a su cadena,  
cavilosas, murmurantes, se estremecen y titilan...

—¿Serán guiños lujuriosos?

—¿Será envidia?

—¿Será gula de belleza?

—¿Tendrán tal fuego sus iras?

—¿Tanto esplendor, su soberbia?

Dios no quiso libertarlas,  
porque libres peligraba la armonía  
de los mundos siderales.

¡Cuán inmenso sacrificio no le impuso  
redimir al mundo nuestro  
y salvarlo del desastre!

Dios lo quiso:  
para adorno de la tierra, dió las flores;  
para encanto de la vida, como esmalte burilado,  
creó otros seres.  
Si por ellos, de improviso, al sabor de una manzana,  
se apagaron las delicias  
del jardín del primer hombre;  
si por ellos, se trenzaron mil querellas  
y surgieron al desnudo los pecados capitales,  
eso es nada, comparado  
con la dicha que nos brindan esas almas de mujeres:  
sus amores,  
la ternura que atesoran, sus ejemplos;



la energía que estimulan;  
sus cantares, su consuelo;  
el arrullo de sus besos en la cuna;  
en la vida, el noble aliento,  
y a la sombra de los sauces lagrimosos,  
de la tumba,  
sus plegarias, sus recuerdos.

¡Oh! benditas las estrellas!  
Son las almas femeninas, son las almas de mujeres  
que conversan con nosotros,  
que alivianan los pesares, las tormentas,  
y al gorjeo de sus luces,  
¡nos despiertan!

Madre, esposas, lindas hijas adoradas  
que formáis entre las flores  
el mosaico más sonriente de la tierra;  
almas puras y divinas de mujeres,  
cuyas almas nos alumbran,  
como alumbran en el cielo las estrellas,  
las vigiliat inquietantes de la vida,  
los ensueños,  
las quimeras...  
Las admiro aquí en el mundo  
y al surcar mi pensamiento,  
las regiones estelares,  
infinitas de los cielos,  
esas chispas me parecen sus espíritus...  
Las adoro prosternado,  
y en espíritu las beso.

RICARDO AHUMADA M.

# El Tragicismo del Poder

Por LUIS POPELAIRE

La inesperada y horrenda muerte del primer ministro español, don Eduardo Dato e Iradier, acaecida últimamente, lleva el pensamiento hacia lo deleznable de los honores humanos y a las terribles sorpresas que la negra suerte prepara a los que gozan de las auras del poderío en los primeros escalones de las glorias y satisfacciones de este mundo.

El fin cruel y violento, el asesinato y ajusticiamiento han sido la triste conclusión de muchos jefes de Estado.

El prestigio de la raza no pone a cubierto de la bala o del puñal; el palio regio, no cobija de los dardos que lanza el delirio revolucionario; ni la bondad de corazón defiende contra las esumias y las venganzas.

Y siempre ha sido así; los reyes, los presidentes, los ministros y los príncipes, desde que el mundo existe, quizás más que nadie, han estado expuestos a caer en las gradas del trono o del sillón, salpicándolo de sangre. En los tiempos antiguos, en los reinos embrionarios del Asia era común el asesinato de los jefes de Estado; y más tarde, en Roma, fué cosa corriente el que a los emperadores les ocurriese acabar sus días transpasados por la espada del enemigo, del rival o de la soldadesca pretoriana. Es famosa la muerte de Nerón, que tan magistralmente describe Sienekewicz en "¿Quo Vadis?".

En los tiempos modernos y contemporáneos los dramas palaciegos han sido más escasos y por eso han absorbido más la atención de la humanidad.

En los comienzos de la edad moderna aparece la desgraciada Ana Bolena, víctima del carácter sombrío de Enrique VIII. Llevada al trono por el capricho de este monarca, sólo permaneció en él para sufrir. Su dueño y marido, víctima o no de los celos, la hizo decapitar en la torre de Londres,



Ana Bolena

el 19 de mayo de 1536. Más tarde, en tiempos de Isabel de Inglaterra, hija de esa misma Ana Bolena, tiene lugar la muerte de María Stuardo, que tanto motivo ha dado a los literatos y a los músicos. Tras de haber compartido el trono de Francia con Francisco II, ocupó el de Escocia por derecho propio. Una serie de errores y desgracias la llevaron a refugiarse en Inglaterra, donde muchos nobles se interesaron por su suerte. Los unos fueron vencidos,

los otros expiaron su conmisericordia en el cadalso. Isabel no perdonaba a su prima María su catolicismo y su hermosura, y tras largos años de cautiverio fué declarada reo de conspiración contra el Estado y decapitada en el castillo de Fotheringay, el 8 de febrero de 1587.

Dieciséis años hacía que Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, llamado el Taciturno, venía siendo el adversario más temible de la dominación española en los Países Bajos, el alma de la rebelión flamenca contra Felipe II, a la sazón el soberano más poderoso de Europa, cuando el arma asesina de Baltasar Gerard puso fin a sus días en 1584, triste resultado del fanatismo religioso, que jamás debiera apelar al crimen para librarse de un enemigo. El asesino estuvo abrigando seis años, según confesión proveerle aquel designio, y habiendo logrado proveerle de cartas que M. Caron el dió para el príncipe, anunciándole la muerte del

duque de Anjou, se le presentó con ellas en Delf, en ocasión de hallarse a la mesa. Al levantarse el de Orange y pasar a su aposento, le disparó Gerard un pistoletazo al corazón, y atravesósele de manera que cayó en el acto y expiró a los pocos instantes. El asesino huyó por una puerta falsa, pero cogido y puesto a cuestión de tormento, fué condenado a muerte, atenaceado y descuartizado.

Las convulsiones y tragedias que



María Stuardo





Asesinato de Guillermo de Orange



Enrique IV asesinado por Ravallac

originaron en Francia las guerras religiosas llevaron el sectarismo hasta el asesinato del rey Enrique III, llevado a cabo por un monje fenético, Jacobo Clement, el 3 de agosto de 589.

Parecido fué el asesinato del sucesor de Enrique III, el célebre Enrique IV, víctima también del fanatismo religioso de un infame asesino llamado Ravallac, quien le atravesó el corazón de una puñalada en circunstancias que el rey iba en su carroza por las calles de París, el 14 de mayo de 1610.

La Inglaterra da al mundo el espectáculo de las decapitaciones reales con la cruel e inútil ejecución de Carlos I. Circunstancias desgraciadas llevaron al rey a ponerse en lucha con el Parlamento. La guerra civil estalló, y Carlos, vencido, se refugió en Escocia. De allí se le envió nuevamente a Inglaterra, donde las luchas democráticas se confundían con las religiosas. Cronwell, presbiteriano fanático, tenaz y ambicioso, obtuvo del Parlamento que juzgase al rey.

El 2 de enero de 1649, los Comunes presentaron y aprobaron una proposición condenando al rey. "Los comisionados, — decía ella, — han reconocido, después de oír los testigos, que Carlos Stuardo es culpable de haber hecho la guerra al Parlamento y a su pueblo y de haber cometido durante su gobierno asesinatos, robos, incendios, despojos y otros crímenes."

Carlos quiso defenderse, pero Cronwell no se lo permitió y fué condenado a muerte. El

infeliz monarca fué decapitado el 30 de enero de 1649.

Más trágica, más relevante, más injusta, más terrible y más detallada por la historia fué la muerte del rey de Francia Luis XVI. Durante todos los altibajos de la Revolución Francesa, en todas las ocasiones, en todos los momentos, la figura de Luis XVI se nos impone como la de una víctima. Siempre aquel monarca fué justo y bondadoso, quizás demasiado. Esas cualidades no le valieron. Nadie hizo siquiera mención de ellas en medio de la tempestad que azotaba a la Francia en aquella época.

El 15 de enero de 1793 la Convención declaró a Luis XVI culpable de conspiración contra la libertad pública y el 16 se pronunció la pena de muerte. El monarca, encerrado en el Temple, después de una desgraciadora entrevista con su familia, conferenció largamente con el abate Edgeworth de Fermont. En seguida durmió algún tiempo. A las seis de la mañana oyó misa y comulgó. Llegada la hora del suplicio, abandonó tranquilamente la prisión.

Montó en coche, acompañado de su confesor, y fué colocado entre dos gendarmes que tenían la obligación de darle de puñaladas si se hacía el menor movimiento en su favor. Esta atroz precaución fué inútil, pues, entre tantos millares de hombres, de los cuales la mayor parte detestaba el regicidio, no hubo uno solo que se atreviese a levantarse en favor del rey. Luis oró durante el trayecto. Llegado a la plaza Luis XV, lugar de la ejecución, descendió del coche, se quitó él mismo sus vestidos y se dejó cortar los cabellos. Al mismo tiempo le tomaron las manos para atárselas: el rey no esperaba esta violencia y su primer movimiento fué rechazar a los verdugos. "Señor, — le dijo el presbítero Edgeworth, — esta humillación es otro rasgo más de semejanza entre Vuestra Majestad y el Dios que va a ser vuestra recompensa." Entonces él mismo presentó sus manos, y se dirigió en seguida con paso firme hacia el instrumento del suplicio, mientras que su confesor le decía con entusiasmo: "¡Hijo de San Luis, subid al cielo!" Cuando estuvo en el cadalso se dirigió a la multitud, y exclamó: "Franceses: muero inocente de los crímenes que se me imputan; perdon a mis enemigos, y deseo que mi muerte aleje..." A estas palabras un redoble de tambores, que había mandado tocar Santerre, apagó su voz y no le dejó continuar. Entonces presentó su cabeza



Carlos I de Inglaterra





Henrique III asesinado por Jacob Clement

al cuchillo de la guillotina, y, encomendando su alma a Dios recibió el golpe mortal el 21 de enero de 1793.

Algunos meses más tarde seguía a su esposo la reina María Antonieta de Austria. Se le culpó de haber mantenido inteligencia con el Emperador de Alemania, su hermano, con los enemigos de Francia, con los enemigos de lo exterior y favorecido las perturbaciones interiores.

A pesar de los muchos testigos interrogados, no se pudo obtener la menor prueba contra la angusta acusada. Respondió a todas las interpelaciones con tanta justedad como energía; pero, el tribunal revolucionario quería una nueva víctima, y por ende la condenación a muerte fué pronunciada.

Algunos días antes de su enjuiciamiento, una mujer valerosa se abrió, a fuerza de oro, camino a su calabozo y llevó a él a un sacerdote estólico. La reina oyó dos misas, comulgó, y con ella, los dos gendarmes que estaban de guardia en lo interior de su calabozo.

La hija de los Césares fué llevada al suplicio en una carreta, en medio de las imprecações de un populacho numeroso, pagado de antemano para maldecirla. Llegada a la Plaza Luis XV, María Antonieta abarcó con su mirada el palacio de las Tullerías y después subió las gradas del pátibulo. En éste se arrodilló, alzó los ojos al cielo y exclamó: "Señor, ilumina y dad arrepentimiento a mis verdugos! ¡Adiós para siempre, hijos míos: voy a reunirme con vuestro padre!"

Así murió el 16 de octubre de 1793. Am-

bas ejecuciones son más comentadas ya que ellas fueron las consecuencias de la revolución política más trascendental de la humanidad.

Pasan algunos años y la guadaña de la muerte trágica va a herir a un príncipe que es mucho menos conocido y en ningún caso tan digno de conmiseración y simpatía como los anteriores: Pablo I de Rusia.

En épocas anteriores, el trono de los Romanoff vió escenas terribles; pero ellas no merecen citación especial. El padre de Pablo I, Pedro III, también había muerto asesinado. La actuación de este monarca en el gobierno resulta oscura, pues siempre fué eclipsado por su esposa, al célebre Catalina de Rusia. Pablo I subió al trono en 1796. Los principios de su reinado fueron buenos, pero pronto el carácter del soberano empezó a cambiar. De prudente pasó a ser precipitado y de bondadoso trocóse en cruel y atrabiliario.

La muerte de Luis XVI le hizo cobrar odio implacable a la Revolución Francesa y a todo lo que con ella se relacionase, y mandó a Suvaroff a Italia al mando de 100,000 rusos a combatir contra la Francia. "Pero vióse de repente a Pablo pasar al extremo opuesto, cobrar adhesión a sus aliados (los ingleses), intimar con sus enemigos (los franceses), llenar sus habitaciones de retratos del general Bonaparte, brindar a su salud públicamente y, para que resaltase más el contraste, declarar la guerra a Gran Bretaña."

Estos cambios insólitos se manifestaban



Muerte de Luis XVI

también en otros órdenes de cosas. La aristocracia rusa comenzó a armarse y el pueblo a protestar por los continuos destierros a Siberia y muchos actos raros, crueles e inexplicables. El monarca notó señales de descontento. Mostróse desconfiado, formó proyectos siniestros contra sus propios hijos, se rodeó de toda clase de precauciones sombrías y no dejó nada por hacer para que le eredaran loco. Los servicios públicos se resentieron con los caprichos del jefe del Estado, que cada día aparecía más trastornado. Todo el mundo temblaba en Rusia, pues para nadie era un secreto que el Zar estaba loco.

Aparece entonces en escena el Conde de Pahlen, hombre audaz y sereno que empezó a recoger y a unir a los descontentos y a los que se interesaban por la suerte de la Rusia. Cuando ya se consideró bastante fuerte se dirigió al heredero del trono, el Zarevich Alejandro, a quien convenció de la necesidad de desembarazarse de Pablo I para evitar la ruina de Rusia. Alejandro consintió en lo que se le proponía exigiendo sólo la promesa de que no se atentara contra la vida de su madre. Todo se arregló, y los conjurados se dirigieron al palacio imperial en la noche del 23 de marzo de 1801, entraron a la alcoba del monarca, dirigidos por Pahlen y el general Benningsen. Dos centinelas que intentaron defender al Zar cayeron al pie del lecho imperial.

“Un ayuda de cámara que dormía cerca del emperador acudió al ruido y le obligaron a que abriese la puerta del cuarto de su señor. Hubiera podido el desgraciado Pablo buscar asilo en la cámara de la emperatriz, pero su recelosa desconfianza le hacía tomar todas las noches la precaución de atrancar y llenar de estorbos la puerta que con ella comunicaba. No sabiendo, pues, dónde salvarse, arrojóse de la cama y se ocultó entre las hojas de un biombo. Abalanzóse al lecho imperial Platón Soubow, uno de los conjurados, y viéndole desocupado, exclama con terror: “¡El emperador se ha puesto en salvo; estamos perdidos!” Pero al mismo tiempo descubre Benningsen al príncipe, se llega a él, espada en mano, y, presentándole el acta de la abdicación le dice: “Habéis cesado de reinar; el gran duque Alejandro es emperador. En su nombre os intimo que renunciéis al imperio y firméis el acta de vuestra abdicación; sólo con esta condición respondiendo de vuestra vida.” La misma indicación repitió otro de los conjurados y el emperador, turbado y fuera de sí, les pregunta qué ha hecho para merecer semejante desatento. “Hace muchos años que no dejáis de perseguirnos”, exclaman los asesinos medio beodos y acusan al infeliz Pablo que pugna por librarse de ellos e implora en vano su clemencia. Ochoa en esta un ruido confuso oían los pasos de unos cuantos conjurados

que habían quedado atrás; pero creen los asesinos que es gente que viene a socorrer al emperador y huyen atropelladamente, dejando a Benningsen sólo e imperturbable delante del monarca sin dejarle moverse, amagándole con la punta de la espada al pecho. Reconociéndose los conjurados unos a otros, vuelven a entrar en la habitación, teatro del crimen, rodean nuevamente al desgraciado monarca para obligarle a abdicar, intenta él un momento defenderse y en medio de la lucha vuélase la lámpara que iluminaba aquella tremenda escena; acude Benningsen en busca de otra, y al volver encuentra a Pablo moribundo a los golpes de los asesinos; uno de ellos habíale hundido el cráneo con el puño de su espada; el otro le había apretado el cuello con su banda.”

Escenas como éstas eran frecuentes en los tiempos antiguos de la historia turca. En la época moderna los primeros asesinatos con que nos encontramos corresponden a 1808. Selim III y Mustafá IV perecen estrangulados en el mismo año. Sus vidas y sus hechos no tienen gran importancia en la historia europea moderna.

Al año siguiente escapó milagrosamente de la muerte Napoleón I, que en dos ocasiones anteriores había sido víctima de atentados contra su vida: una en Córsega y otra en París. Dos días después de la ratificación del tratado de Viena, el 16 de octubre de 1809, el emperador, acompañado del mariscal Berthier y del general Rapp, pasaba revista a su guardia. Un hombre de entre los muchos que hacían de espectadores manifestaba evidentes deseos de acercarse a Napoleón.

Esta tenacidad se hacía sospechosa, porque el extranjero conservaba constantemente la mano derecha bajo sus vestidos. Habiendo mandado proceder a su arresto y registro, se le encontró un gran cuchillo de cocina, afilado, cuatro monedas de oro y un retrato de mujer. Napoleón quiso interrogarlo: —¿De dónde sois — le dijo — y cuánto tiempo hace que estáis en Viena?

—Yo soy de Nauburgo y hace dos meses que resido en Viena.

—¿Qué queráis?

—Pediris la paz y probaros que es indispensable.

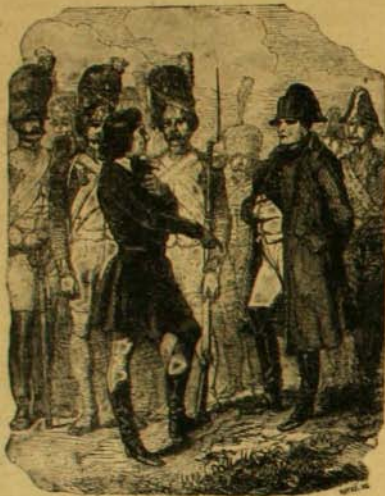


Pablo I de Rusia



Mustafá IV





Napoleón y Stabs

—¿Pensáis que yo hubiera hecho caso de un hombre sin carácter, sin autorización?

—En ese caso os hubiera asesinado.

—Pues, ¿qué mal os he hecho?

—Causar la opresión de mi patria y del mundo entero. Si no os apresuráis a dar la paz, vuestra muerte será necesaria a la felicidad del género humano. El mataros no es un crimen sino un deber que otros buenos alemanes sabrán cumplir en pos de mí. Es la más honrosa empresa que un hombre de honor puede acometer... Pero, yo admiraba vuestro talento y antes de dar el golpe quería convenceros.

—¿Es acaso la religión quien os ha determinado a este acto?

—No; mi padre, ministro luterano de Erfurt, ignora mi proyecto; a nadie lo he comunicado, ni de nadie he recibido consejo. Sólo desde hace dos años estoy meditando vuestra mudanza o vuestra muerte.

—¿Os hallábais el año pasado en Erfurt, cuando yo estuve?

—Os he visto tres veces.

—¿Por qué no me matásteis entonces?

—Porque entonces dejábais respirar a mi país; yo creía que la paz era cosa segura y yo no veía en vos más que un gran hombre.

—¿Conocéis a Schneider y a Schill?

—No.

—¿Sois francmasón o iluminado?

—No.

—¿Sabéis la historia de Bruto?

—Hay dos romanos de ese nombre: el último de ellos murió por la libertad.

—¿Habéis tenido noticias de la conspiración de Moreau y Pichegrá?

—Lo supe por los periódicos.

—¿Qué pensáis acerca de esos hombres?

—Que no trabajaban más que en provecho suyo y temían la muerte.

—¿De quién es el retrato de mujer que se os ha hallado encima?

—Es el de mi mejor amiga, de la hija adoptiva de mi padre.

—¿Cómo! Estando vuestro corazón abierto a impresiones tan dulces, ¿no habéis temido al ir a cometer un asesinato, la aflicción que causarías a vuestro padre, y el perder para siempre los objetos que más amáis?

—He cedido a un impulso más fuerte que el de mi ternura.

—Pero, hiriéndome en medio del ejército, ¿cómo presumíais poder escaparos?

—Como de estar maravillado de pensar que aún existo.

—Si yo os perdonara, ¿qué uso haríais de vuestra libertad?

—Mi plan ha fracasado; vos ya estáis advertido. Me volvería tranquilamente al seno de mi familia.

Aquel fanático, llamado Stabs, con tranquila resignación recibió la descarga de fusilería con que fué ultimado ese mismo día, 16 de octubre de 1809.

De toda aquella época grandiosa y excéntrica de la revolución, el consulado, el imperio y la monarquía salieron muchos hombres, a imitación de Napoleón, de las más humildes esferas para ocupar los más altos puestos. Uno de ellos, su cuñado Joaquín Murat, fué ungido rey de Nápoles. La restauración lo hizo abandonar el trono que más tarde trató de recuperar. Al efecto, embarcóse con algunos partidarios en Córcega con rumbo a Nápoles. Desgraciadamente, el capitán del barco que había fletado el rey le hizo traición y al desembarcar en Pizzo, puerto de Calabria, cayó en manos de un destacamento de gendarmes. Se le encerró previamente en una prisión. Al cuarto día de su detención, el general Nunziante le previno que el Gobierno le había transmitido por telégrafo la orden de retenerle prisionero, a pesar de sus reclamaciones para que lo trasladasen a un buque inglés, y no obstante sus comunicaciones dirigidas a los embajadores inglés y austriaco en Nápoles, así como a los cónsules extranjeros residentes en Pizzo. Es de creer que ninguna de estas cartas llegó a su destino: el Gobierno napolitano quería ahorrar explicaciones con la diplomacia, a fin de disponer a su gusto de la vida de Murat. El 13 por la noche recibió el general Nunziante la orden de formar una comisión militar para juzgar al ex-rey de Nápoles.

Murat había sido condenado con anticipación: su sentencia pronunciada en la mañana

del 13 de octubre de 1815 le fué notificada a las tres horas. Estaba ya enteramente resignado a su suerte; ni solicitó siquiera el favor de recurrir al monarca que reinaba en Nápoles; no profirió ni una queja, y a duras penas consiguió el permiso de escribir a su esposa, Carolina Bonaparte.

Murat tuvo la fuerza de alma de poder ocultar al capitán delator que se hallaba presente al trazar esas líneas las dolorosas emociones de su espíritu; en seguida cortó una porción de sus cabellos y los encerró en la carta que entregó al capitán en sus últimos instantes, diciendo a Francisco Frojo: "Capitán, ¿podéis hacerme el favor de que esta carta llegue a manos de mi esposa?"

Frojo le aseguró que así lo haría. "Gracias, capitán", — replicó Murat. — "Ahora marchemos." Descendió a uno de los patios interiores de la fortaleza, en donde se hallaban unos veinte gendarmes formados; al pasar por su frente les hizo un saludo militar. El oficial que mandaba el piquete quiso vendarle los ojos, pero Murat lo rehusó como tampoco quiso sentarse en la silla que le ofrecieron. He provocado tantas veces la muerte, — dijo con tono firme pero sin jactancia, que no la temo. En seguida pronunció en favor de sus compañeros algunas palabras, que fueron interrumpidas por la señal de muerte; cayó, y cuando lo levantaron para darle sepultura en el Cementerio de Pizzo, aún apretaba el retrato de su esposa contra su corazón.

Cinco años más tarde tiene lugar en París el alevoso asesinato del duque de Berry, hijo del conde de Artois, más tarde Carlos X de Francia.

En la noche del 13 de febrero de 1820, el duque llevó a su esposa a la Opera. La duquesa, a poco de estar en el teatro, se sintió indispuesta y su esposo le propuso que se retirara. En efecto, la real pareja salió del teatro y la duquesa se metió en su coche para regresar a palacio. El duque optó por quedarse a ver el último acto de las "Bodas de Camacho."

Se despidió cariñosamente de su mujer, y, al volverse para entrar de nuevo al teatro, un hombre salido de la obscuridad se precipitó sobre él y le hundió un puñal en el pecho. El príncipe al sentirse herido, exclamó: "¡Me han asesinado!", y con increíble energía arrancó el arma homicida que había quedado enterrada en su cuerpo. Los circunstantes echaron a correr tras el asesino, el infame Louvel. La duquesa, al oír el doloroso grito de su esposo, quiso arrojarse por la entreabierta portezuela del coche, parado aún delante de la puerta. Quisieron detenerla, pero ella no atendió a nadie y saltando por encima de la pisadera corrió hacia su esposo en el instante en que tenía en su

mano el puñal ensangrentado que acababa de sacar de la horrible herida. Alguien recibió el arma. Se hizo entonces sentar al príncipe en un banquillo del foyer y desabrocharon sus vestidos para restañar la sangre. El príncipe articuló con voz débil: "¡Me muero! ¡Un sacerdote! ¡Venid esposa mía!" A fuerza de trabajo se logró subir al duque a un saloncito de entre bastidores donde expiró rodeado de toda la familia real y abrazado a su inconsolable esposa quien, desde entonces se consideró la heredera de sus derechos en nombre del hijo que llevaba en su seno y que la hizo correr tantas y tan variadas aventuras para reconquistarle el trono de sus mayores.

En los nacientes países de América, los trastornos y revoluciones que trajo el cambio de régimen de gobierno acarrearó muchas desgracias y muchas muertes de jefes y caudillos. En Méjico fué elegido emperador por el Congreso y coronado dos meses después el coronel don Agustín Iturbide, que tomó el título de Agustín I, el 19 de mayo de 1822.

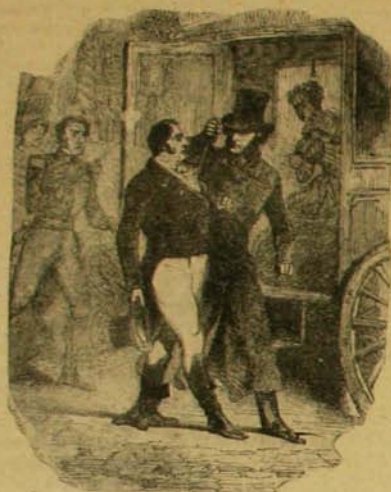
Como era de esperarlo, esta autoridad sin base sólida y de suyo casi contraria a los principios democráticos proclamados por la revolución de la independencia, fué luego desconocida. El Congreso se puso en desacuerdo con el emperador. Los diputados fueron acusados de conspiración y el emperador decretó la disolución del Congreso.

Esta medida y los préstamos forzosos decretados en razón de las penurias del Erario



Muerte de Murat





Asesinato del duque de Berri por Louvel

aumentaron el descontento contra Agustín I. El brigadier don Antonio López Santana se sublevó en Veracruz, proclamando la República. A él se unió pronto el general Victoria, mientras los generales Guerrero y Bravo salían de Méjico a promover la sublevación en las provincias. Los jefes mandados por Iturbide contra los revolucionarios se pasaron a éstos. El emperador, abandonado por todos, consintió en convocar al Congreso que había disuelto; pero ni esta medida no le dió prestigio ni apoyo y se vió obligado a abdicar. El Congreso le otorgó una pensión anual, bajo condición de que residiese en Europa. Iturbide aceptó y fué a residir a Italia.

En medio de las acaloradas discusiones suscitadas entre federales y unitarios, la asamblea recibió una comunicación en que Iturbide le avisaba desde Londres que había dejado la Italia y que se preparaba para volver a Méjico a ofrecer sus servicios a la independencia nacional que creía amenazada. Esta violación de lo prometido hizo que el Congreso Nacional declarara "traidor y fuera de la ley" a don Agustín de Iturbide (28 de abril de 1824).

Ignorando esa resolución, Iturbide se dirigió a Méjico y llegó a la desembocadura del río Santander, estado o provincia de Tamaulipas, solicitando de las autoridades del lugar permiso para desembarcar. Sin esperar respuesta, bajó al día siguiente a tierra,

disfrazado; pero fué reconocido y reducido a prisión.

La legislatura provincial de aquel Estado, en virtud de la anterior declaración del Congreso Nacional, ordenó que Iturbide fuera ejecutado.

El célebre ex-emperador escribió a su familia, que había quedado a bordo, una sentida carta de despedida, y se preparó a morir como cristiano y como valiente. A los cuatro días de haber desembarcado, fué pasado por las armas (29 de julio).

En el período comprendido entre 1824 y 1865, fecha de la muerte de Lincoln, son asesinados el Presidente Blanco de Bolivia (1838), el conde Rossi, primer ministro del Papa Pío IX y Julio Arboleda, Presidente de Colombia (1862).

La personalidad del Presidente Lincoln, sus virtudes y cristiana política hacen que el alevoso y cruel asesinato de que fué víctima, sea uno de los más dramáticos y dignos de recordación de esta macabra serie.

El lunes 14 de abril de 1865, en el teatro "Ford", de Washington, se representaba "Nuestro Primo de América", a beneficio de la principal intérprete Laura Keane.

La sala estaba de bote en bote, pues el público sentía simpatía y adoración por la encantadora comedianta. Habíase anunciado, además, que asistiría al espectáculo el más popular de los Presidentes, el venerable Abraham Lincoln. El antiguo banquero de Ohio, otras veces leñador, el "wood cutter", como se le llamaba comunmente, tan sombrío y taciturno de ordinario, llamaba la atención de sus familiares de la "White House" por su buen humor. Dicese que aquel día un funcionario quiso tratar con él de un asunto y Lincoln rehusó hacerlo, causando con su conducta la sorpresa del referido funcionario, que era un juez.

A las ocho y media de la noche, Lincoln entró en el "Ford", acompañado de su mujer, de la hija del senador Harris y de un oficial. Los cuatro tomaron asiento en un "avant-scene" de balcón, ornado con banderas. El Presidente saludó a los espectadores entusiasmados, con su franca sonrisa. Si su boca parecía desmesuradamente grande, su nariz, sus manos y sus pies eran proporcionados a su abierta sonrisa de gigante bueno. Lincoln medía seis pies de alto, era muy delgado, sus espaldas se encorvaban de día en día y sus ojos se oscurecían bajo una frente sureada de arrugas, como la corteza de los árboles que en otros tiempos abatía.

Todas las miradas admirativas, idólatras, unánimes buscaban el redingote negro, deformado, excesivamente usado que el Presidente usaba por austeridad y que le daba cierta semejanza con un sepulturero. La or-

questa ejecutó un himno coreado por todos los asistentes, y el espectáculo comenzó.

A las 10.10, estando promediado el tercer acto, un actor de la compañía, Wilkie Booth, hermano del gran trágico Edwin, hallábase en el corredor dando frente al *avant-scène* presidencial; observaba a la vez la escena y la sala, ataviado a tal guisa como si hubiera venido a caballo.

En el instante preciso en que Ana Trenchard exclamaba: "¡Vieja local!", Booth penetró en el antepalco vacío y, asegurando la puntería, descerrajó un tiro de pistola, que hirió en el cráneo al gran hombre, al mismo tiempo que el asesino gritaba: "¡La revancha del sur!" Como el oficial, cuñado de miss Harris, allí presente, pretendiera detener al homicida, éste le atravesó el brazo con un puñal y acto continuo, encaramándose sobre la barandilla del palco, se precipitó, en un salto de doce pies de altura, al escenario.

Al caer, Booth se lastimó en una rodilla, pero irguiéndose con presteza y amenazando al director de orquesta, que paralizado de temor no hizo nada por detenerlo, desapareció por la puerta de los músicos. En algunos segundos se hallaba fuera del teatro y cabalgando en un caballo que le esperaba desapareció entre las sombras de la noche como un torbellino.

Un poco de humo sobre el palco; mujeres que gritaban: "¡un médico! ¡agua!"; comediantes petrificados en escena; espectadores que se levantaban de sus asientos, no acertando aún a comprender lo ocurrido, tal fué el último cuadro en la escena de la vida del gran ciudadano que había abolido la esclavitud, del apóstol de la libertad.

La policía encontró al otro día tres cómplices: O'Langhlin, Arnold y Sayve. Estos hombres, arrestados en Baltimore y en Old Point Comfort, fueron inmediatamente llevados a Washington, encerrados en la sentina de un "navy yard" y encadenados y esposados. Otros dos, Atzersdt y Spangler, cayeron pronto en poder de la justicia. Entre tanto, del asesino principal parecía no quedar rastro!

El Ministro de la Guerra hizo fijar el 20 la siguiente proclama:

"El asesino de nuestro Presidente continúa aún en libertad... Cien mil libras de recompensa al que capture" a Wilkie Booth. Veinticinco mil por el arresto de John H. Sarrait. Veinticinco mil por el de David C. Herold. Buenas recompensas por toda indicación tendiente a conseguir la captura de cualquiera de los criminales precitados."

La proclama terminaba así: "Se exhorta a todos los buenos ciudadanos a cooperar con el ministerio público en estas circunstancias. Cada uno debe considerar esto un so-

lemne deber de conciencia y no debe darse reposo ni noche ni día hasta llenarlo cumplidamente."

Desde este punto y hora comenzó un verdadero reinado del terror. Las gentes, presionadas por los magistrados, fueron sometidas a rudos tratos. Un tal Lloyd, sospechoso, negó. Se le encerró en una prisión improvisada y luego se le sometió a un duro constreñimiento bajo las autoridades militares. Loco de terror, acabó por confesar que Booth, uno de cuyas piernas estaba quebrada y su compañero Herold, habían estado bebiendo whisky en su taberna de Bryntown. Esta revelación orientó al oficial inquisidor. Desde entonces los encargados de la justicia pudieron establecer la presencia de Booth en Bryntow y Surratsville. A raíz de esto, comprobaron cosas todavía más importantes para la consecución de la captura.

Al día siguiente del crimen, al alba — un martes, — dos jinetes se detuvieron a la puerta de la casa del doctor Mudd. Uno de ellos estaban tan débil que se hizo preciso conducirlo. El examen dió por resultado descubrir una fractura transversal del hueso externo de la pierna izquierda. El doctor entablilló la pierna quebrada y recibió por su trabajo veinticinco dólares. Después de esto fué a hacer sus visitas profesionales. Cuando fué interrogado por la policía respondió que no conocía a aquellos hombres. Dijo que uno era extremadamente joven y que no podía dar señas del de más edad porque su cabeza desaparecía bajo una bufanda. La noticia del asesinato, que fué conocida por él en Bryntow, no le sugirió ninguna sospecha. Le intrigó algo, después, la noticia de que su cliente se había hecho afeitarse el bigote por un barbero vecino. Excitados por estos datos, los policías se pusieron a seguir la pista que les indicaba el doctor; pero a pesar de sus pesquisas por todos los alrededores, nadie les pudo dar noticias del fugitivo herido y su acompañante. Fué establecida vigilancia en todos los puntos de embarque y algunos cañoneros buscaron en vano por los cursos del Patuxent y el Potomac. El viernes 21 de abril, los policías, desconcertados, acompañados de una escolta de caballería, regresaron a casa



Agustín Iturbide



Julio Arboleda





Abraham Lincoln



Wilkie Booth, asesino de Lincoln

del doctor Mudd, y arrestaron a su mujer, sus cuatro hijos y sus clientes, encerrándolos en la prisión de Carroll.

El país entero sentíase angustiado. ¿Era posible que un crimen abominable no hubiera sido castigado ya? Los astrólogos exploraban el cielo, los médiums evocaban los espíritus. Los pobres de espíritu los charlatanes, los videntes, los exaltados presentábanse cotidianamente en las oficinas de la policía. Se sospechaba un asesino en cada extranjero. Los detectives no se daban descanso pisándose los talones unos a otros. Llegaban en muchedumbre a la capital procedentes de Boston, de Nueva York, de Baltimore. Las prisiones rebosaban de sospechosos, no solamente de conspiradores, sino de parientes de éstos, amigos y conocidos. Según palabras del general Ewing, abogado del doctor Mudd, "era el frenesí, la locura que reinaba por doquier." La razón había sido abolida por la cólera patriótica... Pero que el asesino no podía tener más de una.

Era el viejo La Fayette C. Baker, jefe de la policía nacional. Habiéndole escrito Stanton, miembro del Gabinete: "Baker, obrad por vuestra cuenta con toda confianza", puso manos a la obra. Despreciando los precarios resultados obtenidos, pidió ser sólo en la pesquisa y puso en práctica un plan de operaciones capaz de asegurarle personalmente gloria y dinero. Desechó la idea de aventurarse por los distritos ya inspeccionados inútilmente por sus colegas. Congeturó que el asesino no podía tener más de una idea, la de escapar del sur de Virginia, que estaba virtualmente en poder de las fuerzas de la Unión. Por lo tanto, era preciso llevar la pesquisa por el lugar del río virginiano, lo más próximo posible a Rappahannock, atravesar este río y volver finalmente al oeste hacia las montañas de Kentucky. Por consiguiente, el primer acto de Baker fué enviar el domingo 23 dos de sus hombres con un telegrafista muniendo un aparato, facilitado por el "War Office", a Port Tobacco, con objeto de explorar y establecer comunicaciones. Apenas llegados, los hombres de Baker: Everton, Conger y Lewis Byron, descubrieron a un anciano

negro, el cual declaró que el sábado por la tarde, cerca de Swan's Point, había visto dos sujetos cuyas señas coincidían con las denunciadas, los cuales se embarcaron en una pequeña nave para atravesar el río. Uno de ellos se apoyaba en una muleta. Una vez advertido Baker, obtuvo del general Hancock, comandante del distrito, un destacamento de 25 hombres. Trazó sobre un mapa la línea que supuso seguida por los criminales. Los soldados debían dirigirse a Belle Plain, sobre la orilla derecha del Potomac. Se embarcaron en el "John S. Yde." Habiendo salido a las cuatro, llegaron a las 10 y recorrieron las 25 o 30 millas del territorio intermedio. La pista de Baker era buena. Dejemos a los policías y sigamos a los fugitivos, cuyas peripecias son dignas de ser conocidas.

Que Wilkie Booth pudiera resistir las torturas de un galope a caballo, con sus huesos rotos, desgarrando sus carnes, es una maravilla de coraje y de resistencia física. Al abandonar la casa del doctor Mudd, perdió doce horas antes de volver a la orilla del río, ¡su esperanza! Al fin, después de caminar 40 millas, su carrera tuvo fin. Un

Cox condujo a Booth y Herold a un bosque de pinos, a una milla o dos de su residencia; persuadió a su hermano de leche Thomas A. Jones, para que los condujera al otro lado del río. Allí sufrieron infinitas caídas durante cinco largos días. El actor bajó a tierra con su herida inflamada hasta la gangrena. Herold, con su carabina en la mano, velaba atalayando por si venían los perseguidores. Los dos caballos de que disponían fueron muertos para no ser delatados por sus relinchos. Jones examinaba la ribera, esperando el momento propicio; pescaba por el día: de vez en cuando se acercaba a Richmond para comprar los diarios; verdadero tipo del esclavo del sur, era fino, taciturno, no conocía el miedo y estaba dispuesto en todo momento a perder la vida por su amo.

Wilkie Booth, distraía sus ociosos emborronando las páginas de un cuaderno, haciendo su llamamiento a la posteridad:

"13-14 abril.—Lo atacué valerosamente y no como dicen los diarios. Caminé con paso firme por entre un millar de sus amigos; fui detenido; después pude continuar. Un coronel estaba a su lado; yo grité: "¡Sic semper!" antes de tirar... Después de haber sido perseguido como un perro a través de los pantanos y de los bosques, teniendo a todos los hombres contra mí, estov reducido a la desesperación. ¡Y por qué! ¡Por haber hecho lo que hizo Bruto, lo que hizo Guillermo Tell, unos héroes!... Esta tarde voy a intentar de nuevo el paso del río... escapar a mis cazadores... Tengo demasia-

da grande el alma para morir como un criminal... es preciso que libre una batalla definitiva..."

Al crepúsculo de esa misma tarde, armados con dos revólveres de siete tiros, de un cuchillo y de una carabina cada uno, tal que dos protagonistas de una película, Booth y Herold pasan el Potomac con el barquero. Después de haber remado toda la noche llegan a la otra orilla. Ya en la rivera de Virginia, encuentran una anciana que, compadecida de ellos, les muestra la propiedad de Mr. Bryan, el cual juzga oportuno dirigirse al doctor Stewart, con objeto de que cure la herida de Booth. El doctor Stewart, lleno de desconfianza y de pesimo humor, hace una cura provisoria del actor, le da de comer, lo mismo que a Herold, y le conduce a la cabana de un tal Lucar, negro. Con las siete de la tarde. Desde aquel cubil americano, el brillante primer actor, el que fue espejo de la moda, envia al doctor una nota en cuyo espiritu revela que ni el crimen, ni las heridas, ni el desastre, ni el mismo inminente arresto, ni la misma terrible sentencia que es de prever, han podido abatir el orgulloso amor propio del actor: "querido señor — escribe — visto el mal humor con que me habéis recibido, me creo obligado a pagaros vuestros servicios. Perdonadme, pero yo tengo un poco de orgullo. Os adjunto dos dólares y medio. Respetuosamente.—El extranjero."

A la mañana siguiente se dirigieron a Port Conway decidiendo a un pescador a que los condujera hasta Port Royal. Tres jinetes confederados que proceden de la guerra están ya instalados en la embarcación. Booth, que no se puede sostener de pie ni sentado, es puesto a horcajadas sobre una de las caballerías de los soldados. Tres millas más lejos, Booth fué entregado como un confederado herido, bajo el nombre de Loyd a un tal Garret, plantador de tabaco, pero Herold, habiendo sabido que un fuerte destacamento de policía de la Unión estaba en Port Royal a la busca del asesino de Lincoln, implorando por su camarada, conque de Garret para aquél una oculta cabana en la plantación. Era el tal refugio una especie de cajón de 40 pies cuadrados con algunas hendiduras para la ventilación del tabaco. La hora del castigo se acercaba.

Volvamos al detective Baker y sus polizontes. En Port Conway, mostraron por doquiera las fotografías de Booth y de Herold. El pescador los reconoció y fué obligado a servir de guía a toda la tropa de perseguidores. Llegados a la residencia de Garret le prendieron fuego. El asesinato estaba vengado. Booth murió defendiéndose.

En Sud América siguen los asesinatos de jefes de Estado, y un año después de la

muerte de Lincoln es agredido y ultimado a balazos el Presidente Belzu, de Bolivia, por su sucesor, el célebre Melgarejo, quien a su vez es muerto en la misma forma quince días después.

Méjico parece tener predilección por el fusilamiento de los mismos monarcas que ha coronado, los únicos de la América española.

A mediados del siglo pasado, causas de origen económico hacían aliarse a Inglaterra, Francia y España en contra de Méjico. Napoleón III envió a ese país su famosa expedición que venia a poner a prueba la doctrina Monroe.

Algunos mejicanos influyentes, entre ellos el señor La Bastida, antiguo arzobispo de Méjico, guiados siempre por esa inquietud revolucionaria que lleva a cambiar continuamente los Gobiernos, ofrecieron la corona de Méjico a Maximiliano de Habsburgo, quien, confiado en la protección de la Francia y de Napoleón III, aceptó la corona de Moctezuma y Guatimocin, sin que constituyera para él un mal presagio la trágica muerte de Iturbide.

Tres años duró el reinado de Maximiliano en Méjico. Al cabo de ellos, Napoleón se vió obligado a retirar las tropas francesas ante la actitud amenazadora de los Estados Unidos. El Gobierno francés fué poco consecuente en este caso con el infortunado príncipe. Esta circunstancia llevó a la emperatriz Carlota a volver a Europa a pedir auxilio para su esposo. No encontrándolo en ninguna parte, llamó desesperadamente a Maximiliano. Iba éste a contestar, embarcándose en Orizaba con rumbo a Europa, cuando, engañado por algunos ambiciosos que le prometían ayuda, se lanzó a combatir a los revolucionarios que mandaba Benito Juárez. Dirigióse a Querétaro para defender esta ciudad contra el general republicano Escobedo. Uno de los suyos, el coronel López, le hizo traición y lo entregó a sus enemigos.

Fué juzgado y condenado a muerte por un Consejo de Guerra y fusilado al día siguiente, 19 de junio de 1867, junto con los generales Mejía y Miramón que le habían permanecido fieles. La noticia de su muerte



Isidro Belzu



Mariano Melgarejo





José Baita



Maximiliano I de México

arrebató la razón a su infortunada esposa, Carlota de Bélgica.

He aquí cómo se nos refiere el último acto de la tragedia imperial narrado, por testigos presenciales:

“Al toque de diana del 19 de junio de 1867, empezaron a desfilar las tropas hacia el cerro de las Campanas (de la ciudad de Querétaro, último baluarte del imperio que después de un sitio había caído en poder de los republicanos). Esas tropas formaron dos cuadros: uno grande, en contacto con el público, y otro pequeño dentro del grande, en contacto con los ajusticiados. Como a las siete de la mañana llegaron en carruajes cerrados los reos, cada uno apoyado en el brazo de un sacerdote, asiendo un crucifijo que apretaba contra su pecho, y rezando en voz muy baja. Vestían de negro y lucían una faja azul sobre el chaleco. El primero en aparecer fué Maximiliano. Su continente era majestuoso. Iba sin sombrero. Avanzó hasta entrar al pequeño cuadro de ejecución, donde hizo alto y esperó. Estaba un poco pálido. Siguió Miramón, tranquilo, con su paso automático de gran soldado; se detuvo a la izquierda del emperador; hacía alarde de firmeza y altivez. Fué el último, Mejía, triste, con semblante de enfermo, como en efecto lo estaba. Caminó pausadamente y ocupó la derecha de Maximiliano. El emperador, viéndose en medio, con exquisita manera tomó de la mano a Miramón y le cedió el centro, diciéndole: “¡Este es el lugar de los valientes!” En tan crítico momento, en que la silenciosa multitud aguzaba los oídos para escuchar los disparos, rompió el cuadro un niño, vestido con elegancia, que llevaba en una charola tres vendas de tela finísima, muy blancas, arregladas por piadosas manos femeninas... Dirigióse a Maximiliano, le presentó la ofrenda y el emperador tomó con su diestra las vendas; pero, en seguida, en alto, las estrujó y las dejó caer. El niño salió con ellas.

Maximiliano fué el primero en hablar. Con voz gutural, muy gutural y fuerte, dijo: “Voy a morir por una causa justa: la

de la independencia y libertad de México. Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico!”

Entonces Miramón, pálido y con trémula voz, dijo: “Mejicanos: en el consejo mis defensores quisieron salvar mi vida. Aquí, pronto a perderla, y cuando voy a comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen y perdono a sus autores, esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan rea mancha de mis hijos haciéndome justicia. ¡Viva Méjico!”

Mejía guardó el silencio de la resignación suprema.

Maximiliano, desprendiéndose de su lugar, se acercó a los soldados que iban a dispararle, y dió a cada uno de ellos una onza de oro, diciéndoles: “¡Al corazón, al corazón!” Y les indicaba persistentemente el lugar con la diestra. Vuelto a su sitio, repitió: “¡Al corazón!”

El capitán Villalpando, que fué el que mandó la ejecución, comenzó su obra: levantó su espada a la altura de los hombros y los ejecutantes prepararon sus armas; la tendió y apuntaron; hizo un ademán de ataque y dispararon seis de los sargentos. Los tiros, de tan uniformes, simularon uno solo. Maximiliano rompió con la mano derecha el botón superior de su chaleco, que empezó a humear. Caído, movía el pie izquierdo y exclamaba: “¡Hombre, hombre!” Entonces Villalpando ordenó a Blanquet (Blanquet fué Ministro de Guerra recientemente, bajo la presidencia de Huerta, y vive aún): “Ahora usted dele el tiro de gracia; pero bien dado!” Blanquet se lo dió “de modo magistral”, según lo ha referido.

Cuando desfilaron las tropas, unas damas enlutadas y llorosas se acercaron al cadáver del emperador y empaparon sus pañuelos en la sangre derramada, que, a pesar del deseo supremo de Maximiliano, no iba a ser la última.

Ese mismo año fué derrocado por una revolución palaciega el sultán de Turquía Abdul Aziz, y se proclamaba sucesor a su sobrino Amurates V. El monarca derrocado fué encerrado en el palacio de Teheragón y pocos días después apareció su cadáver con unas tijeras ensangrentadas al lado para hacer creer que se había suicidado; pero se sabe que ese fué un asesinato ordenado por el propio Amurates V.

Signiando el orden cronológico, Isabel II de España salva de un atentado que pudo costarle la vida, a causa del fanatismo y estupidez del cura Merino.

Más tarde, el 30 de diciembre de 1870, el ministro español general don José Prim

conde de Reus, es asesinado a balazos por los francmasones, mientras transitaba en su carroza por las calles de Madrid; y en 1872 el rey Amadeo salva de una intentona parecida. No así el presidente Balta del Perú, que es ultimado a tiros en su prisión de Lima por Palacios y sus secuaces, el 26 de julio de 1872.

El 26 de agosto de 1875 cae víctima del puñal de Faustino Arroyo y compañeros el presidente del Ecuador, don Gabriel García Moreno, en las gradas de la catedral de Quito.

En 1876 el sultán de Turquía es víctima de la ambición sombría del hombre funesto que le sucedió, el tirano Abdul-Amid, muerto hace poco en el destierro, y muere asesinado en su palacio de Constantinopla; y en 1878 escapa de la muerte Guillermo I de Prusia.

En el país víctima de la funesta plaga del nihilismo, los atentados contra la vida de los príncipes y los soberanos han sido más numerosos que en otros países. Con horror se recuerda la muerte del zar Alejandro II, víctima de la tremenda secta política.

Sus adeptos tenían una pasión ardiente y sombría, un fanatismo tumultuoso. Los intelectuales trataban de bajar hasta el pueblo, hasta un pueblo tan poco intelectual como el que formaban los mujiks rusos; adoptaban el traje de los obreros, soporaban sus costumbres groseras; querían encender en aquellas almas toscas la hoguera revolucionaria. A consecuencia de esta propaganda comenzaron las persecuciones.

Una mujer inició la era del terrorismo. En los procesos políticos de los años 1875 a 1877 habían sido envueltas centenares de personas. Los detenidos eran maltratados en las prisiones. Vera Sassulitch, una muchacha de buena familia, hirió de un tiro de revólver, al jefe de policía, culpable de los malos tratamientos. Entonces se produjo un he-

cho sorprendente que alarmó a los elementos de la vieja Rusia: Vera fué absuelta por el jurado.

El Gobierno ruso estableció un régimen de terror. Tribunales especiales entendieron en los procesos políticos; se deportó a Siberia sin formación de causa; los sospechosos desaparecían sin que se volviera a saber de ellos. Al terror gubernamental contestó el terror revolucionario. Las sociedades secretas condenaban a muerte a los funcionarios que se distinguían por su celo perseguidor e inmolaban implacablemente a los espías; desde 1878 a 1882 hubo una docena de atentados personales contra funcionarios políticos y jefes de policía. Por último, las sociedades secretas acordaron la muerte del zar.

En el período que media desde que terminó la guerra turco-rusa hasta marzo de 1881, la gran preocupación constante de Alejandro II fué combatir ese funesto partido revolucionario. Severos castigos sufrieron los



El general Prim





Alejandro II



Alejandro III de Rusia

que para realizar sus aspiraciones de reforma social y política, apenadas al incendio y al asesinato; pero en esta lucha a muerte, quedó vencido el zar, pues pocos días después de la caída del emperador murió.

En la tarde de este día dirigíase Alejandro al palacio de invierno por la avenida que hay entre el canal Catalina y la tapia de los jardines del palacio Miguel, y poco antes de llegar al puente estano, bajo el arco que lo conduca, una bomba explosiva que mató a un campesino e hirió a dos soldados de la escolta. El emperador mandó parar, se apeó, y, al acercarse al cadáver del desgraciado campesino, una segunda bomba estalló bajo sus pies y cayó herido, con otras tres personas que se hallaban próximas a él. Conducido Alejandro a su palacio, decidieron amputarle las dos piernas; pero antes de comenzar la operación sobrevino una gran hemorragia y expiró.

Se dijo que el asesino que arrojó la segunda bomba fué también herido mortalmente. Otros cinco nihilistas, convictos y confesos de haber tomado parte activa en este crimen, como decimos, fué político, por razones de política y preparado por un partido político. No así el atentado de que fué víctima algunos años más tarde el archiduque Rodolfo, heredero del trono austriaco.

Rodolfo no había llevado una vida ejemplar ni mucho menos, y todo el mundo sabía en Viena que mantenía relaciones amorosas con la hermosa baronesa María Vetschera, a la vista y paciencia de su desesperada esposa, Estefanía de Bélgica.

Estas relaciones llegaron a tocar en el escándalo, sobre todo durante una comida dada al embajador de Alemania, en que Rodolfo representaba a su padre el emperador Francisco José. Parece que la conducta del archiduque en aquella ocasión y la circunstancia de haber solicitado el divorcio del Papa León XIII irritaron al emperador de tal manera que llamó a su hijo delante del arzobispo de Viena, del presidente del Consejo de Ministros, del ministro de RR. EE. y le exigió solemnemente su rompimiento con María Vetschera y la reconciliación con su

esposa. Acorralado el príncipe ante las reconvenciones de su padre y de los otros funcionarios, prometió todo lo que se le pedía.

La querida de Rodolfo era griega, de temperamento apasionado y es seguro que la confirmación de lo resuelto en palacio la sublevó. Se sabe que, citada por el archiduque al palacio de caza de Mayerling, donde, seguramente, iba a despedirse de ella para siempre, tuvo la precaución de armarse de una navaja de barba que hizo aguzar en el mismo almacén donde la compró. Así preparada, acudió al rendez vous en que encontró a su amante tan excitado como ella. Allí estaban también varios palatinos, monteros y ayudas de cámara. Parece que la cena fué abundante. Lo que pasó después, nunca se ha sabido a punto fijo. El hecho es que al amanecer del día siguiente, 30 de enero de 1889 fueron encontrados el archiduque Rodolfo y la Vetschera, el uno apuñalado y la otra estrangulada.

Parece que los antecedentes hacen presumir que la Vetschera se lanzó sobre Rodolfo con su navaja; él habría tenido tiempo para repeler el ataque, quizás con demasiada fuerza, puesto que la mujer fué estrangulada.

Ninguno de los asistentes al horrible drama ha explicado satisfactoriamente lo sucedido. Las apariencias llevan a creer en un asesinato, pero hay quien cree que aquello fué un suicidio.

El presidente Garfield, de los Estados Unidos, cae a los tiros de revólver de Guiteau, el 19 de septiembre de 1881; y el presidente de Francia Sady Carnot es víctima del puñal de Cesáreo Santo, en Lyon, el 24 de junio de 1895.

Pasemos al Asia, teatro en la antigüedad de revueltas, asesinatos y atentados contra sultanes, califas, rajás. En los tiempos modernos (1896) ha sido asesinado en Persia el ilustrado y benéfico sha Nasser ed Din, que tanto había viajado por Europa y a quien tantos adelantos debía su país. El soberano, acompañado de su gran visir, atravesaba el patio interior del santuario de Abad-Azim, en Theram, cuando un fanático



Alfredo I de Sajonia



Cánovas del Castillo



1. Clemenceau.—2. Isabel de Austria.—3. Mackin'ey.—4. Sady Carnot.—5. Humberto I de Italia.

habi llamado Mollah Reza se precipitó sobre él y le disparó un tiro de revólver matándolo instantáneamente.

Los Estados Unidos siguen matando presidentes y pocos años más tarde Mackinley es asesinado por Czolgosz, el 6 de septiembre de 1901.

Una de las muertes más injustas y dramáticas ha sido en España la de Cánovas del Castillo, asesinado por Angio Lillo, el 8 de agosto de 1897. He aquí cómo describe aquella tragedia la pluma magistral de Eca de Queirós:

“Es en una pequeña estación balnearia donde Cánovas toma baños termales para su

reumatismo y habita el único hotel de aquella aldea entre montes. Una tarde, en un banco del jardín que hay ante el hotel, conversa alegremente (era exuberante y sutil conversador), cuando de un ómnibus, del omnibus que llega de la estación de la línea férrea, se apea un sujeto, de paletot blanco, sujetando una maleta de lona. Al pasar este hombre, divisando al presidente del Consejo, al señor constitucional de España, se quita con reverencia el sombrero blando. Y Cánovas, en su familiaridad fácil, tan soberanamente española, saluda al punto con un ademán de mano condescendiente y afable. ¿A quién saludó así risueñamente





Sady Carnot en su lecho de muerte

Don Antonio Cánovas? A la Muerte, a "su" Muerte, que le viene a buscar a Santa Agueda. Fué la Muerte quien llegó ahora desde las profundidades del Destino, envuelta en un paletot blancuzco, con su guadaña dentro de su maleta de lona. Y Cánovas, en el banco del jardín, junto a una maceta de flores frágiles que le han de sobrevivir, continúa narrando, bromeando, mientras la muerte, "su muerte", paga al cochero del ómnibus y, serenamente, sin prisas, traspone la puerta del hotel.

La Muerte entró. La Muerte pidió una habitación modesta y barata en el último piso, para donde sube detrás del criado, que le lleva la maleta, donde ella lleva la guadaña. Allí cuelga el paletot en el perchero, lava las manos del polvo de la jornada y, de bruces sobre la angosta ventana, la Muerte extiende sus hondos y agudos ojos hacia abajo, hacia el jardín, hacia "su" hombre. El no se movió, recostado en el banco entre su grupo, conversando con la viveza, el contento saludable, la renovada elasticidad de voluntad y pensamiento que le habían dado aquellos limpios aires, las benéficas aguas que curan los dolores en las niernas. Porque Cánovas vino a Santa Agueda a curar dolores ligeros que le inquietan... La Muerte assecha desde la alta ventana. Y más allá, a través de los árboles, aparecen los tricornos de hule, los vivos talabartes amarillos de la guardia civil destacada en Santa Agueda para rodear, honrar y vigilar al presidente del Consejo... Pero una campanita tintinea. Es la comida. La Muerte baja la escalera de piedra. Sin rumor, modestamente, casi encogida, ocupa su silla en la larga mesa, donde ya se sentaron con estrépito obesas matronas de bozo sobre los labios y altos peines de concha.

A la remota Santa Agueda, perdida entre las sierras, sólo arriba quien toma los baños

que curan los dolores reumáticos; y la Muerte, resignadamente, cada mañana, toma el baño que la disfraza. Cánovas ya conoce a aquel hombre, a quien siempre encuentra muy modesto, casi bucólico, en los caminos de las colinas más verdes o rodeando el muro del jardín con pensativa lentitud. Y ya, hasta una tarde, murmuró con distraída indiferencia al jefe de policía: "¿Quién es este hombre?" Y el jefe de policía afirmó con inmensa certeza: "Es el corresponsal de un periódico de Italia, que toma los baños"...

Cánovas tal vez acabó por simpatizar con aquel periodista de rostro inteligente que, para provecho de su periódico, se embecía en la estudiosa contemplación del hombre fuerte que gobernaba a España. Toda la vida del presidente, hasta sus trabajos políticos, se desarrollaban delante de aquel hombre pensativo, de sombrero blando. En aquellos días abrasadores de agosto, en aquella aldea termal, hundida entre montes, era, desde el arenoso jardín del hotel, desde donde el estadista dirigía al Estado. Con la cartera puesta sobre el banco, abría los telegramas, hojeaba los informes, defendía a Cuba, reprimía las Filipinas, ejercía su omnipotencia, escribiendo sobre las rodillas, y la Muerte rondaba y miraba hacia él. ¡Cuántas veces, en ese banco, conversando con los secretarios después del almuerzo, con aquel límpido metal de su voz, que un gesto decidido lanzaba hacia lo lejos gallardamente, mencionó planos, reformas, ideas de fuerza, enredos de prudencia, trabajos de gobierno potente y ágil que pedían un vivir largo, un dominio consolidado, la prosecución de una energía que no vacila sobre su ancha base de gobierno. Los secretarios se asombraban... El exclamaba sereno: "¡Más tarde yo diré... Dentro de un año yo lo haré!", y el hombre del sombrero blando pensaba: "Tal vez lo mate antes del anochecer." Esto duró cinco días.

¿Por qué tardó así cinco días el hombre del sombrero blando? Es que, ¡cosa sinestra! la Muerte sabía que, al matarlo, moriría. Para él, con clara conciencia, también aquellos días de baños en la quieta Santa Agueda eran los postreros días en este mundo. Por la mañana, al despertar en su habitación del tercer piso, al abrir la ventana al aire fino de la sierrita y al aroma de los pinares, de fijo consideraba que tal vez no volviera a ver ni montes, ni pinares, ni ganado pastando, ni eriaturas corriendo a orillas de los prados, y que nunca más abriría una ventana llena de sol y de azul, porque pasaría todas las horas restantes en una oscura mazmorra y sus manos estarían amarradas por grilletes de hierro.

¿Vacilaba? ¿No! ¿Una justicia superior le

había designado para vengar a sus hermanos torturados y toda la miseria humana... Pero tal vez esa tortura le pareciese más incierta, y esa miseria menos punzante allí, lejos de las hambrientas callejuelas de las duras ciudades, entre la dulce quietud de las colinas eternas, contemplando la suavidad de los valles con sus verdes campos de labor, donde el hombre halla con toda seguridad el pan y la libertad. Y tal vez entonces murmurase: "¡Bien, será mañana!" Era un día más para pasear por las frescas alamedas y respirar el crespó y oloroso aire de la sierra, y recogerse sosegadamente a la tardecita, cuando la campana del hotel, sonora en todo el valle, llamaba a comer... Pero, ¡seguramente lo mataría!... Había jurado vengar los tormentos de sus hermanos; y luego, incesantemente le fascinaba la idea de su nombre retumbando en toda España, llenando el mundo. ¡El hombre que había ejecutado a Cánovas!... Era su retrato en todos los escaparates y su vida, de rebelde humanitarismo, contada con ardiente curiosidad, como se cuenta la de los héroes!... ¡Qué espanto y qué oscuro terror inspiraría su gallardo rostro!... Pero en los desolados rincones donde se abriga sin luz, casi sin pan, en su secular oprobio, la vida sufre, ¡de cuánto amor y admiración sería su nombre rodeado!... ¡Oh, debía fatalmente matar en esa tarde!... El revólver languidecía esperando en el fondo de la maleta de lona... Y, sin embargo, al estar en derredor del cuello la corbata, sentía, en un corto estremecimiento, el frío hierro del garrote... "Tal vez hoy no pueda... Pero, ¡será mañana!..."

Y ese día, como siempre, era ocupado en solitarias caminatas. ¡Qué pensamientos le acompañaban por las silenciosas callejuelas rodeadas de carvallos y de hayas!... Siempre los mismos, tan vagos: vengar a la humanidad, entrar en la historia... Y, ciertamente, también, huir después de matar. Tal vez estudió a través de los montes atajos y escondrijos. Pero no se fortalecía en su esperanza. Además, la grandeza de su misión reclamaba nobleza de actitud. ¡Qué humillación ante el mundo, si los guardias, corriendo, le apresasen encogido, solapado entre los matorrales, como un ladronzuelo!... Y la fuga, si la realizase con seguridad, era su nombre sin asombro, sin gloria, sin bendiciones. Cavilando estas cosas confusas, muchas veces encontraba en el camino a Cánovas, entre su grupo de amigos, perseguido alegremente por rapazuelos desgreñados, a quienes distribuía pesetas... En seguida el sombrero blando se destacaba respetuoso; y la Muerte recibía el saludo superior de la mano poderosa. Y ambos se recogían, en la frescura de la tarde, mien-

tras la campanilla del hotel, sonora en todo el valle, llamaba a la comida. Y cuando, por la noche, las señoras en la sala abandonaban la costura y la partida de "whist" terminaba, ambos subían por las mismas escaleras: Cánovas, hacia su cuarto, abrumado de papeles de Estado, de vastos planes, que pedían vivir largo; y la Muerte, hacia arriba, hacia el tercer piso, donde sólo en un rincón dormía la maleta de lona... Santa Agueda se adormece en el silencio que baja de los montes. Sólo algún perro aulla en un caserío remoto. Y en el corredor, el viejo reloj tembloroso, con su tic-tac, marcaba, hacia la hora postrera del hombre poderoso, bien defendido, seguro del poder y de la vida, mientras encima, la Muerte, sin apresurarse se desnuda, la Muerte apaga la vela...

Por fin, amanece el día domingo. ¡Por qué escogió ese día el hombre del sombrero blando! ¡Ah! ¡Estos domingos, estos domingos en que la burguesía se muestra más vistosamente en su lujo ricachón y en su tradicionalismo estrecho. (Las señoras crujiendo en sus grandes trajes de seda para ir a misa, los hombres resplandeciendo en sus botinas recién lustradas, y todos, en una hilera decorosa, arrastrándose hacia la iglesia, hacia la reverencia de los dogmas), indignan siempre ásperamente a los racionalistas, a los igualitarios!... Cánovas volvió de misa; sentado en el banco del jardín, junto a una puerta enristalada, recorre el periódico, mira su reloj esperando el almuerzo. Tic-tac, tic-tac, el minutero corre... El hombre fuerte que gobierna a España tiene sólo un minuto de vida bajo aquel caperazo sol que cubre a Santa Agueda. La Muerte tiende a su cuarto, abrió su maleta, sacó su guadaña. Ya baja la escalera, cruzándose con las señoras que suben con sus trajes de seda del domingo, con sus devotos libros de misa. Y después...

Pero entonces la tragedia pierde su interés violento. Sólo hay un noble hombre muerto a quien sus amigos, en un dolor estupefacto, llevan para comenzar su apotheosis. Y hay otro hombre con las manos



Sâipjagin



Alejandro I de Serbia



esposadas, y también muerto ya, a quien los soldados arrastran hacia el garrote."

El arma homicida no da tregua a sus víctimas, y el 26 de agosto de 1897, pocos días después de la muerte de Cánovas, encuentra un sujeto en el presidente Banda, del Uruguay.

Volviendo a Europa, la nueva víctima es la Emperatriz de Austria. Francisco José, su esposo, aturdido ya por atentados contra su persona y por las muertes espantosas de su hermano Maximiliano y de su hijo Ro-

acera y en seguida marchó tras de ellas hasta alcanzarlas. Al pasar al lado de la emperatriz, la dió un golpe tan violento en el pecho que la soberana cayó de rodillas. En ese momento la condesa Sztaray se había adelantado un poco haciendo señas al personal del vapor, a fin de que no quitaran el puentecillo de la cubierta antes de que ellas hubieran llegado al muelle. La dama de honor volvió la cabeza, vió a Isabel que se levantaba y al joven obrero que huía hacia el lado de la calle de los Alpes. La condesa, tomándolo por un ladrón, lo señaló a los



Sitio donde tuvo lugar el atentado contra Alfonso XIII de España.

dolfo, debía experimentar un dolor más acervo perdiendo a su esposa Isabel.

El 10 de septiembre de 1898, la soberana tomó su baño, hizo su toilette, dió una vez más su acostumbrado paseo por Génova, en compañía de la condesa Sztaray, su dama de honor, envió su servidumbre a la estación para tomar el tren de Territet; y, siempre acompañada de la condesa, salió del hotel para dirigirse al embarcadero de los vapores del lago, mientras un viejo ayuda de cámara, con el saco de viaje y el abrigo de la emperatriz, las precedía.

Cuando abandonaban el hotel, un joven obrero (Luccheni), que hacía más de una hora que se mantenía en acecho sentado en un banco de la calzada, se levantó rápidamente. Esperó que las viajeras tomaran la

transeúntos que se echaron en su persecución. Fué detenido por dos cocheros en el momento en que iba a penetrar en la Avenida de los Alpes, con el fin de ocultarse en los árboles.

La condesa Sztaray acudió cerca de la emperatriz y, secundada por un paseante, ayudó a levantarse. La soberana, muy pálida, les dijo entonces:

—No se molesten ustedes; gracias.

Después, cogiéndose del brazo de su dama de honor, se dirigió hacia el embarcadero, declarando a la condesa que no estaba herida, o al menos que, si lo estaba, su herida no presentaba gravedad. Ya en el vapor, tomó asiento, pero, apenas el barco se puso en movimiento, la emperatriz se desmayó. La transportaron sobre cubierta, creyendo

que se trataba únicamente de un síncope.

Mientras el vapor avanzaba, la soberana desvanecida, se iba tornando cada vez más pálida. Nada la hacía recuperar el sentido. La condesa Sztaray desabrochó las ropas de Isabel. Sobre la camisa, por debajo del seno izquierdo, vió una minúscula mancha de sangre. Cuando abrió la camisa, apareció una pequeña herida triangular que apenas sangraba.

La condesa, asombrada ante la herida, pidió un médico, pero, desgraciadamente, no había a bordo.

Se ordenó volver al vapor. Entonces la emperatriz abrió los ojos.

—¿Sufre usted?—le preguntaron.

Contestó débilmente que no. E instantes después sus ojos se cerraban para siempre.

He aquí como relata lo que vió el célebre detective Paoli, compañero y defensa de todos los soberanos que llegan a París:

“Al llegar a la estación de Ginebra, noté en el andén una animación insólita; los grupos discutían con animación y los rostros parecían consternados; no puse, sin embargo, atención, porque estaba muy apurado, y llamando a un cochero, ordené:

—¡Al Hotel Beau Rivage!

No habíamos andado veinte metros, cuando el cochero, volviéndose, me dijo:

—¿Qué crimen tan espantoso!

—¿Qué crimen?

—¿Cómo! ¿No lo sabéis? La emperatriz acaba de ser asesinada...

—¿Asesinada?...

Lívido, espantado, apenas escuché el lamentable relato del drama; la conclusión me bastaba: ella estaba muerta...

¡Muerta! Era cierto, muy cierto; si no, ¿por qué estaba esa gran muchedumbre muda, inmóvil, en la plaza Brunswick, mirando fija, incansablemente, los cerrados postigos de esas dos ventanas? Salté vivamente del coche, me precipité en el hall lleno de gente, subí la escalera y me dirigí a un corredor donde viajeros ingleses, alemanes y rusos, se agrupaban espantados, ansiosos de ver... Al fin, divisando un ando, le dije:

—¿La condesa Sztaray?

—Aquí,—me dijo, indicándome una puerta entreabierta.

Golpeo; la puerta se abre; aparece la condesa Sztaray con el rostro transtornado, los ojos enrojecidos. Me mira desolada, después sollozando:

—¡Nuestra pobre emperatriz...

—¿Dónde está?...

—Venid.

Y, tomándome de la mano, me lleva junto con el general Berzeviere, que acaba de llegar a la pieza vecina. Tendida sobre un pequeño lecho de bronce, cubierta por un

ligeró velo de tul blanco, la veo rígida y fría. Su rostro, iluminado por la temblorosa luz de dos grandes cirios, no tiene huellas de sufrimiento... Una melancólica sonrisa parece aún errar entre sus pálidos labios, apenas entreabiertos; dos gruesas trenzas de sus cabellos caen sobre sus hombros; su semblante se ve demacrado; bajo sus pestañas se extienden dos sombras violáceas que hacen resaltar el arco de la nariz y la palidez de las mejillas... Parece dormir un sueño apacible y feliz. Sus pequeñas manos están cruzadas sobre un Cristo de marfil; rosas casi marchitas, las rosas que ella misma había recogido en la mañana y que aún llevaba en sus brazos al recibir el golpe mortal, esas rosas están esparcidas a sus pies.

La miro largamente, y ante ese cadáver mi sangre fría me abandona. A pesar mío, las lágrimas suben a mis ojos y lloro como un niño...

El asesino de la simpática y noble sobe-



Carlos I de Por- tugal

Príncipe Luis Fe- dipo de Portugal

rana, el miserable Luccheni, purga su delito en una prisión de Suiza porque allí está abolida la pena de muerte.

Dos presidentes americanos rinden después de la emperatriz Isabel su tributo a la ciega violencia del asesinato: Barrio, de Guatemala, muerto el 9 de enero de 1898, y Heureaux, de Haití, el 12 de julio de 1899.

En aquella época abundaron en Europa los estallidos del anarquismo, tan ciego e irracional como el nihilismo. Dos años más tarde era asesinado en Monza, cerca de Milán, el rey Humberto I de Italia.

El 29 de julio de 1900 fué invitado el rey por el Comité Gimnástico para asistir al concurso anual que se celebraba en el Stadium de esa ciudad. Humberto asistió a la fiesta. Concluida ésta, salía el soberano del lugar en que se había celebrado el torneo cuando le fueron disparados cuatro tiros de revólver por un anarquista llamado Cayetano Bresci. El asesino fué preso y su víctima entregó su alma a Dios en medio del estupor y el sentimiento de los acompañantes.





Plevhë



El general Trepoff

Viene en seguida el asesinato del premier ruso Ssipyagin, el 15 de abril de 1902.

Más trágica fué aún la muerte de Alejandro de Serbia y de su esposa la reina Draga. Por razones de política interna y por odio a la reina, se tramó en el palacio de Belgrado una conspiración semejante a la que arrebató la vida a Pablo I de Rusia.

Según las referencias que parecen más exactas, a las once de la noche del 12 de junio de 1903, penetraron sigilosamente en la cámara real el teniente coronel Mischitch y varios oficiales del ejército, y después de haber dado muerte a muchos individuos de la guardia y al ayudante del rey, general Petrovich, derribaron, empleando la dinamita, la puerta de la estancia de los soberanos. Los conjurados se acercaron al monarca y el coronel Naumovich le presentó, para que lo firmara, un documento de abdicación, en el que se hacía constar que, por su matrimonio "con una mujer pública", había comprometido el honor y los intereses de Serbia. Alejandro, lleno de indignación, mató a Naumovich de un tiro de revólver y al verse acometido por los oficiales huyó, pero fué alcanzado y muerto.

También fueron muertos la reina Draga, sus dos hermanas y su hermano, el teniente Liumievitza; el general Zinzar Markovitch, presidente del Consejo; el general Pavlovitch, Ministro de la Guerra; M. Todorovitch, Ministro de Policía y varios oficiales, funcionarios y soldados.

Los cadáveres de los infortunados soberanos fueron arrojados al patio desde los balcones del palacio. Es este uno de los más brutales atentados de que haya memoria: la infausta suerte corrida por Pedro I. de Serbia no es por eso muy digna de ser compadecida.

Dos años más tarde los nihilistas vuelven a dar sangriento espectáculo en Moscú, lanzando una bomba.

El 28 de junio de 1904 cae víctima del crimen el primer ministro ruso Plevhë y le sigue su colega griego Teodoro Delyarmis, el 13 de junio de 1905. Ese mismo año, el 17 de febrero, una bomba despedaza en Moscú al gran duque Sergio, de Rusia.

Pocos días después, en mayo, el rey Alfonso XIII y el presidente de Francia escaparon en París de un atentado anarquista.

El presidente Alfaro es asesinado poco antes del rey Carlos I.

Este rey de Portugal salía el 1.º de febrero de 1908 a pasear en coche. Al atravesar la Plaza del Comercio, un individuo naco, de barba negra, saltó de repente junto al carruaje y disparó un tiro a quemarropa sobre el rey, que, herido mortalmente en la nuca, cayó muerto instantáneamente.

En medio del estupor general, nuevas detonaciones estallaron. La reina Amelia golpeaba con un ramo que le había sido ofrecido a uno de los asesinos que se había aferrado al carruaje, mientras cubría con su cuerpo a sus dos hijos. Pero otro desalmado apunta desde lejos con una carabina y mata al príncipe heredero, Luis Felipe.

El coche entra entonces al galope en el Arsenal llevando los cadáveres del rey y de su hijo. Los asesinos, republicanos exaltados, fueron muertos en el mismo sitio por la policía y un oficial de ordenanza que defendieron el carruaje. Los bandidos se llamaban Manuel Dos Reis da Silva Buica, Alfredo Louis da Costa y Joao Sabino.

En 1909 es asesinado por la nihilista rusa Vera Zazulich el premier ruso Trepoff, y Victor Manuel de Italia y su esposa son víctimas de un atentado fallido en 1912.

En 1911 es asesinado el premier ruso Stolypine por el nihilista Bágroff.

El 12 de noviembre de 1912 le toca el horrendo golpe al premier español don José Canalejas, que cae transpasado por tres balas de revólver en la Plaza del Sol en Madrid. Sus asesinos fueron los anarquistas Corona y Pardiñas.

Europa y América alternan en esta sangrienta labor de eliminar las primeras cabezas. Un año después, el 13 de febrero de 1913, es fusilado en Méjico el presidente don Francisco Inocencio Maderos.

Estamos en Salónica, en la ciudad reconquistada a los turcos, por los griegos. Son más o menos las seis de la tarde del 18 de marzo de 1913. El rey Jorge I de Grecia se pasea por la Avenida de los Campos. Al llegar a la calle de Aghiardias, un bandido llamado Alejandro Skinas, oculto tras de la esquina, dispara tres balazos sobre el rey. El coronel Francoudis acude a sostener el cuerpo ya inerte del monarca a quien se traslada al hospital militar. Prevenido el príncipe Nicolás, tercer hijo de Jorge I y gobernador de Salónica, acude al lado de su padre seguido de los funcionarios públicos. Todos se agrupan alrededor del lecho fúnebre. Uno de los proyectiles, penetrando

por el omoplato, ha atravesado el corazón y salido por el pecho.

Y llegamos al más trascendental de estos sangrientos episodios por las consecuencias que de él se derivaron: al asesinato del archiduque heredero del trono de Austria y de su esposa, el 28 de junio de 1914. El archiduque había ido a Bosnia para presenciar las maniobras del cuerpo de ejército situado junto a la frontera serbia, y su esposa, que nunca se separaba de él, le había acompañado allí instalándose en una estación balnearia durante los dos días en que el archiduque se había consagrado a sus deberes militares. Cumplidos éstos, Francisco Fernando fué a reunirse con la duquesa y juntos marcharon a Sarajevo, a donde llegaron el citado día por la mañana.

Cuando se dirigían a la Casa Consistorial, en donde se había organizado en su honor una recepción, un obrero tipógrafo, joven de veintiún años, arrojó una bomba contra el automóvil en que iban el archiduque y su esposa. El archiduque, dando pruebas de una gran serenidad, logró desviar con el brazo el proyectil, que fué a estallar junto al carruaje que seguía al de aquél y en el cual iban el conde Boos Waldeck y el ayudante teniente coronel Merizzi, quienes resultaron levemente heridos, lo mismo que otras varias personas que presenciaban el paso de la comitiva. El autor del atentado

se tiró al río Mijack, con ánimo de huir; pero, perseguido por algunos agentes y parte del público, fué aprehendido, costando grandes esfuerzos a la policía salvarlo de las iras de la multitud que quería lyncharlo.

Entre tanto, el archiduque llegaba a la Casa Consistorial y después de protestar indignado contra el atentado de que acababa de ser objeto, efectuóse la recepción. Terminada ésta, Francisco Fernando y su esposa regresaban al Konak y al doblar el automóvil que los conducía la esquina que forman las calles Francisco José y Rodolfo un estudiante del liceo de Serajevo, de diecinueve años, disparó dos tiros de revólver, hiriendo mortalmente a la duquesa y al archiduque, quienes fallecieron pocos momentos después, al llegar al Konak.

El asesino fué inmediatamente detenido y corrió grave riesgo de ser lynchado por el pueblo.

Después se supo que los asesinos eran serbios y el Austria hizo responsable a la Serbia del asesinato y, empujada por la Alemania, lanzó al mundo a la guerra más horrible y gigantesca de que hay memoria.

Consecuencia de la gran guerra fué el cruelísimo asesinato de Nicolás II de Rusia, más deplorable y lastimoso que el de Luis XVI. Insertamos aquí la relación que hace del horrible drama el pope que auxilió



Canalejas en su lecho mortuario





Eloy Alfaro



Francisco I. Madero

al soberano en sus últimos momentos y que envió esta relación a algunos desterrados amigos que tenía en Nueva York:

“El tres de julio, a la una de la mañana, Vassily Sideroff, gran comisario de los guardias rojos bolsheviks, entró en la oscura habitación del ex-zar Nicolás en una pequeña aldea de la provincia de Viatka, y dijo con tono desdenoso:

—Señor Nicolás Alexandrovich Romanoff, queda usted citado a la Corte.

El descendiente de Pedro el Grande, que tenía poder de vida y muerte sobre 200 millones de almas, era tratado con menos consideración que el más pobre de los mujiks.

El ex-zar que de costumbre era muy nervioso y excitable, desde que fué separado de su familia, que había dejado en el monasterio de Tobolsk, se levantó, miró asustado al comisario y tartamudeó con voz ronea.

—Sea por vuestro mandato y la voluntad de Dios.

El antiguo jefe de todas las Rusias se mostraba decaído y pálido. Había envejecido veinte años desde su abdicación y destierro. Como siempre, desde su deposición usaba un uniforme gris de militar ruso, sin ninguna insignia de rango, botas largas y anchos pantalones.

Se vistió con gran esfuerzo, vaciló un momento y cayó exhausto sobre la cama. Después de algunos minutos se levantó y el comisario ordenó a la guardia que le colocaran esposas durante el trayecto a la Corte.

Yo era uno de los testigos de cuanto ocurrió en los últimos terribles días a nuestro desgraciado monarca. Desde su partida de Tobolsk, me fué permitido atenderlo constantemente y darle consuelo espiritual, debido a la influencia de uno de los ministros bolsheviks, quien conservaba aún cierto respeto por la religión.

El tribunal se reunió en uno de los vestíbulos de la Municipalidad, el que a pesar de tan temprana hora, se encontraba totalmente lleno, con los guardias rojos y jefes políticos del gobierno local bolshevik. Anteriormente, en el fondo del vestíbulo ha-

bía colgado un retrato del Zar y de sus predecesores. Ahora pende ahí solamente una bandera revolucionaria roja con la siguiente inscripción en letras rojas: “Proletarios de todos los países: ¡uníos!”

El tribunal bolshevik, compuesto de siete miembros, tomó asiento solemnemente detrás de una gran mesa, con siete candelabros encendidos delante de ellos.

Los miembros de este tribunal eran más o menos en su totalidad prominentes jefes bolsheviks de la provincia. Uno de ellos era un comerciante, gordo y modetudo, político y publicista de la aldea; el segundo juez, un trabajador de una fábrica; el tercero, cantinero; otro, el camarada Filipoff, un antiguo estudiante que fué desterrado a Siberia durante el régimen del Zar.

Había servido seis años en trabajos forzados y era ahora un ardiente defensor del gobierno maximalista en Viatka. Presidía el tribunal el camarada Kyrill, un antiguo caballero de la Corte, que había sido enviado a Siberia por la policía del palacio del zar por haber insultado a Rasputín, a quien tomó por un pillo en el parque del palacio.

—Señor Nicolás Alexandrovich Romanoff. Usted ha sido acusado de haber conspirado para derrocar el gobierno libre del pueblo de Rusia que ahora predomina, y de haber hecho todos los esfuerzos posibles para implantar el antiguo régimen del terror, comenzó a decir el juez que presidió, pausada y enfáticamente.

—¿Qué tiene usted que contestar a tan seria acusación? — preguntó el macizo comerciante de la desmembrada Rusia, frotándose las manos triunfalmente.

El Zar miró a los jueces y después a los guardias rojos que llenaban el obscuro vestíbulo. Parecía anonadado e incapaz de articular una palabra. Por algunos minutos reinó un profundo silencio en la habitación.

—¿Por qué no habla? — preguntó el sexto juez, antiguo portero de un chambelán del Zar.

—El cargo es una impostura. Nunca he conspirado contra el pueblo de mi patria, nunca. He vivido siempre desde mi abdicación... y — alcanzó a decir el ex-Zar y sus palabras se ahogaron en su garganta.

Estaba vencido por sus emociones.

Los jueces se miraron con una expresión significativa.

El ex-Zar estaba verdaderamente estupefacto y escandalizado del modo como era tratado. Miró a su alrededor para ver si había asiento para él.

—¿Desea alguno de ustedes, camaradas, abogar por el señor Nicolás Romanoff? — preguntó el rollizo comerciante con un hipócrita tono de sentimiento, como para

probar que el tribunal del pueblo era muy justo.

Los guardias rojos sonrieron y algunas voces del público contestaron:

—El antiguo autócrata conoce las leyes y puede defenderse sólo sin necesidad de abogado.

—¡Bravo! — gritaron los otros.

—Señor Romanoff, si no tenéis nada más que decir, es inútil gastar el tiempo en vos. Tenemos simplemente que decidir el caso y pronunciar la sentencia, — dijo el presidente gesticulando vigorosamente y escupiendo por sobre la mesa al suelo, con toda intención.

El quinto juez ordenó a un sirviente que le trajera una botella de vino y algunos sandwiches, que empezó a comer en la mesa del tribunal.

Después de un corto conciliábulo, los jueces se levantaron y salieron, mientras el prisionero permanecía de pie entre cuatro guardias rojos con espadas desenvainadas.

La concurrencia fué haciéndose más bulliciosa.

Voces por aquí y allá gritaban:

—¡Colgad al tirano! ¡Abajo el burgués autócrata!

El ex-Zar sentía flotar algo ignominiosamente en el aire; miraba alrededor las caras salvajes de los guardias y se estremecía.

Después de algunos momentos, los jueces volvieron a sus asientos, conversando, mascando o fumando.

Una vez que hubieron ocupado sus asientos, el presidente dió en la mesa un puñetazo para pedir silencio, y gritó:

—Señor Nicolás Alexandrovich Romanoff: el tribunal del pueblo de la provincia de Viatka ha considerado debidamente las acusaciones hechas en contra de vos y las ha encontrado plenamente confirmadas por los hechos. Por esto quedáis acusado de alta traición a vuestro pueblo y de conato de revolución. Esta Corte os condena a la pena de muerte por fusilamiento.

El ex-Zar, que había tratado de mantenerse dueño de sí mismo, hasta ese momento, casi se desmayó, y pudo permanecer solamente de pie con la ayuda de los guardias.

La concurrencia, al tener conocimiento de la condena, aplaudió el veredicto.

Los jueces se levantaron como actores de su tablado y hacían reverencias como si fueran héroes y patriotas. Mientras tanto, repuesto ya el Zar, dijo con débil voz:

—Sea la voluntad de Dios. Pero tened compasión de mi mujer y mis hijos. Muero inocente del crimen de que se me acusa.

Trató de seguir hablando, pero el ruido de la sala apagó sus últimas palabras.

Como un hombre moribundo, el antiguo autócrata del más grande imperio del mundo era conducido afuera por los guardias.

Fuó llevado en un carruaje de la Corte hasta el lugar de la ejecución; iba seguido por cinco coches ocupados por guardias rojos y los jueces.

Me fué permitido entrar en el carruaje de Nicolás; hice lo posible para darle coraje, el que cada vez iba decayendo con la idea de la aproximación de la sentencia; le di los consuelos de nuestra sagrada religión hasta los últimos momentos.

Eran más o menos las dos de la mañana cuando comenzó el viaje y a cada lado del Zar se sentó un guardia rojo. Afuera había dos cosacos a caballo. El rostro del Zar parecía el de un cadáver.

La gente de la aldea dormía, sin tener idea de que el último acto de la tragedia nacional se representaba bajo sus ventanas. El silencio era profundo. El carruaje pasaba frente a la catedral y el Zar se persignó.

—¿A dónde me llevan? — preguntó a uno de los guardias.

Este mismo miró a un lado y guardó silencio.

Haciendo un gran esfuerzo se arrancó una cruz con la corona del imperio de su cuello, y se la pasó al carcelero, diciéndole:

—Esto es para mi hijo. Dele también mis recuerdos a mis hijas y dígame que me juntaré con ellos en la otra vida.

El carcelero pretendió toser, se mostró incómodo, pero guardó silencio. Miró la cruz y luego a sus compañeros, y titubeó en aceptarla.

—Veo que tienes un anillo de matrimonio en el dedo. Debes ser casado. Debes tener familia. ¿Cumplirás con mi último deseo?—suplicaba el prisionero con vehemencia.

—Bien; puede que lo cumpla — tartamudeó el guardia — y tomó la cruz.

El valor del Zar disminuía, y nuevamente se desvanecía. Los caballos estaban cansados, pues la noche era calurosa. El cortejo abandonó el camino principal y se detuvo en un cerrillo rodeado de pinos. Los guardias abrieron la portezuela del carruaje y sacaron al Zar. Estaba obscuro aún, y apenas si



M. Stolypine



Jorge I de Grecia





El archiduque Francisco Fernando de Austria y su familia

se distinguía hacia el oriente una tenue faja de la aurora que se aproximaba.

El ex-autócrata de Rusia bajó a tropezones de su carruaje, ayudado por los guardias. Por varios minutos miró a su alrededor como una persona hipnotizada. Uno de los funcionarios le ofreció una bebida, que era agua pura. A varios cientos de pies del carruaje se divisaban las siluetas de los jueces y los guardias rojos, que llevaban linternas en sus manos. Detrás de ellos se vislumbraba la tétrica silueta de un banquillo. El silencio del sepulcro reinaba en el recinto. Todo a su alrededor le parecía al ex-soberano un horrible sueño, y se cubrió el rostro con las manos para tratar de darse cuenta cabal de lo que sucedía.

—¡Dios mío! ¡Qué váis a hacer aquí!... —preguntó el ex-Zar, mirando al banquillo y dirigiéndose a los guardias rojos, con frases entrecortadas.

Los guardias no respondieron.

Los guardias no respondieron.

Había un banco de madera, y el prisionero todavía con esposas en las manos, se sentó en él, gimiendo como un niño. En ese momento se produjo una discusión respecto a que si yo, un religioso, podría tomarle, con el debido permiso, la última confesión al monarca.

Hablé y les recordé con fuerza que era un personaje muy influente el que me había dado permiso para acompañar al Zar.

Apelé a sus buenos sentimientos para que no torturaran a un pobre prisionero sin fuerzas. Al cabo de quince minutos me fué permitido iniciar mis sagrados deberes, aunque todavía me lanzaban algunas burlas.

Habiendo bendecido al prisionero, leí una oración y administré los santos sacramentos. El ex-Zar abrió los ojos y sollozó en voz baja:

—Padre, ¡Dios lo bendiga! Dele mi bendición a mi familia, y... a mi esposa... ¡Qué harán conmigo, Dios Santo! ¡Cielos! —gimió el que fué poderoso autócrata, y se desplomó sobre el banco de madera.

Los guardias lo apoyaron y le ofrecieron un vaso de agua. Serví una copa del vino de la sagrada comunión y la puse sobre los labios del ex-jefe de nuestra iglesia. Tomó hasta la última gota y pareció sentirse más fuerte. Mirando con ojos suplicantes, dijo:

—Mi familia... mis hijos... ¡sufrirán daño! ¡Pobre Sasha! ¡Pobres niños! ¡Cuál será el fin de todo esto!

Las palabras se ahogaron en su garganta. El comisario o jefe político ordenó a los guardias que llevaran al prisionero al banquillo. El monarca apenas podía andar y hubo que ayudarlo.

Los sagrados consuelos de la religión le dieron ánimo para coordinar sus ideas.

Le rogué al jefe que permitiera al monarca pronunciar sus últimas palabras. A una señal de los jueces se accedió a lo pedido. Habiendo tomado un vaso de agua mezclada con vino, el ex-Zar habló con voz trémula pero clara:

—Dios sea mi testigo: traté de hacer lo más que pude por mi país. Toda mi vida fui un prisionero... como ahora... como ahora...

—Seguid, hijo mío, — le insinué, tendiéndole la mano.

Fuí traicionado, engañado. ¡Dios mío! ¡Conocí acaso alguna vez la felicidad durante toda mi existencia!

Los guardias rojos y los jueces se rieron. Algunas voces interrumpieron:

—¡Y qué nos decís de vuestra tiranía! ¡Y tu policía famosa! ¡Y tus persecuciones y actos de opresión! ¡Qué de las miles de almas enviadas a Siberia!

El ex-Zar no pudo continuar. Le pedí al jefe que me permitiera oír las últimas palabras del soberano a solas. Los jueces me concedieron media hora. Durante todo este período me decía al oído frases que habría dicho en alta voz. Prometí comunicar sus palabras al pueblo, apenas pudiera.

—Tengo miedo de la guerra después de la guerra — murmuró. — Una terrible calamidad amenaza al mundo. La lucha del hombre animal contra el hombre ideal. Solamente la religión podrá salvar a la humanidad de su destrucción. Rusia es un inmenso volcán que

leaza llamas de destrucción y agonía, pero también la aurora de una nueva civilización.

El prisionero me habló de todos los obstáculos que le impidieron hacer el mayor bien posible a sus ciudadanos. Expresó la idea de que Rusia nunca sería feliz bajo un régimen democrático, mucho menos socialista. Solamente una monarquía libre e inteligente podría reinar en Rusia. Además, me dijo que nunca deseó el daño para su país, pero que la gente que lo rodeaba pudo haber hecho muchas maldades.

—La muerte de Rasputín fué un severo golpe para mí — dijo el ex-Zar. Su carácter sencillo y campechano era para mí un descanso, rodeado como estaba en la Corte por una atmósfera hipócrita. Era un hombre sencillo y bueno que comprendía el alma de Rusia.

El jefe me hizo señas de que la ejecución iba a comenzar. Levanté la cruz ante los ojos del monarca.

—¡Tened piedad de mi esposa e hijos! ¡Dios ayude a Rusia! — fueron las últimas palabras del desgraciado Nicolás.

Los guardias rojos tomaron colocación con sus rifles cargados. Todos estaban en suspenso, como si presenciaran una gran tragedia. Nicolás parecía examinar sus angustias y la brutalidad lo habían dejado en triste estado. Cuatro guardias lo llevaron a un poste, donde lo amarraron. El jefe movió una mano, sonó la detonación de veinte rifles, y Nicolás Romanoff quedó colgado del poste, como una masa inerte de despojos.

Un diario de Holanda da por su lado los siguientes detalles sobre la ejecución:

“Varios miembros de la familia imperial y de su séquito fueron ultimados. Entre ellos se hallaban la ex-Zarina y un sirviente de la familia imperial que fué hecho prisionero por los maximalistas, pero que pudo escapar a la suerte que le estaba reservada a la familia imperial.

Esta persona ha hecho declaraciones importantes, le las cuales sacamos las siguientes notas:

Durante las semanas que precedieron a su asesinato, toda la familia del ex-Zar fué encerrada en una pieza

donde sólo había una cama. La ex-Zarina ocupaba esta cama y el resto de la familia dormía en el suelo.

Un guardia rojo hacía la guardia día y noche en la habitación. El ex-Zar y su familia no dejaban ni por un instante de ser objeto de la vigilancia de sus enemigos, y estaban expuestos continuamente a los insultos más inauditos.

Frecuentemente eran despertados en medio de la noche, a fin de que contestaran a las preguntas más desvergonzadas y brutales, y las grandes duquesas estaban expuestas a los más groseros insultos.

El sirviente aludido, al prestar declaración ante una comisión investigadora, manifestó que la muerte había sido la liberación para toda la familia.

Agregó que la muerte había ocurrido de la manera siguiente: En la noche del 17 de julio, el comisario Andejeff comunicó a los prisioneros, es decir, a la familia real, que iban a ser fusilados. Inmediatamente fueron conducidos a un sótano del edificio, colocados contra la pared y fusilados.

Obedeciendo a un último pedido del ex-



Fusilamiento de Nicolás II





El conde Tisza



Venustiano Carranza

Zar, se le fusiló estrechando entre sus brazos la pálida y extenuada figura de su hijo.

La ex-gran duquesa Tatiana, que sólo fué herida por unas cuantas balas que atravesaron su cuerpo, fué ultimada a culatazos por sus verdugos.

Los cuerpos de las víctimas fueron conducidos en la misma noche a las afueras de Ekaterinbourg e incinerados, a unas cuarenta verstas de la ciudad."

El sirviente aludido encontró entre las cenizas algunos diamantes que habían pertenecido a la gran duquesa Olga, la cual había ocultado, cosiendo los entre sus ropas.

La comisión designada por el Gobierno ruso de la Siberia confirmó otros detalles espantosos de los hechos ocurridos. La comisión se componía de dos profesores de la Universidad de Tomsk y estaba integrada por un miembro del Consejo Judicial de Tomsk y de Ekaterinbourg.

Al día siguiente de realizarse el asesinato del ex-Zar, fué anunciado por los maximalistas, pero la muerte de los otros miembros de la familia imperial fué guardada en secreto.

Las huellas de sangre fueron borradas en las paredes, pero fué imposible borrar las huellas de las balas en los muros del sótano.

Los grandes duques Juan Igor Constantínovich y Sergio Michaelmich fueron asesinados en Wolpajewskrpem.

Poco después del armisticio, le tocó seguir la aciaga suerte de su colega Stuerghk, premier austriaco asesinado por Federico Adler, en octubre de 1917, al famoso conde Tisza, que tanta ingenerencia tuvo en el Gobierno austriaco durante la guerra, de la cual tuvo su parte de culpa.

El conde Tisza era el más genuino representante de la política que tuvo por consecuencia el conflicto con Serbia, y cuyos caracteres principales son el mantenimiento de la unión de Hungría con Austria, como garantía de la alianza de la monarquía dual con el imperio alemán y la confirmación de la política imperialista húngara, esto es la conservación del predominio húngaro, por medio de las violentas formas conocidas, so-

bre los pueblos no magiars del reino de San Esteban.

Fiel y tenaz sostenedor de esta política, el conde Tisza, enemigo también de la democracia, se opuso siempre al establecimiento del sufragio universal.

El día 1.º de noviembre de 1918 tres soldados consiguieron penetrar en la casa del conde Tisza y se introdujeron a un aposento donde se encontraba en compañía de su esposa y de la condesa Almasy, amiga de la familia Tisza.

El conde sacó su revólver. Los soldados le ordenaron entregar el arma; pero el conde se negó a ello. Las señoras se negaron a salir de la habitación.

Uno de los soldados le dijo: "Conde de Tisza: por vuestra culpa millones de hombres han perecido. Sois uno de los que provocaron la guerra."

El conde contestó: "Lamento sinceramente que millones de hombres hayan muerto en esta guerra; pero no es cierto que yo la haya ocasionado."

Los soldados pidieron nuevamente que las señoras salieran de la habitación, pero éstas se negaron. Los soldados volvieron a ordenar al conde Tisza que entregara su revólver, y éste lo puso sobre una mesa. Los soldados le apuntaron con sus fusiles, gritándole: "Por fin llegó la hora de saldar cuentas", y luego dispararon.

El conde, herido por tres balazos, cayó a los pies de las damas, exclamando: "¡Estoy herido! ¡Me muero! ¡Así tenía que suceder!

Un proyectil que atravesó al desgraciado funcionario hirió levemente a la condesa Almasy.

Los soldados huyeron y la policía sólo llegó media hora más tarde."

El 15 de diciembre de 1918 es asesinado a balazos el Presidente del Portugal Sidonio Páez por José Julio Rodríguez de Aro. Mientras la víctima se preparaba para trasladarse en un tren especial a Oporto, estando en la estación rodeado de los Ministros de Estado y de varias autoridades, un joven le hizo varios disparos de revólver, que le causaron la muerte a los cinco minutos después en una casa de socorro, a donde fué conducido. Las personas que lo rodeaban mataron al agresor.

Durante el desorden que siguió al atentado, el capitán Silveira perteneciente a la guarnición de Lisboa, mató a doce personas.

Don Antonio Paes, hermano del Presidente, fué herido de un golpe sable.

Las últimas palabras del Presidente Paes, fueron: "¡Déjenme. Muero tranquilo. Salven a la patria!"

Alguien creyó entonces en Lisboa que el asesinato de Paes era una consecuencia del de Carlos.



Fabricantes

de

Ropa

Blanca

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa

**Fratelli Castagneto**

ATENDEMOS GRATUITAMENTE PEDIDOS DE NUESTRO CATALOGO



El turno en el mortal caleidoscopio le toca después al gran Clemenceau, que escapa milagrosamente de la muerte que intentaba darle Emilio Cottin el 19 de febrero de 1919. Ese día, a las ocho de la mañana, según su costumbre, el Premier francés traspasó los humbrales de su casa y tomó su automóvil que le esperaba. A poco de ponerse en marcha el coche, fué atacado a balazos, tres de los cuales dieron en el blanco hiriendo a Clemenceau. El asesino fué capturado y la víctima, gracias a su vigorosa aunque vieja naturaleza, conservó la vida.

Sólo tres días después la guadaña feroz arrebató la vida del primer Ministro bávaro Kurt Eisner.

El atentado fué cometido por un noble bávaro, el vizeconde de Arcovalley.

Herr Eisner se dirigía del Ministerio de Relaciones a la Dieta cuando fué agredido a balazos en la Prancistransse.

Le produjeron la muerte dos balazos en la parte posterior de la cabeza. Su cadáver fué llevado al Ministerio de Relaciones.

La Dieta, que debía celebrar el día antes su primera sesión, se clausuró indefinidamente.

El Presidente Carranza de Méjico es asesinado a fines del año próximo pasado. He aquí la forma cruel y traidora en que le fué arrebatada la vida, según el relato de un general partidario suyo:

Ibamos—dice el general—por la sierra de Pueblo, con rumbo al norte de la República. Herrero—que es el asesino del señor Carranza—se incorporó a nosotros en Patla. Cerca del general Mariel hizo promesas de lealtad, diciendo que estaba dispuesto a sacrificar su vida por la del señor Presidente, y que él le conduciría hasta ponerle fuera de la sierra, en lugar seguro.

Después se acercó al señor Carranza, y con las lágrimas en los ojos le juró fidelidad. Herrero le condujo por el camino, sirviéndole solícitamente, ayudándole varias veces a apearse del caballo.

Hubo un momento en que el señor Carranza dijo que tenía sed, y el asesino se bajó de su cabalgadura y le dió agua. Todo el día fué así: meloso, insinuante, procurando captarse la confianza absoluta de Carranza.

Así llegamos a Trazcalantongo—punto donde ocurrió el asesinato,—en donde Herrero dijo que debíamos pernoctar.

El mismo buscó los alojamientos, diciéndolo al Presidente:

—Esta casa es para usted.

Llevó a otra apartada de aquel sitio al general Murguía; después, al ingeniero Bonilla, y así sucesivamente.

Nos advirtió que había que empezar de nuevo y temprano la caminata, y que era preciso descansar.

Herrero es uno de esos tipos antipáticos que inspiran desconfianza sin saber por qué.

Es de aquellos que no miran de frente jamás. A pesar de aquella continuada insinuación, de aquellas múltiples protestas de adhesión, de aquellas lágrimas engañadoras, el señor Presidente sentía repugnancia por aquel hombre.

Momentos después agregaba las siguientes palabras:

—Qué noche tan larga. Hubiéramos podido caminar aún más. He de repetir las palabras de Marión: "Dios esté con nosotros en estas veinticuatro horas".

El señor Carranza estaba visiblemente triste.

Por fin se dispuso a acostarse, y mandó que le tendieran las "cobijas" en el suelo.

El señor Presidente apagó la luz y todo quedó en calma.

Poco antes de que esto sucediera, se presentó Herrero diciendo que un soldado acababa de comunicarle que un hermano suyo había sido víctima de algún accidente en cierto rancho cercano. Que con este motivo iba a retirarse para vigilarle. El señor Carranza mostró gran pena por el hecho y ordenó le dieran algodón, yodo y algunas vendas...

El felón se retiró entonces.

Ya se había recogido todo el mundo en el campamento, cuando se presentó un oficial que traía una parte del general Mariel, que había pernoctado en Patla. Eran noticias favorables.

Buscamos al general Murguía, y éste, después de leer el documento, mandó al oficial con dos indios, para que se lo llevaran a Carranza. El oficial y los indios penetraron en el "jacal", dándose cuenta exacta del sitio que cada cual ocupaba. El señor Carranza leyó el aviso y después polvió a apagar la luz.

Aquellos indios comunicaron a los demás asaltantes el lugar en que dormía el señor Carranza.

Herrero, al llegar a Tiazcalantongo, dijo: "Ya os tengo en lugar seguro. Ya sois míos".

Todos creyeron que estas palabras se referían a que estaban fuera del alcance de toda persecución.

A las tres y media y de la mañana, cuando nadie lo esperaba, se oyeron varias descargas cerradas. Por el eco del estampido



Eduardo Dato

# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

#### Análises:

|                             |        |
|-----------------------------|--------|
| Agua higroscópica . . . . . | 2.35%  |
| Materia volátil . . . . .   | 39.25% |
| Carbón fijo . . . . .       | 51.40% |
| Cenizas . . . . .           | 7.00%  |

---

100.00%

---

|                                              |        |
|----------------------------------------------|--------|
| Azufre . . . . .                             | 0.92%  |
| Coke (aspecto sólido) . . . . .              | 58.40% |
| CALORIAS, Unidad Termal Centigrado . . . . . | 7,500  |

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178**  
**Edificio Schwager, 4.o Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377



podimos saber que se disparaba sobre el "jacal" donde dormía el Presidente. Vieron entonces la confusión, los balazos, todo".

La última muerte, el último crimen contra jefes de Estado, es el cometido en la persona del Premier español, cuarto de los políticos peninsulares que rinde su tributo a los negros designios de la violencia.

El asesinato fué perpetrado el 8 de marzo último en Madrid. Ese día, al salir de su casa el Premier en el automóvil de la Presidencia del Consejo de Ministros, fué cruzado en el sitio en la Plaza de la Independencia por una motocicleta ocupada por varios sindicalistas. Aprovechando éstos la semi obscuridad de la mañana en aquella parte de la Plaza, la motocicleta se acercó al auto y los asesinos dispararon numerosos tiros contra el señor Dato.



Fusilamiento de don Diego Portales

La motocicleta se acercó al automóvil, y sus ocupantes dispararon 21 balazos contra el jefe del Gabinete.

El chauffeur al oír las descargas, aumentó la velocidad del automóvil, pero el señor Dato le gritó:

—“Estoy herido. Deténgase”.

Al mismo tiempo el ordenanza caía muerto al lado del chauffeur.

El chauffeur abrió la portezuela y encontró al señor Dato con la cabeza ensangrentada. Todavía pudo proferir algunas palabras, expresando la creencia que se encontraba gravemente herido.

Entonces condujo rápidamente el carruaje hacia la Casa de Socorros más próxima, que era la de la calle Olózaga.

Al llegar a este dispensario, el señor Dato había muerto.

En el primer momento se vió que tenía un balazo en la región occipital y varias otras heridas en el cuerpo.

En la Casa de Socorros del Barrio de

Buenavista, el cadáver del señor Dato fué tendido en la cama de operaciones, y desnudado, viéndose que tenía las siguientes heridas: una con orificio de entrada por la región occipital y salida por la fronto-parietal izquierda, mortal de necesidad; otras varias con orificio de entrada por la región mastoidea y de salida por el malvar del mismo lado; otra con orificio de entrada por la región intercostal izquierda a nivel de la séptima costilla, sin orificio de salida.

Como complemento de este trabajo diremos que también fueron víctimas de atentados en tiempos ya lejanos, Francisco Pizarro el conquistador del Perú y en la historia contemporánea Federico IV de Prusia, Luis Felipe de Francia, Alejandro III de Rusia, Napoleón III, los reyes de Bélgica y de Wurtemberg, la reina Victoria de Inglaterra, el gran Bismark, el Presidente Prado Balta y Gamarra en el Perú; Suere, Blanco, Melgarejo, Morales, Pando, Ballivian, y otros en Bolivia.

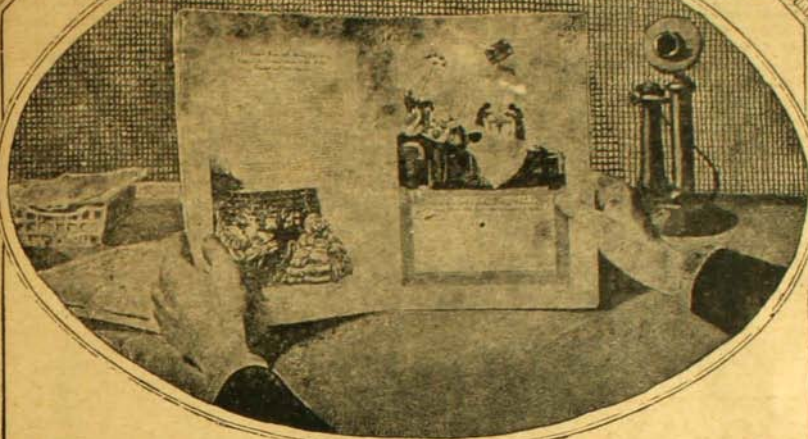
En Chile pereció víctima de las veleidades del poder, don José Miguel Carrera, fusilado en Mendoza el año 1821 y más tarde el Ministro don Diego Portales, asesinado en Quillota en 1837.

Portales se dedicó a fortalecer el Poder Ejecutivo, a organizar la administración pública sobre bases de moralidad y de respeto, y a reprimir con mano severa el menor intento de trastorno armado o de bullanga popular.

Para consolidar el nuevo régimen era necesario restablecer la disciplina en el Ejército, que había sido el cómplice del mayor número de los escándalos que caracterizaron la era pipirola. Con este mismo objeto armó al ciudadano, organizando la guardia nacional, esto es, cuerpos civiles que mandaban las personas más distinguidas de cada población. Esta genial erección fué la muerte del militarismo.

Pero el grande hombre hubo de sellar con su sangre en 1837 el triunfo de su política. En circunstancias que revistaba en Quillota un regimiento destinado a combatir por su país contra un enemigo extranjero, fué alevosamente hecho prisionero por la tropa sublevada al mando del ambicioso y desleal coronel Vidaurre, amigo íntimo de la ilustre víctima. Los cóvicos de Valparaíso salieron al encuentro de los rebeldes y los derrotaron vergonzosamente en las alturas del Barón, pero al sonar el primer disparo, un oficial beodo hizo fusilar al prisionero.

El año 1891 se suicidó don José Manuel Balmaceda, después de concluir su período constitucional, el 19 de septiembre de ese año, en los altos de la Legación Argentina. La muerte de Balmaceda fué triste y a ella lo empujaron los acontecimientos y la creencia de que con su sacrificio evitaría vejaciones y dolores a sus amigos. El 18 de septiembre escribió cartas para su familia y el



**A**NUNCIE su mercadería por medio de folletos impresos; equivale al trabajo de un vendedor a un costo muy inferior.

*Sociedad Imprenta y Litografía*

Valparaíso: **UNIVERSO** Santiago:  
Prat, 52 Agustinas, 1250



19 para el Ministro Uriburu. Ese día a las 8 de la mañana se disparó un tiro de revólver en la sien derecha que le arrebató la vida que aún podría haber sido útil a su país. Apasionadamente se ha comentado si el ex-Presidente se portó bien o mal; pero su muerte, noble en todo caso, ha hecho callar a sus enemigos y hoy todos los chilenos se descubren, calmadas ya las pasiones de entonces, ante la tumba de Balmaceda.

Pero otra muerte, otro atentado violento es menos conocido y de todo punto misterioso: nos referimos al fusilamiento del Ministro don Manuel María Aldunate, que tuvo lugar en La Calera el 5 de septiembre de ese mismo año de 1891.

Después del triunfo de la revolución Aldunate traía una partida de tropas desde Coquimbo que la rindió en Catapileco el 2 de

septiembre al coronel Halley. Al día siguiente Aldunate seguía viaje a La Calera custodiado por el teniente Steinwal. El día 5 estaba el prisionero en La Calera y allí se le hizo subir a caballo y tomar rumbo a La Palmilla custodiado por un sargento y seis soldados. Al día siguiente se encontraron en una quebrada del fundo indicado los cadáveres de Aldunate y de su compañero Caupolicán Villota que habían sido ultimados a balazos por sus guardianes, según unos. por soldados balmacedistas dispersos en aquellas regiones, según otros. ¿Cuál es la verdad? Nunca se ha sabido, ni nunca se sabrá.

¿Quién será el próximo jefe de Estado que en Europa o América perecerá bajo los golpes de la bala, del puñal o de la bomba?

L. P.



D. Diego Portales



D. José Manuel Balmaceda



D. Manuel M. Aldunate



¿Ha probado usted o sus niños la  
**EMULSION GATH Y CHAVES?**

Si la prueban, no la dejarán más en todo  
el Invierno.

Es de sabor exquisito, de pureza refina-  
da; contiene hipofosfitos y su valor nutri-  
tivo es insuperable.

Elaborada y envasada por uno de los más  
famosos Laboratorios de Londres, espe-  
cialmente para

**GATH Y CHAVES, LTD.**



# COMPañIA DE LOTA Y CORONEL

---

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749-755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41

Nacional 931

---

**MINAS de CARBON de PIEDRA**  
**EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

---

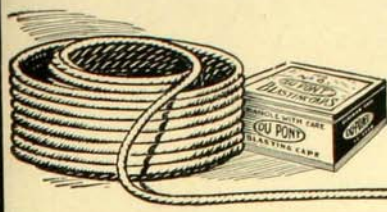
**FABRICA**  
**DE LADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE CREDA**

---

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPAPAISO:  
COMPañIA MARITIMA y COMERCIAL, Blanco N.º 1001  
Teléfono Inglés 150 - Teléfono Nacional 224 - Casilla 594

---

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:  
Don LUIS VIDE LA HERRERA,  
BANDERA 75 (Bolsa de Comercio) - CASILLA N.º 1853



# FULMINANTES Y MECHA DE SEGURIDAD

## EXPLOSIVOS



*Establecida en 1802*

DINAMITA  
GELIGNITA  
GELATINA  
POLVORAS PARA  
VOLADURAS  
EXPLOSIVOS  
PARA MINAS  
DE CARBON  
EXPLOSIVOS  
PARA  
FERROCARRILES  
FULMINANTES  
Y DEMAS ACCE-  
SORIOS PARA  
VOLADURAS  
POLVORA NEGRA  
PARA CAZA  
POLVORA SIN  
HUMO PARA  
USOS MILITARES,  
ESCOPEAS Y  
RIFLES

EL uso de fulminantes y mecha de inferior calidad, es una economía mal entendida; pues los mejores explosivos desmerecen cuando se descargan usando tales clases de accesorios. La Compañía Du Pont fabrica y vende accesorios que dan siempre resultados satisfactorios, asegurando la detonación y perfecta combustión de las cargas. Los productos Du Pont son el fruto de 118 años de experiencia, y se garantiza que son de la mejor calidad. Los Explosivos Du Pont se empaican de acuerdo con los reglamentos gubernamentales, sobre explosivos, vigentes en cada país.

Si desea Ud. catálogos, libros de instrucciones o cualquiera otra información acerca de la selección y uso de nuestros explosivos en cada circunstancia que se ofrezca, sirvase dirigirse a

INTERNATIONAL MACHINERY Co.

MORANDE N.º 530, SANTIAGO

## E. I. du Pont de Nemours Export Co., Inc.

Oficinas Principales: 120 Broadway

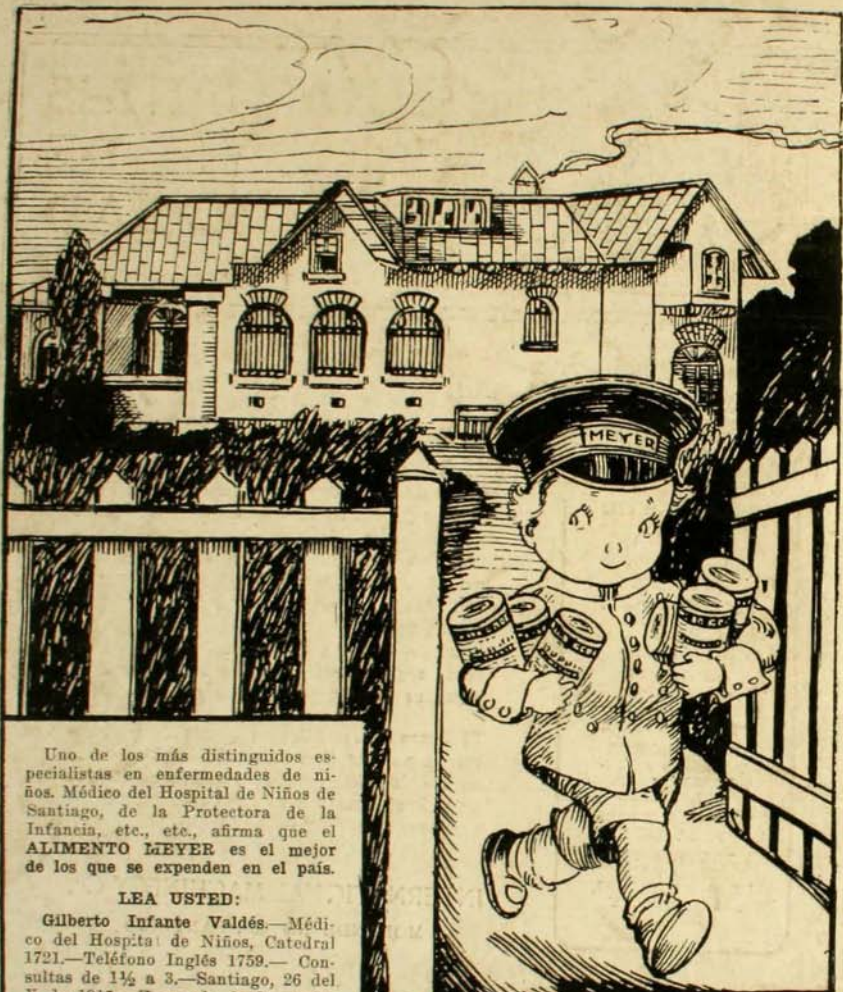
Nueva York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por  
E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc. y Compañías de su propiedad

*Los mayores fabricantes de explosivos del mundo*

OTROS PRODUCTOS DU PONT: Pinturas, Esmaltes, Barnices, Tinturas para la imitación y acabado de maderas, Albayalde, Blanco de zinc, Substitutos de cuero, Telas de hule impermeables, Productos químicos, Tintes intermediarios, Pyralin en láminas y tubos; Peines y Piezas de Marfil Pyralin para el tocador.





Uno de los más distinguidos especialistas en enfermedades de niños. Médico del Hospital de Niños de Santiago, de la Protectora de la Infancia, etc., etc., afirma que el **ALIMENTO MEYER** es el mejor de los que se expenden en el país.

**LEA USTED:**

Gilberto Infante Valdés.—Médico del Hospital de Niños, Catedral 1721.—Teléfono Inglés 1759.—Consultas de 1½ a 3.—Santiago, 26 del X de 1915.—He usado desde varios meses el

**ALIMENTO  
MEYER**

en mis servicios del Hospital de Niños, con resultados muy satisfactorios, sobre todo en los niños convalecientes y en los que no toleran la leche.

Lo creo superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile.—Dr. Infante V.

**ALIMENTO  
MEYER  
ES EL MEJOR**





Junio  
de 1921

# PACIFICO

Precio:  
2 Pesos

## MAGAZINE

Vol. XVII

Santiago de Chile, Junio de 1921

Núms. 101-102



Una Eva moderna

# SUMARIO

Junio - Núms. 101-102

|                                                                         |     |
|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| Otra poetisa chilena, Señorita Zulema Reyes Valledor. . . . .           | 409 |
| El Misterio de Tuquí, por Miguel de Fuenzalida. . . . .                 | 411 |
| S. A. R. el Infante D. Fernando en Chile, por Julio Prado Amor. . . . . | 431 |
| La Finita, por Derval John. . . . .                                     | 442 |
| Claudio Arrau, por Manuel Mackenna S. . . . .                           | 450 |
| Daltonismos, por Juan Duval. . . . .                                    | 453 |
| La Escuela de Bellas Artes, por Mont-Calm. . . . .                      | 455 |
| Problemas del Cine, por Alberto Edwards. . . . .                        | 464 |
| Eva habla sobre la moda, por P. . . . .                                 | 472 |
| Mapa de la distribución de las lluvias en Chile, por A. B. C. . . . .   | 476 |
| La canonización de Don Juan Tenorio, por P. . . . .                     | 481 |
| Y. M. C. A. . . . .                                                     | 486 |
| La ciencia explica la enigmática sonrisa de la Gioconda. . . . .        | 489 |
| "Fray Candil", por Michelez. . . . .                                    | 494 |
| El Culto de la Muerte, por D. Diego de Zamora. . . . .                  | 501 |



# El mejor Carbón Nacional

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

(EN CORONEL)

DE LA

### COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(SOCIEDAD ANONIMA CHILENA)

#### Análisis:

|                             |        |
|-----------------------------|--------|
| Agua higroscópica.. . . . . | 2.35%  |
| Materia volátil.. . . . .   | 39.25% |
| Carbón fijo.. . . . .       | 51.40% |
| Cenizas.. . . . .           | 7.00%  |

100.00%

|                                              |        |
|----------------------------------------------|--------|
| Azufre.. . . . .                             | 0.92%  |
| Coke (aspecto sólido).. . . . .              | 58.40% |
| CALORIAS, Unidad Termal Centígrado.. . . . . | 7,500  |

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat N.º 178**  
**Edificio Schwager, 4.º Piso**

TELEFONOS: INGLES 1314 y 1315 — NACIONAL 517 — CASILLA 978

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil N.º 733**  
**TELEFONO INGLES N.º 1377**

# Pólvoras Negras para Rifles



# Pólvoras sin Humo para Escopetas

## EXPLOSIVOS



*Establecida en 1802*

DINAMITA  
GELIGNITA  
GELATINA  
POLVORAS PARA  
VOLADURAS  
EXPLOSIVOS  
PARA MINAS  
DE CARBON  
EXPLOSIVOS  
PARA  
FERROCARRILES  
FULMINANTES  
Y DEMAS ACCE-  
SORIOS PARA  
VOLADURAS  
POLVORA NEGRA  
PARA CAZA  
POLVORA SIN  
HUMO PARA  
USOS MILITARES,  
ESCOPETAS Y  
RIFLES

## Pólvoras para caza

EL placer derivado del deporte de la caza depende, en gran parte, de la eficacia y uniformidad de los cartuchos. La superioridad de la pólvora negra para la caza que produce la Compañía Du Pont, se basa en 118 años de experiencia en la fabricación de pólvoras. Esta pólvora es refractaria a la humedad y produce el esparcimiento uniforme de las cargas.

A los cazadores opuestos al humo, recomendamos las pólvoras sin humo Du Pont Bulk y Dense para armas de fuego. Estas pólvoras son modelos en su clase, y se consumen más que todas las otras marcas combinadas.

La pólvora negra Du Pont para la caza, marca "Indian Rifle", se suministra en cuñetes de metal de 11.35, 5.68 y 2.84 kilogramos y en frascos metálicos de 454, 230, 227, 145, 114, 65 y 57 gramos, pesos netos.

Pida nuestro catálogo a

**International Machinery Co.**

MORANDE N.º 530 — SANTIAGO

## E. I. du Pont de Nemours Export Co., Inc.

Oficinas Principales: 120 Broadway

Nueva York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por

E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc. y Compañías de su propiedad

*Los mayores fabricantes de explosivos del mundo*

OTROS PRODUCTOS DU PONT: Pinturas, Esmaltes, Barnices, Tinturas para la imitación y acabado de maderas, Albayalde, Blanco de zinc, Substitutos de cuero, Telas de hule impermeables, Productos químicos, Tintes intermediarios, Pyralin en láminas y tubos; Peines y Piezas de Marfil Pyralin para el tocador.





## OTRA POETISA CHILENA

**T**IENE apenas 17 años. Nació con la intuición de los grandes escritores. Es una primavera que se inicia; pero su jardín naciente exhala el perfume de las flores regias. Nada ha adivinado de la áspera jornada, sus delicadas manos no saben de las espinas ni se han posado en ninguna frente atormentada; pero a través del velo que cubre el horizonte de su dicha, su fina percepción, en alas de su mente creadora, ha forjado la frase musical en donde ha vertido su pequeño reino interior.

Hace tiempo que escribe. El ritmo ha sido para ella como un compañero de la infancia con quien siempre endulzó las horas de su apacible hogar.

Zulema Reyes Valledor pertenece a una familia de la aristo-



Señorita Zulema Reyes Valledor

eracia chilena que, rompiendo los estrechos moldes de una vieja tradición, se siente orgullosa de cultivar, estimulando, el divino arte de los elegidos, el que sólo comprenden los es-

piritus superiores, el que aleja de la tierra y acerca a Dios.

Damos a nuestros lectores una primicia de los muchos versos que ha escrito esta nueva poetisa chilena:

## SIEMPRE

Vivir siempre soñando que el camino es de rosas,  
que el alma es una nota de un mágico cantar,  
que el corazón es lira donde esa nota vibra  
¡y no despertar nunca de ese grato soñar!

Que en la página blanca del libro de mi vida  
escrito esté con oro el lírico cantar,  
donde mi alma es la nota que vuela palpitante  
del corazón, que es lira de cuerdas de cristal.

Que la tragedia eterna del carnaval mundano  
corra y no se detenga mi canción a escuchar;  
pues, con sólo el aliento de su perfume vano  
caería hecha pedazos mi lira de cristal.

Sus pies irreverentes hollarían la senda  
donde emanan perfumes, mi rosales en flor,  
y ellas, las muy amadas, doblarían sus frentes  
y morirían todas, al peso del dolor.

¡Señor, no lo permitas! Deja siempre que sueñe  
con mis flores, mis notas, mi lira de cristal;  
que el mundo no me toque con su aliento de sierpe,  
¡y que nunca despierte de ese grato soñar!

ZULEMA REYES VALLEDOR

20 de Mayo de 1920.



# EL MISTERIO DE TUQUI

Por MIGUEL DE FUENZALIDA

## I

HAN transcurrido ya algunos años desde que tuvo lugar el trágico suceso que voy a referir. Así, el tiempo ha ido borrando poco a poco su recuerdo, apesar de las extraordinarias y romancescas circunstancias que lo acompañaron y de la elevada situación social de algunos de los personajes que en él intervinieron.

Conoci a Luis Montero en el colegio. En el niño de entonces se adivinaba lo que iba a ser el hombre más tarde. Ingresó al cuarto año de humanidades del Instituto después de haber cursado los tres primeros en el liceo de segunda clase de Tuquí, su pueblo natal, y desde el día de su llegada se impuso no sé cómo a todos nosotros. ¿Qué diablos tendría adentro aquel provinciano? Los niños y las mujeres suelen ser dominados por los histéricos; pero él era perfectamente equilibrado y dueño de sí mismo. A los quince años, ese muchacho, vástago de un pobre oficial de Registro Civil, mostraba ya en su vestir, en sus modales, en su lenguaje, en la menor de sus acciones, ese desenfado aristocrático, esa llaneza señorial que nunca o raras veces se encuentran sino en los hombres altamente nacidos.

Caballero de las exterioridades, lo era aún más por dentro. Nunca le sorprendi un pensamiento bajo, vulgar o envidioso. Habría creído rebajarse diciendo algo desagradable o simplemente molesto no sólo para los que le escuchaban sino también para los ausentes, y tenía proscrita de su conversación la ironía, que se le antojaba arma de lacayos y de bufones. Contra nuestros hábitos sociales, siempre pensaba o procuraba pensar bien de

los otros y prefería la explicación más benévola de cualquier suceso raro o misterioso.

No hablo de su inteligencia, porque, con ser sobresaliente, la tenía al servicio incondicional de sus sentimientos. No he conocido un hombre menos cerebral. Decía con frecuencia, y con razón, que no había nobleza alguna en la llamada aristocracia del talento.

Esta circunstancia explica ciertas anomalías de aquella alma, por otra parte tan bien equilibrada. Por ejemplo, profesaba en política las ideas más radicalmente democráticas. Creía no sólo en el buen derecho del pueblo, sino en su infabilidad y cordura, lo que ya parece demasiado para un hombre de juicio. Su radicalismo era de una especie extinguida en Chile, como los animales fósiles. No era posible encontrar en el fondo de sus opiniones nada que oliera a ocultas y villanas envidias, ni a populacheras ambiciones. Era la fe pura, ingenua, que alentó a los Matta y a los Recabarren, la fe del gran señor patricio que estima un deber de conciencia devolver al pueblo algo que cree le pertenece de derecho.

Sus ideas eran tanto más desinteresadas, cuanto que él mismo se creía un aristócrata. En esta sociedad, donde las únicas ejecutorias que se aceptan sin beneficio de inventario son las talegas, las pretensiones de Montero hubieran parecido ridículas a todo el mundo; pero él tenía la sensatez y el buen gusto de no exhibirlas, y sólo llegué a conocerlas cuando nuestra amistad fué ya muy íntima.

Entonces vine a saber que el hijo del oficial civil de Tuquí era por su familia tan noble como es posible serlo en Chile. Casos como el suyo son frecuentes en nuestras provincias, y debo insistir en

ello, porque por un extraño conjunto de circunstancias, la genealogía de mi amigo influyó no poco en el desarrollo de los acontecimientos que relato.

Los Montero, o Montero de Espinoza, como en la intimidad ellos suelen llamarse con infantil soberbia, pretenden descender de un don Fruela o don Ordoño, Infante de Castilla en el siglo XI. Por supuesto que tales fábulas no resistirían a la crítica histórica más rudimentaria; pero lo cierto del caso es que el tronco de la familia en Chile, don Alonso Montero de Espinoza, vino como oficial de don García Hurtado, a mediados del siglo XVI, que combatió valerosamente en las guerras contra los indios y que su nombre está citado más de una vez en "La Araucana".

La encomienda del valle de Tuqui (en nuestra actual provincia de Coquimbo) fué el premio de esas proezas. Por cerca de dos siglos, los descendientes del noble conquistador reinaron sobre aquel valle como verdaderos señores feudales, respetados si no queridos de sus humildes pobladores, alternando la espada con el arado y enriqueciendo su ejecutoria con nuevas hazañas guerreras y con nobilísimas alianzas.

Pero terminó el período heroico de la Conquista y casi al mismo tiempo la estrecha de los Montero empezó a palidecer. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, eran todavía reyes no discutidos en la villa de Tuqui y en sus contornos. Fué entonces cuando llegó al pueblo el primer Aranaz.

Era éste un sórdido mercader vizcaíno, pobre como las ratas, honrado como un artículo de Código, de alma dura y positiva, de inteligencia opaca, pero adornado de todas las cualidades que iban a conducir al triunfo y al predominio en los tiempos que iban acercándose.

Para los que ignoran la profunda y olvidada revolución social que se produjo en Chile durante el último siglo de la Colonia, será incomprensible el odio desdenso que los Montero experimentaron por el recién venido.

Don Tadeo Aranaz se cuidaba poco o nada de todo ello. Trampeando cuartas de indiana, o libras de tocino, haciendo préstamos a interés usurario, sin retroce-

der ante ningún negocio, siempre que fuera seguro y no estuviere castigado ni en las Leyes de Partida ni en la Novísima Recopilación, el diablo del vizcaíno logró en pocos años amasar una fortuna poco inferior a la de los orgullosos encomenderos que conquistaran la suya en otros tiempos con el filo de sus espadas.

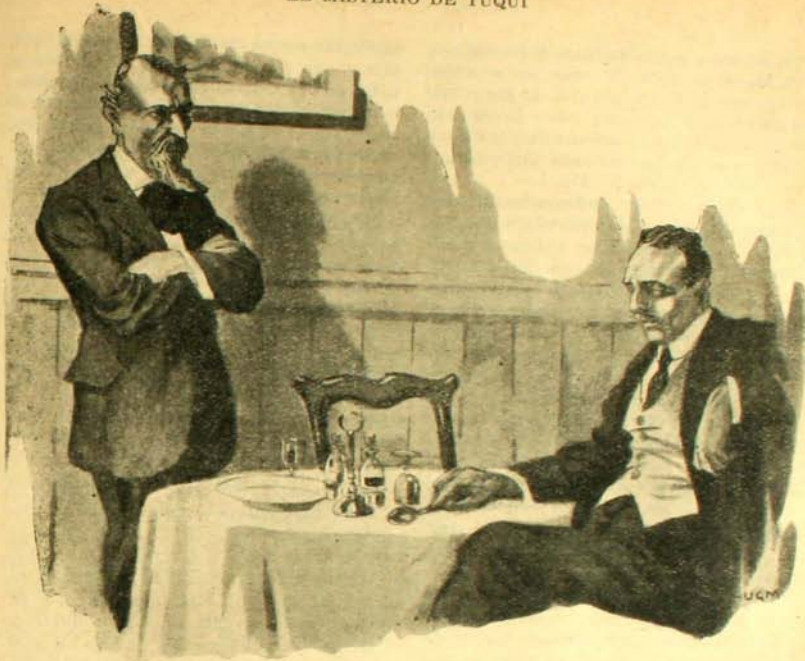
Los Montero y los Aranaz llegaron a ser los Montescos y Capuletos de la villa de Tuqui. El odio de los primeros para con los segundos era de alto abajo, desdenoso, feudal. Los Aranaz se vengaban silenciosamente con el éxito. Don Fernando, hijo y sucesor de don Tadeo, obtuvo triunfos escandalosos. No contento con amasar talegas, compró primero una vara de regidor y después un hábito de Santiago. Hizo en seguida fabricar en España una ejecutoria en toda regla que ponía a su ascendencia más encumbrada todavía que los Fruelas y los Ordoños, presuntos antepasados de los Montero. Llevó, por último, su insolencia al inconcebible extremo de pedir y obtener la mano de doña Agueda Cortéz Monroy, altísima dama de la nobleza conquistadora, dueña de ricas encomiendas y ligada varias veces por familia con los aterrorizados Montero. El oro comenzaba a ser rey.

Pero lo que llevó a su colmo el despechado odio de los antiguos señores de Tuqui, fué la construcción del canal de Santa Bárbara, que permitió a don Fernando Aranaz regar desde luego, por lo menos cuatro veces tantas tierras como jamás había regado ningún descendiente de conquistador.

Ello dió origen a interminables litigios que exacerbaron hasta el frenesí las antiguas antipatías. Por primera vez la villa de Tuqui se dividió en bandos rivales. La tradición estaba por los Montero; pero Aranaz tuvo la precaución de vender a precio módico a los habitantes más influyentes algunos regadores de su canal, y así los intereses de la población vinieron a solidarizarse con los del antes odiado mercachifle. El prestigio secular de la encomienda iba poco a poco cediendo ante las aptitudes comerciales y políticas. Es que el siglo XIX no estaba ya muy lejos.

La crónica íntima de los Montero está cuajada de leyendas y terroríficas relacio-





...empezó a desarrollar su tema...

nes, sobre la familia rival y sobre los medios que empleara para obtener la fortuna y el éxito. En cuanto al origen de los Aranaz, ya lo traían de un asqueroso judío penitenciado por el Santo Oficio, ya de un tratante de esclavos, ya de un salteador de caminos liso y llano. Su historia comercial no era sino un tejido de vergonzosas usuras y negociados escandalosos. Su triunfo el de la perfidia, el de la bajeza y el de la más repugnante inmoralidad. Nada ponían a la cuenta del trabajo, del orden y del buen sentido, aunque hubiera sido justo hacerlo.

Como por vía de contraste, los Montero de entonces y aún los de ahora, se complacían en pintarse como nobles señores, de orgullo y costumbres feudales, capaces de violencias pero no de ruindades. Referían entre otras cosas que, cuando el pleito del canal de Santa Bárbara, don Fernando Aranaz salió triunfante una tarde del juzgado, después de haber hecho ju-

rar falso a una docena de testigos que pagara con su dinero; pero no llegó a su casa ni le volvieron a ver. Semanas más tarde su cadáver, ya descompuesto, fué encontrado sirviendo de compuerta en una acequia de regadío. Era la venganza, la noble venganza del antiguo señor de horca y cuchilla. Historia o fábula, ello es hasta hoy dogma de fe entre los habitantes de Tuqui.

La rivalidad de los Montero y de los Aranaz duró medio siglo, hasta que la victoria se pronunció decisivamente por los segundos. No es que precisamente hubieran degenerado los descendientes de los conquistadores, como los advenedizos Aranaz se complacían en afirmarlo; pero las cualidades hereditarias de la antigua familia, las que le habían procurado tan alto rango en medio de las violencias de la Conquista, eran inútiles o perjudiciales para las luchas de otro género propias de los tiempos nuevos. Altaneros, indolen-

tes, quizás algo quijotesco y fantásticos, los Monteros debían al cabo ser vencidos y lo fueron. Ese triunfo de la burguesía calculadora y laboriosa sobre la nobleza de capa y espada no fué peculiar a Tuqui, sino que se produjo en todo Chile durante el curso del siglo XVIII.

Cuando vino la Independencia, los Montero vivían ya dormitando sobre sus pergaminos, recuerdo de antiguas grandezas. Fieles a su rey, por tradición de raza, la revolución acabó de arruinarlos. Casi al mismo tiempo, los Aranaz llegaron al pináculo de sus triunfos, aunque, como sus rivales aún lo sostienen, esa victoria final no fué el fruto de su patriotismo sino de una nueva perfidia.

Se refiere, en efecto, y con visos de verdad, que la riquísima mina de Talinay, cuyos fabulosos productos levantaron a la familia Aranaz al primer rango entre los millonarios de esta tierra, fué descubierta hacia 1830 por un infeliz vaquero que, asociado al ávido descendiente del mercader vizcaíno del siglo XVIII, hubo al cabo de cederle, por imprevisión o torpeza, todos sus derechos. Agrega la historia o la leyenda que, mientras don Javier de Aranaz brillaba en Santiago bajo los artesonos de su palacio, árbitro de la sociedad y de la política, el descubridor de Talinay moría de miseria en la cama de un hospital...

Lo cierto es que a partir de esa fecha, no hubo ya Montescos y Capuletos en Tuqui. Los Aranaz, dueños de las mejores tierras del valle, vivían habitualmente en la capital y su apellido era quizás el más alto de la soberbia sociedad pelucona. Allá, de cuando en cuando, don Javier giraba visitas triunfales al teatro de las antiguas luchas de sus progenitores, sin dignarse recordarlas, y no tuvo jamás ni siquiera un gesto de desdén por esos pobres diablos de los Montero que continuaban vegetando, olvidados de todos, menos de su propia y vencida soberbia.

Porque lo más extraordinario del caso es que la antigua rivalidad olvidada por los hijos de los vencedores, subsistía intacta en el ánimo de los Montero. Existe también una soberbia de la derrota, muda, reconcentrada, noble sobre todas las cosas. Según sus antiguos émulo, fodo lo habían podido comprar los Aranaz,

desde las cruces de Santiago hasta el primer rango en una sociedad aristocrática, todo, menos esa caballería, ese sentimiento refinado del pundonor, ese gesto altivo, superior a las vicisitudes de la vida, ese culto religioso de deberes sobrehumanos, que fué la gloria y la pérdida de las viejas razas.

Dejemos de lado lo que en ello hubo y hay de fantasía. El hecho es que, hombres de intensa vida interior, mientras el mundo se transformaba en torno de ellos, mientras la ciega fortuna, esclava de sus rivales, se complacía en hundirlos hasta el polvo, los Montero, desde el fondo de una pobre villa del norte, continuaban alimentando el mismo noble orgullo que en otro tiempo les hiciera desdeñar las bajas artes del tendero recién venido de Vizcaya.

Era necesario penetrar muy adentro en el alma compleja pero equilibrada de Luis Montero para sospechar que en él mismo subsistía algo y mucho de todo eso.

No sin haberlo meditado muy maduramente me atrevo a estampar aquí esta última afirmación. Ella puede producir en el lector la falsa creencia de que mi amigo es un individuo extravagante, lleno de fantasías absurdas, capaz de conservar en estos tiempos la idea de reivindicaciones feudales propias de los conquistadores del siglo XVII.

Luis Montero vivía y continúa viviendo con los vivos: es de su siglo **hasta donde puede serlo un caballero**. He dicho, aún, que sus ideas políticas y sociales tocan los últimos límites de la quimera democrática. No recuerda sino en conversaciones íntimas y a modo de curiosidad arqueológica la historia de sus antepasados. Las viejas rivalidades que dividieron a Tuqui hace ciento cincuenta años. En la práctica de la vida diaria es tan normal y tranquilo como el más opaco y positivo de los Aranaz... Sin embargo, y apesar de todo, su personalidad sería inexplicable sin los antecedentes que acabo de recordar.

Puede que mi propia fantasía haya contribuido a forjarla de detalles muy nimios, de incidentes sin importancia, de fragmentos de conversaciones y confidencias un tanto pueriles. No me atrevo a



formular una respuesta decisiva a este problema.

Recuerdo, por ejemplo, que cierto día se habla delante de él acerca de sistemas políticos.

—Comprendo,—dijo,—a los monarquistas y a los aristócratas: al fin de cuentas es una inmensa garantía el sentirse gobernado por caballeros; yo prefiero un solo hidalgo a cien intelectuales. Por desgracia, nuestros oligarcas no han ganado sus ejecutorias en las cruzadas y ello se conoce a primera vista. Entre mercachifles duros y sin ideales y el pueblo, estoy por el pueblo...

—Las antiguas aristocracias,—agregó otra vez—se formaron en la guerra y en el mando: por eso duraron. La burguesía, que es la aristocracia de nuestro siglo, se ha formado en los negocios. Nada hay menos noble y más egoísta que las cualidades que conducen a la riqueza... ¿No es exigir demasiado de las sociedades el pretender que acepten como señores a los favoritos de la fortuna, a los reyes del oro?

En esta y en otras opiniones por el estilo se transparentaba el Montero de Espinoza bajo el radical de estos tiempos.

## II

He dicho que Luis Montero era perfectamente equilibrado. La rápida carrera que hizo en el mundo lo comprueba.

Apenas fué abogado, entró a practicar en el prestigioso estudio de un radical de nota. Dos años más tarde era socio de aquella notabilidad del foro, tuvo un nombre y nuestra sociedad, que es mucho más abierta y sensible al talento de lo que suele decirse, le abrió de par en par sus puertas. Mercaderes y todo, nuestros grandes señores saben distinguir el alma de un caballero. Sólo rechazan por completo al advenedizo insolente, envenenado por la envidia, al adulador rastrero que odia al aristócrata al mismo tiempo que lo halaga, que desprecia al pueblo mientras explota sus pasiones.

Luis Montero comenzaba a ser una esperanza cuando la política le llevó al hogar de don Miguel Antonio Aranaz.

Sólo un caricaturista mal intencionado hubiera podido encontrar en este perso-

naje los poco amables rasgos con que los Montero de Espinoza se complacían en adornar a los Aranaz del tiempo antiguo. Sin embargo, en este caso, como en el de mi amigo, **algo había de ello.**

Un buen sentido desesperante, siempre igual a sí mismo; absoluta falta de imaginación; ausencia completa de todo género de sentimentalismo; un espíritu que se perdía a fuerza de vivir en lo práctico; incapacidad de comprender el ideal ni siquiera para explotarlo; honradez tradicional e inmaculada; eso era don Miguel Antonio Aranaz. Mercader ante todo, aunque mercader de buena ley, lo era hasta en sus creencias. En su religión había algo del **do ut des** de los latinos: él daba a Dios y a los pobres, cumplía en este mundo con sus deberes, para recibir en cambio la gloria eterna. Se trataba de un capital puesto a buen interés y nada más. Era tan incapaz de una emoción mística como de asaltar los balcones de una dama o de componer un soneto.

No quiero calumniarle, suponiéndole principios políticos malos o buenos. Su familia, pelucona de raza, tuvo parte importantísima en la organización del partido liberal allá por los años de 1850. Los Aranaz continuaron sirviendo la misma causa, sea por inercia, sea porque eran demasiado prácticos para luchar por causas sin éxito. Don José Miguel, sobre todo, era el hombre de las mesas ya puestas y de los caminos trillados.

Luis Montero, con general escándalo, lo calificaba, sin embargo, de desequilibrado.

—Todo lo ha puesto en el platillo del buen sentido,—decía riendo:—ese es un desequilibrio como otro cualquiera. Cervantes, en su Quijote, no nos pintó un desequilibrado sino dos: Don Quijote no es un ideal de hombre, pero no por eso debemos imitar a Sancho Panza. Benavente, en "Los Intereses Creados" hace triunfar al bellaco de Crispín; pero Crispín "dió su parte al ideal y contó con él siempre..." Estos, ni por cálculo, saben hacer lo mismo.

Pero llegó el momento en que el señor Aranaz fué designado candidato aliancista a senador por la provincia de Coquimbo, al mismo tiempo que la asamblea radical de Tuqui elegía a Luis Montero pa-

ra que representase a la misma agrupación en la Cámara joven.

Ambos candidatos se entendieron a las mil maravillas, y no es milagro. Don José Miguel se hacía lenguas de su adláter, asegurando a todo el mundo que ese joven "tenía beneficio" y que las lecciones de la vida no tardarían en convertirlo en un verdadero hombre de Estado. Ello no es extraño, porque todas las molestias y fatigas de la campaña cayeron desde el principio sobre Montero. Como es de tradición en estos casos, el trabajo del presunto senador se reduciría a firmar cheques. Además, ambos deseaban lo mismo, aunque por diversos móviles.

De los Montescos y Capuletos de otro tiempo no se hizo mención. Ya se ha dicho que de esas viejas rivalidades no quedaba ni siquiera memoria en la familia Aranaz, y en cuanto a Luis, era demasiado sensato y práctico para tomarlas muy en serio. Sin embargo, siempre le quedó al respecto una especie de remordimiento.

—¿Qué va a pensar mi padre?—repetía.

Lo cierto es que en virtud de algún motivo misterioso que al principio no supe adivinar, la conducta de mi amigo cuando se trataba del señor Aranaz fué haciéndose más y más benévola, hasta rayar casi en la ternura. Hablaba de él, no sólo con respeto, sino con emoción. Comenzó a disputarle como el primer estadista de la República y no concluía nunca la enumeración de sus virtudes cívicas y privadas. Su actitud en el Club, cada vez que se encontraba frente al prestigioso político, no escapó a las personas observadoras. Recogía sus palabras con unción mística, las comentaba como otros tantos rasgos de genio, y, tal es el poder de su personalidad simpática y expansiva, y de su verbosidad optimista, que los admiradores del señor Aranaz comenzaron a multiplicarse con milagrosa rapidez.

El objeto de aquella admiración, al parecer muy espontánea, se dejaba querer con dulzura socarrona. Estoy seguro de que él mismo no se había juzgado hasta entonces un hombre tan grande. Con la confianza en sí mismo creció su aplomo y, por tanto, su prestigio. No es raro, pues, que su nombre empezara a sonar en

los conciliábulos como el de un probable Presidente de la República.

Luego tuve la clave del problema. No fué Montero quien me hizo la primera confidencia. El hombre se había enamorado, con toda la energía de su alma ardiente y soñadora, de la menor de las seis hijas del señor Aranaz, la señorita María del Carmen, una criatura encantadora, suave, finísima, cuyos grandes ojos negros, castos y apasionados parecían prometer dichas y placeres de otro mundo. Era del molde de esas santiaguinas de buena raza, de que ya van quedando pocos ejemplares, de esas criollas sencillas y sin artificio que saben querer mucho y muy profundamente, pero una sola vez y para toda la vida; que, siendo profundamente virtuosas, nada tienen de esa asexualidad convencional de la "jeune fille" burguesa del viejo mundo; que saben embellecer la vida del hombre amado con todos los encantos del amor más ardiente y con todas las virtudes de la esposa y de la madre...

El alma sana de Luis Montero debía encontrar al fin una mujer como esa. El merecía ser feliz porque era capaz de comprenderla.

Sin embargo, conocía yo demasiado a nuestra sociedad y especialmente a don José Miguel Aranaz para prever que ante la futura dicha de mi amigo podían alzarse obstáculos muy serios. Aristócrata hasta la médula de los huesos, el orgulloso patricio, candidato de la Alianza Liberal por Coquimbo, no era de los que llevan sus convicciones políticas al terreno sagrado de la sociedad y de la familia. Entregar su hija predilecta a un diputadillo radical, hijo de un pobre diablo, oficial de Registro Civil en Tuqui, era algo que de seguro sobrepasaba todo lo que le parecía razonable y posible, algo que iba más allá del mayor de los desastres que era capaz de imaginar su poco fecunda fantasía. Una cosa era la política y sus exigencias y otro el decoro de su situación social. Que el audaz provinciano se dijera descendiente del Rey que rabió, nada hacía al caso. Su espíritu positivo se habría de seguro rebelado ante un matrimonio absurdo para las conveniencias y usos establecidos y sin otra disculpa que rancios y añejos pergaminos. Para el señor Ara-



naz no existía otra nobleza auténtica que la consagrada por la sociedad de Santiago, y, sin este requisito, los Borbones mismos le habrían parecido sospechosos. ¿Qué diría a sus relaciones al darles cuenta del matrimonio de su hija? Que el novio era descendiente legítimo de los antiguos conquistadores y que podía exhibir documentos muy auténticos para probarlo? Eso habría sido añadir un rasgo cómico a lo trágico de la situación y exponerse a ser la risa y la fábula de la ciudad entera.

Por otra parte, ¿cómo exponerse a las iras de las viejas tías solteronas, beatas y opulentas que pensaba heredar? Por grande que fuese el mérito del muchacho, por ilustre que apareciera en antiguos papeles su prosapia... ¿habrían de creer esas buenas señoras en la nobleza o decencia de ese provinciano radical, hijo de un oficial civil cuyo apellido jamás sonara ni en lo más recóndito de sus recuerdos?

Desde el primer día en que Montero me hizo confidencia de su amor, vi con sorpresa que en el ánimo de mi amigo no se anidaba ni el más ligero temor de que surgieran inconvenientes de ese género. Por primera vez, desde que le conocía, encontré en su buen sentido una especie de paréntesis.

Me habló de sus ensueños de felicidad con una fe tan ciega, tan absoluta, tan segura de sí misma, que por un momento yo también me sentí sugestionado. Era un amor profundamente serio, arraigado en lo más noble de su alma, que lo tomaba por entero, en sus sentimientos, en su razón, en sus instintos. Era un amor como la señorita María del Carmen Aranaz merecía inspirar. Nada quedaba a mi amigo que pudiera defenderlo: se había entregado a esa dulce niña, sin dejarse fuerzas de reserva. Ahora el problema era de vida o muerte, podía terminar en idilio o en tragedia y nó de otro modo.

—¿Y ella?—le pregunté...

El sonrió.

—¿Pero no has comprendido,—murmuró muy bajo,—que también me quiere?

El tono con que estas palabras fueron pronunciadas me revelaron todo un mundo. Ya no dudé. La suerte de ese hombre y de esa mujer estaba decidida para siempre.

Mi fisonomía debió entonces reflejar algo de mis temores y sospechas.

—¿Dudas?—me dijo.—Ah! ya se entiende... También tú crees en esa vieja historia... Temes que mi padre... Sería en verdad horrible... Pero ¿por qué pensar lo peor?... ¿habría mi padre de sacrificar a añejos y semi-legendarios agravios la felicidad de su hijo? Ella es una señorita... ¿qué digo? es el ángel más noble que ha pisado esta tierra bendita... ¿Qué importan las estúpidas leyendas de otros siglos? Lleva tras sí muchas generaciones de caballeros cuyo nombre ha ilustrado la historia de la República... Es la dama más dama del país... Mi padre habrá de comprenderlo.

Miré a Montero como se mira a un loco, pero no me atreví a formular mi pensamiento. Para todo absurdo estaba preparado, pero no se me hubiera ocurrido imaginar que el único obstáculo que mi amigo preveía para su dicha futura, fuera el consentimiento que el oficial civil de Tuqui pudiera negar a su hijo para casarse con una de las más opulentas y seguramente con la más distinguida de las señoritas de Santiago.

El conoció mi estupefacción, pero sin comprender su causa.

—Nó, Miguel,—continuó ya más tranquilo,—no es tan fiero el león como lo pintan, y al fin y al cabo es padre.

Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo que yo: callarse.

### III

Pasaron algunas semanas sin que mis siniestros pronósticos se realizaran. Al contrario: don José Miguel Aranaz continuaba pregonando las excelencias de Luis Montero cada vez que se le presentaba la ocasión, y mi amigo visitando casi noche a noche la casa del futuro senador de Coquimbo, llevado allá con el pretexto de la política y en alas del amor.

No me atrevería a asegurarlo, pero lo tengo por cierto. Para un viejo ladino como Aranaz, el secreto de los dos muchachos no debió pasar inadvertido mucho tiempo; pero como la idea de semejante matrimonio era demasiado absurda dentro de sus peculiares nociones de la vida, no juzgó posible que llegara a formalizar-

se, y, arrastrado por el interés político, que todo lo domina en ciertos personajes, tomó el partido de hacer la vista gorda, por lo menos hasta el día de las elecciones.

A mediados de Enero y con pocos días de diferencia, partieron todos para Tuqui. A Luis Montero le aguardaba la modesta casita de su padre, una especie de viejisimo rancho, arruinado a medias, que la imaginación de mi amigo, ya que no la estricta verdad histórica, señalaba como la residencia solariega de los Montero de la Colonia. En cambio, don José Miguel Aranaz y su familia debían alojarse en la regia residencia de dudoso gusto que el padre del futuro senador hiciera construir veinte años atrás, al centro de espléndido parque, como verdadera Versailles de sus vastos dominios, y última consagración de su grandeza y poderio.

Yo mismo acepté con entusiasmo la invitación de Montero para que le acompañara una temporadita en su pueblo natal, que prometía ahora ser teatro de sus próximos triunfos.

Me puse en marcha solo, a mediados de Febrero. Antes de llegar a Tuqui, el ferrocarril atraviesa por algunos kilómetros los campos maravillosamente cultivados de la hacienda de Santa Bárbara, el espléndido dominio de don José Miguel Aranaz. A la vista del viajero desfilan uno tras otro los potreros trazados a rigurosa escuadra, lisos y parejos como una mesa de billar, iguales entre sí, bordeados de idénticas alamedas plantadas como a compás. La imaginación descontenta busca en vano un lodazal, un árbol torcido, una mala yerba en que recrear la vista. El fondo era la viva imagen de su dueño: orden, trabajo, buen sentido. La Naturaleza había sido disciplinada a estilo clásico como un jardín de Le Notre. Así son los vasos de nuestra alta clase social, y así es o era Chile...

Luis Montero y su padre me esperaban en la estación.

Nunca olvidaré la impresión que me produjo aquel viejo. Muy alto, de una flacura esquelética, de facciones duras y angulosas, nariz de pico de águila, cejas enmarañadas y espesísimas bajo las cuales brillaban pequeños ojos negros de intenso

mirar, barba nazarena y largos cabellos casi blancos. Aunque estábamos en medio del verano, vestía un largo levitón muy entallado y cubría su cabeza un chambergo de anchas alas.

Sus ademanes eran pomposos y exageradamente corteses; su palabra algo rebuscada, pero sin caer en la cursilería. Se adivinaba desde luego que ese hombre, apesar de sus desgracias y de la ruina de su familia, se sentía aún el gran señor encomendero de los pasados siglos, con sus orgullos y sus debilidades, su ceremoniosa urbanidad y sus pretensiones caballerescas. El oficial civil de Tuqui hablaba a los demás con tono protector.

Sin saber por qué, ello me infundió respeto. No tuve tentaciones de reír.

Ya en la comida, esa misma tarde, don Diego Montero de Espinoza, empezó a desarrollar en ampulosa frase su tema de esos días. ¡Qué lucha entre sus antecedentes de liberal probado y las tradiciones de su familia! Había consultado a su conciencia, y ella le había ordenado cumplir con su deber y ser leal con sus nunca desmentidas convicciones. El candidato a senador era un Aranaz... es cierto... a tales tiempos habíamos llegado... pero el hombre era lo secundario... Un Montero de Espinoza votaba por una idea, nó por una persona...

—Querria,—dijo,—poner en mi cédula de sufragante: "voto por la Alianza Liberal" y no verme forzado a escribir allí, sobre mi propio diploma de ciudadano, el nombre de un Aranaz; pero la ley es ley y la doctrina es doctrina: apuraré el cáliz hasta las heces.

Como para encarecer la importancia del holocausto que ofrecería a sus creencias votando por el candidato a senador de la Alianza Liberal, nos hizo una larga y horripilante relación de la historia de los Aranaz desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, ¡Qué genealogía aquella! Toda de moros, gitanos, judíos y negros del Africa. Era cosa averiguada que esa gente, aborto de inmundicias, exhalaba un olor nauseabundo. Ningún Aranaz había dejado de ser ladrón... Esa era su ciencia... ese el secreto de sus triunfos. Desde el sórdido usurero que llegara a Tuqui a mediados del siglo XVIII hasta el propio don José Miguel, que con arte





...le habían rechazado...

metódico trampeaba el salario de sus miserables inquilinos, pasando por el constructor del canal que usurpara las aguas de los Montero, y por el que dejara mo-

rir de miseria al descubridor de Talinay, todos eran y habían sido despreciable carne de horca...

—En los caballerescos tiempos de antaño,—añadió,—esa gente vivía en el ghetto o en los arrabales más inmundos... Ninguna persona honrada se rebajaba ni siquiera para mirarlos... Hoy les revestimos con el más elevado, con el más sacrosanto de todos los títulos: con el de representante del pueblo... Pero ¡soy liberal! Mi sacrificio está consumado.

Estas o parecidas conferencias se repetían diariamente.

Y más de una vez, al recorrer por las mañanas las alamedas de Santa Bárbara, trazadas a cordel, hube de toparme con la interesante pareja sumergida en sus sueños de amor... El, varonil, altivo, elegante como un Adonis; ella con el lindo rostro sonrosado por el calor bajo su diáfano velito de amazona... Entonces, burlándome de mí mismo y de mis temores, recordaba en broma la historia de Romeo y Julieta, sin sospechar la horrible tragedia que se estaba preparando.

Una tarde Luis Montero salió radiante a mi encuentro.

—Soy,—me dijo,—el más feliz de los hombres: tengo el consentimiento de mi padre.

Me estremecí al escuchar esa noticia.

Pero su dicha era muy grande y no adiviné mi emoción.

—Sólo ahora he venido a conocer—agregó—hasta qué punto la adoro, cómo le pertenezco por entero... Te lo confieso... Estuve resuelto a todo... a romper con mi padre para siempre... Me da vergüenza y dolor tener que repetírtelo... ¡Qué puñalada para el pobre viejo! Tú no le conoces bien todavía... Tiene un alma tan grande como el mundo y un corazón superior a la desgracia y a la vida. Y todos sus afectos, todas sus esperanzas nada tienen de egoísta... No es un hombre, es el miembro de una dinastía, es el Montero de Espinoza de hoy, el guardián de las tradiciones de honor y caballería de una larga serie de inmaculados hidalgos... Ese sentimiento, ridículo para el vulgo de ahora, es el aliento de su vida... El lo sostiene en su obscuridad y en su pobreza, él le inspira altos pensamientos y acciones generosas... Se esti-

ma a sí mismo tan gran señor cumpliendo honrosamente con sus modestas funciones de oficial civil, como lo fueron sus antepasados, cuando conquistaban al indomable Arauco. Es el último caballero. Pues bien: allí, en lo más hondo de su alma, tuve que herirle. El choque ha sido terrible... Nunca le he visto más irritado... Al oírme, fué como si el mundo entero se hubiera desplomado sobre su cabeza... Al fin soy hijo, y, aunque la adoro, sentí que era mi padre...

—Le obedeceré, señor,—murmuré sollozando;—pero un Montero de Espinoza no vende su corazón y es incapaz de engaño... No seré de ella, pero tampoco de ninguna otra mujer: ¡aquí acaba nuestra raza!

No pude pronunciar una palabra más. Su semblante se cubrió de palidez mortal. Transcurrieron algunos segundos de un silencio doloroso...

—También los Montero de Espinoza saben perdonar,—balbuceó después de terrible lucha consigo mismo...—Dios es testigo de que, en nombre de mis gloriosos antepasados, yo, Diego Montero de Espinoza y Vásquez de Acuña, perdono desde hoy a los Aranaz... Te sacrifico, hijo mío, un justo rencor de siglos... Vé mañana mismo a pedirla a su padre... Mostremos a esa gente que también sabemos vencerlas en magnanimidad...

—Sin quererlo, casi por instinto, había yo hecho vibrar la fibra más sensible de su gran corazón... Todo es capaz de sacrificarlo ante el temor de ver su raza extinguida... El no lo dijo pero yo lo sentí... Sus palabras de magnanimidad y de perdón no fueron sino la máscara de su derrota... Pero, ahora, después de la crisis, estoy cierto de que él mismo es feliz... Le sugestionan y exalta la idea de haber añadido una acción magnánima a las proezas de sus mayores.

Yo escuchaba aquella extraordinaria relación, como en medio de una pesadilla... ¿Qué habría dicho el mundo ante esa escena? El pobre oficial civil de un insignificante pueblo de provincia, consintiendo, por un rasgo de sublime abandono, en el matrimonio de su hijo, con la señorita María del Carmen Aranaz.

—¿Entonces la pedirás mañana?—pregunté...



—Por supuesto,—contestó radiante...  
Casi me vendí; pero me faltó el valor.  
¡Qué horrible catástrofe pude evitar!

Le encontré a la tarde siguiente pálido y casi sin aliento.

Demasiado comprendí la causa.

El se encerró conmigo en su aposento.

Allí, con voz entrecortada, como si despertara de un sueño que no acababa de comprender, me refirió la horrible verdad.

¡Le habían rechazado!... El soberbio patricio santiaguino había oído la audaz pretensión del infeliz provinciano con bondad irónica y con perfecta cortesía.

—Ni siquiera puedo quejarme de sus procedimientos,—añadió el infeliz.—No tuvo una palabra amarga ni un gesto de cólera. Me hizo mil protestas de amistad sincera, de verdadero cariño. Repitió una y otra vez que a nadie estimaba en el mundo como a mí; que estaba seguro de que me aguardaba un porvenir brillante y de que su hija sería a mi lado la más feliz de las mujeres...

En cuanto al matrimonio, era otra cosa... El mundo estaba organizado de otra suerte de como él lo hubiera deseado... Era preciso vivir con los vivos... El se debía a la sociedad de que formaba parte, a su familia, a prejuicios, acaso muy absurdos, pero muy reales y muy poderosos... "Usted,—añadió,—tiene talento y un gran corazón, y me comprenderá dentro de poco... No tomo a mal el paso que acaba de dar: él no alterará en lo más mínimo el sincero aprecio que hago de usted... yo perdono a su inexperiencia, a su desconocimiento del mundo, lo que ha hecho... Estoy seguro de que Carmen también pensará lo mismo..."

—Por desgracia mía, nunca he visto a Aranaz más gran señor,—concluyó Montero con amargura...—Te aseguro que por lo que a mí respecta, las consecuencias me inquietan bien poco... Carmen será mía... Eso está escrito... Ha jurado serlo y una mujer como ella no traiciona... Acaba de repetírmelo, y yo lo creo. Lo que me llena de zozobra es mi pobre padre... ¿Comprendes lo que va a suceder? ¿Eres capaz de imaginártelo? ¡Bajar de las alturas de una soberbia muchas veces secular para recibir semejante

ultraje! Nó, Miguel, él no puede sobrevivir a tamaña afrenta...

Aquella noche, al sentarnos a la mesa, comprendí que el viejo ya lo sabía todo. Su hondo silencio me pareció más temible que su locuacidad habitual... Inmóvil, densamente pálido, la vista fija en una lejanía infinita, era como el cadáver de sí mismo.

Sólo al levantarnos de la mesa desplegó sus labios por primera vez.

—En otro siglos,—dijo con voz temblorosa y solemne,—un Aranaz ofendió, nó el honor, que a tanto no se habría atrevido, sino los justos derechos de un Montero de Espinoza... El cadáver de ese Aranaz manchó muy pronto el suelo de esta tierra, arrojado como vil desperdicio en una acequia de riego... Yo pregunto al cielo... ¿Los Montero de Espinoza no existen ya?

Aquello se transformó en una especie de idea fija.

Supe después que en el casino del pueblo, en la casa de una vieja vecina de pobres recursos pero de imaculada nobleza, ante el cura, el anciano señor, obsesionado por extraña locura, continuaba repitiendo el siniestro estribillo.

Tampoco lo supe prever: era ya la catástrofe que se aproximaba.

#### IV

El pueblo de Guanguali dista de Tuqui unas dos o tres horas a la buena marcha del caballo. Una cadena de cerros áridos y desolados separa a los dos valles. Hacia la medianía del camino, no lejos de la cúspide de la montaña, se encuentra el mineral de Talínay, origen de la grandeza de los Aranaz y cuyas riquísimas vetas continuaban siendo explotadas con más que mediano provecho por don José Miguel en el año de nuestra historia.

Aquel terrible sábado del mes de Febrero, Luis Montero y yo partimos muy de mañana para Guanguali, donde mi amigo tenía que evacuar algunas importantes diligencias relacionadas con su candidatura. Era nuestro ánimo estar de regreso en Tuqui a la hora de almuerzo.

La obsequiosidad de un elector de fus-

te nos retuvo allí, sin embargo, y el sol estaba ya no lejos de su ocaso, cuando desde lo alto del portezuelo de Las Mari-posas divisamos al pueblo de Tuqui.

Dicen que el corazón nos anuncia una desgracia, pero esa magnífica tarde de verano el cielo estaba demasiado puro y la atmósfera demasiado apacible para que pudiera albergarse en nuestras almas ningún presagio funesto. El magnífico valle, de un verde intenso, se destacaba con claridad espléndida sobre su marco de amarillentas serranías. A nuestro lado, por las agrias laderas, revoloteaban los insectos entre los arbustos espinosos, medio desnudos, cubiertos de polvo. Soplabla una brisa tibia, cariñosa...

Penetramos en el pueblo. Alguien corría jadeante a nuestro encuentro. Era un jovenzuelo pálido, de cutis granujento y mirada de envidia: el verdadero tipo del pipiolo de provincia.

—¿No saben,—gritó angustioso,—la horrible desgracia!—Ya no tenemos candidato a senador... Don José Miguel Aranaz ha sido encontrado muerto de un balazo hace dos horas en este mismo camino, un poco más arriba... Su cadáver yacía en la acequia grande del canal de Santa Bárbara...

Luis Montero se puso livido... Creí que iba a derrumbarse del caballo... Seguramente había atravesado su corazón la misma horrible sospecha que al mío.

—¿Y el asesino?—pregunté temblando.

—Parece que son dos y los han cogido.—repuso nuestro informante...—El señor Aranaz tenía la costumbre durante sus permanencias en Tuqui de llevar personalmente todos los sábados a Talinay el dinero para el pago de sus trabajadores. Esta vez la suma era algo gruesa, cerca de veinte mil pesos... Parece que dos sujetos mal afamados que se presentaron en Talinay como peones hace pocos días son los autores del golpe... Felizmente, ya los han cogido...

Estas noticias nos hicieron respirar más libremente...

Todo el pueblo de Tuqui se encontraba en conmoción. Nos detuvimos junto a varios corrillos que comentaban apasionadamente el sangriento suceso... Unánimemente se repetía la misma versión, con detalles para nosotros cada vez más tran-

quilizadores... Se trataba de bandidos conocidos y que la policía vigilaba afanosamente desde algún tiempo... Los habían prendido en actitud sospechosa, mientras por caminos de atravesio se dirigían hacia el sur... Por desgracia, el dinero no fué encontrado en poder de esos miserables.

—Vamos a casa,—me dijo Luis Montero con ronco y conmovido acento.

A la vista de ese caserón ruinoso, de aspecto siniestro, el corazón se me oprimió. No sé que extraña y nunca vista desventura anunciaba ese mustio y solitario corral, ese huerto abandonado y cubierto de malezas...

—¿Y mi padre?—preguntó Luis Montero a una vieja gemebunda que apareció en el hueco de la puerta de calle...

La anciana permaneció en silencio, visiblemente perturbada... Miraba alternativamente a su amo y a mí, como si temiera hablar...

Senti que un escalofrío recorría mis venas...

—¿Mi padre!—rugió Luis Montero...

—¿Habla, con mil demonios!

—Es que, señor... temo que al patrón le haya ocurrido una desgracia... Poco antes de almorzar, ño Machuca y yo le vimos llegar a caballo, todo descompuesto... parecía un difunto... Miraba como miran los locos, con perdón de su merced... Sin contestar a nuestras preguntas, se entró en su pieza... Allí se estuvo paseando un momento... Creo que se sentó al escritorio... Después salió corriendo, montó a caballo y echó a galopar para arriba... No le hemos vuelto a ver...

Luis Montero, rígido el rostro, temblorosos los miembros, bajó de su caballo, y, sin pronunciar una palabra, penetró en la casa como un aluvión...

Paralizado por la emoción y el miedo, permanecí inmóvil bajo el corredor, teniendo maquinalmente a mi caballo de la brida.

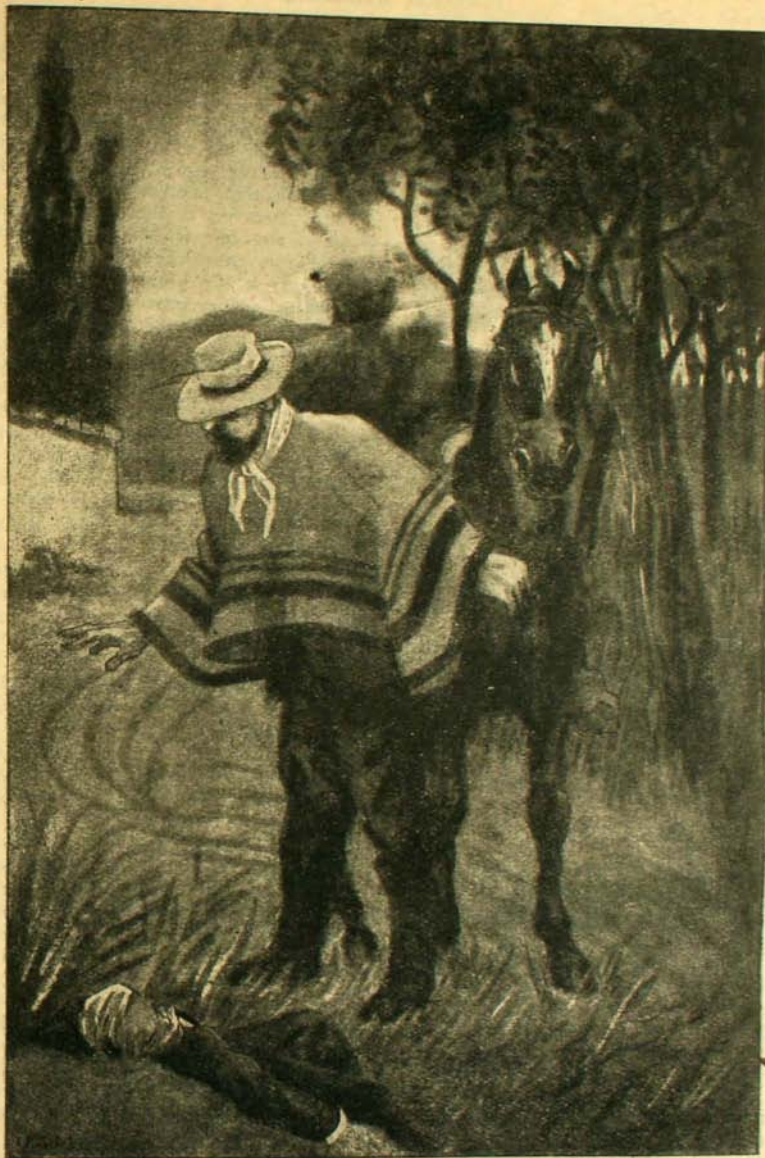
Transcurrieron unos pocos minutos...

Montero reapareció en el hueco de la puerta... Parecía un autómatas sin vida.

Me hizo una seña de que me acercara.

—Miguel,—balbuceó muy bajo,—no me preguntes, nada...





...encontró el cadáver del señor Aranaz...

Su gesto era horrible de ver, el tono de su voz partía el alma...

Se volvió lentamente hacia el interior de la casa y luego oí el golpe de la puerta

de su habitación que se cerraba tras de él con estrépito.

Creí que iba a matarse...

Pasado el primer momento de estupor, la tranquilidad fué volviendo poco a poco a mi espíritu. Mi ya entonces prolongado trato con Román Calvo me habían familiarizado un tanto con el análisis de los problemas de ese género. Empecé a pensar una a una las extraordinarias circunstancias de aquel horrible acontecimiento.

Encontraba en la tragedia ocurrida algo de ilógico.

Es cierto que la fuga o desaparición de don Diego Montero a raíz del asesinato de don José Miguel Aranaz, junto con las siniestras amenazas que el anciano señor había proferido los días anteriores, constituían a primera vista una prueba tremenda en contra del padre de mi amigo.

Ella no, era con todo, decisiva... Así, en el pueblo, donde se ignoraba todavía la desaparición del oficial civil, y donde, sin embargo, muchos habían escuchado sus palabras de odio, nadie parecía sospechar de él...

Hilvanando en mi ánimo estas y otras parecidas reflexiones, me decidí a confíarlas a mi amigo... ¿No encerraban, acaso, una esperanza y un consuelo?

Le encontré, inmóvil, como una estatua del dolor, sentado junto a la mesa de su aposento, con la cabeza hundida entre sus manos crispadas.

—¿Estás seguro,—le dije,—de la realidad de tu desgracia?

El me miró con ojos extraviados... No me había comprendido...

—¿Estás seguro de que él lo mató?—repetí...

El permaneció sumido en su tremendo silencio...

—Escucha,—continué,—sin darme por vencido...—¿No encuentras algo de irracional e inverosímil en lo que piensas ha ocurrido? Tu padre, tan celoso de tu dicha y de tu porvenir, como del honor del nombre de los Montero... ¿cómo lo conoces capaz de destruir para siempre tu corazón y tu vida...? Nó... preciso sería suponer que ha perdido el juicio...

Luis Montero no pronunció una palabra.

—Esta desaparición o esa fuga,—prose-

gui,—parecen condenarlo... pero, escucha... Por circunstancias que algún día sabrás, he intervenido en muchos crímenes y sucesos misteriosos... La experiencia me ha enseñado que en esta materia no hay imposibles, y que lo que a primera vista aparece seguro, evidente, resulta después un error monstruoso...

Por primera vez la mirada de Montero se animó fugazmente. Sus ojos parecían interrogarme con ansiedad.

—Supón,—le dije,—que los verdaderos asesinos del señor Aranaz hayan querido aprovechar de las amenazas proferidas contra la víctima por tu padre, y le hayan hecho desaparecer, citándolo misteriosamente para un objeto que no conocemos. Ello explicaría la actitud de tu padre cuando salió de esta casa para no volver... Casos como éste no son raros en los anales del crimen... ¿Quieres que haga venir al primer detective de la América? Tú, acaso no le conoces... Es mi amigo Román Calvo.

Con gran sorpresa mía Luis Montero, sumergido de nuevo en su dolorosa inmovilidad, apenas contestó a mis palabras con un leve pero desesperado gesto negativo.

La última observación que me restaba era muy dolorosa; pero creí de mi deber no ahorrársela...

—Tu padre era,—le dije con lentitud,—el más arrogante y noble caballero de Chile... Tú, su hijo, debes confesarlo conmigo y con todos los hombres de alma buena... Dentro de sus ideas y de sus tradiciones puede, en último término, concebirse que haya querido vengar con la muerte el ultraje de que se creyó víctima... Lo concedo... Pero el asesinato o los asesinatos de don José Miguel Aranaz no sólo le mataron, sino que le despojaron... ¿Me comprendes?

Luis Montero se puso de pie como movido por un resorte. Sus ojos, profundamente hundidos en sus desencajadas facciones, se dirigieron hacia mí en forma que no sé definir... Era algo como una muda y dolorosa súplica...

Esa mirada me lo dijo todo... El sabía sobre lo ocurrido algo más que yo y que todo el mundo...

Sin añadir una palabra más, salió del aposento.



Al día siguiente todo el mundo supo el nombre del asesino de Aranaz.

La justicia llegó hasta la humilde casaca testigo de los sueños y quimeras del último de los Montero.

Mi amigo fué interrogado.

—Señor juez,—fué su respuesta;—su señoría puede hacer de mí lo que quiera... pero mis labios no pronunciarán una sola palabra.

## V

Volví a Santiago. Transcurrieron algunas semanas sin que se borrara de mi espíritu la horrible imagen del suceso de que había sido testigo.

A todas horas pensaba en Luis Montero y en su trágico destino.

Supe que María del Carmen Aranaz había tomado el velo como novicia en un convento de Carmelitas descalzas. No pudiendo ser del hombre a que había entregado su alma y del cual la separaba ahora un río de sangre, se consagraba a Dios.

¡Cuántas dichas y esperanzas disipadas por una hora de loco aturdimiento!... En mi interior maldecía al insensato viejo, cuyas exaltaciones caballerescas tanto me habían conmovido.

Entonces comprendí que en la realidad de la vida, el bajo y villano buen sentido de los Aranaz tenía algo de bueno. ¿De qué servían el honor, las gloriosas tradiciones, los pensamientos elevados y los nobles orgullos?

Dos pobres vidas sacrificadas y rotas... Dolores sin más esperanza que la tumba... He ahí la respuesta.

Un día vi entrar por la puerta de mi escritorio la pálida y desolada figura de Luis Montero, el espectro viviente de ese joven que pocas semanas antes, embriagado en la dicha del vivir, pletórico de risueñas ilusiones, me hacía las dulces confidencias de su amor.

—Necesito ahora a Román Calvo,—me dijo sencillamente, después de estrecharme la mano con gesto nervioso...

—¡Ah! Vuelves a tener una esperanza,—exclamé radiante de gozo...

—Nó, Miguel, nó por desgracia... Mi desventura, por inmensa que la imagines, es mayor todavía... Esperanzas, ya no

las hay para mí... Era infeliz y he pasado a serlo más... Por eso necesito a Román Calvo.

Nada contesté... ¿Qué podía decirle? —¿Recuerdas mi silencio en Tuqui? Ahora vas a explicármelo,—continuó él con fatigada y dolorida voz...—Cuando esa tarde terrible llegamos a casa, me viste penetrar desolado a la alcoba de mi padre. No sé que voz misteriosa me llevaba allí. Sobre la mesa de noche había una carta dirigida a mí... Era la confesión de su crimen y la orden de callar el terrible secreto... Aquí la tienes: es de su puño y letra y está sellada con ese noble escudo de los Montero que Dios maldiga.

Me alargó un papel. Contenía sólo estas palabras:

"Hijo querido:

Guarda silencio: tu padre te lo ordena. El matador de Aranaz soy yo. — **Diego Montero de Espinoza**".

—¡Pobre viejo!—continuó mi amigo con tristeza... Me dió la vida y le debía obediencia aún después de ese suceso horrible que me hace desear la muerte como un bien.

Miré fijamente a Luis Montero. Después de lo que acababa de leer, mi imaginación nada concebía de peor.

Timidamente mis ojos le interrogaron.

—Ahora,—dijo Montero entre sollozos,—mi padre me maldice... Lee esta otra carta.

Como la anterior, era ésta muy breve y no llevaba fecha ni designación de lugar.

Con horror lei en ella lo siguiente:

"Luis Montero:

Tú no eres un Montero de Espinoza, sino el último de los miserables. Ya no tienes padre.—**Diego Montero de Espinoza**".

El espanto me dejó mudo.

—¿Comprendes,—balbuceó mi amigo,—lo que yo sentí al recibir esta carta? ¿De qué horrible misterio se trata? Pero juro ante Dios no haberla merecido... He examinado mi conciencia y está tranquila... Triste consuelo para un hijo maldito... ¡El, mi padre, me cree indigno de haberme dado el ser, reniega del momento en que me entregó a la vida! Nó, Miguel, yo no puedo permanecer bajo el peso de esa idea espantosa... Por eso ne-

cesito a Román Calvo... Quiero encontrar a mi padre... levantar el velo de este infernal misterio...

Por algunos minutos guardamos silencio.

—Mientras viva Román, no hay mal sin esperanza,—le dije por fin...—Vamos allá, pues.

Tuvimos la suerte de encontrarle en su casita de la Avenida Providencia.

En aquella época, la primera de sus brillantes triunfos, el célebre detective, no

—Don Luis Montero de Espinoza,—repose, presentando a mi amigo...

—¡Ah! ¡Ya! el caso de Tuqui... No he tenido tiempo de examinarlo... Estos insectos me absorben más de lo razonable... Pierda cuidado, señor... Confíe usted en mí y todo se arreglará...

—Por desgracia, Román,—interrumpí,—es este un caso sin esperanza.

—Son mi especialidad... Los asuntos fáciles los llevan a la policía.

Luis Montero repitió una vez más su dolorosa historia, sin omitir el menor detalle. El relato fué largo y más de una vez interrumpido por los sollozos.

Román le escuchaba con interés que no cuidaba de disimular. De cuando en cuando se hacía repetir una parte de la narración o preguntaba algún detalle nimio sobre un punto al parecer insignificante.

Su fisonomía iba animándose al través de su estudiada impasibilidad... Creo haber dicho que la presencia y las actitudes de este extraordinario personaje gozan del privilegio de infundir alientos y confianza, aún en las horas más trágicas.

Junto a Román Calvo es imposible creer en los males sin remedio.

—Continúe, señor, continúe,—decía a Luis Montero...—Su caso es maravilloso... Debo agradecerse a Miguel, porque, o mucho me equivoco, o no se presentará otro parecido en mi carrera.

Cuando mi amigo hubo terminado, Román Calvo, siempre tranquilo, casi sonriente, apesar del horror de la narración, se puso a mirar al techo en el ademán de quien pide consejo. Después hizo girar los pulgares, según su costumbre...

—Ahora,—dijo por fin,—o le he comprendido mal o usted desea encontrar a su señor padre... ¿No es así?

—¿Será acaso imposible?

—No hay imposibles en este mundo, señor, ni siquiera dificultades... Hay inteligencias o voluntades más o menos poderosas, y eso es todo... ¿Quiere usted que busquemos a su señor padre en el mapa?

Román abrió un grueso atlas geográfico que había encima de la mesa.

—El selló de la carta que usted ha recibido es de la Asunción del Paraguay,—dijo, mostrando el mapa con gesto un



Sobre la mesa de noche encontré una carta.

hastiado todavía, acogía con relativa benevolencia las ocasiones de abandonar momentáneamente sus estudios entomológicos, para dedicarse a las más hondas investigaciones de la alta policía.

—¡Bravo, Miguel!—me dijo...—Dichosos los ojos que te ven... El asunto que me traes debe ser interesante... Basta mirar al señor...



tanto irónico...—Es probable o seguro que su padre, o la persona a quien su padre encargó esta comisión se encontraba allí cuando la carta fué puesta en el correo o en el buzón... Ya me imagino lo que usted piensa... que para hacer este descubrimiento no necesitaba consultarme... ¿Dónde le parece que está su señor padre?

—Lo ignoro... ¿no lo ha oído usted?

—repuso Montero bastante molesto... —Ni creo que la ocasión sea la más apropiada para bromas.

—Sin duda... De modo que si usted desea hablar con su señor padre, puede escoger entre dos caminos: o ir donde está su padre o procurar que su padre venga donde está usted.

Montero se puso de pie terriblemente irritado.

—¿Qué clase de pájaro es este?—me preguntó...—¿Qué se habrá imaginado?

Román Calvo lo detuvo con un gesto de asombrosa serenidad.

—Perdone, señor,—le dijo;—acaso debí respetar un poco más el justo dolor de usted; pero mi profesión me ha familiarizado con la tragedia como los médicos se familiarizan con la muerte... Espero que antes de mucho usted me hará justicia...; por ahora no quiero alucinarle con promesas que acaso no pueda cumplir... Me limitaré a decirle que estimo probable que antes de mucho vea usted a su padre...

—¿Qué debo hacer para ello?—preguntó Montero ya mucho más tranquilo.

—Dejarme obrar... Sus nervios y su corazón necesitan descanso...

Nos despedimos del gran detective. Mientras juntos regresábamos al centro por las calles ya desiertas de la ciudad, no pude menos de observar la favorable transformación que había sufrido el ánimo de mi desgraciado amigo.

—Tienes razón,—me dijo,—en el señor Calvo hay algo de esos encantadores benéficos de que nos hablan las viejas leyendas... Apenas ha dicho sino vaciedades y cosas sin sustancia... sin embargo, me siento otro... Parece que comienzo a creer no sé en qué milagros imposibles... ¿No es así?

Me guardé de participar a Montero mis propias impresiones. Por un motivo que

no sabría explicar, me sentía invadido de ese mismo extraño buen humor que en forma tan inoportuna manifestara el detective. Mi largo trato con él ha concluido por darme hasta cierto punto la clave de la enigmática mirada de sus pequeños ojos expresivos. Le adivino cuando olfatea la pista y también cuando ha logrado apoderarse de la presa. Esta vez había leído en su rostro el resplandor inequívoco de sus grandes triunfos... O convocó ya la verdad o estaba en camino de ella... Pero, ¿cuál era esa verdad? ¿No sería acaso más horrible que la duda?

A la mañana siguiente tuve en casa la visita de Román.

Mucho más serio y taciturno que la víspera, se negó obstinadamente a satisfacer en lo más mínimo mi ansiedad. En cambio, me acosó a preguntas, algunas de las cuales me parecieron pueriles o inconducentes para el caso.

Al cabo de dos horas de formidable interrogatorio, se levantó desperezándose y se puso a pasear de un lado al otro del escritorio con aire displicente.

—Creo haber asegurado ayer,—dijo por fin,—que éste iba a ser el caso más extraordinario de mi carrera. Fué una ligereza y ahora me rectifico... Es un melodrama romántico, un asunto famoso para el cine si tú quieres; pero como negocio de policía vale mucho menos de lo que había imaginado... En fin... váyase lo uno por lo otro...

Y, sin añadir una palabra más, tomó su sombrero y se marchó.

Lentos, muy lentos transcurrieron los días. Román Calvo había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. La ansiedad de Montero iba haciéndose cada vez más cruel: hubo momentos en que llegué a temer por su razón o por su vida... De sus labios no salía sino una pregunta: ¿Qué será de Román Calvo?

Por fin, una noche le vi aparecer...

—Llévame donde Montero,—me dijo sin más preámbulo.

Conocedor de sus genialidades, me guardé de hacerle la menor pregunta. Tomamos un coche, y un cuarto de hora más tarde llamábamos a la puerta de mi amigo.

El pobre muchacho, temblando como el reo que espera la lectura de su senten-

cia, levantó hacia Román sus ojos profundos, interrogadores, suplicantes...

—¿Malas noticias?—balbuceó...

—No del todo, señor Montero...

—¿Sabe usted, por fin, dónde está mi padre?

—No, señor; pero estoy seguro de que le verá usted muy luego...

—¿Dónde?

—Casi seguramente en Tuqui...

—¿En Tuqui! ¿Qué dice usted?

—No se alarme... El mismo vendrá por su propia y exclusiva voluntad cuando sepa, y pronto, lo que usted va a saber ahora. José Segundo Cabezas y Fidel Valladares, los asesinos de don José Miguel Aranaz han sido reducidos a prisión y ayer mismo han confesado plenamente su delito... Su señor padre es tan inocente de ese crimen como usted...

La fisonomía de Luis Montero se transformó como por milagro... Toda su sangre afluyó al corazón, y lo que no había hecho el dolor lo hizo la alegría... Le vimos tambalear y caer sin sentido.

Román y yo acudimos en su socorro...

—Siempre seré un torpe en estos casos, dijo Román...—¿Quién me inspira estos golpes teatrales? Ello es imbécil.

—Pero ¿no temes haberte equivocado?—le pregunté, mientras procurábamos hacer tragar a Montero algunas gotas de cognac...

—No, hombre... si es algo tan claro como la luz del mediodía... ¿Es posible que ustedes no lo hayan adivinado?

El pobre joven fué recobrándose poco a poco...

—Dígame usted que no he soñado,—fueron sus primeras palabras.

—No, señor... no ha soñado...

—Pero, ¿y la confesión de mi padre? ¿Y su fuga?

—No ha habido tal confesión, y, en cuanto a su fuga, es cierto que don Diego huyó, pero no de la justicia...

—¿De quién, entonces?

—De usted...

—No acabo de entender...

—Ello resulta, sin embargo, muy claro, de la misma narración que ustedes me hicieron... Ahora usted está más tranquilo y podemos conversar... Recuerde los incidentes de ese sábado sin omitir ninguno. Usted y Fuenzalida salieron muy

de mañana para Guanguali, después de anunciar que estarían de regreso para el almuerzo. Inquieto don Diego por la tardanza de ustedes, salió a encontrarlos... En ese mismo camino que su hijo debía recorrer dos veces, aquel día encontró el cadáver del señor Aranaz... Ustedes tuvieron un encuentro parecido... ¿No es verdad que el primer pensamiento de ambos fué la sospecha de que el autor de esa muerte era don Diego? A él le ocurrió lo mismo... juzgando del alma de su hijo por lo que pasaba en la suya propia, exaltado hasta la locura por la cruel herida que acababa de recibir su inmenso orgullo, recordando sus propias palabras de venganza, sus invocaciones al indomable espíritu de los Montero de otros tiempos, su sospecha no tardó en convertirse en certidumbre... Recuerden que él es de otro temperamento que ustedes... Vió entonces en aquel cadáver la ruina de todas sus esperanzas... Ya en el patíbulo, ya en prolongada prisión, la raza de los Montero de Espinoza iba a extinguirse en la persona del único que podía perpetuarla... Confesémoslo: su gesto fué digno de un hombre de su raza... Como padre podía ordenar a su hijo y le ordenó el silencio... El quería pasar por el asesino de Aranaz... se juzgaba hasta cierto punto responsable moral del crimen cometido... Todo lo dice en su carta con una concisión soberbia. ¿Cómo, al leerla, no lo comprendieron ustedes?

—La carta era por lo menos ambigua,—observé.

—No podía ser más explícita, ni expresarse de otro modo... Tenía que evitar toda alusión al supuesto crimen de su hijo, por si ese papel caía en otras manos. Fíjense también en el orden lógico de los conceptos. Si él hubiera sido el autor del crimen y la carta una confesión, habría empezado por ella. Empieza, al contrario, ordenando a su hijo que calle... ¿Que calle qué? ¿El crimen que él decía haber cometido? No, por cierto, ya que si algo deseaba era ser acusado de ese mismo crimen, y a su propia fuga era una confesión... Además, es absurdo que haya imaginado que su propio hijo pudiera declarar contra él ante la justicia... Lo que dice la carta es: "Guarda silencio, es decir, no confieses; el verdadero autor de





...mostrando el mapa con un gesto un tanto irónico...

la muerte de Aranaz, soy yo". ¿Ven ahora claro?

—¡Qué ciego he sido!—murmuró Luis Montero.

—No se acrimine, señor, — continuó Román Calvo.—En casos como éste, todo el mundo es ciego... Ciertos misterios psicológicos escapan de ordinario a la penetración de los hombres, cuando la brutal materialidad de los hechos los ha inducido al error.

—¿Y por qué esa fuga?

—Ya se lo he dicho... No huía de la justicia, sino de usted, de las debilidades y súplicas de su amor filial, de su propio corazón, del temor de haber de mentir ante la justicia... Ordenó, como ordenaban los padres de su raza y de los tiempos en que él vive aún moralmente y desapareció como para quemar sus naves.

—Pero, ¿y después? ¿Esa horrible maldición!

—Ello es más claro todavía... El soberbio descendiente de los encomenderos

de la Conquista pudo llamar hijo querido al que sólo creía el vengador de su honra ultrajada... no al vulgar salteador que mata... y roba... Allá en su destierro voluntario, obcecado por el dolor y la ausencia, debió leer ansioso los periódicos de Chile... Este que aquí tengo u otro por el estilo pudo caer en sus manos... Vean cómo le acusan de ladrón, sin compasión y sin ambages... Vean cómo el odio político, siempre cruel e implacable, se cebó sobre su nombre para mancharlo villanamente...

—Ahora sí lo comprendo todo,—dijo Montero...—Me creía el más desgraciado de los hombres... Ahora veo que las torturas de mi padre aún excedieron a las mías... Pero hay algo que no me explico... ¿Cómo el día en que me juzgó un ladrón, no vino a acusarme y a lavar su honra?

—Porque es padre, señor don Luis... Esto lo entenderá usted algún día... Se recuerdan muchos casos de padres que

han renegado de sus hijos... Ninguno todavía ha llevado el suyo al patíbulo...

—Es cierto.

—Ahora, caballeros,—continuó Román con indiferente calma,—ya ven ustedes que el problema era un juego de niños... Antes que usted hubiese concluido su narración yo lo tenía resuelto hasta en sus últimos detalles. ¿Excusa usted ahora lo que ese día le pareció una burla insolente?

—¿A qué dejarme entonces por tanto tiempo en el horrible tormento que he sufrido? ¿No sabe que hay en la sombra de un claustro un ángel inocente que lo mismo que yo padece?

—En primer lugar, temía un error de mi parte, poco probable, pero siempre posible... Además, no bastaba que yo estuviese convencido de la inocencia de su señor padre; era también preciso poderla probar ante la justicia, y en forma que no quedase ni la sombra de la sombra de una duda... La felicidad de usted y la de esa niña que va a ser su esposa así lo exigían... Fui, pues, antes, en busca de

los verdaderos matadores, cuestión de poco tiempo y que no me preocupaba demasiado. Lo que la policía de Tuquí, torpe y todo como es, había iniciado, antes que la perturbadora conducta de su señor padre de usted viniera a extraviarla, me fué fácil concluirlo... Por otra parte, cualquiera imprudencia de usted o de Miguel, cualquiera indiscreción, podía poner a los criminales sobre aviso... Callé, pues, pero, o mucho me equívoco, en forma de llevar a usted una esperanza, o, por lo menos, un alivio.

... ..  
Pocos días más tarde, Luis Montero tuvo el inmenso consuelo de estrechar a su padre entre sus brazos.

Su matrimonio con la señorita María del Carmen Aranaz se verificó al año siguiente.

—Si ésta no es la más maravillosa de tus pesquisas,—dijo a Román la misma tarde de la ceremonia,—preciso es confesar al menos que es la que ha transformado más hondos y desesperanzados dolores en más inefables alegrías.





# S. A. R. El Infante D. Fernando en Chile

(RECUERDOS-IMPRESIONES)

Por JULIO PRADO AMOR

**U**N recuerdo inolvidable han dejado las fiestas que en honor de la Embajada de España se desarrollaron a través de todo el país en los días deliciosamente tibios de la primavera última.

La generación que las presencié, que vió a los heraldos de España presididos por un joven Príncipe amable y elegante, discurrir por salones y paseos acompañados de altos funcionarios o confundidos con el público como anhelosos de sentir las palpitaciones del alma popular, no olvidarán jamás esos momentos en que el país presentaba un aspecto tan nuevo, tan atrayente, tan diverso del de la víspera.

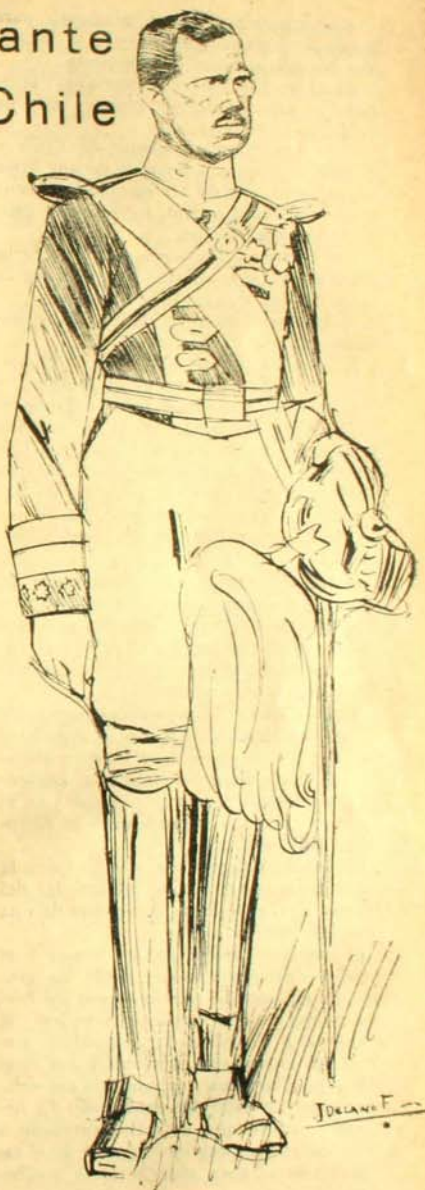
La Embajada trajo la paz, bendita paz, a los espíritus, de que tanto se necesitaba después de la ardiente lucha política recién pasada.

Los adversarios, aún cubiertos con el polvo del combate, estrecharon sus manos bajo la mirada bondadosa del representante del Rey Caballero.

Fueron unos días en que no se habló de intereses políticos oportunistas, si se habló de la Madre España y de las aspiraciones permanentes de la gran raza ibérica.

Y por lo que se refiere a las proyecciones de política internacional que tales sucesos han podido tener sólo diremos, aunque sea usando una frase vulgar, que se ha escrito una página de oro en el libro de las relaciones de Chile con la Madre Patria.

La Embajada se fué hacia los países del trópico siguiendo la misma ruta que había traído.



Reconcentrémonos un momento para estampar algunas impresiones y recuerdos sin mayor orden ni concierto.

El 25 de Noviembre presentaba Valparaíso el aspecto de sus grandes días de gala.

Las banderas entrelazadas de Chile y España se movían a impulso de una brisa suave en lo alto de los edificios públicos y particulares. El cielo, ligeramente gris.

El "España" fondea.

Los fuertes y los buques de guerra lo saludan con sus cañones cubriendo a la bahía de una espesa nube de humo.

En el muelle las autoridades y las comisiones esperan la Embajada.

Neviosidad general. Ya vienen. El primero en saltar a tierra es el Infante.

S. A. R. el Serenísimo Señor Infante de España don Fernando María de Baviera y de Borbón, Coronel de Caballería, Comandante del Regimiento de Lanceros del Rey, el más próximo pariente del Soberano, está entre nosotros como representante personal de S. M. don Alfonso XIII.

Delgado, esbelto, con movimientos de suprema elegancia, vestido con uniforme de diario, distinguido y sencillo, con monóculo en el ojo izquierdo, saluda al Infante con naturalidad y efusión a las personas que lo esperaban.

Alguien dice: "Tiene todo el aspecto de un militar alemán". En efecto, nos hace recordar a algunos de esos jóvenes oficiales que vinieron de Alemania a implantar las reformas recién introducidas en el Ejército y a quienes tanto debe la República. Buen síntoma.

La comitiva se puso en marcha hacia la Intendencia en medio de los acordes del Himno Real y de las aclamaciones de una inmensa multitud.

Principia el desfile de las tropas y el Infante quiere revistarlas desde las gradas del edificio. El pueblo rompe los cordones con que lo contiene la policía, se precipita a su alrededor vivándolo con frenético entusiasmo, fraterniza con él al ver la gentileza con que contesta sus aclamaciones. Lo estrecha, lo oprime. Es necesario pedirle que se retire entrando a la Intendencia y cerrando detrás de él las grandes rejas para aislarlo de la muchedumbre.

El primer contacto del Infante con el pueblo había sido feliz. El hielo estaba roto, lo que permitía augurar que se desarrollarían todos los números del complicado programa dentro de una atmósfera de simpatía y cordialidad.

El día fué agitado: banquetes, recepciones en Viña del Mar y Circulo Naval, paseos por la ciudad, visitas a diversos establecimientos, nos produjeron un natural cansancio.

El Infante ofrecía una comida y nos preparábamos para retirarnos a nuestros departamentos para cambiar de traje. El notó el desbande y dió la voz de orden de que comeríamos en el traje que estábamos y en la mayor intimidad. Satisfacción general.

—Pero el Infante es de una llaneza encantadora,—dije a un respetable miembro de la colonia española.—Con tales condiciones, el éxito de las fiestas está asegurado.

—Pero, ¿qué se imaginaban ustedes?—me respondió.—¿Acaso creían que un Infante de España era algo así como L...? Oiga usted, hombre, si es mucho más sencillo.

L... es un caballero estimable por muchos conceptos, pero a quien se le atribuye demasiada afición al formulismo y al protocolo.

Santiago dispensó a la Embajada de España la recepción más grandiosa que recuerdan los anales de la ciudad.

El Infante, sentado a la derecha del Presidente de la República, recorrió la carretera sur de la Alameda de las Delicias hasta su alojamiento de la calle del Dieciocho al paso lento de los caballos que arrastraban el coche de gala puesto a la gran Daumont.

La inmensa multitud vivaba a España, a su Rey, al Infante hasta el delirio.

—Estoy emocionado,—dice el Infante al Presidente,—no sé cómo agradecer tanto entusiasmo. ¿Puedo manifestarme afectuosamente con la mano?

—Manifiéstese como quiera,—le dice el Presidente.

Y el pueblo rodea el coche dificultando la marcha y las mujeres suspenden en



brazos a sus hijos para que vean al representante Real.

Ha estallado en toda la ciudad un sentimiento de amor a España, en el que tenemos algunos profunda fe.

El entusiasmo sube del corazón a los labios y brotan palabras de afecto a la Madre Patria, que se cambian aún las personas que no se conocen.

Sin embargo, a nosotros mismos no nos dejaba de sorprender ese entusiasmo de que daba muestras el pueblo, los obreros, los trabajadores del campo que habían acudido en gran número a presenciar la recepción.

Nos proponíamos a averiguar cómo este sentimiento había llegado tan hondo.

Por esto aprovechábamos la ocasión que se nos presentaba mientras que se quemaban los fuegos artificiales ofrecidos a la ciudad por la Colonia Española, de entablar conversación con un numeroso grupo de obreros en la Avenida del Maipo.

—¿Qué les gustan mucho los príncipes, que han aclamado tanto al Infante?—les dije.

—Este nos gusta,—contestaron varios.

Entonces un rotito, con ese aire tan característico de nuestro pueblo, me dijo:

—A este lo queremos, puesñor, porque es de los nuestros, es hijo de la misma maire.

Se refería a la Madre Patria...

Esta pequeña anécdota me permitía apreciar cuán sincero era el afecto que había sabido despertar la Embajada en nuestro pueblo, afecto expresado en forma tan sencilla y noble, por un modesto trabajador.

En verdad el Infante, con un don exquisito, había sabido conquistarse al pueblo desde el primer momento que se puso en contacto con él.

Establecida esa comunión espiritual entre él y la masa popular, ambos se comprendieron y se amaron.

El se sentía complacido al ver la popularidad que había sabido despertar.

Y así lo vimos, después del gran desfile que presencié desde los balcones del edificio municipal, bajar a tomar su coche rodeado por el pueblo, rehusando el cordón de policía que pretendía aislarlo de los manifestantes.

Visitando las tribunas populares del Club Hípico, acompañado sólo de algunos caballeros y de sus ayudantes, fué aplaudido y aclamado por miles de obreros.

Una mención especial merece la gran revista militar presentada en el Campo de Marte, el espectáculo que atrae más vivamente a nuestro pueblo.

A la caída de la tarde de un espléndido día de primavera, esperaban todos los regimientos en formación, listos para ser revistados por el Infante.

A la hora exacta se presenta el Infante montado en un hermoso caballo negro, vestido de gran uniforme, coraza de plata y casco con plumas blancas flotando al viento. Era la resurrección de uno de los conquistadores del siglo XVI que venía a pasar revista a las tropas de Chile.

La revista fué correctísima y el Infante, gran militar, manifestaba su complacencia al paso de los regimientos.

Le oímos recordar varias veces este acto, lo que nos permite creer que fué uno de los números del programa que más le gustó.

—Pero, qué gracia,—decía en ocasión que se hablaba sobre esto, un miembro de la Embajada,—si son los mismos regimientos que hemos visto en Tacna, que nos los mandan adelante.

Así expresaba su admiración por la uniformidad que creía advertir en la presentación de nuestro ejército.

Terminada la revista, el Infante abandonó el Campo a la cabeza de las tropas, para despedirlas al retirarse a sus cuarteles.

Vuelve a su alojamiento seguido del pueblo que trabajosamente la policía puede contener. Al notar ésto, ordena que dejen libre a los obreros que corren a rodearlo.

Así, en forma triunfal, llega hasta su casa.

Relataba esta escena con gran complacencia y expresaba su emoción al contar que le pasaban las manos por las botas y las espuelas.

Es el Infante persona de exquisita cultura, de gran sencillez y de infinita bondad.

Recordaba a su familia con mucha frecuencia y de lo único que le oímos lamentarse era de no recibir cartas de los



suyos. Viajaba más más ligero que el correo. Se consolaba repitiendo el refrán francés "pas de nouvelles, bonnes nouvelles".

Hijo amantísimo, se emocionó vivamente cuando, al saludarlo Elvira Santa

Cruz en el Club de Señoras, le recordó a su madre, la Infanta Doña Paz de Borbón, tan universalmente querida por su caridad inagotable y admirada por su talento.

"Lágrimas verti, — dice la Serenísima



Señora Infanta,—cuando supe que mi hijo era justamente el elegido por el Rey para llevar a la América el abrazo de España. La Madre España os saluda por boca de mi hijo, y donde está mi hijo, en espíritu, estoy yo siempre”.

Ermosísimas palabras impregnadas de tal amor maternal que no pueden leerse sin profunda emoción.

Qué de extraño que su hijo el Infante Don Fernando sintiera humedecerse sus ojos al ver recordada a su amantísima madre en medio de los festejos que se le ofrecieron.

Esta nota del Infante, profundamente humana, nos impresiona mucho más que la majestad con que desempeñaba su elevada misión.

Partió al Sur y en todos los pueblos acudían las multitudes a manifestarle su simpatía. Jamás nadie ha hecho en Chile una más grande carrera triunfal.

Después de comer, pasábamos al coche del Infante. Nos sorprendía por la sagacidad de su criterio y la suma de conocimientos con que abordaba todos los temas.

Naturalmente, los de carácter militar eran de su predilección.

Una noche se conversaba sobre la gran guerra, atribuyéndose a diversas causas la derrota de los Imperios Centrales.

—Para mí,—dice el Infante,—el primero de sus errores fué la deficiencia de sus diplomáticos, que no les permitió informar a sus Gobiernos con exactitud lo que debían haber visto en los países en que estaban acreditados. Ya pasaron los tiempos en que para servir funciones tan delicadas debían buscarse hombres salidos de una sola clase social. Hoy deben elevarse hasta esos importantes puestos a cualquier hombre, sin preguntarle de dónde viene, con tal que tenga ilustración y patriotismo.

Nos acercábamos al mar y el Infante no podía ocultar su preocupación porque había oído hablar de las violentas tempestades que agitan a este Océano que llamamos Pacífico.

Una noche se hablaba de la ruta que seguiríamos por los canales calculada para evitar la mar gruesa y los naturales inconvenientes que ella produce en los que no tenemos condiciones maríneas.

—Ya nadie se mareará,—dice un caballero de porte imponente y decorativo, que habla con palabra fácil e insinuante.—En mis frecuentes viajes a España nunca me he mareado. Me divierto como todo el mundo, paseo, fumo, charlo. En realidad, es de mal gusto marearse, es cursi, siútico...

—Oigan ustedes,—interrumpe el Infante,—M... dice que es siútico marearse y yo me mareo. Pues bien, soy siútico...

Carcajada general.

Efectivamente, el Infante se mareó. Pero ¿quién no se mareó en la famosa travesía del Golfo de Penas?

Nos contaba con verdadera gracia que, acostado en su camarote del “O'Higgins” inundado, veía navegar su capote y sus botas sin tener fuerzas para recogerlos, hasta que fondeaban en algún mueble.

Al fin, el Estrecho de Magallanes.

Llegamos a Punta Arenas.

Grandiosa recepción dispensaba a la Embajada la floreciente ciudad.

Alojamientos espléndidos en las elegantes y cómodas residencias particulares. Nutrido programa de banquetes, bailes y paseos. Solemne inauguración de la estatua de Hernando de Magallanes, costeada por la familia Menéndez y objeto visible del viaje.

El Infante se escapa en cuanto puede hacerlo. Cazador entusiasta, le atrae la pampa. El primer día disparó a unos avestruces a gran distancia. Sólo recogió algunas plumas y dice que no sabe explicarse si ellas provienen de haberlos herido o a que se les hubieran caído de susto.

Al día siguiente triunfa. Mata algunos avestruces y se retira con su pieza en las manos.

En esta ciudad se les pone término a los festejos ofrecidos. Se regresa al Norte en los mismos buques que nos habían llevado a Punta Arenas.

El Infante vuelve de incógnito.

Se dispone a hacer una visita a Buenos Aires, a donde se dirige al día siguiente de llegar a ésta.

Su permanencia en la gran urbe sud-

americana es turbada por el accidente al "España".

Cuando se difundió en Santiago esta noticia, conmovió los ánimos como si se tratara de un gran duelo nacional.

El Presidente de la República ofreció al Infante una nave del Estado para regresar a España, ofrecimiento que declinó, agradeciéndole sinceramente.

Las razones que tuvo para proceder así las expresó en el elocuente discurso que pronunció en el banquete de despedida que ofreció al Presidente de la República:

"Llegados para asistir a la celebración de las fiestas magallánicas, el accidente ocurrido a este barco, en que felizmente hoy nos congregamos, ha demorado por cerca de tres meses nuestra salida, pues no quería Su Majestad, ni quería yo tampoco, que la Misión buscara otros medios de regresar a España, abandonando el acorazado cual si abandonásemos a un camarada caído en el camino del deber, sino que al borde del camino lo esperásemos hasta que, restañadas sus heridas, pudiésemos volver en él cuántos en él salimos de Algeciras, a dar cuenta a nuestro Soberano del cumplimiento de mi cometido".

Debido a este accidente, permaneció entre nosotros la Embajada de España algunos días, que fueron empleados por todos sus miembros en estudiar las diversas actividades del país; que no les fué posible conocer en medio de los festejos de un programa recargado.

De esta manera nos han conocido a fondo, con nuestras virtudes y nuestros defectos, lo que les permitirá informar a su Gobierno con pleno conocimiento, del remoto país que visitaron.

Sin carácter oficial alguno, y sólo en su condición de huéspedes distinguidos, fueron objeto de las mayores atenciones de parte de toda la sociedad, que procuraba hacerles llevadera su obligada permanencia en el país.

Naturalmente, el Infante fué atendido en los balnearios de Viña del Mar y Zapallar, donde se organizaron numerosas fiestas en su honor.

Alternó estos paseos con visitas al "España" para informarse de la marcha de las reparaciones que se le hacían, y a Santiago, las que aprovechaba para conocer

nuestros centros de cultura, como el Palacio de Bellas Artes y algunos establecimientos de educación.

Recordamos especialmente la visita que el Infante hizo a la Escuela Arriarán, de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago.

Acogió con gran benevolencia la invitación para visitar nuestra Escuela.

Cuando la señorita Directora anunció a las 750 niñas que en esa Escuela reciben educación gratuita, y entre las que hay muchas hijas de españoles, que el Infante honraria el establecimiento visitándolo, prorrumpieron en gritos de alegría.

Por las preguntas deliciosamente originales que hacían, comprendió la Directora que no tenían idea de lo que era un Príncipe moderno.

Se habían imaginado que el Infante se aparecería a la Escuela con largo manto bordado de oro, pantalón corto y sombrero con plumas, tal como se representa a los príncipes en los cuentos de hadas. Fué necesario darles una conferencia sobre el Infante para que no tuvieran una desilusión al verlo llegar de sencilla y elegante americana.

Quiso manifestar su complacencia haciéndose retratar rodeado de todas las niñas, modestas niñas de nuestro pueblo que allí se educan. A muchas les dirigió palabras cariñosas que han dejado recuerdo imborrable en todas ellas.

Su retrato, que tuvo la atención de obsequiar a la Escuela, se colocó en sitio de honor en el aula de las ceremonias públicas, como recuerdo eterno de tan honrosa visita.

Durante los meses en que el Infante vivió de incógnito entre nosotros, fué el centro de toda la vida social. No había reunión, ni fiesta, ni banquete sin él. Asistía con tal sencillez y naturalidad que se atraía todas las voluntades.

En realidad, Chile tuvo esos días un soberano social a quien se le dispensaba todas las atenciones y se le rendían todos los honores.

Y la sociedad se acostumbró tanto a tenerlo, que su partida se sintió sinceramente.

La impresión de aparente rigidez que en el primer momento causaba, fué desapareciendo por entero para dejar sólo al



caballero amable que procuraba en todo momento no hacer sentir su elevada condición.

—No sé por qué dicen que soy alemán, cuando tengo tres cuartos de español,—nos dijo el Infante en más de una ocasión. Y si esto es efectivo por su sangre, lo es más por su carácter y por el inmenso y profundo amor que profesa a España, a su Rey, a su Ejército y a su pueblo.

Era la primera vez que la sociedad de Chile tenía la ocasión de tratar en la intimidad a un Príncipe real.

Otros miembros de casas reinantes que han llegado hasta nosotros, pasaron envueltos en una red de un complicado protocolo que los hacía inaccesibles para el público.

Y cuántas preocupaciones, cuántos sinsabores sufrieron los encargados de hacer cumplir los programas de festejos que a la más insignificante omisión despertaba las iras del regio visitante.

En la memoria de todos está algunos de los sucesos a que me refiero y que no debo relatar aquí, pero sí los recuerdo para que se pueda apreciar la preocupación de que estábamos dominados los que alguna participación teníamos en la organización de los festejos, ante el temor de que el enviado real repitiera alguna de esas escenas que se recordaban con molestia. El Infante de España fué todo lo contrario.

Es un deber dejar establecido en estas líneas que el Infante jamás dió la más ligera muestra de desagrado, que jamás dejó de cumplir un número de los programas con que se le festejó a través de todo el país, que nadie le oyó una palabra de desagrado ni le vió un gesto de impaciencia, ni le oyó una palabra hiriente o de burla para nadie; en cambio, él era el primero en facilitar el cumplimiento de todas las ceremonias, aunque más de una vez fueran largas y fastidiosas. Esto puede decirlo quien lo acompañó en todas ellas.

No es de extrañar, en consecuencia, que con tan bellas condiciones de carácter, el Infante se conquistara las más profundas simpatías. Hasta con los fotógrafos, que con la frase consabida "un momento, señores", paralizan las ceremonias y han llegado a constituir una verdadera tiranía

moderna, gastó benevolencia dejándose retratar cuantas veces quisieron.

¡Qué diferencia con aquel otro príncipe que, asediado por los fotógrafos, les dió vuelta la espalda y se levantó los falzones de la levita para que lo retrataran.

—Alteza,—le dijo el jefe del protocolo,—qué lástima que el fotógrafo no se haya atrevido a aprovechar esta oportunidad, porque esa **plancha** habría hecho su fortuna...

La asistencia a las honras en memoria del gran político español señor Dato, alevosamente asesinado, dió lugar a algunas consultas sobre el traje que se debía llevar.

Varios miembros de la colonia española creyeron que el Infante era el más capacitado para decidir la cuestión.

Ví la atención con que los oía y cómo resolvió el asunto:

—Asistan como quieran,—les dijo.—Ustedes saben que yo no doy importancia a esas cosas. Lo único que deseo es que vayan todos, absolutamente todos.

Era una contestación de príncipe moderno.

Si el Infante supo agradar a todos los chilenos, también él se manifestó complacido de las manifestaciones que de ellos recibiera.

Admiraba la belleza y elegancia de nuestras damas y la discreción de los caballeros.

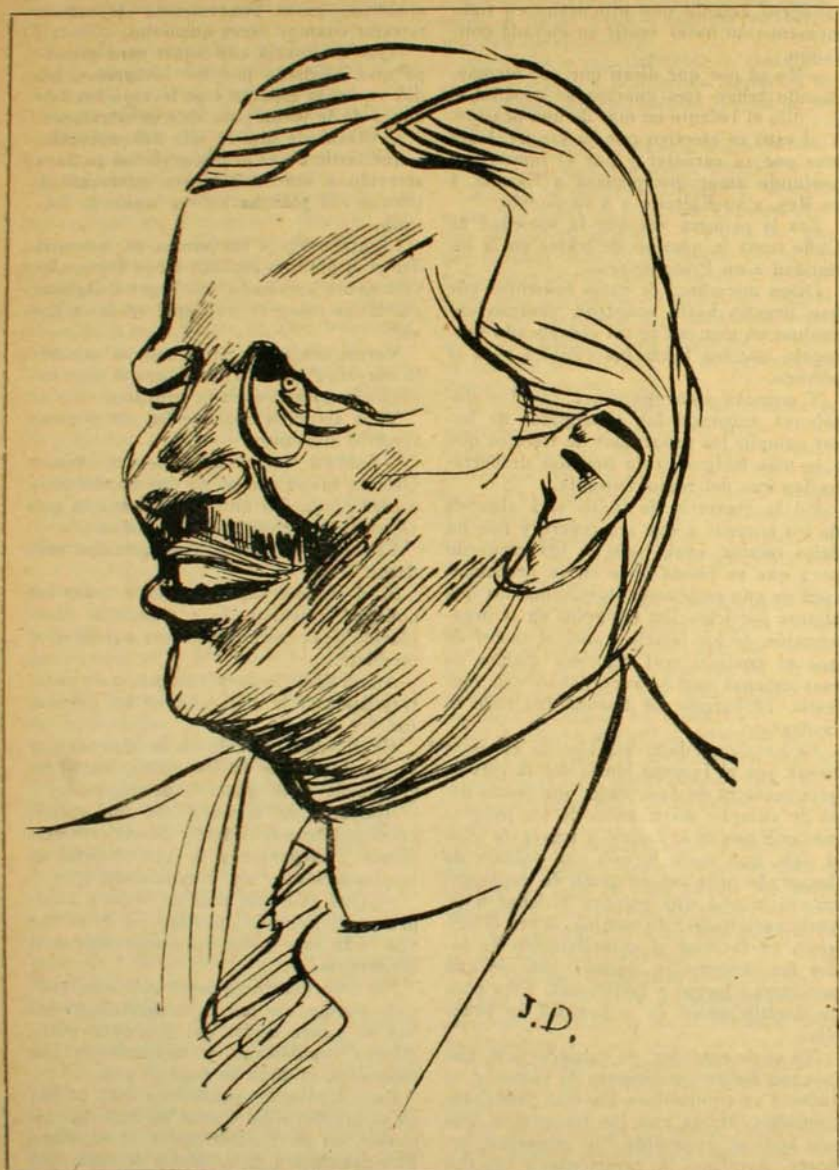
En el baile ofrecido en la Moneda por el Presidente de la República, hubo derroche de buen gusto y de distinción.

Apoyados en el marco de una puerta, contemplábamos el desfile de mujeres hermosas y elegantes y de graves señores, resplandecientes de condecoraciones.

—¿Qué tal?—me dijo un viejo y siempre malhumorado político.—¡Si parece que toda esta gente echara de menos la monarquía!...

No creo que fuera justo el ilustre político, porque no por apariencias cortesanas se puede dudar del profundo sentimiento republicano y democrático que constituye el alma de nuestro país.

Pero involuntariamente me hizo pensar en el proyecto del Conde de Aranda, expuesto en su notable carta al Ministro Floridablanca a 12 de Mayo de 1786. "Mi tema es,—decía en ella,—que no podemos





sostener el total de nuestra América, ni por su extensión ni por la disposición de algunas partes de ella, como Perú y Chile, tan distantes de nuestra fuerza, ni por las tentativas que potencias de Europa pueden emplear para llevarse algún girón o sublevarlo".

Termina proponiendo la organización de varios reinos para Infantes de España. No hagamos conjeturas sobre esto, que nos llevaría lejos del tema que nos hemos propuesto tratar.

Cuando preparábamos el programa de los festejos, hubimos de conversar con muchas personas de diversas condiciones sociales para pedirles su cooperación, y quedamos sorprendidos de las ideas, algunas deliciosamente absurdas, que se tenían sobre lo que es un príncipe.

Decían algunas que un Infante de España, criado en esa Corte que había podido conservar intangible la severa etiqueta medioeval, debía mantenerse aislado del público.

—Yo solo—decía un buen señor—sé cómo debe tratarse al Príncipe, y pretendía, premunido de un decreto supremo, ser el intermediario entre el Infante y los demás mortales, manteniéndole en un severo aislamiento de todo contacto profano.

Otro decía que debía organizarse una guardia de pajes de peluca y calzón corto para que precedieran y siguieran al Infante llevando candelabros para alumbrar su camino; y que en los bailes debía aislarse con cordeles del público. Alguien, más original aún, afirmaba que el Infante no tendría interés alguno en conocer la ciudad, ni los paseos, ni las gentes, que sólo tomaría parte en las ceremonias estrictamente oficiales y que su mayor agrado sería pasar en su casa fumando cigarrillos egipcios y oyendo los cuentos de un conocido humorista santiaguino. Individuos graves y solemnes se hacían aplaudir por una comparsa de analfabetos decorativos por sus críticas al proyecto de programa que había tenido la audacia de consultar una visita a los restos de la gloriosa raza araucana, y un paseo campestre con rodeo, topeaduras y tonadas a la usanza colonial.

No volvíen de su estupor esos solemnes señores al imponerse de que el Infante manifestó deseos de ver algunos de los

descendientes de esos araucanos cantados por Ercilla; y de que en Peñuelas había asistido con gran gusto a una fiesta huasa de marcado sabor local.

Otros, más originales aún, daban a entender que los ligaba cierto parentesco con el Infante, como se lo probarían, para lo cual estaban refrescando sus genealogías y sacudiendo el polvo a los pergaminos.

No podemos negar que estos últimos eran los que más nos atemorizaban.

Sería de nunca acabar si nos pusieramos a contar todas las opiniones absurdas, disparatadas, que circulaban sobre cómo era un príncipe y cómo se le debía tratar.

Afortunadamente, los más tenían un concepto claro de cómo es un príncipe moderno.

Colocado por su nacimiento en el pináculo de la especie humana, representando una tradición gloriosa que llena las páginas de la historia de la Humanidad, tiene grandes prerrogativas y honores, pero también grandes deberes que cumplir. Y éstos son más fuertes cuando se forma parte de esa corte de España, regida por un Rey como don Alfonso XIII tan talentoso, tan noble, tan popular, tan trabajador, que necesariamente debe imponer su modo de ser a los príncipes que tan de cerca lo rodean.

Bastante hemos hablado de las cualidades del Infante para comprender que cumpla por entero con la concepción que teníamos de cómo debía ser un príncipe.

Poseía otra condición a que no nos hemos referido: su poderosa retentiva.

En cierta ocasión le manifestábamos nuestra sorpresa por haber reconocido a una persona a quien sólo había visto por momentos poco después de su llegada.

—Ah,—nos dijo—es que tengo una retentiva que no se me olvida nada.

Es este un don de soberano.

La sociedad de Chile trató intimamente a un príncipe real y supo apreciarlo y estimarlo.

El Infante en todos los momentos era el príncipe que sobresalía entre los que le rodeaban, ya fuera en los salones vestido de igualitario frac o ya en las playas, confundido en su paseo con la concurrencia

que acude a ellas en busca de descanso en la estación veraniega.

Con razón el erudito periodista español señor Bardina, que se oculta bajo el pseudónimo de "Lautaro", dijo lo siguiente, en uno de sus artículos de "El Diario Ilustrado".

"Días de cierta sinceridad los nuestros; la lógica reclama sus fueros. Y la especie principesca, reputada inútil y vana, va siendo amisionada en la nominal gobernación. Así cayeron en estos últimos años tantos reyes decorativos, cuya innegable función de pompa van reputando los pueblos, inútil y cara.

No caen todos los príncipes.

Para no caer, van retornando los mejores a sus viejas funciones principescas, a sus deberes directivos, a los antiguos nobles días en que era su obligación el actuar como "primum caput" real de la nación, tendiendo ante la marcha del pueblo los rieles que han de conducirlo. Así ese altivo rey italiano, que se ha conquistado el amor de su pueblo y la benévola expectación de los católicos. Así, ese rey Constantino, cuya gobernación exigen clamorosamente sus súbditos. Así, al frente de todos, Alfonso XIII, que España quiere tan sinceramente, cuya actuación lo arranca de cuajo de la época decorativa para plantarlo en plena centuria XIII, cuando los príncipes, fieles a su nombre, marchaban a la cabeza, abriendo ruta en la obscura senda del porvenir.

A nosotros nos halaga,—además de este aspecto de su eficacia en Chile,—en otro sentido. Es éste: los príncipes de España, atentos a las necesidades de la hora, han sabido desprenderse enérgicamente de su papel decorativo, reponiéndose gallardamente en su lugar, a la cabeza de la raza. España ha sabido avanzarse a otros pueblos en esa necesidad. Y los fueros de la Gramática como los fueros de la política realista, han sido bien recuperados por los príncipes hispanos".

La visita de la Embajada de España será estimada con el tiempo por los frutos que seguramente producirá como uno de los actos más importantes de nuestra política internacional contemporánea. Chile ha sabido captarse el amor de la Madre

España, a quien tanto debemos, y la amistad de sus nobles Embajadores.

Durante la Colonia, en que las comunicaciones de América con la metrópoli eran tan tardías y defectuosas, necesitaban los colonos para prosperar en sus empleos y negocios contar en la Corte con padrino de valimiento ante el Rey. Por eso se decía de los bien apadrinados que "tenían Santo en la Corte".

Chile se ha conquistado su Santo en la Corte. No para obtener prebendas que, como nación soberana, ni las pide ni las espera, pero sí para que diga que en esta última nación del mundo, encerrada entre los Andes majestuosos y el inmenso Océano Pacífico, habita un pueblo altivo y valiente que se enorgullece de su pura ascendencia ibérica, que vive consagrado a las duras tareas del trabajo, desarrollando su programa evolutivo dentro de la más amplia libertad que le garantizan sus leyes; que ama la paz como supremo don de Dios, pero consciente de su fuerza que lo ha hecho invencible; que ama a España, tierra de sus mayores, y a su Rey don Alfonso XIII, genuino representante de las virtudes de la gran raza hispana.

Y para creerlo así, no tengo sino que recordar las palabras de S. A. R. el Infante Don Fernando, pronunciadas a bordo del "España" y oídas con religiosa atención por los que allí nos encontrábamos y de las que se han impuesto con suma complacencia todos los chilenos:

"Durante los tres meses de nuestra obligada permanencia en Chile, de día en día os habéis hecho más acreedores a nuestra gratitud por las atenciones de que nos habéis colmado, más meritorias ahora, si se quiere, por ser espontáneas y no las fijadas en un programa de festejos; y lo que es aún más importante, durante estos tres meses hemos aprendido a conoceros, no a través de una elaborada recepción oficial, sino en el diario batallar, y en los esfuerzos de la lucha por la vida, hoy tan difícil. Yo os aseguro que en este nuevo conocimiento que de vosotros hemos tenido la oportunidad de hacer no habéis desmerecido en nada y que, por el contrario, si el afecto sentimental no nos hubiera llevado siempre hacia vosotros, las virtudes y energías que en vuestra vida

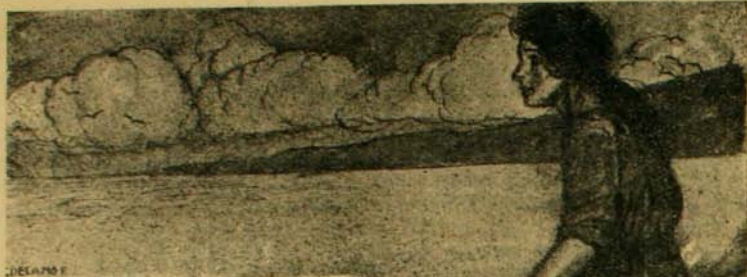


diaria hemos observado nos hubiesen aproximado más, remachando este mayor acercamiento entre España y Chile, que ha de ser el primer eslabón de la cadena que en el porvenir una estrechamente mi país con todos los hispanoamericanos.

“Nos vamos llenos de cariño hacia vosotros; con todos podéis contar en cualquier ocasión como buenos y leales amigos; y en cuanto a mí, ese cariño es tal que mi mayor alegría será volveros a ver

en España. La gratitud por cuanto oficial y particular habéis hecho por nosotros, tanto durante las fiestas bajo la presidencia del señor Sanfuentes, como después, en la actual administración, no es solamente nuestra: es la de toda España y la de mi augusto Soberano, en nombre de quien os invito a que de todo corazón os asociéis a mí, brindando por la prosperidad de la República de Chile y por la felicidad personal de su Presidente”.





...Luscando afanosa el punto blanco  
en el inmenso mar...

## LA FINITA

Por DERVAL JOHN

(Traducción por Joaquín Ruyra)

**L**A Finita está sola en casa y el miedo no la deja dormir. Su padre y sus hermanos salieron a los sardinales a media tarde y no volverán hasta la mañana siguiente, ya con buen sol, porque quieren aprovechar las caladas de prima y de madrugada. Su madre, pobrecilla, algunas semanas atrás se ahogó en el gran Mar Negro, que a la corta o a la larga ha de engullirnos a todos. La Finita está sola en casa y el miedo no la deja dormir.

Apenas ve blanquear en los vidrios opacos de la ventana el primer albor matutino, salta de la cama, se viste rápidamente, y sale del portalón de su casa solitaria. La casa está lejos del poblado. Se levanta en un cerrillo, junto al mar, entre higueras y sarmientos.

Está aún muy oscuro. Todavía la luz del farol encendido en la esquina de la casa, es más potente que la claridad de la aurora y hace amarillear un buen pedazo de pared. Las higueras, los sarmientos y las breñas negrean por todas partes. Las pitas parecen grandes candelabros apagados antes de la hora. Aglomerados a lo largo del obscurecido mar, van las

peñas de la costa, como larga procesión de fantásticas vírgenes cubiertas con velos negruzcos. Rozando con una de las más lejanas, que se destaca en el cielo, brilla una estrella que se podría tomar por alguna joya de esa virgen rezagada. Es que reina aún la noche, y el pálido día no hace más que mirarla con timidez por entre las rendijas de los negros nubarrones que amurallan el levante.

La niña se sienta en un banco de piedra y atisba el horizonte, buscando afanosa el punto blanco en el inmenso mar, anunciador de la proximidad de la pequeña embarcación a vela de su anciano padre; pero no se ve nada más que el gran desierto de agua. La vela que busca debe estar lejos, muy lejos, más allá de la espesa bruma.

De pronto, oye un ronco toser, se vuelve, y repara en un hombre que avanza por el camino. El corazón se le ensancha; ya no está sola. El vagabundo caminante es un hombre alto y férreo, de camisa rota, sin chaqueta ni chaleco, con unos pantalones cortos, andrajosos, arremangado de brazos y descalzo, y en la mano grueso bastón. La Finita cree haberlo visto en



otras ocasiones y lo saluda amablemente; pero no bien ha desaparecido cuesta abajo, siente miedo de aquel mismo hombre que la había envalentonado con su presencia, y corre toda temblorosa a encerrarse en su casa.

El caminante es un forastero, conocido sólo por el "ombre del bosque". Desde que llegó a la comarca vive en la selva, en un rancho de totora y barro, sin otra compañía que la de un perro pastor. Hace de carbonero, y cuando le sobra tiempo se dedica a la pesca, tendiendo las redes a escondidas, persiguiendo los cangrejos en las grietas de las rocas y haciendo caer en los anzuelos de sus cañas, bien cebados, los dorados pececillos que se acercan a las marismas las noches de luna. A veces baja a la ensenada y ayuda a tirar la red; pero, terminada la tarea, no se detiene: recoge la parte de pescado que le corresponde, silba a su perro, que, apartado del rebullicio lo vigila desde lo alto de una roca, y ambos se pierden en el bosque o se alejan por el roquedal. Amo y perro ofrecen más de un parecido por lo hueraños, pelirrojos y sucios. Del amo nadie dice ni bien ni mal, pero todos desconfían.

Se encierra medrosa en el cuarto hasta la salida del sol. El sol la libra de todos los temores. Pujante, hermoso, gallardo, no parece el mismo cuando, decadente

y triste, fué por el poniente el día anterior. Surge del mar dotado de juvenil frescor, como de un baño saludable y tónico. El mundo se alborozó, recobra los colores... Diríase que las plantas sonríen entre las lágrimas que han llorado de noche.

A la niña le parece raro, extraño, que momentos antes, presa del miedo, estuviera tan cobarde; avergonzada de su debilidad, sale de su casa y, pasando de una hilera de sarmientos a la otra, de una haza a la de más abajo, llega a la plaza vecina. Allí salta alegremente, a pie descal-



... un hombre alto y férreo ...

zo, sobre las espadañas, húmedas de rocío. A cada salto descubre un sin fin de preciosidades: conchitas, cuernos, ramas de coral, piedras de Santa Lucía y zapaticos de la Virgen; residuos que la resaca ha lanzado, para el primero que los coja. Para tomarlos mejor, se pone de rodillas, y así va andando hasta que la humedad de las espadañas le empaña el vestido y le penetra a la piel. Entonces repara en que se ha mojado desconsiderablemente; se retira de allí y, temblando de frío, se va hacia el limpio arenal. También éste le resulta fresco y húmedo. En cambio, una ola que por casualidad le ha rozado los pies, era tibia, calientita.

¡Qué ganas le entran de tomar un baño! El mar está en calma. Las olas se suceden con suavidad y, arriba y abajo de la vertiente de la playa, se refriegan perezosamente en la arena, dejándola lisa como una plancha de cobre bruñido. Algunos guijarros oscuros que se levantan en la ensenada, tan pronto se sumergen en el agua como reaparecen chorreando por todos los hilos del verde musgo que crece en sus escabrosidades. ¡Parece como si estuvieran recreándose en un baño de placer! La ensenada está solitaria, escondida en medio de altas peñas con brillantes de sol y de sombras violáceas.

La niña piensa que, tan de mañana y en paraje tan escondido, nadie la verá. Pone sus conchitas en un hueco, tiende el delantal, corpiño y sayas en una roca asoleada, y, cuando se queda en camisa, mira azorada a su alrededor y corre a esconderse dentro del mar. Allí siente un bienestar agradable que se va apoderando de su cuerpo. Languidamente se acuesta como en un lecho, y con la cabeza inclinada a la derecha, una mejilla y una oreja dentro del agua, los ojos medio cerrados de pereza y una sonrisa en los labios, mueve blandamente brazos y piernas. Poquito a poco, nada hasta los guijarros; y, después de haber recogido un puñado de almejas, juguetea con el oleaje mientras las descascara y se las come. Este será su almuerzo.

Al poco rato penetra en la ensenada la llamada que el sol extiende por el mar. El astro ha entrado allí de pleno. El agua brilla como el lomo de un pez escamoso y dorado. La espuma se platea al desflo-

rarse en las rocas y el arenal; salpica con chispas de fuego. El calor aprieta. Pero la rinconada del levante no ha perdido todavía su sombra matinal, donde se mezclan armoniosamente las vislumbres que el agua envía hacia las peñas, y las vibraciones doradas que las peñas proyectan hacia el mar donde se reflejan. La nadadora se retira a la sombra después de haberse refrescado con tres o cuatro zahuillidas. Allí, junto a la playa, se tiende sobre una roca fina. El agua apenas le cubre el cuerpo que, mal abrigado, casi desnudo, se manifiesta como al través de un puro cristal verdoso. Pero la niña está tranquila; piensa estar bien resguardada porque, teniendo la cara vuelta hacia la parte que baña el sol, ve delante el agua lustrosa, impenetrable a toda mirada. No se figura que su propio cuerpo desvanece detrás de aquel efecto de luz.

Se siente bien. Reposa calientita y sosegada. Por nada ha de inquietarse, ni siquiera por la comida, ya que no ha de prepararla hasta que llegue el pescado que la barca del padre ha de traer. Sólo le preocupa un poco pensar que habrá de volver a casa sin camisa; si bien una vez puestos sayas y corpiño, la falla no se conocerá. Para vestirse tendrá que meterse en algún escondrijo, porque, como no tiene sábana para abrigarse, podría sufrir un bochorno si entonces alguien asomaba desde el camino. ¡Escondrijos es lo que sobra! Por otra parte, en días de calma no suele acogerse a aquel refugio más barca que la de su padre... Precisamente ahí está, que viene a largas bordadas, rápidas. La niña no puede confundir con ninguna otra aquella vela que ella misma tantas veces remendó. La mira contenta, como si fuese el ala de algún ángel familiar.

Aquella barca es la compañía, el amor y todo cuanto desea. Apenas atraque será servida a su gusto, porque uno de sus hermanos irá de un salto a buscarle la ropa que necesita.

¡Qué bonita es, cuando se acerca, deslizándose por mar tranquilo, la barca tan querida! La va siguiendo con la vista; y, cuando en una bordada la vela luminosa se esconde detrás de las peñas, le parece que se eclipsa un astro y que el mar se ha entristecido.





... Los tripulantes han sorprendido la espantosa escena...

Entre tanto, no le falta entretenimiento. Mientras espera la barca, se deleita contemplando en el tembloroso espejo del agua la imagen de las nubes y las gaviotas, que navegan por el cielo. Gózase también contemplando su cara tierna y bonita de doncella en sus diez y seis años. No se acuerda del tiempo que había pasado sin vérsela. Tiene ya todo el aspecto de mujer, y es más hermosa que antes... mucho más. Su piel conserva la antigua delicadeza, pero más firme. Las niñas grandes y negras de sus ojos despiden verdadera luz entre la seda de las pestañas que la sombrean. Cuando abre un poquito la boca y entre sus labios encendidos relampaguea su blanca dentadura, entonces... sobre todo entonces... es cuando su rostro resulta hechicero.

Al contemplarse en el mar, ensaya toda clase de gestos; hora entorna los párpados; ahora sonríe... Que sé yo; hasta saca la lengua. En lo mejor de su embeleso siente un zarpazo en el hombro. Se inclina espantada, y ve dentro del agua, junto a las suyas, las piernas vestidas de un hombre. Lo primero que se le ocurre

es que debe ser un pescador caído de lo alto de la Peña.

—¡A ver!—exclama.—¿Qué es esto?

Y volviéndose, descubre la cabeza del intruso. Es el "Hombre del bosque". Se le huela la sangre en las venas, fría, pálida. Los ojos de él se clavan en los de ella como los de una momia. El está inclinado hacia delante, sujetando con una de sus manazas el esbelto talle de la joven. No se mueve, pero tiembla de pies a cabeza. La gorra se le ha caído, y sus cabellos rojos, leñosos y aglutinados, como las fibras de una cáscara de coco, cuelgan en mechones sobre la frente y orejas. Su cara abultada, de pómulos salientes, mejillas chupadas y labios gruesos, revela extraña angustia. En sus ojos hundidos y de un azul de aguas profundas, hay cierto estrabismo de locura. La respiración se escapa silbando por sus labios resecos.

La inmovilidad dura un instante. El hombre parece decidirse. Leve estremecimiento circula por la recia musculatura de su brazos. La Finita trata de desviar aquel impulso temible, y, sonriendo, pero con desmayada sonrisa:

—¡Tonto, más que tonto!—exclama.—  
¡Fuera de aquí, fuera!

Pero, observando que él se ha acercado todavía más, se embravece rápida, funge el entrecejo y grita, con alarma y furia:

—¡Arre allá, idiota!

El se inmuta. Afloja la mano, se yergue, y echa una mirada a su alrededor. La Finita aprovecha la ocasión. Acaba por soltarse de una sacudida, y se lanza al mar profundo. Pero en seguida la ensordece espantoso bramido:

—Caiste en mi red, lisa borracha.

Y al mismo tiempo siente la garra de su perseguidor, que la oprime y la levanta en seco, apestándola con el tufo salvaje que despide su carne y su ropa. Un chillido espeluznante desgarró el quieto aire de la ensenada.

En esto un perro rojo ladra desaforadamente en la cima de una peña; y las gaviotas que recorrían la playa, levantan el vuelo, alarmadas. Los ecos responden a los ladridos. El "Hombre del bosque", que había empezado a caminar con su carga, se detiene... escucha...—Nadie,—dice. Y animado de bestial furor, estrecha entre sus brazos la presa que tiembla de pies a cabeza, invadida de un susto horrible. El, en tanto, se encamina con el agua hasta la rodilla hacia las cavernas de la costa. Los pies resbalan en los líquenes del roquedal y no puede ir de prisa. Dados algunos pasos, un relámpago de fuego abrillanta el agua charolada y en sombra. Es la vislumbre de una vela que acaba de aparecer, y llena de sol penetra rápidamente en la ensenada. Los tripulantes han sorprendido la espantosa escena. Mudos de indignación, pegados a la borda blanden, a guisa de armas, los largos y pesados remos.

El primer impulso del raptor es huir con su presa. Después, súbitamente, cambia de parecer. Suelta la joven, desfallecida, sin sentido, sobre una roca, y fuera de sí, ebrio de ira, se encara con la barca que lo aborda como una gran ave de combate. Arranca con furia del suelo arenoso pesada piedra y, levantándola, se aperece a la lucha. Pero su coraje mengua a medida que la barca se aproxima, y parece creer que se oye el ruido del agua rugiendo ante la proa; y que se siente el

calor solar disfundido por la amplia vela, que cubre casi todo el cielo. Entonces pierde la presencia de ánimo y, lívido, atontado, arroja la piedra que enarbolaba, y huye veloz saltando de piedra en piedra, seguido de su can.

Ese hombre ha desaparecido; desde entonces no se ha vuelto a ver jamás en la comarca. A los pocos días la gente ya no se acuerda de él, ni siquiera de que existió. Sólo La Finita, que se ha vuelto neurótica y enfermiza, piensa en él, con horror a veces... y, cosa singular, con algo de compasión y desprecio. A la hora del crepúsculo, cuando está sola en el umbral, se apodera de ella un decaimiento de espíritu, soñador y romántico; y le parece que el alma se le va con la mirada, errante por los peñascales de la costa. Y no descubre en ellos más que soledad; soledad en las calas, soledad en todas partes: nada más que soledad. Ahora tiene como la sombra de una idea que, cuando el "Hombre del bosque" hacia sus apariciones, allí no había tanta desolación. Piensa que es una lástima que aquel hombre fiero hubiese huido para no volver más, nunca más, jamás. Y este "jamás" se repite dentro de su corazón como aquellos ecos que recorren las anfractuosidades de una cañada y se alejan, sonando cada vez más apagados y quejumbrosos. En medio de sus tristezas, a veces el perfil de un árbol o de una breña le rememora la figura del carbonero desaparecido. Entonces se sobresalta, se estremece, corre a encerrarse en su casa y, presa de gran nerviosidad, trata de apartar de su imaginación tan obstinado pensamiento; extraña pesadilla que le atormenta y emociona a la vez.

Así transcurrieron inmutables muchos días; hasta que una de esas clásicas tardes limpidas y serenas de apacible quietud, armonizada por el rítmico rugido de las olas, que casi imperceptibles llegaban hasta allí y algunas diseminadas nubecillas en el horizonte que, como pequeñas antorchas encendidas, despedían al sol poniente que majestuoso empezaba a hundirse muellemente bajo las inmensas sábanas del mar plateado. Entonces apareció, mustio y mohino, por la desolada carretera el rojizo can, y pronto, seguido, resonó la tos ronca y hueca del "Hombre



del bosque". Su rostro macilento, desenchajado, lívido; su andar torpe e inseguro, acusaba grandes privaciones, y su mirada opaca y vaga revelaba las cruentas luchas que ha debido sostener de continuo aquella mente enfermiza e inculta.

¡Cosa extraña e incomprensible!... Ella no experimentó al volver a ver a aquel hombre terrible ni miedo ni zozobra; por el contrario, ese desgraciado ahora le inspiraba más lástima que temor. Finita de pie, erguida y arrogante, le desafiaba con esa tranquilidad propia que nos da la confianza en nosotros mismos. El miserable avanzó hacia ella y contrito se arrodilló, presa del mayor arrepentimiento, al mismo tiempo que cubría de besos y y de lágrimas el vestido de la joven. El infeliz, movido por una fuerza

irresistible, había salido de su lejano escondite entre las rocas, para venir, lleno de vergüenza, a implorar perdón: había sufrido mucho; sus incontenibles ímpetus de salvaje inconsciencia le habían inducido a cometer aquella grave falta. Para expiarla, prometía ser en adelante su más sumiso esclavo, dispuesto a los mayores sacrificios para vindicarse ante sus ojos. Aquellos instintos brutales se trocaban ahora en santa veneración. Finita, profundamente conmovida, le per-



...al mismo tiempo que cubría de besos y de lágrimas el vestido de la joven...

donaba y no dudaba que lo harían también su padre y sus hermanos: eran gente de gran corazón, sin odios ni rencores.

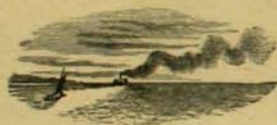
Estas palabras proferidas con dulzura produjeron en el rostro compungido de aquel hombre, un gesto de inefable dicha; y se reflejó en su mirada el más sincero arrepentimiento. Con paso seguro, como si un gran peso se le hubiera quitado de encima, continuó su camino, mientras el perro lamía con su lengua jugosa

y áspera las manos y los brazos desnudos de la joven, participando también, según sus instintos caninos, de los sentimientos piadosos de su amo.

Finita, presa de gran emoción, seguía a aquel hombre con la vista, y lo veía desaparecer a trechos entre las sinuosidades del roquedal; y cuando hubo desaparecido del todo, quedóse en absorta meditación.

Empezaba a cubrirse el cielo con las sombras de la tarde, el mar se tornaba de un color gris anaranjado y, abstraída en una especie de sueño emotivo, paseaba su mirada por aquel horizonte sin fin. cuando lejos, muy lejos, divisó la barca

de su padre; ahora se le representaba más bella y soberbia que nunca; la blanca vela desplegada, a merced de un viento favorable, empujaba con fuerza a aquella frágil embarcación, que semejaba en el espacio a una enorme gaviota blanca que extendía a flor de agua su vertiginoso vuelo. Corrió presurosa hacia la orilla: anhelaba abrazar a los suyos, para revelarles aquella escena novelesca y conmovedora; en que no acertaba a explicarse por qué infundía en ella esa mezcla indecible de melancolía y apasionada atracción, que tan de veras impregnaba su alma de esa misteriosa sensibilidad para ella, antes desconocida.







Claudio Arrau entre un grupo de admiradoras.

tomado de las manos de Arrau como para transmitirle en el último fluido de la vida el primer destello de la eterna luz...

Luego Arrau, respirando a pleno ambiente artístico, tuvo la oportunidad de seleccionar con notable intuición lo mejor de cada uno de los grandes ejecutantes, asimilando con discernimiento genial las supremacías de cada cual, y es así como de Paderewsky, de la Carreño, de Busoni y de Von Pachman, el insuperable intérprete de Chopin, pudo absorber la esencia de la perfección misma.

De este modo, para él no está negado ningún secreto al expresar el sentimiento poético de cada pieza, y si es verdad que las realidades de la vida, la experimentación de sus ilusiones y desengaños pudieran darle mayor conciencia a sus interpretaciones, no es menos cierto que el genio no reserva facultades, y por eso Arrau se manifiesta vidente de todos los sentimientos.

Tiene en su ayuda una habilidad de tal manera innata en su manos, que las mayores dificultades de la técnica y todo tropiezo en la composición son resueltos por él sin ninguna dilación, sin realizar siquiera el obstáculo que se presenta, lo cual hace recordar las relaciones que, co-

mo leyendas fantásticas, se hacen del talento de Listz o de Paganini".

Todos los juicios críticos que se han publicado, tanto entre nosotros como en el extranjero, sobre Arrau, coinciden en conceptos semejantes, y el grueso público que lo ha presenciado deja en el "borde-  
rau" de sus conciertos la estimación que de él hace; por lo tanto, Arrau ya está consagrado por todos los auditorios y los críticos que lo han juzgado.

Ya no le hace falta ni el dinero ni el estímulo. Desde que tuvo 11 años sostiene a su familia y las regalías de bienestarse la acompaña con eterna sonrisa, dulzura de carácter e ingenuidades de alma, uniéndose a él los suyos como a un enviado de la Providencia que derrama a su alrededor bienes de paz y de infinita satisfacción espiritual.

Nadie sabe cuándo empezó ni a dónde llegará. Su madre recuerda que cuando tenía tres años, conocía las notas sin que nadie se las hubiera enseñado, por instinto, por sensibilidad, tal como cantan los pájaros cuando sale el sol. Y va en camino de la gloria, sin sobresaltos, sin esfuerzos extremos, con la quietud de un predestinado que ha nacido para deslumbrar el mundo y honrar a su patria.





# ◆ ◆ DALTONISMOS ◆ ◆

Por JUAN DUVAL

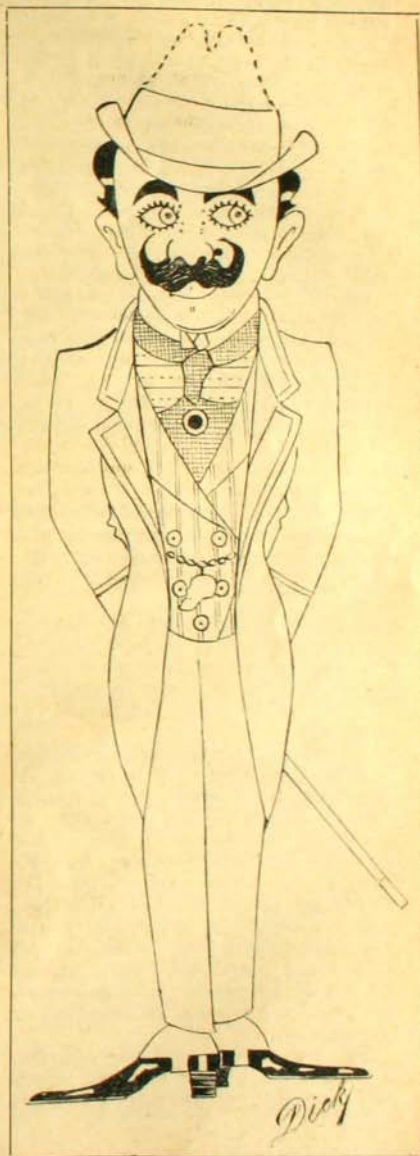
A decir verdad, nosotros no de-  
testamos al siútico chileno  
porque somos aristócratas,  
sino cuando se mezcla en la  
política con el pésimo criterio que le  
es característico.

El siútico es una especie social tan  
pintoresca que su desaparición del am-  
biente importaría la falta de un famoso  
tema para los observadores, psicólogos  
o caricaturistas del estilo nuestro.

No se nos discuta ni por broma que  
no es entretenido, pero de lo más en-  
tretenido, trabar amena charla, cuan-  
do se tiene el ánimo libre de preocupa-  
ciones, con un sujeto que encontramos  
en el tren, en la antesala de un médico  
o en otro sitio de amistades al azar, de  
la siguiente filiación e indumentaria:  
color moreno con chapas rosadas, lus-  
trosos cabellos, mostachos de largas y  
retorcidas guías (en contraste con el  
bigote en forma de escobilla que hoy se  
usa para menor complicación de bigo-  
teras y fierros en nuestras existencias  
presurosas) ojos pestañudos y diestros  
en románticas miradas a las mozas, un  
colmillo entero de oro muy lucido al  
sonreír; panamá con cinta bicolor en  
el verano o calañes de terciopelo verde  
en estación de fríos, corbata escocesa  
que ostenta macizo prendedor de falsa  
pedrería, chaqué azul prusia ribeteado  
de huincha negra, chaleco de género  
vistoso y corte raro con botones espe-  
ciales, sobre el cual luce gruesa cade-  
na de oro de que pende un guardapelo  
de camafeo o una calavera de coral, za-  
patos de charol muy puntiagudos, guan-  
tes color patito, polainas, es claro, de  
cualquier matiz indefinido y bastón de  
marfileña cachá laboreada.

Este individuo, descrito de intento  
con minucia de detalles, que exhibe to-  
dos los colores de una caja de pintura  
en la churrigueresca vestimenta, su-  
fre de una enfermedad a la vista des-  
cubierta por el sabio Dalton: percibe  
falsamente los colores, vé rojo el cele-  
ste, toma el morado por azul, distingue  
el amarillo como verde. Esto explica  
sus irisadas elegancias.

Pero no es nada lo del ojo, lector



amable... Nuestro siútico suele ser también propenso a sufrir de un "daltonismo" moral que es mil veces más nocivo pues que lo induce a apreciar los matices morales tan erradamente como los del arco iris: lo cursi es distinguido para él lo vulgar, chic—usa mucho este vocablo forastero— lo noble, vil; lo torpe se le antoja original; la casa recargada y ostentosa le parece "regia" y "feérica" la fiesta iluminada, llama "excelentísimo" al más modesto Encargado de Negocios Centro-americano, "dama aristocrática" a cualquiera entretenida con alhajas y el "Gambetta chileno" a algún parlero de choelón.

Es para reirse de buena gana mientras el amigo siútico descifra el lenguaje de las flores que envía a la dueña de sus alambicados pensamientos. Dice que el clavel rojo significa amor ardiente, desprecio fulminador el ranúnculo amarillo, amistad platónica la blanca anémona y, así, cada flor le sugiere una idea o una intención. La orquídea sencillamente lo disloca; representa para su fantasía daltónica una pasión frenética, según sus propios términos, a lo Lucrecia Borgia con reminiscencias lúbricas de Cleopatra y Mesalina.

El siútico se torna serio de improviso. Desea interpretar las tendencias de la política moderna; empieza a perorar con tono de academia y vocalización muy pronunciadas, adjetivero como él solo:

"La política, senador (por nada nos apea tal tratamiento) es la ciencia de las posibilidades eventuales y resulta perentoria facultad del conductor de pueblos democráticos la ductibilidad plasmática de amoldarse a sus veleidades alternativas, sea para mantener las autócratas pragmáticas del Rey Sol, sea para auscultar, según las épocas, todas las palpitaciones generosas del alma mater patria que llegan por las arterias de la República a los gobernantes geniales e involucran auspicios de reivindicación.

Tal es el caso de los modernos estadistas que magnetizan esa alma virgen de las multitudes proletarias por sus

oratorias de apóstoles libertarios, cálidas, rotundas, líricas, subyugantes (el siútico se entusiasma de veras al definir esta oratoria) y derriban, por el sortilegio de su reivindicadora verba sonora, el caduco bastión de la aristocracia colonial".

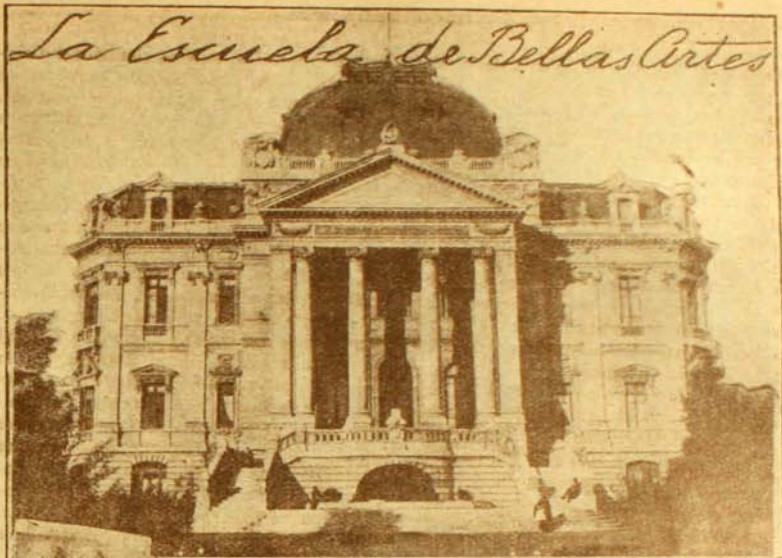
Decididamente, lector querido, el siútico pintoresco que nos procuraba diversión por los bigotes de gomoso, el chaqué con huincha y la calavera de coral, nos causa enojos con sus disquisiciones de político. Y lo interrumpimos sin empaque, antes de que debarre más.

La diferencia de nuestras impresiones es sencilla de comprender. El "daltonismo" de los ojos nos parece inofensivo, salvo que el paciente sirva cargos de maquinista ferroviario o de semaforero náutico con la responsabilidad de distinguir bien las señales, al paso que del "daltonismo del criterio" se derivan perjuicios evidentes, verdaderos, según la figuración pública o social del afectado por dicha enfermedad.

En los últimos tiempos, el trastruque de los matices morales por gran parte del público chileno, ha sido lastimoso. Lo que antes se consideraba negro ha venido a parar en blanco; actos que enagenaban la simpatía general hace diez años, provocan ahora aplausos entusiastas. Las ideas han cambiado de color de manera desconsoladora para los que somos capaces de percibir las gradaciones del mundo del espíritu con la corrección que distinguimos los colores del espectro solar.

Por nuestra parte, consideramos que el país mismo se asiútica por tales aberraciones de criterio propias de la era en que nos toca debatirnos. Daltonista moral en toda forma, pésima apreciadora de las tonalidades subjetivas, inconsciente del alcance real de los hechos y de los valores efectivos de los hombres, nuestra tierra está viniendo fatalmente a menos. Es el caso de un Estado que era caballero y que, por una enfermedad moral llamada "pérdida del concepto de las cosas", se ha puesto siútico, siútico perdido.





Por MONT-CALM

¿S posible que a muchos de nuestros lectores no se les haya ocurrido jamás preguntarse cómo se genera el arte nacional y cuál es la vida de nuestros institutos de enseñanza artística.

El tema es, sin embargo, interesante. Es interesante saber cómo y en qué forma se prepara a nuestros pintores, escultores, decoradores, dibujantes, etc., en la Escuela de Bellas Artes y con qué elementos y maestros cuenta el Estado para lanzar cada año a la lucha por la vida y por la gloria toda una legión de artistas.

¿Quiénes son nuestros grandes maestros? ¿Quiénes dirigen la enseñanza del arte en Chile? ¿Qué aficiones predominan entre nuestros aficionados? ¿Hay gusto, pasión por el arte; es reproductivo cultivarlo y hacer de él un báculo de la vida?

He ahí algo que es útil saber o que, por lo menos, agrada conocer a nuestros lectores.

¿Cuántos de ellos habrán pasado en una mañana de primavera ante ese espléndido edificio que se llama la Escuela de Bellas Artes y cuán pocos se habrán preocupado de la vida interior de esa casa en que los artistas, como polluelos en un nido, reciben de sus maestros el pan espiritual y las primeras fuerzas que dan alas y energía para volar hacia el azul!

Pues bien, nosotros hemos hecho esa jornada en una tarde de invierno y acaso la tristeza del día, la soledad del inmenso parque, el silencio soñoliento del paisaje nos invitaron a cruzar las puertas del Palacio en busca de algo que hablara, que cantara, que tiñera de colores frescos y delicados la modorra de nuestro espíritu.

El Palacio fué la "gran atracción" de nuestro Centenario. Un hombre de vigorosa talla moral empujó robustamente la obra de construirlo. Ese hombre se llama Alberto Mackenna Subercaseaux y es hoy Intendente de Santiago. Encontró resueltos colaboradores y un día sus ojos maravillados pudieron ver que del medio de una triste y repugnante pocilga, en el centro de un barrio en que todas las podre-

dumbres y miserias se habían dado cita surgia, como en los cuentos de Las Mil y una Noches, un palacio encantador, un soberbio alcázar que estaba destinado a honrar por su belleza a la capital del país.

Construyó ese monumento el arquitecto Jecquier y su obra será, acaso, la más bella de cuantas han brotado de su imaginación.

El Palacio se llenó de mármoles que albeaban entre macizos de verdura. Los muros se cubrieron de telas preciosas. El Museo quedó custodiando para siempre el escaso pero valioso tesoro de nuestro acervo artístico nacional.

Junto al Museo, como apuntalando sus cúpulas y reforzando sus ideales, comenzó a funcionar la Escuela de Bellas Artes. Clases y talleres abrieron sus puertas y al través de ellas comenzaron a afluir hombres y mujeres sedientos de saber, anhelosos de conocer cómo se mueve un escoplo, cómo los pinceles dejan a su paso un rastro de luz y cuál era el misterio que encerraba la reproducción exacta y vivida de la Naturaleza.

Hoy día la Escuela es el primer foco artístico del país. Más de cuatrocientos alumnos se matriculan en ella cada año, de los cuales van diariamente a las aulas unos doscientos cincuenta.

Dirige la casa actualmente el escultor Carlos Lagarrigue, el autor del mármol llamado "Ghioto". Su carrera artística está realizada por medallas obtenidas en España y en Francia, en diversas Exposiciones.

Lo secunda en su ardua labor, con un entusiasmo digno del mayor elogio de parte de los chilenos, el pintor francés M. Richon Brunet, avicindado desde hace veinte años entre nosotros.

A su vez, M. Brunet es un laureado. Hay cuadros suyos en el Museo del Luxemburgo, en París. ¿Qué chileno no ha oído hablar de la tela "Los Toreros" de este gran maestro?

Durante nuestra visita a la Escuela fuimos particularmente atendidos por el señor Eliseo Montes, caballero que, siendo empleado del Museo de Bellas Artes, encuentra aún tiempo para prestar servicios de Ayudante en la Escuela.

Este caballero nos llevó al través de salas y vestíbulos. Nos mostró la obra de

los alumnos, los talleres, las distribuciones de la casa, y nos dió un esquema de la enseñanza que el Instituto practica. Oyéndole pensábamos en cuánta razón tienen las ciento cincuenta o doscientas señoritas que allí—en medio de tesoros de arte—aprenden a pintar, a esculpir, a dibujar, a plasmar un monumento, facultades que allí las permitirán un día ganarse la existencia, subvenir a sus necesidades, ser libres, independientes, y en un arranque de genio alcanzar, quizás, la gloria siempre adusta y siempre fugitiva... Pensábamos en cuánto campo hallan allí los chilenos que nacieron dotados por la vida de sentimiento artístico para desarrollar sus dotes y prepararse para luchar a brazo partido con las dificultades del vivir diario. La Escuela los acoge, los forma, agranda sus ojos, adiestra sus manos; madre fecunda y generosa, los amamanta en el arte puro y los entrega al mundo en calidad de hijos privilegiados de la multitud.

La enseñanza se distribuye en la siguiente forma:

Dibujo. — Primer grado.— Profesores los señores Agustín Undurraga y José M. Ortega.

Dibujo.—Estatuaria y formas escultóricas.—Profesor señor Richon Brunet.

Dibujo del natural. — Profesor señor Juan Francisco González.

Pintura decorativa.—Profesor señor R. Brunet.

Pintura y Composición.—Profesor señor Fossa Calderón.

Arquitectura artística.—Profesor señor José Fortezza.

Grabado. — Profesora señora Octavia Sei de Carreño.

Paisaje al aire libre.—Profesor señor Alberto Valenzuela Llanos.

Escultura.— Primer grado.— Profesor señor Virginio Arias.

Escultura Superior.—Estatuaria.—Profesor señor Virginio Arias.

Escultura Decorativa.—Profesor señor Carlos Lagarrigue.

Perspectiva.—Profesor señor José Fortezza.





Curso de dibujo en el Hall de la Escuela

Estética e Historia del Arte.—Profesor señor Roberto Rengifo.

Mitología griega.—Profesor señor Enrique Nercasseaux y Morán.

Anatomía de las formas.—Profesor Dr. Aguirre Sayago.

Como vé el lector, se trata de maestros de reputación. El autor del "Descendimiento", el autor de tanto bronce y mármol que brilla, llora y hace meditar en nuestros Museos, jardines y Cementerios bastaría para honrar la enseñanza que se da en un establecimiento de la indole de la Escuela. Virgilio Arias es una viviente gloria nacional.

Y son también honores de nuestra cultura y valer artísticos Undurraga, Ortega, Fossa Calderón, Lagarrigue, y ese brillante pintor que se llama Alberto Valenzuela Llanos, el más fiel intérprete, el que mejor haya transmitido jamás el sol o la bruma de nuestros campos, los matices de nuestras flores, la humedad de nuestras mañanas chilenas, la revuelta cabellera de nuestros árboles o el impetu gracioso y fecundo con que la yerba de nues-

tros prados y montañas se revuelca sobre sus lechos feraces.

Funcionan en la Escuela varios cursos nocturnos. Están destinados a enseñar a nuestros obreros algunas prácticas que les permitan perfeccionar sus conocimientos. Después del trabajo diario, el obrero toma un instante de reposo y en seguida dirige sus pasos a la Escuela. Allí



Don Carlos Lagarrigue, Director de la Escuela



le espera un taller libre y luminoso, un caballete o una mesa de labor, una masa informe a la que dará vida y un maestro afable que rumurosamente le enseñará al oído cómo se talla un trozo de madera, cómo se decora un muro, cómo se ilustra una página de revista o se estampa sobre cuero, madera o piedra un motivo ornamental.

Esos cursos son los siguientes:

Dibujo.—Profesor señor Coll y Pi.

Escultura en piedra.—Profesor señor Baldomero Cabré.

Escultura en madera.—Profesor señor Juan Plá.

Modelado.— Escultura ornamental. — Profesor señor Aliro Pereira.

Composición Decorativa.—Profesor señor Fernando Tauby.

Dibujo Lineal aplicado a la arquitectura.—Profesor señor Juan Plá.

Vaciado y Modelaje.—Profesor señor Rómulo Tonti.

Estos cursos funcionan en el piso bajo del edificio. Los talleres están bien dotados de luz natural y artificial y son muy concurridos. Acuden a ellos más de doscientos treinta alumnos cada tarde, la mayor parte de los cuales son obreros.

El lector ve que la Escuela está dividida en dos grandes ramas, la de Arte Puro y la de Arte Aplicado a la Industria. A la primera sección concurren diaria-



M. Richon Brunet, Profesor de Pintura Decorativa





mente unos doscientos cincuenta alumnos, de los cuales doscientos seis son mujeres.

Durante nuestra visita hicimos la observación de que predominaba el elemento femenino en las salas y talleres. En realidad, en Chile la mujer se preocupa más de arte puro que el hombre. Su espíritu delicado y soñador la hace buscar estos aleros sagrados en que el arte abre con pompa sus magníficas floraciones.

El curso general de la enseñanza es más o menos el siguiente: Dibujo de bustos;

Un curso de Escultura y algunos trabajos de los alumnos

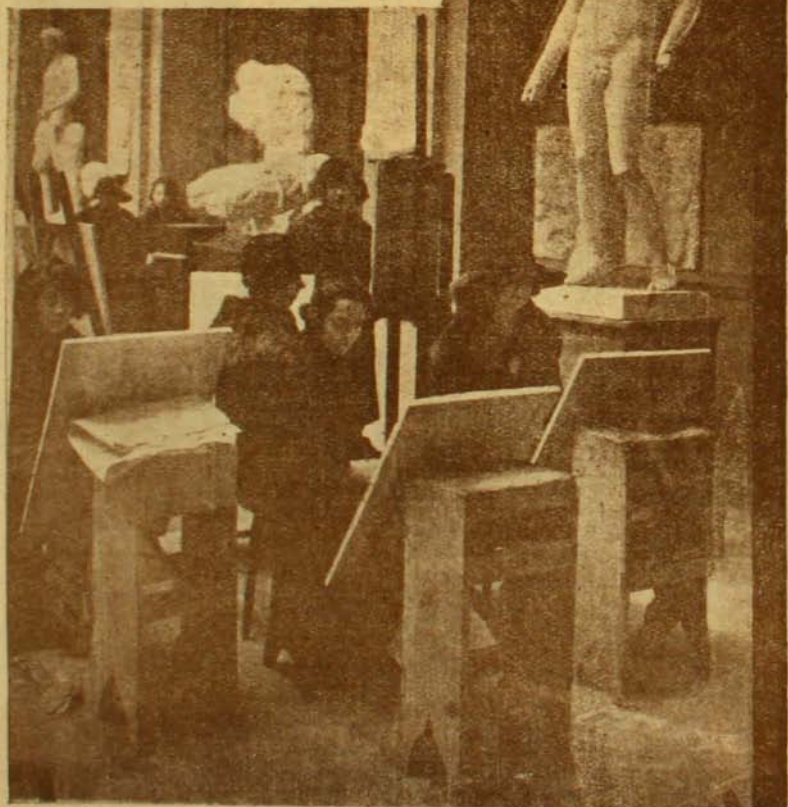
Dibujo de Estatuaria; Dibujo del natural; Dibujo de Croquis; Pintura Decorativa; Pintura y Composición; Paisaje.

Cuando el alumno ha practicado toda esta evolución, la Escuela lo considera ya

como un profesional, como una persona que ha terminado sus estudios.

Por lo general, son raros los alumnos que abandonan sus tareas para siempre una vez que han salvado las dificultades desalentadoras del primer año. El artista se acostumbra a su clase, a sus compañeros, a sus maestros, a su Escuela; concluye por encariñarse con aquel ambiente de arte y juventud.

Observamos un espíritu vivo y alerta



Un rincón del Hall



en las alumnas. Visten bien, con gracia y originalidad. Respiran una alegría soñadora que apunta luminosa a sus ojos grandes y acariciadores de chilenas.

La promiscuidad en que viven alumnos y alumnas ha dado espléndidos resultados en la Escuela. Los primeros respetan profundamente a sus compañeras y ese respeto les ha hecho a muchos abandonar el vicio de fumar en los talleres. Por otra parte, los alumnos nuevos, los recién llegados, aprenden así a rendir desde temprano el homenaje obligado y generoso que el hombre debe siempre a la mujer.

Los cursos más frecuentados son, naturalmente, los de Dibujo y Pintura. La

Escuela no otorga título. Por una curiosa anomalía, el título de Profesor de Dibujo lo otorga el Instituto de Educación Física...

De la Escuela salen los que terminan sus estudios a ejercer de maestros o bien a cultivar su arte exclusivamente. Abren cátedra o taller, a voluntad. Algunos se ocupan en las revistas ilustradas, otros en las imprentas de obras, otros hacen clases, o bien, si son muy hábiles, quedan de profesores en la misma Escuela, como ocurre con la señora Octavia Sei de Carreño, con Arias, Valenzuela Llanos, Ortega, Fossa, Undurraga, etc.

b Naturalmente, la enseñanza que se da en la Escuela es la clásica. No hay preferencias por una escuela u otra. El alumno aprende a dibujar y a pintar al estilo de los grandes maestros. Después él será futurista, cubista, clásico, impresionista, lo que quiera, según su índole y sus gustos. Pero la base de su enseñanza es la más honrada y la más lógica.

Por lo general, no se han observado originalidades malas entre los pintores que ha formado la Escuela. Alguno que otro escultor ha querido seguir las aguas de Rodin, pero sin excesos y, probablemente, sin éxito.

7





Ante el modelo

Entre las clases que visitamos nos llamaron la atención la clase de estatuaría de M. Richon Brunet y sus cursos de dibujo en general. El maestro vive en los talleres; es decir, va y viene todo el día entre sus alumnos, observa sus trabajos, los alienta, corrige los defectos que cometen, les da consejos, encauza sus ideales. Es la vida y el nervio de la Escuela.

La clase de Vaciado que dirige el maestro Tonti es digna de mencionarse. Allí se trabaja con yeso. Se hacen bustos, estatuas, motivos decorativos, etc., con yeso líquido, que se vacía en moldes especiales.

El señor Lagarrigue tiene una gran sala en la cual se ejecutan trabajos monumentales con la cooperación de los alumnos. Vimos allí algunas obras encomendadas por la señora Vial de Severin, la de León, etc., y la **maquette** de otros trabajos que se preparan para la nueva Biblioteca Nacional y para el Cementerio.

Poca cosa nos queda que decir de la Escuela. Ella, como hemos indicado, funciona al lado del Museo, pero ambos establecimientos son completamente autónomos. El hecho de estar unidos sólo sirve para poner a los alumnos en contacto y vecindad con las buenas obras de arte que posee la Nación.

El edificio del Palacio de Bellas Artes es hermoso; pero su construcción es precaria; sus materiales son de calidad algo deficiente. Se nota ya que los muros en algunas partes han sentido la acción de los frecuentes temblores de nuestra zona sísmica. Por otra parte está inconcluso. La parte superior, el **grenier**, que dirían los franceses, no es más que un envigado y un hacinamiento de materiales en vez de ser una sección de talleres llenos de aire y de luz. Lo mismo ocurre con el piso bajo, aquel en donde funcionan los Cursos Nocturnos, precisamente aquellos más prácticos y más útiles. Allí los muros no están revestidos; el ladrillo apunta por todas partes y la humedad se filtra impunemente. Es en esa distribución en que trabaja y aprende el hijo del pueblo en donde el Estado debía esmerarse en educar el gusto, en formar el amor al confort y al aseo entre sus hijos. Algunos cien mil pesos bastarían para dejar el edificio en buen estado. ¿Cuál será el primer Ministro que acuda en defensa de



ese verdadero templo del Arte que es nuestra Escuela? No es posible que los alumnos de ella se formen y aprendan a amar el arte en medio de ladrillos hacinados, en una cripta húmeda y triste, más parecida a una cárcel que a una Escuela, en que todo debiera ser luz, gracia y armonía.

El Estado gasta al año en el Instituto que describimos unos ciento once mil pesos. Es decir, con esa suma paga profesores, materiales de enseñanza, administración, etc., y costea el valor de los modelos vivos.

El gasto por alumno es, más o menos, de 144 pesos cada año. No es una gran suma si se piensa en que está dedicada a formar hombres útiles, elementos que han de concurrir eficazmente al progreso nacional, ya que la indole de la enseñanza de la Escuela de Bellas Artes está tomando un sentido práctico favorable al porvenir de sus alumnos.

El corazón, el alma de la Escuela, es el gran hall central, en que el señor Richon Brunet ha instalado el Museo de Copias que, por cuenta del Estado, adquiriera hace años en Europa el señor Alberto Mackenna. Allí, al pie de las albas estatuas, de esas reproducciones de las más conspicuas concepciones de arte de la antigüedad están constantemente dibujando

los alumnos. Aquel es el *atrium* de la casa, el sitio de reunión de alumnos y maestros, la sala de las intimidades, de los mutuos estímulos, de los generosos alientos mutuamente retribuidos.

El señor Richon Brunet practica en ese hall una de sus clases de dibujos. Allí nace la vida diaria de la Escuela como en el pulmón humano se depura el aire y se genera la salud de la sangre.

En ese sitio estrechamos, al partir, la mano del maestro. Un rumor parlero y juvenil llegaba de todas partes a nuestros oídos. Era el susurro vivo y amable con que las alumnas—como pájaros parleros— se enviaban desde el pie de sus labores las notas de ese gran himno que se llama canto del trabajo.

En el seno de cada una de esas niñas palpitaba una ilusión, un ideal: el de ganar un día su existencia, el de vivir su propia vida en medio de los halagadoras prerrogativas de la fama.

Nosotros aconsejariamos a la hija del pueblo, a la hija de la clase media, al hombre que siente vibrar su entusiasmo ante las obras del arte o las manifestaciones de la belleza, dirigir de cuando en cuando sus ojos hacia esa morada en que se enseña a ganar a la vez que el pan de cada día, el laurel que da la gloria y la inmortalidad.





Henry Porten en "Ana Bolena"

# PROBLEMAS DEL CINE

## LAS PELICULAS ALEMANAS

Por ALBERTO EDWARDS

**L**A actual generación ha presenciado el origen y el prodigioso desarrollo del arte cinematográfico. Falta saber si presenciará también su decadencia.

Nadie sin ser ciego, puede negar hoy día que ha surgido un arte nuevo, con

medios propios de producir la belleza y de evocar sensaciones. Es el antiguo teatro, despojado de la magia del lenguaje y de los primores de la forma literaria, pero enriquecido por una ilimitada variedad en los recursos escénicos y por una maravillosa plástici-



dad en la acción, en el tiempo y en el espacio. Wagner, ese revolucionario de la música en el siglo último, quiso hacer de la Ópera el compendio de casi todos los medios de expresión artística: el cine ha realizado un milagro parecido o está en vías de realizarlo. A lo menos no se concibe una buena película sin que concurren a su ejecución muchas o casi todas las cualidades del comediógrafo, del novelista, del actor dramático, del escenógrafo y del pintor o artista gráfico.

Su éxito ha sido inmenso: para grandes y pequeños, sabios o ignorantes:

constituye un artículo de primera necesidad, algo como lo fué el teatro en la España del siglo XVI. Eminentemente popular, no desagrada sin embargo a los espíritus más distinguidos.

Los recursos de su técnica han tenido evidentemente buena parte en su fortuna; además ha puesto al alcance de todas las bolsas y de las más insignificantes aldeas, el mismo espectáculo que deleita a los públicos más ricos y refinados de las grandes capitales, producidos a todo costo y por los más célebres actores del mundo.

Se me imagina, además, que el ci-



Pola Negri en "Sumurun"

ne llegó en buen tiempo para el mundo y para su propia estupenda difusión.

El arte teatral y la música, a fuerza de progresos comenzaban a envejecer. El refinamiento de los dilettantis y de los intelectuales, el decadentismo y el cientifismo iban disgustando al vulgo de las antiguas artes clásicas. La ópera había perdido en popularidad a medida que los sencillos recursos melódicos de antaño fueron reemplazados por efectos más intensos y complejos, pero menos inteligibles, y, así, al llegar el cine a la escena, la opereta comenzaba ya a derrotar a la ópera como espectáculo. Análogo fenómeno presentaba el arte dramático. Hondos problemas psicológicos o sociales, análisis científicos de enfermedades del cuerpo y de la mente, elucubraciones nebulosas de cerebros anormales a fuerza de refinamientos, iban convirtiendo al teatro en un arte esotérico, acaso esquisito, que producía sensaciones de gran intensidad y novedad en un corto círculo de escogidos, en una reducida aristocracia intelectual, pero que desagradaba brutalmente o producía hastío en los espíritus sanos y burgueses, en la inmensa mayoría del público.

Porque el hombre que sólo sabe palpar ya ante sensaciones muy hondas y muy complejas no es perfectamente normal y equilibrado. Se parece al sibarita cuyo paladar embotado por los refinamientos de la mesa, necesita para experimentar en su paladar nuevos placeres de salsas y condimentos de gran artificio y con frecuencia dañinos.

El presioicismo y el cientifismo en la música y en el teatro fueron sin duda grandes auxiliares para el éxito del cine. La sociedad moderna, laboriosa, alejada en general de los refinamientos intelectuales, cuya alma no es mucho más compleja ni más enferma que la de nuestros antepasados, necesitaba sin darse cuenta de algún espectáculo que deleitara su imaginación y sus sentidos, que la conmoviera el corazón, que la distrajera de las preocupaciones de la vida diaria, en forma sencilla, honesta, al alcance de todos, sin excesivas complicaciones intelectuales y morales, sin problemas ni efectos muy hondos,

sin la visión repugnante, desagradable o poco inteligible, de tremendos casos patológicos, materiales o morales.

Felizmente para el cine, los intelectuales de oficio, cuyo espíritu es más revolucionario y demolidor que progresista, desdénaron el nuevo arte en sus orígenes y continúan desdénándolo por lo general. Así todavía el presioicismo refinado no lo ha invadido y esa es su fuerza y el secreto de su popularidad. El día en que caiga en manos como las de Ibsen, Suderman, Berstein, etc. estará perdido sin remedio.

Por otra parte, el cine que comienza apenas a encontrar todos sus efectos y recursos, no pareció en un principio muy apto para interpretar gamas muy sutiles de la psicología o del dolor. Esa inferioridad, aunque sólo aparente, le ha librado de muchos escollos.

Por último, la producción de una película se diferencia de la de una pieza de teatro en que exige gastos muy considerables, el empleo de fuertes capitales. Dirigido por hombres de negocios más que por intelectuales, el cine conoce mejor al grueso público. Saben sus empresarios que escribir libros y piezas para los cenáculos de ultra refinados decadentes sería una especulación a pura pérdida. Esa gente sólo gusta de leerse y contemplarse a sí misma y no gasta por esa razón o por carencia de medios ni en la librería ni en el teatro.

Gracias a este conjunto de circunstancias, el público encontró en el cine lo que necesitaba y que no habían sabido darle: un arte nuevo, joven, primaveral, lleno de las frescuras e ingenuidades de los viejos y alegres tiempos, no empañados por las histerias y melancolías incurables que produce el abuso de las sensaciones intelectuales; un arte sin hondas pretensiones libre de la funesta influencia decadentes morfinómanos o ajenjómanos.

Entonces se vió que el público del siglo XX acudía en masa y con entusiasmo a deleitarse en composiciones de índole cómica o dramática, pero mucho más simples e infantiles que las que deleitaron al público español del siglo de oro, o al del gran tiempo me-





Lotte Neumann en "La pobre Thea"

lodramático de Comella y Zamora. Dígame lo que se quiera, el alma humana varía mucho menos de lo que se pretende.

Y así hemos visto al cine recorrer triunfante en pocos años el mismo camino que el teatro recorrió en algunos siglos: desde la grotesca farsa de los tablados de feria hasta el punto en que hoy se encuentra. ¿Cómo decirle que se detenga? ¿Cómo mostrarle los peligros de progresar demasiado? ¿Será suficiente aviso el lastimoso ejemplo del fracaso y decadencia de las artes rivales?

A la verdad, cuando ví anunciadas las nuevas películas alemanas, temblé... sí, temblé, recordando a los nebulosos, metafísicos y casi inteligibles dramaturgos que durante el último medio siglo han florecido en los países que bordean el Báltico.

Para explicar estos temores necesi-

to recordar de ligera la historia del arte cinematográfico, no como ha sido en realidad, porque no la conozco, sino tal como la he visto desarrollarse ante mis ojos de espectador vulgar y burgués.

Las películas francesas fueron las favoritas del público en los años que precedieron a la gran guerra. Ellas fueron las primeras que conocimos de un nivel superior y de argumento, efectos y estructura más complicados e interesantes que las farsas del período que llamaremos primitivo. Las italianas, algo más histéricas, hondas y modernas (si se permite esta expresión) venían en segundo término.

En película francesa en nada o poco se parecía al teatro o a la literatura contemporánea de la misma nación. Parecía un rejuvenecimiento de los tiempos clásicos y de los albores del romanticismo. Por otra parte, muy burgue-

sa e ingenua, no destituida de fantasía, eminentemente moral, no aparecía escrita ni para mujeres casadas histéricas y adúlteras, ni para hombres hastiados y complejos. La Francia, país tradicionalista y conservador (apesar de las apariencias) tiene proscrita por costumbre, de la lectura y teatro a la joven soltera... De allí el carácter especial de su literatura. Como las costumbres nada decían respecto al cine, los autores imitando a los ingleses, hicieron piezas para los oídos castos y las almas jóvenes.

Max Linder en el vaudeville, y en el melodrama los artistas de la comedia francesa que representaban formando cuadro a la hermosa señorita Robinne, forman una época en los recuerdos de todos los aficionados al cine.

Había allí fantasía, interés, sentimiento junto con la vieja elegancia y distinción francesas. Los argumentos no eran ni realistas ni tampoco muy verosímiles, recordaban a Ducange y al vizconde de Arlincourt, a veces al imaginativo Ponson du Terail, a Feuillet, a Onheto, quizás a Montepin; pero la ejecución era sobria y bien cuidada en los detalles. Además, artistas hasta la médula de los huesos, los franceses fueron los primeros en explotar uno de los grandes recursos del cine, en el cual es infinitamente superior al viejo arte dramático: el paisaje, la disposición de la escena, la composición diestra de la figuras. La casa Gaumont sobre todo llevó este arte a una perfección aún no sobrepasada. Me tocó asistir a varias de las películas de esa firma en compañía del célebre pintor Somercalles... "Vengo aquí me dijo, con su noble sencillez británica, porque tengo mucho que aprender en estas marinas". Esa modestia distinguía al verdadero hombre de verdadero talento del intelectual presuntuoso que (gracias sean dadas a Dios) se encoge de hombros cuando le hablan del cine.

Sin embargo no creo que esté reservado a Francia el cetro futuro en este arte... Es un país demasiado viejo, refinado, analista y burlón. Ha perdido muchas de las gracias y encantos de la juventud.

Por de pronto, ya se sabe que, durante la guerra, la película norteamericana invadió las pantallas de todo el mundo, hasta dominarlas casi en absoluto.

Recuerdo el escándalo y la sorpresa que me produjeron las primeras películas yankees que me tocó ver. No sé si trata de una casualidad, lo que no es imposible, porque entonces no iba yo mucho al cine; pero todas las producciones de ese tiempo que vi de firmas yankees, o eran vulgares chocarrerías de circo, o escenas de violencia y golpes de mano en el Far West, o melodramas disparatados e inverosímiles, sin la distinción y la elegancia características de las producciones del viejo mundo.

El progreso vino, sin embargo, con increíble rapidez. La película norteamericana fué tomando poco a poco al público y la Francia fué derrotada, a lo menos momentáneamente.

Los argumentos no ganaron mucho en verosimilitud y realismo... por otra parte, ello hasta ahora parece refido con el cine y con el gusto público; pero la ejecución era cada vez más perfecta, los efectos más sobrios, las mujeres más lindas y los detalles más cuidados. El autor norteamericano revolucionó el biógrafo. Se acabó el manoteo escénico y los gestos excesivos y descompasados.

Se formó al público una alma nueva, sana, ingenua, joven, viril, como la nación donde esas películas procedían... No exagero... El hombre que va al teatro no es idéntico a sí mismo cuando pasea por la calle o cuida de sus negocios: tiene otra estructura mental o moral diferente que en parte la forma a su imágen el autor dramático y el ambiente de las piezas que se ponen en escena.

El melodrama norteamericano es idílico. Canta un himno al amor casto y puro, al trabajo honrado, al patriotismo, al valor, a la energía, a la religiosidad, a la inteligencia y a la fuerza. El vicio es en ella siempre castigado y premiada la virtud. Son los más nobles ideales de un gran pueblo convertido en arte.



A mí la película norteamericana me ha cojido del todo por uno de mis lados flacos... Veo en ella y en pleno siglo XX un fenómeno análogo al de ese maravilloso teatro español del siglo XVII, cuando el sol no se ponía en los dominios del rey castellano, cuando la España tenía ideales propios y originales: al amor ideal y caballeresco, la noble galantería, la religión, la lealtad al rey, el fanatismo del pundonor, el valor heroico, la viril arrogancia de los Crespo, de los Sancho Ortiz, de los García del Castañar.

Tales teatros no surgen en países decrepitos, escépticos, razonadores y pedantes.

Hasta en los menores detalles la similitud es perfecta. La película norteamericana con la comedia antigua española, con su enorme variedad de argumentos, con su fantasía inagotable, rueda siempre alrededor de muy pocos sentimientos fundamentales, todos sanos y honrados, simples, sin nebulosas complicaciones metafísicas. Con nada se paga en el siglo XX ese perfume de juventud. "Nuestra nación es grande, joven, vigorosa, tiene fe en sí misma i en sus ideales", dicen, casi en el mismo lenguaje, Lope de Vega y Calderón, y los anónimos autores de la película norteamericana.

Es que tanto los unos como los otros, no son sino los intérpretes del alma de grandes naciones, en plena salud y en plena fuerza.

Esto es lo que no comprenderán nunca los decadentes, los que confunden el progreso con el excepticismo y la vejez, plagas terribles de estos pobres pueblos de la América española, inspirados en extranjeros ideales, decrepitos sin haber sido nunca jóvenes.

La primera vez que sentí con fuerza lo que acabo de escribir, fué al ver una película de la Bertini, después de varias norteamericanas... Esa mujer histérica, artificial, ultra-modernista, me hizo la impresión de algo vetusto, gastado, enfermo...

¿Hay en la vieja Europa, pueblos que puedan llevar al nuevo arte del cine, esa fresca juventud de los norteamericanos?

He aquí el problema que las películas alemanas pueden acaso resolver, y que los ingleses no parecen que hayan ensayado todavía.

Ingleses y alemanes, los primeros, sobre todo, poseen sin duda muchas de las cualidades que han hecho el triunfo de los norteamericanos en el cine.

De estas cualidades la más sobresaliente es la imaginación constructiva e inagotable que la España y en general los pueblos latinos han perdido.

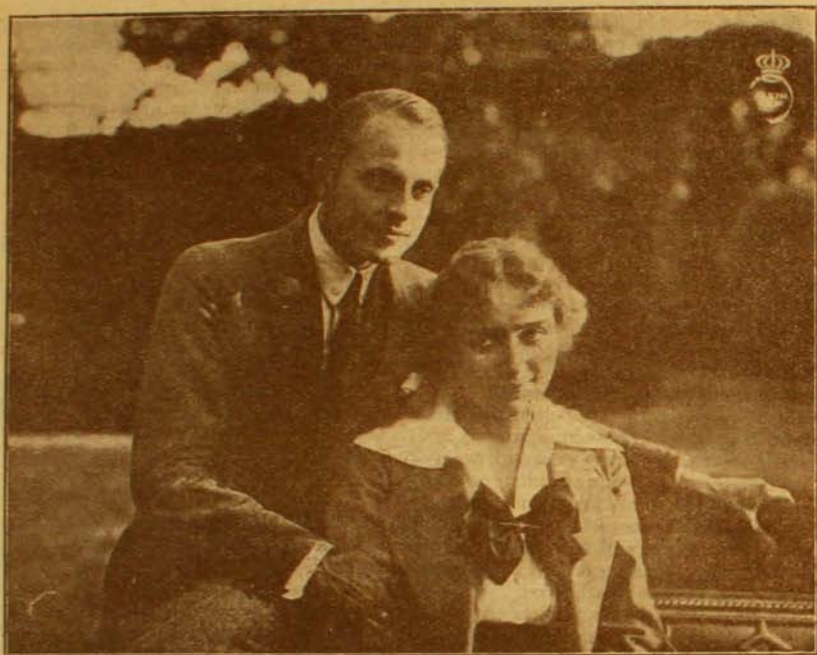
Preguntaba yo en Washington a uno de los hombres de más talento que he encontrado en la carrera de la vida, cual era el secreto del éxito de la película norteamericana en todo el mundo.

—La misma cualidad, me dijo, que nos hace hombres de negocios invencibles e inventores fecundos: la Imaginación...

En efecto: la Imaginación yankee ha triunfado en el cine de la gracia y espiritualidad francesa y acaso triunfe también del nebuloso sentimentalismo alemán...

La España no hará mejores películas que máquinas nuevas, por falta de esa facultad creadora... el realismo, bastante grosero, que la domina, en pintura desde Velazquez, en literatura desde que perdió sus viejos ideales, la incapacita para ello. Sus autores describen con verdad maravillosa, pero no imaginan... En ese país, Fernández y González fué despreciado como escritorzuelo de segunda nota... Es que los españoles son realistas porque no saben ser otra cosa... Veanse sus zarzuelas, sus revistas teatrales. Están condenados de antemano en el cine, y por eso y porque aunque su sensualidad se disfraza a veces con el ropaje del sentimentalismo, no saben amar la belleza, sino cuando hiere sus sentidos... No comprenden por eso tampoco la naturaleza, el paisaje.

En este terreno del cine, si yo fuera norteamericano, le tendría miedo sobre todo a la Inglaterra. La literatura de ese país es la más imaginativa del mundo... ¿Qué causas han impedido sus progresos en el cine? Será la nebulosa atmósfera de Gran Bretaña? Pero la costa azul y el mediterráneo...



Lotte Neumann en "La pobre Thea"

neo no están más lejos de Londres que California de New York... ¿Será el creciente desarrollo en ese país antes sano y feliz de la envidia democrática?... ¿Es ahora acaso la alegre Inglaterra de otros tiempos un país triste, envejecido y enfermo del mal del siglo? No quiero ni puedo dar una respuesta a tan hondos problemas. Ellos me destrozan el alma.

Pero he aquí que entra en escena la Alemania.

Antes de la guerra fueron conocidos en Chile algunas películas de ese origen como también algunas de los países escandinavos. Las inspiradas en lo que ya podemos llamar las tradiciones norteamericanas, tuvieron bastante éxito. Las otras (particularmente las escandinavas) recordaban el lóbrego pesimismo de ciertos autores dramáticos que más vale no nombrar. Salí de una

de ellas con el firme propósito de no volver al cine si se prodigaban también allí espectáculos de ese género... Probablemente el público sin hacerse formalmente igual propósito concluiría instintivamente por hacer lo mismo.

Después de la guerra he visto dos películas alemanas y las dos recientemente: la Dubarry, creo que en Londres, y ahora, en estos últimos días, "La Dueña del Mundo".

No vacilo, aunque me cueste, en declarar que esta última producción tiene todas o casi todas las buenas cualidades de las películas norteamericanas, aunque los actores me han parecido algo inferiores, pero también presentan ventajas de que las primeras carecen... ¿Será la novedad?

El argumento está maravillosamente ideado, con una fantasía de primera clase, los recursos escénicos espléndidos,



el lujo de los detalles aún superior a lo mejor que hemos visto... Los norteamericanos son eximios en el arte de falsificar países remotos, con hábiles trucos decorativos; los alemanes, cuando una escena ocurre en China, como en este caso, trasladan sus actores lisa y llanamente a China.

Por otra parte nada de sentimentalismos nebulosos ni de problemas psicológicos perturbadores y aburridos... En suma tan bueno y mejor que lo norteamericano, salvo acaso en el fondo moral.

Los caracteres no son tan francos y simples como los yankees. Ni la heroína es un modelo de todas las virtudes, ni el traidor (vilain) el trasunto de todas las maldades... Se deja más en este terreno a lo imprevisible, a la fantasía del espectador. De allí un interés más palpitante, sin ser desgarrador...

El éxito es completo, aunque se esté ya en un terreno resbaladizo... Pocos pasos más y entraremos en el de las indecisiones histéricas y en el de las brumas germánicas.

Se trata de un momento decisivo del cine. Los aficionados deben estar con el alma en suspenso... ¿Los alemanes y los modernistas les irán a echar a perder su espectáculo como antes lo hicieron con la música y con el teatro?

El problema es serio, porque los alemanes trabajan con empeño. La industria del cine, nacida allí antes de la guerra, ha hecho inmensos progresos durante las hostilidades. El número de

empresas se dice que alcanza a cerca de un centenar. El empeño por competir con los norteamericanos debe ser muy fuerte.

Disponen además de muchas artistas de nota y de mujeres muy lindas. ¿Quién ignora los nombres de Mia May, Pola Negri, Ossi Oswalda, Lotte Neuman, Asta Nielsen, Neny Pórtten, Hanni Weisse, etc? Entre los actores descuallas Miguel Bonnen, Hnas Nierendorf, Harry Liedtke, Paul Wagener, Ernst Lubitsch, Adolf Klein, Gustav Czimec, Rudolf Biebrach, Ferry Sikla, y otros muchos.

Casi todos estos artistas han trabajado antes y después de la guerra. El progreso de la industria hará surgir sin duda y pronto, como ocurrió en norte américa otras celebridades hoy ignoradas.

Las películas alemanas han obtenido gran éxito aún en los países que fueron enemigos de ese país durante la guerra, salvo acaso en Francia, donde el exclusivismo nacional y los odios son más poderosos. Dicen sin embargo, que Madame Dubarry fué representada en Francia con aceptación. Otras películas históricas, tales como Ana Bolena, han sido muy celebradas en Estados Unidos.

Se esperan muy próximamente en Chile nuevas películas alemanas.

Esperamos verlas para pronunciar acerca de ellas un juicio mejor fundado.





REPORTAJES · BIBLICOS

## Eva habla sobre la moda

ERA la hora del lunch en el Paraíso Celestial. Con la amabilidad que le es característica, nuestra madre Eva se irguió en la nube estilo Morris en que estaba sentada y con gesto de exquisita cortesía me indicó una nubecilla para que tomara asiento.

—¿Quiere servirse una manzana?—me dijo.

Ignoro por qué el aire de femenil coquetería que subrayó la invitación me hizo recordar el otro Paraíso, con su árbol de la Ciencia, su serpiente y, especialmente, su Arcángel con espada de fuego.

—Gracias, señora,—le dije.—Me siento algo indispuerto. Las manzanas...

—¡Curioso! A muchos les pasa igual. A Adán le caen malísimo... En cambio a mí, ¿para qué voy a negárselo? a pesar de mi edad, siguen gustándome... ¡Soy incorregible!

Y volvió a sonreír, con esa maldita expresión entre ingenua y picaresca que ha causado tantos daños en el mundo.

Hubo un momento de silencio. Yo pensaba, mirándola rubia, hermosa, insinuante, que Adán no fué tan culpable como cree el vulgo y me sentía algo turbado.

—¿Y...?—agregó tratando de enhe-

brar la conversación interrumpida.—Usted desaba, según me dijo Cain (Cain me había presentado) hacerme un reportaje sobre...

—Sobre la moda, señora...

—Pero ¡qué voy a decirle! Si aquí casi no se reciben los periódicos de París, y, créame, son poquitas, poquitas las almas que llegan bien vestidas. Casi todas vienen contando que su ajuar se les quemó en el Purgatorio. Ahora, en el Paraíso Terrenal, la moda era tan sencilla... Especialmente en otoño, cuando comenzaba la caída de las hojas...

—Señora,—le interrumpí,—por lo mismo que esa moda era sencilla y, por lo tanto, económica, interesa particularmente al público en estas épocas de crisis, depreciación de la moneda y alza de derechos aduaneros a los artículos suuntuarios.

—Si es así, no tengo inconveniente en decirle lo que pienso... pero ¡por favor! si usted encuentra que digo algún disparate, no lo ponga en su revista...

—¡No tenga usted cuidado!

—En el Paraíso, como le decía, las "toilets" eran sencillísimas y, sin embargo, ¡qué elegantes! Eso sí, se necesitaba tener muy buen cuerpo, en especial para llevar los trajes de diario. Un traje "de vestir, por supuesto, era ya más complicado. Recuerdo que precisamente el día que Adán comenzó con insistencia a ha-





cerme la corte, después de haberme mandado no sé cuántos recados con la serpiente, me presenté a él con un vestido precioso verde higuera ¡todo de mi propia idea! Sin "canesú", sin mangas, ni nada que impidiera lucir libremente el busto. Yo entonces era más delgada. El vestido era ¿cómo le explicaré? así, cortito. Una falda de hojas "plisée". Sin "panier", sin "drapéries", en fin, algo muy clásico. El "corsage" se sujetaba a la espalda por medio de una guirnalda de rosas "rococó" muy elegantes. Parecían realmente flores de mano. Me coloqué, además, un "santoir" de guindas ¡de comérselo! que me caía admirablemente y contrastaba con el verde del vestido. Adán, que traía por toda cuenta un abrigo de nutria en bastante mal estado, estaba encantado y parecía sentir una especie de voluptuosidad en arreglarme los pliegues de las hojas que yo había dejado de propósito un tanto "négligé". Recuerdo que hasta el plesiosauro, que era el animal más bruto, se sentía turbado, y varias veces se acercó a olfatearme la nueva confección. Las catas, por supuesto, hablaban pestes de mí y, medio muertas de envidia, criticaban mi vestido; decían que era de un verde chillón, que le faltaba cola, que era, además, indecente. ¡En mi vida he sentido tanto gusto! Se notaba que el cerro de la moda se les iba, y que aquéllo les hería en lo más vivo.

Adán mismo, apesar de ser un hombre

primitivo y no estar para fijarse en vestimentas, me preguntó de dónde lo había sacado y cuánto costaría un traje así. Perdonándole su mala educación, le contesté que era baratísimo, que me había ingeniado para hacerlo en la casa, y que tenía ya el proyecto de hacerme otro con aplicaciones de hoja de naranjo, que le sentarían a las mil maravillas.

El pobre hombre, que estaba como loco, se subió así, sin zapatos, tal cual andaba, a la cumbre del naranjo, y quedó hecho una lástima. Yo no sé qué me pasó. Me puse a llorar a gritos y, furiosa con las hojas de naranjo que habían sido causa de que se hiriera de ese modo, no quise recibírselas. El, entonces, se puso también muy triste, y noté que bajaba la cabeza, y con sus puños, más robustos que los del orangután, se enjugaba los ojos. Me dió tal aflicción, que lo abracé, comencé a hacerle mimos y a decirle que no fuera tonto, que yo no estaba enojada con él sino con el naranjo, y que si se ponía contento le daría una manzana muy bonita que me había regalado la serpiente. El trató de sonreírse y me abrozó tan brusca, tan torpemente, con un modo tan parecido al de los osos cuando luchan entre sí, que no pude contenerme, y con una extraña mezcla de alegría y temor, le entregué la manzana... Ya ve usted que si no es por el vestido, Adán no se habría atrevido a declararse.

—Para eso sirven las modas,—observé.



—Sí, para entusiasmar a los hombres, pero, muy especialmente, para hacer rabiar a las caturras.

—A las mujeres querrá usted decir.

—Da lo mismo. En el Paraíso no había otros espíritus de carácter femenino, por eso me he referido a las caturras. Pero esto a usted no le interesa... Quiere que le hable de las modas ¿no es verdad? Pues bien. Casi todas las que me ha tocado ver desde el Paraíso Terrenal hasta hace poco, las encuentro abominables...

Figúrese usted que durante siglos enteros, no sólo las mujeres orientales sino también las griegas y romanas, han llegado aquí con unos trajes—¿túnicas las llaman?—que parecían una camisa de dormir, con ligeras variantes.

Después, el Cielo comenzó a verse invadido con una serie interminable de repollos. Pero ¡siquiera hubieran sido na-

turales! Nô; venían amarradas en el medio, lo mismo que hacía Adán con las lechugas, sólo que la amarra era exagerada y la cintura, como un hilo, les daba aspecto de avispas.

Después—creo que ustedes llaman a esa época el Imperio,—volvieron a venir en camisa, pero siempre con el talle equivocado. Una de las debilidades de la mujer a través de los tiempos parece ser, por lo que he visto, la de ignorar donde tienen la cintura. Con el pretexto de la moda, se la colocan donde cae. Pero ¡más vale así! Figúrese que después les dió a mis pobres descendientes por enmendar a la Naturaleza colocándose unos bultos que por su distribución y su tamaño, no vacilo en calificar de vergonzosos.

La primera que ví de esa manera me causó una pena horrible. Creí que, efectivamente, mi raza había degenerado y





las mujeres estaban engordando sólo hasta la mitad. Soy un poco curiosa,—usted lo sabe—y no pude prescindir de tocarla disimuladamente por la espalda... ¡Qué horror! ¡Estaba toda hecha de alambres! Ella se percató de mi imprudencia y, furiosa, me dijo que eso era una elegancia, que se llamaba "polizón" y servía a las mujeres para verse interesantes.

Realmente parecían estarlo; pero no veo el objeto de semejante "camouflage", sobre todo tratándose de jóvenes solteras. Recuerdo que en mis tiempos, la esposa del cangurú andaba lo mismo, pero no por elegancia, sino por comodidad y espíritu maternal.

—Y ¿respecto a la moda actual?—le interrumpí.

—¿A cuál se refiere usted?—me preguntó.—¿A la de baño o a la otra? Porque debo observarle que he notado que las señoras se visten únicamente cuando se trata de meterse al agua. ¡Qué cantidad de ropa, Dios mío! Traje cerrado hasta el cuello, pantalones, zapatillas, medias y hasta gorra... Yo no sé qué gusto tienen en mojar la ropa. Tanto mejor que sería dejar esos abrigos para los meses de invierno y bañarse en el verano con los vestidos de baile...

—¿Los haya usted de mal gusto?

—En modo alguno. ¡Si yo lancé la moda, como le dije al principio! Pero en de-

bida forma, decente, sin exageraciones y, además, confeccionada con elementos naturales: hojas, cortezas y flores. No con esa tela inmundada que fabrican—según me han asegurado—con baba de gusanos. Yo sólo de pensar en esos bichos me horripilo. ¡No sé cómo tienen nervios para ponerse en el cuerpo una porquería semejante! Usted debía hablar sobre esto, protestar, poner el grito en el Cielo, quiero decir en la Tierra, y, sobre todo, convencer a las mujeres de que deben imitarme, ¡pero no exagerar la moda!...

La presencia de Adán, que se acercaba hojeando un libro de Zootecnia, cortó nuestra conversación.

—¡Ya está mi mujer hablando de trapos!...

—¿Cómo yo nada te digo cuando hablas de política?

—Y trato de lo que entiendo. En cambio, tú, ¿cuándo has sabido vestirse?

—¡Ah! ¿quieres negarme también eso? A mí que hoy día—¡fíjate bien!—hoy día, después de cuarenta siglos, mantengo el cetro de la moda!...

—¡No te pongas en ridículo! ¡Acuérdate de tus años!

—¡Mal educado!

—¡Indecente!

Me retiré, sin despedirme, para no verme mezclado en una desavenencia conyugal.

P.



# Mapa de la distribución

## de las lluvias en Chile

Por A. B. C.

**T**ODO el mundo sabe que Chile es un país de grandes contrastes e irregularidades en la distribución de las lluvias.

De allí el enorme interés práctico y científico de conocer con la mayor exactitud posible la forma como ese fenómeno, de tanta importancia para la riqueza agrícola, se reparte en las diversas secciones del territorio.

A este respecto existen algunas verdades generales que nadie ignora: por ejemplo que en los desiertos del norte apenas cae una gota de agua y que el sur es por lo general excesivamente lluvioso. Así a nadie le ha ocurrido emprender la cría de ganados en los arenales de Antofagasta ni catear salitres en Valdivia o Llanquihue.

Sin embargo es muy frecuente que los hombres de negocio incurran en equivocaciones de cierta magnitud al apreciar las condiciones agrícolas de la zona a que piensan dedicar su actividad, por no conocer, ni siquiera aproximadamente las irregularidades a primera vista extraordinarias que presentan nuestro país en materia de lluvias. Bajo este punto de vista el Mapa que ofrecemos a los lectores de *Pacífico Magazine* y que es el primer ensayo serio de una carta pluviométrica de Chile, puede ser de inmensa utilidad.

En este Mapa, la República aparece dividida en manchas señaladas con signos diferentes, según la cantidad de agua que cae en cada una de ellas.

Las zonas donde llueve por término medio menos de cincuenta milímetros al año aparecen en blanco. Este es el desierto, donde toda agricultura es imposible sin el regadío artificial.

Las zonas donde llueve de 50 a 200

milímetros aparecen punteadas. Aquí también la agricultura de secano, es imposible, salvo en años excepcionales. En cambio crecen en ella arbustos espinosos utilizables como leña o en otros menesteres, y, salvo en los períodos de sequía pueden suministrar pasto para la ganadería en invierno y primavera.

Las zonas donde llueve de 200 a 500 milímetros están señaladas por pequeñas líneas horizontales. En esta zona pueden cultivarse de secano los cereales, como así mismo emplearse en la cría de ganados; pero aquí es imposible pensar en producir hortalizas, maíz, papas o leguminosas (salvo acaso el garbanzo) ni establecer viñas y plantaciones de árboles frutales sin el auxilio del regadío. Como tipo de esta región, pueden citarse los rulos del centro, sobre todo al oriente de la cordillera de la costa.

Las zonas donde llueve de 500 milímetros a un metro, están señaladas por un rayado diagonal bastante espaciado. Buena o bastante buena para la agricultura de secano es esta región. Se producen en ella, sin necesidad de regadío todos los cereales, la papa y muchas de las leguminosas. Los pastos son tolerablemente abundantes y nunca faltan del todo. La viña y el olivo crecen y fructifican en ella sin necesidad de riego. Cuando no ha sido destruida por el hombre esta zona ofrece una vegetación forestal y bastante rica. Los buenos rulos de la costa y los faldeos de la cordillera en la región central representan muy típicamente la zona de que hablamos.

Las zonas en que llueve de uno a dos metros están señaladas en la carta por un rayado diagonal bastante tupido.



do. Dicha región se puede comparar por sus condiciones agrícolas con las más favorecidas de Europa, salvo hacia las vecindades del Estrecho de Magallanes, donde la falta de calor impide ya la maduración de muchos de los productos más nobles de la zona templada.

Las zonas en que llueve de dos a tres metros están señaladas por líneas cruzadas diagonalmente. El cultivo es aquí también posible y hasta provechoso, salvo siempre en las regiones muy frías del sur; pero las lluvias son ya excesivas, y hasta éste respecto son preferibles como utilización agrícola las dos zonas anteriores.

Por último las zonas en que llueve más de tres metros están señaladas por tinta negra unida. En general dichas zonas no son muy recomendables para la agricultura por exceso de humedad.

Una simple inspección del plano basta para comprender a primera vista que las zonas descritas están repartidas mucho más irregularmente de lo que se hubiera creído.

En la región del norte y del centro la costa es relativamente seca. Se produce en cambio un primer máximo de humedad en las vertientes occidentales de la cordillera marítima, mientras el valle longitudinal es mucho más seco. El máximo de lluvias se produce en las laderas de los Andes y esta circunstancia explica la relativa importancia de los ríos que riegan nuestro territorio. Así, ya en la provincia de Santiago aparecen zonas con más de dos metros de lluvia, es decir comparables en este sentido con muchos puntos de las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé.

Los agricultores de Santiago manifiestan de ordinario un profundo desdén por las tierras de rulo en la región central. Ello se explica porque las que tienen más a la vista, son las situadas en la parte más seca de dicha zona, como por ejemplo las de Chacabuco, Polpaico, Lampa, etc. Si miran nuestro mapa, verán que los rulos de la costa, los de Casablanca y San Antonio por ejemplo reciben mucho más agua, si se tiene, sobre todo en cuenta la atmós-

fera húmeda y fresca de las vecindades del mar, no agosta allí tanto la vegetación como la atmósfera abrasada y seca del interior.

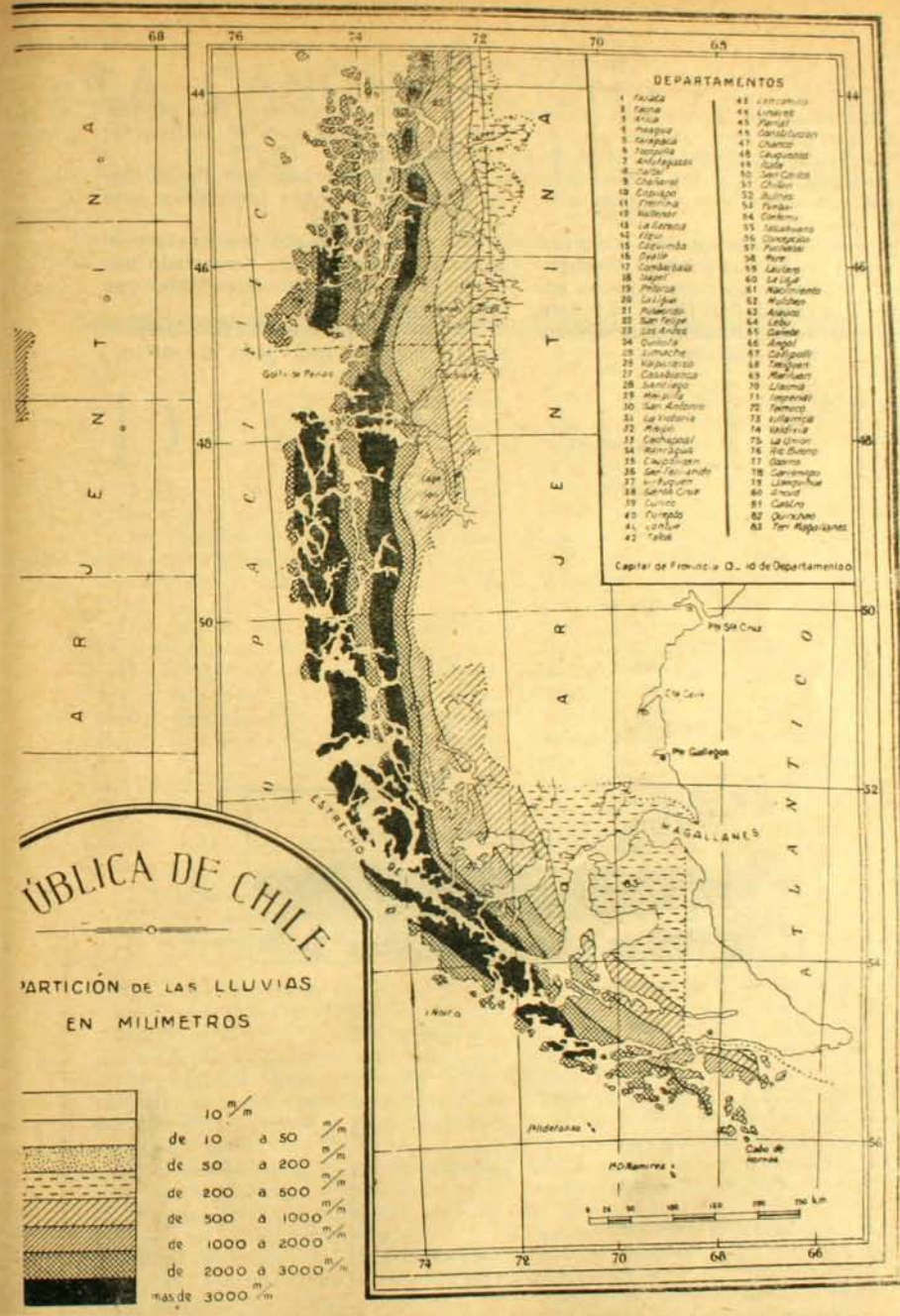
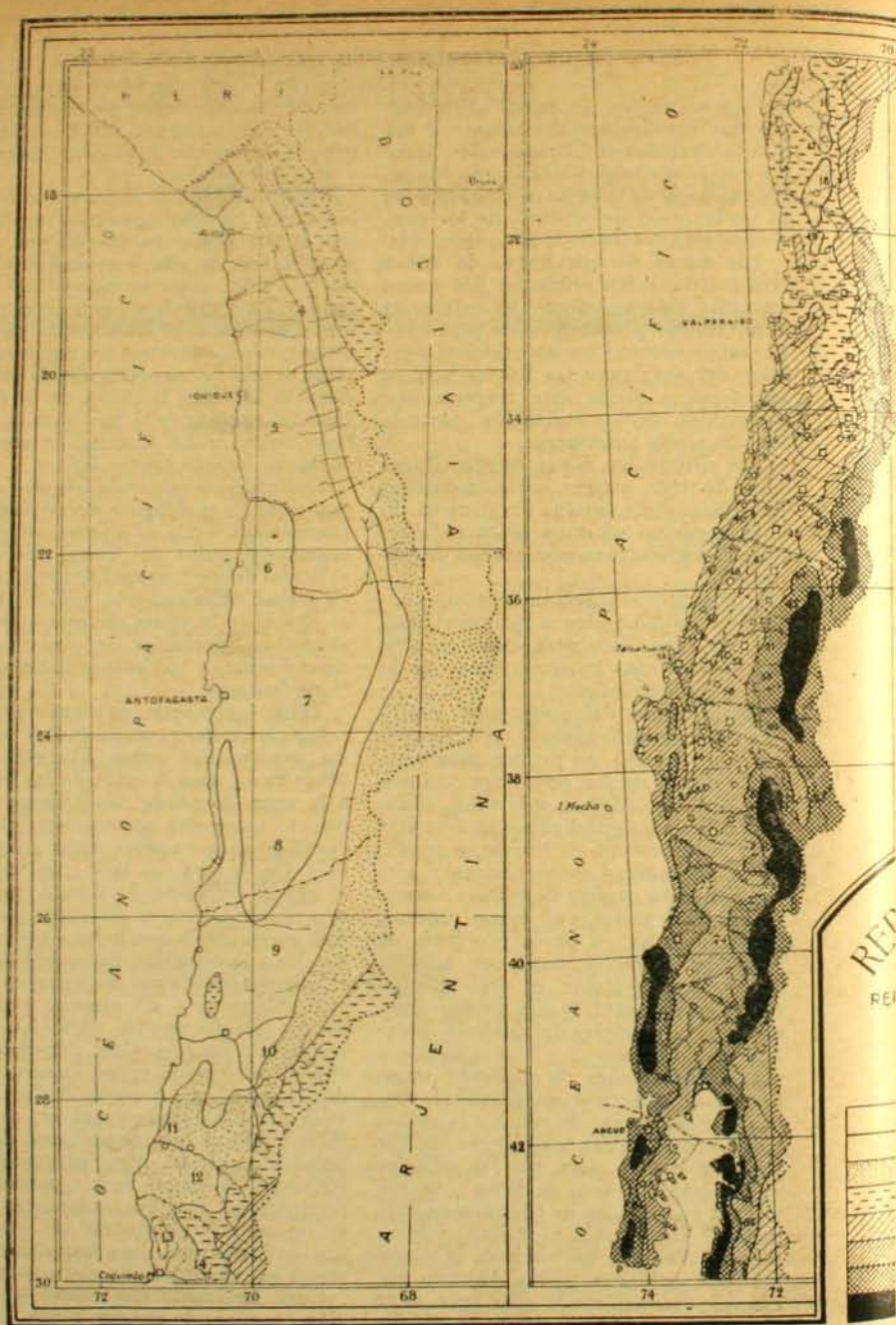
En Araucanía por el contrario la colonización ha sido tanto más rápida en una región según las lluvias que caen en ella. Las de una humedad moderada han sido, como es natural las preferidas. En Valdivia y Llanquihue principalmente, el valle central está ya bastante poblado mientras las regiones vecinas al mar permanecen más desiertas. Esta es también la causa de la superioridad agrícola de la provincia de Malleco sobre la de Arauco, situada, no obstante, bajo la misma latitud.

Nadie ignora que en la isla de Chiloé casi toda la población se encuentran concentrada hacia el oriente, sobre las costas del golfo de Ancud, mientras el litoral del océano está desierto, o poco menos. Examinando nuestro mapa se descubre la causa de este aparente anomalía. Las lluvias son excesivas hacia el Pacífico y moderadas hacia el golfo de Ancud.

Tarde o temprano se emprenderá la colonización de las regiones hoy desiertas que median entre Llanquihue y Magallanes. Con el mapa de las lluvias a la vista, se puede desde luego establecer cuales son las regiones más favorables para empezar dicha colonización. Desde luego es fácil observar que el litoral del golfo de Ancud opuesto a la isla de Chiloé se distingue por lluvias excesivas lo que le hace poco apto para la colonización. En cambio hacia el interior las lluvias disminuyen considerablemente y allí estarán, por tanto, los futuros centros agrícolas de la región. En las hoyas del Petrohué, del Puelo, del Yelcho y del Palena, sucederá lo que hoy sucede en Valdivia: la agricultura se concentrará en el interior, mientras los alrededores de los puertos, junto al mar, permanecerán cubiertos de selvas, más o menos improductivas. Los que quieran especular en tierras dentro de esa vasta y hoy casi desierta zona harán bien en tomar en cuenta dicha circunstancia.

Otro fenómeno que llama la atención examinando nuestro mapa, es que







las comarcas de lluvias excesivas o abundantes son más extensas en Chile que las zonas áridas o semi-áridas. No estamos, pues, a este respecto, tan abandonados de la mano de Dios como suele creerse.

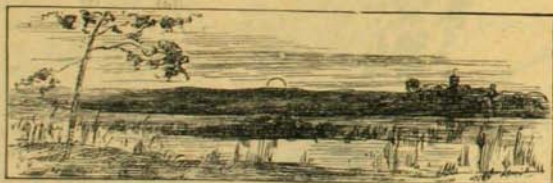
En resúmen para apreciar con nuestro mapa las buenas o malas condiciones de una tierra para los cultivos, por lo que a la cantidad de lluvia se refiere, no es malo tener en cuenta las siguientes reglas muy sencillísimas.

Las zonas en blanco o sólo punteadas no son aptas para el cultivo sin regadío artificial.

Las zonas marcadas por líneas diagonales, son las más preferibles para el cultivo de rulo.

Las zonas marcadas por líneas cruzadas comienzan a ser demasiado húmedas, y son menos recomendables que las anteriores.

Las zonas negras son de lluvias excesivas y no muy aptas para el cultivo.



# LA CANONIZACION

## DE DON JUAN TENORIO

El verdadero Don Juan.—De tenorio a marido y de marido a Venerable.—Penitencia y milagros.—Un artículo de Paul Olivier.

**D**ON Juan el enamorado, don Juan el libertino, don Juan el raptor de monjas, está en serio peligro de ser canonizado.

La historia, esa terrible hurgadora de vidas, que en su terna "revisión de valores" desmorona las famas más enhiestas, suele también alzar del polvo los nombres más abatidos y reclamar para ellos los altares.

Don Juan ha sido víctima de una de estas indiscreciones de la historia.

Inútiles han sido sus escándalos, vanas sus declaraciones y sus protestas de impiedad, repetidas a los cuatro ámbitos del mundo, por la poesía, la novela y el teatro.

De nada ha servido al héroe repetir miles de veces desde el escenario:

"Yo a las cabañas bajé,  
yo a los palacios subí,  
yo los claustros escalé  
y en todas partes dejé  
memoria amarga de mí!"

Esa memoria amarga ha durado apenas tres siglos—; qué son ellos en la vida del mundo!—y la fama del ilustre seductor ha empezado a esfumarse lentamente, pasando a segundo término, para dejar abierto campo al hombre nuevo, prudente, respetable, algo burgués, y luego virtuoso, abnegado, santo.

Don Juan se había, es cierto, arrepentido ante la aparición de doña Inés, en el último acto del famoso drama; pero nadie creía en su arrepentimiento.

Había hecho milagros. ¿Qué mayor prodigio que enamorar a una mujer en el breve término de diez minutos con las poéticas vulgaridades de la escena tercera?

Ah! ¿no es cierto ángel de amor, que en esta apartada orilla más pura la luna brilla y se respira mejor?

Y, sin embargo, no ha sido este milagro el que le ha valido los honores de que su nombre pueda un día llegar al calendario.

Porque, la canonización de Don Juan, no es una mera fantasía: tiene un fundamento serio, histórico, respetable como casi todos los hechos que parecen ser demasiado inverosímiles para aceptarlos sin comprobación.

"Si dudáis de ello—dice la "Revue de France" en el número de 15 de Mayo último,—id a la Biblioteca Nacional y haced enseñar en los "Impresos" los dos volúmenes infolio inscritos bajo la anotación H. 1258 y 1259, la 658 y 659, colección de una importante colección de documentos de canonización, llevados del Vaticano por Napoleón I. Compulsad en esas páginas y por poco que sepáis de castellano, de italiano y latín de iglesia, quedaréis edificadas con las innumerables virtudes, milagros y sacrificios que atestiguan la santidad de Miguel de Mañara Vicentello de Leca, sevillano, caballero profeso de la orden militar de Calatrava, benefactor y reorganizador de la Orden de la Caridad y de la Cofradía de la Penitencia. Pero, diréis, ¿qué hay de común entre este Miguel, este beato, este soldadote afeitado y el orgulloso libertino de Tirso y de Moliere, de Mozart y de Byron, fanfarrón de vicios, Prometeo con peluca, cuya impiedad no cede un punto aún bajo el fuego del cielo, pronto a aniquilarlo?

"Esto: que aquel es verdadero héroe, no de la leyenda sino de la historia, la encar-





nación real del desenfreno y la crápula, cuya infamia resonante llenó el mundo de escándalos y aventuras, con las cuales los poetas modelaron la figura de Don Juan. En cuanto a Juan Tenorio el huésped del Comendador, que sobre las vagas referencias de una farsa italiana immortalizó Molière, es un héroe ficticio cuyo trágico fin, arrancado a alguna antigua leyenda, se contenta con expresar simbólicamente, bajo las facciones del hombre de piedra, la vergonzosa anquilosis que, a la vuelta de los años, hiela las voluptuosidades inconsideradas que acompañan al placer".

En otras palabras, el verdadero Don Juan, el Don Juan español y auténtico que en estos tiempos de competencia in-

dustrial, llevaría en su espada toledana un rubro que dijera, como las tabletas Bayer, "desconfiad de las imitaciones", es don Miguel de Marañón.

De ese nombre salió primero, debido a una trasposición sólo explicable para los eruditos, el Don Juan de Mañara que, tomado sucesivamente por la leyenda popular por un comediante anónimo, y luego por Byron, Musset, Dumas, Barvey d'Aureville, Rostand y Zorrilla, ha llegado hasta la pluma de Marquina, dejando en novelas y comedias, en poesías y leyendas, un reguero de escándalo simpático y libertinaje atrayente.

La historia afirma que el verdadero Don Juan nació en Sevilla, en 1626, y que fueron sus padres don Tomás Mañara y doña Girolania Anfriano, ambos originarios de Córcega, esa isla que, con haber servi-

do de cuna a Napoleón, tenía suficiente mérito para ser reconocida como patria de "conquistadores".

Como Bonaparte, Don Juan tuvo su época de triunfos, luego su Waterloo y, por último, también su Santa Elena.

Sólo que los poetas de Don Juan, más piadosos que los biógrafos del Emperador, se limitaron a contar sus años de juventud, de conquistas y de gloria.

No han hecho, por cierto, lo mismo, los frios y adustos teólogos que después se han ocupado de su canonización.

"Como es de imaginar—dice Paul Olivier—las piadosas memorias, aducidas ante Roma, con el fin de atestiguar su calidad de Venerable, son respecto a este pe-

riodo de su vida, de una extrema sobriedad de detalles”.

“Era—constata simplemente uno de sus apologistas — “un uomo bizzarro di un spirito travolto ed di un animo inconsiderato...” “Spiculus pravitatis confixus, quondam insolentian, ex ebulliente sanguine partam, adhuc juvenis, denuntiabat” agrega un piadoso Obispo. Pero, indulgentes de buen grado, lejos de deplorar los fogosos arranques a los cuales se entregaba Don Juan, los buenos religiosos, sus biógrafos, descubren allí al contrario: “non modica futurae sanctitatis indicia”. ¿Qué son, después de todo, sino los sobresaltos de un corazón que busca dolorosamente su vía? El cuerpo no es al fin y al cabo sino el espejo del alma, y en los extravíos corporales bien se sabe que es el alma, sedienta del infinito, la que arrastra de lodazal en lodazal a su miserable compañero”.

He dicho antes que Don Juan, como su audaz colega de conquistas, conoció la derrota, la rendición, el desastre. El Waterloo del Tenorio fué, sin duda, su matrimonio con doña Girolama Carillo de Mendoza.

¡Don Juan Tenorio casado, Don Juan Tenorio con pantuflas y bata junto a la chimenea del hogar, Don Juan Tenorio preocupado, como el último burgués, del arreglo y buen orden de la casa, Don Juan Tenorio algo celoso y moralista criticando, en compañía de Doña Girolama, la licencia de las costumbres, y exclamando horroizado: “Ah! en mi tiempo no pasaban estas cosas!” es algo tan absurdo, tan ridículo, que la pluma se resiste a comentarlo!

Del arrepentimiento a la virtud no hay

más que un paso, y el hombre antiguo, romántico, apasionado, salvó gallardamente la distancia como antes escalara las paredes de los claustros.

El dolor, más fiel que Ciuti y todos los criados del mundo, vino también en su ayuda.

Ante el lecho de muerte de la sola mujer que lograra fijar su corazón de libertino, Don Juan inclinó resignado la cabeza y depositó el postrer beso—acaso el único sincero—sobre la frente fría y pálida de su última ilusión.

El cronista hace notar que desde este momento, que señala el punto preciso de la conversión de Don Juan, las piadosas memorias se extienden largamente sobre la vida del futuro santo.

Nadie conocería, ya, en ese hombre que abjura ante sus amigos de sus pasados errores, que funda un hospital, que reparte sus dineros a los pobres, que se retira al desierto de las Nieves, y luego de per-





manecer algunos meses en Ronda en el Convento de los Carmelitas Descalzos, solicita y obtiene su admisión en el Convento de la Caridad en Sevilla, al cinico libertino que pocos años antes llenaba el mundo con la fama de sus impiedades y escándalos.

“Un cilicio de crin, bajo el sayal, martiriza su carne; un ataúd más corto que su cuerpo le sirve de lecho. No come sino pasas cocidas y cada mañana, al despertar el cocinero del Convento, tiene la misión expresa de administrarle una bofetada.

“Su carne y su orgullo muertos, se entrega por completo a las obras de caridad y se vuelve el servidor y el lacayo de los pobres. En el umbral de la enfermería que ha fundado, acoge él mismo a los que llegan, les besa las manos, les lava los pies. Se ocupa en los más viles menesteres, “nettando vasi in mondi”, complaciéndose al contacto de la purulencia y las llagas. Mendiga para dotar a las jóvenes en peligro de caer, y numerosos testimonios le presentan ocupándose de “maritare orfane e donzelle povere e virtuose”.

Bajo el grosero sayal el corazón del eterno enamorado latía, sin embargo, con la misma apasionada intensidad. La penitencia, la virtud y el claustro, no habían hecho sino cambiar la dirección de sus afectos, llevándolos desde la tierra al cielo.

“Se sabe por los buenos monjes, sus compañeros y apologistas—agrega Paul Olivier—que Don Juan muchas veces era víctima de “borrasche di lagrime”, de ráfagas de llanto; a veces de accesos de devoción desenfrenada, de efusiones seráficas, cuya descripción evoca los grandes éxtasis de amor que transportaban a Santa Teresa”.

Llega un momento por fin en que la carne, debilitada por el sufrimiento, el ayuno y el cilicio, es frágil vaso para contener la esencia que pugna por salir y remontarse al cielo; y una mañana—la víspera de su muerte—el rostro del asceta se ilumina con una dulce sonrisa.

El Arzobispo le interroga:

—Como viene V. Signoria tanto allegro.

—Perché voglio morire—porque quiero morir—fué su respuesta.

Era el 9 de Marzo de 1679. Sobre su

tumba, en el Convento de la Caridad, se grabó, respetando su postrera disposición testamentaria:

**Aquí yace el peor hombre que fué en el mundo.**

¡Qué diferencia de tono en esa frase que allí grabada en el mármol constituye el más sublime arranque de humildad, y que treinta años antes era el reto jactancioso del Tenorio!

Muerto en olor de santidad, no tardaron en llover sobre Roma las cartas, los documentos, las memorias de cuantos le conocieron, para acreditar su venerabilidad y conseguir su beatificación.

Pero un proceso de canonización es más meticuloso, más complicado, más lento de lo que el público imagina.

Si ser santo es difícil, es más difícil aún el demostrarlo.

La lentitud judicial que en los países democráticos se considera un defecto, se mira en el Vaticano como una solemnidad. La Ciudad Eterna tiene justo derecho a tener una justicia casi eterna.

Sólo después de diez años de producida la prueba sobre una canonización, la Emisión de Ritos se encuentra en situación de declarar la admisibilidad de la causa, y el Soberano Pontífice de firmar el correspondiente decreto de introducción, otorgando al siervo de Dios solicitante el título de Venerable, primer grado del proceso de Santificación.

En esta calidad de Venerable se encuentra actualmente Don Juan.

Para llegar a obtener la beatificación, es de absoluto rigor demostrar “la heroicidad de sus virtudes y la indiscutibilidad de los milagros”.

La beatificación exige dos milagros, y cuatro la canonización.

Ahora bien, “instruido el sumario por primera vez en 1670, un año después de la muerte de Don Juan, sobre la declaración de los veinte testigos requeridos, el proceso fué continuado en 1749 y luego en 1770, con el apoyo de 35 declaraciones nuevas. Desde 1770 a 1778, la instrucción fué llevada con bastante actividad y el 13 de Mayo de 1778,—según aparece de un manuscrito anexo del expediente de canonización—la Comisión de Ritos reco-

noció el buen fundamento de la causa y el Soberano Pontífice ratificó esta decisión".

A contar de esta fecha, Don Juan tiene derecho a llevar el título de Venerable.

Desde entonces, el proceso no ha vuelto a ser agitado. ¿Falta de interés de los devotos, escasez de parientes, carencia de dinero para hacer frente a los crecidos gastos que demanda un juicio de tal naturaleza?

Sea de ello lo que quiera. El caso es que sus patrocinantes se contentaron en 1770 en pedir "no la beatificación completa, sino una especie de intermedio entre aquella y la Venerabilidad: la **beatificación equipolente**, que se limita a confirmar después de un siglo el culto establecido por una veneración anterior, y consagra de este modo, por tolerancia, la existencia de algunos pequeños santos locales al margen de los cánones".

Esta suerte de abandono en que se ha dejado desde entonces al héroe, es realmente dolorosa.

En la novelesca y azarosa vida de Don Juan Tenorio, confirmada por tantos testimonios, no faltan ni aún los milagros. Se cita, en efecto, el caso de cierto Juan Meléndez, paralítico que cuidado en el hospital y curado por las propias manos de Don Juan, se irguió de pronto "sanus illico factus" y bailó una seguidilla. Se hace referencia también a cierta multiplicación de cereales que colmaba de contento al buen monje jardinero, y de la conversión de veinticuatro ingleses protestantes.

¿Qué más pedir a un hombre que sólo dedicó a la santidad la última parte de su vida?

En todo caso, el título de Venerable "es suficiente—como dice el autor tantas veces citado—para que una devoción fecun-



da en indulgencias y fértil en beneficios, se agregue un día a este Don Juan, protector de corazones fieles, de amantes inseparables y de viudas pudorosas, defensor de sirvientes y deudores desdichados y patrón de timoratos, castos e irresolutos".

El airoso chambergo del arrogante libertino de Tirso y de Molière cede el paso a la aureola de los santos, y Don Juan la acepta gallardamente y penetra en el cielo, como antaño entrara en el Panteón de Sevilla, tras corto diálogo con el portero, sin hacer mayor caso de prohibiciones y protestas:

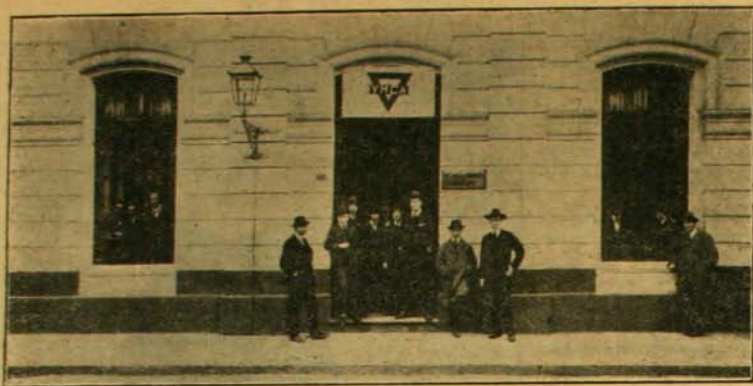
—Sólo a él está prohibida en este Panteón la entrada.

—¡Trae D. Juan muy buena espada, y no hay quién se lo impida!

En este caso la espada son sus virtudes. Inclinémonos también ante Don Juan Tenorio Santo.

P.





El local de la Y. M. C. A. en Santiago

## Y. M. C. A.

**E**NERGICAS y sugestivas como todo americano, se destacan sobre un triángulo rojo las cuatro letras que simbolizan a esta extendida sociedad cultural: Y. M. C. A. (Young Men's Christian Association).

Pero no es necesario ser fascinado mágicamente por ellas para interesarse por conocer algo de lo que en ellas se encierra. Basta el hecho de que la Asociación Cristiana de Jóvenes sea, creemos que sin habérselo propuesto, una gran organización de extensión de la cultura norteamericana, casi nos atreveríamos a decir, de propaganda norteamericana, para interesar vivamente a todo chileno.

La Y. M. C. A. se propone la elevación

moral de sus asociados, y prepararlos a una vida útil y confortable, por medio de la vida social, de la educación física, y del desenvolvimiento intelectual. "Mens sana in corpore sano" es su lema.

Su método consiste en atraerse los jóvenes de todas las clases sociales, por medio de clubs y gimnasios, contribuir por medio de una influencia amistosa constante en la formación de su carácter, y convencerlos principalmente de que, una vez así formados, ellos deben ser los guías de sí mismos en todas las cuestiones morales e intelectuales que se les presenten en la vida: la aplicación más amplia en la práctica del principio del libre examen, utilizado con acierto en la formación de la responsabilidad y del carácter.



Mens sana —



— in corpore sano



S. Saito, Secretario general en el Japón

Como su nombre lo indica, esta sociedad está inspirada en los principios del Cristianismo, y pretende, mediante tal método del libre examen, enseñar dichos principios en su pureza absoluta.

De lo que por conversaciones o lecturas hemos podido deducir, se desprende que esta sociedad es una secta religiosa, tal vez una de las que cuenta con más numerosos adeptos. Pero debemos agre-

gar que es una secta religiosa con la menos dosis de religión que puede ser compatible con la enseñanza de una moral práctica, llevada, es necesario reconocerlo, en forma relevante.

Nació la Y. M. C. A. en Inglaterra, ha-setenta y siete años, pero no tomó su verdadero desarrollo hasta que atravesó el Atlántico, para crecer a las proporciones colosales que todo toma en los Estados Unidos.

No es propio de esta ligera exposición describir cómo a través de algunas evoluciones llegó a tomar su actual forma de organización.

Debemos contentarnos con saber que



David Z. T. Yui, Secretario general en la China

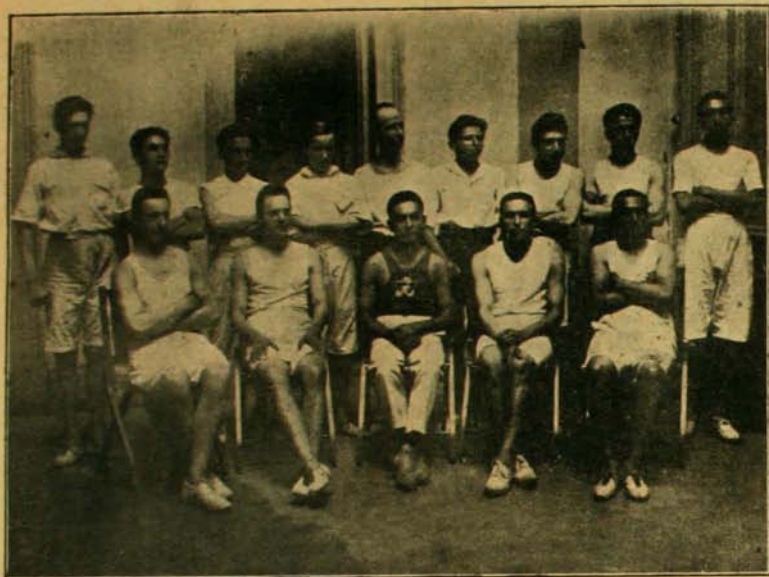


K. T. Paul, Secretario general en la India

hoy día los jóvenes que después de haber experimentado la influencia decisiva que tiene en sus vidas dicha organización, se sienten llamados a ejercer esa misma influencia directamente en otros jóvenes, encuentran grandes planteles de enseñanza, destinados exclusivamente a la preparación del personal técnico propagandista, en que se les recibe sin distinción de razas ni creencias, y en que se les habilita para entrar a servir a una organización suficientemente vasta y poderosa para asegurarles una carrera honorable y bien reñutada.

De ahí que los secretarios de las Aso-





Santiago.—Primer Curso de Gimnasia, a cargo del "leader" señor A. Díaz

ciaciones Locales, y los profesores y demás personal tengan la eficiencia admirable que les permite formar en las ciudades donde ponen el pie, grupos que muy pronto dejan de necesitar la ayuda pecuniaria de las Asociaciones hermanas, y que poco más tarde tiene gente bastante penetrada del espíritu vivo de la obra, para que se les pueda confiar la dirección de la Asociación en la localidad.

Apesar de la cohesión muy estrecha que una obra de tan fuerte vitalidad debe necesariamente tener, la autonomía de las diversas Asociaciones es de lo más efectiva, porque en realidad, aparte de la autoridad moral que naturalmente ejercen sobre sus consocios los hombres más eminentes de la Asociación, los diversos grupos no tienen entre sí otro vínculo efectivo que el de la dependencia financiera, cuando se hace necesaria alguna ayuda, y que el intercambio de hospitalidad y de afectuosas atenciones a los miembros en viaje, elemento este último que es de carácter meramente amistoso, sin que por eso deje de ser uno de los más fuertes principios vitales que animan a esta moderna congregación.

La Y. M. C. A. existe entre nosotros desde hace unos diez años, muy próspera en Valparaíso, donde casi puede decirse que hacía necesaria su existencia la numerosa colonia inglesa y americana.

En Santiago está instalada desde Diciembre del año pasado y para su corta vida, no pueden ser más halagüeños los resultados, porque cuenta hoy con ciento sesenta asociados, de los cuales 113 son chilenos, 19 norteamericanos, 10 ingleses y el resto de muy diversas nacionalidades.

Hemos visitado el local, que es un buen club para estudiantes y gente de trabajo, que, sin grandes gastos, puede encontrar allí entretenimientos variados, amable amistad y compañerismo y saludable acción moral para aquellos que no la toleran demasiado absorbente.

Una institución que, dados los tiempos de suma independencia y ligero espíritu de crítica, llena una verdadera necesidad para tantos caracteres que flotan sin guía ni contrapeso, así como la llena en lo físico y en lo social, para los jóvenes de clase media, y especialmente de provincias, a quienes proporciona, a su manera, un verdadero hogar.



La ciencia explica  
la enigmática sonrisa  
◇ de la Gioconda ◇



**L**OS artistas más distinguidos, y los más encumbrados críticos y poetas han escrito, se han devanado los sesos, y han disvariado durante siglos, acerca de la sonrisa enigmática de Monna Lisa, la belleza rapada del Louvre y vuelta a recuperar.

El profesor Sigmund Freud, de Viena, ha lanzado una teoría nueva, digna del más original de los psicólogos; y de adherir a ella, habría que convenir en que sus antecesores en la cuestión no han andado ni cerca del secreto. Para él, la clave está en el prurito masculino que ha inundado de menuda miseria la vida de tantas esposas, de estar encontrando siempre mejor las cosas como las hace la madre del marido, y confundiendo sin cesar a la esposa con humillantes comparaciones.

Para abreviar, Leonardo de Vinci quería a su madre de tal manera, que ni por un instante de su vida pudo olvidar su imagen ni desprenderse de su influencia, y por eso su sonrisa amable aparece estampada en sus mejores cuadros, hasta el punto de ostentarla aun algunos rostros masculinos.

El profesor Freud es el representante genuino de un sistema psicológico muy

particular, que emplea como su principal resorte de investigación la interpretación de los sueños, y rastrea el desarrollo mental de cada hombre principalmente en las relaciones de su infancia con su madre, en el grado de afecto que los ligó, en la separación gradual que trae la adolescencia, y en los recuerdos que él guarda de ella.

Resulta en el caso de Leonardo de Vinci, que la imagen materna era demasiado intensa para ser borrada. El recuerdo de sus besos le impidió desear jamás tal caricia de otros labios de mujer. Su pasión por ella afectó trascendentalmente el carácter de su ingenio, transformándose en una extraordinaria capacidad artística, y en una fecunda curiosidad científica, al mismo tiempo que lo retraía de una manera efectiva de las demás mujeres.

Lo curioso del caso es que tuvo en realidad dos madres, a quienes amó con igual transporte, y que le correspondieron con la misma adoración, y fueron, su verdadera madre, Catalina, y su joven madrastra, donna Albiera. Leonardo tuvo la desgracia de nacer de una unión ilegítima, y cuando tenía tres a cinco años lo adoptó su madrastra, que no tenía descendencia, y le consagró un cariño casi desordenado en su intensidad.

Este es, pues, uno de los casos que confirman la regla casi sin excepciones de que todo amor materno exagerado hace del hijo un ser anormal, genio o inepto.

La tesis del profesor Freud da por primera vez una explicación científica a los misterios que permanecían más oscuros en la vida de Leonardo, y que tanto han hecho cavar a críticos y artistas.

¿Porqué era indiferente a las mujeres, cuando por lo común los hombres de genio o de gran vitalidad son lo contrario?

Porque el amor maternal había sofocado a besos su capacidad para amar.

¿Y qué significa esa sonrisa enigmática de Monna Lisa, sobre la cual Walter Pater y otros críticos han escrito tantas carillas? Era la amable sonrisa de la madre, grabada de una manera indeleble en su subconsciencia, desde los tiernos años de la infancia.

¿Cuáles fueron sus verdaderas relaciones con la Monna Lisa de la vida real, que



Studio en el castillo de Windsor

han sido siempre una adivinanza para los biógrafos?

Eran relaciones de un orden puramente psicológico. La sonrisa de esta mujer le hacía recordar la de su madre, y él la inmortalizó con la características de su madre y tal vez de otras mujeres de su familia, que lo acariciaron en la infancia.

De Vinci invirtió largos meses corrigiendo y rehaciendo este cuadro, enamorado del cuadro mismo, nó del modelo.

¿Por qué descuidaba tanto su trabajo artístico, cuando era tan asiduo y tan intensamente investigador en elucubraciones de carácter científico, en las cuales, sin embargo, resultó prácticamente un fracaso?

Porque su amor excesivo por su madre había dañado su facultad de perseverancia, dotándole al mismo tiempo de un impulso de curiosidad desequilibrada.

Aquí es necesario recordar que Leonardo de Vinci, no solamente es autor de algunos de los cuadros más famosos en la Historia del Arte, sino que descubrió las leyes generales de la mecánica, delineó los planos de una máquina de volar, adivinó la historia de las estratificaciones y fosilizaciones del valle del Arno, y fué un precursor de los principios sustentados por la astronomía moderna, incluso del hecho de que el sol no gira alrededor de la Tierra. Pero fué un verdadero fracaso en el sentido de que su producción artística fué demasiado reducida, y que fue a morir en amargo destierro después de una serie de desdichadas aventuras.

El profesor Freud hace hincapié en un sueño relatado por Leonardo de Vinci en su "Diario". "Parece que estaba escrito que yo tenía algo que ver con el buitre, porque tengo muy presente, como impresión de mi más remota niñez, que un día, cuando estaba todavía en la cuna vino un buitre y me maltrató".

Ahora bien, el buitre ha sido considerado siempre, desde los más antiguos tiempos, como símbolo de feminidad, como aparece en el simbolismo de los egipcios, y este hecho era de conocimiento corriente en los tiempos de Leonardo. En consecuencia, el profesor Freud deduce de este sueño, la manifestación de las influencias maternas sobre la mentalidad de Leonardo, y la explicación del afán de



Cuadro en la Ermita de San Peterburgo

éste, de preocuparse de máquinas de volar. Al clasificar al gran pintor entre los hombres bastante numerosos que se muestran indiferentes al bello sexo, dice Freud: Se observa uniformemente en tales casos una pasión intensa por alguna persona de dicho sexo, lo más corrientemente la madre, que se dejó sentir en los tiernos años de la niñez, para ser, por lo general, completamente olvidada más tarde. Esta pasión es debida, o al menos estimulada, por un cariño exagerado de parte de la madre, pero al mismo tiempo debe su máximo de intensidad a la falta o ausencia del padre durante la niñez.

El amor por la madre no puede continuar desenvolviéndose conscientemente de una manera indefinida, sino que pasa a ser un afecto reprimido, y se convierte en consecuencia en el impulso o resorte de la vida ulterior del individuo.

Y llegamos en esto a lo más interesante: a la aplicación de la teoría de Freud a las grandes obras de Leonardo. No es posible pensar en un cuadro de Leonardo, sin representarse la sonrisa fascinadora y enigmática que pintó en los labios de casi todos sus personajes feme-



niños. Es una sonrisa fija en uno labios alargados y sinuosos. Pero la impresión más profunda, es la que produce en todos los espectadores el rostro singular y hermoso de la florentina Monna Lisa del Giocondo.

Esta sonrisa ha recibido muchas interpretaciones, de las cuales ninguna ha sido considerada satisfactoria. "Hace ya cuatro siglos, dice Gruyer, que Monna Lisa está haciendo perder la cabeza a todos los que por unos instantes la contemplan". Muther escribe: "Lo que fascina al espectador es el encanto verdaderamente satánico de esta sonrisa. Cientos de poetas y escritores se han ocupado de esta mujer, que tan pronto parece sonreírnos seductora, como contemplar fría e inanimada en el vacío, pero ninguno ha resuelto el enigma de su sonrisa, nadie ha penetrado su pensar. Todo en este cuadro, hasta el fondo en que se destaca la figura, es de misterio y de ensueño, tembloroso como el bochorno de la voluptuosidad".

La idea de que los elementos opuestos se unen en esta sonrisa de La Gioconda, ha sido sentida por varios críticos, que reconocen en el juego de las facciones de la hermosa florentina la representación más perfecta de los contrastes que dominan la vida afectiva de una mujer extraña al hombre, tales son la reserva y seducción, y la más abnegada ternura y devoradora sensualidad.

Tratemos de poner en su lugar tales aseveraciones—dice Freu.—Es perfectamente factible que Leonardo fuese fascinado por la sonrisa de Monna Lisa, porque despertaba en su alma la reminiscencia de algo que por largo tiempo durmiera en ella, tal vez un viejo recuerdo de infancia. Este recuerdo sería de suficiente fuerza para aferrarse a su mente una vez despertado, y le forzaba a darle constantemente nueva expresión. El aserto de Walter Pater, de que debemos contemplar una imagen semejante a la de Monna Lisa alzarse desde la niñez de Leonard, en el edificio de sus ensueños, parece digno de crédito, y merece ser tomado al pie de la letra.

Si las hermosas cabezas de niño que tan frecuentemente pintó de Vinci, no fueran

otra cosa que retratos de su propia infantil persona, habría que concluir que las mujeres que sonríen no eran otra que Catalina, su madre, y llegamos con esto a sugerir que ésta poseía aquella misteriosa sonrisa que él lloró perdida, y que tanto la fascinó cuando volvió a encontrarla en la bella florentina.

Si la sonrisa de La Gioconda evocaba en su corazón el recuerdo de su madre, debemos concluir naturalmente que al verla se sentiría irresistiblemente impulsado a producir una glorificación de la maternidad, devolviéndole la sonrisa que descubrió en aquella alta señora.

La misma sonrisa de Monna Lisa resplandece en muchísimas de las caras pintadas por Leonardo, y, por consiguiente, no es fácil atribuirlo sólo a una peculiaridad de su modelo. Aparece en el San Juan Bautista del Louvre.

Es la sonrisa bienaventurada y enigmática que circundó un tiempo los labios acariciadores de su madre:

Este cuadro simboliza los amores infantiles de Leonardo casi a la perfección: él encontró en la casa de su padre no solamente una madrastra amante en donna Albiera, sino además una complaciente abuela en la madre de su padre, Monna Lucía.

Santa Ana, la madre de la Virgen María, está representada en el cuadro, por una mujer joven de fresca belleza: es la buena madrastra que hermoseó los tiernos años de Leonardo, y su apariencia demasiado juvenil se explica en parte por el horror que sentía el pintor por introducir en su arte la vejez o las arrugas.

Pero es más que una abuela: con su personalidad se encuentra confundido el recuerdo de su verdadera madre, Catalina, de quien fué separado a los cinco años de edad. La influencia que tuvo sobre él fué tal vez menor que la de su joven madrastra; la verdadera madre contempla amorosamente, con aire de materna felicidad, el cuerpo de la madrastra.

Pero, entonces, ¿cómo se explica que la cara de Monna Lisa, inspirada en reminiscencias maternas, contenga también aquel "augurio funesto de amenaza" que la mayor parte de los críticos reconocen en ella? Es porque el amor de la

madre se convirtió en el destino del artista, determinó su suerte, y las privaciones que le estaban reservadas.

Leonardo pintó su extraordinario San Juan Bautista y su Baco Pagano, ambos de cara femenina, y ambos con la misma enigmática sonrisa.

He aquí como los describe el crítico alemán Muther: "Del comedor de langosta y miel silvestre de la Biblia, Leonardo hizo un Baco, un Apolo que, con la misteriosa sonrisa en los labios, y cruzados los delicados muslos, nos contempla con ojos dormidos.

Estas dos pinturas sugieren al profesor Freud el siguiente comentario: Estas dos obras respiran un misticismo en

cuyo secreto fondo uno casi no es osado a penetrar. A lo más podemos hacer el esfuerzo de reconstituir los vínculos que las ligan con otras producciones anteriores del artista.

El resultado más notable de tan apasionado amor por su madre fué el desvío de toda actividad sensual. Sus deseos se sublimaron en un amor intenso por el saber.

Y fué ya en la plena madurez de su vida, cuando encontró a la mujer que despertó en él los recuerdos de la dichosa y extática sonrisa de su madre, y bajo su influencia pintó sus cuadros místicos más famosos, sellados todos con la inmortal e indecifrable sonrisa.





# “FRAY CANDIL”

Por MICHELEZ

HACE ya más de cuatro meses, el cable nos trajo la noticia de la muerte de Emilio Bobadilla, más comúnmente conocido por el pseudónimo de Fray Candil. Muerto en Biarritz, en su coqueta y apacible villa rodeada de frondosos plátanos, situada en la ruta d'Anglet. Su vida de infatigable luchador, de incansable estudioso se ha extinguido en medio de los furiosos del mar y los ahullidos del viento con que los huracanes de invierno azotan esas playas risueñas del mediodía de Francia. Ha muerto solo, tal como vivió. En su vida de nómada y de desterrado voluntario, tal vez no conoció ningún afecto ni tuvo alguno; quizás fué porque no pudo encontrar nunca la mujer amante y apasionada y hermosa que con tanto ahinco persiguió en los sueños exóticos que afligieron su espíritu analítico de buscador incansable y que daban alas a su pluma.

Tuve la honra de conocerle personalmente, fui amigo suyo durante los varios meses que permanecí en Biarritz. Fray Candil era de esos que apenas conocidos inspiran religioso respeto por la superioridad de su inteligencia y por la vasta cultura que los domina. Al evocar en mi mente esas noches serenas y tibias pasadas en esa aristocrática playa del gran golfo gascón, acude a mi espíritu la figura física y moral de ese hombre extraordinario que en momentos de loca actividad produjo obras tan coloridas y estudiadas. Me parece estarle viendo tal cual le conocí: alto, corpulento, de frente ancha, nariz grande; en sus ojos de culebra con brillos de fuego se adivinaba, bajo

cierto aspecto alegre, la nostalgia inimitable que aquejó su existencia. Para saber lo que era el hombre en cuanto a lo moral basta leer sus obras. Discipulo de Flaubert y de Zola, amó siempre lo bello y lo estrictamente verídico; escribió lo que pensaba pura y simplemente, sin enjambres ni rodeos; fué franco y no tuvo miedo en esta época en que reina la hipocrecia. Eso de ver tantos espíritus vassallos, tantas plumas cautivas por el oro o por el miedo le exasperaba a tal punto, que en su cerebro fecundo germinaban entonces a torrentes los dardos mortales con que adornó sus obras de crítica. Abra el lector un libro suyo titulado “Sintiéndome Vivir” y en la primera página encontrará un párrafo que encierra todas las ideas y toda la moral del insigne escritor cubano. “Cuando pienso en el naufragio de tantas y tantas obras como se han escrito y cuya elaboración significa años y años de iniquidades, de insomnios y cavilaciones... me invade una tristeza invencible.

“¡Ay! yo también iré a parar a la fosa común y mis lágrimas, mis sueños, mi sangre—¡todo lo que puse en mis libros!—serán devorados por la polilla.

“No serán abiertos en el silencio de la media noche para aquietar la tribulación del triste, para secar el lloro de la pobre mujer enamorada, para sugerir imágenes al artista, ideas al pensador e infundir consuelo y ánimo a los enfermos y a los pusilánimes”.

Grito angustioso de un alma elevada y melancólica que gemía ante lo inestable de las cosas y la perfidia de los hombres. Poseía una biblioteca seleccionada donde



Emilio Bobadilla ("Fray Candil")

se agrupaban los más bellos productos del genio humano. "De todos los vicios que tengo,—me dijo una vez sonriendo, mientras me mostraba sus estanterías,—el más incurable es la lectura". Y era verdad, de otra manera no hubiera podido nunca traducir en el papel, en forma tan enciclopédica, las amarguras, las alegrías y las ideas que nacían de su cerebro. En las

conversaciones con él se podía uno dar cuenta de lo mucho que supo ese hombre. Ciencia, literatura, arte, historia, todo lo poseía a fondo, como si desde nacer no hubiese apartado nunca sus ojos de los libros. Me subyugó por su genio y, sobre todo, por la facilidad con que analizaba los seres y las cosas.

A la par con Virgilio y Lamartine, amó



a la Naturaleza con el dulce cariño de un tierno enamorado. Gozaba como nadie con una bella puesta de sol, con una pradera verde llena de torrentes de agua cristalina. Allá en Biarritz, casi todos los días se encaminaba desde su villa hacia el promontorio que domina el faro y allí se embelesaba contemplando la furia inaudita y constante de las olas lanzadas contra los arrecifes de la costa; amenudo le encontré paseando solitario por entre los bosques de pinos que circundan la ruta que, por la orilla del mar, va hacia la desembocadura del Adour. Amaba los árboles por su follaje verde y brillante, las flores por su perfume exquisito, las puestas de sol por la tierna melancolía que encierran, los animales por lo sumisos y útiles que son y a las mujeres bellas por la carne que las cubre.

Durante su vida fué vividor, anacoreta y sociable. Fué de todo. De carácter generalmente taciturno, en confianza solía mostrar a veces alegre y hasta chistoso. Cuando se pegaba una farra ¡válgame Dios! era estupenda. Nunca hacía las cosas a medias, y este sistema lo observó para todo, como vividor y como hombre de estudio. Tal vez por eso murió joven. Fué un mujeriego empedernido y durante la época en que vivió en París gustó también del juego, pero sin pasar jamás de los límites que exige la hombra conscientemente del ser que se domina a sí mismo. Muchas veces, paseándome con él por esa calzada de la playa de Biarritz le veía, en sus momentos de buen humor, adorar con los ojos las radiantes esculturas de carne de esas bellas francesas. No fué arisco ni refunfuñón como han creído muchos; en las fiestas sociales se lo peleaban las familias que gustaban tener en sus salones un hombre culto y bien educado como él. Si a veces gruñía en medio de sus retiros voluntarios, era para lanzar gritos de pro-

testa contra ciertas ridículas exigencias sociales.

Descubrió en el hombre el pro y el contra. Y en medio de sus análisis profundos, en medio de la volteriana ironía con que envolvía sus picantes críticas, se destacaba, como se destaca el sol rubicundo en un atardecer de primavera, una melancolía incurable, fruto de sus insomnios y de un ideal que perseguía sin jamás encontrarlo. Lo inestable de las cosas, lo mezquino de la razón sumían su alma en un desconsuelo sin fondo. La melancolía que aquejó a Byron le persiguió toda su vida.

Como literato, Fray Candil fué la pesadilla más atroz que pudieron tener los decadentes y futuristas que siguen la comparsa de los Verlaines. Detestó el estilo de Unamuno y Valera en cuanto a lo estético de sus versos, flageló sin misericordia la prosa retumbante y sin sentido de Maeterlinck, aborreció los estilos tortuosos, sin color ni plasticidad, sin ondulaciones elegantes y graciosas. Ahí están, como perenne testimonio, sus "Grafómanos de América", sus "Triquitraques" y sus tantas obras de crítica que son algo así como el escalpelo del cirujano que corta sin miramientos las carnes gangrenadas de un enfermo. En este sentido, Bobadilla fué el cirujano de la literatura. Aborreció y combatió sin tregua a todos esos cerebros que se pican de literatos y pujan horas y horas para llenar unas cuartillas con sandeces e imbecilidades.

El autor de "A Fuego Lento" no podía quedar ciego e impassible ante la pesada charlatanería y ridícula pretensión con que se adorna la escuela modernista. Fué terrible, sin lástima; con su crítica mordaz, no daba ni admitía tregua. Fué un luchador insigne que tomó como bandera lo bello, lo fecundo, lo concienzudo y fértil. Sus críticas le crearon innumerables enemigos que no vacilaron, en medio de la satánica rabia envidiosa que les pro-

ducian los párrafos irónicos del terrible cirujano, en tomar como suprema defensa hasta la calumnia. De nada sirvieron los gritos y las contorsiones cómicas de los adictos a la escuela futurista: Emilio Bobadilla continuaba impávido su obra sin retroceder ante nada ni mucho menos ante el sable en el terreno del honor.

Fué viajero incansable. Conoció casi toda Europa y gran parte de América, radicándose en los países que visitaba largo tiempo para estudiar detalladamente sus costumbres, sus ideas y su cultura. Prefería en mucho a la raza sajona sobre la latina, y era porque le repugnaba el fanatismo craso y ridículo de los españoles, el atraso voluntario a veces y la pereza de los países neo latinos de la América. No podía soportar la falta de limpieza, huía del olor a aceite del español como del acre olor a sudor, deleitándose sin embargo ante la fragancia que despedía el cuerpo de alguna blonda noruega.

En "Sintiéndome Vivir" resume en forma de diario todas sus ideas filosóficas, artísticas y literarias. Es un libro de original factura que contiene las emociones y los pensamientos que los viajes, los estudios y la experiencia han sugerido en diferentes épocas al autor. En el fondo es un diario íntimo, donde el lector encontrará a cada paso las tristes confesiones de un espíritu atribulado e inquieto. Un libro como ese, escrito por un escritor tan personalísimo como fué Fray Candil, está llamado para servir de consejero en las horas de indecible amargura de que está llena la vida.

Pudiendo haber producido mucho más obras de las que produjo, no lo hizo porque era un soñador, un analítico incansable de los hombres y las cosas. Escribía para descansar de la lectura y para reposarse de la pluma meditaba, amoldaba en su pueblo interior las imágenes e ideas

que le sugerían sus lecturas u observaciones.

Así como el astrónomo busca sin descanso en el ocular de su telescopio el objeto de sus trabajos, Fray Candil buscó también sin tregua ese cambio incesante del espíritu humano de que nos hablan ciertos filósofos.

Sus viajes dejaron en su alma un fondo artístico pleno de delicadeza y de buen gusto. En su retina observadora quedaron impresas las visiones encantadoras de la llanura del Po, el azul profundo del Adriático, los encantos indescriptibles de Venecia, las vetustas ruinas seculares de que está llena la campiña romana, como también los silenciosos y nevados valles de Suiza, las bellezas de París y el colorido intenso de esos cálidos paisajes de Andalucía.

De sus novelas, la mejor ha sido sin duda "A Fuego Lento". Es la historia fuerte y vívida de un hombre culto que parece lentamente bajó la influencia de una mujer histérica e ignorante que, nacida en un villorrio infesto de América, se encuentra de repente transportada al ambiente refinado y peligroso de París. Es una obra magistral que muestra los daños que pueden ocasionar la ignorancia, el fanatismo y la petulancia de las gentes. Desde el comienzo hasta el fin no cesa el autor de poner ante los ojos del lector esos cuadros fuertes y coloridos que han hecho de Bobadilla un maestro insuperable. Nos pinta el trópico con sus radiantes paisajes de luz, sus florestas vírgenes interminables, sus lluvias torrenciales. El cuadro varía según las circunstancias, sin dejar jamás de interesar por lo vivo y fuerte de lo pictórico y la elegancia del estilo. Tan pronto es una calle de ciudad tropical inundada, llena de barro, en donde jueguean unos chiquillos casi desnudos y más sucios aún que la misma vía pública; luego es una fiesta en



casa de un notable del lugar, en donde Fray Candil, con sin igual jocosidad e ironía, describe las estupideces y la falta de *savoir vivre* de los lugareños. Nos muestra las víctimas de las terribles enfermedades sociales que, bajo el calor intenso del trópico, adquieren gigantesco incremento. ¿Cabe algo más magnífico que esa puesta de sol irradiante en luces fantasmagóricas descrita una tarde tibia en las playas normandas?

Otra de sus novelas titulada "En la noche dormida" es un profundo estudio psicológico, una magistral construcción del enfermizo degenerado regido por las teorías de Lombroso y Montegazza.

Recuerdo que tenía ya en boceto un poema titulado "Las Nostalgias de Mástil" (no sé si lo habrá publicado). Es un poema lleno de tedio y melancolía, donde describe con sin igual destreza las penas infinitas del madero de un velero hastiado de la monotonía desesperante de los mares y que suspira sin cesar por las verdes florestas vírgenes donde nació. Digno retrato de su espíritu quejumbroso y melancólico que nunca estuvo en paz.

Era personalísimo (aunque pese a Blanco Fombona) y no porque siguiese las huellas de Flaubert, Zola y Taine los imitaba. Siguió esas huellas porque juzgó que esos escritores eran la cúspide de la gloria literaria, y con razón. No todos pueden seguir semejante camino, para eso hay que desligarse de muchas convenciones sociales que pesan demasiado por ridículas, librarse de todo fanatismo religioso, ser franco y tener conciencia de sí mismo.

"Hay un dolor,—escribe en "Sintiéndome Vivir", que está muy por encima de todos los dolores físicos y morales; el dolor de ser olvidado". Fray Candil no será nunca olvidado. Su figura literaria subsistirá con letras de fuego en la literatura española y su ironía de crítico despi-

gado lacerará por muchos años a sus **grafómanos**, servirá de dique inexpugnable, como eterno baluarte del genio superior que se opone a la perniciosa influencia que comienza, por desgracia, a señorearse de las letras del siglo presente: el futurismo.

Ahora que ha muerto, que su pluma de fuego se ha extinguido para siempre, seguramente han de calmarse esas tempestades que levantó su crítica. Y ante la sombra fría de la tumba sus más mortales enemigos verán que Bobadilla no obró impulsado por odios sino porque detestaba "esos vencidos en la sombra que son algo así como los bichos que aplasta distraído el caminante, cuando más se ufanan en arrastrar una pajita que, tal vez, se les figura una montaña".

No puedo recordar ese balneario de Biarritz sin evocar al mismo tiempo su figura. No puedo volver a leer una obra suya sin acordarme de las conversaciones que sosteníamos allá en esa hermosa tierra de Francia y que tanto me cautivaban. Pero ahora no me lo represento como lo conocí, en entera plenitud de vida; le veo recostado en un misero ataúd, cubierto por una lápida fría, durmiendo el sueño eterno en ese pequeño cementerio situado cerca de la línea férrea que va hacia Bayonne. El pobre no tendrá siquiera ni un saucito que le de sombra, ni un sér que lllore su fin.

Siento infinito la muerte de Fray Candil; la siento como amigo y como amante de la literatura franca, simple y concisa; la siento también porque me hubiera encantado verlo aquí en Chile (era uno de los países que pensaba visitar pronto), en medio de este mar tumultuoso, lleno de pequeñeces sociales y políticas. ¡Ah, qué campo más espléndido se presentaba a la crítica mordaz de Emilio Bobadilla!

Santiago, 7 de Mayo de 1921.



—¿Cómo pudo Ud. permanecer tanto tiempo en un sitio que alberga amenazas constantes para la vida y para la salud?— me preguntó mi amigo el italiano.

—Mi afición a la caza puede más que el instinto de conservación, le respondí. Borneo es una isla que podría llamarse el paraíso del cazador. En ella viven los más grandes animales salvajes de la selva tropical: los gigantes toros, la pantera negra, los elefantes, los tigres, los jabalíes, los codrilos y los gatos de algalia. Mis seis meses de estada en Borneo han sido para mí tan fecundos en goces y placeres, como puede serlo para un wagneriano un abono completo de Bayreuth, para oír veinte veces desde el Rienzi hasta el Parsifal. Daría la mitad de mi vida por poder conservar vivo a Sachá...

—¿A Sachá? ¿Quién es Sachá? me preguntó extrañado el comerciante Belluchini.

—Me sorprende su ignorancia, respondí, cuando Ud. lo ve todos los días en su aireada y elegante jaula de popa.

Mi interlocutor rió ampliamente al conocer el nombre del celebre pongo de Wurmb, inmenso orangutan encarnado que habita en la Isla de Borneo y

que yo había logrado cojer vivo después de correr innumerables peligros.

—Sin embargo, continuó el italiano, no me parece que haya estado Ud. muy tranquilo en compañía de los dayahs, a menos que éstos no sean tan feroces, como en general se les pinta.

—No creo exagerado, contesté, lo que se haya podido decir acerca de estos indígenas de Borneo, pues su brutalidad y amor por la sangre llega a tal punto que es raro que un dayah pueda inspirar una pasión si es que la amada no ve en su escudo las inscripciones que señalan las cabezas que el horrible guerrero ha cortado. Tantas escenas monstruosas vi entre esta gente que, a pesar de que tengo un espíritu fuerte, no he podido olvidar la impresión que ellas me causaron.

A esta altura de nuestra conversación nos interrumpió, con gran sorpresa de mi parte, un hombre anciano que hasta el momento presente había permanecido siempre inmóvil, sentado en un sillón de mimbre y con la semi-opaca mirada fija en el mar.

El barco que nos conducía a Colombo venía desde Hong-Kong y yo lo había tomado en Singapore, con intención de trasbordarme en el primero de los puertos citados a uno de los va-



pores que hacen la carrera directa hasta Hamburgo.

Deseaba vivamente viajar en una compañía alemana, convencido de que las francesas o inglesas no me permitirían a bordo a Sachá, cuestión sobre la cual yo no estaba dispuesto a hacer concesión alguna.

Llevábamos tres días de navegación y durante ella el viejo a que me ha referido no había hecho otra cosa que vegetar y suspirar como una virgen clorótica. No dejó, pues, de llamarme la atención cuando el melancólico anciano que, sentado a nuestra derecha y absorto Dios sabe en qué extrañas meditaciones, se volvió hacia nosotros con un aire medio tímido, medio decidido, que demostraba, en todo caso, una profunda agitación interior.

—Perdón, señores, dijo. ¿Hablan Uds. de los dayahs? ¿Conocen Uds. sus odiosas costumbres?

—Sí, señor, le contesté con aire indiferente y echando al espacio una bocanada de humo azul que se deshizo rápidamente, mezclándose al aire salino del mar. He estado seis meses en medio de ellos, entregado a la caza, y he podido conocerlo algo. Volví a aspirar el humo de mi pipa y al lanzarlo lo hice con tan mala suerte que envolví al viejo en una nubecilla gris. El desgraciado tosió una y otra vez y, por fin, rojo de sacudirse al impulso de los espasmos de la traquea, nos dijo como pudo: "Me interesa el asunto. Hablaré con Ud. señor Zamora". Y siempre tosiendo, se alejó de nosotros.

Bellunchini, que compraba sedas en la China para llevarlas a Nápoles, se había embarcado también en Hong-Kong y algo sabía de la historia del viejo. Le miró irse con ojos compasivos y luego después me dijo:

—Yo creo que ese hombre va en camino directo a la locura.

—En general, su aire es extraño, le respondí. Pero todo en él indica más bien un hombre que sufre.

—Le sobra razón para ello.

—¿Por qué? ¿Le conoce Ud?

—Hace un mes ignoraba yo su existencia, como también la desconocían gran parte de los habitantes de Hong

Kong; pero desde esa fecha nuestro hombre se ha vuelto el ser más popular de aquella ciudad.

—¿Cómo? ¿Ha ejecutado algún acto de heroísmo?

—Sí. El de no morir de dolor. Este infeliz vivía honradamente del comercio, y sus esfuerzos no han sido estériles porque posee una regular fortuna. Debe ser muy anciano, pues cuando llegó a Hong Kong, fecha que no todos recuerdan, era ya un hombre maduro. Hace unos diez y ocho a veinte años que se casó con la hija de un holandés, quien fué su socio durante algún tiempo. Dos años después de su matrimonio perdió a su mujer, la cual le dejó en herencia el recuerdo de virtudes poco comunes y una chica hermosa como princesa de cuento de hadas. Sinaud cuidó de su tesoro con la escrupulosidad de un avaro y puso en ella todos los sentimientos de que era capaz su corazón de padre, de hombre honrado y de individuo respetuoso de la ley de Dios. Creció Atá como una flor de conservatorio, rodeada de la tibieza constante del afecto y de los solícitos cuidados del esmerado y prolijo jardinero. A través de los cristales de la prisión en que el amor paternal la había encerrado, divisó la pradera verde, la vida vibrante y el cielo incrustado de piedras preciosas. Amó, y el anciano, con egoísmo sólo disculpable al considerarse que aquella criatura era su mundo pasado, su mundo presente y su mundo futuro, se opuso violentamente a que la mariposilla de alas coloreadas y cubiertas de fino polvo de oro, emprendiera el vuelo por entre los rosales ricos en pétalos y en espinas. Como pasa siempre, el padre perdió la batalla. Partió Atá y formó su hogar. El viejo, viudo de los cariños conyugales y de las filiales ternuras, solícito como un mendigo un sitio en la casa de su hija para que el fuego de ese nuevo hogar entibiara el hielo de su invierno. Smaud entristeció, los cabellos blancos se multiplicaron en su cabeza y en su barba. Cerró su tienda, olvidó toda energía práctica y vivió sólo siguiendo a Atá con una mirada que iba casi siempre humedecida por

las lágrimas y en que parecían unirse en un sólo haz, la ternura infinita y la angustia suprema. Sus amigos le compadecieron, algunos le creyeron loco y muchos de ellos, sugestionados por aquel afecto blando, amplio y humilde como la brisa, siguieron como él, el desarrollo de la vida de Atá con el cariño en el corazón y con el miedo en la mirada y en los labios.

El anciano no oraba no era budista ni brahman. No tenía los extáticos transportes del Nirvara ni la bienhechora y dulce resignación del Karma. Ello no extrañaba ni extraña a nadie porque son tantas las sectas religiosas en la India que poco se preocupa el hombre de la forma de templo de su vecino.

Smaud parecía no tener más amor que Atá; ella era su mundo y su Dios. Los dos hijos que esta dió a luz parecieron redoblar la indiferencia de Smaud por lo demás; pero al mismo tiempo su angustia se hizo mayor y su corazón no cesaba de temblar como las alas de la paloma que se extienden agónicas y desesperadas para ocultar el nido de la vista del gavilán.

Y un día Smaud despertó, como era su costumbre, al rayar la aurora y corrió en busca de sus nietecillos para sorprender en sus labios de rosa la primera sonrisa con que saludaban al sol. Recorrió como un loco, llevando en el alma la desolación y el pavor, toda la casa-quinta que habitaba en los alrededores del puerto y sólo al penetrar en la habitación de su yerno pudo encontrar aquellos pedazos de su alma. Pero no pertenecían ya a este mundo. Las dos criaturas yacían por el suelo exánimes y sin vidas. El hijo político dormía en su lecho el sueño eterno. Hasta hoy no se ha podido averiguar el secreto de la horrible tragedia. Las autoridades inglesas de Hong Kong desesperan de encontrar la pista del asesino como también la de Atá que parece haber desaparecido.

Ahí tiene Ud.— concluyó mi amigo— por qué trágica circunstancia el nombre de ese anciano se ha tornado popular y por qué su mirada opaca se hunde continuamente en las inquietas

olas como buscando el secreto de un enigma tan insondable como el mar.

—Todo esto es bien triste, dije. ¡Pobre hombre! ¿qué origen tiene?

—Indú y puro, no es de Calcutta ni de Madrás, nació en Delhi.

Sonaba en ese instante la campana que anunciaba la comida. Me despedí de mi amigo y bajé a mi camarote, triste y pensativo primero, resuelto después a pasarme la vida cazando cocodrilos y a no poner mi afecto en las cosas de esta tierra, a menos que no se trate de Sachá o de Chundro.

Después de comida busqué a Smaud y le encontré en la cubierta alta del vapor, de pie, con los brazos cruzados y mirando fijamente las luminosas fosforescencias del mar. Como de costumbre, el anciano parecía abstraído en hondos pensamientos. Su cuerpo estaba ahí, rígido, estatuario; pero su espíritu debía encontrarse en regiones lejanas, talvez si en el mundo ignoto en que ahora flotaban las almas inocentes de los hijos de su amada Atá.

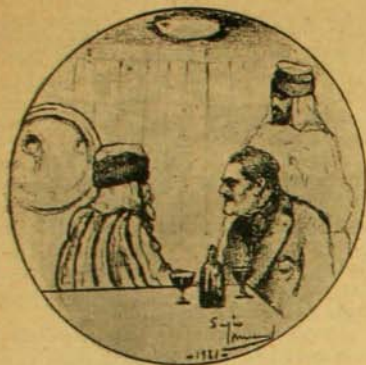
Le observé un momento, y luego, con el respeto que me inspiraban sus años y su dolor, me acerqué tímidamente a él y le di las buenas noches con toda cortesía.

—Señor,— me dijo, tengo gusto en ver a Ud. Su persona me parece la de un hombre de verdad. Relátame Ud. algo sobre los dayahs y así veremos pasar la noche con rapidez.

Agradecí los cumplidos del buen viejo y, deseoso de aliviar un momento el dolor que le roía el alma, hice el relato de mi viaje por Borneo en la forma más amena que fué posible a mi imaginación por si tan poco fecunda.

Smaud oía con relativa indiferencia todo aquello que se refería a mis acciones de caza, pero su fisonomía cambiaba radicalmente cuando yo tocaba el punto de los dayahs y de sus salvajes costumbres. Entonces los ojos del anciano brillaban y se abrían en exceso, demostrando ese mismo pánico que se pintaba en el rostro de los niños cuando se les habla de aparecidos. Pobre hombre: las huellas de la horrenda tragedia que acabara con todos sus afectos, aparecían más vivas cada vez. El infeliz





Reláteme usted algo sobre los dayahs...

experimentaba ese fenómeno tan común en las almas atormentadas por el dolor: el deseo de renovarlo en cada instante, de pensar siempre en él, de hablar de él o de temas que a él se refieran. Pensé que probablemente, Smaud encontraría un momentáneo consuelo en referirme su cuita y enderecé la conversación por un tema que a ella nos pudiera llevar.

No me equivoqué. A los pocos instantes Smaud comenzaba a grandes rasgos el relato de su vida y concluía por la descripción del asesinato de sus nietos y de la desaparición de su hija.

El hindú Chundro, mi criado, fue tan inoportuno como para presentarse ante mí con mi bolsa de tabaco y mi pipa que había dejado olvidadas en mi camarote, en el momento mismo en que el viejo comenzaba a hablar del crimen. Afortunadamente, los criados de la India son un modelo de respeto y de discreción, de modo que, ante mi indiferencia, Chundro se quedó de pie sin hacer el menor movimiento, con la pipa en la mano, y en espera de mis órdenes. Yo guardé silencio para no distraer al anciano que no se había dado cuenta siquiera de la presencia de este nuevo personaje, y así el hindú asistió a aquella escena con la inmovilidad de Lot después del incendio de Sodoma y Gomorra.

Smaud hablaba rápidamente, como si

lo hiciera para sí solo. Su mandíbula inferior temblaba haciéndole, a veces, castañetear los dientes; su ceño estaba contraído con fuerza, y sus manos, en un movimiento crispado y nervioso, arrugaban por turno un amplio pañuelo de seda.

—¿Los cadáveres no ofrecían señal ninguna de violencia?— pregunté en determinado momento.

—Sí, señor, me respondió; los chicos tenían en el cuello, en ese sitio que llaman la manzana de Adán, una mancha morada, pequeña, del tamaño de una rupia; pero en el cuerpo de mi yerno no descubrí nada de anormal. No sé si la autopsia diera algún resultado. Yo no he querido ni quiero saber cosa alguna. ¿Para qué? ¿Quién podría devolvérmelos?... Desgraciado de mí, maldita sea mi alma.

Al hablar de aquellas manchas moradas, la excitación del viejo se hizo mayor y, al concluir la frase, lloraba dando gritos y tiraba de sus cabellos como un histérico. De súbito, su garganta, oprimida por los sollozos, hizo un ruido extraño, algo así como un quejido agónico, y el anciano se desplomó sobre la cubierta del buque. Chundro y yo nos inclinamos sobre el cuerpo inerte de Smaud. Le sacudimos, le hicimos respiración artificial, pusimos en práctica toda nuestra corta medicina; pero todo fue en vano. Después de un atento exámen practicado por el hindú en el cuerpo del viejo, me dijo:

—Amo mío, iré a llamar al médico del barco, pero me parece inútil, porque el alma de este hombre vaga ya en el espacio, esperando las órdenes de Krishna.

Se comprobó la muerte del desgraciado Smaud. Desagradado y en triste-cido bajé a mi camarote. Pedí un whisky and soda y me dispuse a distraerme con la lectura de una obra del explorador Lander titulada "Los Amores de los Ciervos".

Chundro no se movía de mi lado y seguía todos mis actos con la mirada, sin proferir palabra. Los años que este criado me acompaña me han enseñado a conocerle bien, y comprendí lo que significaba esa actitud.

—¿Qué quieres, Chundro?— le dije

El criado, con aire misterioso, comenzó casi susurrando una disertación que me interesó de tal manera que me hizo olvidar a Lander y al whisky. Cuando hubo concluido, se quedó de nuevo hierático.

—Tienes razón, le dije. Puede ser.

Después de meditar un momento, agregué. Está bien. Nos quedaremos en la India.

Chundro se inclinó profundamente, alzando ambos brazos al mismo tiempo, y se retiró.

Chundro se transfigura en la India. Su actividad, su alegría y su buen humor se manifiestan en una forma tan amplia, que no puede uno menos de sonreír al verle regocijado como un macaco que recobra en la selva la perdida libertad. Durante los ocho días que llevábamos de permanencia en Calcutta, habíanse arreglado, con lujo de detalles, toda nuestra expedición al interior sin que yo hubiera tenido necesidad de molestarme. Esta situación, ventajosa para mí, me era por demás grata, pues mis energías se debilitan un poco con el calor y especialmente en Calcutta, donde la humedad del aire hace aún más molesta la elevación de la temperatura. Sentado en una mecedora y con los pies puestos en los brazos de la silla, que, según la usanza del país, tiene cerca de dos metros de largo, había contemplado el ir y venir de Chundro, en medio de una especie de turbadora somnolencia. Las opiniones de mi criado, manifestadas en la misma noche del fallecimiento de Smaud me parecían muy justas y estimaba que nuestro viaje no sólo podía dar por resultado el descubrimiento de los autores del horrible crimen de Hong-Kong, sino que también daría ocasión para conocer aquellas extrañas costumbres de que tantas veces se me había hablado y de las cuales me había impuesto en detalles en los informes del Capitán Steeman a la East India Company y en el volumen tan conocido en Inglaterra bajo el nombre de "The General Superintendent of Operations against thugs".

Lo único que me perturbaba era la

idea de dejar a Sachá solo en Calcutta y había resuelto, costase lo que costase, llevarlo conmigo. Debíamos partir al día siguiente y ello me tenía satisfecho, pues conozco demasiado Calcutta y me aburre su vida monótona, el espectáculo desagradable de los barberos ambulantes, de los acróbatas callejeros, de los fakires tendidos sobre lechos enzados de puntas de fierro, de los vendedores de mercancías y, en general, de aquella multitud desnuda y miserable que parece llevar en sus ojos sino un sello de perpétua esclavitud, por lo menos de una mansedumbre que no es de esta tierra ni de estos tiempos.

Cuando el "chokra" (muchacho, garçon), me anunció que todos nuestros efectos estaban ya listos en la estación de Howrah y vi próximo e inminente



...en la segunda se alzaba el gran Sachá.



el comienzo de mi liberación me alcé de mi silla ágil y activo y dije al chokra: "ghusl ka pani taiyar karo" (tenga listo mi baño).

A las ocho de la mañana del día siguiente atravesábamos llenos de maletas y en un victoria primitivo, tirado por un jamelgo escualdo y dirigido por un hindú, de gorro puntudo, negras patillas y pies al aire libre, la Old Court House Street, Chitpore Road y Dalhousie Square. Era un día de sol brillante, abrasador; luego que vi desaparecer la Catedral de San Pablo, The Bengal Club y demás edificios de estilo moderno, y vi azarse ante mis ojos la típica estación de Howrah, con sus torreones rojos, sus amplias arcadas y sus vistosos mosaicos, comprendí que estaba cerca la hora deliciosa de las aventuras.

De los trenes de la India, nada hay que hablar, son tan buenos y confortables como los europeos. Mi viaje hasta Nagpur, situado en las provincias centrales, nada tuvo de extraordinario ni digno de ser relatado. Ahí llegamos al caer la tarde y encontramos que la previsión de Chundro nada dejaba que desear, pues nos esperaban dos carretas para conducirnos al interior, a aquellas comarcas misteriosas y ocultas que el fiel criado hindú decía conocer.

Estas carretas son vehículos tan incómodos como simples. Se componen solamente de unos cuantos trozos de madera unidos por su parte media a un eje central al final del cual ajustan dos inmensas ruedas. Todo este sencillo conjunto es arrastrado por dos cebúes que tiran de cadenas que rodean su cuello.

En la primera carreta íbamos Chundro, tres "chokras" y yo; en la segunda se alzaba magnífico, y sumamente sorprendido, el gran Sachá, y en la tercera iba nuestro equipaje. A la voz de "chalá" (vamos), el convoy se puso en marcha solemnemente.

Teníamos el ánimo, de marchar durante toda la noche. La noche era clara y pura. Sus rayos se filtraban al través del tupido follaje de la inmensa vegetación tropical. Los quejidos de las

carretas se unían a la inmensa sinfonía del bosque desde donde brotaba un himno primitivo a las sombras, compuesto del crirrear de millones de insectos y de voces imponentes que nacían de los ámbitos oscuros e inexplorados. Sachá sentía el perfume de su propio hogar y luchaba violentamente, en álgido desasosiego, con las cadenas que lo aprisionaban. El camino, si tal pudiera llamarse, aquella estrecha senda abierta en medio de la masa compacta de árboles, plantas y arbustos, no era de lo más apropiado para transitar cómodamente sobre ella. Con todo, como yo no necesito ni he necesitado nunca de almohadón de plumas para dormir, me extendí a lo largo sobre los maderos que formaban el piso de la carreta y me dispuse a reposar.

Chundro me observó que había peligro en ello, pero no hice caso alguno de sus observaciones y cerré calmadamente mis ojos. Los tres "chakros" alzaron sus brazos e inclinaron su cabeza respetuosamente en señal de que pedían mi venia para ser escuchados. Comprendí que querían insistirme en la posibilidad de peligro y les grité: "Sipahi, khabardar hona" (Cuidado y obedezcan). No insistieron en sus pretensiones y entonces pude entregarme tranquilamente a un dulce sueño, cual es aquel de que se goza bajo una bóveda de hojas y de flores y bajo la atenta vigilancia de la luna, triste y abnegada...

No habíamos andado más de una media hora en medio de la espesura y del concierto de la fauna nocturna tropical, cuando la pequeña caravana fué detenida por un grupo de personas que, dados sus trajes, parecían pertenecer a la alta clase de los brahmanes. Estos señores manifestaban haberse extraviado del resto de sus compañeros de peregrinación y solicitaban incorporarse en nuestra caravana para evitar la marcha a pie tan peligrosa en las noches de luna en la India a causa del gran número de serpientes venenosas que salen atraídas por el dulce resplandor del astro nocturno.

Chundro que en su tierra natal, toma los aires de dueño de casa inter-

peló a los acongojados peticionarios en forma áspera y violenta.

Tuve que llamarle al órden y demostrarle en breves palabras cual es la conducta que ha de observar un criado para con respecto a señores de alta situación. Pero a pesar de todo, Chundro insistió y con ceño airado respondiome:

—Perdonadme señor, pero en esta mi tierra conozco yo la cara del hombre también como mi amo sabe de la caza del caimán en las márgenes del Magdalena. Estos hombres no son tales brahmanes, sino que constituyen las primeras avanzadas de los feroces thugs.

No me convenció del todo la argumentación del fiel Chundro, pero, en todo caso ordené seguir la marcha sin atender la solicitud de aquellos extraños viajeros. En realidad los thugs o adoradores de la diosa Kali que practican la religión del asesinato y cuyas virtudes consisten especialmente en la supresión del mayor número de vidas que les sea posible, no me parecían personas que vistieran con tanta distinción y cuyas maneras fueran tan cuidadas.

De nuevo se unió al continuo crirrear de los insectos el sonido agudo y quejumbroso de las ruedas que sostenían a las carretas y de nuevo también, comenzó a invadirme el sueño reparador, me, sorprendí seriamente cuando ví que la comitiva deteníase otra vez a pedido de gentes extrañas cuya sospechosa catadura no ofrecía garantías de especie alguna.

Estas gentes manifestaban haber extraviado su camino y pedían detalles acerca de la distancia en que se encontrarían Nagpur.

Chundro sin verles siquiera gritó: Chálá (adelante) y luego los dejamos atrás.

Fué ésta la última molestia que hubimos de sufrir aquella noche y, desde ese momento pude dormir tranquilo hasta que los primeros albores del día nos sorprendieron en plena selva.

Detuvimos las carretas, abrimos las cajas con provisiones y preparamos un desayuno frugal.

Fuí hacia Sachá y lo desaté dejando

solo la pesada cadena que pendía de su cuello. En cuanto el animal se vió libre de las ligaduras que lo unían al carro dió un brinco gigantesco y quiso huir a todo correr. Buen trabajo me costó detenerlo y si no fuera porque creo ser uno de los hombres mejor musculados de la Europa seguramente que habría caído en tierra.

Corrí con mi amigo cuadrúmano por entre los arbustos y no sé si él o yo estábamos más contentos de aquel salu-dable ejercicio matinal. En tales andanzas, saltos y brinco llegamos hasta la orilla de un pequeño riachuelo donde algunos musulmanes acababan de hacer sus obligaciones de la mañana; Sorprendiéronse mucho al ver a Sachá, y le rodiaron. El terrible animal lanzó sobre ellos tantas manotadas y dentelladas que luego los puso en fuga y emprendió la carrera tras ellos. Esta vez mis fuerzas me traicionaron Sachá dió conmigo en el suelo me arrastró algunas varas y por fin escapose como una sombra entre la vegetación apretada y oscura.

Pocas veces en mi vida he pasado un momento más desagradable. La pérdida de Sachá me originaba un serio disgusto. Tal vez si aquel mono constituía el primer ejemplar de su especie con que iba a contar la Europa, a lo menos yo nunca había visto en los museos ningún jongo de Wurmb y solo los conocían por mis estudios acerca del género pitecus.

Molestéme de tal manera que me olvidé totalmente del asesinato de Hong Kong, de Atá y de la empresa que me obligaba a atravesar la India y mi único pensamiento fué recuperar a Sachá.

Me puse en pie y me encaminaba en busca de Chundro y mis demás compañeros, cuando volvieron los atemorizados mahometanos y respuestas ya de su primera impresión se ofrecieron entusiastas para acompañarme en la singular cacería.

Sin embargo uno de ellos dirigió a los demás las siguientes palabras.

—Antes de partir es necesario que cumplamos con nuestro deber, talvez si este europeo pueda ayudarnos reem-



plazando aunque sea por hoy la ciencia de nuestro amigo fallecido.

Interrogué acerca del significado de estas palabras y me contestaron que una fiebre maligna había puesto el día anterior fin a los días del único compañero que sabía leer el Corán y que a causa de tal desgracia se encontraban en la imposibilidad de ejercitar esa práctica religiosa. Concluyeron rogándome que les leyera en voz alta el libro santo cierto de que aquello no ocuparía más de dos o tres minutos de tiempo, y que, después Allah nos daría la **seguridad** en la cacería del mono.

A fin de obrar rápidamente no discutí una palabra más, tomé el Corán que me ofrecieron y, con la ayuda de mis conocimientos del árabe inicié las preces...

Un horrible golpe en la cabeza me hizo perder el conocimiento. Lo único que alcancé a ver antes de quedar en la nada fué el trágico brillar de un puñal herido por los rayos nacientes del sol.

¿Cuánto tiempo pasó?, lo ignoro, sólo recuerdo que al volver a la vida sentí las manos callosas de Chundro y vi, atado a un árbol junto a la corriente a Sachá, mi mono, que comía haciendo cómicos visajes algunas bellotas naturales.

He aquí lo que había ocurrido:

Como transcurrieran una y dos horas sin que yo regresara al campamento, Chundro se alarmó, reunió a los hindúes e internóse por los matorrales en mi busca. Después de caminar difícilmente durante algún tiempo, llegaron mis salvadores hasta el sitio donde me encontraba moribundo y sin sentido. Su sorpresa fué extraordinaria cuando vieron al lado de mi cuerpo a Sachá dando brinco y chillidos y jugando con un fiero puñal entre las manos.

La situación era difícil pues aquella arma en poder del mono podía ser peligrosísima tanto para mis salvadores cuanto para mi mismo, si es que aún sobrevivía.

Chundro y los hindúes tuvieron un momento de paralogización. No se atrevían a avanzar un sólo paso. Sachá, como si comprendiera el importantísimo

papel que representaba en ese momento, no se movía de su sitio y les miraba con aire desafiante.

Por fin una cuerda de seda que llevaba atada al extremo una bola de plomo, silbó en el espacio y fué a arrollarse fuertemente en el cuello del cuadrúmano. El animal hizo un movimiento para huir y cayó al suelo semi estrangulado.

—Bravo el Anajah, exclamaron varias voces.

Llámase Anajah en la India la cuerda de seda que acabo de describir y que semeja mucho a las boleadoras que se usan en la América del Sur, con la diferencia que éstas sirven solamente para coger a los animales y aquella se utilizan especialmente para ahorcar a la distancia.

Sachá fué aprisionado y desarmado.

Las frotaciones con yerbas medicinales me hicieron luego recobrar el conocimiento.

Sin duda que los mahometanos no habían alcanzado a asesinar me, debido a la presencia de Sachá, quien guiado por la clásica curiosidad que caracteriza a los monos se había presentado, casualmente en escena en el momento mismo en que esos bandidos pretendían concluir con mi existencia.

Atemorizados por el aspecto poco tranquilizador del mono habían huido, dejando su víctima medio sacrificada.

Repuesto de éste accidente nos pusimos en marcha para recorrer los alrededores a fin de castigar a aquellos mahometanos que no debían estar muy lejos del sitio de éstos últimos sucesos.

Después de caminar unos diez metros Chundro observó que bajo un arbusto había un pedazo de tierra removida.

Nos detuvimos, y como buenos observadores acostumbrados a no desperdiciar detalles en esta clase de aventuras, pensamos en que si aquello pudiera tener alguna relación con los mahometanos o con el fin que nos traía a éstas andanzas.

Hubimos de escarbar en aquella tierra floja y luego encontramos rígido el cadáver de un hindú. Chundro sin titubear tomó de la barbilla el cuerpo

inerte y por medio de un violento esfuerzo le hechó la cabeza atrás.

—Ve Ud. mi amo exclamó.

En efecto el cuello del asesinado ostentaba las mismas dos manchas moradas que se observaron en la garganta infantil de los pequeños nietecillos de Smaud, el comerciante de Hong Kong.

No cabe duda dije, los mahometanos que me han herido no son otra cosa que temibles thugs que se dedican en estos parajes al ejercicio de sus ritos macabros.

—Y tampoco cabe duda agregó Chundro que el asesinato de Hong Kong ha sido cometido por la misma secta.

Reflexionamos un momento y después de cambiar ideas adquirimos plena seguridad de que nos encontrábamos en el centro de las operaciones de la terrible tribu, de que los brahmanes y los mahometanos no eran otra cosa que adoradores de la diosa Kali.

Felicité a Chundro primero por su perspicacia ya que él había sido el primero en sospechar que el triple asesinato de Hong Kong había sido cometido por aquellos malvados fanáticos y segundo por sus conocimientos respecto de las costumbres regionales de su patria, pues no había errado en un ápice la ruta.

Cerca del templo de la terrible diosa debíamos encontrarnos ya. Tal vez si a pocas jornadas estaría viva o muerta la perla de Smaud, la bella Atá, arrancada de manera tan cruel y violenta a su padre a su esposo y a sus hijos.

Bien saben los lectores de esta revista que no me distinguo por la blandura de mi corazón ni por mis ternezas. Soy hombre de la selva y del peligro. Sin embargo, al regresar al campamento mi mente no podía escapar

de la preocupación que me embargaba: la suerte de aquella infeliz muchacha nacida bajo el susurro de la dulzura paternal y hoy día, si aún conservaba la existencia en manos de los servidores de la crueldad y del exterminio.

—Este maldito mono va a concluir por traicionarnos exclamó Chundro.

—Ay de ti si lo tocas respondi.

—Dios me libre de ello, amo mío replicó el criado; pero es absolutamente necesario alejar éste animal que chilla como un poseído. Estando como estamos, agregó a menos de veinte metros del templo, no es imposible que sus guardadores sientan el ruido infernal que hace Sachá.

—Está bien llévalo más lejos y átaló en forma segura porque si huye y lo pierdo no respondo de ti.

No se dejó el criado repetir por dos veces la orden y se alejó sigilosamente para cumplirla.

Me quedé solo con mis acompañantes hindúes.

Habíamos caminado durante tres largos días y tres largas noches y nos encontrábamos cubiertos por el follaje siempre verde, agazapados como ratones frente a una amplia planicie de unos mil metros cuadrados, a cuyo extremo sur se divisaba un edificio cubierto casi enteramente por plantas trepadoras.

Nada habíamos podido averiguar hasta ese momento. Era de noche y reinaba a nuestro alrededor el más completo silencio.

Chundro estaba cierto de que aquel edificio era el templo de la insaciable Kali, pero fuera de este convencimiento, un tanto gratuito no teníamos mayores datos que nos permitiera creer en él.

Chundro tardaba





en regresar, mi situación era incómoda porque en general, no tengo temperamento para largas esperas.

El cielo estaba encapotado, el calor era asfixiante todo hacia preveer una fuerte tormenta. Algunos relámpagos lejanos iluminaban de vez en cuando la sombría Mansión de la Muerte.

De pronto se dejó sentir el ruido seco que hacen las primeras gotas de lluvia al caer sobre las hojas y muy luego, casi instantáneamente un verdadero diluvio empapó la tierra.

El bramido del trueno y el brillar del relámpago formaban el conjunto característico de las tempestades tropicales.

—Atención, atención.

Me estremesí y eché mano a mi puñal alguien hablaba a mi lado. Inmediatamente me tranquilicé. Era Chundro a quien no había sentido regresar debido al concierto infernal de truenos, y que me mostraba con el dedo índice una débil claridad que se iba filtrando del supuesto templo, al mismo tiempo que crecía y se agrandaba por instantes.

Un coro estridente y salvaje se estrelló contra el tronar de los cielos.

—Ya no cabe duda, susurró a mi oído el leal criado; ese es el Alahbir-gah, el himno de los thugs a la tempestad a quien adoran porque lanza el rayo exterminador.

No pude menos que experimentar una ligera emoción. Me hallaba frente al templo de la terrible diosa en cuyos altares se habían inmolado las vidas de miles de orientales y europeos; de aquella terrible diosa cuyo poderío había llegado a preocupar a la fría y potente Albión.

Continuaba el canto.

Aprovechándonos del ruido de los truenos que disimularían nuestros avances y del rito sagrado que ocupaba la mente de aquellos extraños celadores, nos pusimos en movimiento suavemente deslizándonos por entre las matas hasta llegar a la planicie. Una vez en ella avanzamos caute'osamente hasta que nos situamos al pie de los muros del viejo edificio.

Por más que rondamos y dimos vuel-

tas por uno y otro lado no nos fué posible encontrar manera de penetrar al interior. Sus puertas estaban herméticamente cerradas y en las murallas no había ventanas por donde deslizarse al interior.

El canto había concluido y algunas claridades débiles anunciaban el llegar del día. Nuestra situación era peligrosa y difícil resolvimos volver a ocultarnos entre la vegetación.

Serían más o menos las siete de la mañana cuando se abrieron las puertas del templo para dar paso a una docena de individuos de edades diferentes, de ropas diversas y en general de conjunto abigarrado. Perdiéronse tras los muros del lado sur del edificio.

Convencidos de que el templo había quedado sólo resolvimos penetrar en él, pero en el mismo momento en que nos poníamos de pie y nos dejábamos ver, la silueta fina y elegante de una joven envuelta en un sari (amplia túnica blanca) apareció sobre el dintel.

Al vernos permaneció inmóvil abiertos desmesuradamente los misteriosos ojos negros y mostrando apenas entre sus labios pálidos la fila perlada de sus dientes.

Intentó huir y como nosotros, rápidos, nos dirigiéramos hacia ella, cayó de rodillas exclamando en correcto inglés:— ¡Perdón europeo, perdón yo no asesino a nadie!

Alcancé a gritar:

—Atá, no tengas miedo vengo a salvarte.

En ese instante mismo aparecieron entre las verdes ramas, como fantasmas uno, otro, otro y otro hombre vestidos de blanco y que traían en las manos sendos paquetes.

Alcanzamos a huir echándonos al suelo y corriendo a gatas hasta nuestro escondite.

No serían menos de doscientas las personas que en la misma forma ya descrita llegaron hasta la planicie. Reunidos allí sentáronse sobre la tierra húmeda todavía por la lluvia nocturna y



...al lado mío, Sachá estaba con un fiero puñal...

dejaron al centro un circuito, en medio del cual se alzaba, tragicamente hermosa la dulce Atá. Después de extrañas preces que no comprendimos y en un sólo movimiento extrajeron de sus cintos el puñal exterminador y, como poseídos dando gritos hicieron con él molinetes sobre sus cabezas. En seguida pusieron de pie, desataron los lios que llevaban y comenzaron a cubrirse con trajes diversos: los unos vistieron

el de los brahmanes, los otros se cubrieron con harapos de mendigos o de fakires penitentes. Después, dividiéronse en grupos, repitieron a Atá frases que nosotros no alcanzamos a oír y se alejaron por diversas sendas para llenar sus sangrientos cometidos.

Atá los vió partir visiblemente inquieta. De vez en cuando arrojaba miradas rápidas y timidas hacia nuestro escondite.



Cuando todos hubieron abandonado la planicie, emprendió veloz carrera hacia el templo.

La gritó:

—Atá, en nombre de Smaud, en nombre de tu padre detente.

La jóven interrumpió su fuga ante este conjuro y quedó inmóvil temblando, mientras yo me acercaba a ella.

La hablé en inglés y dije:

—Nada temáis, bella Atá. No pertenezco a la policía inglesa, soy simplemente un particular que viene a salvaros de los hombres que asesinaron a vuestro esposo y a vuestros dos hijos.

Atá, nada respondía, intensamente pálida y temblorosa la barbilla, parecía dudar de todo al mismo tiempo que esperar todo.

Después de algunos momentos me dijo:

—¿Por qué habeis nombrado a mi padre, le conoces, donde está?

—Vuestro padre, respondí, espera en el espacio el momento de la reencarnación.

—¿Cuándo?

—Fué a bordo durante el viaje que emprendía para venir en vuestra busca. El dolor desprendió su alma de la envoltura terrestre.

—¿Quién sois?

—Me llamo Diego de Zamora no os importe de donde vengo ni a donde voy. Sabed solamente que lo se todo, que comprendí por el relato que vuestro padre me hiciera antes de morir acerca de la forma en que se cometió el triple asesinato de Hong Kong que no podía ser sino la obra de los terribles thugs y comprendía también que vos debíais estar en poder de ellos y decidí salvaros. Lo único que no acierto a entender es por qué la terrible secta llegó hasta Hong Kong para perpetrar el crimen, siendo que aquí tienen amplio campo para sus fatales correrías.

Atá más tranquila me dijo:

—Si es verdad, don Diego de Zamora que sois quien sois y que sabéis lo que sabéis, puedo bien referiros la parte de misterio que aún queda oculta para vuestros penetrantes ojos, pero antes debo aconsejaros que una vez oído el relato abandonéis inmediatamente estos

parajes de desolación y de muerte porque no podréis salvarme y será a vos a quien la diosa Kali recibirá en su seno.

—No conozco el miedo, contesté, pero en todo caso creo que aquí, de pie, en esta esplanada nos esponemos a ser vistos y entonces talvez si peligraría vuestra liberación.

—Nada temáis, los que salieron no vuelven hasta la noche y los que llegaron duermen hasta el atardecer.

Y Atá, ya dueña de sí misma, me refirió cosas extrañas que a veces la hicieron temblar y a veces empaparon su tez tostada con un rocío encantador. Smaud, Smaud, el viejo comerciante de Hong Kong, había sido en sus primeros años de juventud de la banda religiosa que asesina y, en su sangriento fervor prometió consagrar su primera hija al culto de la diosa Kali para que enteramente virgen, embelleciera con sus encantos el templo del crimen y del asesinato.

Más tarde convencido de sus errores e impresionado ante las crueldades de aquella secta, había huido a Hong Kong donde, como el lector ya sabe permaneció hasta el momento en que se decidiera a emprender penoso viaje en busca de la hija de su corazón.

Los thugs sabedores del matrimonio de aquella que había sido consagrada a la insaciable diosa resolvieron el asesinato del marido y del fruto de los amores de la pobre Atá, al mismo tiempo que la secuestraron para traerla al servicio a que su padre la destinara.

Chundro no se había equivocado pues al creer, por la forma en que se había perpetrado el crimen, que los autores de él eran los hijos de la diosa de la muerte. Y se explicaba ahora la constante inquietud en que viviera el viejo Smaud, desde que su idolatrada Atá contrajo matrimonio.

—Señor me decía la relatante, nunca supe mi horrible suerte; mi anciano padre me lo ocultó siempre, y sólo ahora en que rodeada por el espíritu de los que se fueron, vivo en medio...

Un silbido agudo cruzó los aires, el clásico silbido de Chundro; Atá huyó

velozmente, yo corri tras ella, pero era ya tarde.

Un grupo de unos 50 tuhgs venían corriendo y tratando de sujetar a Sachá que huía delante de ellos.

Sin duda que le habían encontrado en el matorral, donde en la noche anterior le amarró Chundro y, al quererlo traer al templo, habíase escapado el animal.

Al verme los fanáticos junto a Atá se olvidaron del mono y se lanzaron sobre nosotros y sobre Chundro que, revólver en mano pretendía defenderse.

Rápidamente fuimos ligados, atados y conducidos frente a la imagen de la diosa Kali que tallada en piedra se alzaba en medio del templo, sobre un pedestal de mármol Atá y yo quedamos tendidos por el suelo, mientras nuestros victimarios abandonaban la pavorosa nave y cerraban las puertas tras sí.

Atá temblorosa, en el colmo del pavor decía:

Señor, os matarán y me matarán a mí. Siempre dudaron y siempre creyeron que alguien vendría un día en busca mía y, para ese caso, mi sentencia de muerte está pronunciada desde hace tiempo ya.

—Nada temáis señora le respondí, en peores casos que este me he visto y sin embargo, como podéis observarlo, me encuentro bien de salud.

Sin embargo, interrumpió Chundro, estos son peores que los dayahs de Borneo y más terribles que los antropófagos del centro amazónico.

—Nada me importa, agregué, y estaría tranquilo si no fuera porque estos bestias me han ligado las muñecas en forma tan dura que parece que me hubieran abierto las carnes.

Y en estos y otros comentarios y en medio de la desesperación de la infeliz Atá, transcurrieron todas las horas del día sin que un sólo ruido viniera a perturbar la trágica paz del templo de la diosa Kali.

Sólo al atardecer se abrieron las puertas y entraron centenares de estos demonios que nos rodeaban, nos observaban y, a veces, nos propinaban cobardes puntapiés.

Por fin tomaron a Atá y la colocaron tendida bajo una especie de enorme lámpara de bronce que pendía del techo; luego después pusieron sobre ella un tablón atravesado integralmente por docenas de dagas afiladísimas, de modo que esas armas apoyando sus puntas sobre el cuerpo todo de Atá, mantenían como las patas de una mesa al referido tablón. Cualquiera presión que se hiciera sobre la superficie de la tabla habría clavado cincuenta puñales en el cuerpo de aquella pobre víctima.

Luego después ataron de la lámpara una fuerte cuerda con nudo corredizo al extremo; desataron mis ligaduras, me alzaron hasta el nudo que rodearon a mi garganta y pusieron en mis manos un cuchillo.

Antes de soltar mi cuerpo para ahorcarme, uno me gritó:

—Europeo, puedes cortar la cuerda que ha de ahorcarte con este cuchillo, pero observa donde caerá tu cuerpo.

En efecto, si yo procedía como me lo indicaba el hindú, el peso de mis noventa kilos sobre el tablón que cubría a Atá había de introducir hasta el mango en su tierno cuerpecillo las horribles dagas.

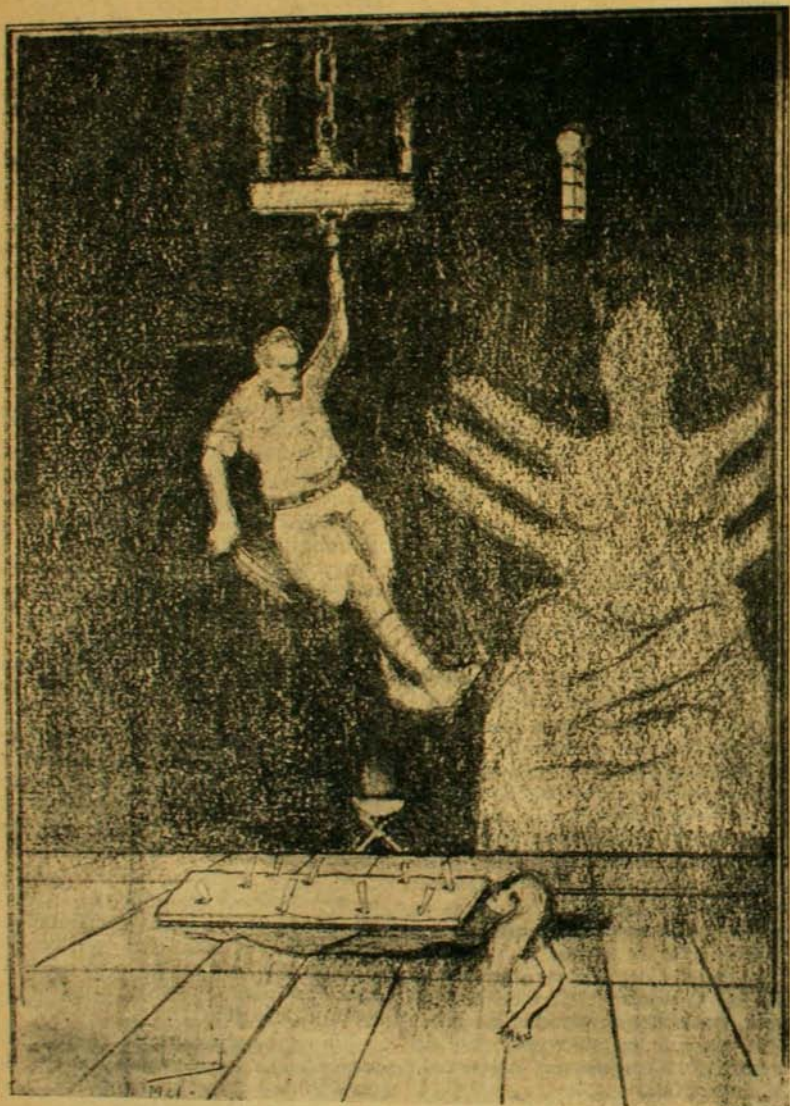
Sentí que me soltaban y que el nudo corredizo estrechaba mi cuello impidiéndome respirar.

La asfixia comenzaba ya a producirse, sabía que cualquier movimiento mio apretaría más la cuerda; rígido, vorto esperaba la muerte. ¿La muerte? No pienso que talvez no creo en ella, esperaba algo que no sé lo que era.

Aquellos segundos fueron siglos para mí, horribles ronquidos brotaban de mi garganta ya casi completamente obstruida; las cosas que me rodeaban comenzaron a temblar y se aparecían ante mis ojos como cubiertas por un velo; Era la muerte!

En un movimiento de conservación inesperado eché la mano izquierda hacia arriba y tomé la cuerda. Mi poderosa musculatura me permitió alzar un poco mi cuerpo y el nudo corredizo se relajó un tanto; podía respirar mejor. ¿Cuanto tiempo pasó así? No podría precisarlo; solo recuerdo que miré a mí





... me alzaron hasta el nudo que rodearon a mi garganta...

alrededor y que el templo estaba vacío.

Por mucho que haya hecho ejercicio en mi vida, mis fuerzas no serían nunca suficientes como para poder mantenerme en aquella terrible postura. En efecto, sentía que el brazo me dolía agudamente y que los dedos de mi mano tendían a abrirse. La diosa Kali parecía sonreír.

De súbito sentí suavemente que alguien silbaba la canción salvaje de los indios de arkansas los célebres arrojadores de cuchillos a la distancia.

Hice otro poderoso esfuerzo. Siempre el hombre puede más de lo que cree. Alcé un poco más mi cuerpo y miré hacia el sitio de donde nacía la canción. Pude ver que no era otro que Chundro, quien maniatado en el suelo se entregaba en tan terribles momentos a recordar músicas aprendidas en viejas aventuras. Pero, comprendí en el instante lo que aquello significaba. Firme, resuelto, adherido a la cuerda por mi mano izquierda, con el esfuerzo supremo del último instante de la vida, abrí mi mano derecha y dejé el cuchillo sobre la palma de ella, imprimí al brazo un movimiento ondulatorio y el arma partió rozando el aire y fué a clavarse entre los dedos de Chundro.

No fué para éste larga ni difícil maniobra, ya que tenía libre el ejercicio de sus muñecas, el poder cortar, primero las ligaduras de sus manos y, enseguida, deshacerse de las cuerdas que le ataban. Cuando llegó hasta mí y diome el cuchillo salvador para que yo cortara el lazo corredizo, apenas si pude oír su voz y si tuve fuerzas para proceder. Mi cuerpo cayó pesadamente en los brazos de Chundro y le arrastró al suelo en mi caída, pero felizmente, ya Atá había sido puesta de lado y a una pequeña distancia.

Mientras trataba de reponerme de mi aniquilamiento, Chundro libraba a la hija de Smaud de sus ligaduras.

La infeliz estaba totalmente desvanecida y talvez ni siquiera se había dado cuenta de el inaudito peligro por que acababa de atravesar.

Sanos y salvos estábamos todos ¿pe-

ro cómo salir? Sin duda que el templo estaba rodeado.

Esperamos que Atá recobrarla la claridad de sus ideas, pues sólo ella conocedora del templo y de sus alrededores, podía indicarnos el modo de escapar.

Como primera providencia y como un posible, aunque no seguro medio de salvación por si entraban aquellos terribles criminales al templo nos colocamos al lado de la ghat (puerta) la cual abriéndose para el interior para dar entrada habría de ocultarnos por si misma.

No se si esos instantes fueron o no peores para mí que aquellos que acababan de transcurrir. La desesperación no permite raciocinar mientras que el peligro a sangre fría se presenta con toda su importante gravedad.

Atá era incapaz de hilar dos ideas, temblando como un pajarillo y abrazada de mí repetía sin cesar, como una loca:

¡Huyamos, huyamos!

—Pero, ¿por dónde?, todo debe estar rodeado, insistíamos nosotros.

Pensé un momento en la circunstancia de que si los tuhgs hubieran imaginado que yo era un mal caballero capaz de cortar la cuerda y acribillar a puñaladas a una dama, estarían a las puertas del templo para impedir mi salida y darse el placer de entregarme a nuevas torturas, pero que en ningún caso vigilarían las puertas secretas, si es que ellas existieran, pues no conociéndolas yo, era lo mismo que si estuvieran guardadas.

Pregunté a Atá: ¿hay alguna salida secreta?

—Salida secreta, salida secreta, balbuceó la infeliz.

—Contestad, por favor, insistí.

Allá, allá, dijo señalando la estatua de la diosa misma.

Nos deslizamos al centro del templo, mientras Atá repetía: es imposible, es imposible.

—¿Qué hay que hacer? preguntamos.

—Mover la estatua, nos respondió.

En realidad la empresa era punto menos que imposible, porque aquella





...sus amplias ropas le habían permitido ocultar el revólver...

mole de piedra debía pesar como un mundo.

Nos miramos con el criado hindú y en los ojos de ambos se reflejó la duda ante la empresa que se nos proponía.

Chundro me dijo:

—Talvez las cuerdas con que nos han ligado podrian servir.

Pensarlo y hacerlo fueron cosas simultáneas. Átamos la estatua en diversas partes y tirando de aquellos cordeles con fuerza, pero lentamente vi-

mos que la mole de piedra bamboleaba. Chundro arqueó el cuerpo y puso el hombro a la parte básica mientras que yo continuaba atrayendo a la diosa con toda precaución. Esta se posó sobre el hombro del hindú y fué doblándose lentamente hasta una cierta altura; desde allí tomó impulso y cayó sobre mi clavícula.

Puse en fuego todo mi vigor, alcancé a sujetar, rodé por el suelo, pero, felizmente, la estatua se había abatido, haciendo el menor ruido posible. Un dolor agudo en el hombro me indicó que me había roto la clavícula. En esos instantes había que soportarlo todo, ya me preocuparía después de la curación de mi brazo.

La columna de mármol, por medio del mismo sistema de las cuerdas fué fácilmente deslizada por sobre el pavimento, y entonces se descubrió ante nuestros ojos una placa de mármol que tenía una argolla de hierro en el centro. Chundro la tomó con ambas manos de aquel agarradero y la levantó con relativa facilidad.

Atá, radiante de alegría se precipitó por la cueva que quedaba descubierta, repitiéndonos: seguidme, seguidme.

Caminamos agachados por una galería cenagosa por donde debían cruzar toda clase de animales inmundos por espacio de unos cinco minutos a lo menos. Hasta nuestro oídos llegaron a esa altura, los ecos del vocerío formado por los tughs al penetrar al templo y encontraron derribada la diosa y escapada las víctimas. Corrimos todo lo que nos permitía la postura incómoda en que íbamos marchando.

Luego después sentimos ya ruidos de pasos en la cueva, sin duda éramos perseguidos. Después de veinte minutos de carrera, percibimos claramente las voces de los tughs que debían estar ya muy de cerca pues, sin duda, podían más que nosotros, pobres estenuados por tanto esfuerzo físico y moral.

Chundro se detuvo. Sus amplias ropas de nativo hindú le habían permitido ocultar bajo ellas el revólver y el cinturón de balas. En realidad, los tughs, al concentrar toda su atención

en Atá y en mí, habían hecho bien poco caso de su compatriota, creyéndole talvez en el fondo, partidario de ellos y obligados por las circunstancias y el dinero a proceder de acuerdo con un europeo. Clavó la rodilla en tierra, empuñó el arma y nos dijo:

—Huid, yo me defenderé.

Continuamos nuestra carrera y a los pocos instantes resonaron en la galería los disparos de revólver.

Esta vez, el número no podía atemorizar a mi criado, pues la cueva era tan estrecha como para dar paso solo a una persona. Esta misma condición hacía imposible perder un solo proyectil.

Deben haber sido varios los tughs que rindieron el alma a su diosa, pues sus mismos cuerpos obstruyeron la galería e impidieron que la retaguardia continuara la persecución.

Chundro nos alcanzó luego y preguntó si no habría peligro en que los tughs nos esperaran a la salida del subterráneo, a lo cual respondió Atá que éste iba en línea recta y que para llegar por otra vía a su extremo era necesario recorrer un largo camino anguloso.

Por lo demás ya estábamos cerca del fin de esta excursión de topos.

Una vez bajo la dulce caricia de la luna reposamos un instante bajo un corpulento baobab y emprendimos luego viaje por la senda que antes recorriéramos cómodamente tendidos sobre nuestras carretas.

Al amanecer nos encontramos con una patrulla de vigilancia de las autoridades inglesas y a la grupa de sus cabalgaduras llegamos hasta la estación de Nagpur para tomar el tren que nos había de conducir a Calcutta.

Creo que después de los datos que dimos a esos amables policías acerca de nuestra aventura los tughs habrán tenido motivo más que suficiente para no olvidar a don Diego de Zamora ni a su criado Chundro.

Doce días después, a bordo de un barco italiano que debía conducirme a



Génova, Atá me despedía con algunos viejos parientes que habíamos encontrado en la capital de la India.

Yo inválido con el brazo enyesado descansaba silencioso tendido en una silla de tijeras.

Atá me dijo:

—Veo que está Ud. triste señor Zamora, soy yo la culpable de sus aflic-

ciones y dolores, pero su buen corazón sabrá perdonar.

—Es verdad que estoy triste, respondí, pero no es a causa de lo que Ud. imagina. Pienso en Sachá, el precioso trongo de Borneo que se ha extraviado y lamento que se haya perdido para los museos de Europa el único ejemplar de este rarísimo pitecus.



# SOTOMAYOR & MENDEZ

CORREDORES DE COMERCIO

SE ENCARGAN DE:

**Compra-venta de Propiedades, Arriendos, Seguros,  
Productos, Representaciones, Hipotecas y Comisio-  
nes en general.**

MORANDE 259

TELEFONO 735

## COSECHANDO CUEROS EN EL MAR

La fabricación de cuero con las pieles de tiburones, lobos marinos y otros habitantes del océano es una nueva industria que ha avanzado mucho en las costas del Pacífico. Todos los expertos en cueros han informado muy favorablemente sobre la adaptabilidad de estas pieles para la fabricación de cueros y se ha iniciado ya la cacería en grande escala de los seres marinos que lo producen.

Los peritos nombrados por el Gobierno de Estados Unidos han informado que el cuero obtenido de los anfibios y del tiburón tiene todas las cualidades de flexibilidad, resistencia, suavidad y duración que ofrecen los mejores cueros comerciales y dentro de poco las fábricas de calzado maletas, carteras y accesorios de automóviles se proveerán de estos cueros para reemplazar la escasez de cueros vacunos y de otras clases.

Una firma que recoge cueros marinos en toda la costa del Pacífico, declara que su costo es muy inferior a los cueros de animales terrestres y la importancia de este dato puede apreciar-

se cuando todas las fábricas están anunciando aumentos de precios en calzado y otros productos en vista de la escasez de cueros.

El uso comercial del cuero de tiburón no es una novedad, pero sólo recientemente se le ha curtido para emplearlo en la fabricación de calzado.

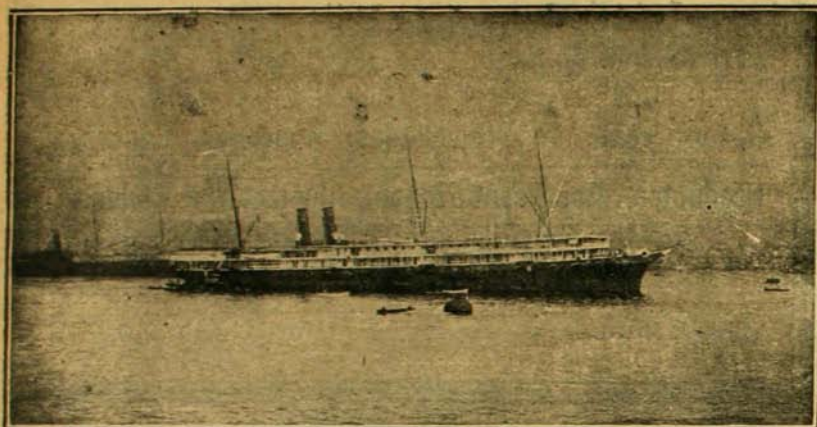
Hay cincuenta variedades conocidas de tiburones y su número es por ahora inextinguible, pues se multiplican rápidamente. Los tiburones son cazados por diferentes medios, desde redes especiales, anzuelos monstruosos y máquinas arponeras. Cualquiera que sea el método de cazarlos, los pescadores tienen que librar batalla para dominar cada animal, no sin peligro para los pescadores, que deben arriesgar su vida en la lucha con estos feroces monstruos del mar.

Pero, en cambio, un tiburón pequeño que tenga sólo dos metros de largo y que pese sólo 250 libras, produce más de un metro cuadrado de buen cuero; veinte litros de buen aceite de hígado y cerca de 125 libras de abono amoniacal y fosfatado.



# COMPañA SUD-AMERICANA DE VAPORES

Oficina Principal: VALPARAISO, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

**SERVICIO DIRECTO** entre Valparaíso y New York, sin trasbordo, atendido por el cómodo y elegante vapor

## RENAICO

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

**SERVICIO SEMANAL RAPIDO** entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores

## HUASCO - AYSÉN - PALENA - IMPERIAL

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En CRISTOBAL hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Trasandino a Buenos Aires.

**SERVICIO CALETERO QUINCENAL** entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores

## MAPOCHO - MAIPO - CACHAPOAL

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

**AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERÚ.**—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & C., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit C.; en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 52.

ONTERE PLAZA  
Director-Gerente